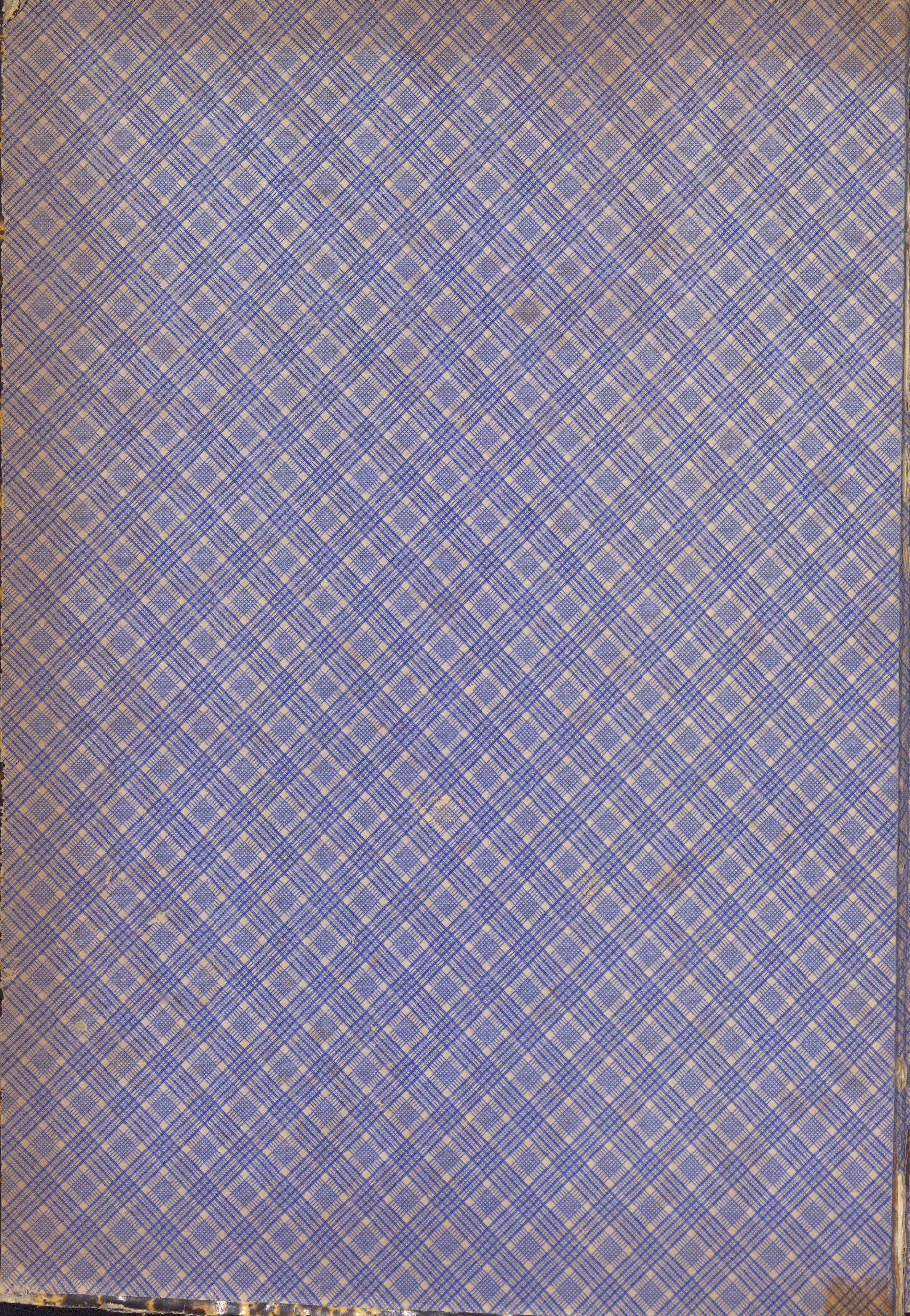
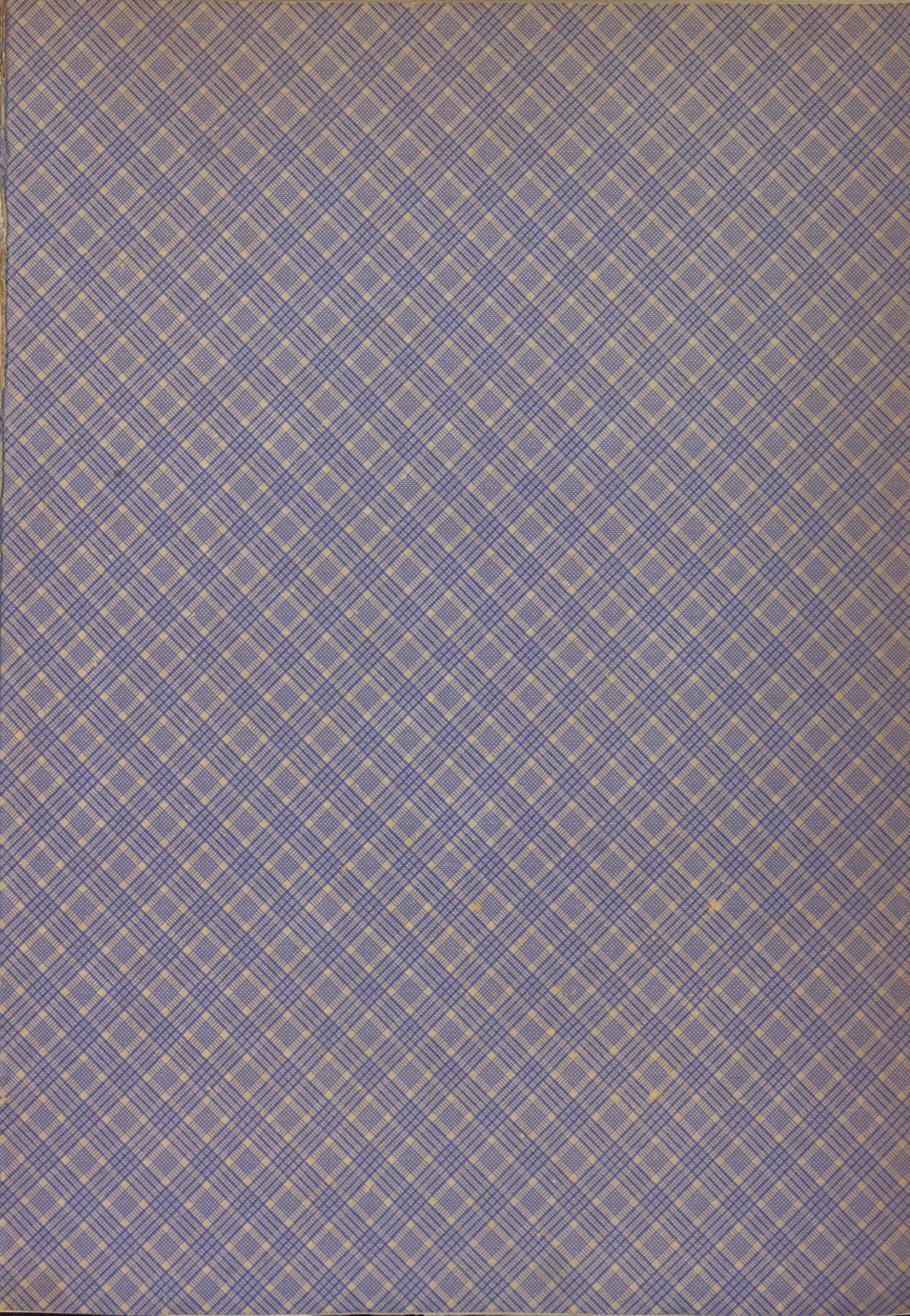


A 31496

ES
ES
TURAL







Feb — B
m 196

MUGERES CÉLEBRES

DE

ESPAÑA Y PORTUGAL.

TOMO SEGUNDO.

U. h.



MUGERES CÉLEBRES

DE

ESPAÑA Y PORTUGAL

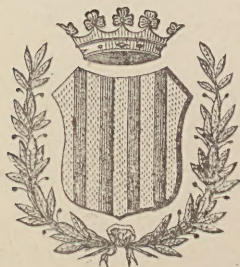
POR

D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO,

DOCTOR EN JURISPRUDENCIA,

CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA DE DIPLOMÁTICA, INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA,

ETC., ETC.



BARCELONA.

CASA EDITORIAL DE VÍCTOR PEREZ.

MADRID.

CENTRO DE REPARTICIONES D. J. M. DE TORRES,
MESON DE PAREDES, NÚM. 46.

HABANA.

SEÑORES D. JUAN MOLINAS HERMANOS,
CALLE DEL RAYO, NÚM. 46.

MDCCCLXVIII.

ES PROPIEDAD.

BARCELONA.
IMPRESA DE JAIME JEPÚS,
CALLE DE PETRITXOL, 14.
1868.



Lit. Labielle, Barcelona.

MUJERES CÉLEBRES.

D^A BLANCA DE CASTILLA.

MANUEL DE LEBLANC

ESPAÑA Y PORTUGAL.

LIBRO PRIMERO

ESPAÑA

DE LA PENINSULA

Y SUS ISLAS

Este libro forma parte de una obra que se publica en tres tomos. El primero, que es el que se publica ahora, trata de España y Portugal. El segundo, que se publica en el tomo II, trata de Francia y de los Países Bajos. El tercero, que se publica en el tomo III, trata de Italia y de Grecia. Las ilustraciones de este libro son de la pluma de un artista de gran talento. Las ilustraciones de este libro son de la pluma de un artista de gran talento. Las ilustraciones de este libro son de la pluma de un artista de gran talento.

MUGERES CÉLEBRES

DE

ESPAÑA Y PORTUGAL.

LIBRO SEGUNDO.

EDAD MEDIA.

BLANCA DE CASTILLA,

MADRE DE SAN LUIS.

I.

Distante todavía de la unidad que á costa de grandes esfuerzos habia de conseguir, atravesaba la Francia al acabar el siglo XII, un período de lenta y penosa transición, que despues de luchas incessantes y de repetidas convulsiones sociales, habia de terminar con la formación de una estensa y poderosa monarquía. Los provenzales, los normandos, los aquitanos, los habitantes de la Isla formaban todavía otras tantas naciones distintas; y las aguas del Loira separaban dos pueblos enteramente diversos, de los cuales el uno á la parte del Sur conservaba sus leyes y su civilización enteramente romanas,

mientras predominaba hácia el Norte el elemento germánico y el derecho Sállico. La Armórica siempre inquieta; los normandos siempre atrevidos y emprendedores; los mejores feudos dependientes de una corona extranjera, eran otras tantas y nuevas causas de desunion, sin embargo de lo cual todos aquellos elementos tan aparentemente heterogéneos pugnaban por resolverse en la unidad nacional, que forma la grande aspiracion de los Estados; y ya empezaban para conseguirlo á asociarse bajo el nombre genérico de franceses.

Signos inequívocos de esta concentracion, las confederaciones de los Comunes aliados necesarios del trono, iban robusteciendo á un mismo tiempo el poder real y el poder popular, preparando la gran lucha entre el feudalismo y la monarquía. Los señores comprendiéndolo así quisieron abatir aquel trono que apoyado en el pueblo, se levantaba imponente y poderoso, y en la batalla de Bovines pudieron convencerse de que el astro de su grandeza empezaba á descender á su ocaso.

El genio superior de Felipe Augusto, habiendo conseguido humillar á Inglaterra, atraerse la amistad del Pontífice, establecer la capital del reino, fundar la jurisdiccion real y conseguir el decidido apoyo de los pueblos con las inmunidades que les concedia, logró establecer y constituir una monarquía poderosa, que sin embargo distaba mucho de hallarse sólidamente consolidada.

Ni las agregaciones que habia ido recibiendo la corona estaban completamente consagradas por el asentimiento popular; ni los recuerdos de la casa de Anjou y de la dominacion inglesa habian podido extinguirse al otro lado del Loira; ni el feudalismo se resignaba fácilmente á la unidad de administracion y de justicia intentadas por Felipe Augusto; ni los límites de las potestades estaban definidos; ni los Comunes tenian el suficiente vigor para ejercer la gran influencia que de derecho les correspondia: todo estaba confuso, segun la frase de un historiador, como una mistura química donde se prepara el cristal; y Felipe, si tuvo bastante genio para concebir é intentar la gran revolucion social de su patria, no fué bastante afortunado ó diestro para completar su pensamiento.

En tal situación encontró la monarquía su sucesor Luis VIII, que educado en las máximas de la prudencia, la justicia, el valor y la templanza, parecía destinado á realizar el gran pensamiento de Felipe. Activo y vigoroso contesta á las pretensiones de Inglaterra sobre parte del territorio francés, invadiendo y ocupando las tierras que todavía en Francia pertenecían á los ingleses; y disponíase á mas altas empresas, apesar de distraerle de sus intentos la guerra contra los albigenses, cuando le sorprendió la muerte á los tres años de su reinado.

II.

Digna compañera de un monarca que tantas esperanzas ofrecía para lo porvenir, y no menos digna hermana de Berenguela con justicia llamada la Grande, Blanca de Castilla compartió con el hijo primogénito de Felipe Augusto el trono de Francia. Había nacido en el año de 1185 y antes de cumplir los quince años, el 25 de Mayo de 1200 unióse en matrimonio con Luis de Francia celebrándose el enlace en Purnor (Normandía), y siendo también como el de su hermana Berenguela prenda de paz entre Felipe Augusto y Juan Sintierra, hábil y previsoramente negociada por Leonor de Guyena, abuela de Blanca. Mas de un siglo había transcurrido sin que cesasen las guerras entre Inglaterra y Francia, y la paz tan vivamente deseada produjo una profunda alegría que se demostró con públicos regocijos confundiendo de este modo las fiestas nupciales con las fiestas de la paz.

Bajo tan felices auspicios subió á compartir el trono de Francia la hermana de Berenguela. Tan estremadamente hermosa de rostro como de alma, la blancura de su tez parecía motivar su nombre y simbolizar la pureza de su corazón; y los pueblos que rara vez se engañan en las simpatías que les inspiran los que han de gobernarles, comprendieron desde el primer momento el verdadero tesoro de vir-

tudes que les concedia la providencia , para engrandecer mas y mas las nobles cualidades de su futuro monarca. Así fué como apesar de no mezclarse en los negocios del Estado mientras vivió Felipe Augusto, los jóvenes esposos consiguieron inspirar á sus pueblos los sentimientos de la mas respetuosa veneracion y del mas sincero amor, que les garantizaba un porvenir halagüeño de prosperidad y ventura.

La muerte del rey acaecida en 1223, abrió al esposo de Blanca el camino del trono, siendo ambos coronados en Reims el dia 8 de Agosto del mismo año, y celebrándose este acontecimiento con una brillantez y magnificencia desusadas, concurriendo como testigos el rey de Jerusalem, los magnates de la monarquía, y un pueblo inmenso y verdaderamente entusiasta de sus jóvenes monarcas.

Las guerras que se vió obligado á sostener bien pronto Luis VIII con Inglaterra le hicieron abandonar la capital de sus dominios, y Blanca de Castilla quedó en la capital encargada de la gobernacion de todo el Reino, demostrando desde los primeros dias las altas cualidades que atesoraba para tan difícil puesto, y que bajo la apacible hermosura de su rostro «ocultaba valor y cualidades de hombre en un corazon de muger.»

III.

Al sentir Luis VIII que se acercaban los últimos instantes de su existencia, convocó á los obispos y principales magnates de su corte para designar la persona que habia de encargarse en dirigir á seguro puerto la nave del Estado, durante la minoría del hijo que con su mismo nombre estaba llamado á sucederle; y comprendiendo que en ninguna podia hallar reunidas las dotes que en su esposa, la nombró Regenta del reino y tutora de su hijo primogénito.

Por primera vez en Francia veíanse reunidos en una princesa tan

codiciados títulos; y fácilmente se dejan comprender los celos que aquella justa predilección había de despertar en los inquietos y ambiciosos barones, mal de su grado sometidos á la monarquía, robustecida por Felipe Augusto.

Apenas había exhalado su postrer aliento Luis VIII, su digna esposa fué el blanco de los enconados tiros de la maledicencia, y no faltaron indignos caballeros que se atrevieran á ultrajar la honra inmaculada de la hija de Alfonso IX, suponiéndola indignos y criminales amores y hasta complicidad en la muerte de su esposo, injustamente atribuida á un supuesto veneno preparado por el Conde Tibaldo.

La ternura del monarca en sus últimos momentos, y su misma elección en favor de la reina, era la mejor respuesta que podía darse á los maldicientes, cuyos tiros rechazaba siempre victoriosa la intachable reputación de Doña Blanca, cimentada en una rigidez de costumbres tan severa, que le hacía exclamar dirigiéndose á su mismo hijo «te quiero mucho, hijo mío: te quiero con cuanta ternura puede querer una buena madre; pero sentiría menos verte caer muerto á mis piés, que cometiendo un pecado mortal.» A la que de tal modo comprendía la virtud poca mella podían hacerle las calumnias de la impotente envidia.

No caían en verdad en tierra estéril las sabias lecciones de Doña Blanca. Luis supo aprovecharse de ellas de tal modo, que bien pronto pudieron apreciar en él sus súbditos todas las virtudes que ilustran á los grandes Monarcas.

Pero aquel pueblo que como decíamos en un principio estaba atravesando todavía el difícil período de transición que había de conducirle á la deseada unidad, no podía recibir desde luego la regencia de Blanca sin abierta oposición; y acreciendo ésta llegó á tal punto, que tuvo necesidad la esforzada Princesa de reunir sus ejércitos, después de formar con prudente política un consejo de los mas importantes señores del Reino, que correspondieron á esta muestra de deferencia con su decidida adhesión.

Dispuestas así las cosas preparó la consagración de su hijo invitando para tan solemne ceremonia á todos los grandes dignatarios del reino, que mas atentos á su envidia que á lo que disponen las leyes del honor para las damas, dejaron de asistir en su mayor parte, considerando como una afrenta que el Gobierno estuviese « en manos de una española, de una muger de país extraño. »

Reducidos aquellos ambiciosos magnates desde el reinado de Felipe Augusto á la simple condición de ciudadanos, y privados de ejercer su antigua influencia en el manejo de los negocios públicos, creyeron llegado el momento de recobrar su pasado predominio, y de vengarse de su misma nulidad aprovechando para ello la minoría de Luis IX. A la cabeza de todos aquellos varones turbulentos, hallábase el Conde de Champagne. Tibaldo, que adicto á la Reina hasta el punto de atribuirse su afecto á mas tierno sentimiento, aspiraba por su rango y por su lealtad á compartir el poder con Doña Blanca: el Conde de Boloña, hijo de Felipe Augusto y de Inés de Meranio, aspiraba tambien á la Regencia; y Pedro de Bretaña y su hermano Roberto, Conde de Evreux, alimentando iguales aspiraciones, eran los cuatro principales magnates, jefes de la temible liga que se formó contra la madre del Monarca, á los que bien pronto se unieron Enguerrando de Cuy, Enrique de Bar, Hugo de Lusignan, y Hugo de Chatillon.

Las pretensiones de todos estos ambiciosos bien demostraban el interesado intento que los impelia. Así es, que transigiendo en cuanto á la Regencia, solicitaban que la Reina como estrangera diese fianzas de la tutela del Rey su hijo, y sobre todo, que se devolviesen á los Grandes los bienes confiscados durante la vida de los dos últimos monarcas, y que se pusieran en libertad á todos los presos por causas de Estado, principalmente á Errando, Conde de Flandes, y á Reynaldo, de Boloña. Olvidaban los que de tal modo dejaban entrever el verdadero objeto de su liga, que aquellos bienes, cuya restitución reclamaban, habian sido el fruto de atrevidas usurpaciones.

La tempestad que amenazaba á la Princesa española era á la verdad imponente, y capaz de abatir corazones menos esforzados; pero

Blanca de Castilla, en quien parecia haberse adunado la prudencia de su madre y hermano y la firmeza de designios de Felipe Augusto, rehusó entrar en ninguna clase de avenencia con los rebeldes, esperando tranquila, apoyada en la justicia que con razon creia asistirle, el triunfo de su causa. Activa é incansable, reunió en muy pocos dias un poderoso ejército y poniéndose ella misma, acompañada de su hijo, á la cabeza de los leales, marchó al encuentro de los ambiciosos barones. El altivo orgullo de éstos estrivaba en creerse mas poderosos por contar con mas fuerza material, y era necesario demostrarles ante todo, que la fuerza sin el apoyo del derecho, difícilmente puede consolidar ninguna clase de aspiraciones.

Confiados en su mismo poder, y sin alcanzar que una dama pudiese con tanta actividad acumular tantos medios de defensa, no habian terminado de ponerse de acuerdo los altivos magnates, cuando les sorprendió el ejército de Doña Blanca. Al verse de tal modo imposibilitados de seguir en su empresa, pretendieron entrar en negociaciones con la Reina; y Tibaldo, sorprendido tambien como los demás llegó al extremo de deponer las armas é implorar la clemencia de sus soberanos.

Conseguido con tan próspero suceso, el principal objeto con que la Reina salió á campaña habiendo demostrado á los rebelados que no se la conseguia amedrentar con alardes de fuerza, no tuvo inconveniente la prudente hija de Alfonso IX en oir las proposiciones de paz que se le presentáran; y como el arrepentimiento del Conde de Champagne le llamaba naturalmente á el papel de mediador, propúsose desempeñarlo, viendo aceptada su oferta por la generosa Reina.

Política ésta siempre, le propuso, á fin de no herir el orgullo de aquellos altaneros Señores, si se creian humillados por presentarse ante una estrangera, que compareciesen los conjurados ante el Rey, el cual les daria audiencia, escuchando en justicia sus reclamaciones.

Tan noble y generosa conducta no era en verdad la que merecian aquellos presuntuosos y poco dignos barones, que solo pensaban en aprovecharse con falaz engaño de aquella dilacion para reunir sus

fuerzas , concentrar sus tropas , y apoderarse á viva fuerza de la persona del Monarca. Por eso cuando recibieron el aviso de presentarse en Chinon , en dia determinado y hora fija , ninguno compareció , haciendo lo mismo cuando se les citó nuevamente á Tours y mas tarde á Vendome.

No pudiendo suponer Doña Blanca tan incalificable proceder en nobles pechos , habíase apresurado desde el principio de las negociaciones á restituir á algunos señores , á quienes juzgó con mas derecho , sus confiscados dominios para hacerles ver que nó el mezquino interés , sino el bien del Estado y la justicia la impulsaban ; y para acabar de desterrar toda sombra de enojo que pudiera producirles el verse gobernados por una estrangera , hizo que el Rey declarase que queria gobernar por sí mismo.

Léjos de corresponder á tantas deferencias los Príncipes coaligados , completamente de acuerdo , y á la cabeza de sus tropas resolvieron jugar el todo por el todo , y para ello siguiendo la marcha desleal que habian emprendido desde un principio , al tener noticias ciertas de que confiada Doña Blanca se dirigia á Vendome , acompañada de su hijo y seguida solo de una pequeña escolta , apostaron gruesos destacamentos en Chartres y otros varios puntos del camino , para sorprender á Doña Blanca y arrebatarle á su hijo.

Pero como la traicion rara vez deja de ser descubierta por la traicion misma , los bastardos planes de aquellos indignos magnates llegaron oportunamente á noticias de Doña Blanca. Temerosos de Tibaldo , le habian ocultado sus designios , y descubiertos por éste que no podia perdonarles su desconfianza , bien pronto conoció la ilustre Princesa todas las circunstancias de la trama urdida.

Así fué , que deteniéndose en el camino que ya habia emprendido de Vendome , condujo al jóven monarca al castillo de Montlheri , y despachando activos y fieles mensajeros á la capital del Reino , puso en noticia de los parisienses el riesgo á que se veia espuesto su hijo , haciendo un elocuente llamamiento á su lealtad y probado valor. No quedaron , á la verdad , defraudadas las esperanzas de la Regenta y

de la madre. Reunidas las milicias con estraordinaria rapidez, bien pronto un formidable ejército llegó á las puertas del castillo de Montlheri, y condujo en triunfo á los Reyes á Paris, sin que los orgullosos magnates osaran disputarles el paso, á pesar de tantos alardes de fuerza. La traicion convierte en débiles los corazones mas esforzados; y en aquella ocasion motivos tenian los rebeldes para temerlo todo, oyendo por donde quiera al alborozado pueblo «¡Dios salve al rey y confunda á sus enemigos! ¹»

Tal era el resultado que ofrecia la sabia política de Doña Blanca, encaminada siempre á buscar el firme apoyo del pueblo, como el poderoso cimiento de su autoridad y de su poder; y aquella espontánea prueba del amor popular, causó tan profunda impresion en los corazones agradecidos de Blanca y Luis, que jamás la olvidaron, procurando siempre por el bienestar de aquel pueblo, que á su vez les devolvía con creces el verdadero sentimiento de su espontáneo cariño, no de la adhesion forzada por un falso respeto.

Pero la lealtad del Conde Tibaldo, sujeta á los impulsos de una ambicion nunca bastantemente satisfecha, cedió de nuevo á las instigaciones de los conjurados, que á pesar del mal éxito que seguía á todas sus tentativas, no desistían por eso de su propósito. Los condes de Bretaña y de Bolonia, conociendo la gran influencia de aquel magnate, trataron de atraerlo de nuevo á su partido, y no tuvieron necesidad de esforzar mucho sus manejos para conseguirlo. Aceptó nuevamente el papel de conspirador, y sin reparo alguno entró en una nueva trama muy semejante á la que él mismo habia desbaratado; que los dignos reparos de la pudorosa consecuencia son leves aristas que arrebatan en su impetuoso torbellino el violento huracan de la ambicion humana.

El Conde de Bretaña levanta al fin abiertamente su rebelde bandera: algunos gefes de las tropas del rey mantienen con él secretos tratos, y conciertan la mejor y mas segura manera de apoderarse de

¹ Joinville.

la persona del Monarca. El atrevido propósito estaba á punto de realizarse, cuando el inconsecuente Tibaldo, el hombre de la constante indecision, descubrió el complot á los Reyes, y disponiéndolo todo Doña Blanca con la actividad y energía que formaban dos de las mas relevantes cualidades de su carácter, en breve salió á campaña el mismo Luis al frente de 300 ginetes y mayor número de peones.

Sin necesidad de combatir, venció tambien esta vez á sus enemigos. El conde de Bretaña al verse tan completamente descubierto, prefirió rendirse á luchar, y recurriendo á la piedad del Rey imploró su perdon. Luis, siguiendo los sabios y generosos consejos de Doña Blanca, se lo concedió, y con esto cesaron las contiendas calmándose por algun tiempo aquella estraña y continua guerra tan inmotivada como rastrera de los orgullosos magnates. La princesa estrangera supo hacerles ver la gran altura á que se encontraba en genio y en saber, respecto de ellos, y como acontece siempre, tuvo el orgullo insensato, que humillarse ante la incontrastable sensatez de la justicia.

Al mismo tiempo que tan molestas rencillas traian en continua agitacion á Doña Blanca, otros asuntos de diversa índole, pero no por eso menos graves, llamaban la atencion de la ilustre princesa. Las guerras de los albigenses renováronse con mas ardor; pero la madre del Monarca, que así disponia lo necesario para la guerra, como estatuaia sabias ordenanzas para sus pueblos, atendiendo con igual solicitud á sostener el poder del Pontífice y del Monarca, venció á los albigenses, obligando al conde de Tolosa, que los apoyaba, á reconocer la autoridad respectiva de ambos soberanos; y sobreponiéndose á vulgares é infames calumnias de sus enemigos, que se estrellaban todos en el invulnerable baluarte de su virtud, ajustó con el Conde un ventajoso tratado para la Francia, siendo uno de sus artículos que aquel casaria á su hija única Doña Juana, entonces de nueve años de edad, con el príncipe Alfonso, hermano menor del Rey, y que en caso de que no tuviesen sucesion, la herencia de Juana pasaria á la familia de su marido; lo cual sucedió pues murieron Doña Juana y

D. Alfonso sin hijos, con lo que el condado de Tolosa, entró á formar parte de la corona, aumentando el territorio francés.

A pesar de tantas y tan repetidas pruebas de la superioridad de Doña Blanca, y de que era en vano luchar con ella, los inquietos magnates sugetos mal de su grado, empezaron de nuevo á revolverse; pero no atreviéndose á dirigir sus tiros contra la Regente, creyeron mas seguros medios de conseguir sus bastardos fines, privarla del apoyo que la prestaban principales, aunque no muy seguros adictos.

Sobresalia entre ellos el tantas veces nombrado Conde de Champaña, y como ya se habia hecho objeto del odio de los magnates por sus repetidas defecciones, trataron de poner asechanzas á su vida, presentándole para atraerlo un plan y un porvenir de los mejor combinados y alhagüenos. Ofreciéronle la mano de Yolanda, hija del Conde de Bretaña, y que por su discrecion, riquezas y hermosura era la mas codiciada doncella de toda la Francia.

Instable Tibaldo, y la oferta, en verdad tentadora, no es de extrañar que la aceptase, y fácilmente concertadas las voluntades, llegóse hasta el punto de señalarse lugar y dia para la celebracion del matrimonio. Dispúsose que la ceremonia tuviera lugar en Val-secret cerca de Chateau-Thierri, y todo estaba dispuesto para la gran festividad que se proyectaba, y para el desgraciado fin del inconsecuente Tibaldo, cuando noticiosa de todo Doña Blanca, y hallando en esta ocasion la mejor de pagar al de Champaña los favores recibidos, y nuevo motivo de demostrar á los incorregibles señores, que en vano pretendian coaligarse contra ella, llamó á Tibaldo, le esplicó los siniestros planes de sus enemigos, y el engañado conde retiró la palabra que tenia empeñada al de Bretaña, rompiendo con esto la proyectada liga.

Indignados los burlados barones, recurrieron á otro medio no menos astuto, aunque igualmente pequeño para vengarse de Tibaldo. La Reina de Chipre, Alix ó Adelaida, pretendia tener derecho al Condado de Champagne, y los enemigos de Tibaldo se declararon protectores de aquella princesa, entrando por los estados del Conde como en país de conquista, sin que fuesen bastantes á detenerlos las

enérgicas intimaciones de Doña Blanca. Al verse desatendida la Reina, que conocia el verdadero blanco á donde se dirigian los tiros de aquellos mal avenidos señores, ideó un acertado plan, cuya realizacion ofreció rápidamente el resultado apetecido. El Conde de Boloña era el principal fautor de aquella contienda, y al frente de los soldados de su casa habia invadido el territorio de Champaña. El Conde de Flandes se dirigió rápidamente á ocupar los estados del de Boloña, y éste tuvo que dejar en paz la casa agena para acudir á defender la suya. Hubo contienda, y quedó vencido; y él y todos los de su bandera, imploraron una vez mas la clemencia del Monarca, declarando que no habia sido su ánimo hacer armas contra su Rey, sometiéndose de nuevo al poder legítimamente constituido.

Quedaba sin embargo el Conde de Bretaña, que pudo haber hecho vacilar toda la energia y política de Doña Blanca, á haber sido esta dama española menos digna del alto puesto que ocupaba. Quiso el conde sostener él solo la rebelion comprometiendo en su misma causa al Rey de Inglaterra, pasando para ello á sus estados, y proclamando que no reconocia al de Francia por su soberano. Prudente Blanca, y no queriendo que se atribuyese á personal encono su conducta, llevó la decision de aquel proceder desleal al tribunal de Pares de Melun, y despues de un severo juicio, seguido en rebeldía del Conde de Bretaña, pues no quiso comparecer á pesar de haber sido citado con repeticion, quedó éste condenado, y triunfante la causa de la Reina, que de este modo hacia ver á toda la Francia y al mundo todo, que lo mismo por el necesario aunque sensible medio de la guerra, que en las decisiones pacíficas de la justicia, la razon estaba siempre de su parte, y lejos de los ambiciosos magnates, que constantemente la inquietaban con sus bastardas maquinaciones.

El fallo del tribunal de los Pares produjo favorable efecto en el pueblo, y aquel proceder tan prudente y digno fué ganando la voluntad de los demás señores, y hasta del mismo ministro de Enrique III, Rey de Inglaterra, de tal modo, que cuando este monarca llegó á Bretaña fué su presencia mas favorable que contraria á los intereses

de la familia Real de Francia. Los magnates bretones, que habian visto y admirado el cuerdo proceder de Doña Blanca, al creer amenazada su patria por un extranjero, prescindiendo de su Conde, que en tal conflicto les ponía, resolvieron espontáneamente rendir homenaje al hijo de Doña Blanca, y reunidos en asamblea declararon traidor al Conde de Bretaña y escluido de la posesion de sus estados.

De este modo, hasta los mejores planes de sus enemigos, tornábanse en beneficio de la ilustre española, que lejos de sentir con tan repetidos triunfos el menor movimiento de orgullo en su corazon, solo anhelaba llegase el momento en que, habiendo cumplido la mayor edad su hijo, pudiera retirarse á mas tranquila vida.

La completa sumision del Conde de Bretaña, puso el complemento al triunfo conseguido, y poco despues Doña Blanca terminaba su acertada regencia.

El dia 25 de Abril de 1236 en que ya tenia el rey veinte y un años, entregó el mando al legítimo soberano, que penetrado de respeto, de agradecimiento y de ternura, lo recibió como una precisa formalidad, pero rogando á su madre le siguiese ayudando, como hasta entonces, con sus sabios consejos.

Imprevisto acontecimiento fué causa de que pocos años despues volviera á encargarse la princesa española del gobierno de Francia. En 1243 gravísima enfermedad puso en peligro la vida del monarca, y habiéndose atribuido su curacion al milagroso efecto de un pedazo de la cruz verdadera, que colocaron encima de la cama del rey, las primeras palabras que pronunció al verse libre de tan peligrosa enfermedad, fueron para pedir la cruz al obispo de Paris, Guillermo, y abrazado á ella hacer solemne voto de ir á combatir á los infieles en la Tierra Santa.

Restablecido completamente, el primer cuidado del piadoso monarca fué renovar solemnemente este voto, y disponer todo lo necesario para su proyecto, en lo cual empleó tres años. Antes de salir de la capital y de tomar la *oriflama* en la iglesia de San Dionisio, declaró que dejaba á su madre encargada en la gobernacion de

sus reinos con todos los amplios poderes de reina propietaria.

Graves negocios estaba llamada Doña Blanca á dirigir y resolver durante aquel nuevo período de su mando. El fallecimiento de Raimundo VII, último Conde de Tolosa, hacia recaer sus estados, segun el tratado de 1229, en Alfonso, su yerno Conde de Poitiers; y como aquella codiciada herencia pudiera suscitar trascendentales disputas entre el Conde de Anjou y el de Poitiers, Blanca, con la actividad que tanto la caracterizaba, envió á Guy y á Enrique de Chebreuse á tomar posesion de aquellos estados, que, segun dijimos arriba, por el enlace de Alfonso con Doña Juana, hija de Raimundo, debiana umen-
tar los dominios de la corona. De éste modo evitó que el de Anjou pudiera alegar derechos posesorios, que hubieran sido los únicos á la verdad que le asistieran, y el Conde de Poitiers á su vuelta de Egipto pudo recibir tranquilamente y sin contradiccion el homenaje de fidelidad de sus nuevos súbditos.

Amante de la justicia aquella ilustre princesa hasta el punto de no reconocer influencia ni consideracion alguna para torcer sus severas decisiones, demostró en otra ocasion solemne de aquel nuevo período de su mando, que ni aun con capa de piedad ni de religion puede faltarse á lo que ordenan los principios de la equidad y de la virtud. Altivo y orgulloso el clero y olvidado de su santa mision, en vez de ser el amparo y consuelo de los desvalidos, oprimia por aquel tiempo á sus vasallos con injusto despotismo; y Doña Blanca que amó siempre al pueblo como una verdadera madre, deseaba ocasion en que reprimir la violencia de aquellos sacerdotes, demostrando que la ardiente piedad y fè religiosa que le animaban, estaba muy lejos de confundirse con el ciego fanatismo, y que sabia distinguir y apreciar la verdadera mision del sacerdocio y los derechos vulnerados del abatido pueblo.

El anhelado motivo llegó al fin. Los vicarios de las diócesis de Paris habian puesto en las cárceles de la iglesia á varios *siervos* suyos del país de Chatenay, que dista dos leguas de aquella capital, porque no habian pagado el impuesto á que estaban sugetos los de su

condicion; y no solo les privaron de su libertad, sino lo que es mas horrible todavía, les dejaron destituidos de todo auxilio, hasta el punto de que aquellos infelices empezaron á morir de hambre. El generoso corazon de Doña Blanca, al tener noticia de aquel verdadero atentado contra la santa ley de la caridad, se dirigió al Cabildo con todo el respeto que le merecia la religiosa corporacion, rogándoles que, por atencion á ella, sino consideraban á los presos dignos de su clemencia, les devolviesen la libertad para que de este modo pudieran atender á proporcionarse el necesario sustento, y al mismo tiempo á reunir lo necesario para pagar lo que debian. Los altaneros capitulares lejos de acoger aquella reverente súplica, como era de esperar de corazones cristianos, respondieron *«que nadie tenia que meterse en los negocios de sus vasallos, pudiendo si se les antojaba hasta quitarles la vida»* y en vez de mitigar el rigor con que trataban á aquellos desdichados, á tal extremo los redujeron, que diariamente iban muriendo muchos de ellos de las mas terribles de todas las muertes; de hambre.

Cuando Doña Blanca tuvo noticia de tan incalificable proceder, sintió encendido su pecho con el fuego de la mas santa indignacion, y no dejando para mas tarde el remedio, seguido de unos pocos soldados, se dirigió á las cárceles del Cabildo, y mandó derribar las puertas; y como el temor de las censuras eclesiásticas pudiera haber infundido algun temor á los que la seguian, ella fué la primera en golpear con el baston que llevaba las temidas puertas; con lo que desvanecido todo escrúpulo, bien pronto cayeron hechas pedazos á los repetidos golpes de sus fieles guardias. El espectáculo que entonces se presentó á su vista, era capaz de conmover el corazon mas empedernido. Multitud de hombres, mujeres y niños, harapientos, pálidos, estenuados, sin fuerzas casi para hablar, mas parecian cadáveres que abandonaban sus sepulcros, que seres vivientes. Agrupados todos al rededor de Doña Blanca colmándola de bendiciones y besando sus manos y sus vestidos, no encontraban palabras bastantes para darle gracias por su noble accion, y solo con lágrimas acertaban á demos-

trarle su reconocimiento. Las de la reina corrian tambien en abundancia, profundamente conmovida por tan triste espectáculo y por el mismo movimiento de gratitud que le demostraban, y levantando á los unos, ayudando á otros, socorriéndolos á todos, parecia en medio de los lóbregos calabozos de aquellas cárceles, el ángel del consuelo y de la caridad.

Tomándolos á todos bajo su proteccion ordenó enseguida el secuestro de las rentas del Cabildo, mandando que todos sus individuos se le presentasen á rendir homenaje á la autoridad que estaba depositada en sus manos, obligándoles además á manumitir á sus siervos, y llevando á tal extremo su bondad, que para indemnizarles de las pérdidas que por esto pudieran tener, les señaló anualmente una cantidad de su propio tesoro.

De tal modo comprendia Doña Blanca los grandes deberes de su cargo y con acciones tan dignas conquistaba para su nombre la corona de la inmortalidad.

IV.

Pero ¡ay! que mientras con tanta prudencia, energia y saber gobierna á la Francia, la suerte de sus hijos en Palestina le preparaba dias aciagos y profundos pesares. En vano Luis IX se cubre de gloria alcanzando brillantes triunfos. La falta de prevision con que, fiándolo todo á su guerrero ardor, se lanzó á aquella campaña en tan apartadas regiones, fué causa de que su ejército se viera reducido al último extremo por la escasez de víveres, y por las enfermedades epidémicas, que causaban temible estrago en los soldados cristianos. Roberto, hermano del rey habia muerto en el campo de batalla, y Carlos y Alfonso, y el monarca mismo, quedaron en cierto modo sin libertad y bajo el poder del enemigo. Doña Blanca, tan serena siempre, tan activa y enérgica en el peligro como en la calma, al tener

noticia de tanta desventura sintió en su corazón de madre tan violenta pena, que olvidándose de todo, solo pensó ya en los medios de alcanzar la libertad de sus hijos. Para conseguirlo no perdonó medio ni fatiga, y convencida de que solo por fuerza de dinero ó por fuerza de armas habia de obtener el rescate, reunió cuantas sumas pudo allegar, y levantó cuantas tropas pudo reunir.

Y á este justo y natural deseo de abrazar á sus hijos, agregábase tambien el amor que profesaba á sus pueblos. Doña Blanca se sentia enferma, y con la prevision de su talento privilegiado temia dejar á la Francia privada de persona que la dirigiera en su difícil gobierno. Así es que al mismo tiempo que enviaba á su hijo los medios para poder regresar á sus estados, le escribia rogándole no dilatase mucho su vuelta, por que se iba sintiendo cada dia mas débil para desempeñar dignamente su encargo.

Bien hubiera querido Luis volver enseguida á su reino, pero los generosos impulsos de su corazón se lo impidieron. Apenas habia obtenido su libertad, cuando supo que los sarracenos hacian sufrir los mas crueles tormentos á los franceses que caian prisioneros, y el deseo de impedirlo y libertarlos, le hizo permanecer cuatro años mas en Palestina, continuando la guerra santa.

Entre tanto nuevas calamidades ponian á prueba el esforzado espíritu de la princesa española. Las tropas que habia reunido para socorrer á su hijo habíanse convertido en una verdadera calamidad para la Francia. Mezclados con los guerreros á quienes atraia un verdadero celo religioso, habian acudido multitud de vagos, ladrones, y malhechores de todo género, que acantonados en los alrededores de París, dejaban por donde quiera señalado su paso con el pillaje y la devastacion. No era Doña Blanca mujer que fácilmente se dejase arrastrar por el temor. Conociendo los daños que estaban causando al país semejantes auxiliares, bien pronto consiguió que sus leales tropas arrojasen de Francia á aquellos aventureros, indignos de llevar sobre su pecho la roja enseña de los cruzados.

Aquel último esfuerzo de la enérgica voluntad de Doña Blanca

fué el postrero. El continuo trabajo y la constante actividad de su inteligencia, mas que los años, minaron lentamente la existencia de la ilustre princesa, y una fiebre ardiente y continua la iba consumiendo de dia en dia.

El primero de Diciembre de 1252 fué el último en que sus ojos pudieron contemplar el espectáculo de un pueblo entero rogando por su vida. Al sentir próxima su muerte habia tomado pocos dias antes el hábito de la órden del Cister, haciendo sus votos en manos de la abadesa de Maubisson á cuya abadía, fundada por la piadosa reina con el propósito de que en ella se elevasen diariamente oraciones por el descanso de su padre Alfonso de Castilla, de su madre Leonor de Inglaterra y de su esposo Luis VIII, fué conducido el cuerpo de Doña Blanca, con el rostro descubierto, sentada sobre un trono dorado y cubierto con el manto real el hábito de religiosa, en hombros de los principales señores de la corte. Depositada en medio del coro, durante muchos dias solo se oyeron en todas las iglesias de Francia las preces que elevaban al cielo sus desconsolados habitantes, por la que habia sido durante su vida la digna reina y la cariñosa madre de aquel gran pueblo ¹.

¹ Doña Blanca tuvo de su esposo Luis VI once hijos, de ellos nueve príncipes y dos princesas. Felipe que murió á los nueve años de edad; San Luis, Rey de Francia; Roberto, de quien descendian los condes de Artois; Felipe y Juan, que murieron muy jóvenes; Alfonso, Conde de Poitiers; Felipe, llamado Dagoberto, que murió muy joven, lo mismo que Estéban y Carlos, primer ascendiente de los condes de Anjou.



Lit. de J. Donon. Madrid.

MUJERES CÉLEBRES

ISABEL DE SEGURA.

190.000 DE NEQUERA

ISABEL DE SEGURA.

I.

Asentada sobre ríscosa altura en la márgen izquierda del Guadala-
viar, levanta Teruel sus desiguales edificios, ceñidos de vetustos
muros, de los que con razón dijo el laureado poeta, que con mas for-
tuna en nuestros días ha sabido adunar la ciencia del erudito con la
inspiración del genio.

Cuyos muros entre horrores
de lid atroz, levantados
fueron con sangre amasados
de sus fuertes pobladores.

No llegamos sin embargo hoy delante de aquellos mudos testimo-
nios de pasados siglos, para investigar, perdiéndonos en el vasto
campo de las conjeturas, cuál fué el origen de aquella ciudad, ni á
buscarle en la célebre Turba, tan nombrada durante la gloriosa
guerra saguntina.

Tampoco preguntaremos á los días que pasaron los acontecimien-
tos que allí tuvieron lugar durante la dominación romana, ni después
en la época goda y árabe, por mas que á ello nos brinden los hechos
de armas de su conquista por Alonso II de Aragón; los laureles que
los hijos de Teruel alcanzan en el sitio de Valencia; el decidido apoyo
que prestaron á Pedro IV para las guerras contra el Rey de Mallorca;
la defensa que constantemente hicieron de sus libertades; la tenaz

oposicion que presentaron al establecimiento del llamado Santo-oficio; y tantos otros acontecimientos coma guarda en sus brillantes páginas la historia de aquel pueblo.

Objeto de menos general interés, para los que solo buscan en la historia hechos que se refieran al engrandecimiento ó ruina de los hombres ó de los pueblos, nos lleva hoy á Teruel.

Vamos únicamente á buscar en el claustro de la antigua iglesia de San Pedro un recinto, modernamente adornado con pilastras de órden corintio, arcos, cornisamento y cúpula, en el centro del cual y levantado sobre dos gradas, se halla un templete octógono de órden tambien corintio, y dentro de él dos cadáveres casi momificados, cuya vista despierta en las almas sensibles tristes ideas inspiradas por el sentimiento mas grande que agita el corazon humano. Ante aquellos despojos de la muerte, se comprende, como dice con notable acierto un historiador ¹ que el verdadero amor, hijo de Dios, se entraña en los corazones nobles, y es siempre libre, dulce, sufrido, sincero, valiente, casto, agradecido y generoso; solo reposa en su centro de atraccion, sin que la misma muerte pueda romper los vinculos de las dos almas que se aman; y si la inflexibilidad de la avaricia, si el orgullo de clase, si la ambicion de honores, los celos y la envidia logran en este mundo impedir la legítima union de dos amantes verdaderos, éstos saben morir resignados, sin deshonra propia ni de sus familias, honrando su desgracia el sentimiento público con lágrimas de compasion, y viniendo despues en el curso de los siglos nuevas generaciones á su tumba, para depositar en ella igual admiracion y sentimiento.

Aquellos dos cadáveres son los de los infortunados AMANTES DE TERUEL; y la historia de la triste doncella que con tanta grandeza supo comprender su amor y sus deberes, la que vamos á narrar en estas páginas, siguiendo la constante tradicion de todo un pueblo durante mas de cuatro siglos.

¹ D. Estéban Gabarda.

II.

Yo creo que al darme el sér
quiso formar el Señor
modelos de puro amor
un hombre y una muger.

Y para hacer la igualdad
de sus afectos cumplida,
nos dió un alma en dos partida
y dijo: «vivid y amad.»

(Hartzenbusch.)

Murieron como vivieron;
y como cuando vivian
uno por otro morian,
uno por otro murieron.

(Villamediana.)

..... Mi bien, perdona
mi despecho fatal. Yo te adoraba.
Tuya fui, tuya soy: en pos del tuyo
mi enamorado espíritu se lanza.

(Hartzenbusch.)

A principios del siglo XIII y en la calle de los *Ricos-hombres*, vivian en Teruel, en cercanas casas, y unidas por los vínculos de la amistad mas firme, dos familias de antigua y acrisolada nobleza y limpio nombre, pero de muy diversa fortuna.

Era la una de las dos Marcillas ¹ y otra la de los Seguras, á

¹ El Rey D. Alonso II en el año 1169 hizo una incursión por la Vall de Jarque, y se apoderó de los castillos de los Rios, Martín y Alfambra. En el año 70 venció á los moros de las riveras de Alfambra y Guadalaviar; y en el de 1171 pobló á las riveras del Guadalaviar la ciudad de Teruel.—Zurita, *anales de Aragon*, lib. 2.º cap. 31. «Entre los pobladores de Teruel nadie ignora los claros nombres de Cuevas, Marcillas y Muñozes.» D. Isidoro Antillon en sus cartas á D. Ignacio Lopez de Ansó sobre la antigua legislación Municipal de Teruel y Albarracin, pág. 58 en la nota, impresa en 1799.

El Capitan D. Joseph Tomás Garcés, Caballero de la orden militar de Nuestra Señora de Montosa etc., descendiente de la rama de D. Diego Garcés de Marcilla, llamado el *amante*, en el año de 1780 presentó á S. M. una memoria sobre la genealogía de esta familia, y afirma en fé de los mas seguros documentos: que los Garceses de Marcilla traen su origen de sangre real, siendo su progenitor y cabeza Fortun Garcés, hijo del Infante D. García, y nieto del Rey de Navarra D. García 1.º, tomando el nombre de Garcés del nombre propio de su padre D. García. Hijo de Fortun Garcés fué D. García Fortunez que casó con D.ª Toda, y tuvieron á D. Lope y á D. Gimeno Garcés. De D. Lope procedió Fortun Garcés famoso por su esfuerzo militar entre los que concurrieron en 1096 á la conquista de Huesca. Hermano de éste, y por consiguiente hijo de Lope, fué García Garcés de Marcilla, llamado así por la villa de este nombre en Navarra, de la que era Señor. De D. García y de D.ª Sancha Gomez Súbira, nació D. Martín Garcés de Marcilla, quien con otros hermanos

las cuales pertenecian D. Juan Diego Martinez de Marcilla y Doña Isabel de Segura, hija única de D. Pedro, caballero poderoso y rico.

No alcanzaba tanta ventura el primero, sin embargo de lo cual, como el verdadero amor no encuentra mas atractivos que los que guarda en su misteriosa simpatía, Diego é Isabel se amaron desde el abril de su vida, con el profundo cariño que decide para siempre de nuestro porvenir. Dificultaba aquella anhelada union la falta de bienes del caballero y la ambicion del padre de Isabel, que juzgando las ilusiones de la juventud con la egoista razon de la vejez, creyó que

concurrió á la poblacion de Teruel, y se domicilió en la misma. Tuvo á D. Martín Garcés de Marcilla que casó en Teruel con D.^a Constanza Perez Tizon, y tuvieron á D. Sancho, D. Diego, el amante, y D. Pedro Garcés y Marcilla. Memorial literario de Madrid, publicado en 1785, tom. 6.º, núm. 23, pág. 383.—Notas del Sr. Gabarda ya citado.—El autor de la presente obra ha podido compulsar la exactitud de esta noticia con la misma memoria genealógica impresa en un cuaderno en folio en Madrid, oficina de D. Manuel Martín año de MDCCCXXX.

Acerca de la existencia en aquella época de la familia de los Seguras en Teruel, véanse las acertadas observaciones y citas que para comprobarla presenta el mismo Sr. Gabarda.

«Demostrada la coexistencia de los Marcillas y de los Azagras en la época del suceso, resta averiguar la de la familia de los Seguras. Si existieran las partidas de bautismos, de casamientos y mortuorios, podria llevarse este asunto al punto de la mas completa demostracion, empero los cinco libros de todas las parroquias de Teruel no alcanzan mas que hasta el año 1500. y aun en aquel siglo y posteriores aparecen las partidas tan oscura y diminutamente estendidas que en muchas se ignora hasta la identidad de las personas. Informado de que los cinco libros de los siglos anteriores pudieran existir en Barcelona, adonde se trasladaron los papeles de esta ciudad por motivos justos de política, se han practicado por su bondadoso é ilustrado archivero D. Próspero de Boferull, esquisitas investigaciones y hase conseguido averiguar: que no es cierto la opinion de haberse trasladado en ningun tiempo al archivo de Barcelona los cinco libros parroquiales de las iglesias de Teruel: que por lo mismo no existen ni han existido en aquel archivo tales documentos; y que tampoco es de esperar existan en ninguna parte porque en el siglo XII y XIII no se estendian en las iglesias las partidas de bautismos, casamientos y mortuorios.—Obstruido el camino de los cinco libros que no existen ha sido forzoso buscar la existencia de los Seguras en otros documentos aproximados á la época de los amantes; pero ni en Teruel, ni en Albarracín, Molino, Segorve y Barcelona, he podido conseguir otras noticias que las siguientes: D. Gimeno de Segura fué Juez de Teruel en el año de 1221, cuatro años despues del suceso de los amantes. Así consta del documento compulsado del *Alcoran* ó *Libro verde* del Ayuntamiento de esta ciudad. D. Pedro Gimenez de Segura, alias de Aybar, natural de Teruel, hijo de D. Gil Ximenez de Segura, de familia muy noble, habiendo vacado en Albarracín la silla segorviense, fué elegido por los Canónigos para Obispo en el año de 1275. Consta en el archivo de Segorve, que cuando fué electo para Obispo, tenia 35 años; que el Rey D. Jaime le encargó el cuidado de los dos infantes que tuvo con D.^a Teresa Gil de Vidaura; que fué hombre de gran valor; desempeñó una embajada del Rey D. Jaime á los nobles de Granada; estuvo en Roma, y murió en Teruel en 31 de octubre de 1277...

Entre los varios documentos que se hallan en el archivo general de la corona de Aragon en Barcelona consta: que Bernardo Segura otorgó su testamento en Montblanch el año 1248; que Berenguer Laurac y su muger empeñaron á Elisendo Segura la mitad del Vall vert (hoy se llama la Puebla de Valverde que dista de Teruel cuatro horas) en el Julio de 1214; que D. Jaime I hizo donacion de unas casas y tierras en el término de la Carbonera á Pascasio Eximini de Segura en Valencia, á 3 de las Kalendas de Julio del año 1258; que á 9 de las Kalendas de Febrero de 1264, el mismo Rey concedió licencia á Gil Ximenez de Segura, para construir un molino en el término de Asclubas; y finalmente, se encuentra un *mandato* al Alcalde de Daroca á favor de Andreva de Segura á 3 de las idus de Noviembre de 1279. Es pues indudable que la familia de los Seguras existia en Teruel en la época del suceso de los amantes.»

solo podria ser dichosa su hija uniendo su existencia á la de un caballero acaudalado.

La hermosa doncella, respetando los deseos de su padre, pero cada vez mas enamorada de Marcilla, logró recabar de D. Pedro que esperase cinco años, durante cuyo tiempo pudiera D. Juan alcanzar la mano de Isabel despues de conseguir gloria y riquezas en la guerra á que toda la cristiandad se aprestaba contra los ejércitos de infieles, que amenazaban borrar para siempre en la península el nombre cristiano.

Enamorado tambien de Isabel de Segura, Azagra, hermano del Señor de Albarracin, personaje rico y de gran valimiento, sus amorosas aspiraciones encontraron eco en la fácil voluntad de D. Pedro; el cual importunó repetidamente á su hija para que olvidando á Marcilla uniera su suerte á la del altivo aragonés.

No era en verdad el corazon de Isabel de Segura de los que fácilmente olvidan, ni el amor que á Marcilla la unia vulgar sentimiento de pasagera duracion; así es que supo resistir á las repetidas instancias de su padre, obteniendo que al menos se respetase el plazo fijado.

Pero el tiempo entre tanto transcurria, y en vanó esperaba año tras año la triste enamorada la vuelta de su prometido. Si envió mensajeros noticiándole su varia fortuna, ó anduvieron torpes, ó fueron maliciosamente interceptados; es lo cierto que al llegar la primavera del año de 1217, término del plazo fijado, divulgáronse voces que anunciaban la muerte del amante, y el padre de Isabel conoció ser llegado el momento de triunfar de la resistencia de su hija.

Isabel creyendo perdido para siempre á Marcilla, acosada por su padre, y obligada por el vencimiento del plazo, vióse en la imprescindible necesidad de ceder á su adverso destino, y entregó por último fe y mano de esposa á Azagra, en la iglesia de San Pedro.

Mientras estos acontecimientos tenian lugar en Teruel, Marcilla alcanzaba gloria y fortuna en la guerra contra los sarracenos, y volvia como único enamorado á su patria, forjándose en su imaginacion apasio-

nada los mas dulces sueños de venturoso porvenir. Terrible desengaño destruyó cruelmente sus ilusiones. El mismo dia en que llegaba á Teruel acababa de enlazarse con Azagra la escogida de su corazon, y celebrábase con grandes fiestas en la casa paterna el anhelado enlace. Marcilla fuera de sí corre á la casa de los nuevos esposos, y encuentra medio de introducirse en la cámara nupcial antes de que entrasen en ella los desposados. Oculto vé llegar al orgulloso Azagra radiante de ventura y de esperanza, y triste y abatida como si se acercara su última hora, á la infeliz doncella. Desde el lugar en que logró ocultarse escuchó con inmenso agradecimiento el púdico ruego con que Isabel obtuvo de Azagra la permitiese permanecer por aquella noche fiel á su profundo pesar; y cuando el sueño cerró los ojos del esposo, y la desolada amante comenzaba su triste plegaria por el único hombre á quien amaba, presentándose Marcilla de improviso, la hizo comprender en un momento toda la estension de su horrible desgracia.

El apasionado caballero le pudo dar cuenta de su amor perdido, pero escuchando las dignas excusas de Isabel, tan hidalgo como amante respetó su pureza rogándole únicamente le diese el beso de eterna despedida. Sentia el desdichado mancebo destrozársele el corazon, con ese dolor indescriptible que hace comprender en un instante lo infinito del pesar, y solo anhelaba que su alma se exhalase, confundido su último aliento con el casto perfume de la púdica flor de sus amores.

—«Bésame que me muero,» repetia en verdad moribundo; é Isabel de Segura que sufría todos los tormentos de su amado, que le sentia morir, inflexible en aquella terrible lucha consigo misma y con el único sér á quien amaba, comprendiendo que para las leyes del honor son leves excusas los impulsos del sentimiento, rechazó victoriosa á Marcilla, que no pudiendo resistir mas su pena, cayó á sus piés exánime sin poder acabar de pronunciar el nombre de la que fiel á sus deberes le causaba la muerte.

La desgraciada Isabel al convencerse de su horrible desgracia no

encontró en su corazon, seco ya de tanto llorar, una lágrima siquiera para mitigar su pena. Reveló todo lo acaecido á su esposo, y éste cuidando mas de su seguridad que del dolor de Isabel para librarse de las indagaciones de la justicia, condujo con sus fieles deudos el cadáver de Marcilla á la puerta de la casa del infortunado mancebo.

Al siguiente dia publicó la luz el infortunio que la noche conservara oculto, y el dolor del desgraciado padre tan á deshora privado de su hijo clamando venganza escitó el enojo de sus amigos, hasta el punto de que poco faltó para que viniesen á las manos los de las opuestas banderas, inculpándose unos á otros la sentida muerte. Pero luego que el sentimiento dejó espacio á la reflexion solo pensaron todos en tributar al desgraciado jóven las últimas ofrendas de su amistad.

Con triste aparato dispúsose en la iglesia de San Pedro el oficio fúnebre á que concurrieron todos los vecinos de Teruel y los guerreros que habian tenido ocasion de admirar las proezas del malogrado jóven, unos y otros abismados en profundo pesar.

El eco de los cánticos sagrados penetrando en la cercana casa de Isabel, hirió como agudo puñal el corazon de la desdichada amante; que desde las rejas de su estancia vió pasar lentamente la fúnebre comitiva y conducido en hombros de sus compañeros de armas al escogido de su alma.

Todavía cubrian los encantos de la púdica doncella las galas nupciales, que mal de su grado le vistieron el dia anterior. Atónita, sin conciencia de sí misma, reconcentrada su vida únicamente en sus ojos que iban siguiendo con atraccion irresistible el cadáver de su amado, cuando le vió penetrar en las sagradas naves retiróse rápidamente de la ventana, arrancó de sus hombros y de su frente aquellas galas que la martirizaban, y vistiendo el tosco sayal que solo convenia á su inmenso dolor, salió precipitadamente á la calle, olvidada ya del mundo y de sí misma, y entrando en la iglesia á tiempo que acababan de colocar el ataúd sobre el túmulo, corrió á él desalada, abrazóse al cadáver, y besando su frente confundió en aquel supremo instante

con el primer beso de su casto amor el último suspiro de su vida.

Tan extraño ó inesperado accidente turbando la sagrada ceremonia, escitó distintos sentimientos, no faltando almas bajas en el concurso que tratasen á Isabel de liviana; pero su mismo esposo Azagra, haciendo justicia á la virtud de la infortunada Isabel, imponiendo silencio á los murmuradores levantó al alto puesto que le correspondia la memoria de la fiel esposa y de la amante sin ventura, que prefirió la muerte á turbar con la mas leve sombra de impureza el immaculado cielo de su honra.

Con tardía reparacion, parientes y deudos dispusieron que una misma sepultura juntase los cuerpos que habia separado fieramente el destino, y que ésta se abriese en la capilla de San Cosme y San Damian lindante con el cementerio de aquella misma iglesia. Honor hasta entonces á nadie concedido, que facilitó el valor de las familias de los Azagras, Marcillas y Seguras, lo extraño del caso, y la singular grandeza de aquella pasion amorosa, limpia de crimen, y por su pureza y vehemencia santificada.

III.

Repetida constantemente con aditamentos de episodios mas ó menos verosímiles la tradicion que acabamos de narrar, no ha faltado quien la ponga en duda, por lo cual creemos muy del caso entrar de lleno en esta cuestion, puesto que habiendo aceptado nosotros la tradicion popular estamos en el deber de justificar nuestra creencia.

Varicos son los documentos que se citan en apoyo de dicha historia, documentos que creemos del caso transcribir, para que con toda imparcialidad examinados, produzcan completo convencimiento ó prudente duda.

Es el primero un papel de letra muy antigua que se conservaba á principios del siglo xvii con el título de *Historia de los amores de Diego Juan Martinez de Marcilla é Isabel de Segura. Año 1217: fué juez de Teruel Domingo Celada*, en el archivo de Teruel, en cuya época lo copió el Secretario del Ayuntamiento Juan Yagüe, segun lo testifica él mismo como notario público: esta copia se encuentra en la actualidad en el archivo de la Iglesia parroquial de San Pedro de Teruel.

Dice así:

«E pues decimos de males y guerras bueno es digamos de amores. «Nos feitos mas verdaderos en Teruel está el de un jóven llamado «Diego Juan Martinez de Márcilla, de unos veinte y dos años. Ena- «moróse de Isabel de Segura, fija de Pedro Segura: el padre no tenia «otra, era muy rico: los jóvenes se amaban muy mucho, en tanto que «vivian afanados; é dixo el jóven cómo deseaba tomarla por muller, é «ella repuso, ciertament el deseo de ella era aquel mateix, empero «que supies que nunca lo faria sin que su padre y madre se lo man- «dasen; ahora él la quiso mas, é fiçolo decir á su padre: su respuesta «fué que ciertament él era muy bien pagado del jóven, é que venia «bien; empero que él no tenia biens, non se quejase, é que su padre «tenia otros fijos quien mas lo podia heredar; hasta, que no lo faria, é «que él podia dar á su fija treinta mil sueldos, é que apres tenia toda «su casa.

«El jóven fué bien contado, el cual dixo á la doncella, que pues su «padre no le despreciaba sino por los dinerós, que si ella queria es- «perar cinco años que él se iria á traballar y morir en las guerras «alegre, ya por mar, ya por tierra, hasta tener dineros; al fin ella «de nuevo se lo concedió, y se ausentó el espacio de cinco años: tra- «bajando contra los moros, ganó empleos y dinero, ya por mar, ya «por tierra.

«La doncella en este tiempo fué muy acosada del padre para que «tomase marido; la respuesta de ella fué que habia votado virginidad, «hasta que fues de veinte años, diciendo que las mulleres no debian

«casar sin que pudiesen y supiesen regir su casa. El padre como quier
«que la amaba quísola complacer ; pero cumplidos los cinco años , el
«padre la dixo: *Hija fixo es mi deseo que tomes tu compañía.*
«Ella viendo que el tiempo de los cinco años era pasado, y que en este
«tiempo nada habia sabido del enamorado , dixo que le placia obedecer
«á su padre, y este la desposó con Azagra , y á poco tiempo hicieron
«las bodas.

«Alégranse sus padres y deudos por que ignoran el misterio: la
«novia dió en estar de allí adelante melancólica y pensativa; no trata-
«ba ya de galas, sino ponerse de negro. A esta sazón entró por la sala
«dó Segura estaba un page con recado , y dice que á Marcilla el viejo
«le dan noticia de que su hijo viene con salud y muy rico , de lo que
«tuvieron gran regocijo. Llegó el jóven Marcilla á su casa , y le die-
«ron la noticia de haberse desposado Segura con Azagra; con todo
«disimuló delante de su padre porque su gozo no se enturbiara con su
«pena.

«Acostóse Marcilla, mas no reposa; dexa la cama, y embozado se
«pasó al convite ó danza del casamiento de Segura , y luego que co-
«menzaron los acordes instrumentos salió Segura á danzar ; pero
«Marcilla , á mas dolor movido que si viera el cuchillo á su garganta,
«dando rienda al furor dexa aquel sitio, y se metió dentro del aposento
«que estaba aparejado para el tálamo de los novios y sepulcro suyo,
«que como la casa andaba tan revuelta, lo pudo hacer sin que le
«vieran.

«Concluye el festin al tiempo que, aunque quisiera salir, no pudo:
«oye que las visitas se van, y á su aposento se recogen los noviös ; y
«queriendo Azagra usar del derecho que el matrimonio le concede,
«ella le ruega se abstenga de ello por aquella noche , porque ésta es
«sola la que le falta para cumplir al cielo un voto prometido. Azagra
«lo negó , pero ella insiste : niégalo segunda vez , mas le replicó , no
«ser justo gozar contra su gusto á ninguna muger, principalmente
«siendo propia, y se lo ruega con palabras alhagüeñas , vertiendo lá-
«grimas entre risa y lloro ; al fin lo convenció , y traxo á que jurase

«de no coger por entonces los frutos debidos del matrimonio. Acostá-
«ronse con esto entrambos juntos; él de cansado se quedó dormido
«por tiempo de quatro horas; ella velaba, que aunque estaba casada
«con Azagra, tenia en su pecho á Marcilla; y mas habiéndole dicho,
«estando cenando, que habia venido á cumplir una fé y un juramen-
«to; estaba fluctuando en varios pensamientos, torcedores y tormentos
«de su alma.

«Marcilla en este punto muy osado y atrevido como amante, sale
«muy quedo detrás de las cortinas, y cogiéndola entrambas manos
«la dixo: *está contigo un hombre de quien fuiste un tiempo*
«*esposa*. De este caso no pensado y repentino, Segura se alteró, y
«con el espanto el cabello se le erizó: quiso dar voces, mas no pudo,
«por que la lengua se le quedó apegada á los paladares, cubriéndole
«su cuerpo un sudor frio, sin poder hablar; pero pasando algun rato
«volvió en sí, y dixo con voz turbada. ¡Ay! ¿qué es aquesto? y halló
«ligadas sus manos con las de un hombre, y que le dice á medio pro-
«nunciar, muy quedito y baxo. «Escúchame, Segura, no te espantes,
«que no es mi intento afrentar tu honor, aunque pudiera tomar justa
«venganza de mi injuria: solo vengo á que me digas, con que motivo
«habiéndote servido tantos años con un amor tan sencillo y verdadero,
«dexando por tu causa mis padres, mis deudos y mi patria, dester-
«rándome á reynos extraños, sin serlo por delito, exponiendo mi vida
«á las picas y á las lanzas, precediendo el haberme asegurado con
«firme juramento de no casarte sino conmigo, aguardando cinco años
«que aun apenas se han cumplido; ¿cómo, di, te has casado? ¿no me
«pudieras, di, aguardar mas tiempo, pues apenas tienes cumplidos
«cuatro lustros? Desechóme tu padre por ser pobre; por pobre me
«desechas tú tambien, por casarte con hombre rico: pobre confieso
«soy, y tambien que serás tú gran señora; mas dígotte que imposible
«es que te quiera como yo te quiero, pues sabes que por tí padezco y
«muero. Al tiempo de mi ausencia ¿no me dixiste, «parte y cesen tus
«rezelos, y espera de mi fé, seré constante?» ¿No dirás, di, la causa
«que te pudo mover á tal traicion? ¿quándo, di, te ofendí con obras,

«con palabras ó con deseos? ¿quándo no te serví estando presente? y
«presente y ausente ¿no te quise? Toma esta daga, y de mi pecho ar-
«ranca mi triste corazon, que mas es tuyo; quiero mas morir que no
«perderte.» Segura conoció que era Marcilla, sino en la cara y voz,
«en sus nobles acciones y razones verdaderas que dice, no puede
«negarlas aunque quiera, y se disculpa con que le vió que estaba ce-
«lebrando con otra dama sus bodas (fué sospecha), y que era culpable
«de que viéndose muy rico, galan, mozo, bizarro y victorioso, y en
«sus plantas la fortuna, no procuró venir al plazo señalado, pudiendo,
«como pudo; precisándola á casarse zelosa y desdeñada, dexándola
«así olvidada por otra. Al fin el uno al otro carga la culpa y juntos se
«disculpan y descargan.

«En premio de su fê y de sus sèrvicios, del presente dolor y bien
«pasado, Marcilla le pidió á Segura un beso, con el qual estará con-
«tento. Segura le respondió como discreta: «Confiésote, Marcilla, que
«en el tiempo que te amaba señora era de mí y de mis acciones; pa-
«decí en igual proporcion tus penas y tormentos, y te confieso que el
«amor que me ligaba pudiera solo cortarle el cuchillo de la muerte:
«no tuvo efecto este amor tan fino causado de un desden y de unos
«zelos; y pues ya me casé, ya no soy mia; estoy, aunque no muerta,
«ya enterrada; mal te podré dar lo que es ageno; dándote lo que es
«de Azagra, mi señor y esposo, es hacerle agravio, y padecer lesion
«mi castidad.» Vuelve á importunarla hecho un volcan diferentes
«veces, arrancando suspiros en vez de lágrimas, que eran bastantes á
«mover á lástima. Segura con pecho lo resiste, como leal y casta, y
«así el gusto pospone á ser quien es, y no consiente faltar á su esposo
«aunque lo siente. ¿No consideras, di, dice Marcilla, que si no fuera
«yo tan cortesano tomára lo que te pido á fuerza, matando á tu esposo
«y mi enemigo? Pero no lo permita el santo cielo, pero no lo quiero
«yo sino con gusto: hazme pues este bien, mira que muero, y mu-
«riendo te estimo y quiero. Y negándolo ella, dió un suspiro, diciendo:
«Bésame, que sin remedio me muero; pero estando ella siempre firme
«en negarlo, la dixo: *á Dios Segura*, y no pudo ya pronunciar la

«a. Dió consigo en el suelo Marcilla, tiéntale Segura cara y frente, «hállalo ya sin calor y que no respira; llamólo por su nombre, y no «responde.

«Quedó Segura sin habla y sin aliento; y volviendo en sí, comen-
«zó á lamentarse, dando fieras voces sin temer á su marido, y le dice:
«Esposo de fè y de lealtad, crisol y centro, ¿quién te ha quitado la
«vida tan repentinamente? A las voces y llantos de Segura des-
«pierta Azagra, y estando adormecido, pregunta á Segura: Dí;
«¿qué quieres esposa? qué ¿me llamas? Segura por entonces di-
«simula y hace como que sueña y que despierta, y dice: Soñaba,
«esposo, que en Cerdeña una amiga, siendo pequeña, quiso bien á
«un galan; no quisieron sus padres se casasen por no tener él igual
«hacienda; partióse á ganarla ofreciéndole la dama á su galan lo es-
«peraría cinco años sin casarse, y que zelosa ó por otra razon, al fin
«la dama se casó con otro; cumplido el término vino el galan, ha-
«biendo pasado en la ausencia grandes infortunios, pudo verse con
«ella á solas, antes que el segundo esposo lograse el fruto del matri-
«monio; quejóse él del agravio, y ella de su tardanza, y lo nota de
«inconstante; al fin le pidió á la dama un beso en pago del amor que
«la ha tenido; no permite ella darlo por guardarle á su esposo la fè,
«de puro honrada: tres veces se lo suplica diciéndole que se muere,
«y ella firme se lo niega, diciendo que antes quiere que su ga-
«lan muera y morir ella, que faltar á la fè del matrimonio; al fin
«en su presencia el caballero con un suspiro que dió entregó su alma
«á Dios. Esta tragedia vi entre sueño quando tú oiste las voces que
«daba. Y, ahora dime, pues te precias de discreto, ¿si la dama pu-
«diera darle el beso al galan sin faltar á ser quien era, ó sufrir que
«allí muriera? Azagra se rió, y así la dixo: Fué necia, impertinente
«y melindrosa, sobre ser muy cruel con quien la amaba, y debia
«aquesa dama, ya que en vida no le dió el beso al galan, en muerte
«darle uno y dos mil de sentimiento; aquesto siento, y este es mi
«parecer. A esta respuesta se desató Segura en lágrimas y suspiros,
«y á Marcilla le enseña muerto, y le dice: Yo soy la impertinente, la

«necia y melindrosa ; pero honrada. Azagra se quedó pasmado viendo
«un espectáculo tan lastimoso ; los dos se hallan perplexos sin poder
«acertar á resolver en este lance ; por un puesto temen á los deudos
«de Marcilla , por otro al rigor de la justicia si en su casa lo hallan
«muerto. Al fin se resolvieron el llevarlo y ponerlo delante de la puerta
«de su padre. Lo hicieron sin ser vistos , respecto de estar contigua
«la casa.

«Llegó el dia , y las gentes que por allí pasaban conocieron que era
«el jóven Marcilla , cubierto el rostro y su montante al lado. Supo su
«padre la lastimosa tragedia , levantóse de la cama y sale á la ventana,
«y vé á su hijo rodeado de amigos y deudos , llorando todos el des-
«graciado acaecimiento , jurando el vengar tan gran maldad. Llegó
«su padre , y sin poderlo estorbar , se arrojó sobre el difunto bañán-
«dole con lágrimas el rostro , y le dice : ¡ Miserable de mí ! ¿ Despues
«de haber sufrido tanta ausencia , y con ella á cada paso mil disgustos ,
«me dan por consuelo tu muerte ? Al punto me muera yo , pues en el
«mismo que cobro el bien , le pierdo en un instante. Aparéjame lugar
«en tu sepulcro , pues ya mi vida sin la tuya es muerte. Y estando
«abrazado con él , á ambos juntos los meten en casa , y al difunto
«meten armado de punta en blanco en un féretro.

«Acudieron los amigos y deudos , como tambien la justicia : Aza-
«gra tambien , disimulado : todos le dan el pésame y lo consuelan con
«razones christianas , las que suelen darse en semejantes lances ; y
«así determinaron hacerle las exêquias y darle sepultura , y por su
«alma mil sufragios. Comenzaron á tañer lamentablemente las cam-
«panas , y al otro dia quatro capitanes llevaban en hombros el cuerpo
«de Marcilla , por que Teruel entonces era Plaza de armas en la
«empresa que el Rey D. Jayme queria hacer contra los moros de Va-
«lencia , y habia diez banderas de soldados. Suena el ruido y los llores
«de mugeres y de toda la ciudad por las calles , por la pérdida de
«Marcilla : llegó la Parroquia de San Pedro con todos sus Eclesiásti-
«cos , y con los de las demás Parroquias y todos los Religiosos á la
«casa del difunto. Caminaba la vanguardia , iban los soldados siguiendo

«en orden de batalla, acompañan con hachas todos los Oficiales al
«difunto; detrás de él los capuces, las gramallas de todos los deudos
«y amigos: iban de retaguardia las mugeres, cuyos suspiros lasti-
«mosos y tristes movian á ternura. Como la casa estaba tan próxima
«á la de Segura, ésta oyó el lamentoso canto del entierro y los suspi-
«ros y lloros desde su retrete, y á una dueña que estaba con ella la
«dice al descuido: amiga, si os parece, subiremos á mirar aqueste
«entierro; al punto suben á la rexa mas alta, y luego que vió al di-
«funto metido en unas andas se pasmó, cubriéndole un sudor el
«cuerpo; desnudóse de todas sus galas; y se vistió de un mongil de
«vayeta, y sin peynarse el cabello baxó muy apresurada y afligida á
«la calle, y se metió en medio de las mugeres.

«Yba considerando muy lastimada el trágico suceso, y que ella
«habia sido causa por negar un ósculo á quien hubiera dado por ella
«dos mil vidas: fulmina contra sí un proceso, haciéndose reo, fiscal
«y juez, fórmase el cargo, sin descargo se halla, pronuncia la sen-
«tencia contra sí, diciendo: que merece muerte quien mató al que
«debe la vida: acepta la sentencia y no la apela; afuera, dice, fama,
«que mas quiero tenerla de liviana que de ingrata: no viviré yo mas,
«por que á tu exemplo quiero morir, esposo, que ese nombre mere-
«ces tú mejor que el segundo: para mí ni quiero mas bien ni mas
«mundo: la fe que me tuviste la considero por firme hasta la muerte;
«y esa quiero con otra igual pagarte, y que la fama nos dé á los dos
«un exemplo y un sepulcro, y la historia de este amor se inmortalice.
«Espera, Marcilla, mientras pueda llegar á darte lo que te negué
«ingrata, y muerte á mí despues, por que si sogá y puñal faltan,
«basta solo el dolor para darme dura muerte. No me detengo un punto,
«al punto parto contigo, me verás antes de una hora; dicha grande
«tendré si nuestros cuerpos una losa los cubre, pues las almas ardie-
«ron de un amor cándido y casto.

«La procesion con el cuerpo llegaron á la parroquial de San Pedro:
«estaba en la mitad de la Iglesia un mausoleo todo enlutado, con
«grandes pedestales, grandes basas, columnas y chapiteles, todo

«cubierto de muchas hachas y varios despojos de vanderas y estandartes. Meten el cuerpo sobre un grande túmulo, y empezando el «Oficio, Segura muy cubierta se llegó á donde estaba el féretro, y «dice con ardentísimos suspiros: ¿Es posible que estando tú muerto, tenga yo vida? No tengas de mi fè, duda que pueda vivir un «solo punto; perdona mi tardanza, que al instante contigo me tendrás. Descubrióle la cara, escovijósela, y le dió un beso tan fuerte, «que se oyó en toda la Iglesia, y con un ¡ay! faltóle el aliento en un «instante, y la parca puso en sus ojos un sello.

«Quando el Reverendo Clero el *In exitu* comienza, quieren dar «sepultura al muerto; pensando que era deuda ó que era hermana, van «á apartarla, pero no se mueve: insisten otra vez, y se está firme; y «como si fuera losa que cubriera el cuerpo, así estaba inmóvil: tercera vez la llaman, y no responde; el manto le descubren de la cara, «y ven que era Segura, y que su boca tenia junto con la del muerto «y tambien las manos, y está difunta. ¡O, muerte sin respeto! Mirad «en lo que paran la gentileza y la hermosura, fuerzas, riquezas é «hinchazon; pues un soplo lo acaba todo.

«Espantáronse todos los del templo lastimados del caso, no saben «á qué fin vino Segura; de liviana la notan; pero Azagra, aunque la «pierde, procura quitar toda sospecha, y estancando el dolor, levantó «la voz, y en breve á todos contó el funesto caso. Quedaron como «absortos, sin sentido, sin poder resolver en este lance; mas un viejo «pariente de Marcilla, de mucha autoridad, al que tenian sus razones «por oráculo, en voz clara, dixo: Supuesto que es verdad cierta que «Marcilla y Segura desde niños se tuvieron un entrañable amor, y «que en su ausencia larga han pasado los dos una pena y un tormento, y que ambos juntos han padecido un género de muerte, y «supuesto tambien que se ligaron los dos con palabra y juramento de «esposos primero que Azagra, será razon que se entierren los dos «juntos en un sepulcro. El qual parecer fué aprobado de los dos padres «de Marcilla y Segura, del Justicia y Regimiento. Azagra consintió, «y así se hizo; y en un sepulcro de Alabastro metieron juntos á los

«dos amantes, los mas firmes y leales, y pusieron en él mil epitafios.»

El segundo documento, que se cita, á propósito de esta historia, es una *Escritura pública*, como la califica el Señor Gabarda, encontrada por ventura, segun el mismo escritor, en el año 1822, reconociendo para otro objeto las notas antiguas del escribano Juan Yagüe, cuyo extracto sacó su comisario D. Ramon Herrero, legalizándola dos escribanos. A la buena amistad del Señor D. Juan Eugenio Hartzenbusch, debemos una antigua copia testimoniada de esta escritura, con la cual hemos hecho el cotejo de la que inserta en su obrita el tantas veces citado Señor Gabarda.

Dice así:

«Die XVIII mensis Aprilis Anno MDCXVIII Turolii Regni Aragonii. Eodem die et loco, siendo Obispo de la ciudad de Teruel el Ilmo. y Rmo. Señor D. Thomás Cortés, y Justicia de dicha ciudad y su comunidad el Iltre. Señor Antonio Alcañiz, y Jurados los Iltres. Señores Gaspar, Luis Bonete, Baptista Ponz, Juan de Miravalles y Luis Novella; y Judices D. Lorenzo Gamir Iñigo, Luis del Pueyo Fadrique, Gerónimo Dalda, y Miguel Juan Gavarda; Almu-
tazaf el Dr. Gerónimo Ambel, y Mayordomo-Síndico y Procurador general de dicha ciudad Francisco Alcañiz. Mossen Juan Ortiz y Mossen Miguel Sanz, clérigos racioneros de la Iglesia parrochial del Señor Sant Pedro de dicha ciudad, con motivo y ocasion de haber visto y tenido en sus manos un papel en que se hacia relacion de los Amantes de dicha ciudad de Teruel, llamados Juan Martinez de Marcilla, y Isabel de Segura, y de su fin y muerte, y de que fueron sepultados juntos en un sepulcro en la dicha Iglesia del Señor Sant Pedro, y de quel año mil quinientos cincuenta y cinco habian sido allados sus cuerpos en un sepulcro en dicha Iglesia en una capilla que se labraba nueva de antigua en dos caxones juntos, el qual papel es del tenor siguiente: *In Dei nomine Amen*: sea á todos
manifesto que yo Juan Yagüe, ciudadano de la ciudad de Teruel, Notario Apostólico público y del número della, y de su Consejo general y sala, escribano, secretario y Archibero, como tal hago fe y

«verdadera relacion á todos los á quien la presente llegare : que en un
 «archivo de dicha ciudad de que tengo yo una llave donde hay diver-
 «sas escripturas y papeles, á que se les dá entera fè y crédito, he
 «hallado un papel escrito de letra antigua del tenor siguiente, á saber
 «es en uno *ya en sustancia*¹. Historia de los Amantes de Teruel, y
 «despues en la hoja siguiente, Historia de los amores de Juan Marti-
 «nez de Marcilla y Isabel de Segura. Año mil doscientos y diez y siete,
 «fué Juez de Teruel D. Domingo Zeladas ; he pues decimos de males
 «y guerras, bueno es digamos de amores, no fictos mas verdaderos,
 «en Teruel era un joven clamado Juan Martinez de Marcilla, de unos
 «vint dos años ; enamorósse de Sigura fija de Pedro Sigura. El padre
 «non tenia otra, he era mui rico. Los juvenes se amavan mui mucho,
 «en tanto que vinieron á faula, é dixo el joven como la desseava tomar
 «por muller, he ella repuso que ciertament el desseo della era aquel
 «mateix ; empero que supiers, que nunca lo faria sino que su padre
 «y madre selo mandassen. La hora el la quisso mas, fizolo dir á su
 «Padre : su respuesta fué, que ciertament el era muy bien pagado del
 «jóven é que venia bien —(*rasgado*)— do empero que el no tenia
 «valientes riquezas é que su Padre tenia otros fijos, quen mas no le
 «poria heredar ; é quel podia dar á su fija treinta mil sueldos, é que
 «apres tenia toda su cassa : ara que no lo faria, é al joven fué bien
 «contado, el qual dijo á la Doncella, que pues su Padre no lo menos-
 «preciava sino por los dineros, que si ella lo queria esperar cinco
 «años, quel iria á treballar por mar y por tierra en do hubies dineros,
 «á fin de *nuebo*² ella se lo prometió ; porque la historia es larga de
 «recentar revolviéndosse contra moros estos cinco años ganó pasados
 «cient mil sueldos agora por mar agora por tierra. La Doncella en
 «este tiempo fué mui acusada del padre que tomás marido, su res-
 «puesta della *estava*³, que botado habia virginidad entra que fues
 «de XX años, diciendo que las mulleres no devian cassar sinque

¹ Copia del Señor Hartzenbusch.

² Copia citada.

³ La misma copia.

«pudiesse é supiesen regir su cas —(*roto*)— el Padre, como aquel
 «que la amava, quisola con placer: cumplidos los cinco años el Padre
 «le dixo, fija mi desseo es que tomes tu compañía: ella vidiendo que
 «el tiempo de los cinco años era passado, é no sabia res del enamorado,
 «dixo que le placia tantost, el Padre la desposó é á poco tiempo
 «hicieron las bodas he el otro arriba. *Esto* que se sigue está en el
 «margen á saber es. aquí falta por haberse perdido una oja del libro
 «donde estaba esto escrito, y es contar el modo que el tubo para
 «entrar en casse ella y ponerse tras el lecho para hablarle y dezirle
 «lo que se sigue y *prosigue* he dixo bessame que me muero, he ella
 «repuso no placia á Dios que yo faga falta á mi marido, por la pasion
 «de Jesuchristo vos suplico que vos *aconhorteis* ¹ con otra que de
 «mi no fagais cuenta, pues á Dios no ha placido, no place á mí, he él
 «dixo otra vegada: bessame que me muero, repusso no quiero, he la
 «hora cayó muerto. ella que lo vidia como si era de dia por la gran
 «lumbre de la cambra, tomosse á temblar he despertó al marido
 «diciendo, que tant roncava que le facia miedo que contasse alguna
 «cossa, he el contó una burla, he ella dixo que queria contar otra he
 «la hora —(*por orden sus amo—he de como—iro*) ² era muerto
 «dixo el marido: ¡ó malvada! he porque no lo bessava, repusso ella
 «empero no hizo falta á su marido. ciertament no, dixo el, antes es
 «digna de lohor, la hora dijo levantadnos que á Juan Martinez que
 «agora ha venido tan rico trobareis muerto bajo el lecho, be el todo
 «alterado, levantósse he no sabia que fiziesse, dezia, si las gentes lo
 «saben que aquí ha muerto diran que yo lo he muerto y sere puesto
 «en gran confusion, acordaron que se esforçasen entramos, he que lo
 «llevassen á cassa de su Padre. ellos lo fizieron con grant affan que
 «no fueron sentidos. el cuitado del Padre, que ño sabi su fijo do era,
 «toda aquella noche no durmió ni se spujó. como fué el alua abrió la
 «finestra, he vido á su fijo tendido á la puerta, hecha dos grandes

¹ Copia citada.

² No hemos podido comprender el sentido de estas palabras, que de la misma manera se encuentran en la copia del señor Hartzembusch.

«chillidos to..... vuscavanse como lo habian muert..... he no trovava
 «fecho á la final no hubo otro remedio sino soterrarlo, he como era de
 «gran mano he tenia mucho dinero, fizieronle gran fiesta de compa-
 «nias y clerigos. La joven *caiole*,¹ gran pensamiento de cuanto la
 «queria he quanto havia fecho por ella, he que por no quererlo bessar
 «era muerto, acordo de irlo á bessar antes que lo soterrasen, he tomó
 «su honesta companya, se fue á la Iglesia del Señor Sant Pedro que
 «allí lo tenian. Las mulleres honradas levantaronse por ella, ella no
 «curó de mas sino de —(*roto*)— al muerto he escobijole la ca —(*roto*)
 «—apartando la mortaja, bessolo tan preto que allí esclato, y estava
 «queda, que no cayo. Las gentes que vidian que ella que era no
 «parienta assí estava sobre el muerto fueron algunas parientas por
 «dirle que se tiras —(*roto*)— vieron que era muert —(*roto*)—venid
 «ano —(*roto*)— á del marido he la hora devant todos *quaret*² havia
 «contó el casso segun ella se lo havia contado acordaron de soterrarlos
 «juntos en una sepultura. Los actos que aquí se fizieron fueron muchos
 «empero aqui se ha puesto tan breve como veyeis. Año mil quinientos
 «cincuenta y cinco siendo Miguel Perez Arnal Juez de la ciudad de
 «Teruel labrándose una Capilla antigua en la Iglesia de Sant Pedro
 «donde dichos Juan Martinez de Marcilla y Isabel de Segura estavan
 «y estan sepultados hoy dia cavando hallaron sus cuerpos en dos
 «atahudes ó cajones de madera que estavan juntos en una sepultura
 «y enteros sin cassinada tener gastado de sus cuerpos y ella tenia
 «todos los dientes y los ojos que sacandola le sacaron el uno. El dicho
 «papel se halló á trece dias del mes de Abril del año mil seiscientos
 «diez y nueve y porques assi verdad lo signé con mi acostumbrado
 «signo et cerré. Los cuales dichos Mossen Juan Ortiz y Mossen Miguel
 «Sanz con el dicho motivo y ocasion como dicho es y con la tradicion
 «y fama pública y relacion de algunos vecinos de dicha ciudad que
 «hoy viven que dicen haber visto que quando hallaron á dichos amantes
 «en dichos cajones los volvieron á soterrar en ellos en la Capilla de

¹ Copia citada.

² Copia citada.

«los gloriosos Medicos Sant Cosme y Sant Damian que está en la dicha
«Iglesia del Señor Sant Pedro entre la capilla de Sant Valero y Sant
«Blas, como quien entra en el claustro de dicha Iglesia junto al pie
«del altar teniendo los dichos Ortiz y Sanz (segun dijeron) licencia
«permiso y facultad de quien pudo darla, ayudados de Francisco
«Hernandez Sacristan de dicha Iglesia cabaron junto al pedestral del
«altar de dichos Medicos y fueron hallados en dicho lugar y puesto y
«en una concavidad como de sepulcro dos cajones de madera juntos y
«dentro del uno se halló un cadaver ó esqueleto que al parecer era de
«varon por tener las canillas y las demas partes del recios robustos y
«fuertes y tenia nueve palmos de largo con su cabeza apegada al
«cuerpo y la cara y todo el desde la frente hasta las plantas de los pies
«con el cuero entero sin estar agugerado ni trepado los pezones de
«los pechos señalados y los pechos y muslos al parecer con carne
«consumida y momia las cuencas de los ojos llenas, la oreja izquierda
«formada y apegada y entera, los brazos cruzados sobre el pecho y
«en las manos y pies las uñas y en la boca los dientes apegados el pico
«de la nariz comido, el espinazo con *sus guessos* ¹, costillas, clavi-
«cula, hombros, codos, muslos, zias, rudillas, canillas, tuvillos, y
«huesos cuviertos como dicho es con dicho pellejo enteros y formados
«travazonados los unos y huesos con los otros y sin estar *descom-*
«*puestos* ². Las junturas ó articulaciones que se dicen ñudos de las
«manos y de los pies assi mismo juntos y unidos y sin estar desqua-
«dernados, de tal manera que poniendolo en pie arrimado á una parez
«ó asiendolo de las canillas se tenia firme sin bolverse á una parte ni
«á otra y se hechava ver quen la camissa con que la habian enterrado
«en la avertura que baxa de los pechos tenia juntada la una parte con
«la otra como quatro dedos de una randa de cadenilla sin estar con-
«sumida y mucha parte de la mortaja con que estaba cubierto aunque
«rompida no podriada de manera que se fuesse tras la mano. La nuez
«de la garganta tan señalada debaxo del pellejo como si estuviera

¹ Copia citada.

² Id. id.

«vivo, la cabeza con aczion buelta á la mano derecha sin bolverla
«aunque se procuró á ponerla derecha, y finalmente todo tan tiesso
«como si fuera de marmol. Y en el otro cajon que como arriba se
«dice estaba junto al dicho se hallo otro cadaver ó esqueleto al parecer
«de muger assi por ser mas pequeño por no tener mas de ocho palmos
«escassos, y por tener las caderas mas anchas que el varon, como
«por tener los guessos y canillas, costillas dedos y pies pequeños y
«delicados y menos robustos y gruessos que los del varon, tenia la
«nariz comida, los dientes apegados y fijos con algunas uñas en los
«pies y manos aunque no todas, la cuenca del ojo derecha vacia, la de
«izquierdo llena, cruzados los brazos sobre el pecho y el pellejo de la
«barriga entero los gñesos desde la cara hasta los pies cubiertos
«assimismo con su pellejo no agugerado ni trepado y esto por delante
«porque detras aunque tenia todo el espinazo y costillas apegadas á el
«pero estaban sin pellejo y aunque trabazonadas todos los guessos no
«empero como los del varon y por tener desde la cabeza al pecho no
«tanta firmeza antes estava algo descuadernado por la cintura aunque
«no de manera que se descoyuntasen los guessos aunque lo movian,
«las manos y los pies firmes y apegadas á los brazos y piernas, y las
«junturas y articulaciones y nudos juntos como del varon se dice,
«tenia unos pedazos de camissa y enzima della cosa como de cendal á
«modo de brial con unos grioncicos y afforro como de lienzo ó bocaci
«y aunque por algunas partes rota no muy podrida. La madera del
«cajon del varon no podrida ni rota, aunque al de la muger le faltaba
«parte de cubierta y estava algo podrido. Y en dicha concavidad donde
«se hallaron dichos cajones ni al lado de ella, aunque se cavo, no se
«hallaron ni otros cajones ni otros guessos ni calaveras ni señal de que
«haya havido ni haya vasso carnero ó sepultura. *Por*¹ lo qual y por
«lo que de parte de arriba en dicho papel se dize y por la dicha tradi-
«cion y relacion y por saber no haver consentido los Clerigos de dicha
«Iglesia los Medicos Buticarios y Cirujanos que despues aca que la

¹ Copia citada.

«capilla de los Santos Medicos se hizo que fue dicho año de mil qui-
«nientos cincuenta y cinco que se enterrase en ella ninguno y por otras
«razones congruentes se tiene por certísimo é infalible que los dichos
«cadáveres son de los dichos amantes Juan Martinez de Marcilla y
«Isabel de Sigura. El cual descubrimiento y todo lo demás que de parte
«de arriba se dice y narra nosotros los Notarios abajo nombrados y los
«testigos y las personas que abajo se nombraran los vimos ocular-
«mente, y lo tocamos con nuestras manos, á todo lo qual se hallaron
«presentes Mossen Simon Matamala lugar-teniente de Vicario, Mossen
«Anton Aragon Racionero de dicha Iglesia y los dichos Mossen Juan
«Ortiz, Mossen Miguel Sanz y Francisco Hernandez Sacristan, Juan
«Gerónimo Caverro de Marcilla, Bartolome de Rueda Notario, Agustin
«Yagüe de Alderete, Miguel Sanz, Francisco Hernandez Gerónimo
«Hernandez, Jaime Carlos, de las cuales cossas y cada una de ellas á
«requisicion de dichos Mossen Juan Ortiz y Mossen Miguel Sanz
«descubridores de dichos cadáveres nosotros Juan Hernandez y Juan
«Yagüe Notarios á conservacion del derecho etj. simul et insolidum
«testificantes hicimos y testificamos el presente acto etj. consta de
«sobrepuesto do se lee con los pezones de los pechos señalados, valga.
«Testes los dichos Bartolome de Rueda Notario y Agustin Yagüe
«escri^{ta}. habitj. Turoij. — Yo Juan Hernandez Nota°. simul et in solidum
«testificante y comunicante con el dicho Señor Juan Yagüe Not°.
«testifiqué el presente acto. — Ramon Herrero, escribano por S. M.
«que Dios guarde, del Número, Colegio y Juzgado de la ciudad de
«Teruel, certifico, doy fe y verdadero testimonio: Que el antecedente
«acto público concuerda bien y fielmente con su original, testificado
«por Juan Yagüe y Juan Hernandez, notarios públicos que fueron
«del Número de esta ciudad de Teruel, á que me refiero; cuyo acto se
«halla estendido en el protocolo de dicho Juan Yagüe del año mil
«seiscientos diez y nueve, desde el folio ciento veintiocho al ciento
«treinta y ocho, ambos inclusive, que obra en mi poder. Y para que
«conste, á requerimiento de parte, doy el presente testimonio por
«concuerda, en seis fojas escritas de mano ajena, y rubricadas de la

«mía, que signo y firmo en dicha ciudad de Teruel, á diez y seis de
 «Marzo de mil ochocientos cuarenta. Los enmendados—ay—sus—
 «seña—valgan—Lugar de la rúbrica. En testimonio ✕ de verdad—
 «Ramon Herrero—Lugar de la rúbrica—Legalizacion. Los escribanos
 «públicos de S. M., que Dios guarde, del Número, Colegio y Juzgado
 «de la ciudad de Teruel en el reino de Aragon, que al dorso signamos
 «y firmamos, certificamos y damos fe: Que Ramon Herrero, por
 «quien se halla librado, signado y firmado el antecedente testimonio,
 «es escribano público y uno de los del número, Colegio y Juzgado de
 «esta ciudad, como se titula fiel, legal y de toda confianza; y á
 «cuantos testimonios y demas instrumentos autoriza y libra signados
 «y firmados, como lo está el que antecede, siempre se les ha dado,
 «da, y debe dar entera fe y crédito, así judicial como extrajudicial—
 «mente en cuyo testimonio damos el presente, sellado con el de nuestro
 «Colegio, en la ciudad de Teruel, á diez y siete de marzo de mil
 «ochocientos cuarenta.—En testimonio ✕ de verdad—Pedro Morata
 «—Lugar de la rúbrica—En testimonio ✕ de verdad Raymundo
 «Lucía—Lugar de la rúbrica—Lugar del sello.»

La copia referida que nos ha facilitado el Sr. Hartzenbusch, en lugar del testimonio de Ramon Herrero tiene el siguiente—

«Signo (hay un signo de escribano) de mi Felix Cardies havitante
 «en la Ciudad de Zaragoza, y por autorizacion Real por todo el Reyno
 «de Aragon, publico notario que la sobredicha copia de su original
 «nota saque y con ella bien y fielmente comprobé y signé—Hay una
 «rúbrica. Testimoniado: hay otra rúbrica.»

Esta notabilísima copia testimoniada en papel blanco, tanto por esta circunstancia como por el carácter de la letra puede asegurarse que fué hecha en la primera mitad del siglo xvii y por consiguiente poco tiempo despues de haberse estendido el original y del hallazgo de los cadáveres, lo cual le dá grande importancia porque confirma la antigüedad de la escritura citada en segundo lugar por el Sr. Gabarda y que no conoció D. Isidoro de Antillon. El primero de estos escritores no teniendo noticia de la copia auténtica que por la bondad del señor

Hartzenbusch hemos podido nosotros examinar, considera el feliz hallazgo como del año 1822, cuando cerca de dos siglos antes existió la copia testimoniada del Escribano Félix Cardies.

Otro de los documentos que se traen al proceso de estas averiguaciones críticas son unas notas del antiquísimo *Alcoran ó libro verde* que se conserva muy estropeado, en el archivo del Ayuntamiento de Teruel, que dicen así:

Al márgen.—«*Cosa memorable de los amantes de Teruel.*»
—Y en el fondo, principia así el aparte.

«*En el año 1555, labrando una Capilla en la Iglesia Parroquial de San Pedro de dicha ciud. Teniendo tradicion antigua que en dicho sitio estaban enterrados Los Amantes de Teruel, hallaron los cuerpos de dichos Amantes de Teruel* (estas dos palabras estan rayadas pero se leen perfectamente) *dentro de dos cajones, enterrados en una misma sepoltura enteros dichos cadáveres, sin putrefaccion algª. Y se hizo averiguacion por 6. Libros de los enterrados en dicha Iglesia y sitio; Y concordó no haberse enterrado en aquel sepulcro antes ni despues cadáver algº. sino los de los dichos Amantes, Y hállanse en apoyo de esta verdad en papeles antiguos de los Archivos de la ciudad muchos actos antiguos, de diferentes Notarios, que se hicieron en dicha ciudad en la ocasion que sucedió el casso, de la Muerte de dichos Amantes Marcilla y Segura. Relatando en dichos Actos toda la Istoría de sus Amores, y que los Archivaron por cossa singular y memorable: Los cuales Cuerpos se conservan hasta hoy en dicha Iglesia en pie y enteros tan firmes y adustos como el dia que los hallaron; Confirma tambien esto el dicho Juan Yagüe de Salas, en el Libro que acerca de ello compusso: Y en el Protocolo y Nota por él testificada el año 1619, en el acto recibido á 18 de Abril.*»

.
.

«*Esto que se sigue se sacó de un Libro biejo de la sala de la Ciudad de Teruel, que está en el Archivo, que se*

titula Anales de Teruel.»—*Jesus Nazarenius*—*Libro de los Jueces de Teruel, quanto ha que se pobló.*—Principia la relacion de los Jueces en el año de 1176, y llega hasta el de 1434: y entre los Jueces que refiere haberlo sido de Teruel se leen los siguientes en los años que á continuacion se espresan.—

«1182 — Sancho Perez Marcilla.

«1189 — Blasto Marcilla.—

«1193 — Martin de Marcilla.—

«1221 — Ximeno de Segura: fué presa Requena que la tenian Moros.—

«1302 — Pedro Martinez de Marcilla.—

«1305 — Guillen Martinez de Marcilla.—

«1318 — Martinez Garcés de Marcilla.—

«1340 — Juan Fernandez de Marcilla.—

«1366 — Juan Garcés de Marcilla.—

«1372 — García Martinez de Marcilla.—

«1384 — Pedro Garcés de Marcilla.—

«1394 — Guillen Martinez de Marcilla.—

«1397 — Antonio Martinez de Marcilla—Volviéronse los bandos en Teruel.—

«1406 — Pedro Martinez de Marcilla.

«1408 — Juan Garcés de Marcilla:—fué á la feria de Daroca, et murió allá, et heredó el Juzgado su hermano Pedro Garcés.

«1429 — Martin Martinez de Marcilla. Vino esleido por el Rey por tal que la Ciudad de Teruel havie puesto los oficios et el Regimiento en su poder.

«1434 — Pedro Martinez de Marcilla.»

Igualmente dá noticia el tantas veces citado Sr. Gabarda de un proceso posesorio, instado por D. Víctor Garcés de Marcilla sobre pertenencia de bienes, en el cual se encuentra una escritura de fundacion de un vínculo por D. Pedro Garcés de Marcilla, y el árbol genealógico documentado de la filiacion de esta familia; de todo lo cual y de otros papeles, protocolos, y padrones antiguos que el mismo

escritor ha visto, resulta que existían los Marcillas en Teruel, así anterior como posteriormente al suceso de los amantes.

Respecto á la familia de Isabel de Segura, ya dejamos espuestas en una de las notas del número primero de esta biografía las razones que hay para asegurar su existencia en Teruel en aquellos remotos días, y no menos justificada está la de los Azagras, como puede verse en *Antillon, Mariana, Diego y Zurita*.

Presentados ya los documentos que existen para que la crítica pronuncie su fallo, antes de examinarlos, y para deducir si la célebre historia debe ser tenida por fabulosa ó si por el contrario merece ser respetada como verdadera, veamos lo que han dicho acerca de ella los que la niegan.

El ya citado D. Isidoro de Antillon en un corto folleto, que hoy se ha hecho rarísimo, publicado en Madrid en 1806, y cuyas *noticias* se insertaron también en el «Memorial literario» del 30 de Noviembre del mismo año, después de transcribir el primero de los documentos que hemos copiado, de tratar de las diversas traslaciones de los cadáveres de Marcilla é Isabel, y de examinar el poema de Juan Yagüe (de que en su lugar oportuno hablaremos) escribe que nada hay sobre los *amantes* en los anales del diligente Zurita; si bien es verdad que este célebre historiador, guarda un constante é inesplicable silencio acerca de las cosas de Teruel, aun de las tocantes á sus acaecimientos civiles y militares, que debieran haberle ofrecido por su importancia y singularidad, materia para muchos capítulos. Que lo mismo sucede con *Gomez Miedes*, el cual en su historia del Rey D. Jaime, escrita en el siglo xvi, habla de las grandezas de Teruel; y lo mismo en todos nuestros historiadores provinciales anteriores al xvii que no mientan ni de paso el interesante lance de Marcilla y Segura. Pero lo mas reparable, añade, es que en un libro M. S. muy antiguo, escrito en pergamino con el título de *Anales de Teruel*, que se conserva en esta ciudad, y que el historiador Blasco de Lanuza tenía *por verdadero y por obra y trabajo de hombre diligente y cuerdo*, á pesar de tratarse de las cosas mas menudas acaecidas en

la poblacion, desde los tiempos próximos á la conquista, no hay ni por incidencia una palabra de este caso, que dentro de los muros de Teruel debió ser muy ruidoso, y aun por razon del gran poder de la familia de Marcilla, cuyos bandos con la de Muñoz ocupan algunas páginas de dichos anales, no sin consecuencias para el orden civil de la Municipalidad.

Nada habia, segun el mismo Señor, de la historia de los amantes en el archivo del Ayuntamiento; segun le manifestó Don Salvador Campillo, su amigo, Regidor de la ciudad y muy instruido en las cosas de su historia y antigüedades, despues de haberlo reconocido no habia encontrado ni un papel siquiera perteneciente á este asunto, si bien en el índice halló un rótulo que decia «*Papeles sobre los amantes* ;» pero sin haberse encontrado tales papeles.

Continuando en la esposicion de sus razones negativas, añade: el Sr. Antillon que en el año 1611 viajó por Aragon Juan Bautista Labaña con el objeto de formar el mapa geográfico del reino, y que en su itinerario (M. S. que para en la Biblioteca de la Universidad de Leyde), habla largamente de la ciudad de Teruel á donde llegó en el mes de Marzo, de sus obras públicas, iglesias, conventos, antiguallas, etc., pero nada de los *amantes* ni de su sepulcro, apesar de que describe otros panteones menos notables que vió en el convento de San Francisco. Que Blasco de Lanuza, que se detuvo bastante en la historia y geografia de Teruel, teniendo á la vista buenos documentos dijo,— «ni quiero tratar aquí de lo que se dice del suceso tan sonado y tan cantado de Marcilla y Segura, que aunque no lo tengo por imposible, creo ciertísimamente ser fabuloso; pues no hay escritor de autoridad y clásico, ni aquellos *anales* tantas veces citados con ser particulares de las cosas de Teruel, ni otro autor alguno que de ello haga mencion; si bien, algunos poetas le han tomado por sugeto de sus versos, los cuales creo que si hallaran en archivos alguna cosa de esto, ó si en las ruinas de la parroquial de San Pedro de Teruel (queriéndola reedificar) se hubiera hallado sepultura de mármol con inscripcion de estos amantes, no lo calláron.» Y añade el Sr. Anti-

llon ; nótese que el libro de Lanuza se imprimió en 1618 despues de la publicacion del poema de Yagüe á quien en otra parte de la misma obra cita y alaba.

Continúa despues examinando ligeramente la comedia de los amantes de Teruel que compuso el Doctor D. Juan Perez de Montalvan, la ya citada memoria genealógica acerca de la familia Garcés de Marcilla, y confesando que los que van indicados son los únicos escritos que ha visto acerca de la historia de los amantes, concluye « sin querer prevenir el parecer de nadie, » manifestando, que en su opinion, la tragedia de Marcilla y Segura estuvo, ó desconocida ó poco propagada en Teruel hasta el hallazgo de los cuerpos á mitad del siglo xvi; que entonces empezó á publicarse y adquirió mucha nombradía cuando se reconocieron de nuevo los cadáveres á principios del xvii, y cuando publicado el poema de Yagüe se extendió en toda España, á causa de ser su autor conocido entre los poetas de aquel tiempo. Que hizo despues mas famoso el suceso la comedia de Montalvan, la cual apesar de sus inverosimilitudes y de la hinchazon de su estilo, logró con el interés patético del asunto, tal aceptacion en la escena, que todavía se escuchaba por el vulgo con aplausos cuando Antillon escribia.— Que los forasteros que al pasar por Teruel visitaban los esqueletos de los amantes, y oian de boca de los naturales preocupados la historia singular y lastimosa de su muerte, la acreditaron más y más, hasta el punto de creerse que uno de los muy apreciables monumentos de la ciudad era el panteon mezquino de Marcilla y Segura, no dejando de mencionarlo los autores de geografias y descripciones de España, cuando hablaban aunque por incidencia de las cosas de Teruel. Que el amor á lo maravilloso, y aquella vanidad que suelen tener los habitantes de una poblacion de poseer cosas extraordinarias, y que llaman la curiosidad de los viajeros ú ocupan las lenguas de la fama, ha radicado en los turolenses y en los pueblos vecinos cierto interés por la propagacion de esta historia, que aprenden los niños desde la cuna, y cuentan los viejos con énfasis y fruicion á sus nietos, si bien en el modo de referirla se observa toda la contradiccion que llevan

consigo los acaecimientos, conservados por el erróneo y falaz camino de la tradicion popular.

En su completo escepticismo añade el Sr. Antillon, que si supone que el origen de la celebridad de la historia ó novela de los *amantes* se debe al hallazgo de sus cadáveres en 1555, es concediendo la realidad de este descubrimiento, pero que no debe tenerse tampoco por hecho incontestable, puesto que Blasco de Lanuza, diligente investigador de las cosas de Teruel lo ignoraba hacia el año 1618, y por otra parte el papel en que se refiere dicho hallazgo y el nuevo reconocimiento en 1619, aunque redactado en forma de escritura con notarios y testigos, no existe original, ni aun en copia auténtica, en el archivo de la iglesia de San Pedro, sin haber allí mas que una copia simple de letra reciente, llena de erratas y transposiciones groseras, y que en ella ni siquiera se espresa de donde se copió, ó en que parage se halla la escritura original.

Que la *relacion de los amantes*, (que como primer documento hemos insertado), aunque suena tomada de un papel muy antiguo de la casa de Ayuntamiento, es manifestamente ficcion de mano moderna, como su primera lectura indica, pues aunque en las primeras cláusulas afecta el autor un estilo y locucion anticuadas, despues muda de giro y de voces notablemente, y esmenester estar poco versado en nuestros historiadores para no conocer que el language, las especies, y el continuo uso de retrucanos y de equívocos manifiestan su nacimiento en el siglo xvii. Y añade que si antes de esta época hubiese existido en el archivo del ayuntamiento tal relacion, debió tener noticia de ella el secretario Yagüe, y no referirse simplemente en su poema á la tradicion.

Pero no contento el crítico con negar el hecho, pasa mas adelante, y hasta quiere designar al falsario, asegurando que no será temeridad atribuir la impostura al mismo Yagüe. Que él fué quien testificó haber sacado la relacion del archivo del ayuntamiento donde segun queda indicado, seguramente no se hallaba tres ó cuatro años antes del en que suena estraida, ni se ha hallado despues: que él fué quien tuvo

mas interés en acreditar la historia, que supuso radicada en Teruel por una tradicion constante, pero acaso no bien fundada, atribuyendo el origen de la falsedad, á que habiendo proclamado poco despues de la publicacion del poema de Yagüe como fabulosa la historia de los amantes Blasco de Lanuza, el autor del poema quiso autorizarla fabricando con el disimulo de la fe debida á un notario público la dicha relacion, por lo cual cotejada esta con el poema no solo aparece conforme á las amplificaciones y circunstancias con que en él se pinta la tragedia de Marcilla y Segura, á reserva de algunas cortísimas diferencias; no solo contiene casi exclusivamente versos enteros, ó mas ó menos descompuestos de la *epopeya* de Yagüe, sino que aun encierra aquellas alusiones, que siendo manifiestamente fingidas, solo pertenecen á las libertades de la poesia. De todo lo cual concluye Antillon que las amplificaciones y particularidades de la muerte trágica de los amantes son enteramente hechura de Yagüe, aunque fabricadas sobre el fondo de alguna tradicion mas ó menos válida, sin el cual su poema hubiera carecido de aquel apoyo histórico que se cree necesario en esta clase de composiciones, principalmente refiriéndose á sucesos del mismo pueblo donde se escriben; y que la *epopeya* y la relacion deben indudablemente reputarse por hijas de un mismo padre.

Hay épocas en la historia literaria de los pueblos, las cuales se distinguen por el triste y esteril privilegio de negarlo y destruirlo todo sin respeto á la tradicion, constantemente reconocida como una de las fuentes históricas, y sin respeto tampoco á datos y documentos, dignos de toda fe y crédito. Y solo á esa especie de moda escéptica podemos atribuir la estraña negativa del Sr. Antillon, que sin embargo de negarlo todo, reconoce que en el fondo debió existir alguna tradicion mas ó menos válida. Nosotros considerando que, como ya hemos dicho con motivo análogo, para arrancar á un pueblo las tradiciones que forman parte integrante de la rica herencia que lo pasado les deja, se requieren segun la frase de los juristas pruebas muy privilegiadas, vamos á examinar desapasionadamente los docu-

mentos presentados y las razones aducidas, para ver si aquellos pueden ser admitidos y si éstas últimas son suficientes para negar el hecho que se discute.

Sino tuviéramos mas que el primero de dichos documentos copiado por el Sr. Antillon del archivo de la iglesia de San Pedro de Teruel, indudablemente que no podríamos decidirnó á darle entero crédito, por que en efecto adolece de los vicios que el referido crítico le encuentra; pero cuando vemos la otra *escritura pública* que en segundo lugar hemos transcrito, encontrada en el año 1822 pero de la que ya se habia sacado testimonio en la época á que se refiere, como el que tiene en su poder el Sr. Hartzenbusch bajo la fe de Felix Cardíes, y cuando en este nuevo é importantísimo documento no hallamos ninguno de los defectos del primero, tenemos que admitirle como verdadero, y dar por cierta la relacion que en el mismo se contiene. Si el Sr. Antillon, que apesar de toda su diligencia no tuvo la fortuna de encontrar esta escritura, la hubiera hallado, á no cegarle un intransigente espíritu de escepticismo, estamos seguros de que hubiera rectificado su opinion. El estilo de la narracion como nota acertadamente el Sr. Hartzenbusch es antiguo y aragonés notándose en ella voces del lemosin como *res, materi, apres, tantost, cambra, dir, vint*, etc.; pero sin que por esto creamos nosotros que se escribió en la misma época de la muerte de los amantes, sino bastantes años despues, dando forma de cuento á la tradicion.

Las notables diferencias que hay entre esta *escritura*, no conocida por Antillon, y la historia copiada por este, se esplican fácilmente, por haberse perdido la copia antigua que de la misma escritura debia conservarse en el archivo de la iglesia, y por el celo impertinente con que algun indiscreto, queriendo subsanar esta falta formó una relacion nueva teniendo á la vista el poema de Juan de Yagüe, aunque conservando las primeras frases de la escritura primitiva.

Suponer que todo fué invencion del autor del poema, es tan aventurado y tan fuera de razon que no comprendemos como á un escritor que buscaba la verdad pudo ocurrírsele llevar á tal extremo su empeño

en negarlo todo. Con razon dice el ya citado señor Hartzenbusch, que Juan Yagüe fué muy desgraciado en todo lo que escribió acerca de los héroes del amor sus paisanos, pues por su poema le colocó Moratin en el número de los autores despreciables calificándolo nada menos que de *insipidísimo*, y por él tambien Don Isidoro de Antillon le acusó de impostor y falsario.

La tradicion de los amantes ya habia dado motivo antes de que escribiese Yagüe su poema en 1616, á otras obras que tampoco conoció el señor Antillon, tales como la *historia lastimosa y sentida de los tiernos amantes Marcilla y Segura*, ahora nuevamente copilada y dada á luz, rarísima impresion de letra de Tortis hecha por el año de 1555 en que por primera vez fueron encontrados los cadáveres de Isabel de Segura y de Marcilla, obra peregrina que el señor Don Pascual de Gayangos vió en la rica biblioteca del palacio de Blenheim propia de los duques de Marlborough. Otra obrita escribióse en 1577 por Bartolomé de Villalba y Estaña Doncel, vecino de Xérica con el título de *los veinte libros del pelegrino curioso y grandezas de España*, dedicada al Duque de Saboya, principe del Piamonte, donde se introduce *la verísima historia* de los amantes de Teruel. En 1581 vió la luz pública una obra dramática titulada los amantes, tragedia escrita por Micer Andres Rey de Artieda, valenciano é infanzon aragonés, pieza dramática hoy de peregrina rareza, y la primera que se escribió con motivo de tan desdichados amores. Siete años mas tarde, en 1588 imprimíase en Alcalá de Henares el *Florando de Castilla, lauro de caballeros, compuesto en octava-rima por el licenciado Hieronimo de Puerta natural de Escalona*, obra curiosísima, cuya aprobacion, es de Don Alonso de Ercilla, fecha en Madrid á 27 de Junio de 1587, en cuyo poema se narra á modo de episodio en el canto noveno, la celebrada historia de los amantes, canto que empieza con la siguiente octava.

«Hermosas damas que de amor heridas
 Estais con flecha aguda lastimadas,
 A su poder subgetas y rendidas,
 Siempre en sus pensamientos ocupadas
 «Y por vivo fuego divertidas
 Andais sin libertad apasionadas,
 Venid, y aquí vereis en esta historia
 Viva fé que figeis en la memoria.»

Resulta, pues, que contra lo supuesto por el señor Antillon mucho antes, de que Yagüe pensara hacer su poema, la tradicion de los amantes habia dado origen á historias, dramas y cantos épicos, todo lo cual no conoció Don Isidoro, ni Blasco de Lanuza, siendo tanta la fama de aquel suceso, en el siglo xvi que por ella visitó Felipe III la iglesia de San Pedro en los dias 3 y 4 de Setiembre de 1599, cuando estuvo en Teruel de paso para Valencia, con motivo de su matrimonio con la reina Margarita; siendo muy dignas de notarse las palabras con que el recuerdo de tales amores, se consignaron en la relacion impresa de aquella jornada, porque concuerda con la escritura testimoniada por Yagüe y Juan Hernandez. Dice así el mencionado papel, referente al viage de Felipe III ¹: «en la iglesia de San Pedro en la capilla de San Cosme y San Damian de dicha ciudad (Teruel), está la sepultura de los dos *amantes* que llaman de *Teruel*, y dicen eran un mancebo y una doncella, que se querian mucho, y ella era rica y él al contrario; y como él pidiese por muger la doncella, y por ser pobre no se la diesen, se determinó á ir por el mundo á adquirir hacienda, y ella de aguardarle ciertos años, al cabo de los cuales, y dos ó tres dias mas, volvió rico y halló que aquella noche se casaba la doncella. Tuvo traza de meterse debajo de su cama, y á media noche la pidió un abrazo dándose á conocer: ella dijo no podia por no ser ya suya, y él murió luego al punto. Lleváronle á enterrar, y ella fué al entierro, y cuando le querian echar en la sepultura, se arrimó

¹ Jornada de S. M. y A. desde Madrid á Valencia á casarse el Rey con la Reina Margarita y S. A. con el Archiduque Alberto. Dias 3 y 4 de Setiembre de 1599.

al ataúd y se quedó allí muerta, y así los enterraron juntos en una sepultura sabido el caso.» Véase como en estas palabras se encuentra repetida con la franca ingenuidad del vulgo la misma relacion del papel que mas tarde habia de encontrar, dando fe de su hallazgo, el notario-poeta. No fué pues una innovacion suya como con demasiada ligereza supone el señor Antillon.

Que hubo vicio en la copia que vió y copió del archivo de San Pedro este crítico, es indudable, como ya hemos dicho, y creemos muy acertado el juicio que acerca de ella formula D. Esteban Gabarda. En el año 1619, cuando se exhumaron los cadáveres de los amantes y se levantó el acta pública de la *escritura*, es muy regular que de ella se sacase una copia para el ayuntamiento y otra para el archivo de la iglesia de San Pedro. La copia del Ayuntamiento seria posteriormente sustraída por algun curioso, y quedando solo la de San Pedro, iríase con el tiempo deteriorando hasta no poderse leer algunos trozos: el escritor que pretendió rehacerla, trataria de suplir lo que al original le faltaba; y tomando para ello el poema de Yagüe, no solamente suplió lo que hallara carcomido é ilegible, sino que añadió otros particulares sin critica y sin ningun conocimiento, tales como la ficcion del sueño de Isabel para revelar á su marido la muerte de Marcilla, y la asistencia de las comunidades religiosas al entierro de los amantes, pues ni la escritura refiere tales cosas ni pudieron pasar así, ni menos asistir los religiosos al entierro cuando en aquella época no habia aun frailes en Teruel.

Todo esto es cuanto de buen grado puede concederse; pero deducir de ello que Juan Yagüe hiciera la falsificacion que el crítico supone, ni es lógico ni justo, y mucho menos despues de conocerse la importante escritura, que como segundo documento hemos insertado.

Y el atrevimiento del Sr. Antillon es tanto mas notable, cuanto que supone hizo Yagüe su falsificacion para contestar, con el disimulo de fe debida á un notario, á Blasco de Lanuza que habia calificado el poema como fabuloso. El tiempo ha justificado de todas estas acusaciones á Yagüe descubriéndonos la relacion que él protocolizó, como

para convencer al crítico de cuán espuesto es sentar proposiciones aventuradas en las difíciles cuestiones de la crítica histórica. Con razón dice el Sr. Gabarda que si así se racionase, acabó la fé pública y que ni aun los instrumentos legales tendrán ya valor. El mismo señor Antillon declara, que cuando reconoció el archivo del Ayuntamiento, él y su amigo D. Salvador Campillo, hallaron en el índice un *rótulo* con estas palabras: *papeles sobre los amantes*. Luego si en el índice estaba la llamada á esos papeles, por desgracia hoy desconocidos, y si en la escritura tantas veces citada se hace relacion de los mismos, como existentes en el archivo de la ciudad, resulta comprobada su existencia por mas que desaparecieran mas tarde ó fueran sustraídos, cosa á la verdad nada difícil en los antiguos archivos de nuestras pequeñas poblaciones, de donde con harta frecuencia se han sacado pergaminos y códices enteros, que se han destinado á cualquier uso, menos al importantísimo para que debian servir, ilustrando la historia.

No hay pues motivo para imputar ofensivas falsificaciones á Yagüe como hace el señor Antillon, el cual, segun hemos indicado, hasta duda del hallazgo de los cadáveres.

Y que esto fué cierto no puede negarse. La misma solemne escritura lo testifica, y la sana crítica lo confirma. Para declarar falso tal hallazgo, seria necesario suponer, como dice uno de los citados escritores ¹, que con bastante anterioridad al año 1555 hubiesen enterado con determinado propósito dos cadáveres de hombre y de muger en la capilla de los Santos Médicos: que los forjadores del embuste estuviesen seguros de que los cadáveres en vez de podrirse se habian de conservar íntegros y acartonados: que todas las personas cómplices en la falsedad guardasen con igual discrecion el secreto: que al colocar en dicha capilla los dos cadáveres, tuvieran valor y despreocupacion para desenterrarlos del comun cementerio de los fieles, sin temer al severo castigo de las leyes, caso de ser descubiertos; y final-

¹ Gabarda.

mente que el notario Yagüe interviniera como autor, en la direccion de toda la tramoya. Tales supuestos repugnan al buen sentido. Yagüe no pudo intervenir en esto, porque cuando publicó su poema hacia mas de sesenta y un años que se habian descubierto por primera vez los cuerpos de los amantes, y añadiendo á este tiempo el que necesitaron los cadáveres para momificarse, resulta que Yagüe, como acertadamente escribe Gabarda, no solo no podia pensar en su poema, sino que ni aun existia en el mundo en la época en que debiera haberse inventado el enterramiento de los cadáveres, para fingir sobre ellos la fábula de sus amores.

El silencio que guardan los antiguos historiadores aragoneses acerca de este importante acontecimiento, que es otra de las principales razones en que se apoya el señor Antillon para negarlo, tiene una esplicacion sencillísima, que con su acertada claridad de juicio ha consignado en el prólogo de una novela contemporánea el inspirado autor del último drama, que tiene por asunto aquel tristísimo episodio ¹. «Los historiadores antiguos aragoneses, dice, no refieren este acontecimiento; aunque es verdad que los de tal género merecian muy poca atencion á los cronistas generales de aquella edad remota, para quienes era pueril, mezquino é indigno de la historia, todo lo que no tocaba de cerca á las personas de los principes y grandes, á los intereses privilegiados de los pueblos, á la religion ó á sus ministros. Nada tuvo que ver con esto la encendida pasion de Isabel y Juan Diego; y así, la muerte de dos jóvenes de condicion privada, que no produjo atropellamientos, venganzas, bandos, ni fundaciones pias, debió pasar desatendida de los escritores antiguos, como una de tantas desgracias domésticas, como una de tantas muertes de sentimiento que hoy ocurren, de las cuales no se escribe un renglon, y los que la saben las olvidan al mes de ocurridas. Pero el pueblo que tiene su gusto particular histórico, muy diferente por cierto del de los histório-grafos, suele hacer mas caso de estas aventuras que de los capítulos mas elocuentes de una crónica, erizada de tratos

¹ El señor Hartzenbusch en su prólogo á la novela, *LOS AMANTES DE TERUEL* por Renato de Castel-Leon.

y negociaciones que no entiende, ó llena de triunfos y derrotas que le han costado caros: así los turolenses conservaron por tradicion este suceso, que pasó de padres á hijos, hasta mediados del siglo xvi, que dando probablemente entre tanto sepultada en el olvido la relacion que por loable espíritu de paisanage, parece que se ingirió en unos anales de Teruel que se han perdido, y que acaso serian bastante posteriores á la época de los amantes.» Esplicado con tanto acierto el silencio de los historiadores nada tenemos que añadir nosotros para contestar á este argumento del señor Antillon.

Y es circunstancia muy importante para la crítica, que todos los de este señor son negativos ó imputaciones que envuelven calumniosos cargos; y las razones negativas y las suposiciones cuando no se comprueban, sabido es el escaso valor que alcanzan. Si el historiador Blasco de Lanuza creyó tambien fabuloso este suceso, porque no habia ningun escritor de autoridad y clásico que de ello hicieran mencion, ya queda contestado con las mismas palabras del señor Hartzenbusch, á las que añadiremos con este célebre poeta, que el mismo Lanuza, por cuyo testimonio sabemos que el suceso de los amantes era entonces muy *sonado y cantado*, nos manifiesta evidentemente que se hallaba estendido por tradicion antes de que Yagüe lo celebrara.

Reasumiendo pues cuanto llevamos expuesto, con presencia del testimonio de la escritura, y las notas del *Alcoran ó libro verde* del archivo de Teruel que tampoco conoció el señor Antillon y que hemos transcrito, comparando las razones de los que dudan de esta historia, con las que producen los datos adquiridos y la tradicion conservada, concluimos, de acuerdo con el señor Gabarda: que los amores de Marcilla y de Segura, y el fin desgraciado que tuvieron son un hecho verdadero; que este hecho ha sido con el tiempo notablemente adulterado con las amplificaciones de los poetas, y de los copiantes de la primitiva narracion histórica; que los cuerpos de los amantes fueron enterrados juntos en dos ataúdes en la capilla de los Santos Médicos de la iglesia parroquial de San Pedro de Teruel; que se encontraron por la primera vez en el año 1555; y vueltos á enterrar

en el mismo sitio, fueron definitivamente exhumados en 1619, levantándose de ello la *escritura pública* tantas veces citada; y que estos ilustres esqueletos permanecieron abandonados (abandono que contesta victoriosamente á los que pudieran creer sostenida esta historia por miras interesadas), en la iglesia de San Pedro hasta el año 1708 en que segun noticia del mismo señor Antillon, con motivo de la nueva obra que se hizo en dicha iglesia, los trasladaron al claustro de la misma.

Desconfiando siempre de nuestro propio juicio, dudáramos de él sino le viésemos confirmado, además del historiador Gabarda, por el parecer de personas tan doctas como el ya citado señor Hartzenbusch, y el sabio académico de la Lengua y de la Historia D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, en un notable artículo publicado en el folletín del periódico «La España» correspondiente al 8 de Abril de 1855 bajo el pseudónimo de PIPÍ. Despues de haber leído el atinado juicio de uno y otro nos ratificamos en el nuestro, y terminamos este número repitiendo las palabras del señor Fernandez Guerra. «Contra el silencio de las crónicas; contra las dudas de Lanuza y Antillon acerca del suceso prodigioso de los amantes, existen sus cadáveres en Teruel, una tradicion no interrumpida de seis siglos, y un muy antiguo escrito, con lo cual basta para tener el hecho por verdadero.»

IV.

Todavía la lectura de la novela florentina de Girolamo y Salvestra, ó Gerónimo y Silvestra, escrita por Bocaccio á mediados del siglo XIV, pudiera dar origen á que los eternos impugnadores de todo lo que no cuadra á su pequeño criterio histórico, creyesen tomada la historia de los amantes de Teruel de la novela del poeta italiano. En efecto, gran semejanza guarda en el fondo la novela florentina con el suceso ara-

gonés aunque varía mucho en los accidentes. Girolamo, mancebo de poca edad, hija de una viuda rica, se enamora de Salvestra, hija de un sastre; la madre, para quitar al muchacho los amoríos de la cabeza, le persuade que se vaya á Paris á instruirse en el comercio; obedece el hijo; pasa allí un año, y tornando á Florencia despues, averigua que Salvestra se ha casado. Afligidísimo entonces, penetra una noche, como Diego Marcilla, hasta el lecho nupcial; habla á Salvestra y la acusa; discúlpase ella; y alegando él hallarse transido de frio, le pide que le haga lugar en la cama, donde la dolorosa consideracion de que se halla para siempre separado, por la religion, el honor y las leyes de aquella muger que tiene tan cerca, puede tanto en el enamorado jóven, que rendido á la desesperacion, reprime su aliento en términos, que el ahogo ó mas bien el pesar le quitan la vida. Las demás circunstancias de despertar la muger al marido, sacar el difunto y morir la amada al día siguiente sobre el féretro del amante, son idénticas en ambas narraciones.

Como se vé por este sucinto relato tan acertadamente hecho de la novela del Bocaccio por el señor Hartzenbusch, el parecido entre la novela y la historia es grande, si bien llevando muchos grados de ventaja, por delicadeza y sentimientos en todos los detalles, la narracion española á la florentina; pero desaparece la duda de que los escritores del siglo xvii pudieran haber tomado la idea de sus composiciones de la novela del Bocaccio, cuando recordamos las obras citadas de Pedro de Alventosa y Bartolomé Villalba, así como de Andrés de Artieda, y sobre todo cuando hallamos los importantes documentos que hemòs transcrito.

Todo al contrario sucedió con ambas narraciones, y la causa de ello la esplica perfectamente el erudito Piri en su citado artículo. «Los aragoneses, dice, que dominaban en Sicilia y traficaban por toda Italia, debieron llevar allí la fama de estos finos amores, en alguna trova, de que el Bocaccio, por los años de 1350 pudo aprovecharse para su novela florentina de Girolamo y Salvestra, aderezándolos á su gusto y atribuyéndolos á italianos como hizo con anécdotas de otros paises

no nada escrupuloso ¹. Canciones lemosinas y tal cual nota que podríamos llamar doméstica; en Teruel conservaron la memoria de esta amarga desventura; con cuyos datos se extendió en forma de cuento una relacion que ha llegado testimoniada á nosotros.»

No fué pues tomada la historia española de la novela florentina, sino al contrario, por mas que los autores de las composiciones dramáticas antiguas para darle mayor importancia al asunto bastardearan la tradicion suponiendo haberse hallado Marcilla en la gloriosa jornada de Cárlos V á Tunez verificada en 1536 con lo que si bien generalizándola perjudicaron notablemente á la tradicion, pues pudiera creerse que los escritores españoles habian tomado el asunto de sus obras del Bocaccio, que publicó el Decameron dos siglos antes de la jornada de Tunez.

V.

Para completar el presente estudio histórico que con motivo de la biografia de Isabel de Segura ha sido necesario hacer acerca de ambos amantes, pues se halla tan unida su historia como lo estuvieron sus corazones, vamos á dar las noticias bibliográficas relativas á tan famoso acontecimiento, que completan las ya expuestas, sirviéndonos de principal guia, el erudito artículo del señor Fernandez Guerra. — 1789: se imprimió en Murcia un *Diario de la marcha del regimiento de dragones de Numancia, desde Navarra á Murcia*

¹ Un poeta de la India Oriental, llamado Caim, que aun vivía á fines del siglo pasado, escribió un poemita de dos amantes, que supuso murieron de una manera parecida á la de los Amantes de Teruel. El asunto del poema es este. Al lado de un camino tenia su pobre habitacion un derviche jóven en un sitio amenísimo. Pasando por allí una comitiva de boda, la novia se apeó de su palanquin á tomar el fresco; viéronse ella y el derviche, y se enamoraron tan repentina como desapoderadamente. Hubo de seguir su viaje la novia, y el derviche, persuadido de que no volveria á verla, se murió de sentimiento y amor. La novia entre tanto, delirante de passion con la ausencia, hizo tales estremos de loca, que fué necesario volverla á la casa de sus padres, pasando otra vez por la cabaña del derviche. La celda estaba desocupada, y junto á ella habia una sepultura abierta: la novia se arrojó en ella y espiró abrazada con su amante. Caim da al derviche el nombre de Majnun y á la novia el de Laila: nombres de dos amantes célebres en la poesía oriental por una leyenda antigua.

en 1788 por D. MANUEL FERNANDEZ DE SALAZAR, *donde se canta el mayor lauro de Teruel*. — En 1806, y en Madrid, salieron las noticias históricas sobre los amantes de Teruel, por D. Isidoro de Antillon, quien por falta de documentos útiles y un tanto de escepticismo no supo apreciar atinadamente la verdad. — A 19 de Enero de 1837 estrenóse, con desusado aplauso en el teatro del Príncipe, el drama en cinco actos, en prosa y verso de D. Juan Eugenio Hartzenbusch. — Las prensas de Valencia en 1838 publicaron la novela de *Marcilla y Segura*, ó los *Amantes de Teruel*, *historia del siglo XIII*, por D. ISIDORO VILLARROLLA. — En el mismo año la noticia histórica de la conquista de Valencia por D. LUIS LAMARCA, donde se toca este particular. — Cuatro años después en la propia ciudad, dió á la estampa D. ESTÉBAN GABARDA *su historia de los amantes de Teruel*, escrita con claridad y acierto, acompañada de curiosos documentos, y de excelentes observaciones críticas; obra de la cual ha hecho una segunda edicion en Teruel notablemente aumentada en 1864. — Un excelente artículo del mismo señor Hartzenbusch en el periódico intitulado *El laberinto*, correspondiente al 16 de Diciembre de 1843. — Cuatro pliegos impresos en Valladolid, año de 1852 (extracto de la novela valenciana de 1838) que venden los ciegos por las calles. — Y por último la novela original de Renato de Castel-Leon titulado *Los amantes de Teruel* ya citada, con un notable prólogo del señor Hartzenbusch, impresa en Madrid por M. Minuesa en 1861.

Tales son todas las obras á que ha dado origen el trágico suceso de Isabel de Segura y Marcilla; que mientras existan corazones sensibles serán objeto de admiracion, como emblema del verdadero amor, único que puede inspirar las palabras que el señor Hartzenbusch, pone en boca de Isabel.

Nuestros amores,

Mantuvo la virtud libre de manchas;

Su pureza de armiño conservemos. —

Aquí hay espinas, en el cielo palmas.»

BEATRIZ ALFONSO

HIJA DE ALFONSO EL SABIO Y REINA DE PORTUGAL.

Al bajar al sepulcro el glorioso conquistador de Sevilla, comenzó con el X Alfonso el período de engrandecimiento intelectual para la monarquía castellana, como desde Alfonso VI hasta Alfonso el Sabio habia corrido el de su engrandecimiento material. No ha de ser sin embargo afortunado el hombre, que mas grande que su siglo, dotado de privilegiado ingenio, pronto para sublimes concepciones, pensador como filósofo, de alto criterio como historiador, fácil poeta, profundo matemático y astrónomo, reformador del idioma patrio y legislador insigne, hubiera alcanzado en cualquiera otra época el mas respetuoso amor de sus pueblos; aquel sabio monarca mal comprendido solo alcanzó en cambio el lento y continuado martirio del alma, con que una familia y un pueblo que no le merecian, recompensaba sus esfuerzos por engrandecerlos. Siempre fué triste condicion del hombre que todos los iniciadores de los grandes pensamientos, hayan agotado durante su vida la copa del dolor, alcanzando solo la gratitud de sus hermanos, cuando muchas veces han desaparecido hasta los restos mortales del hombre privilegiado por su genio, pero desheredado de la fortuna.

Parece destinada la humanidad en su peregrinacion sobre la tierra, á regar con su sangre ó con sus lágrimas el árido campo de la vida, para alcanzar la redencion de su ignorancia ó de su ventura.

Por eso el autor de la *Crónica general de España*, de las *Cantigas y Querellas*, de las *Tablas astronómicas*, del *Es-*

peculo, del *Fuero real* y de *las Siete Partidas*, despues de reinar treinta y dos años, de haber tenido en sus manos una corona imperial, vivió y murió pobre, oscuramente, desamparado de sus hermanos, perseguido por los nobles, menospreciado por su pueblo, empeñada su corona á un príncipe africano para poder vivir algunos dias mas con el precio de su última alhaja, y lo que es peor todavía, combatido y abandonado por sus mismos hijos.

Por todos no. Todavía como dulce lenitivo á sus pesares, quédale un amigo á quien pueda decir

«A tí Diego Perez Sarmiento, leal,
Cormano y amigo, y firme vasallo,
Lo que á mios homes de vista les callo,
Entiendo decir, planiendo mi mal;»

y una hija, en Doña Beatriz, Reina de Portugal, que vuele á su lado para endulzar con su filial cariño los tristes dias de prematura ancianidad del desventurado monarca.

Hija del amor, sino de legítima union, habia nacido Doña Beatriz de Doña María Guillen de Guzman, amiga de Alfonso X, y tales dotes mostró desde su mas tierna infancia, que su padre, viendo en ella reflejarse su levantado espíritu, la miró siempre con especial predileccion y cariño.

Nacido de Doña Urraca, hermana de Berenguela la grande y de Blanca, madre de San Luis, Alfonso de Portugal, habia pasado á Francia llamado por su regia tia, y allí contrajo matrimonio con la condesa Matilde de Borgoña, señora de avanzada edad, y que inspiraba pocas simpatías al jóven príncipe. Reinaba á la sazón en Portugal su hermano Sancho II, llamado Capelo, y como pueblo y magnates le acusarían de incapacidad para mandar, no le fué difícil á Alfonso sentarse en un trono que casi podia considerarse vacante.

Al verse en tan elevada posicion, echó de menos una esposa jóven y de distintas condiciones que la condesa Matilde, y entonces fué

cuando, poco escrupuloso á la verdad, como solian serlo en aquella época reyes y magnates, sin tener en cuenta el matrimonio anteriormente contraído, se casó con Doña Beatriz, llevándole esta en dote el Algarbe (1253).

Como naturalmente habia de suceder, el Pontifice intentó disolver aquel matrimonio, contraído sin embargo de mediar impedimento dirimente, pero no pudiéndolo conseguir por el amor que el rey profesaba á su esposa, puso al monarca y al reino en entredicho.

Mientras estos acontecimientos tenian lugar llegaba el año 1258, en el que habiendo fallecido Sancho Capelo, fueron proclamados solemne y pacíficamente reyes de Portugal Alfonso y Beatriz. Cuatro años mas tarde, la muerte de la condesa Matilde facilitaba el medio de que terminasen las cuestiones pendientes con Roma, lo cual pudieron conseguir despues de activas gestiones los obispos portugueses, alcanzando tambien que se dispensara el parentesco que existia entre el Rey y la Reina, y que se declarasen legítimos los dos hijos que tenian, Blanca y Dionisio.

Querida de su pueblo por las altas virtudes que la adornaban, continuó Doña Beatriz al lado de su esposo hasta el año 1279 en que falleció el Monarca lusitano, y como Reina viuda permaneció despues en Portugal: pero en el momento en que tuvo noticia de la incalificable rebelion de Sancho el Bravo, abandonando su Corte, sus hijos y cuanto tenia en Portugal, corrió al lado de su padre, ofreciéndole cuanto poseia y el inapreciable tesoro de sus consuelos, así como la espada y esfuerzo de muchos hidalgos portugueses que acudieron con ella tambien en socorro del desgraciado Alfonso X.

Profundamente reconocido, el sabio Rey hizo donacion á Doña Beatriz de algunas villas, de las pocas que poseia, consignando en auténtico documento la gratitud de su corazon, con estas notables palabras «viendo Doña Beatriz el levantamiento de los fijos contra el «padre, y conociendo lo que ellos no conocian, desamparó sus fijos «y heredamientos, y todas las otras cosas que habia, y vino á padecer «aquellos que Nos padecemos, para vivir y morir con nosco.»

El ejemplo de Doña Beatriz fué tambien imitado por los infantes Don Jaime y Don Juan, con lo que muy pronto varios ricos-hombres y no pocas ciudades y villas alzaron igualmente pendones por su antiguo monarca.

Nada tan fecundo como el ejemplo de las buenas acciones. Al ver la conducta de sus hermanos y sobre todo la noble decision de Doña Beatriz, el mismo Don Sancho sintiendo el torcedor de su conciencia, quiso entrar de nuevo en el abandonado camino del deber, y sabiendo que Don Alfonso se hallaba en Constantino pasó á Guadacanal intentando una entrevista con el autor de sus dias.

No cuadraba esto á los ambiciosos intentos de los magnates que habian impulsado á Don Sancho por la rápida pendiente de la desobediencia y de la rebeldia, y poniendo en juego todos sus malos manejos hicieron desistir de sus buenos propósitos al Infante D. Sancho; pero tan dispuestos estaban padre é hijo á una reconciliacion, que acordaron nombrar dos personas que conferenciasen entre sí y propusieran los medios en que aquella podria verificarse.

La eleccion para este importante arbitraje no fue dudosa. Don Sancho nombró á Doña María de Molina su mujer, y Alfonso X á su hija Doña Beatriz; que tanta confianza le inspiraba su filial amor y su clara inteligencia.

Pero cuando se disponian ambas Princesas á dar solucion pacífica á las cuestiones pendientes entre padre é hijo, gravísima enfermedad acometió á Don Sancho, poniendo en tal riesgo su existencia que llegaron á deshauciarle los médicos. Por tan cierta é inevitable se tuvo su muerte, que no faltaron cortesanos ambiciosos, y de los que con mas empeño seguian su bandera, que juzgando se habian de congratuar con el Rey dandole la triste noticia, se anticiparon á participarle la muerte de Sancho, sin comprender aquellos ambiciosos, que nada hay para un buen padre superior á la vida y la ventura de sus hijos. Por ventura, como sucede con mucha frecuencia, los cálculos de los fisicos salieron fallidos: D. Sancho recuperó inesperadamente la salud, á tiempo que la perdía para no recuperarla mas, su desgraciado padre.

Mas acabado de penas que de años (pues aun no habia cumplido 62), la enfermedad tuvo bien poco que hacer para destruir aquella existencia minada y combatida por el estudio y el infortunio. Bien lo comprendió el monarca, y apresurándose á disponerse para morir como cristiano, perdonando á su hijo y á todos sus enemigos, dió su último aliento al empezar la primavera de 1284. En aquel instante supremo y en medio del grupo que al rededor del lecho mortuorio formaban el Infante D. Juan y sus hermanos, sobresalia la noble figura de Doña Beatriz que recogió el postrer suspiro de su padre, despues de haberle asistido con esmero y sin igual cariño en aquella postrera enfermedad.

De este modo, y hasta los últimos momentos de su buen padre, dió Doña Beatriz elocuente testimonio de su filial ternura, dejando al morir en 27 de octubre de 1303 ¹ digno ejemplo á magnates y reyes, que con harta frecuencia se creen dispensados de cumplir, las santas leyes, que Dios ha escrito con palabras de amor en el corazon del hombre.

¹ Fué sepultada en el Monasterio de Alcobaza en Portugal, donde hace pocos años se conservaba su sepulcro.

DOÑA MARIA CORONEL.

Objeto todavía de controversia, y en nuestro juicio no decidida, ha sido la verdadera autora de un hecho con que una noble dama de dicho nombre alcanzó merecida celebridad en la edad media, hecho que atribuyen los unos á D.^a María Alonso Coronel, hija de D. Alonso y esposa de Guzman el bueno, cuya mano le concedió el Sabio rey cuando le trajo socorros del África, para darle muestra de su aprecio y agradecimiento, y otros á D.^a María Coronel, muger de D. Juan de la Cerda; pero refiérase á una ú otra dama, el hecho memorable que vamos á consignar, puesto que no encontramos razones bastantes para decidirlo, demuestra con su elocuente rudeza hasta que punto sabian sostener la virtud de la castidad las damas españolas en la edad media, prefiriendo arrostrar la muerte por no faltar á sus deberes.

Difícil es al historiador, cuando tiene que consignar un hecho de gran ejemplaridad, pero cuya exposicion puede alarmar el pudor de las lectoras, presentar su narracion de tal modo que permita ser leida.

Momentos ha habido en que pensábamos no consignar en este libro el nombre de D.^a María Coronel y suprimir la notable accion de inquebrantable virtud, á que debe su celebridad. Pero, considerando que hoy mas que nunca necesitan los pueblos de estos ejemplos, para que no pueda alegar la liviandad pretesto alguno á su viciosa conducta, hemos decidido consignar el notable suceso, que conservado por los historiadores, inspiró á la musa de Juan de Mena la octava 70 de sus *trescientas*.

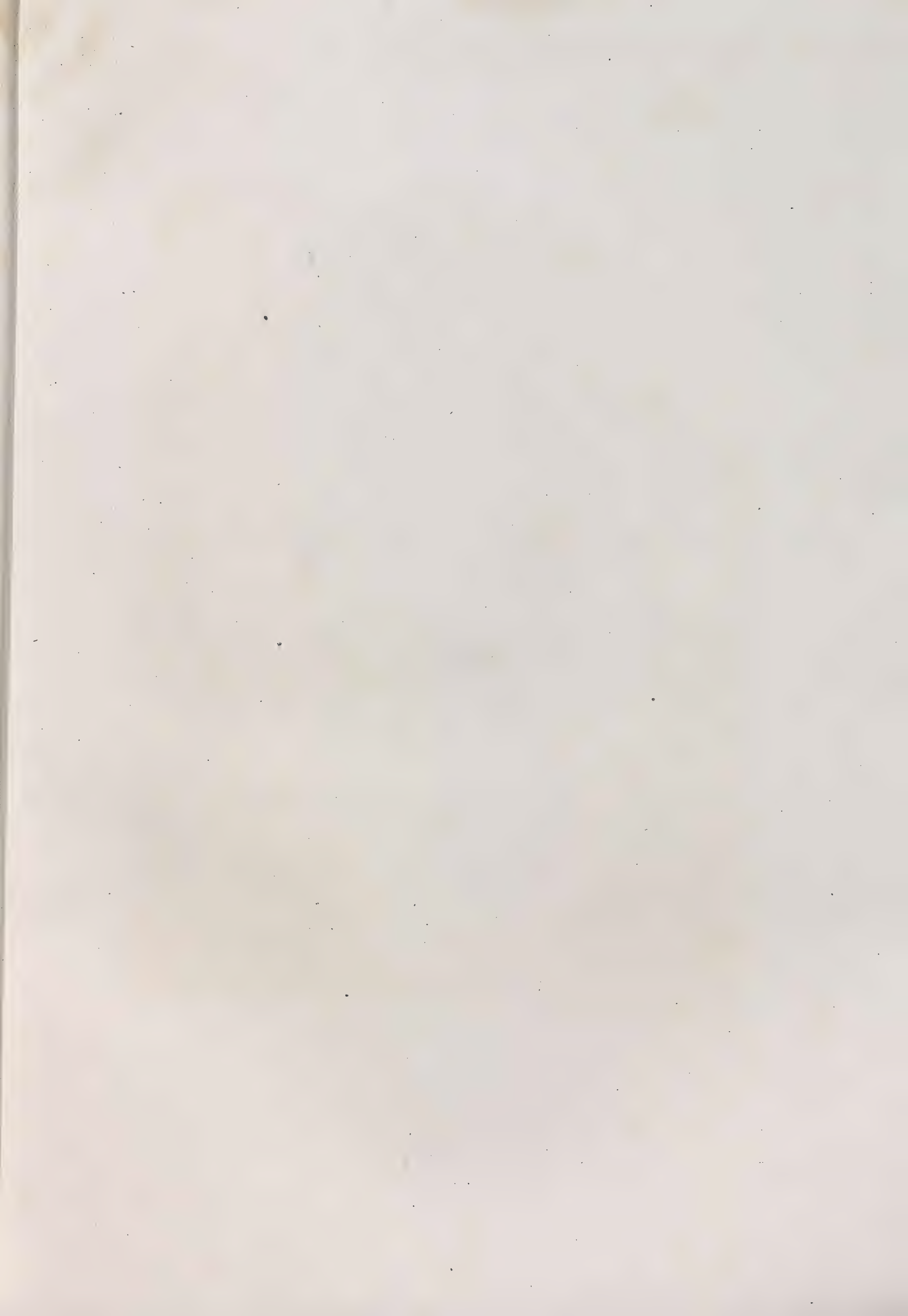
«Por mas bajo ví otras enteras :
La muy casta dueña de manos crueles ,
Digna corona de los Coroneles ,
Que quiso con fuego vencer sus fogueras.
O ínclita Roma ; si de esta supieras
Cuando mandabas el gran universo ,
Qué gloria , qué fama , qué prosa , qué verso ,
Que templo vestal , á tal tú le hicieras?»

Sin embargo, para no exponernos á manchar con torpe pluma la accion de D.^a Maria Coronel, vamos á referirla transcribiendo las palabras del P. Juan de Mariana, autor que por su carácter sagrado y su prudencia aleja cualquier temor de indiscrecion.

«Doña Maria Coronel (dice el referido historiador) por no sufrir la ausencia de su marido quiso mas bien perder la vida que dejarse vencer de malos y deshonestos deseos; así, fatigada una vez de una torpe codicia, la apagó con un tizon ardiendo,.... muger digna de mejor siglo y digna de loa, no por el hecho, sino por el deseo invencible de castidad.»

Ningun otro acontecimiento notable podemos enumerar para complemento de la biografia de esta dama castellana, no pudiendo decidir á cual de las dos del mismo nombre se refiere el notable acontecimiento apuntado.

Sin embargo, remitiremos al lector que desee ampliar este ligerísimo apunte, á el ya citado «P. Mariana» al «diccionario histórico» á «los comentarios de Juan de Mena», al Doctor Salazar de Mendoza en la «historia de los Ponces de Leon» y á Zúñiga en sus «Anales.»





L. Labielle

MUJERES CÉLEBRES.

DA LEONOR DE CASTILLA.

DOÑA LEONOR DE CASTILLA

PRINCESA DE GALES.

Entre los hijos del Santo Rey D. Fernando y de D.^a Juana su segunda esposa, mencionan con justas alabanzas los historiadores á D.^a Leonor de Castilla; que, modelo de virtud como su madre, había de dar á su joven época admirable ejemplo de amor conyugal: y de esta confirmación que con el tiempo hallamos de ser cierta.

Entusiasmada por la persona D.^a Juana en las más nobles y hermosas virtudes y de moral, el rey de Inglaterra Enrique III la pidió para esposa de su hijo Eduardo en el año 1253, á cuyo fin envió con seguridad confiada al Obispo Bathoniense y á su capellán D. Juan

Alonso á la corte de ciertas diferencias entre Inglaterra y Gascuña, pues D. Alonso el Sabio, que ocupaba el trono de Francia, había sido el primero en declarar la guerra á Enrique II confirmada por Ricardo y

primado de Inglaterra por los de la infanta D.^a Leonor, que se casó con el príncipe de Gales, admitiendo la petición del rey, acordó el papa que se le permitiera su boda en la ciudad de Orléans, y se le dio el consentimiento necesario de Castilla en consecuencia de lo acordado el 1.º de Noviembre de 1254 por sus



MUJERES CENIZAS

DE LEONOR DE CASTILLA

DOÑA LEONOR DE CASTILLA

PRINCESA DE GALES.

Entre los hijos del Santo Rey D. Fernando y de D.^a Juana su segunda esposa, mencionan con justas alabanzas los historiadores á D.^a Leonor de Castilla, que, modelo de virtud como su madre, habia de dar en no lejana época admirable ejemplo de amor conyugal, y de una abnegacion que bien podemos calificar de heróica.

Educada por la virtuosa D.^a Juana en las mas severas máximas de religion y de moral, el rey de Inglaterra Enrique III la pidió para esposa de su hijo Eduardo en el año 1253, á cuyo fin envió con solemne embajada al Obispo Bathomiense y á su capellan D. Juan Mansel.

Mediaban á la sazón ciertas diferencias entre Inglaterra y Castilla, acerca de la Gascuña, pues D. Alonso el Sabio, que ocupaba el trono por muerte de San Fernando, creíase con derecho á ella, apoyándose en la concesion de Enrique II confirmada por Ricardo y Juan, reyes de Inglaterra.

Prenda de anhelada paz fué la infanta D.^a Leonor en aquella comenzada contienda, pues D. Alonso, admitiendo la peticion del inglés, concedió al príncipe Eduardo la mano de su hermana dándole en dote la Gascuña; solemne cesion que consignó el espléndido monarca de Castilla en carta de dote firmada á 1.^o de Noviembre de 1254, la cual

llevaba pendiente un magnífico sello de oro, de peso de media libra ¹.

Conducida la régia carta por D. Juan Mansel, á Inglaterra, en union de otras, concediendo varios privilegios para los súbditos ingleses que vinieran á Santiago en romería, como D. Alfonso hubiera significado á los embajadores que deseaba conocer al príncipe Eduardo y armarle solemnemente caballero, hicieron presente al monarca inglés los deseos del castellano.

Dando seguro indicio de la poca elevación de su alma, temió el inglés que aquel honorífico pretesto ocultara traidora intencion de apoderarse del heredero del reino; baja sospecha que á haber sido conocida de D. Alonso hubiera bastado para romper el concertado convenio: por fortuna D. Juan Mansel, haciendo justicia á D. Alonso aseguró al desconfiado Enrique no ser posible tal mancha en el noble corazon del rey de Castilla, y preparóse la marcha del príncipe heredero, en direccion á la corte del sabio rey.

Inusitada pompa desplegó el inglés con aquel motivo, no siendo menor la digna ostentacion y aparato con que nuestra corte le recibió en Búrgos. 18 de Octubre del año 1254 fué el dia en que entró en aquella capital el príncipe inglés ². Verificáronse allí los desposorios; el rey armó caballero al príncipe; y fué tanta la celebridad de las fiestas, que con este motivo se celebraron, y la satisfaccion que aquel enlace produjo al monarca, que lo consignó como data el rey de Castilla en varios privilegios de aquel año, diciendo ser el en que *Don Odoart, hijo del rey de Inglaterra, recibió en Búrgos caballeria* ³.

Verificado el matrimonio, en el mismo año dejó D.^a Leonor á Castilla, y al llegar á Inglaterra en compañía de su esposo fué acogida

¹ Mateo Parisiense, Hist. Anglie.— Pedro de Marca.

² «Tunc temporis missus est Eduardus in magna pompa et apparatu ad Regem Hispaniæ Alfonsum: ubi receptus cum honore et reverentia, sororem ipsius Regis, nomine *Alionoram*, juvenem videlicet apud Bures desponsavit: et ab ipso Rege, cui beno complacuit adolescentis gestus et elegantia, cingulo donatur militari. *Mat. Paris.*

«Era de MCCXCH años en dia de Sant Lúcas entró en Búrgos D. Adoart é prisó por muger á la hermana del Rey D. Alfonso, hija del Rey D. Ferrando el que priso Sevilla.» *Memorias de Cardaña.*

³ Pulgar, historia de Palencia. Berganza.

con tanto cariño por Enrique III, que las importantes donaciones que le hizo llegaron á producir descontentos entre sus mismos súbditos.

Modelo de princesas, y amando á su marido con el casto amor que solo comprenden las esposas cristianas, cuando el príncipe Eduardo partió á la Tierra Santa impulsado por el espíritu religioso que arrasaba en aquella época á los guerreros de la cruz, la infanta castellana le acompañó constantemente sin temer á los graves riesgos de aquella campaña, en la cual bendijo Dios tan feliz union, con una hija á la que pusieron Juana de Acre, en recuerdo del lugar donde vió la primera luz.

Pero bien pronto habia de llegar el momento en que la digna hija de San Fernando causara la admiracion de su siglo, con un acto de abnegacion, de caridad y de amor, que dificilmente podrá encontrarse repetido en la historia.

Herido en uno de los combates que tan frecuentemente sostenian los cristianos, el príncipe de Gales fué conducido moribundo á su tienda, no tanto por la gravedad de la herida, sino porque envenenada la saeta que la habia causado, emponzoñaba la sangre del ilustre guerrero. Los fisicos que procuraban salvarle solo encontraron un medio de evitar la próxima muerte: chupar la llaga, extrayendo con la sangre la letal ponzoña. El remedio era urgentísimo: cada instante que se perdiera aceleraba la muerte; pero la persona que librarse de ella al príncipe arriesgaba su vida al aspirar el veneno. D.^a Leonor, que esperaba ansiosa el pronóstico de la ciencia, al escuchar su terrible fallo no vaciló un momento: conducida por un amor mas fuerte que la muerte misma aplicó sus labios á la herida, y recogiendo en ellos el veneno salvó la vida de su esposo, premiando Dios tan santa accion con que ninguno de los dos muriese.

Renunciamos á describir la inmensa gratitud del esposo tan heroicamente salvado de la muerte por la princesa castellana, que con este solo hecho conquistó imperecedero renombre entre las mas célebres mugeres españolas, mereciendo ser mirada con una especie de vene-

racion por sus contemporáneos, hasta su muerte acaecida en el año 1290, y los justos y constantes elogios con que ha transmitido la historia su nombre á la posteridad ¹.

¹ Galería de mugeres fuertes del P. La Moive; aunque equivocando el nombre, de la Princesa, pues la llama Isabel: constando sin género de duda que la esposa de Eduardo, hijo de Enrique III, fué D.^a Leonor, solo como equivocacion puede explicarse el que llamara dicho historiador *Isabel de Castilla*, á la que fué realmente Leonor de Castilla.

DOÑA ISABEL DE ARAGON

(LA REINA SANTA)

MUGER DE D. DIONIS DE PORTUGAL.

Pedro III de Aragon y su muger D.^a Constanza hija de Monfredo, rey usurpador de las coronas de Nápoles y Sicilia, tuvieron cuatro hijos, de los cuales la mayor llamada Isabel, mereció por sus talentos y virtudes, no solo el respeto y amor de sus contemporáneos, sino las constantes alabanzas de las generaciones que vivieron despues que ella. Fijase generalmente en Zaragoza el lugar de su nacimiento, y señalábase en la antigua fortaleza de la Alfagería una cámara conocida con el nombre de «Tocador de la reina», donde segun tradicion vió D.^a Isabel la primera luz. Hay quien pretende que nació en Barcelona por estar allí establecida la Corte, pero esta razon es de poco peso, porque en aquellos tiempos no puede decirse que ninguna ciudad estuviéra fijamente declarada corte, teniendo necesidad los príncipes de recorrer casi de continuo los diversos pueblos de sus dominios.

El año del nacimiento de la princesa se fija en el de 1271, segun la relacion conocida generalmente con el nombre de «*Lenda ó Relação da vida de Santa Isabel*,» escrita casi inmediatamente despues de la muerte de la reina ¹.

¹ Acerca de este notable documento véase lo que dice con su acostumbrada erudicion el señor D. Federico Francisco de la Figanière en sus *Memorias das Rainhas de Portugal*.—«A Lenda ou Relação da vida de Santa Isabel foi impressa, conforme o MS. de

Desde su mas tierna infancia dió la infanta aragonesa claros indicios de la profunda fe que ardia en su pecho, notándose en todos los actos de su vida marcada tendencia á la vida contemplativa y mística. Así es que ya á los ocho años encontraba grato placer en pasar horas enteras en el oratorio, embebida en religiosas lecturas y oraciones, suspirando siempre por su tranquila soledad, ayunando rigurosamente, y cubriendo sus tiernas carnes con ásperos cilicios; pero la Providencia en sus inescrutables arcanos la llamaba á cumplir en el mundo otra mision, y á ser el ángel bueno de un monarca y de su pueblo.

O bien por buscar poderosa alianza con el Rey de Aragon, ó porque la fama de la hermosura y virtudes de la Princesa, que ya eran

Santa Clara de Coímbra, por frei Francisco Brandão na Monarchia Lusitana P. 6, formando o primeiro documento de appendice. Sen author è desconhecido; mas não se póde duvidar que foi composta pouco depois da morte da rainha: esta o revelando a linguagem, que è a genuina daquella epocha. Além disso o author, mencionando logo no principio os filhos de D. Pedro III de Aragão, diz: » ... e D. Fraderic, que *hora* chamão Rey em Sicilia, » mostrando que este príncipe ainda vivia ao tempo em que se começara a compôr a Lenda; e como elle morreu em 1337, anno immediato ao da morte de su irman D. Isabel, é de crer que o author eucetasse a sua narrativa pouco depois do fallecimento dessa rainha. Poréin, isso fôra difficil acreditar se admittissemos como original o MS. de Santa Clara; porque no antepenultimo § refere se á era de 1420 (A. D. 1382), e no § seguinte á era de 1438 (A. D. 1400), o que provaria que o MS. não podia pertencer a una data anterior a esta última. Outra circumstancia que salta a vista é a differença no estylo, que facilmente se nota desde o antepenultimo § ao comparar-se com o que precede. De mais, no fim acha-se, em linguagem ainda mais moderna, o seguinte assento: «Autos muitos (milagres) estão escritos em sua vida que os mordomos fizeram imprimir, como se vê nella, e alguns outros encubertos em nosso tempo de agora em gente grave, e conhecida denota desta santa Rainha.» Tudo isso ter-nos-hia-l levado á suspeitar da pretendida antiguidade do MS. que servira de norma a Brandão, a não ser o estylo caracteristico da maxima parte da obra. Inclínamos, por tanto, a rejeitar só os ultimos paragraphos que não harmonisavam com o resto, teu-do-os por espurios. Mas a isso se oppunha a reconhecida respeitabilidade dos Brandões, cuja authoridade é sempre de grande peso, devendo-se presumir que se a letra no fim da memoria mostrasse ser de outro punho que o resto, não houvera Francisco Brandão deixado de o mencionar. Todas essas duvidas foram enfim reconciliadas pela inspecção do MS. conservado em Santa Clara. A nosso pedido o sr. dr. Antonio Ayres de Gouvêa teve a bondade de examinar esse monumento, e de nos remetter delle uma descripção fiel, como mais tarde, a nossa ida a Coímbra, tivemos occasião de verificar.

É, pois, um delgado volume com 28 meias folhas de papel escriptas, e algumas no fim em branco, com duas de pergaminho no principio, tendo a primeira as armas de Portugal e de Aragão unidas no mesmo escudo. Na segunda folha de pergaminho está pintado a côres o retrato em corpo inteiro da rainha, trajando o habito de Santa Clara. A letra é em caracteres romanos, tendo as maiusculas cetraria, e sendo o titulo em diversa letra. Está encadernado em duas tabainhas de madeira cubertas de couro com donrados no centro e nas extremidades. Na primeira folha de pergaminho, sob as armas, vê-se a data de 1592; e na margen, ao lado de ultimo § citado acima-que começa: «Outros muitos estão escritos,» lê-se em diversa letra a seguinte cosa: «*este cap.º não está no livro antigo.*»

D' aqui se conhece, com a maior evidencia, que o MS. existente em Santa Clara não somente foi scripto nos primeiros tempos dos Filipes (não sendo mesmo necessario a data para o collegir), mas que tambem existia uma memoria mais antiga, provavelmente, o original, cujo destino se ignora, da qual se copiára a que hoje se conserva. Vê-se igualmente que o ultimo § foi additamento, certamente do copista; e nos suspeitamos que os dous §§ anteriores, referindo-se ás eras de 1420 e 1438, foram adições feitas no proprio original antes de se fazer a copia. Entendemos que a Lenda, no sen estado original, devia ter concluido ondè se lê: «feito per Martim Esteues Faliom de Coímbra.»

conocidas en las Cortes de Europa cautivasen el corazón del joven monarca lusitano, es lo cierto que decidióse éste á pedirla por esposa; enviando para ello sus mensajeros á Aragon; y en 24 de Abril de 1281, los dos aragoneses Conrado Lauza y Beltran de Villafranca, figuraban como testigos en dos diplomas, signados en el castillo de Vide, por uno de los cuales D. Dionis hacia donacion *propter nuptias* á Doña Isabel de las Villas de Obidos, Abrantes y Porto de Moz, asignándole por arras los castillos de Villa Viçosa, Monforte, Cintra, Ourem, Feira, Gaya, Lamoro, Nobrega, Santo Estevao de Chaves, Monforte do Rio Livre, Portel y Monte-alegre, concediéndole por el otro de dichos diplomas que Doña Isabel pudiera testar por 10.000 libras de moneda portuguesa.

En doce de Noviembre del mismo año, Juan Valho, Juan Martinez y Vasco Perez, recibian del monarca portugués amplios poderes para arreglar todo lo concerniente á su matrimonio con el Rey de Aragon, verificándose la solemne ceremonia en Barcelona, á 11 de Febrero de 1282, siendo en ella representado el monarca portugués, por los tres procuradores referidos.

Ricamente dotada por sus padres, siendo acaso la primera de las reinas portuguesas que llevase dote¹. Salió Doña Isabel de Aragon, acompañada del rey, hallando en Braganza al infante D. Alfonso, que por orden de D. Dionis, la esperaba para conducirla á Troncoso. Muy joven el monarca lusitano, que apenas contaba 21 años, quedó tan agradablemente sorprendido al ver á la compañera, con quien le tocaba compartir su existencia, que hizo largas donaciones á la villa en recuerdo de tan dichoso dia; y desde entónces Doña Isabel siguió siempre á su esposo en todas las expediciones que emprendia aquel activo monarca, ayudándole con sus consejos ó calmando su enojo con la dulzura de su carácter, siempre que juzgaba necesario unos ú otra para el mejor arreglo en la gobernacion de sus pueblos.

De este modo trascurrieron los años hasta el de 1298, en que con motivo de la entrada que D. Dionis hizo en el reino de Castilla, en

¹ Véase la introduccion de la obra citada, páginas XXII en adelante.

socorro de Fernando IV, contra su tío el infante D. Juan y sus parciales, le fué acompañando hasta la frontera, separándose por la primera vez ambos esposos. En el año anterior su hija doña Constanza, que apenas contaba siete años, habia sido desposada con el jóven rey de Castilla, y hallábase en este último reino en compañía de su futura suegra; y como D. Dionis se detuviera con parte de su ejército en Ciudad-Rodrigo, y la Reina madre de Castilla Doña María de Molina, estuviera tambien en esta ciudad con su hijo y nuera, Doña Isabél pidió y obtuvo una entrevista que tuvo lugar en un pueblo de la frontera castellana, denominado Puente Guinaldo, donde pudo volver á estrechar contra su corazón á la tierna hija, de quien la razón de estado la tenia separada. Rápidos se deslizaron los dos únicos días que permaneció cerca de ella, volviéndose á Sabugal, donde aguardó la vuelta de su esposo.

Pagando justo tributo á las virtudes y altas prendas de Doña Isabel, al otorgar D. Dionis su testamento en 18 de Abril de 1299, dispuso que, en caso de que falleciese, fuese tutora su esposa de los infantes D. Alfonso y Doña Constanza, y Regente del Reino durante la menor edad del príncipe heredero; y al llegar al año de 1304, los acontecimientos que se sucedían en los reinos de Castilla y Aragon, proporcionaron á Doña Isabel el placer de tornar á su patria.

Existían grandes diferencias entre Fernando IV de Castilla y Jaime II de Aragon, que habia sucedido á su padre en Noviembre de 1285; y D. Dionis fue escogido árbitro de aquellas diferencias, no faltando escritores que supongan tuviera parte en esta preferencia la reconocida prudencia de Doña Isabel. Con tal motivo desplegó D. Dionis gran lujo y ostentacion, pasando de mil personas las que formaban la comitiva de ambos esposos; y despues de haberse reunido con el Rey y la Reina de Castilla, caminaron hácia la raya de Aragon, donde fueron recibidos por D. Jaime y toda su corte. Hubo con este motivo grandes festejos, y poco despues publicábase la sentencia del presente arbitraje, al que no fué extraño con sus prudentes consejos la Reina portuguesa.

Pero bien pronto exigencias mas ó menos justificadas del infante D. Alfonso, hermano del Rey, habian de dar lugar á nuevos acontecimientos, en los cuales estaba llamada á figurar tambien la hija de Pedro III de Aragon. Además de otras villas, que D. Alfonso III por su muerte habia dejado á su hijo D. Alfonso, hermano menor de Don Dionis, le habia hecho donacion de Marvão, Portalegre y Arsonches, debiendo suceder en ellas sus hijos legítimos pero volviendo, á falta de ellos, los tres castillos á la corona. Esta cesion produjo, andando el tiempo, contiendas y guerras entre ambos hermanos, hasta el punto de levantar su rebelde bandera D. Alfonso en Portalegre donde el rey acudió á ponerle apretado cerco; y en aquella fratricida lucha la influeneia de Doña Isabel pudo conciliar la paz, cediendo la posesion de Cintra, que á la misma régia Señora pertenecia por donacion del monarca, para que esta villa y la de Ouren, fuesen entregadas al Infante en cambio de Portalegre y Marvão, á pesar de ser los rendimientos de las primeras de doble importancia que los de las segundas; generosa conducta que responde victoriosamente á las miras ambiciosas, que con motivo de estas luchas han supuesto algunos escritores en Doña Isabel.

Amante siempre de la paz, al tener noticia de que su hermano Federico, que ocupaba el trono de Sicilia, andaba en desacuerdo con su vecino el Rey de Nápoles hasta el punto de acudir á las armas, envió á un eclesiástico aragonés llamado Berenguer de Mouroch, arcediano de Xativa, para que reunido con los mensajeros del Pontífice y del monarca de Aragon, procurasen traer á pacífico arreglo aquellas diferencias; y el éxito coronó sus esfuerzos, pues habiendo pasado á Nápoles los tres enviados asentaron con Roberto las bases de una concordia, que presentadas despues á Federico, sino fueron completamente aceptadas, produciendo un completo acuerdo, sirvieron al menos para concluir una tregua, que preparó mas definitivas avenencias.

Pero bien pronto el corazon de la virtuosa Reina habia de sufrir uno de los mas crueles dolores que pueden atormentar á una madre. La ingratitud y rebeldia de un hijo, volviendo sus armas contra el

autor de su existencia. Si el Rey-poeta habia tenido que luchar hasta entonces con un hermano ambicioso y turbulento, ahora va á encontrar en frente de sus banderas los pendones de la rebelion, levantados por el heredero de la corona; y Doña Isabel, madre cariñosa y esposa fiel y amante al mismo tiempo habrá de sufrir la contienda con el doble sentimiento de esposa y madre.

Jóven é impetuoso el Príncipe heredero, educado acaso con mas independencia y libertad por la escesiva ternura de sus padres, de lo que á su carácter altivo y voluntarioso convenia, impresionable, celoso de la elevada posicion en que le habia colocado la fortuna, y mas todavía de la corona que en lo porvenir le estaba reservada, fácilmente pudieron cortesanos aduladores, que buscan el medro personal á la sombra de las pasiones de los principes, alhagar á D. Alfonso de tal modo que, ahogando en su corazon el respeto y el amor filial, no vacilase en sublevarse abiertamente contra su padre.

Sirvió de pretexto á los ambiciosos magnates que impulsaron á la rebelion al infante, el profundo cariño que D. Dionis manifestaba á otro hijo natural que tenia llamado Alfonso Sanchez, y al cual, ademas de largas donaciones con que lo habia enriquecido, habia elevado á Mayordomo mayor, primera y ambicionada dignidad palatina. Tantas distinciones despertaron la envidia en los magnates, que deseosos de tomar venganza de aquella, que conceptuaban grave ofensa á sus deseos, hicieron creer al Príncipe que el Rey iba á desheredarle de la corona, dejándola al predilecto bastardo, y que á este fin se habian entablado negociaciones con Roma, para legitimarle, y contar con el apoyo del Pontífice, casi decisivo en aquella época.

Y no pararon en esto las invenciones de aquellos indignos caballeros: para dar un carácter todavía mas repugnante á la trama que suponian urdida, supusieron tambien que habian descubierto una conspiracion dirigida por el bastardo, y cuyo objeto principal era envenenar al legítimo heredero del trono, llevando su audacia los forjadores de tales imposturas hasta el extremo de inventar un documento en que aparecia justificada la conspiracion y enviárselo á Don

Dionis. Sorprendido éste, pero prudente y cauto, demostró fácilmente la falsedad de tales proyectos y del simulado escrito; justificó al mismo tiempo por una carta, que impetró del Pontífice, el ningún fundamento con que se habia supuesto que intentara negociaciones con Roma, á fin de dejar el cetro á Alfonso Sanchez; y para hacer mas pública su conducta y la injusticia de tales imputaciones, publicó una declaración de cuanto dejamos espuesto en 1.º de Julio de 1320 ¹.

Pero la ambicion de mando habia ya inflamado con su impuro aliento el corazon del Príncipe, y nada era bastante á detenerle en su camino, roto una vez el valladar del respeto, y ahogado el sentimiento del amor filial. Aspiraba nada menos que á empuñar el cetro de Portugal, sin esperar á que la muerte de su padre le dejara franco el paso; y en la rápida pendiente en que, una vez habia puesto el pié, era difícil retroceder. ¡Triste condicion de los afortunados! Tener siempre quien esté contando los momentos de su vida, con una impaciencia horrible.

D. Alfonso, á pesar de la noble conducta de su padre y de los ruegos de su santa madre, continuó firme en su mal propósito, y para engrosar las filas de sus partidarios no vaciló en atraerse á cuantas personas se hallaban descontentas en la corte de D. Dionis, y lo que es mas repugnante todavía á todos los que por sus delitos eran perseguidos por los encargados de administrar justicia. Así fué que su rebelde bandera trocóse en amparador asilo de cuantos criminales habia en el pais, con lo cual fácilmente se concibe la série de violencias á que se abandonaria tan *escogido* ejército. Al frente de aquellos heterogéneas masas de aventureros y criminales, recorrió la fértil provincia de Entre Duero y Miño, saqueando las poblaciones y talando los campos: dirigióse despues á Leiria que pertenecia á Doña Isabel, y consiguió apoderarse de la villa por la traicion de los que debieron defenderla.

Al tener noticia de tales sucesos, salió el monarca rápidamente á campaña, logrando recuperar á Leiria, pero entretanto D. Alfonso caia sobre Santarem, entrando en ella á viva fuerza. Activo el Rey,

¹ Encuéntrase el resumen de este notable documento en la Mon. Lusit. P. 6, l. 19, c. 18.

apenas castigó á los traidores que le habian vendido en Leiria, salió para Santarem, donde su rebelde hijo no quiso esperarle, prefiriendo volver á los arrabales de Coimbra, en que vivia con su muger la infanta Doña Beatriz. Pero de allí á poco, partió fingiendo una romería á San Vicente, con el determinado propósito de caer de improviso sobre Lisboa y apoderarse de la capital del reino. D. Dionis, sin embargo, comprendió la estratagema, y saliéndole al encuentro, obligó al infante á desistir de su propósito y acuartelarse en Cintra.

En medio de estas contiendas, escribe acertadamente un historiador portugués ¹, la posicion de la reina era digna de lástima. De un lado la llamaban los deberes de esposa y reina, de otro la piedad y la ternura de madre. Fuese cualquiera la causa á que prestase su apoyo, ó en favor de la cual se declarase la fortuna, el corazon de Doña Isabel no por eso habria de sufrir menos.

No falta quien, tratando á esta infortunada Reina con criterio mas propenso á juzgarla desfavorablemente que á enaltecerla ², suponga sin mas apoyo histórico que su apasionado juicio, que Doña Isabel se inclinaba á proteger al rebelde Príncipe, añadiendo tambien que habia de mirar con recelo el valimiento del bastardo; pero la conducta de la Reina acalla victoriosamente tales suposiciones, eco todavía aunque casi perdido de iguales calumnias, con las que lograron los cortesanos de D. Dionis, mal avenidas con la severidad de principios de Doña Isabel, que el monarca la tuviese poco menos que desterrada durante algun tiempo, por suponer que protegía al infante.

Mientras la discordia tomaba cada vez mas incremento entre el padre y el hijo, Doña Isabel no cesaba de trabajar para conseguir una paz duradera. Dirigiéndose primeramente á D. Alfonso, puso en juego todos los recursos de su inteligencia y de su ternura para conseguir la paz, que al fin logró ver ajustada en 1322, extipulándose que al Infante se le concederia á Coimbra, Montemor, Gaia, Feira y Oporto, debiendo alejar completamente de su lado á todos los malhechores que

¹ La Figanière.

² El mismo Sr. La Figanière.

le acompañaban; y despues de juradas estas condiciones por D. Alfonso y por los ricos-homes é hidalgos de su partido en la iglesia de San Martin de Pombal y por el rey en la de San Simon de Leiria, tuvo la Reina uno de los dias mas felices de su vida, viendo en aquella villa al padre y al hijo darse el ósculo de paz.

Tan noble conducta en Doña Isabel, triunfando de los que tan injustamente la habian calumniado, hizo que D. Dionis la devolviese toda su consideracion y antiguo cariño; que siempre la virtud, aunque humillada y perseguida, triunfa de sus injustos detractores.

Mas parecia que nada podia sosegar el ánimo del turbulento Infante. A el año siguiente de esta avenencia volvió á interrumpir la tranquilidad del reino, ya porque encontraba escasos los rendimientos que se le habian cedido, ó ya porque Alfonso Sanchez apareciese de nuevo en la Corte de donde habia sido temporalmente alejado. Decidido á trabar contienda salió el Infante de su residencia de Santarem, dirigiéndose á Lisboa, y en vano le envió D. Dionis sus mensajeros, intimándoles que abandonasen las armas, porque D. Alfonso, ciego con sus locas aspiraciones, insistió en seguir adelante. Lleno de verdadero pesar el monarca, reunió sus fuerzas en el *Campo-grande*, mientras su hijo asentaba su campamento en Lumiar; y rota ya toda consideracion, olvidados por completo de los vínculos de la sangre, disponíanse padre é hijo á verterla en parricida lucha ordenando sus huestes para el combate.

Dada la señal comienza la lucha, cuando de repente y como verdadero ángel de paz aparece entre ambas huestes completamente sola, pero armada con el sobrenatural arrojo que le daba el amor de su esposo y el cariño de su hijo, la reina Doña Isabel, entrándose en lo mas rëcio de la refriega, sin temer á los dardos que se lanzaban de una y otra parte, y que parecian respetar á la virtuosa dama.

Solo una resolucion tan inesperada como heroica podia poner fin á la empezada lucha; y de tal modo supo conseguirlo aquella santa muger que, hablando á su hijo con el enérgico y conmovedor lenguaje de la virtud, le hizo llegar sumiso delante de su padre.

Generoso éste otorgóle mayores rendimientos en lugar de castigo, y poco tiempo despues el desgraciado monarca, menos acabado por los años que por los pesares, vió acercarse su última hora, dejando en triste viudez á su amante esposa. Solicita y dando ejemplo de incansable amor y vigilancia, acompañó Doña Isabel á su esposo moribundo durante toda su triste dolencia, hasta que exhaló el último suspiro en 7 de Enero de 1325, vistiendo despues de su muerte y en cumplimiento de solemne promesa el hábito de Santa Clara, aunque no por esto profesando como religiosa, en el convento de la Orden ¹.

No queriendo abandonar el cadáver del que tanto habia amado, hasta el lugar de su sepultura, le acompañó á Odivellas donde fué depositado el cuerpo de D. Dionis en un túmulo de riquísima labor, y á pesar de que el monarca poco antes de fallecer habia dispuesto que su esposa fuese la principal encargada en cumplir sus disposiciones últimas, Doña Isabel, mas atenta á sus aspiraciones espirituales que á las ventajas de su posicion, despues de cumplir como debia las mas urgentes atenciones á que le obligaba el régio encargo, emprendió una piadosa peregrinacion á Santiago de Compostela, haciendo en el dia del apóstol á su iglesia riquísimas ofrendas (1325).

Al regresar á Portugal recibió del Arzobispo de Santiago el bordon de los peregrinos; y la fama de sus virtudes era tal, que á pesar de la modestia con que caminaba, corrian á su encuentro los moradores de los pueblos ansiosos de contemplar á la futura santa.

Nuevas guerras empeñadas entre su hijo D. Alfonso IV y el bastardo Alfonso Sanchez, poco despues de haber aquel empuñado el cetro, dieron otra vez motivo á Doña Isabel para ejercer su caritativa mision de paz, consiguiendo tambien terminar aquella contienda con la persuasiva elocuencia de su ternura.

Sin embargo tan agitada vida halló siempre tiempo bastante para dedicarse al ejercicio de la caridad. Los pobres eran el objeto predilecto de su tierna solicitud: indagaba cuidadosamente el paradero de

¹ Así consta del curioso documento, que original se conserva en Santa Clara de Coimbra con el sello de la Reina en cera roja, que el ya referido autor de las «Memorias de las Reinas de Portugal,» copia en el apéndice de las notas y documentos, fólío 271.

las personas de buena conducta, reducidas á la necesidad y que no se atrevían á manifestarla, socorriéndolas en secreto: dotaba liberalmente á las jóvenes para proporcionarlas matrimonio segun su clase: visitaba diariamente, servia y curaba á los enfermos pobres, y mientras ella reducía sus necesidades á lo mas preciso, fundaba establecimientos piadosos y de caridad. Entre estos son dignos de especial mencion el magnífico convento de Santa Clara que fundó en Coimbra, donde Doña Isabel habia fijado su residencia, no lejos del edificio que mandó levantar para dicho convento y el hospital que junto al mismo tambien erigió para socorro de los desvalidos. ¡Lástima grande que aquellas fábricas estén hoy tan destruidas, hallándose la iglesia casi enterrada por los aluviones del Mondego, que han ido amontonando sus arenas en aquellas riberas! La parte que puede admirarse demuestra que el estilo ojival en su mejor período habia interpretado el piadoso pensamiento de Doña Isabel, con sus líneas verticales y sus naves impregnadas de tranquilo misticismo.

Ocupada solo en hacer el bien, el rumor de nuevas guerras vino á arrancarla de su sosesagado retiro. La indiferencia con que el castellano monarca Alfonso XI trataba á Doña María, hija de Alfonso IV de Portugal, por vivir completamente entregado á los ilícitos amores de Doña Leonor de Guzman, irritando al ofendido padre, fué causa de que, ardiendo en ira, declarase la guerra á su yerno, tomando por pretexto los inconvenientes que el Rey de Castilla habia puesto á la union de Doña Constanza Manuel con el infante D. Pedro de Portugal. El ejército de D. Alfonso IV entró repentinamente por la frontera de los estados castellanos, á lo que respondió el futuro conquistador de Gibraltar con otra invasion por los estados portugueses; guerra que amenazaba ser cruel y que quiso tambien evitar el maternal corazon de Doña Isabel, intentando reconciliar con su prudencia los ánimos exaltados.

A pesar de su edad avanzada y de sus padecimientos físicos, emprendió la fatigosa marcha saliendo de Coimbra para buscar el ejército de su hijo. La tentativa fué, sin embargo, superior á sus fuerzas: en

véz de ir á negociar la paz, fué solo á conseguir la paz del sepulcro. Al llegar á Estremoz, donde se hallaba la corte, sobrevinole un tumor en un brazo, que no causó cuidado alguno á los médicos, pero que le ocasionó la muerte al cuarto dia (4 de Julio de 1336) teniendo la piadosa reina el placer, en tan supremo instante, de ver cerca de sí á su hijo, y á sus nietos, último consuelo que le fué concedido en esta vida, realizándose su constante deseo, de que el hijo por quien tanto habia sufrido recogiera su último suspiro.

De este modo bajó al sepulcro Doña Isabel de Aragon á la edad de 65 años, con casi cuarenta y tres de matrimonio y mas de 11 de viudez.

Difícil seria reunir todos los actos piadosos y caritativos de su vida, pues fueron tantos, que casi pueden contarse por los dias de su existencia, teniendo siempre á disposicion de los desgraciados el inagotable tesoro de su caridad y cuantas rentas le producian las repetidas donaciones de su esposo, que no las escaseaba al ver el digno empleo que de ellas hacia ¹; y que á pesar de ser muchas, no producian tan pingües rentas, que por sí solas hubiesen bastado para tantos beneficios sin el incansable celo, la prudente economía y la incansable caridad y piadoso espíritu de Doña Isabel.

¹ Además de los doce castillos, que ya hemos dicho dió en calidad de arras, D. Dionis á Doña Isabel y del derecho de testar por 10,000 libras, así como de la donacion *propter nuptias* de Ovidos, Abrantes y Porto de Moz, el rey le hizo las siguientes concesiones. En 1282 añadió la de Troncoso además de otros derechos que habian quedado exceptuados en las sesiones anteriores.

En 1287 le concedió los derechos sobre todos los géneros, menos algunos que especifica, que entrasen por el puerto de Selir, junto á San Martinho.

En 1298 le donó igualmente la heredad de San Fandega da Fé en el término de Torres-Vedras que debia estar junto al lugar llamado hoy *Fanga da Fé*.

A 4 de Julio de 1300 Doña Isabel recibió por donacion real la importante villa, hoy ciudad de *Leiria*, con todos sus términos, aldeas, rentas y derechos, villa en la cual habitó varias veces residiendo ya en el castillo, cuyos majestuosos restos todavía se conservan en una eminencia, ya en Monreal ó *Monte Real*, distante dos leguas, allí donde mas tarde se edificó la ermita dedicada á su santa memoria.

En el mismo año, la órden de Santiago dió á Doña Isabel durante su vida la villa de Arruda que pertenecia á la misma órden.

Tambien el Rey le dió las heredades del Soto de Revordaos (próximo á Braga, Gondomar en el obispado de Oporto) y Godoes, término de Maia.

En 1307 le cedió igualmente la villa de Atongnia y la propiedad de Atalaia.

El mismo escritor la Figaniere que con gran copia de datos menciona estas donaciones, dá cuenta de un diploma por el cual se conoce la importancia de los rendimientos que Doña Isabel percibia de sus bienes. Habiendo la Reina hecho su primer testamento á 19 de Abril de 1314 en que dejaba muchos legados, expidiese por la Chancillería Real en el dia siguiente un documento, por el que Don Dionis concedió, que los testamentarios de su muger percibiesen durante tres años despues de la muerte de ésta, los rendimientos y derechos de Abrantes, Porto de Moz, Torres Novas, Leiria, Obidos, Atongnia y los de la quinta de Fandega da Fé para cumplir

Además de la fundacion del célebre convento de Santa Clara de Coimbra, á Doña Isabel tambien se debieron el claustro, enfermeria y gran parte del convento de monjas cistercienses que en Almoester, próximo á Santarem, habia empezado á fundar una viuda llamada Doña Berengalia Aries en 1289; el Hospital llamado de los Inocentes de Santarem, incorporado mas tarde al de Jesús de la misma villa; otro hospital en *Leiria* para señoras que habiendo gozado de buena posicion viniesen á pobreza; reedificó el convento é iglesia de San Francisco de Braganza, que fué la primera casa portuguesa en que entrara al llegar á Portugal, iglesia en la cual se conservaban su retrato y el de su esposo, que desaparecieron antes del siglo xvii; ayudó eficazmente á la fundacion del convento de la Trinidad de Lisboa, dejando mil libras para la redencion de cautivos; construyó un nuevo claustro del monasterio de Alcobaza fundado por D. Dionis; estableció en Odibellas una hospedería para los pobres; y dotó además otros muchos monasterios y casas de caridad, estableciendo capillas y religiosas fiestas que bien demuestran su piedad acrisolada.

Y no solo demostró la ardiente caridad que la animaba, con los necesitados y menesterosos, llegando hasta el caso de mantener con sus solos recursos á casi toda la poblacion de Coimbra en el hambre horrorosa que sufrió el año 1333, sino que, comprendiendo que una de las mas dificiles obras de misericordia es perdonar las injurias, obra tanto mas meritoria, cuanto con mas fuerza ofenden los agravios á los puros sentimientos del corazon, no solo sufria resignada, y sin exhalar una queja, las repetidas infidelidades de su esposo, sino que

lo que Doña Isabel mandase en su testamento: y continúa diciendo, que para evitar las dilaciones que de esto se seguirian al ejecutar las últimas disposiciones de la Reina, se diese á los testamentarios por una vez, dentro del mes siguiente á la muerte de Doña Isabel, una suma igual á la que importasen dichos rendimientos en los tres años, la cual ascendia á 36,000 libras, ó sea á razon de 12,000 libras por año.

Si no conociéramos la exageracion portuguesa, representada gráficamente en la subdivision de sus valores, esta cantidad nos parecería exorbitante; pero cuando hallamos que segun los cálculos del mismo autor, de quien tomamos el documento mencionado, en la nota XXXIII — B, las doce mil libras de renta correspondian intrinsecamente á diez millones, quinientos mil rs, vemos que esta abultada cifra equivale á *doscientos veinte y seis mil, sesenta y cinco reales*: de modo que todas esas rentas tan ponderadas, eran poco mas de once mil duros anuales.—Solo teniendo en cuenta el valor de la moneda en aquel tiempo, y la ardiente caridad de Doña Isabel, se concibe que pudiera hacer tantas buenas obras y realizar tantos pensamientos benéficos, con tan pocos medios, levantando templos y hospitales, cuyo recuerdo hará imperecedera la justa fama de su régia fundadora.

perdonándole generosamente, aceptaba la tutela de los bastardos hijos del Rey, que éste la confiaba seguro de su indulgencia y conociendo que á nadie podia dejar mejor encomendados los inocentes frutos de sus ilícitos amores que á la santa esposa tan indignamente ofendida ¹.

Con razon ha pasado á la posteridad, inmortalizada por sus virtudes la memoria de esta Reina, cuyo cuerpo fué enterrado en Coimbra, colocando á la cabecera de su modesto túmulo en una piedra azulada el siguiente epitafio en doradas letras.

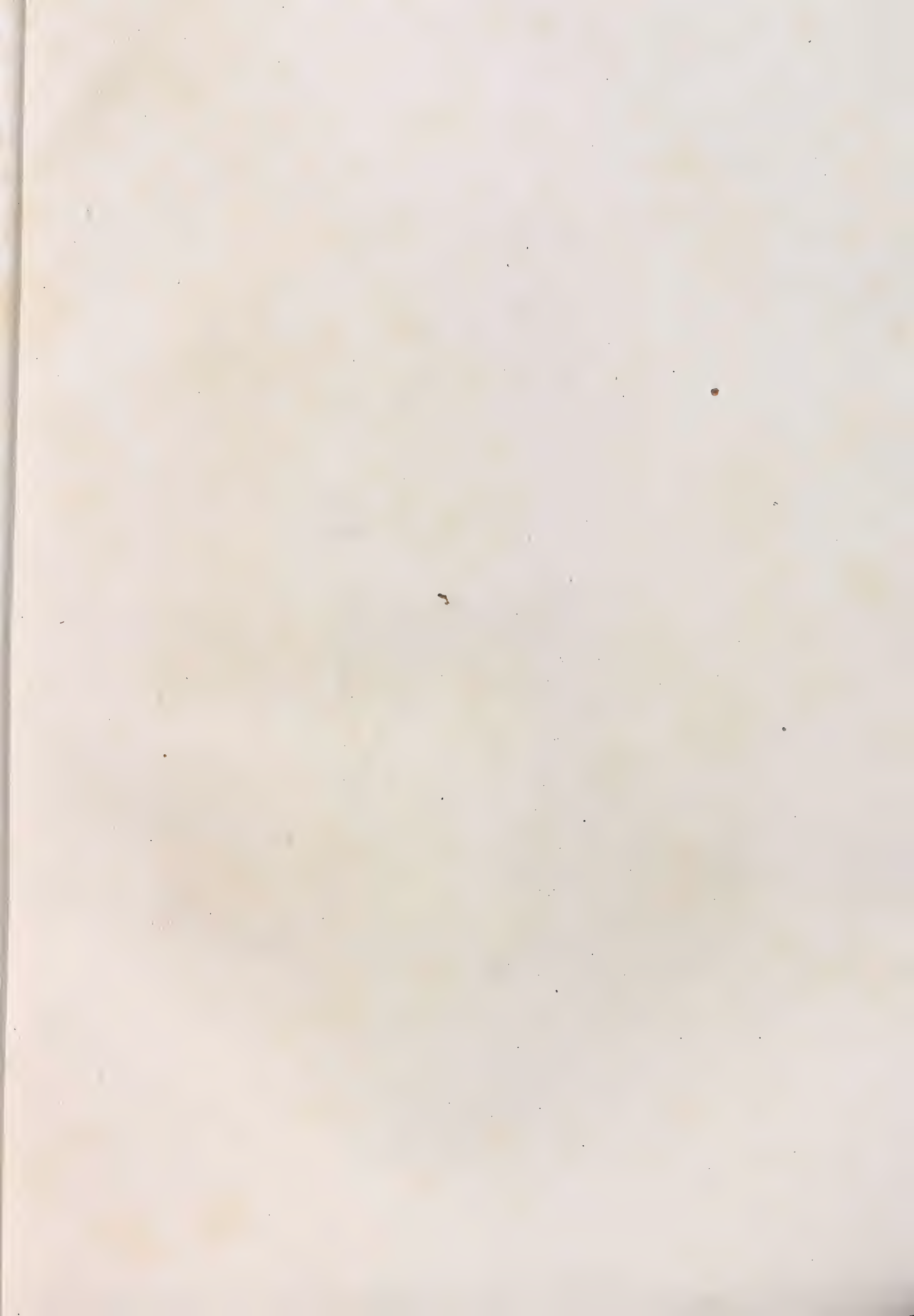
ERA M. CCC. LXXIV. DIE 4 MENSIS IULII IN CAS-
TRO DE STREMOZ OBIT INCLYTA D. ELISABETH
REGINA PORTUGAGALIÆ, ET FUIT SEPULTA XII DIE
DICTI MENSIS IN HOC MONASTERIO S. CLARÆ,
QUOD IPSAMET FIERI JUSSIT, ET DOTAVIT: ET FUIT
UXOR D. DIONYSII ILLUSTRISIMI REGIS PORTU-
GALIÆ, ET FILIA REGIS D. PETRI DE ARAGONIA,
ET REGINÆ D. CONSTANTIÆ, ATQUE MATER D. AL-
FONSI STRENUISSIMI REGIS PORTUGALLE ET D.
CONSTANTIÆ REGINÆ CASTELLÆ; FUITQUE AVIA
REGIS D. ALFONSI DE CASTELLA, ET REGINÆ D.
MARIÆ UXORIS SVÆ. HOS TIMUIT, HOS HONORAVIT,
HIS BENEDIXIT. CUIUS ANIMA REQUIESCAT IN
PACE.

Las virtudes de esta Reina fueron tales, que venerado su recuerdo como la de una santa, el papa Urbano VIII á 25 de Mayo de 1625 celebró el acto solemne de su canonizacion ².

¹ Monar. Lusit. citando el documento fechado en 1298.

² Además de las obras citadas en el texto, relativas á la vida de Doña Isabel, se conservan sobre el mismo asiento las escritas en español, por Fr. Juan de Torres, Fr. Juan Carrillo, D. Juan Antonio de Vera, conde de Roca: en italiano la obra del P. Fuligatti; y en portugués «Vida é milagres de Santa Isabel,» por Diego Alfonso, Coimbra 1560 obra rarísima; «A fenix de Portugal» por Fr. Antonio de Escobar; «Historia de Santa Isabel» por D. Fernando Correa de la Cerda; «Discurso sobre á vida é morte de Santa Isabel» por Vasco Mosinho de Quebedo Castel-Branco, en octava rima; poema titulado «Nova Esther en Portugal,» por José Manuel Chaves.

En las memorias «das Rainhas de Portugal» por la Figaniere, nó se marcado mpeño en deprimir las grandes virtudes de esta Reina, sin duda por seguir el criterio que preside á toda la obra, poco favorable en verdad á las ideas de fervorosa pío que presidia á todos los actos de la vida de Doña Isabel. Sin embargo no puede prescindir con frecuencia de enumerar las relevantes virtudes, que le alcanzaron alto renombre en la tierra, y la inmortalidad de los escogidos en otro mundo mejor.





MUJERES CÉLEBRES.

DA MARIA DE MOLINA (LA GRANDE)

DOÑA MARIA DE MOLINA

...nubes de discordia, de ambición, de servilismo y
...ferviente, enallando, al paso, el espíritu
...que por la noble y hermosa
...del alma.

...ya
...signo de
...de su
...que le ha-
...de su

mente.

...no era más mal de que
...efectiva que...



THE GREAT CHURCH

OF THE HOLY SEPULCHRE

DOÑA MARIA DE MOLINA (LA GRANDE).

1.

Cargadas nubes de discordia, de ambicion, de turbulencias y anarquía agrupábanse en el horizonte castellano, al bajar al sepulcro, mas acabado por el remordimiento que por los años y las enfermedades, el rey D. Sancho IV hijo ingrato del décimo Alfonso ¹.

¹ Que fué el remordimiento mas que la dolencia lo que arrebató la vida á Sancho el Brabo lo reveló él mismo hallándose ya cerca de morir en Madrid, causando verdadero asombro la relacion fidedigna que de tan ejemplar suceso nos ha trasmitido un testigo de aquella época digno de tanta fé, cuanto que fué el mismo que escuchó de los labios del moribundo Rey las entrecortadas frases de su tenaz remordimiento. Encuéntrase en el libro titulado *De las tres razones*, escrito por el celeberrísimo D. Juan, hijo del difunto D. Juan Manuel, libro dirigido á un religioso dominico llamado Fray Juan Alfonso y que tiene por objeto satisfacer á tres preguntas que le había hecho, consistiendo la tercera en *quál fué la razon que el Rey D. Sancho dixiera en Madrit*, al mismo D. Juan Manuel *ante de su muerte, entendiendo que non podía vevir luengamente*. Es tan notable y tan ejemplar esta relacion, que no vacilamos en transcribirla al empezar la biografía de la ilustre esposa de Sancho IV.

«La tercera razon que me preguntastes cuál fuera la razon que el Rey D. Sancho me dixiera en Madrit, ante de su muerte entendiendo que non podia vevir luengamente.

«Vos respondo que el Rey D. Sancho era muy mal doliente grant tiempo avia, é seyendó en Quintana Dueñas cerca de Búrgos, «afincósele la dolencia mucho además, en guisa que andaron por todas tierras que era muerto, et cuidando deste D. Diego, hermano «del conde D. Lope que andava fuera de tierra en Aragon, entró en Vizcaya é los vizcainos tomaronle por señor. Et desque lo supo «el Rey envió allá al infante D. Anrique, su tío é mio, que salliera poco tiempo avia de presion é llegara á él poco avia, é fueren «con Don Anrique, D. Nuño, fijo de D. Johan Nuñez, hermano desta Doña Juana, mi suegra, é cuantos ricos homes cavalleros avia «en la tierra: é como D. Diego non era bien apoderado ayn en Vizcaya, non los pudo esperar é salióse de la tierra. Et D. Anrique é «los que fueron con él tornáronse para el Rey, é falláronle aun muy mal trecho; é moró en Quintana Dueñas hasta que pasó Sant «Miguel.

«Et entonce era yo en el reyno de Murçia que me enviara el Rey allá á tener frontera contra los moros, como quier que era muy «moço que no avia doce annos cumplidos. Et esse verano dia de quinquagesima ovieron muy buena andança los mios vasallos con el «mio pendon, ca vencieron un ome muy honrado que viniera por frontero á Vera é avia nombre Jahçan Abenducar Abenzayen que «era del linaje de los reys moros da allen mar é trayan consigo cerca de mil cavallos. Et á mi avien me dexado mios vasallos en «Murçia, ca se non atrevieron á me mater en ningunt peligro, por que era tan moço. Et esto fue era de mill é treçientos é treynta é «dos años.

«Et ante de Sant Miguel, desque los panes é vinos fueron cogidos en el reyno de Murçia, vinne yopara el rey é llegue á él á Valla- «dolit el dia que el Rey y entró, é salí á él una grand pieça ante que llegase á la villa, e plogol mucho conmigo é fizome dese camino

Príncipes de la sangre real, monarcas estraños y deudos, apartados y vecinos, sarracenos y cristianos, magnates tan poderosos como reyes y con mas orgullo que si fuesen soberanos, aliados que se habian de convertir en traidores y vasallos inconsecuentes y desleales,

«mucho bien e mucha honra; e acrecentome grand partida de la tierra que dél tenía. Et ciertamente que quien viese las cosas que me dél dezía é quantos bienes me fazía, bien podia entender que si tiempo e hedat oviese para ello, que non fincaria por él de me llegar á grant honra et á grant estado.

«Et dese camino tractó el mio casamiento e de la infanta Doña Isabel, hija del Rey de Mallorcas, que era su prima. Et desdeque ovo amorado con él unos dias en Valladoit, mandóme venir para aquí á Peñafiel; et porquel aconsejaron los físicos que se fuese para el reyno de Toledo, que non es tierra tan fria como Castiella, movió de Valladolid entre Sant Martín e Navidat et enuió decir que quería venir morar aquí conmigo algund dia é sabe Dios que me plogo ende mucho con él.

«Et desdeque legó aquí, fizle quanto servijio e quantos placeres pud, en guisa que fue él ende muy pagado; é estando aquí un dia edixo quel pesaba mucho, porque yo era tan mal labrador, e porque dexara aquella muella de aquel castiello estar así yerma: et mandó á Pero Sanchis, su camarero, que me diese dineros con quel labrase, e con aquellos dineros labré yo este castiello mayor de Peñafiel. Et Dios me lo demande al cuerpo e al alma, si por los bienes e la crianza que él me fizó, si lo non servi lo mas lealmente que pod á él é al Rey D. Fernando su fijo é a este Rey D. Alfonso su nieto, en quanto este Rey me dió lugar para quel sirviese, e me non oye á catar del su mal.

«Et desdeque el rey aquí se partió, fuese para Alcalá de Fenares e moró y un tiempo, e yo esperé aquí á la reyna Doña Maria, que iba en pos el Rey, é moró aquí otrosí quanto tuvo por bien, e fuese en pos el Rey e yo moré aquí fasta despues de Navidat e esperé fasta que legó D. Anrique mi tio a Fuentedueña, e fuyte veer, ca nunca lo avia visto: et despues á pocos de dias salí de aquí e fuime para el Rey é fallélo en Madrit, e posaba en las casas de las Dueñas de vuestra orden, et estaua ya muy mal trecho: enuió por mí, é quiso que estudiase en la fabla maestro Gonzalo, el abbad de Aruas, e Alfonso Godinez, e Pero Sanchis de la Cámara, o Don Habraam su físico, é Johan Sanchis de Ayala, mio mayordomo, e Gomez Ferrandez mio ayo, e Alfonso García que me criaba et non se partie de mí, e D. Cag, mio físico que era hermano mayor de D. Habraam, físico del Rey é mio; ca bien creed que el Rey D. Alfonso e mio padre en su vida et el Rey D. Sancho en su vida e yo siempre nuestras casas fueron unas é nuestros oficiales siempre fueron unos.

«Et desdeque fueron todos estos con el Rey e la otra gente salieron todos de la cámara, estando el Rey muy mal trecho en su cama tomóme de los brazos e asentóme cerca de sí e comenzó su razon en esta guisa.

«D. Johan, como quiere que todos los mios tengo yo por vuestros e todos los vuestros tengo yo por mios, pero señaladamente estos que agora estan aquí tengo que son mas apartadamente mios e vuestros que todos los otros; et entonces dixo muchas cosas porque aquellos se estremaran al su servicio é mio, e otrosí los bienes señalados el e yo fizieron contra ellos, porque estos tenía el mas apartadamente por suyos e mios de cuantos avia en nuestras casas. Et desdeque ovo dicho, tornó á su razon e díxome: «Agora, don Johan, yo vos he á dezir tres razones. La primera rogar vos que vos miembre e vos dolades de la mi alma, ca malo mio pecado, en tal guisa pasó la mi fazienda que tengo que la mia alma está en grand vergüenza contra Dios. Lo segundo vos ruego que vos dolades e vos pese de la mi muerte e devedeslo fazer por muchas razones: lo primero porque perdedes en mí un Rey y un Señor; vuestro primo cormano que vos crió e que vos amara muy verdaderamente, e que non vos finca otro primo cormano en el mundo, si non aquel pecado del infante D. Johan que anda perdido en tierra de moros. La otra es que me vedes morir ante vos e non me podedes acorrer, e bien giero so que como quier que vos muy moço, que tan leales fueron vuestro padre é vuestra madre e tan leal secedes vos, que si viésedes venir cient lanzas por me ferir; que vos metredes entre mí e ellas, porque friesen ante á vos que á mí, e querriades morir ante que moriese, et agora vedes que estades vos vivo e sano e que me matan ante vos, é non me podedes defender nin acorrer. Ca bien creed que esta muerte que yo muero non es muerte de dolencia, mas es muerte que me dan mios pecados, é señaladamente por la maldizion que me dieron mios padres por muchos merescimientos que les yo merecí. La otra razon por que os debe pesar de la mi muerte, es porque yo fio por Dios vivredes mucho et veredes muchos reys en Castiella, mas nunca y rey avrá que tanto vos ame e tanto vos reecele e tanto vos tema como yo.» Et diziendo esto, tomol una tos tan fuerte, non pudiendo echar aquello que arrancava de los pechos que bien otras dos veces lo toviemos por muerto, e lo uno por como veyemos que él estava, e lo al por las palabras que me dezía bien podedes entender el quebranto e el duelo que teníamos en los corazones.

«La tercera razon que vos he á decir e arogar, es que sirvades e ayudedes en acomienda á la Reyna Doña Maria; ca so cierto que

enemigos entre sí y enemigos del tierno monarca¹, todos estos elementos de discordia habian de acumularse sobre el trono del jóven

«lo avrá muy grand mester, e que fallará muchos despues de mi muerte que serán contra ella: quanto á D. Fernando mio fijo, non vos digo nada, porque so cierto que non façe mester, ca es vuestro señor é yo quis que fuesedes su vasallo e so cierto que siempre le seredes leal. Agora D. Johan, pues esta fabla he fecho convusco e vos, ydes luego para el reino de Múrcia en servicio de Dios, et mio, quiero me espedir de vos e querer vos ya dar la mi bendicion, mas ¡mal pecado! non la puedo dar á vos nin á ninguno, ca ninguno non puede dar lo que non ha; e lo uno porque á vos non façe mengua, porque sé que lo avedes, e lo al porque la non puedo dar, porque la non he: por ende non vos façe mengua la mi bendicion. Et porque lo sépades mejor, decirvos he dos cosas: la primera como yo non he bendicion nin la puedo dar; la segunda, como lo avedes vos e non vos façe mengua la mia. Yo non vos puedo dar bendicion, que la non he, ante por míos pecados e por míos malos merecimientos que les yo fiz ove la su maldicion mio padre en su vida muchas vezes, seyendo vivo e sano, e diómela quando se moria: otrosí mi madre ques viva, diómela muchas vegadas e sé que me la da agora e bien creo por cierto que eso mismo fará á su muerte. E aunque me quiera dar su bendicion non pudieran, ca ninguno dellos non la heredó nin la ovo de su padre nin de su madre, ca el sancto Rey D. Fernando, mio abuelo, non dió su bendicion al Rey mio padre, si non guardando él condiciones ciertas quel dixo, e el non guardó ninguna dellas, e por eso non ovo la su bendicion. Otrosí la Reyna mi madre cuydó que non ovo la bendicion de su padre; ca la desamara mucho por la sospecha que ovo della de la muerte de la infanta Doña Constanza su hermana: et así mio padre nin mi madre non avian bendicion de los suyos, nin la pueden dar á mí; é yo fiz tales fechos porque merecí e ove la su maldicion. E por ende lo que yo non he, non lo puedo dar á vos nin á ninguno.

«Et so bien cierto que la avedes vos cumplidamente de vuestro padre e de vuestra madre, ca ellos heredáronlas de los suyos. Et contar vos he como la ovo vuestro padre del Rey D. Fernando vuestro abuelo. Quando el Rey D. Fernando finó en Sevilla era y con la Reina Doña Juana su muger, e el infante D. Alfonso su fijo, mio padre que fué Rey, e el infante D. Alfonso de Molina su hermano, e todos ó los mas de sus fijos, e dexolos á todos muy bien heredados salvo á vuestro padre que era muy moço; e D. Pero Lopez de Ayala que lo criara, traxo el moço al rey e pidiol por merçed que se acordase dél; et quando él llegó, estava ya el Rey cerca de la muerte; pero non pudiendo fablar si non á muy grant fuerza díxol: Fijo, vos sodes el postremero fijo que yo ove de la Reyna Doña Beatriz que fué muy sancta e muy buena muger, e sé que vos amara mucho: otrosí pero non vos puedo dar hereditat ninguna, mas dovos la mi espada lobera que es cosa de muy grand virtud, e con que me fizo Dios á mí mucho, e dovos estas armas que son señales de calas e de leones.

«Et en este lugar me contó el Rey D. Sancho cómo estas armas fueron devisadas e lo que sinificavan, e dixo entonces el Rey Don Fernando á mio padre quel daba estas armas e esta espada e que pidia merçed á nuestro Señor Dios quel posiese estas tres gracias: la primera que doquier que estas armas e esta espada se acertasen, que siempre venciesen é nunca fuesen vencidas: la segunda que siempre este linaje que traxiese estas armas, los creciese Dios en la su onra é en su estado e nunca los menguase ende: la tercera, que nunca en este linaje falleciesse heredero legítimo. E demás desto díol la su bendicion, diziendo que pedia merzed á Dios quel dades e le otorgase la bendicion quel dava, ca él le dava todas las bendiciones quel podie dar e que temia que en estas cosas quel avia dado, quel heredaba mejor que á ninguno de sus fijos. Et así vuestro padre heredó cumplidamente la bendicion del Rey D. Fernando su padre e vuestro abuelo, e porque la heredó e la ovo, púdola dar á vos.

«Et so bien cierto que él la dió á vos, quando murió muy de buen talante, ca vos fuestes á él fijo muy deseado e muy amado; e por ende so cierto que vos dió la su bendicion lo más cumplidamente quel pudo. E so cierto que la vuestra madre que ovo la bendicion de su padre e de su madre e que amara mucho á vos, e levó convusco e por vos mucha lazeria; e quando finó en Escalona, so por cierto que vos dió su bendicion lo mas cumplidamente que pudo. E así vos heredastes e avedes la bendicion de vuestro padre, e de vuestra madre e diéronvosla ellos, porque la heredarán de sus padres. Et pues la avedes como dicho es, e yo non he bendicion, mas he maldicion como dicho es, non vos puedo dar otra bendicion nin vos fare mengua: mas porque los Reys son fechuras de Dios: e por esto an aventaja de los otros omes; porque son fechura apartada de Dios: et si por esto yo non vos la puedo dar alguna bendicion, pido por merced á Dios que vos de la su bendicion e vos de la mia, quanto vos yo puedo dar. Agora D. Johan señor, llegad vos á mí e dárvosla he, por despedirme de vos. Fizolo así, e en esta guisa me partí dél: e así vos he contado cómo pasó e cómo yo sope estas tres cosas que me preguntastes: e porque las palabras son muchas e oylas á muchas personas, non podia ser que non oviese y algunas palabras mas ó menos mudadas en alguna manera: mas creed por cierto, que la iusticia, e la sabiduria, e la intencion, e la verdad, así pasó como es aquí scripto.»

¹ La Fuente.

monarca, bastando cualquiera de ellos para poner en peligro la corona y hacer que naufragase en tan revuelto mar de ambiciones y parcialidades, de bandos y discordias la combatida nave del Estado.

Pero afortunadamente para Castilla, la Providencia habia puesto al lado de D. Fernando, una muger que con el doble carácter de Reina y de madre, luchase con heróico valor, y triunfase con las altas dotes de su genio privilegiado, de tantos obstáculos y de tan opuestos elementos.

Hija legitima del infante D. Alfonso de Molina, hermano de San Fernando, y de su tercera muger Doña Mayor Alfonso de Meneses, *Doña Maria Alfonso de Molina* casó con el infante D. Sancho en el mes de Julio de 1281, y cuando los Sres. de Castilla, disgustados del gobierno de D. Alfonso, cuya elevacion de miras no podian comprender, proclamaron soberano al infante, que por sus hazañas en la guerra contra los sarracenos habia de alcanzar el renombre de *bravo*, contribuyó poderosamente, ya que no pudo evitar la ingratitud de D. Sancho, á que tomara éste el título de Rey.

Muerto el *sabio* monarca en Abril de 1284, pasó Doña Maria con su esposo á Toledo, donde fueron coronados ambos consortes por cuatro Obispos, y bien pronto empezó á sufrir contrariedades la jóven soberana, que afectaban á los seres mas queridos de su corazon. — Como acontecia con harta frecuencia en aquella época, habíase celebrado el matrimonio de D. Sancho y Doña Maria, sin tener en cuenta el parentesco que los enlazaba, siendo los abuelós de ésta bisabuelos de su esposo. Al conocer su falta, pidió D. Sancho la dispensa del Pontífice, pero éste, ya porque considerase necesario poner coto á los abusos que en materia de matrimonios entre parientes venian cometándose, ya por que ejerciesen influencia en la corte pontificia las instigaciones del Rey de Francia, que aspiraba á colocar en el trono de Castilla á una de sus hijas, anulando el matrimonio de Doña Maria, no solo se negó á conceder su dispensa, sino que encargó á dos prelados de España, intimasen á los Reyes la disolucion de su enlace, excomulgándoles sino quisieran separarse. D. Sancho, que conocia

las altas dotes de su esposa, y que la amaba tiernamente, á pesar de las infidelidades á que arrastraba á este monarca su carácter impetuoso é impresionable mas que su corazon, lejos de obedecer el precepto del Pontífice, hizo que su consejo decretase pena de muerte contra los portadores de las cartas pontificias si fuesen habidas, y que ningun entredicho que viniese del Papa fuese guardado en el Reino, apelando por sí y á nombre de sus vasallos del agravio que se les hacia ante Dios y ante el Pontífice futuro, ó ante el primer concilio que se celebrase.

Y era tanta la intransigencia de D. Sancho, en punto á la validez de su matrimonio y á no separarse de su esposa, que decia y proclamaba que no habia rey en el mundo mejor casado que él; y si bien apetecia la dispensa de Roma y enviaba para obtenerla gruesas sumas, tambien sostenia con firmeza sus derechos, y alegaba para ello dos razones: la primera, que á otros príncipes, duques y condes habia dispensado el papa en igual grado de parentesco que él, y arriba estaba Dios que le juzgaria; la segunda, que otros reyes de su casa en el mismo grado habian casado sin dispensacion, y «salieron ende muy buenos reyes, y muy aventurados, y conquistadores contra los enemigos de la fe, y ensanchadores y aprovechadores de sus reinos ¹.»

De este modo eludia el hijo de Alfonso X cumplir el mandato pontificio, y continuó enlazado á Doña Maria, que sin cesar le daba nuevas pruebas de su prudencia y virtudes. Siguiendo el acertado consejo de la noble Señora, que habia visto siempre con verdadero pesar en abierta rebelion á D. Sancho con el autor de sus dias, jamás el *bravo* usurpador fué contra las huestes de su padre, y andaba siempre huyendo de encontrarse con él como enemigo; y parte activa debió tomar la noble señora en que viniesen á debida avenencia los que siempre debieran estar unidos, y gran confianza inspirarian sus talentos, cuando acordóse al fin de comun propósito entre padre é hijo, que la Reina Doña Beatriz de Portugal, y DOÑA MARÍA DE

¹ La Fuente, citando la crónica de D. Sancho.

MOLINA, conferenciasen entre sí y propusiesen los términos en que la avenencia se realizara.

Por desgracia tan buenos propósitos no pudieron llevarse á cabo por estorbarlo la terrible dolencia que sobrevino á D. Sancho en Salamanca, enfermedad tan grave que se tuvo por inevitable y cierta su muerte, no faltando bajos aduladores que creyendo ganar albricias comunicasen al desgraciado Rey la triste nueva. Juzgaban por su menguado corazon el elevado espíritu de su soberano, y desconocian sin duda toda la grandeza del amor paternal, los que tan miserablemente procedieron, pues lejos de encontrar al enemigo que justamente irritado contra su contrario, recibiese con serenidad sino con alegría, la noticia de su muerte, hallaron al padre tierno y cariñoso, que lloró con profundo pesar la supuesta muerte de su hijo. Y la calificamos de supuesta, porque D. Sancho, contra toda esperanza, recuperó la salud. No así su desgraciado padre, que tan afectado por la triste nueva, como tiernamente conmovido cuando supo su falsedad, sin fuerzas ya para tantas y encontradas emociones y agoviado mas por el peso de los pesares que por el de los años, falleció en breve perdonando á su hijo (1284).

En Avila se hallaba D. Sancho cuando recibió la noticia de la muerte de su padre, y despues de hacer públicas demostraciones de profundo pesar, pasó á Toledo con su esposa Doña María, donde prelados, nobles y pueblo apresuráronse á recibirle como á legítimo soberano jurándoles fidelidad y obediencia.

Durante el borrascoso reinado de D. Sancho, continuó Doña María de Molina demostrando las altas dotes que atesoraba en su corazon y en su inteligencia, siendo constantemente la que calmaba con la dulzura de su carácter los violentos impulsos de su esposo. Buen ejemplo dió de ello, cuando irritado D. Sancho con el infante D. Juan, prendióle en Alfaro, *é matarale luego si non por la reina*.

Pero cuando Doña María se hizo merecedora del dictado de *grande* con que la distingue la posteridad, fué despues de la muerte de Don

Sancho acaecida en 1295 á consecuencia de la enfermedad que contrajo en el glorioso sitio de Tarifa.

II.

Nombrada Doña María por el rey en su testamento, otorgado en Alcalá de Henares, ante el arzobispo de Toledo y otros prelados, su tío el infante D. Enrique y muchos ricos-hombres y maestros de las órdenes militares, tutora del primogénito D. Fernando, niño á la sazón de nueve años, y gobernadora del reino hasta la mayoría del príncipe, bien pronto tuvo Doña María de Molina ocasiones de demostrar su gran prudencia y entendimiento. Ante todo y mirando por el bien de sus pueblos mejor que por el suyo propio, apenas tuvo en sus manos el cetro de Castilla como gobernadora, levantó el tributo de la *sisa*, impuesto por el rey su marido, que era muy sensible y gravoso á sus vasallos, y devolvió algunos de sus anhelados fueros á los magnates, con lo que pueblo y señores aclamaron no solo de buen grado sino con entusiasmo, al sucesor de Sancho IV.

No eran sin embargo suficientes tales anuncios de próspero reinado, para que Castilla gozase de la codiciada paz, convirtiéndose únicamente los esfuerzos de todos sus hijos contra el común enemigo. La ambición agitaba con su insaciable espíritu á varios magnates, que auxiliando á varios pretendientes á la corona, buscaban como sucede siempre, so color de una mentida é insegura lealtad, influencia en el gobierno y medros personales.

Bien pronto y al impulso de tan opuestos elementos, conmovióse la castellana tierra. El infante D. Juan, tío del rey, aquel turbulento perturbador del reino, que tantos días de amargura hizo sufrir á Sancho el *bravo*; aquel que no temió aliarse con infieles, ni manchar sus crueles manos con la inocente sangre del hijo de Guzman el bueno,

delante de los muros de Tarifa; aquel que debia su vida y libertad á la misma Doña María de Molina que gobernaba el reino en nombre del jóven Fernando, añadiendo una ingratitud mas á sus deslealtades y crímenes, levantábase, apoyado por el rey moro de Granada, en esta ciudad infiel y declarándose rey de Castilla y Leon, invadia los estados de su sobrino al frente de tropas musulmanas.

D. Diego de Haro que se hallaba en Aragon, apoderábase de Vizcaya, amenazando las fronteras de Castilla: los Laras á quienes habia encomendado D. Sancho en sus últimos momentos, fuesen los amparadores de su hijo, recibian de la Reina, recursos y tropas para combatir al de Haro, y empleaban traidores unos y otros en contra de Doña María y de D. Fernando, uniéndose al rebelde conde vizcaino: el viejo infante D. Enrique, el inquieto tio de Sancho el Bravo, á quien éste habia dispensado la mas grata acogida, despues de los veinte y seis años de prision que habia sufrido en Italia, aparentando ayudar á la Reina y á su hijo, recorrió las tierras de Sigüenza y de Osma, prometiendo mercedes, reuniendo Cortes en Burgos, aspirando, aunque sin conseguirlo por el momento, á la tutela y regencia del reino. Dificil era la situacion de Doña María, combatida por tan opuestos intereses; y sola, en medio de tantas ambiciones, para hacer frente á todas y conservar en su integridad y valimiento la codiciada corona de su hijo.

En tal conflicto, comprendiendo que solo en el consejo y lealtad de sus pueblos, podia encontrar medio seguro para triunfar de sus enemigos, convocó á todos los Consejos de Castilla á Cortes generales en Valladolid, para el 24 de Junio de 1295; pero como el astuto D. Enrique, comprendiera que el fallo de las Cortes habia de serle desfavorable, trató de impedir su celebracion, circulando los mas absurdos rumores acerca del objeto de aquella Junta, que suponía fuese el de imponer á los pueblos nuevos tributos, y entre ellos el de doce maravedises por cada varon y seis por cada hembra que naciese ¹; y viendo

¹ Que les queria demandar que la mujer que pariese hijo, que pechase al Rey doce maravedises, y que la que pariese hija, que pechase seis maravedises. *Crónica de Fernando IV.*

que á pesar de todos sus manejos los fieles castellanos disponíanse á acudir á las Cortes, les encargó, encareciéndoles el interés que le inspiraban, fuesen á Valladolid, pero que llevasen sus caballos y armas con mas gente de cada lugar que la que solia ir de ordinario, para que de este modo pudieran hacer su voluntad y no la de la Reina.

Tan inicuos manejos, mas que en ninguna otra poblacion produjo sus efectos en Valladolid, y de tal modo, que al acercarse á esta Ciudad Doña María con su hijo, halló cerradas las puertas, y al Consejo, los *homes buenos*, los Obispos y Señores, dudando si la recibirían ó no. Detenida estuvo algunas horas la esposa de Sancho el Bravo ante los muros de su villa predilecta, y aunque al fin decidieron dejarle franca las puertas, lo hicieron los vallesoletanos imponiendo depresivas condiciones para la autoridad real, no siendo la menos humillante que la Reina y su hijo habian de entrar sin comitiva ni acompañamiento.

De este modo empezaban á producir efecto las inicuas tramas de D. Enrique, y de tal modo consiguió alucinar al pueblo, presentándose con el falso carácter de su amparador y patrono, que mientras tan indignamente se trataban á Doña María y al legítimo rey, hacía el ambicioso infante su entrada en la villa, en medio de públicos festejos, rodeado de numeroso séquito, defendido por bien armada comitiva, y apoyado por muchos consejos de Castilla y Estremadura, dispuestos á sostener con la fuerza los intentos del indigno caudillo.

Arrojando de este modo completamente la máscara, con la deslealtad de que tenia dadas tantas pruebas y con la irreverencia propia de su deslealtad, propuso el infante á la Reina que le diese la guarda del reino y la del rey su hijo, y que «se la diese por corte ó que sino que tomara otra carrera;» audaz propuesta á la que contestó aquella virtuosa Señora, que le daría la guarda del Reino, pero que la guarda del Rey y su crianza no daría á nadie del mundo, que ella le queria criar; dando á entender con tal razon que menos le importaban las glorias de la Regencia que los cuidados de Madre ¹.

¹ . BENAVIDES, *Memorias de D. Fernando IV de Castilla*, siguiendo la crónica.

Reunidas al fin las Cortes, Doña María, que ante todo aspiraba á ver asegurada la corona en las sienes de su hijo, por el voto de sus pueblos, accedió, viendo de que manera tenia D. Enrique ganada la voluntad de varios consejos, á darle la tutoría del Reino, pero no la persona del monarca, como ya habia respondido á las intempestivas é injustificables pretensiones del infante; con lo cual aquietóse D. Enrique, aunque no algunos consejos leales, como Toledo, Segovia, y Avila que se oponian á tal concesion, significando que se apartarian de las Cortes ¹, pero la previsora Reina logró apaciguar la justa indignacion de tan fieles castellanos, para que aquella Junta no se disolviese hasta que el monarca estuviera jurado por sus Reinos.

Mientras de tal modo procuraba Doña María cimentar sobre sólidas bases el trono de su hijo, nuevas y graves complicaciones acumulábanse en el horizonte castellano. D. Diego de Haro se iba apoderando de Vizcaya, y el Infante D. Juan adelantaba por Estremadura su partido, logrando no solo que el Rey de Portugal le reconociese heredero de Castilla sino que ofreciese ayudarle con sus fuerzas; llegando á tal extremo en su altivo orgullo aquel pretendiente de la corona, que envió emisarios á las fronteras de Leon para que le aclamasen como soberano. La Reina á pesar de tales obstáculos, que hubieran puesto temor en ánimos varoniles, ni descaeció en la empresa al mostrarse mas árdua, ni pensó en valerse de las armas. Toda su atencion fijóse en obtener el juramento de fidelidad y homenaje á su hijo, para poder luego combatir á sus enemigos. «Púsoles por delante lo que hicieron por su abuelo San Fernando: el bien que trajo á todos aquella fidelidad: la prosperidad de los Estados en tan gloriosa union: la igual suerte en que se hallaban con el Rey, si le

¹ É en estas Córtes eran los del Arzobispado de Toledo, los del Obispado de Cuenca é los de Segovia é de Ávila, que se tenían en un acuerdo, de non tomar á D. Enrique por guardador de los Reinos, ca querian tener el pleito que fizieron á la reina por mandado del rey D. Sancho é quisiéranse ir dende, mas la noble reina Doña Maria, veyendo que seria grande escándalo, mandoles é rogoles mucho afincadamente, que non se fuesen, ni fisiesen ninguna cosa contra D. Enrique fasta que todos en uno ayuntadamente tomasen por rey á D. Fernando su fijo, antes que se partiesen los de la tierra de aquel ayuntamiento sobre que eran y llamados, ca sy de otra guisa se fisiese podría ende venir muy grande daño del rey é de toda la tierra. É ellos por su mandado ovieronlo de consentir.

Crónica de Fernando IV.

«defendian igualmente: la obligacion que tenian, por haberle recono-
«cido rey: los perjuicios del reino, si le desamparaban: el ejemplo
«que darian al mundo: el borron de su fama, si degeneraban: la pro-
«pia utilidad en los bienes que ella les franquearia, guardándoles sus
«fueros y haciéndoles otras nuevas mercedes: en fin, les habló con tan
«eficaces persuasiones, que á todos les convenció, y ofrecieron no
«seguir otra causa que la suya, asegurándola que ni debia temer al
«infante D. Juan ni á otro infante del mundo ¹.»

De este modo, estimulando todos los sentimientos generosos de los castellanos, logró encender en sus hidalgos pechos la llama del patriotismo; y D. Enrique, que con haber conseguido la tutela del rey creyó haber llegado á la cima del poder que tanto anhelaba, declaróse resuelto defensor del monarca contra los nuevos pretendientes de la corona, no tanto por amor á D. Fernando como por su propio beneficio.

Entre tanto Doña María, que buscaba en el apoyo de los pueblos el verdadero y firme sosten del trono de su hijo, mostrábase con todos los que concurrieron á las cortes afable y bondadosa, «oyendo á cada diputado de por sí, y despachando sus causas con tanta benignidad y agrado que robaba los corazones.» Su celo por el bien del Reino era de tal suerte, que ocupaba en el despacho de los negocios públicos la mayor parte del día, «estándose desde la mañana hasta las tres de la tarde sin comer y sin menearse, admirándose todos de como tenia aguante para tanto, y saliendo no menos satisfechos de su celo, y de la rara prudencia con que despachaba los negocios.»

Las aspiraciones de los ambiciosos que aspiraban á repartirse el trono, seguian sin embargo en aumento; y el rey de Portugal Don Dionis, de carácter turbulento y amigo de novedades, que instigado por el infante D. Juan, habia movido guerra á Castilla, llegó en su audacia hasta enviar un *mandadero* portador de un cartel de desafio en que se retaba á toda la corte: accion muy propia del carácter por-

¹ FLOREZ: *Memorias de las reinas católicas*, siguiendo la crónica.

tugués, pero no por eso digna, tratándose de un rey niño y de una débil muger.

Deseosa ésta de ir terminando todas las parciales discordias que impedían el verdadero engrandecimiento de Castilla, lejos de contéstarse como merecía al inconsiderado reto, para evitar á sus pueblos los horrores de la guerra, no tuvo inconveniente en que D. Enrique marchase á los confines portugueses para que tratase de terminar, si era posible, pacíficamente aquella intempestiva é inmotivada provocación; y el enviado en efecto asentó paces, pero no fueron á la verdad honrosas, pues sacrificó á las absurdas pretensiones del monarca lusitano tres principales villas fronterizas, abriendo así el camino á nuevas y mas injustificadas exigencias. Mejor le hubiera sido á Doña María terminar ella misma aquella contienda, como se propuso concluir con las ambiciones de los Laras, dirigiéndose para ello á Burgos.

Pero antes de que los deseos de la reina pudieran realizarse, nuevas perturbaciones llegaron á poner á prueba su varonil constancia y su prudencia. Habíase concertado, antes de morir D. Sancho, entre éste y el rey de Aragon Jaime II, el enlace del último con la infanta de Castilla Doña Isabel (1291), entregando desde luego á D. Jaime su prometida á la sazón niña de ocho años: y tan grata habia sido esta concordia al aragonés, que dió cuenta de ella en la expansion de su alegría el mismo año al Soldan de Egipto. Pero lo que habia sido tan grato á D. Jaime, cuando consideraba poderoso y temido el reino de Castilla, convirtiéndose en compromiso de enojoso cumplimiento, cuando creyó encontrar pobre y desvalida la castellana monarquía, con un rey menor, combatido por opuestos elementos, y una señora sola; aunque de altas dotes, para conjurar tan recias tempestades.

Así fué, que hallándose en Burgos Doña María para buscar conveniente acuerdo en las pretensiones de los Laras y Haros, llegaron á aquella ciudad el religioso franciscano Fray Domingo de Jaca y Simon Deslor, caballero aragonés y del consejo de D. Jaime, con credenciales de éste, dirigidas al rey D. Fernando y á su madre, para exponer á ésta la imposibilidad de realizar el matrimonio pro-

yectado, tomando por pretesto el parentesco que mediaba entre ambos contrayentes. Sin tacto político, pues á haberlo tenido hubiera procurado aumentar la importancia de su reino con la alianza del de Castilla, como quien desea cerrarse todos los medios de volver atrás en sus resoluciones, habia ya contraído matrimonio el aragonés con una hija de Cárlos, rey de Sicilia, y al mismo tiempo que comunicaba por medio de sus enviados la ruptura de la ajustada concordia, reclamaba la restitucion de los castillos que se habian dado al tiempo de celebrarse los contratos. De este modo faltaba D. Jaime á sus promesas, queriendo quedar en libertad completa para favorecer á los Cerdas, y obtener las grandes ventajas que éstos le ofrecian, para lo cual se aprestaba á ayudarles con poderoso ejército en la proyectada guerra.

Afortunadamente la reina logró comprar por vergonzoso precio de trescientos mil maravedis las aspiraciones de D. Diego Lopez de Haro, de D. Juan Nuñez y de D. Nuñez Gonzalez, mas afanosos de allegar riquezas, que de mantener limpia su honra; y ya un tanto conjurada la tormenta, volvióse Doña María con mas esperanzas de prósperos dias á Valladolid, de donde no tardó en salir de nuevo á vistas con el rey de Portugal, para ratificar los conciertos anteriores. Celebráronse al fin aquellas en Ciudad Rodrigo; y como mejor garantía de buena amistad y alianza, quedó tambien concertado el futuro casamiento del rey D. Fernando con Doña Constanza, hija del monarca lusitano.

Tristes decepciones sufrió á la verdad Doña María en aquel viaje, que puso de nuevo á prueba la prudencia de la reina. La gente de Zamora, instigada por un servidor del infante D. Juan, manifestó su decision de no recibir dentro de sus muros ni á la reina ni á su hijo; lo cual fué causa de la notable contestacion que les dió Doña María devorando su justo pesar, al manifestarles con toda la serenidad de su levantado espíritu, que nunca habia pensado visitar tan pronto á los zamoranos, y que tenia trazado su camino por Toro á Salamanca. Corridos quedaron los de Zamora, pero como nada hay mas contagioso que el mal ejemplo, los de Salamanca trataron tambien de cerrar sus puertas al legítimo rey, á quien habian jurado fidelidad y obediencia

en las Córtes de Valladolid: su misma conducta causóles vergüenza y bien pronto arrepentidos salieron á recibir á los régios huéspedes, dándoles digna acogida por mas de quince dias.

Al ver el infante D. Juan que de tal modo iba ganando los corazones Doña María, y que asentadas paces con el de Portugal y los de Haro, casi quedaba solo en la contienda, acogióse con humildad mentida al magnánimo corazon de la reina, rindiendo pleito homenaje á D. Fernando y jurándole lealtad y adhesion.

En tal estado parecia que el horizonte se despejaba para la noble princesa, y que dias bonancibles habian de suceder á los azarosos de incesantes contiendas y revueltas. Ajustadas paces y estrechadas amistades con Portugal; acallados los ambiciosos con lo que mas podia contestarles; reconocido el rey por sus parientes que antes le disputaban la corona, parecia llegado el momento en que pudiera dedicarse Doña María á la tranquila y grata ocupacion de fomentar la riqueza pública, convirtiendo todas sus miradas al bien de sus pueblos, que tanta necesidad tenian de reposo en lo presente, y de mejoras y adelantos en lo porvenir.

No eran sin embargo todavía los tiempos de tanta ventura. Nueva y mas recia tempestad se levantó de improviso por el lado de Aragon. Temible liga formada por Jaime II, los reyes de Francia, Sicilia, Portugal y Granada y D. Alonso y D. Fernando, hijos del infante de este nombre, amenazaron cuando menos se esperaba al rey de Castilla enviándole embajadores que le declarasen la guerra. A la noticia de tales nuevas, como nunca los juramentos de los traidores fueron firmes, separáronse del servicio del rey D. Juan Nuñez y otros mal llamados caballeros, que iban solo á buscar no la gloria, sino la poca envidiable fortuna que sus decepciones les proporcionaban. El infante D. Juan creyendo llegado el dia de poder realizar sus aspiraciones á la sombra de las revueltas que se preparaban, levantó tambien de nuevo su rebelde bandera titulándose rey de Leon. D. Enrique, tutor solo para el engrandecimiento propio, pero no para la defensa de su pupilo y del reino, amedrentado y cobarde retirábase á sus tierras

para esperar que el éxito de aquellas discordias le indicase á donde debia dirigirse para lograr mas medro; y sola entre tantos escollos aparece la reina madre, como un faro en medio de los siglos; sola aquella ínclita Señora, sin mas amparo que el de Dios y confiando en la justicia de su causa, con la fè que salva y con la esperanza que vivifica, se decide á combatir contra todos sus enemigos, y sola tambien lleva á cabo la gloriosa empresa de salvar al rey su hijo, y con él al imperio castellano ¹.

Cobrando nuevos alientos Doña María, cuando todo se conjuraba para abatirla, dirigióse primeramente contra Segovia, alborotada por el infante D. Juan, para cortar en su principio las fatales consecuencias que el ejemplo de aquella ciudad podia ocasionar en las demás. Al llegar cerca de sus muros mandó ir delante su pendon, que no se atrevieron á rechazar los segovianos. Y al otro dia llegó á Segovia, y salieron á saludarla los *omes buenos*; pero detrás de ellos se cerraron las puertas guardadas por dos mil hombres y mayor muchedumbre que coronaban las murallas: Doña María llegó sin embargo hasta las puertas mismas y su elocuencia hizo que se abrieran. Así que estuvo dentro, volvieron á cerrarse dejando fuera á su hijo; y al verse separada de este modo del tierno objeto de tantos afanes, cercada de armas por todas partes, sin que jefes ni soldados obedeciesen sus órdenes, sin poder contar con mas apoyo que el de su solo esfuerzo, de tal modo la intrépida princesa habló á los segovianos, con tal valentía, con tal imperio, con tanta persuacion, con tal grandeza, que no solo abrieron las puertas á su hijo, sino que ahuyentando con su noble aliento las nubes de traicion que ocultaban la antigua lealtad castellana, consiguió que concediesen al rey los segovianos todos los recursos que necesitaba para la guerra, sirviendo así de ejemplo Segovia á todas las demás poblaciones y dando nuevo vigor á la justa causa de la legitimidad y del derecho.

De este modo las heróicas virtudes de Doña María, llenando de

¹ Benavides, loco citato.

admiracion y de entusiasmo á las gentes sencillas y honradas, sostenian el espíritu público en favor del combatido monarca y preparaba á los pueblos el seguro camino que, aunque arrojando mil contradicciones, habia de conducirles al triunfo de la causa que sustentaban.

Al comenzar el segundo año del reinado de D. Fernando, rompieron las hostilidades por la parte de Aragon. D. Jaime avanzó con sus ejércitos por las fronteras leonesas y cogiendo desprevenida á la antigua capital, la tomó fácilmente, proclamando en ella rey de Leon, de Galicia y de Sevilla al infante D. Juan. No contento con esto pasó á San Fagund y allí alzaron pendones los soldados por D. Alfonso, primogénito de los de la Cerda, apellidándole rey de Castilla, de Córdoba, de Toledo y de Murcia; y creyendo seguro ya el triunfo en todas partes, imaginaron en su loco orgullo llegar del mismo modo hasta Valladolid, residencia á la sazón de Doña María, y entrar en la villa de grado ó por fuerza.

Olvidaron en el desvanecimiento de sus fáciles triunfos, que no era tan fácil empresa abatir el ánimo de los leales; y los muros de Mayorga opusieron fuerte dique á aquel torrente invasor. Pero, como si la Providencia quisiera dar claro testimonio de la causa de la justicia y de la inocencia, castigando á los traidores y hundiendo á los ambiciosos, ocurrió declararse una terrible epidemia entre los sitiadores de Mayorga. Leales eran á la Reina los caballeros que defendian esta villa, y dispuestos los tenia su lealtad á todo linage de proezas, pareciendo como que la gravedad del peligro daba mayores creces á su valor. La proximidad de Valladolid estaba señalando á los inquietos sitiadores de Mayorga una mas preciada recompensa á sus mal empleados afanes, si conseguian la rendicion de esta villa.

Durante cuatro meses de no interrumpido cerco hubo de mostrarse la impotencia de sus esfuerzos, que se estrellaron en la heróica defensa de los leales á la noble, cuanto á rudas pruebas sometida, causa de Doña María. La Providencia no permitió que peligro tan grave se prolongase. El ejército sitiador hubo de ceder á los imponentes efectos de la epidemia, y abandonó la temeraria empresa, llevándose como

testimonio mudo, pero elocuente, de sus decepciones, los cadáveres de la flor de sus caballeros y ricos hombres, y el del infante D. Pedro que habia venido con el mando de la hueste aragonesa.

Y aqui cumple consignar un rasgo, nunca por demás loado, de la Reina. Su alma generosa no podia andar bien avenida con la vulgaridad de innoble y ruin venganza; y por esto llevó el olvido de tan recientes agravios hasta el punto de conceder libre y seguro paso por Valladolid á los sitiadores de Mayorga, encargados de conducir á sus tierras los cadáveres de los mas distinguidos campeones de una causa mala.

Y como si aun fuese poco este arranque de un alma grande, Doña María hizo regalo de unos paños mortuorios para cubrir con apariencias de mas decoro los carros en que eran conducidos á tierras de Aragon los restos mortales de los que fueron en vida sus enemigos ¹.

Pero en la série no interrumpida de revueltas y turbulencias que no dejaban en paz á la Reina, no era posible entregarse á la confianza de mejores tiempos, aun en medio de sucesos en realidad propicios. Si por ventura lograba desvanecer una rivalidad, ¿por dónde habia de fiar en la lealtad jurada, si la inconstancia parecia ser el carácter de los turbulentos Infantes que tan pronto se sometian por impotencia, como envalentonados súbitamente con el arrimo de poderosos aliados, se levantaban en armas contra su reciente juramento?

Mas atenta, pues, Doña María á prevenir peligros que á fiar en inseguras treguas, supo, con hábil política, aprovechar el desaliento

¹ Montaner, refiriéndose á esta expedicion de aragoneses contra el Rey de Castilla, dice que iban á las órdenes del infante D. Pedro mil caballos y cincuenta mil infantes, todos catalanes y aragoneses. Y por lo que respecta al triste fin que tuvo para ellos esta empresa, parécenos oportuno transcribir aquí los términos en que la refiere Feliu de la Peña, á quien no se puede recusar por sospechoso tratando de sucesos desfavorables á catalanes y aragoneses. Dice, siguiendo á Montaner:

«Y pasando al Reino de Leon, despues de valerosa defensa ganaron la ciudad de Leon, donde coronaron por su Rey al Infante D. Alonso. Volvieron á Castilla, ocuparon Sahagun, y le coronaron Rey de Castilla: dispúsose en el Consejo el continuar la guerra dentro Castilla, ó ganar antes á Mayorga para asegurar á Leon, pues se halla á cinco leguas desta: prevaleció la conquista de Mayorga, y fue nuestro ejército á la empresa, que halló difícil, por averla presidido los Castellanos, estando avisada la Reina de Castilla de la resolucion de nuestro Consejo de Guerra (que ya devia en aquel tiempo publicarse lo secreto de los Consejos). Al fin sitiaron á Mayorga, y duró tanto el asedio, que costó las vidas del Infante D. Pedro, de Ramon Anglesola, y de otros muchos soldados, heridos de enfermedades pestilenciales, que entraron en nuestro ejército, el qual huérfano de General bolvió triste, aunque vitorioso, á estos Reinos, con los cadáveres del Infante, y de Ramon de Anglesola.» *Anales de Cataluña*. lib. XII, cap. V.

de un enemigo que en hora inoportuna habia entrado por tierras de Castilla. D. Dionis de Portugal habia penetrado con poderoso ejército hasta Simancas, á dos leguas de Valladolid. No desfalleció el ánimo de la Reina; antes mostrando varonil firmeza, supo resistir la tentacion de abandonar su residencia. No la engañó el valor, ni la burló la esperanza. El Rey de Portugal, temeroso de su aislamiento en extranjera tierra, juzgó prudente retroceder, ya por faltarle aliados que le secundasen, ya por ver acrecentadas las deserciones que debilitaban su ejército.

Entonces se le ocurrió á Doña María convertir al enemigo en aliado; y al efecto, valiéndose de D. Juan Alonso de Alburquerque, que estaba al servicio del portugués, y de D. Juan Fernandez de Limia, que defendia la frontera de Portugal, propuso al rey D. Dionis y á su esposa Doña Isabel negociaciones para el matrimonio de la infanta Doña Constanza con el jóven rey D. Fernando.

La indicacion fué acogida con favor, y se concertó una entrevista en Alcañizas á donde concurrieron la reina Doña María y su hijo, y los reyes de Portugal. Ajustóse la paz, concertándose las bodas de la infanta de Castilla Doña Beatriz con D. Alfonso, primogénito de los reyes de Portugal, y la de D. Fernando con la infanta portuguesa, Doña Constanza. Y se acordó pedir al papa las correspondientes dispensas y la legitimacion del matrimonio de D. Sancho, de quien era viuda Doña María. Tiempo quedaba para estas diligencias, pues Don Fernando andaba á la sazón en los doce años de edad. Concertadas al propio tiempo las villas y los lugares que serian la prenda y el dote de estos enlaces, y hecho pacto de auxiliar el portugués al castellano, entregáronse, segun costumbre, las prometidas infantas, con lo cual Doña Constanza quedó en poder de Doña María, y Doña Beatriz se marchó con los reyes de Portugal.

Este feliz suceso no fué parte para dejar asegurado y libre de turbulencias el reino de Castilla, pero permitió á la Reina algun desahogo para allegar recursos con que hacer frente á los disturbios, dar aliento á los suyos, y recobrar algunas villas y lugares, ó mal asegurados en

su devocion , ó amenazados por incesantes correrías de sus enemigos. Y sin embargo, el Rey de Portugal obró con doblez en esta como en otras ocasiones; pues si bien venia obligado á prestar auxilios al de Castilla contra todos sus enemigos, su mala fé pudo mas que la palabra empeñada. El auxilio , que pareció prestarlo entrando por tierras de Castilla á invitacion de Doña María, adoleció de falta de sinceridad.

«No solo no obraban sus armas contra los enemigos, sino que manifestaron el motivo de la inaccion , llegando á proponer que al infante D. Juan se le diese el reino de Galicia, con la ciudad de Leon y Lugares que habia tomado , por espacio de su vida : especie que con razon desagradó sumamente á la reina; y usando del gran arte que sabia, hizo resolver á los diputados de los reinos , que nunca consentirian tan enorme perjuicio. Asegurada por parte de los diputados, quiso asegurarse tambien por la del tutor D. Enrique, y conociendo el flanco de su génio interesado, le acometió por allí, venciéndole con ceder á su avaricia las villas de Ecija, Roa y Medellin. El rey de Portugal, desairado con la repulsa, volvió á su casa con mas presteza de la que habia traído, lisonjeado de que retiradas sus armas, prevalecerian las del infante D. Juan, y serian satisfaccion de aquel desaire. Al punto fueron levantándose torbellinos, que anunciaban furiosa tempestad. D. Juan Nuñez con el infante D. Juan, querian meter ruido por una parte: D. Alfonso de la Cerda por otra: varios ricos-hombres se despedian del servicio del rey : Francia amenazaba por Navarra y por los derechos de D. Alfonso: el infante D. Enrique, que aseguraba sus fuerzas en la flaqueza del rey , crecia con la guerra de su avaricia por medio del adelantamiento de Andalucia que llegó á conseguir; pero la reina sola era capaz de batirse con todos. En su pecho hallaban aquellas olas una roca firmísima , donde se quebrantaban , burlándose de todas con arte, con valor, con firmeza, por cuyos medios conquistaba Lugares por una parte, por otra los aseguraba: detenía á unos señores con premios; á otros con fuerza. De estos fué D. Juan Nuñez de Lara, hecho prisionero por D. Juan Alfonso de Haro, señor de los Cameros, cuya prision empezó á dar libertad á la opresion:

pues de este modo recobró la reina las villas de Lerma, la Mota, Amaya, Palenzuela, Dueñas, y otras, obligándole á que en seis años no pudiese militar contra el rey. El infante D. Juan, viendo tanta prosperidad en la reina, se redujo á composicion, cediendo el derecho que alegaba, y reconociendo por rey á D. Fernando en junio de 1300, como afirma D. Juan Manuel, que pone en el año antes la prision de D. Juan Nuñez. Diéronle las villas de Paderes, Mansilla, Rioseco, Castro-Nuño, y Cabrerros; quedando así á los piés de la reina el que antes pretendia quitarle la corona ¹.»

Pero apenas tenia en sosiego una parte de sus reinos, era forzoso que acudiese á conjurar peligros en otra. El rey D. Jaime II de Aragon, aunque atareado con las empeñadas guerras de Italia, no daba tregua á la codicia de posesionarse de Murcia. Ya en 1297 habia acudido con las galeras catalanas á la conquista de Alicante y su empinado castillo, corriendo D. Jaime gravísimo peligro por el arrojado de haber sido el primero en lanzarse á la brecha. Salvóle, con riesgo propio, Berenguer de Puigmoltó, á quien fué concedida, en merecido premio, la ciudad conquistada despues de la heróica defensa; en que prefirió el alcaide Nicolás Perez de Murcia perder la vida, antes que hacer entrega de las llaves de la plaza. Corrióse el rey de Aragon por otras que fué tomándolas, hasta llegar á Murcia que se le rindió.

Mas no debian de ser, ó bastante seguras las conquistas, ó bastante prósperas las empresas, cuando el de Aragon hubo de acudir en el año 1301 á un tratado con el Infante D. Juan y con D. Juan Nuñez de Lara, quienes ofrecieron entregarle el reino de Murcia, con pacto de que les ayudase en sus empresas ². Tomó el rey de Ara-

¹ FLOREZ: *Memorias de las reinas católicas*.

² Algo inciertos andan los historiadores en señalar al Infante D. Enrique una participacion interesada en este tratado con el Rey de Aragon. El P. Florez en sus *Memorias de las Reinas Católicas*, le presenta de un modo incidental, aunque en términos bien claros y precisos. como aliado, en union con el Infante D. Juan, con el Rey de Aragon. Dado este precedente, tiene una determinada explicacion la actitud guardada por el Infante D. Enrique en la situacion que luego describimos en el texto. Los cronistas catalanes y aragoneses, mas atentos á engrandecer á su Rey, que á reseñar minuciosidades que supongan mas ó menos ayudada su fuerza propia, tampoco esclarecen este punto.

Y la incertidumbre se arraiga mas, al ver en sucesos posteriores al Infante D. Enrique confundido con Doña Maria en ser el blanco de la enemistad del Infante D. Juan y de D. Juan Nuñez de Lara.

gon á Lorca; pero sabedora Doña Maria, residente á la sazón en Búrgos, de este peligro que amenazaba á sus reinos por la parte de Murcia, y comprendiendo lo urgente del caso, pues el castillo de Lorca, si bien se conservaba en su devoción, exigia pronto auxilio, mandó al infante D. Enrique acudir á la defensa.

La perfidia del Infante hubo de revelarse una vez mas en este lance. Opuso dificultades; ya se deja entender que andaba de por medio su interés en oponerlas; pero Doña Maria, grande en todas circunstancias, no parecia sino que tomaba de las contrariedades nuevo aliento. Revelando mas espíritu varonil que los guerreros, y mas celo que el Tutor del reino, por la defensa de los dominios de Castilla, levantóse disgustada, pero resuelta, exclamando: Yo iré á socorrer la plaza amenazada, y sígame quien quiera seguirme. El ejemplo fué eficaz: el Infante D. Enrique, ó estimulado por la confusión ó aguijoneado por la envidia, aprestóse á acompañar á la Reina. Y á los tres dias de recibidas las noticias de Lorca, ó sea á los cuatro de enero del año 1301, Doña Maria salió de Búrgos muy acompañada de los que *no debian haber dado ocasion de que les diese una muger ejemplo de valor.*

Ni la destemplanza de la estacion, ni el cuidado que la delicadeza dispensa siempre en una muger, pudieron hacerse superiores al celo de Doña Maria por el reino: antes empleando grandes jornadas para llegar mas presto, y deteniéndose únicamente dos dias para recoger mas gente, vino en Alcaraz á tener noticia de haberse entregado por traicion el castillo de Lorca. « Los gastos y pretensiones de la Reina, dice Florez, la obligaron á que, ya que la infidelidad las hizo inútiles para uno, su zelo las dirigiese á otro. Enderezólas á Murcia, donde estaba el Rey de Aragon y su muger recién parida; y no solo pudo librar de riesgo algunas plazas, sino que se hubiera apoderado de los

En vista de todo esto, y teniendo en cuenta el tejido de ambiciones y deslealtades que forman la historia de los dos Infantes y del de Lara, sospechamos que D. Enrique, con esperanza de algun medro, tuvo alguna parte en el aludido concierto con el Rey de Aragon, y que posteriormente no viéndose satisfechas sus esperanzas, se retrajo de su acuerdo con el Infante D. Juan y con el de Lara, si ya no fué que el desacuerdo se buscó de intento por estos, para mejor satisfacer la ambicion propia, desairando la ajena; y no parece inverosímil la sospecha, pues tambien anduvieron mas adelante en disensiones el Infante D. Juan y D. Juan Nuñez de Lara.

Reyes, si no fuera por los Infantes D. Enrique y D. Juan, muy aliados con el Rey de Aragon, y no menos infieles al señor natural.»

Tantas y tan frecuentes deslealtades de los que venian mas obligados á la gratitud y obediencia, si no quebrantaron el ánimo de la Reina, porque no era posible mudanza tal en su temple, lograron con la insistencia algun triunfo. Por sorpresa y con dolo pudo ser obtenido; mas no fué parte sino para poner de relieve las altas cualidades de Doña Maria, no menos grande como madre que como gobernadora.

III.

Por este tiempo tuvo Doña Maria la, por muchos años suspirada, suerte de ver aprobado su matrimonio con el difunto Rey D. Sancho, y por lo tanto legitimados los hijos en él habidos ¹. Gran triunfo moral obtuvo la Reina con alcanzar de Roma esa solicitada dispensa, sin duda retardada para poner algun coto á la frecuencia con que los reyes de España hacian necesario que el papa dispensase el impedimento de próximos grados de parentesco ².

¹ Los hijos habidos en el matrimonio de D. Sancho y Doña Maria, fueron los siguientes:

Doña Isabel nacida en Toro un año antes de que su madre fuese coronada. Esta princesa antes de llegar á edad matrimonial, fué prometida por esposa al rey D. Jaime II de Aragon, quien la devolvió á su madre en 17 de diciembre de 1295, ya por haberle convenido al de Aragon apartarse de lo pactado, ya por ceder á la voluntad del papa que se opuso al concertado enlace. Doña Isabel contaba á la sazón doce años de edad, y mas adelante casó con Juan, duque de Bretaña. Viuda sin sucesion, regresó á España, y se estableció en Guadalajara donde fundó dos conventos:

D. Fernando, nacido en 6 de diciembre de 1285, ocupó el trono, siendo el IV rey de este nombre en Castilla:

D. Alfonso, nacido en 1286, murió en 1291:

D. Enrique, nacido en Vitoria en 1288, murió en el 1299:

D. Pedro que nació en Valladolid en 1290, despues de ejercer varios cargos en palacio murió en 1319:

D. Felipe, nacido en Sevilla en 1292, murió en 1327:

Doña Beatriz, nacida en Toro en 1293, siendo de cuatro años de edad, fué desposada con el rey de Portugal, y obtenida dispensa del parentesco efectuóse el casamiento en 1309.

² Para que de una vez pueda apreciarse el fundamento con que Roma se resistia á conceder las dispensas de matrimonio entre los príncipes españoles, nos parece oportuno transcribir aquí el siguiente resumen de los abusos que se cometieron en esta materia y en un breve espacio de tiempo:

Para los que se fundaban en la ilegitimidad del matrimonio de Doña María, á fin de traer revuelto el reino de Castilla, y aspirar al

«La mayor parte de los hechos de Inocencio III relativamente á España fué para anular los matrimonios ilegítimos de los príncipes. El padre de San Fernando (D. Alfonso IX de Leon,) hubo de separarse por dos veces de sus respectivas esposas, negándose Inocencio III á concederle dispensa. La disciplina de España era algo vária en este particular, y algunos prelados de Castilla sostenían que el Concilio nacional podía dispensar en este punto. Al poner entredicho en los Estados de Leon, varios obispos de Castilla se opusieron á este castigo, llegando casi á promoverse un cisma. La prudencia de Doña Berenguela hizo que se terminase felizmente, retirándose ella á Castilla, y la castidad y prudencia de San Fernando libraron á aquel país de este azote durante su reinado.

«No así D. Jaime I, que no poseyendo la castidad de San Fernando, se vió por este motivo mas de una vez expuesto á los tiros de la Santa Sede, y así como D. Alfonso IX de Leon se vió separado por dos veces de dos esposas venerables por sus virtudes y santidad, lo mismo sucedió á D. Jaime. Habían casado á éste con Doña Leonor de Castilla, siendo todavía niño, y por motivos políticos: desavenidos los esposos entre sí, vieron satisfechos sus votos cuando el concilio de Tarazona (1229) declaró su nulidad, cuya sentencia confirmó Gregorio IX. D. Jaime casó en segundas nupcias con Doña Teresa, princesa de Hungría, hermana de la reina Gil de Vidaura, á la cual quiso repudiar despues para casar con Doña Berenguela Alfonso de Leon. Acudió Doña Teresa á pedir justicia contra el Rey, y éste fué condenado á continuar en el matrimonio: apeló el rey á Roma, pero la muerte de D. Jaime previno su sentencia, y Doña Teresa, retirada al monasterio de la Zaydia, en Valencia, vivió allí con opinion de santidad.

«El casamiento de D. Jaime con Doña Teresa de Vidaura, recuerda el atentado del rey con el obispo de Gerona, á quien hizo cortar la lengua (1245) por sospechas de haber revelado al Papa lo que le habia descubierto bajo secreto de confesion, acerca de su matrimonio. Pero está demostrado ya que el matrimonio de Doña Teresa ninguna relacion tuvo con aquel atentado, sino que fué mas bien por creer el rey que el obispo habia revelado el proyecto de dividir su reino, en perjuicio del primogénito D. Alfonso. Llamábase el confesor Fray Berenguer de Castalbibal, y era del Orden de Predicadores. El rey tenia además algunos otros resentimientos contra él por causas políticas, según alegó al Papa, cuando pidió la absolucion del delito y la confirmacion del destierro del obispo. Inocencio IV, á pesar de su parentesco con D. Jaime, por ser descendiente de los Condes de Barcelona, se negó á conceder una y otra, y antes bien dirigió al rey una carta llena de prudencia y energía, exhortándole á penitencia, como la hizo públicamente aquel monarca, á satisfaccion de Fr. Desiderio, penitenciario del Papa.

«No fueron estas discordias matrimoniales los únicos negocios de este género que hubieron de zanjar los papas del siglo XIII en España. Urbano IV (1263) concedió dispensa de parentesco, á fin de contraer matrimonio, al infante D. Fernando, con Doña Blanca, hija de San Luis, y en el mismo año delegó al obispo de Barcelona para que entendiése en la apelacion del divorcio del conde de Urgel. Gregorio X concedió á D. Enrique, hermano de D. Teobaldo de Navarra (1266), dispensa para casarse con cualquiera parienta en cuarto grado, exceptuando los descendientes del conde de Leycester y sus partidarios.

«Todavía en aquel mismo siglo, el papa Martino IV hubo de sostener la causa de la moral pública y privada, reconviniendo á Don Sancho el Bravo, (1283) por haberse levantado contra su padre D. Alfonso el Sabio, y mandándole separarse de su esposa Doña María, cuyo parentesco no se habia dispensado, llegando el caso de poner por este motivo entredicho en su reino.» (Vicente de La Fuente, *Historia eclesiástica de España*, tom. II, pág. 312 y siguientes.)

Estos antecedentes históricos explican, por un lado, la demora puesta por Roma á la dispensa del parentesco para la validez del matrimonio de D. Sancho y Doña María, y por otro, la menor importancia que iba dándose, por efecto de reiterados ejemplos, á esos enlaces, antes efectuados que solicitados, de los príncipes. Y no será inoportuno añadir en el presente caso que, según el Breve Pontificio dirigido á la reina Doña María por el papa Bonifacio VIII, no solamente la dispensa se requería en este caso por el parentesco con arreglo al derecho civil, sino tambien por el grado de parentesco contraído por derecho canónico. Así lo refiere el P. Florez, con referencia al citado Breve, en estos términos:

«Fuera de matrimonio tuvo el Rey D. Sancho algunos hijos, sin que expliquen los autores el nombre de las madres. Una lo tiene muy auténtico en el Breve Pontificio en que Bonifacio VIII legitimó los hijos de nuestra reina, donde consta se llamaba *Doña María Alfonso de Ucero*, tan ilustre, que se hallaba en tercer grado de consanguinidad con la Reina Doña María. Consta tambien que la Reina sacó de pila á la hija que el Rey tuvo en Doña María Alfonso de Ucero antes de casarse los reyes, y era nuevo impedimento para el matrimonio, por lo que el Papa expresó todas las referidas circunstancias.»

Y transcribe en confirmacion las siguientes palabras del Breve Pontificio:

Idem Sancius cognoverat carnaliter Mariam Alfonsi de Ucero, tibi tertio gradu consanguinitatis conjunctam; quorum etiam Sancii et Mariæ Alfonsi filiam quandam tu de sacro fonte levaveras. (Florez: *Memorias de las reinas católicas*.)

trono con título de mejor derecho, fué la dispensa recibida de Roma un rudo golpe que desconcertó sus miras ambiciosas. Para conservar algun prestigio, diéronse pues á propalar la calumniosa especie de que las Letras venidas de Roma eran falsas. Mas hubo de salir mal la estratagema; ni era posible que produjese efectos de alguna duracion.

Así fué que poniendo todos sus intentos en atraerse la buena voluntad de D. Fernando, en cuyo nombre y tutela era Doña Maria la Gobernadora del reino, pensaron los ambiciosos émulos sacar de esta suerte mas ventajoso partido. Mas, no fué ya la voluntad del jóven monarca lo que bastaba á sus intentos, sino que buscaron medio de apoderarse de su persona, como mejor prenda de la seguridad de su voluntad. La perfidia y la casualidad favorecieron sus intentos.

El inquieto infante D. Juan, avenido con D. Juan Nuñez de Lara, halló medio de ganar con dinero á un criado del Rey, para que le moviese en oportunas conversaciones á desear honestos recreos como el de la caza. Ya fuese que Doña Maria no quedase advertida de semejantes intentos, ya fuese que no sospechase de ellos, « incauta en lo que su bondad no recelaba mal, convino en que por cuatro dias fuese con D. Juan Nuñez á la caza. »

Y coincidió en aquellos dias la urgencia de pasar Doña Maria á Vitoria para ajustar algun convenio sobre limites con Francia, ocasion oportunísima que aprovecharon los nuevos y ambiciosos consejeros del jóven rey. Poco hubiera sido despertar prematuramente su ambicion para que se ciñese la corona: esto no podia en el fondo ser desagradable á la madre que se desvivía por conservar acrecentados los reinos reservados para su hijo. En el pecho generoso de Doña Maria no alentaba la ambicion de Gobernadora sino la ambicion de madre; no le movia el interés político del que conquista y conserva para sí, sino el cariño maternal que se afana en interés del hijo.

Tanta grandeza de ánimo no tenia imitadores en sus rivales, quienes, apelando á viles y deshonorosas seducciones, halagaron al jóven rey, diciéndole que ya estaba en años para no ser esclavo de voluntad ajena; que viese como siendo él señor de todo, vivia en la pobreza

por codicia de su madre, y no se divertia, ni brillaba en fiestas, reservándose para sí Doña María la riqueza, el esplendor y la magnificencia. Menos que todo esto se necesitaba para ganar el corazón de un joven inexperto y apartado de consejeros leales: sin embargo la ruindad de los calumniadores llegó á mas increíble extremo. Fingieron que el viage de la Reina á Vitoria, era con diverso intento del que se habia dado á conocer; y con apariencias de misterioso y trascendental descubrimiento mintieron á D. Fernando, que su madre traia muy adelantado el proyecto de casar á su hija Doña Isabel con el Infante D. Alfonso de la Cerda, y darle los reinos que pertenecian al joven monarca.

Estos y otros análogos ardides sirvieron para alucinar y engañar al incauto joven que, cediendo á la irreflexion propia de su edad, dejóse internar por tierras de Leon y Extremadura. Divertíase cazando; pero ya sus nuevos consejeros habian hallado medio de ocuparle en cosas de mas provecho para ellos, aunque consideradas atentamente eran mas perjudiciales al joven príncipe, que todos cuantos daños le habian hecho hasta entonces las ambiciones de pérfidos y desleales.

El Rey de Portugal, ya probado en otras infidelidades, apresuróse con miras de codicia, á fingir buen celo por el Rey Fernando, y á procurar el pronto y concertado enlace con Doña Constanza. El de Portugal no tenia en esto solamente el interés de padre: bien pudiera en este caso habersele disculpado el deseo de ver á su hija sentada cuanto antes en el trono de Castilla; mas ganando en su favor al Infante D. Juan y al de Lara, queria librarse de dar las villas y lugares convenidos con Doña María al ajustarse los matrimonios de que antes hemos hecho reseña.

Con estas disposiciones y precedentes vino el mes de enero del año 1302, época en que se verificó el matrimonio de D. Fernando, IV de este nombre, y Doña Constanza. La Reina Gobernadora, que bien podia y debia tenerse por tal, cuidó de intervenir mas ó menos indirectamente en las negociaciones con el portugués para que entregase los territorios convenidos; pero los esfuerzos de Doña María sirvieron

solamente para mostrar una vez mas que no obedecía sino á nobles y levantadas miras, pues así se interesaba por su hijo aun despues de haberse emancipado este de su obediencia. La historia no dice cuál fué el premio obtenido por los consejeros del rey Fernando, en recompensa de la no escasa ventaja que procuraron al de Portugal.

Doña María, nada afanosa para sí, no sintió que su hijo se hubiese adelantado á ceñir la corona; y no seria inverosímil presumir que intervinieron los consejos de la madre para que próximamente, ó sea en el mes de febrero del propio año, el Infante D. Enrique hiciese renuncia del cargo de tutor que ejercia ¹.

Por lo que hace á Doña María, ni antes ni despues envidiosa del título de Reina ², dejó expedito á su hijo D. Fernando el gobierno de los reinos.

Mas, ¿cómo recibieron los pueblos esta súbita y prematura mudanza sobrevenida en el gobierno de los mismos? Prenda del buen lugar que Doña María se habia hecho en la consideracion y en el respeto de sus súbditos, fué la indecision que se advirtió al convocarse Cortes en Medina del Campo. En nombre del Rey fueron convocadas, y sin embargo los pueblos se resistian á concurrir á ellas sin mediar orden de la Reina madre ³.

¹ *Era MCCCXL (año 1302) contraxit Rex Dñs. Fernandus in Valleleti cum Regina Dña. Constantia, filia Regis Portugalice, in mense Jan. Eadem Era dimisit Tutoriam Infans Dñs. Henricus in mense Febr. (Crónica de D. Juan Manuel.)*

Véase la nota número 2 que hemos púesto en la página 110; y adviértase que el Infante D. Enrique no dimitió el cargo de Tutor, sin que el Rey le entregase antes ciertos lugares, segun refiere la *Crónica de D. Fernando IV.*

* Varios son los testimonios que pueden aducirse para demostrar que Doña Constanza, niña aun, comenzó á usar el título de Reina, sin que Doña María hiciese á ello oposicion alguna. En un Privilegio otorgado por D. Fernando en 1299, y citado por el Padre Berganza, dice que reinaba con su muger la Reina Doña Constanza, y que le otorgaba con aprobacion de Doña María su madre, y del Infante D. Enrique su tutor y su tio. En otro Privilegio que cita Vidania, y que fué otorgado en Valladolid á siete de Mayo del año 1300, dice tambien que reinaba con Doña Constanza. Consta asimismo de un privilegio de los fueros de Cáceres. Posteriormente á su matrimonio, no conocemos documento alguno en el que Doña María pretendiese intervencion como Reina. En un Privilegio y Carta ejecutoria otorgada en 1305 por D. Fernando IV á favor del Real Monasterio de las Huelgas de Búrgos, firma solo el rey. En otro documento otorgado todavia con alguna anterioridad al precitado, confirmando los privilegios concedidos al monasterio de Santa María de Arvas, firma el rey D. Fernando *regnante en uno con la Reina Doña Constanza, mi muger*. Y pudiéramos citar otros varios documentos, así de privilegios como de donaciones, en ninguno de los cuales interviene ya Doña María como Reina ni como Gobernadora, y es prueba de que no ambicionó conservar el gobierno, ya por confirmarlo los hechos en que intervino, ya por no haber derogado ni invalidado ninguno de los actos de su hijo, aun cuando tuvo ocasion de hacerlo mas adelante.

³ «Los mas de los concejos de las tierras embiaron á decir á la reina que si ella non lo mandasse, que non vernian á estas cortes.» *Crónica de D. Fernando IV, cap. XVII.*

Mas significativa es todavía la resolución tomada por los de Medina, ofreciéndose á no admitir al Rey ni á los que le acompañaban, si así le placía á la Reina Gobernadora; «porque estaban ya asegurados del bien que la Reina solicitaba para todos, y de los perjuicios que podian causar los malos lados del Rey, de quienes habian ya experimentado muchos daños.»

Pero superior á las almas vulgares, Doña María puso toda su atención en el mayor bien de los pueblos; olvidó los desaires propios, y pensó únicamente en el prestigio de su hijo; supo desechar tentaciones de ambicion y de mando, é hizo por su parte que los pueblos acatasen la Real convocatoria, enviando á las Cortes los procuradores de las villas.

Y sospechando muy acertadamente el jóven Rey cuanto le importaba la presencia de su madre en esas Cortes, que por inesperada suerte y por autoridad propia convocaba, puso singular empeño en vencer la obstinada resistencia de Doña María, quien por último accedió, trasladándose á Medina.

Sin la prudencia y ejemplar abnegacion de la madre, no le saliera en bien al monarca la convocacion de esas Cortes. Los diputados estaban decididos en favor de Doña María; llevaban á mal la perniciosa influencia de los nuevos y por tantas veces desleales consejeros de D. Fernando; y renovaron el ofrecimiento de salirse de Medina, y concurrir á donde la Reina Gobernadora dispusiese. Cualquiera otra muger, aun cuando fuese dotada de cualidades no comunes, habria aceptado el ofrecimiento: bien lo merecian las malas artes de los émulos que para ponerla mal con el Rey y hacerla desmerecer en el público concepto, propalaban calumniosas especies, y entre ellas, la de que deseaba prevalerse de su prestigio para poner el cetro en manos del Infante D. Alfonso de la Cerda. «La gran Señora, superior á las ingratitudes, y firme en asegurar al hijo la Corona, procuró apaciguarlos, disculpando la poca edad del Rey, y certificando á los que la movian á tomar otro partido, que jamás se apartaria de los intereses de su hijo, porque eso seria, á más de malograr lo mucho

que por él habia padecido, dar mal ejemplo al mundo, poniendo borron en sus procedimientos, y que estaba resuelta á padecer por el Rey aquello y mucho mas que maquinasen contra ella, antes que degenerar en la cosa mas mínima ¹.»

Estábanle reservadas á la magnánima Señora, otras pruebas que, por no referirse á cosas de Gobierno ni á razones de Estado, habian de poner en duro trance, sin causarle empero mella, la reputacion de Doña María. La calumnia de sus enemigos, triunfantes en los consejos del Rey, fué á herirla en lo mas vivo, en lo mas delicado, en lo mas respetable y sagrado, en lo que nunca pudo sospechar que estuviese á los alcances de la maledicencia, y mucho menos habiendo menester la aquiescencia de su hijo para formularse en acusacion.

Sugestiones ruines consiguieron que D. Fernando tuviese valor para proponer á su madre que la Infanta Doña Isabel pasase al cuidado de la reina Doña Constanza. Y aun esto, por ofensivo que fuese, hubiera podido ser llevadero, sino anduviera acompañado de la encubierta, pero al fin hecha, indicacion de preguntar, en son de insultante sospecha, por el paradero de las alhajas de su padre, D. Sancho el *Bravo*. Bastóle á Doña María llamar á su camarera Doña María Sanchez, para que trajese y entregase al Rey, no solamente las alhajas pedidas, sino tambien las que pertenecian en particular á la ofendida Reina y tan sin acierto insultada madre.

Bien se alcanza la confusion en que hubo de quedar el hijo; mas no se curó por esto de la debilidad vergonzosa á que sus consejeros le inducian. Estaba puesto el empeño en arrebatár voluntades á Doña María, y sus émulos no repararon ya en el modo de tomar en lenguas su nombre respetado, y de pasear la venenosa calumnia por su reputacion intachable.

Malévolas insinuaciones hicieron entrar al Rey en sospechas de que la administracion de sus Estados por su madre no habia sido tan desinteresada, como convenia á la honra de la celosa Gobernadora.

¹ Florez: *Memorias de las Reinas católicas*.

Sin embargo, era tan delicada y tan grave la acusacion, que al formularla los émulos de Doña María, diéronse trazas en guardar algun lugar á los reparos que podia oponer el hijo. Previniéronlos; y para no obligarle á tan ruda y directa embestida contra la reputacion de su madre, mostráronle modo de no ofenderla sin razon, y le aconsejaron que llamase al abad de Santander, canceller de la Reina, y le requiriese para la presentacion de libros y rendicion de cuentas.

«Así se hizo, dice Florez: y hallando que habia recibido mas de lo que ellos juzgaban, les pareció que ya habian vencido: pero viendo despues los gastos hechos en legitimos servicios de la Corona, alcanzó el gasto al recibo en mas de dos millones ¹ que la Reina para bien de su hijo habia recogido de hombres ricos, y del valor de sus alhajas, sacrificadas en pública utilidad: de suerte que dando la envidia en vano, brillaba la justificacion y la gloria de la Reina; y cuando no podian deslucirla, torcian la intencion, diciendo que si algo hacia bueno, no era por amor del Rey, sino por ella misma.»

Y á la verdad, tan agena de malversaciones habia sido la administracion, tan sin acierto tachada, como que Doña María, para los gastos y las atenciones de la guerra, habia vendido todas sus alhajas, sin quedarle sino un vaso de plata para beber, y sin reparar en que se ponía á sí propia en la modesta condicion de comer en escudillas de barro ².

Hasta aquí la contristada madre pudo sobrellevar tan impensadas contrariedades, ahogando en su pecho generoso los naturales resentimientos. Dificil, por lo rara, era semejante victoria; que mas terribles y expuestos á fácil riesgo son para el corazon humano los estímulos de la propia naturaleza, que los incentivos agenos. Sin embargo, el alma de Doña María estaba acostumbrada á sacrificios de esta índole,

¹ Dos millones de maravedises son seiscientos sesenta y seis mil seiscientos sesenta y seis y dos tercios de reales de plata de aquel tiempo, á tres maravedises cada uno; que por un cálculo prudencial corresponden al valor de la moneda de hoy á mas de tres millones de reales vellon.

² «Y tan grandes acucias pusiera en poner recaudo en hecho de la reina, que todos quantos dones y oro y plata ella ienia, todo lo vendió para mantener la guerra, assi que non fincó con ella mas de un vaso de plata con que bebia, y comia en escudillas de barro.» *Crónica de D. Fernando IV*, cap. XVII.

y no supo corresponder sino con nuevos beneficios á las ingratitudes del hijo.

Pero los acontecimientos tomaron diferente curso. Los consejeros del Rey, á quien, si por mozo podia habérsele disculpado una debilidad, no merecian dispensársele las debilidades continuadas en tan prolongada série, hallaron ocasion de inducirle á formar causa comun en daño de la Reina madre, del Infante D. Enrique, y demás que estuviesen con ella. Doña María hubiera podido ahogar este nuevo disgusto; pero se trataba ya de un acto político de trascendencia que podia comprometer á su hijo y causar graves daños en el reino.

El interés propio aconsejó á D. Enrique enderezar una liga en daño de otra, formando causa comun con Doña María, D. Diego de Haro y los que con la madre estaban. Los móviles de semejante conducta, si antes podian ser innobles, eran irrecusables en cuanto se hubo declarado la liga ofensiva del Rey y de sus consejeros; mas no por esto merecieron aprobacion de parte de Doña María. Con todo no le era licito desairar por completo al Infante D. Enrique, quien se bastaba á sí propio para hacer graves daños al impopular partido del monarca.

En esta, como en otras circunstancias, no hubo en el corazon de la madre, lucha alguna de sentimientos menos generosos y nobles; su corazon no vacilaba en lo que se referia á la grandeza del alma; ni por un momento dejó de estar resuelta á procurar solamente lo mas ventajoso para el olvidadizo é ingrato hijo. Inútiles fueron las instancias del Infante D. Enrique; ocioso el recuerdo de las singulares ingratitudes del monarca, bien y fundadamente narradas y comentadas por el Infante; estéril la amenaza que hizo D. Enrique, de ser contra la madre, si la madre no se unia con él en daño del hijo.

La situacion era grave y verdaderamente extrema: ni habia medio de traer á razones de contemplacion y olvido á D. Enrique, pues su pretension tenia asomo de defensa justa, ni por otra parte era prudente alejarle con un desaire, porque levantada en armas esta nueva complicacion, hacia mas difícil la avenencia. Para evitar el rompi-

miento de nuevas hostilidades, Doña María juzgó pues que seria mejor camino tener á su lado al Infante D. Enrique, si bien para conseguirlo era indispensable acceder á una liga contra el Rey. Y moviendo con habilidad poderosos resortes, y sabiendo por experiencia propia cuanto podian las razones de interés en los acuerdos del Infante D. Enrique, propúsole pedir al Rey la mayordomía de palacio. Acaso le halagó con la esperanza de tener en una negativa nuevos motivos de resentimiento; mas como por otra parte no dejó sin duda de hacer presentes á su hijo graves consideraciones, la mayordomia fué otorgada, indemnizándose debidamente á D. Juan Nuñez que la obtenia.

Pareció sosegarse la movida tormenta; y decimos que lo pareció, porque al breve tiempo volvieron á estallar los disgustos de D. Enrique, y sea por moverle nuevas razones, sea por haber madurado mejor la grandeza del agravio inferido á su persona por la liga del Rey y sus consejeros, instó á Doña María para llevar á término sus anteriores propósitos. Debió de ser muy urgente el caso de atenderle; cuando la prudente Señora se concertó con él. Fué sin embargo la primera condicion convenida, que si el Rey quisiese quitar al Infante una parte de sus Estados, debia ante todo el Infante hacerle presente su derecho, y no siendo oido ni atendido, se apartase de su servicio en el modo correspondiente al Señor natural.

Bien se colige de esta condicion, que Doña María trataba solamente de contener al inquieto D. Enrique, con esperanza de aprovechar una circunstancia propicia para acallar resentimientos y concordar la paz en medio de tanto desconcierto y desavenencia. Y véase por donde se descubren, asi en las grandes cosas como en las pequeñas, las altas cualidades de magnanimidad y talento que resplandecieron en Doña María. La Providencia favoreció sus intentos. Hubo por entonces en Valladolid, en donde estaba la Reina, una, no usada, concurrencia de *Ricos-omes* de Castilla y de Leon, ora fuesen atraidos simultáneamente por casualidad, ora, segun parece mas verosímil, acudiesen á pedir consejo á Doña María de lo que importaba obrar en las inminentes turbulencias. Bien quista y respetada, como era la Reina, se

comprende que los testigos de su prudencia y de su habilidad en el gobierno de los pueblos buscasen su parecer en la extraña y amenazada contienda de un hijo, mozo todavía, y mas que mozo, mal aconsejado é inexperto, con una madre á quien era deudor de la conservacion de sus Estados.

Receloso de la concurrencia de Ricos-hombres en Valladolid, acudió el Rey á visitar á su madre, con ánimo sin duda de prevenir y estorbar intentos desfavorables á su persona. Doña María no reparó sino en la necesidad de atraer al hijo con buenas razones y sólidos argumentos; recordóle los contratiempos y el continuo desasosiego en que habia andado para bien suyo y de los pueblos; mostróle, con mas veras de sentimiento que apariencias de cargo, la ingratitud que malos consejos imponian á su inexperiencia; dióle á comprender lo que todo esto desfavorecia á sus propios intereses de los que habia de ser guardador; y tanto supo insinuarse, que el Rey hubo de darle las gracias, y aun se inclinaba á seguirla.

Mas una vez apoderados de la persona del Rey, sus pérfidos consejeros procuraron una entrevista que D. Fernando y Doña Constanza habian de tener con los padres de esta en Badajoz. Con esto se desvaneció el propósito que habia hecho el Rey, al salir de Valladolid, de volver al lado de su madre, cuerda conducta que habia servido de mucho para aquietar los ánimos. El Infante D. Enrique dióse por enojado de que el Rey no tratase de volver al lado de Doña María; y persuadido ya de que no eran de cifrar buenas esperanzas en los consejos de las personas á quienes el monarca pareció haberse entregado definitivamente, resolvió poner en obra sus primitivos intentos, de los que, no sin gran motivo, estaba Doña María muy recelosa y alarmada.

Propúsole unas condiciones que por ser dañosas á los intereses del hijo, no pudo la siempre bondadosa madre aceptarlas; y teniéndose por desobligado de consideraciones y deferencias, el Infante D. Enrique unióse, y ya se dejan adivinar los designios de esta alianza, con el Infante D. Alfonso de la Cerda que se titulaba Rey de Castilla; y

añadiéndose á ellos D. Diego de Haro y D. Juan Manuel, pasaron á concertarse con el Rey de Aragon. Triste contemplaba Doña María estos sucesos, sin que por su parte hallase medio de ponerles embara-
razo; y no lo hallara ciertamente, si la muerte del Infante D. Enrique no hubiese venido á poner estorbo á la proyectada guerra, y á facilitar una trascendental avenencia ¹.

Muerto el Infante, aun hubo merced de la generosa Reina que pronta siempre á olvidar agravios y á no recordar resentimientos acudió al decoro que faltaba al entierro de personage tan principal. Dió un precioso paño con que cubrir el féretro; convocó al funeral á todo el clero y pueblo de Valladolid; costeó gran profusion de luces, «y ella misma con su hija la Infanta Doña Isabel, hizo el llanto en aquel dia, y las honras despues de los cuarenta ².»

Y como el Infante D. Enrique no dejó sucesion, volvieron, por diligencia de Doña María, al dominio de la Corona las villas y plazas que aquel poseia, esceptuada Ecija que volvió á poder de la Reina, por ser suya y haberla dado al Infante para atender al mejor servicio del Rey, su hijo. Con estas adquisiciones hechas por D. Fernando, logróse alguna quietud, y pudo tratarse de zanjar amistosamente las diferencias y los pleitos con el rey de Aragon: al efecto se sometieron las cuestiones al juicio de árbitros, siendo designados, el Infante D. Juan por parte de Castilla, el obispo de Zaragoza por la de Aragon, y el rey D. Dionis de Portugal para dirimir como tercero.

Las conferencias preliminares se verificaron en Campillo; y viendo que eran encaminadas á buen resultado, se convino en una entrevista

¹ Andan los autores en pareceres encontrados sobre la época en que ocurrió la muerte del Infante D. Enrique. *La Crónica de D. Juan Manuel* la pone en agosto de 1303, mientras que *La Crónica de D. Fernando IV* la supone en 1304. Ignoramos con que motivo D. Modesto Lafuente la consigna en 1305, si ya no es errata de imprenta el haber puesto el 5 en lugar de 3. Opinamos con el P. Florez que la verdadera fecha es la de 1303, pues en 1304 se verificó la avenencia entre los reyes de Castilla, Aragon y Portugal, avenencia facilitada por la muerte del citado Infante.

² El P. Florez de quien tomamos estas palabras intercomadas, dá á entender el abandono y nada pomposo descuido con que se correspondia en muerte al precitado Infante que murió «teniendo ya la edad de setenta y tres años á lo menos: en que tuvo una vida poco sosegada, y mandó ser enterrado en San Fancisco de Valladolid, donde le llevaron sin el dolor y luto correspondiente: pues ni cortaron las colas de los caballos, (como era costumbre de los Hijos Dalgo, cuando perdian á su Señor), ni le acompañaron sino muy pocos: ni llevaron luces, ni tenia paño de oro el ataúd. En esto paró aquel gran Potentado que tanto se desveló por adquirir.» (*Memorias de las reinas católicas*).

de los reyes interesados, que hubo lugar en Agreda y en el mes de agosto de 1304 ¹. A la entrevista habian de acudir los reyes de Aragon, Castilla y Portugal con las respectivas reinas sus esposas; pero Doña María, atenta siempre á prevenir el daño que podia resultarle á su hijo, y desconfiando de la imparcialidad de los reyes de Portugal y Aragon en el asunto, acordó trasladarse á Agreda.

Reyes y reinas estuvieron muy atentos con Doña María que les correspondió con fineza. Al tercer dia se trasladaron todos á Tarazona, en donde se dejaron arregladas definitivamente todas las diferencias que se tenian en litigio ².

Y ya que en este arreglo se trató de la guerra que habia de moverse á los moros, bien será que fijemos alguna atencion en el natural enemigo que los reinos de Castilla y Leon tuvieron en el Rey moro de Granada. Tal copia de revueltas intestinas traian inquietos esos reinos, que nos ha sobrado con ellas para admirar la actividad, la perspicacia y el celo de Doña María en apaciguarlas.

Mal pudo pues ocupar su atencion, tan distraida en cosas mas cercanas, ni sus recursos, exigidos siempre por ellas con urgencia, en impedir las correrias del rey Mohammed II de Granada que se habia adelantado hasta Jaen y Baena. O por ser menos venturoso en sus empresas, ó por otras causas que no es ocasion de investigar, Mohammed III, que sucedió á su padre en 1302, acordó poner término á la guerra, y propuso á D. Fernando IV, rey de Castilla, hacer paces. Obró en este punto el hijo de Doña María sin consultar á su madre;

¹ Con respecto á la fecha de esta entrevista, tenemos la autortdad de la *Crónica de D. Juan Manuel* transcrita por el P. Florez en estos términos:

Era MCCCXLII (an. 1304) viderunt se Rex Castellæ et Rex Aragonum, et Rex Portugalie in Agreda et in Tarazona, in mense Augusti.

² En virtud de este convenio, el hijo primogénito de D. Fernando de la Cerda cedió todos sus derechos á la corona de Castilla, recibiendo en cambio varios Estados, no juntos, sino en tierras separadas, como Alba de Tormes, Bejar, Valdecorneja, Manzanares, Gibráleon, Algava, la Puebla de Sarria, Lemos, y otras posesiones. Con motivo de esta cesion, D. Alfonso de la Cerda, de quien desciende la casa de Medinaceli, fué llamado el *Desheredado*; y tan absoluta hubo de ser la renuncia, como que se le privó de usar las Armas Reales acuarteladas.

Por su parte el Rey de Aragon entregó al de Castilla el reino de Murcia, reservándose Orihuela, Alicante, y algunas villas y Castillos. Conciertóse además el matrimonio, que no llegó á verificarse, de la Infanta Doña Leonor de Castilla, con el Infante D. Jaime, primogénito del de Aragon. Mejor suerte cupo, segun veremos luego, al pacto de alianza para contrarestar al Rey moro de Granada.

y dando oídos á los consejeros á quienes estaba entregado, convino en las desventajosas condiciones de ceder al rey de Granada las plazas por éste conquistadas, hecha escepcion de Tarifa.

Pero al poco tiempo vemos que ya se introdujo alguna mudanza en estas ideas; y de las conferencias previas habidas en Campillo, y de la entrevista de los reyes verificada en Agreda con asistencia de Doña María, salió el propósito de mover guerra contra el de Granada. El papa Clemente V concedió para esta guerra el tercio de las rentas eclesiásticas por espacio de tres años, haciéndose al propio tiempo la publicacion de Cruzada.

Pero una vez mas el carácter levantisco del Infante D. Juan y de algunos señores castellanos estorbó tan loable empresa. Doña María hubo de fatigarse nuevamente en poner paz entre el Infante D. Juan, D. Diego de Haro, y D. Juan Nuñez de Lara, cuyas disensiones no parecia que hubiesen de tener término. Siempre olvidando recibidos agravios, Doña María no puso atencion sino en la conveniencia de su hijo y de sus Estados, y «con entrañas de madre, trabajó por el bien de todos, àtropellando su salud, en diversos viages á que se sacrificaba, sin embargo de hallarse quebrantada, débil y flaca. Su grande arte, su discrecion, y gracia natural logró reconciliarlos á todos en el modo posible, esto es, conteniendo los perjuicios del dia, pero no asegurando voluntades, porque eran aquellos señores tan vidriados, tan fáciles de mover, tan arrogantes que fastidia la inquietud continua en que vivian y hacian vivir á los demás ¹.»

Y tan feliz estuvo Doña María en sus pacientísimos esfuerzos, que no solamente puso fin á las contiendas intestinas, sino que logró aunar todas las voluntades y las fuerzas todas, para que en 1308, despues de reunirse cortes en Valladolid y luego en Madrid, á fin de votar subsidios que fueron otorgados con largueza, se emprendiese simultáneamente por las fuerzas de Castilla y Aragon coligadas la guerra contra el de Granada.

Con próspera suerte comenzóse la empresa; pero aun allí, en nada obstante la presencia de un enemigo comun, y lo comprometido de la lucha, retoñaron las desavenencias movidas por los señores castellanos. Tenia el de Castilla puesto un porfiado sitio á la plaza de Algeciras; y como si no fuesen bastante contratiempo las lluvias, escasez de víveres, y las enfermedades que sobrevinieron, añadióseles la versatilidad del Infante D. Juan que desamparó el cerco, arrastrando en su resolución á mas de quinientos caballeros, entre ellos el Infante Don Juan Manuel.

Esta guerra, comenzada con tan prósperos auspicios y con propósito de qué fuese larga y empeñada, hubo de resolverse por medio de una transaccion, no muy ventajosa por cierto, con el de Granada. Y no sin motivo hemos apuntado la especie de que la guerra habia de ser empeñada y larga, puesto que, antes de emprenderla, el Rey Don Fernando proveyó al mejor gobierno de sus pueblos, entregando el sello Real á Doña María y confiriéndole el despacho de los negocios.

Ya por último el Rey D. Fernando se dió por escarmentado del continuo desasosiego en que las discordias intestinas le traian; y desahogando su pecho con su privado D. Juan Nuñez de Lara ¹, al tiempo de ir á Búrgos para celebrar las bodas de la Infanta Doña Isabel con el duque de Bretaña, parece haberle manifestado su propósito de deshacerse de su tío, el por demás turbulento Infante D. Juan. O por haberse divulgado la especie, ó por traducirse ella en algunos hechos de sospechosa apariencia, ello fué que el versátil Infante se resistió á entrar en Búrgos, si no le daba seguridades Doña María, que ya era con toda verdad el ángel tutelar de amigos y contrarios. Dióle la Reina las pedidas seguridades, y el Infante entró en Búrgos.

Pero estaba tan mudado el ánimo del Rey con respecto al que habia sido su primer consejero, y tan desesperanzado de paz y de quietud le tenia el carácter inquieto de su tío, que dió orden de prenderle y darle muerte. Sintiólo, como ya se deja entender, la Reina

¹ D. Juan Nuñez de Lara acababa de suceder en la privanza del Rey á D. Diego Lopez de Haro, que recientemente habia muerto. La codicia de ocupar los lugares que éste dejaba en Vizcaya, movió en gran parte la nueva insubordinacion del Infante D. Juan.

madre por la palabra que habia dado al Infante de que no temiese por su persona en Búrgos; y poniendo en obra su mediacion con el Rey, quien sin duda habia aprendido por experiencia á tener en mas los consejos de su prudente y cariñosa madre, obtuvo encargo de arreglar por sí propia el conflicto. Por el pronto Doña María previno al Infante que saliese de la ciudad, como así lo hizo; aunque dándose aires de resentido y agraviado.

Indispuestos y enconados los ánimos, iba el Rey en seguimiento del Infante, y éste por su parte allegaba parciales; y si mas adelante pudo venirse á una composicion, tambien ésta fué debida á los buenos oficios de Doña María. Sin que por esto quedasen completamente aquietados los reinos ni apaciguados los ánimos, pudo empero pensarse en emprender con cierta holgura la interrumpida guerra contra el Rey de Granada.

Habian transcurrido en estos sucesos tres años cumplidos, de suerte que á principios del año 1312 reuniéronse en Valladolid las cortes á las que pidió el Rey subsidios para la guerra mencionada. Con próspera fortuna habian comenzado sus operaciones, cuando un acontecimiento, en el que nadie podia haber fijado su prevision, sumió á los reinos de Castilla en un nuevo caos de disturbios y contratiempos. A los siete de setiembre de 1312 murió en Martos el Rey Don Fernando IV ¹, siendo todavia muy jóven, y, dejando para ocupar el

¹ En la muerte de este monarca ocurrió una muy particular circunstancia que es merecedora de mencion. Segun cuentan cronistas y han transcrito historiadores, estando el Rey en Palencia, y al salir del palacio Real, un caballero, llamado D. Juan de Benavides, fué acometido de noche y asesinado por dos hombres. Sintióse mucho de esta desgracia el rey D. Fernando, pues estimaba con todas veras al caballero Benavides. Prueba de que no la habia olvidado, y de que tenia puesto empeño en castigarla, fué lo ocurrido en Martos. En tanto que el ejército castellano, mandado por el Infante D. Pedro, habia puesto sitio á la plaza de Alcaudete, el Rey D. Fernando, despues de recorridos varios pueblos de Leon y de Castilla, se dirigia por Jaen á la plaza sitiada, y al llegar á Martos, encontró allí á dos caballeros hermanos, D. Pedro y D. Juan de Carvajal, de quienes se decia ó se sospechaba ser los autores del asesinato del de Benavides. Negáronlo con insistencia los hermanos Carvajal, y aun se dice si fueron retados á defenderse en duelo para sacar limpia su honra y clara su inocencia. Parece sin embargo que el Rey no quiso aguardar á esas pruebas, ni á forma alguna de proceso, y mandó dar muerte á los dos citados hermanos. «Mandólos despeñar de la peña de Martos,» dice la *Crónica*; otros suponen que los mandó arrojar de las almenas del castillo. Sea de esto lo que fuere, parece indudable que los hermanos Carvajal, al tiempo de morir, «viendo que los mataban con tuerto,» emplazaron al Rey para que compareciese con ellos á juicio ante el tribunal de Dios dentro de treinta dias. Consumada la ejecucion, el Rey, nada cuidadoso del emplazamiento, se fué al campo de Alcaudete, donde á los pocos dias le sobrevino una dolencia, que hizo necesaria su traslación á Jaen. Aseguran algunos cronistas que el Rey estaba en plena convalecencia, cuando un dia despues de comer, se fué á dormir, y al entrar á despertarle, encontráronle muerto. Ese dia era el 7 de setiembre de 1312, y se cumplia el plazo de treinta dias señalado por los hermanos Carvajal. De aquí le viene á D. Fernando IV el título de *Emplazado* con que

trono de Castilla á su hijo Alfonso, niño de poco mas de un año de edad¹.

Una nueva minoría, tan á raiz de otra apenas terminada, hubiera sido una verdadera calamidad, si la Providencia no hubiese dispuesto poner por este medio mas á prueba y de relieve toda la grandeza de la tan atareada Doña Maria. Vivía aun esta cariñosa madre de los castellanos; y si hubo de hacerse admirar como Reina madre de Don Fernando IV, no se grangeó menor tributo de respetuosa deferencia como Reina abuela de D. Alfonso XI.

IV.

Sea porque el talento y el verdadero mérito se abren siempre plaza, á despecho del tropel de injusticias y contrariedades que suelen rodearlos; sea porque las medianías reconociesen su inferioridad, es lo cierto que Doña María, con razon enaltecida con el dictado de *Grande*, supo hacerse buen lugar en todas circunstancias. A nadie avasalló; pero todos le pagaban tributo de respetuosa deferencia. Por esto, al morir en tan temprana edad su hijo D. Fernando IV, se vió designada, por el asentimiento de los pueblos, para encargarse del gobierno de los mismos, durante la menor edad de su nieto, el Rey D. Alfonso XI. La reina madre, Doña Constanza, natural tutora de su hijo, no habia sabido atraerse las simpatías, ni hacerse reconocer la aptitud y la importancia, que, sin esfuerzo alguno enderezado á semejante intento, se reconocieron en la Reina Doña María².

se le conoce. Segun Mariana, «su poco orden en comer y beber le acarrearón la muerte.» No parece del todo infundada esta opinion, cuando la *Crónica* de este rey nos dice lo siguiente: «Vínose para Jaen con la dolencia, y non se queriendo guardar comia carne cada día y bebia vino.» Cap. LXIV.

¹ D. Fernando IV dejó una hija, la Infanta Doña Leonor, nacida en el año 1307; y un hijo que entró á reinar con el nombre de Alfonso IX, y habia nacido el día 13 de agosto del año 1311.

² Ni cronistas ni historiadores señalan rasgo alguno particular de Doña Constanza. Y no deja de ser notable la concision que con respecto á ella usa el *Cronicon* de Cardena, no porque sea muy minucioso con respecto á otros personajes, sino porque terminan-

Tal es en breve resúmen el resultado de las primeras complicaciones que trajo la minoría de D. Alfonso XI.

Criábase este niño en la ciudad de Avila, segun se desprende de las opiniones mas verosímiles ¹; y como era natural, Doña Constanza acudió sin demora al lado de su hijo, despues de cumplidos los últimos deberes con su difunto esposo. Movióse al punto gran tropel de rivalidades y competencias para ejercer la tutela del Rey, y apoderarse de su persona. Con respecto á lo segundo, los caballeros de Avila cumplieron como buenos, negándose á entregar al tierno niño, mientras las córtes no determinasen la persona ó personas á quienes hubiese de confiarse tan delicado depósito.

En este mismo sentido dió la previsora Doña María instrucciones reservadas al obispo de Avila, y éllas bastaron para que el prelado, en union con los caballeros, tomase al niño, y con él se encerrase en la catedral, dejando de esta suerte mas asegurada su persona y mas guardada de presiones que lo sagrado del lugar vedaba.

Bien era menester tanta cautela, porque á la verdad eran varios los pretendientes, y de algunos de ellos por lo menos podian sospecharse arranques inmoderados de ambicion. D. Pedro y D. Juan, tios del Rey difunto; los Infantes D. Felipe y D. Juan Manuel; y por último D. Juan Nuñez de Lara, eran los principales aspirantes á la disputada tutela. Por tan seguro creian tener ciertos pretendientes el honroso cargo que ambicionaban, como que ya exigian y sacaban de

do en este reinado, parece mas natural que su autor no hubiese escatimado elogios, si tenia méritos para ello. He aquí lo que dice el citado cronista, y con esto cierra su obra:

«E el Rey D. Ferrando fijo de este Rey D. Sancho, regno XI años, é casó con la Reyna Doña Constanza, fija del Rey de Portugal, é ovieron al Rey D. Alfonso, é fincó mozo de dos años. E este Rey yace enterrado en Córdoba, é finó en la Era de MCCCL. años, (a. 1312) é la Reina en S. Fagunt.» (*Chronicon de Cardéña.*)

Por lo demás, la Reina Doña Constanza no logró sobrevivir por mucho tiempo á su esposo. Háblale acompañado en su viaje último á tierras de Andalucía; y estando en Martos, recibió la infausta noticia de haber quedado viuda. Sin embargo, sobreponiéndose á su honda pena, quiso acompañar el cadáver del Rey, y asistir á su funeral y entierro en Córdoba; mas no pudo hacerse superior á sus quebrantos, y murió en Sahagun á los 18 de noviembre de 1313, á la temerana edad de veinte y cuatro años.

¹ El P. Florez dice textualmente: «La Reina Doña Constanza fué con el hijo á Avila, acompañada de Doña Betaza, que cuidaba de la crianza del niño.» Como el erudito agustino no cita las autoridades en que funda esta su opinión, ni por otra parte aparecen motivos especiales que hubiesen de inducir á la Reina madre á fijarse con preferencia en Avila, hemos creído mas verosímil y probable lo que dejamos consignado en el texto.

los pueblos subsidios adelantados para sostener, con armas en la mano, el mejor derecho á la tutela.

De los pretendientes, unos creyeron que Doña Constanza, como madre, seria mejor arrimo para obtener la tutela del Rey niño; otros opinaron que Doña María era la mas indicada para influir eficazmente en el asunto; y así por esta suerte andaban los pretendientes en busca del apoyo que juzgaban mas valedero.

En estas rivalidades y gestiones transcurrieron algunos meses, hasta que en el año siguiente á la muerte de D. Fernando IV, ó sea, en 1313, reuniéronse córtés en Palencia; y para que se comprenda lo poderoso del empeño que los pretendientes ponian en atraer votos á su favor, bastará consignar que el Infante D. Juan y sus competidores se presentaron en la ciudad y en el campo con cuanta gente de armas pudo cada cual allegar. Insigne testimonio daban con tan singular manera, de no estar muy dispuestos á respetar la futura resolucion de las córtés.

Por fortuna ó por desgracia para los pretendientes, los prelados y los procuradores andaban tan en desacuerdo en punto á la designacion de tutor, que no parecia fácil una avenencia. De los designados, el uno era de estorbo al otro; no habia modo de que dos se concertasen para ejercer mancomunadamente la tutela; y acaso no se habria obtenido otro resultado que el de aumentar los bandos y las divisiones en los pueblos, ya muy castigados por incesantes revueltas, si la perspicacia de la Reina Doña María no hubiese salido al encuentro de las dificultades.

Ocurriósele un medio que en el órden natural no parecia ser adecuado ni eficaz; y sin embargo era el único realizable. Propuso que cada uno de los pretendientes ejerciese la tutela en los pueblos y en las ciudades que se hubiesen declarado y se declarasen por él. De esta suerte, halagado cada uno de los pretendientes con el gobierno de tales ó cuales villas y lugares, se aquietaron momentáneamente, y parecieron estar á lo propuesto por Doña María.

Plúgole á la Providencia que en estas circunstancias sobreviniese

la muerte de la Reina Doña Constanza; y como el Infante D. Juan estaba en inteligencias con ella, por lo que respecta á la tutela, faltándole este poderoso apoyo moral, hubo de darse mas que antes á partido. Quedaron pues nombrados tutores del Rey, la abuela Doña María, el Infante D. Juan, el Infante D. Pedro, y D. Juan Nuñez de Lara.

Y reconocida de hecho por todos ellos la superioridad de Doña María, convinieron en que la crianza del niño quedase encomendada á la consumada experiencia de la abuela; y que fuera de los casos graves, cada cual ejerciese jurisdiccion en las respectivas ciudades y villas que por conducto de sus procuradores los hubiesen elegido para encargarles la tutela. Formalizado este acuerdo, que se firmó en el monasterio de Palazuelo, el obispo y los caballeros de Avila hicieron solemne entrega de la persona del rey á la Reina Doña María que le llevó consigo á Toro. Sucedia esto en el año 1314.

Poco tardaron ¹ en reunirse córtes en Búrgos; y por ser tan grave la tarea á ellas cometida, Doña María se trasladó á dicha ciudad en compañía del Rey. Las córtes reunidas en Búrgos ratificaron el acuerdo tomado en el monasterio de Palazuelo, y concretamente establecieron que la crianza del Rey estuviese á cargo de su abuela; que á proporcion que fuesen muriendo los varios tutores nombrados, se reuniese la tutela en los restantes; que durante la menor edad del Rey anduviesen siempre en su compañía seis fijosdalgo y caballeros de doce que para turnar en este encargo se nombrarian todos los años; y que para la debida observancia de estas ordenanzas, las villas «hiciesen ciertos ayuntamientos cada año,» y los tutores reuniesen córtes cada dos años.

La muerte de D. Juan Nuñez de Lara, ocurrida en ocasion de

¹ Discrepan los autores en señalar la época en que fueron reunidas estas córtes. Fijanlas unos en el año 1314: las suponen otros en 1315. Este último parecer adopta el Sr. Lafuente (D. Modesto); no así el P. Maestro Florez que consigna la fecha de 1314, aunque deslizándose inmediatamente en contradiccion. «Arregladas así las diferencias, dice en las *Memorias de las Reinas Católicas*, y asegurándose mas por muerte de D. Juan Nuñez (que falleció en Búrgos en julio de 1315, como escribe D. Juan Manuel) pasaron los Infantes á la Andalucía.» De suerte que, pues la muerte de D. Juan Nuñez de Lara ocurrió en ocasion de celebrarse las sobredichas córtes en Búrgos, y en un mes tan adelantado como el de julio, parece natural que se reuniesen en 1315, y no en 1314.

estarse celebrando las mencionadas córtés de Búrgos, no dejó de ayudar á que tuviesen probabilidad de menos fáciles y frecuentes las rivalidades y revueltas y disgustos suscitados á pretexto de la tutela. Bien merecia la probada Reina alguna tranquilidad y sosiego, despues de haber gastado los mejores años de su vida en asegurar la integridad de los dominios del monarca castellano, y procurar por todos medios y con todo linage de sacrificios la paz de los pueblos.

Todo hacia augurar que la Reina Doña María, si por ley de circunstancias ocupada aun en los negocios del Estado, iba á lo menos á disfrutar de algun sosiego en una edad que comenzaba á reclamarle descanso. No solamente éste buen agüero procedia de los sucesos que acabamos de narrar, sino de otros que no tardaron en ocurrir, siendo todos ellos como dispuestos y concertados por la Providencia para despejar de nubes de discordia los ya mas claros horizontes del gobierno de Castilla.

Resueltas, en el modo que dejamos dicho, las cosas concernientes á la regencia y á la tutela, el Infante D. Pedro se apresuró á dar muestras de valor y de actividad en la guerra contra el rey moro de Granada. Avanzó en sus correrías hasta tres leguas de esta ciudad, y no sin fruto; pues dejando alto ypreciado renombre de esforzado, conquistó diferentes plazas. Y con ello, si tuvo bien ganada entre los suyos la fama de valiente, grangeóse gran prestigio en los pueblos de Castilla, al ver que el Infante D. Pedro, mas cuerdo ó mejor aconsejado que otros, en vez de malgastar fuerzas, subsidios y tiempo en domésticos trastornos y en ambiciosos designios, las empleaba en mejor destino y con mas altos fines.

El Infante D. Juan miraba con envidia esos triunfos; y si por un lado la ambicion de gloria le inducia á pelear contra el moro, por otro la ambicion de mando le tenia indeciso entre abandonar ó conservar el campo de los disturbios intestinos, para las que habia mostrado no faltarle aficion. Y sin duda con ánimo de tomar el partido que en hora oportuna juzgase mas ventajoso á los intereses propios, iba levantando mucha gente de armas tomar en tierras de Castilla.

Supo en estas circunstancias la Reina prevenir nuevos y ya por demás enojosos conflictos; y anduvo tan acertada en las razones con que trató de mover al Infante D. Juan, como que le decidió á volver sus armas contra el moro.

Paz y sosiego, no conocido en mucho tiempo, encontró el reino de Castilla bajo el prudente gobierno de Doña María, que, libre de molestos disturbios y rivalidades importunas, pudo dedicarse con algun desahogo á los negocios de Estado. Y aunque la tutela y la regencia las compartia con los Infantes designados al efecto, ello es que todos reconocian una natural, y por otra parte bien ganada, supremacia en la abuela del Rey, y dejaban en sus manos el gobierno de los pueblos.

Si ya no fuese seguro indicio de esta verdad la ausencia de los Infantes D. Pedro y D. Juan ocupados en la guerra contra el moro, habríamos de sospecharlo por algunos documentos que se refieren á esta época ¹.

Doña María aprovechó este período de paz, que por desgracia no habia de ser muy duradero, en adelantar algunas fundaciones piadosas con que se propuso dar algun desahogo á sus sentimientos religiosos. Entre estas fundaciones merecen citarse el monasterio de las Huelgas, el convento de S. Pablo, de PP. Predicadores, sitios uno y otro en

¹ Entre otros documentos nos referiremos directamente á uno que corresponde al año 1316. Y para que se vea la plenitud de autoridad de que Doña María gozaba, pondremos, por ser breve, el citado documento á la vista de nuestros lectores, á fin de que juzguen por sí propios. Dice así:

«Doña María, por la gracia de Dios, Reyna de Castilla, de Leon, é Señora de Molina: á vos Infante D. Felipe, fijo del muy noble Rey D. Sancho, Señor de Cabrera, é de Ribera, é Pertiguero mayor de tierra de Santiago, salut como á fijo que amo de corazon, é de quien mucho fio, é para quien querria mucha honra, é buena ventura; é tanta vida, é ventura como para min mesma; é á quen de Dios la su bendicion é la mia. Fijo, fago vos saber, que antaño en las Córtes de Búrgos, quando y fomos, que yo di mio poder cumplido al Infante D. Joan é al Infante D. Pedro, vuestro hermano, tutores del Rey, que ellos que podiesen cumpridamente, é tambien por mí como por sí, librar por sentencia el pleyto, que era entre D. Frey Joan, obispo de Lugo, é su Iglesia de la una parte, é el Conceo de y de Lugo de la otra, sobre la execucion de una sentencia que el Rey D. Fernando, vuestro hermano (que Dios perdone) diera por el dicho obispo é su Iglesia contra el dicho Conceo, en razon de las llaves, é de la seña, é de todo el otro señorío de la dicha Cibdade de Lugo, é de todo lo que ellos librasen, é julgasen segunt que fallasén por dreyto en este pleyto sobredicho que yo, que lo haberia por firme, é por estable, é tambien, como si yo misma presente fuese. E los dichos Tutores, habido Conceo con homes bonos, é Letrados que eran en las Córtes, librarón el pleyto sobredicho por sentencia, segunt que hallaron por derecho, é se contiene en la sentencia que ellos dieran en esta razon; porque vos ruego, fijo, é vos mando, que veades la dicha sentencia que los dichos tutores dieron, segunt dicho es, é la cumplades luego, é fagades cumplir en todo, sin otro alongamiento ninguno segunt que se en ella contiene; et non fagades ende al por ninguna manera, gradecerlos vos he mucho: la carta leida dadgela. Dada en Toro diez é ocho dias de Agosto. Era de mil é trescientos é cincoenta é quatro años.—Yo Joan Martinez la fiz escrebir por mandado de la Reina.—Gonzalo Roiz.»

Valladolid, y el convento de PP. Agustinos de Toledo. Y se pretende que levantó á sus expensas otros siete monasterios, segun cuenta el obispo de Palencia, que enaltece á Doña María con los dictados de *Inclita, Piadosa y Santa* ¹.

En la quietud que se deja entender por estos hechos, transcurrieron cuatro años, periodo que, si con toda verdad es corto por la medida del tiempo, era relativamente largo para los pueblos de Castilla que no estaban acostumbrados á verse libres de turbulencias, y casi habian debido de perder la memoria de tiempos sosegados: tan desusada era en su historia la ausencia de revueltas.

Sucedió pues que en la guerra con el Rey moro de Granada, seguida hasta entonces con buen éxito, fueron los cristianos sorprendidos en número inferior, y atacados por numerosa hueste salida de dicha ciudad. Ocurrió esto en el año 1319. El ejército castellano sufrió la ley de su inferioridad numérica; resistióse valiente, pero en vano. Dando pruebas de alto valor, los dos Infantes y principes de Castilla, D. Pedro y D. Juan, pusieron en el campo de batalla honroso término á su carrera ²; y desordenado y despavorido el ejército castellano, hubo de contemplar como el moro recobraba las plazas y fortalezas que se le habian tomado, y aun tuvo osadía para adelantarse hasta la frontera de Murcia.

Indicio de mas duradera tranquilidad en el interior de Castilla parecia ser la desgracia ocurrida á los dos Infantes; pues, segun lo dispuesto en las cortes de Búrgos, muertos los demás tutores, quedaban la tutela del Rey y la regencia del reino, reunidas en la abuela Doña María. En su virtud, la Reina espidió cartas á todas las ciudades, dándose á conocer como única tutora con arreglo á lo dispuesto en cortes, é invitando á los pueblos á que siguiesen guardando lealtad, y no se dejasen mover por escitaciones de ningun linage.

No era la prevencion inoportuna. Apenas acabada la serie de pre-

¹ Esta cita pertenece al P. Maestro Florez.

² El historiador árabe hace señalada justicia á los Infantes, diciendo: «Los dos esforzados principes de Castilla murieron allí peleando como bravos leones: ambos cayeron en lo mas récio y ardiente del combate.»

tendientes, levantáronse otros á reivindicar para sí lo que habian reclamado sus padres. D. Juan Manuel fué el primero en moverse, ayudado por el voto de algunas ciudades; y si bien dirigió sus fuerzas contra el Infante D. Felipe que iba á poner sosiego en Avila, no llegaron á molestarse los dos Infantes, y empleáronse, cada cual por su parte, en devastar los lugares que habian dado el voto á otros tutores.

D. Juan el Tuerto, hijo de D. Juan, el mas inquieto de los Infantes de Castilla, levantóse á su vez contra D. Juan Manuel y contra el partido de la Reina, y pudo contar en su auxilio á D. Fernando de la Cerda.

Hizo Doña María todo cuanto estuvo á sus alcances para evitar conflictos. Podia esperar alguna influencia en su hijo, el Infante D. Felipe, y la empleó en obligarle á que se retirase de los lugares que talaba, sintiendo la Reina como propio el daño de los pueblos. Mas no bastaba, ni era ya posible que bastase toda la prudencia de Doña María para evitar ni minorar los efectos de situacion tan desacordada y anárquica.

«El mal no estaba solo en los magnates, sino tambien en los pueblos, que con admirable veleidad y ligereza nombraban un tutor y le desechaban, se ponian en manos de otro y le despedian tambien, y volvian á entregarse al primero, ó á otro que les ofreciera mejor partido, y esto acontecia en todas partes, así en Segovia como en Búrgos, así en Sevilla como en Zamora ¹.

«A cada paso ocurrían tropiezos. Muchos tutores, dejaban el reino sin tutela. Ninguno queria ceder lo que por sí tomaba, y como carecian de pública autoridad, se hallaba el reino hecho despojo de ambiciones particulares. Solo la Reina Doña María tenia por espejo el bien comun. Miraba los daños que amenazaban: toda su atencion era evitarlos ².»

«Robos, muerte, y falta de justicia eran los frutos de estos empe-

¹ D. Modesto Lafuente.

² El P. Maestro Florez.

ños... ni se descuidaban los pretendidos tutores en pedir servicios y sacar dinero á los pueblos sin motivo público, pero sí con intencion de aprovecharlos en la consecucion de sus fines, á costa de sobornos, armas y sangre ¹.»

No pudiendo pues la Reina mirar indiferente tal cúmulo de calamidades, ni permanecer inactiva ante el cuadro desconsolador de tantos males, resolvió convocar cortes en Palencia, para ver si de esta suerte lograba remedio en lo que parecian ser impotentes para conjurarlo sus propios esfuerzos, su celo, y su indisputable experiencia, adquirida en tres azarosos reinados.

Pero los cuidados y las fatigas del gobierno, mas que los achaques que suelen venir con los años, tenian gastadas las fuerzas de Doña María, y una grave enfermedad la postró en Valladolid, á la sazón en que se dirigia á Palencia, con intento de asistir á las cortes por ella convocadas. Gran desgracia fué para los conturbados pueblos de Castilla la enfermedad de la Reina que bien habia de estar dotada de una naturaleza privilegiada y robusta, cuando resistió tantos años de continuo trabajo y atareado gobierno.

Viendo cercana su muerte, dió nuevos testimonios de su grandeza de alma, y teniendo en menos el apego á lo que el mundo llama dignidades deslumbradoras y envidiables prosperidades, miró sin pena su próximo alejamiento de esta vida. Tranquilo el corazón, serena la frente, discurrió Doña María con preferencia el mejor medio de dejar asegurada la tutela de su nieto. No le merecerian probablemente confianza los varios aspirantes á dignidad tan alta y á cargo tan socorrido; y en verdad que todos ellos, con su proceder infiel al Rey é infausto á los pueblos, habian contraído méritos negativos, bastantes en número y sobrados en trascendencia, para no cometerles la codiciada tutela.

En su virtud optó por un medio inesperado. Convocando á todos los caballeros y regidores de la ciudad, ponderóles la gran confianza que en ellos tenia, y en prenda inequívoca de ella hizoles entrega de

¹ *Galería Regia y Vindicacion de los ultrajes extranjeros.* (Autor anónimo.)

la persona del Rey, con encargo de criarle y guardarle cuidadosamente hasta que llegase á edad de gobernar por sí. Doña María fué muy espícita en recomendarles que á nadie hiciesen jamás entrega de la persona del Rey. D. Alfonso XI contaba á la sazón diez años de edad. Bien se da á entender por lo honroso de la confianza la entereza con que los favorecidos en tan halagador y principal encargo dieron palabra solemne de cumplir la órden de la Reina.

Y dándose Doña María por desprendida de los cuidados de la política y de las atenciones apegadas á cosas de la tierra, ya no pensó sino en disponer su alma para mas altos propósitos. «Confesóse, y recibió los sacramentos con la fé y devoción correspondientes á la que en todas las tribulaciones de su vida manifestó una fina y firme confianza en Dios, cuya causa buscaba, como ella misma expresó varias veces.»

Confortada su alma con los auxilios espirituales, otorgó su testamento en 29 de junio del año 1321 ¹; y con santa resignación y tranquilidad cristiana siguió sobrellevando su enfermedad durante los breves días que aun puso la muerte en hacerse esperar. Murió en el mes de julio del propio año, llenando de luto á todo el pueblo de Valladolid, principal testigo de las virtudes de Doña María de Molina, la *Grande*, y causando singular consternación en los reinos de Leon y Castilla, que por série tan dilatada de años habian sido admiradores de sus altas dotes como esposa, como madre, como abuela, como Reina, y como cristiana ².

¹ Nombró testamentarios mayores á su hijo D. Felipe y á su sobrina Doña María, muger que fué del Infante D. Juan; y junto con estos, nombró testamentarios á su Mayordomo, y á su Canciller. En el texto del testamento la Reina menciona, como pertenecientes á su servidumbre, á D. Juan Sanchez de Velasco, Mayordomo; Nuño Perez, abad de Santander, Canciller; Doña Sancha García, Camarera; García Ortiz y Rovi, Don Monsi, dispenseros; Juan Rodriguez, Ruy Lopez, y Fernando Gonzalez, porteros; Pedro Diaz, posadero; Francisco Perez, y Tello Gonzalez, criados de la Reina; Alfonso Perez, dispensero, de las Huelgas de Valladolid, y otros. (Tom. IV de la Casa de Lara, pág. 32, citado por Florez.)

² Nos ha sido imposible averiguar el día fijo en que ocurrió la muerte de Doña María. La *Crónica de D. Juan Manuel* dice solamente: *Era MCCCLIX obiit Regina Dña Maria in Valle oleti in Julio*. El *Cronicon de Cardena* que, segun hemos manifestado en otro lugar, termina en el reinado de D. Fernando IV, no habla de la Reina Doña María sino con ocasión del reinado de D. Sancho el Bravo; y dice de ella pura y simplemente lo que se verá por las palabras que á continuación transcribimos: *E priso* (se refiere al Rey D. Sancho) *al Infant D. Joan, so hermano, é matara luego, si non por la Reyna: é esto fue en FARO, é fue todo en un dia; é yace enterado en Toledo, é la Reyna en Valladolid, é ovieron fijo al Rey D. Ferrando*. Y aunque con la natural desconfianza de hallar en las Historias lo que las Crónicas omiten, hemos examinado diferentes autores, y no hemos visto mencionado por ninguno de ellos, con apariencias de certeza, el día fijo del mes de julio en que ocurrió la muerte de tan distinguida Reina como ejemplar Señora.

Pasó su última enfermedad y exhaló su postrer aliento en las habitaciones que se habia reservado al ceder sus casas al convento de S. Francisco, y dejó dispuesto su entierro en Santa María la Real, monasterio de monjas del Cister, llamado de las Huelgas, en Valladolid, y que, segun antes hemos apuntado, era fundacion de la piadosa Reina, como lo eran otros varios monasterios, «que en esto convertia aquella señora sus propios palacios ¹.»

Con respecto á este monasterio dispuso Doña María en su testamento, que fuese siempre monja y señora de dicha casa una princesa de sangre real, y que tuviese su racion como las infantas de Búrgos ². Y dejó muy bien dotado el monasterio, asi para atender á las obras de fábrica, como para capellanías, cera y viveres; dotacion que sube de valor, si se la compara, con lo que aquellos tiempos permitian y daban de sí.

Legó tambien á otras monjas cistersienses, tituladas de S. Quirce, tres mil maravedís *para cubrir la casa comenzada* ³.

Dispuso antes de morir que le vistiesen el hábito de religiosa Dominica, como así se hizo. En su entierro ofició de pontifical el obispo de Sabina D. Guillen, cardenal legado por el Papa, para componer las desavenencias de los tutores del reino; y con este motivo concedió muchas indulgencias á los que rezasen en sufragio del alma de la difunta y piadosa Reina cinco veces la oracion del *Padre Nuestro* y *Ave Maria*, añadiendo al final, en vez de la invocacion *Gloria Patri*, la deprecacion siguiente: *Requiem æternam dona ei, Domine; Et lux perpetua luceat ei.*

El Sr. Sangrador señala ciertamente la fecha de 1.º de Julio de 1321; y aunque puede tenerse ella como verosímil, si bien no fundada, con todo la contradice en el tomo 2.º, aceptando, como exacta, la fecha que el P. Mariana consigna, ó sea, la de 1.º de Junio de 1322.

Pero esta designacion es á todas luces inexacta, por cuanto en el mes de mayo de 1322 aparecen estar reunidas las cortes que fueron convocadas con posterioridad y por consecuencia de la muerte de Doña María.

¹ Lafuente (D. Modesto).

² A pesar de esta disposicion, no aparecen noticias de que en el monasterio de las Huelgas de Valladolid haya profesado alguna princesa de regia estirpe, pero sí señoras principales y de calificada nobleza.

³ Estas monjas se establecieron, bajo la invocacion de Santa María de las Dueñas; al otro lado del rio Pisuerga y junto al puente; mas despues se trasladaron al interior de la ciudad, y en ello debían de andar atareadas, al ocurrir la muerte de Doña María, segun se deja entender por el dicho legado.

La humildad de la piadosa Reina parece transparentada en la ausencia de pomposos epitafios y pindáricos elogios en su sepultura. Azares y deplorables resultados de guerras destructoras no nos permiten contemplar la forma en que se dispuso el lugar del enterramiento de Doña María, y aun hemos de agradecer que á los pocos años no desapareciesen á la vez cadáver y sepultura. La historia nos dice que en 1328, en ocasion de regresar del cerco de Escalona, el Rey D. Alfonso XI puso sitio á Valladolid é incendió el monasterio de las Huelgas en donde estaba enterrada su abuela: antes empero, segun asegura la *Crónica* de este monarca, mandó sacar el cuerpo de la Reina para que no se destruyese en el incendio.

Mas si este monasterio pudo á la sazón renacer de sus cenizas, no fué sino «para ser tercera vez destruido á fines del siglo xvi, y reemplazado por una ostentosa construccion arreglada al estilo de Herrera. «La espaciosa nave, la alta cúpula, el ancho crucero, el bello retablo «de órden corintio, cuya arquitectura y relieve principal empezó y acabó «en 1616 el famoso Gregorio Hernandez, llaman menos la atencion «que el sepulcro en medio de la iglesia colocado de la ilustre fundadora, «que parece espuesta aun allí de cuerpo presente al amor y veneracion «de los pueblos, como en el dia de sus exequias. Desde la capilla mayor «del gótico templo, donde en 1572 alcanzó á verla Morales, fué pasada «la urna al crucero de la nueva fábrica, pero con tan poco cuidado, que «junto á los antiguos relieves de alabastro, se ven las toscas pilastras «que en los ángulos se añadieron. Escudos reales y de familia, figuras «de la Virgen y de S. Bernardo, representan dichos relieves, y el de «los piés á la misma reina con altísimo y singular tocado en el acto de «otorgar á las monjas la carta de fundacion. La efigie tendida sobre la «cubierta, mayor del tamaño natural, resplandece de blancura, bella «en el rostro, mórbida en las carnes, honesta en la vestidura, ceñida «con esmaltada correa, con toca en la cabeza, y con un libro en las «manos; sobre la orla de su vestido juega un perrito faldero, y á los «piés y á los lados velan pequeños leones. Los que aquel túmulo labra- «ron, si es que no habian alcanzado á conocerla, tenian al menos muy

«reciente la memoria de la que, tan grande como Berenguela é Isabel «la Católica, si no logró tan altas dichas, arrostró mayores dificultades¹.»

No se pondrá tacha de exageracion en tan cumplido y singular elogio, despues de lo que dejamos narrado. Acordes los historiadores en poner las altas prendas de la Reina Doña Maria en el aventajado lugar que se merecen ellas, no pierden ocasion de encarecerlas, buscando su origen en los arraigados y nobles sentimientos de un corazon, para tan grandes cosas formado.

El don mas raro, y por consiguiente el de mas valor y precio, érale á Doña Maria tan peculiar que no hay en su historia ejemplo de haberlo desairado nunca. Pronta siempre en olvidar agravios, cualidad propia de las almas grandes, no supo emplear, una vez siquiera, su talento, su autoridad ni su posicion en tomar desquites, que en cierto modo hubieran sido justificados; y mucho menos se la vió rebajarse al terreno de la venganza. Con sus mas enconados enemigos, con los veleidosos Infantes, guardó siempre una conducta contemporizadora, al par que digna. Desleales á la Reina, conveniales luego que se diese al olvido su deslealtad; y la Reina los acogia con amabilidad y les prodigaba bondades. No parecia sino que en olvidar ofensas tuviese puesta su complacencia.

Y al satisfacer por este medio y sin el menor esfuerzo ni disimulo su propension natural, se hacia grande como muger, porque no daba cabida á los enojos ni rencores; se hacia grande como madre, porque obraba para el bien de su hijo; se hacia grande como Reina, porque lo enderezaba todo al bienestar de los pueblos.

¹ J. M. Quadrado: *Recuerdos y bellezas de España*.

Y ya que dejamos hecha esta cita, no será inoportuno ni ocioso completarla, con la que el erudito escritor mallorquin evacua en la nota que á continuacion transcribimos:

—«La reina tiene corona, añade Morales, mas está en hábito honesto, sin tener letra ninguna. Tiene los escudos con castillo y leon, y otros con solo leon, y castillo por orla, que parece fueron las armas de su padre, el Infante D. Alonso de Molina. A ambos lados en la pared estan arcos labrados de follages de yeso, con tumbas no muy grandes de lo mismo, con aquellos escudos de leon y sin letra: son sepulturas de los Infantes sus hijos, como las monjas, por tradicion, refieren.»—«Sin embargo la opinion general es que Don Alfonso y Don Enrique que murieron de menor edad, fueron sepultados en S. Pablo. Morales que visitó las Huelgas nueve años antes de empezarse la iglesia actual, dice que se parece en toda ella ser obra muy antigua.» (*Id. loco citato.*)

Y de que se desvelaba por sus súbditos, dió, entre otras, una convincente prueba, cuando en los primeros años de su regencia se desataron las calamidades del hambre y de la peste sobre el pueblo de Castilla, ya muy afligido con los estragos de las armas. «Corriendo de ciudad en ciudad como un ángel consolador, reparaba los males de la guerra, socorria los enfermos, llevaba pan á los pobres, y recogia por todas partes las bendiciones del pueblo.»

Y si consideramos en Doña María la *Grande* la alteza de otros sentimientos, veremos «que ni las grandes atenciones de la corona, ni los gravísimos negocios de aquel tiempo pudieron distraerla de lo sagrado: antes bien teniendo fija la vista en la causa de Dios y de la Iglesia, logró la firmeza imponderable, con que sin ladearse á la vanidad de la cumbre mundana, ni vacilar en las turbaciones temporales, miraba como único norte lo mas recto, midiéndolo por las Leyes Divinas, y ordenándolo todo á la mayor seguridad de los vasallos. Digna de que la intitulemos muger fuerte, probada y acrisolada en tres reinados, cada uno á cual mas lleno de turbulencias, golfos de tempestades continuas, bajeles agitados de borrascas, pero libres del naufragio por el brazo de una muger, aplicado no al timon solamente, sino al remo: luchando no menos contra las olas de los enemigos, que contra la infidelidad de sus aliados: intitulada muger, para que resalte el acero de un pecho varonil: madre una vez de su hijo Don Fernando, pero mil veces madre á costa de mil dolores en conservarle el reino. Sufrida en tolerar desaires del marido: vencedora hasta en las ingratitudes del hijo. Unos y otros, cuando la seguian, acertaban; tropezaban al apartarse de ella: era pues como pauta del acierto.»

No es mucho por lo tanto que la poesía, formando coro con la historia, haya venido á enaltecer la gran figura de Doña María de Molina, así en los presentes como en anteriores tiempos ¹. El célebre poeta

¹ Tirso de Molina tiene escrita, con el título: *La prudencia en la muger*, una preciosa comedia cuya protagonista, justamente enaltecida, es la madre de D. Fernando IV el *Emplazado*; y en nuestros tiempos, el marqués de Molins escribió el drama titulado, *Doña María de Molina*, tan notable como todas las obras en que se ocuparon la bien cortada pluma y el claro ingenio del Sr. Roca de Togores. Con respecto al primero de estos dos ingenios, bien merece que se ponga algun ahinco en la observacion que hacemos.

dramático, Tirso de Molina, hace en breves palabras el mayor encomio de esta reina, retratando su corazón. En los momentos en que Doña María se desprende de la regencia del reino, el poeta pone en boca de la Reina el contraste entre la situación de León y Castilla al morir D. Sancho el *Bravo*, y el estado en que D. Fernando IV encontró estos reinos á su advenimiento al trono.

Un solo palmo de tierra
no hallé á vuestra devoción:

dícele Doña María á su hijo; y después de mostrarle la favorable mudanza que le ha procurado en sus Estados, revela todos los quilates de su patriotismo en los siguientes versos:

.
de que salgo tan contenta
cuanto pobre, pues por vos
de treinta no tengo dos
villas que me paguen renta.
Pero bien rica he quedado,
pues tanta mi dicha ha sido
que el reino que hallé perdido,
hoy os le vuelvo ganado ¹.

Mas para demostrar lo que pudieron en bien de los pueblos la serenidad de la Reina en los mas apurados conflictos, su entereza ante la deslealtad, y su habilidad en todas circunstancias, basta poner la vista en el tristísimo cuadro de las perturbaciones y desdichas de los propios pueblos, apenas les faltó el poderoso brazo que los venia rigiendo.

Tirso de Molina era muy dado á escarnecer en sus comedias á la muger. Sus obras son por punto general la antítesis del espíritu caballresco, galaute y pundonoroso de sus contemporáneos; es raro que en las comedias de Tirso no aparezca el tipo de una muger engañada por algun galán fugitivo, y que prevalida de un disfraz cualquiera le persigue por todas partes; y si esto no, la protagonista es una duquesa ó una dama de alta clase, que se enamora de un galán que pertenece á una clase inferior, y acaba por entregarse á él, haciendo forzoso su casamiento. Sin embargo, Tirso hizo una elocuente excepcion en favor de Doña María de Molina, presentándola como una heroína dotada de grandes cualidades y virtudes.

¹ Véase la nota que antecede.

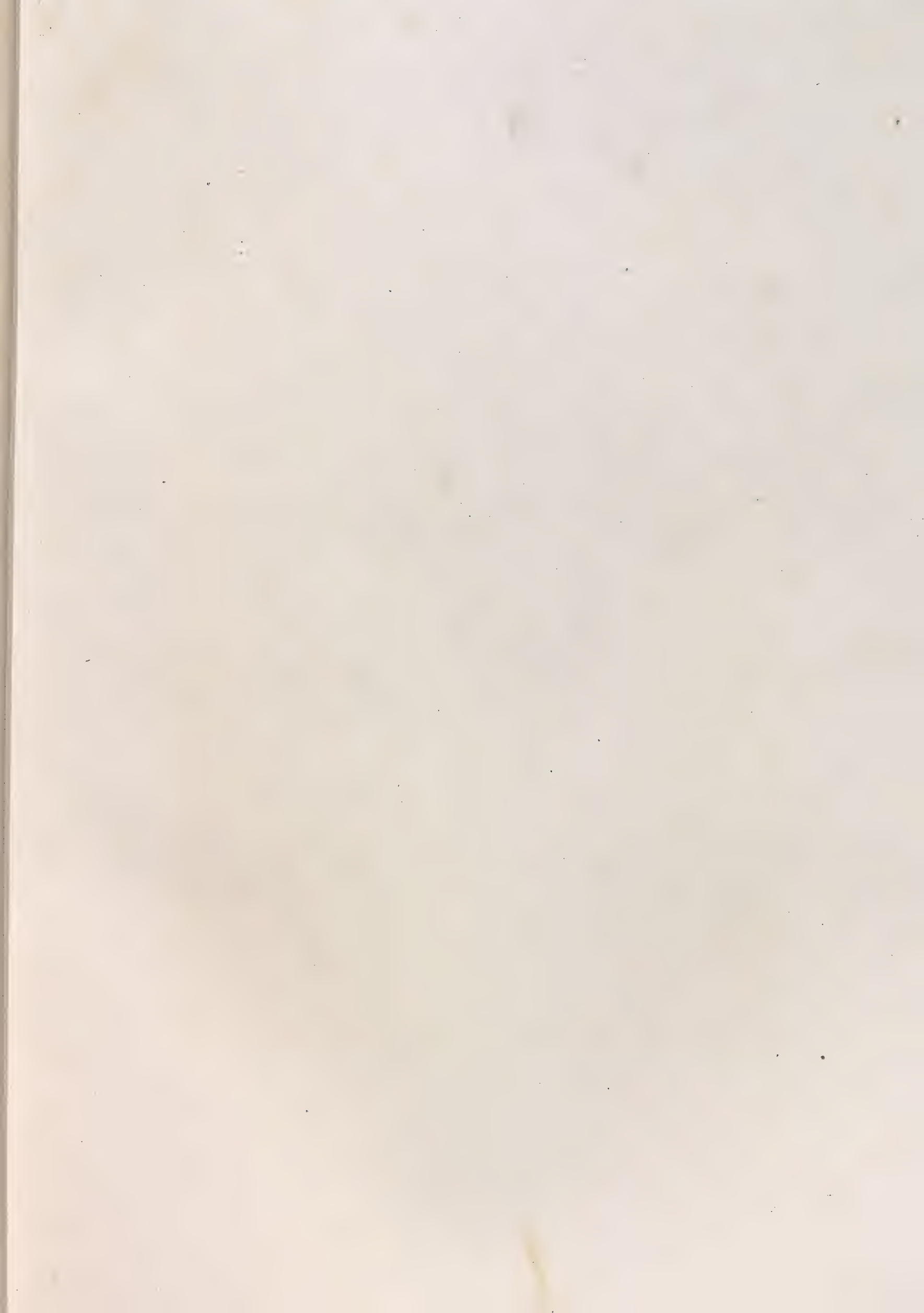
Hé aquí ese cuadro trazado por un testigo ocular:

«Todos los Ricos-omes, et los caballeros vivian de robos et de
«tomas que facian en la tierra, et los tutores consentíangelo por los
«aver cada uno de ellos en su ayuda. Et quando algunos de los Ricos-
«omes et caballeros se partian de la amistad de alguno de los tutores,
«aquel de quien se partian, destroíale todos los logares et los vasallos
«que avia, diciendo que lo facia á voz de justicia por el mal que feciera
«en cuanto con él estovo: lo cual nunca les estrañaban en quanto
«estaban con la su amistad. Otro sí todos los de las villas cada unos
«en sus lugares eran partidos en vandos, tan bien los que avian tuto-
«res, como los que los non avian tomado. Et en las villas que avian
«tutores, los que mas podian apremiaban á los otros, tanto porque
«avian á catar manera como saliesen del poder de aquel tutor, et
«tomasen otro, porque fuesen desfechos et destroidos sus contrarios.
«Et algunas villas que non tomaron tutores, los que avian el poder
«tomaban las rentas del Rey, et apremiaban los que poco podian, et
«echaban pechos desaforados... Et en nenguna parte del regno non se
«facia justicia con derecho; et llegaron la tierra á tal estado, que non
«osaban andar los omes por los caminos si non armados, et muchos
«en una compañía, porque se podiesen defender de los robadores. Et
«en los logares que non eran cercados, non moraba nenguno; et en
«los logares que eran cercados manteníanse los mas dellos de los
«robos et furtos que facian; et en esso tan bien avenian muchos de las
«villas, et de los que eran labradores, como los fijos-dalgo: et tanto
«era el mal que se facia en la tierra, que aunque fallasen los omes
«muertos por los caminos, non lo avian por estraño. Nin otro sí avian
«por estraño los furtos, et robos, et daños, et males que se facian en
«las villas, nin en los caminos. Et demás desto los tutores echaban
«muchos pechos desaforados, et servicios en la tierra de cada año, et
«por estas razones veno grand hermamiento en las villas del regno,
«et en muchos otros logares de los Ricos-omes et de los caballeros.
«Et quando el rey ovo á salir de la tutoría, falló el regno muy despo-
«blado, et muchos logares yermos: ca con estas maneras muchas de

«las gentes del regno desamparaban heredades, et los logares en que
«vivian, et fueron á poblar á regnos de Aragon et de Portogal ¹.»

Este animado y tristísimo cuadro, realizado en ausencia de Doña María la *Grande*, completa los elogios de la que, en expresion de un escritor ilustre, supo ser un «noble carácter, ideal y casta
«figura que resalta sobre un fondo monótono de crímenes y de infa-
«mias.»

¹ Crónica de D. Alfonso XI, cap. XL.





Caba d'

Lit. Labielle,

Padro Lit

MUJERES CÉLEBRES.

LA MERCADERA DE PERELADA.



ADRIENES GALENPAK.

LA MONTAÑA DE TIBOLLA.

NA MARCADERA DE PERALADA.

(LA MERCADERA.)

Cuando los sentimientos se hacen despertar en un pueblo y mueven las fibras mas delicadas que guardan una relacion simpática con las ideas, no es raro ni inverosímil ver suscitados arranques extraordinarios. El mas apático sabe convertirse en animoso y decidido; el sér mas débil sabe violentar la flaqueza propia, y se trueca en fuerte.

El amor patrio ha dado ejemplos de lo que decimos; y entre ellos puede caberle un honroso y merecido lugar á la accion heróica de que vamos á ser narradores.

Reinaba en Aragon D. Pedro III, que si no fuese merecedor de gran renombre en la historia por sus altos hechos y no comunes proezas, lo seria por el simple mérito de no haber permitido que su ánimo se abatiese ni su corazon flaquease en medio del agitado mar de contrariedades que le combatian.

Los altivos aragoneses se unian y se juramentaban para la defensa comun de sus fueros, franquicias y libertades; Valencia primero, y Cataluña despues se hicieron imitadoras del ejemplo que Aragon les daba.

A las tempestades levantadas en el interior por los vasallos propios, uníanse las grandes guerras de Sicilia é Italia, en donde sin embargo catalanes y aragoneses marcharon de victoria en victoria, ganando bien la imperecedera fama que de su nombre y de su valor dejaron.

Pero mas grave que todos estos conflictos, fué la guerra que las

armas francesas le movieron en tierras de Cataluña; y decimos que fué mas grave, no solamente por el considerable tropel de gente que logró salvar la frontera en daño del Rey D. Pedro, sino tambien y mucho mas por la fuerza moral que la proteccion del Papa daba por compañera á los invasores.

El Sumo Pontífice, Martin IV, resentido de la ocupacion de la Sicilia, expidió á últimos de Marzo de 1283 una Bula, declarando al Rey D. Pedro, vasallo traidor y desleal á la Santa Sede, por negar á ésta el feudo y homenaje que el Rey D. Pedro II le habia reconocido en tiempos anteriores; y además le depuso del trono de Aragon, declaró excomulgadas las personas y entredichos y privados de los sacramentos de la Iglesia á los pueblos que le obedeciesen; relevó á los súbditos del juramento de fidelidad, y facultó á los príncipes cristianos para apoderarse de los citados reinos, reservándose empero la Santa Sede el derecho de disponer de ellos en favor de quien le pareciese.

En virtud de esta reserva consignada en la sentencia, el Papa ofreció la investidura de los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña al rey Felipe para cualquiera de sus hijos, hecha excepcion del primogénito: hizole donacion de los citados reinos en nombre de la Iglesia; dióle facultad para apoderarse de ellos por la fuerza de las armas, y al efecto le concedió por tres años el diezmo de todas las rentas eclesiásticas del reino.

El monarca elegido fué Cárlos de Valois, jóven de quince años de edad. Entraron pues los franceses en Cataluña, siendo imponente el aparato de su fuerza ¹.

No incumbe á nuestro propósito reseñar aquí las varias suertes

¹ Lafuente, en su *Historia de España*, tom. VI, pág. 171, describe la entrada de los franceses en los siguientes términos:

«El ejército francés avanzó hácia el Rosellon entrando por la montaña y camino de Salces. Marchaba delante una muchedumbre de cerca de sesenta mil hombres, armados de palos y de piedras, gente menuda, forrageros, regateros y chalanes, á quienes se pagaba un tornés diario, escoltados por solos mil hombres de á caballo, y á quienes se enviaba los delanteros para que recibiesen los primeros golpes del enemigo. En el grueso del ejército, dividido en cinco cuerpos, venian el rey de Francia y sus dos hijos Felipe y Cárlos, que ambos se titulaban reyes de España, de Navarra el uno, de Aragon el otro; muchos principales barones y condes, y el cardenal legado con la bandera de S. Pedro, y seis mil soldados á sueldo de la Iglesia.»

que señalaron la marcha de los franceses; y bastará para el presente intento consignar que se dirigieron á Peralada ¹.

Los catalanes hicieron una muy osada salida contra el enemigo, y llevaron tan singular ventaja que pudieron replegarse á Peralada, causando al enemigo seiscientas bajas, sin haber perdido los catalanes, «mas que tres caballeros y hasta unos quince hombres.»

Después de este hecho de armas, transcurrieron seis días, durante los que debieron de menudear los encuentros personales y aislados, que ni aun alcanzaban á la categoría de escaramuzas. «De tal modo «se ejercitaban, dice Montaner ², que todos los días hubierais visto «cerca de las barreras hacer torneos de caballeros y hombres de á pié, «causando maravilla á todo el mundo.»

En estas circunstancias hubo de ocurrir el hecho que nos proponemos narrar, habiendo sido su protagonista y verdadera heroína una esforzada muger del pueblo. No conocemos su nombre; las crónicas no lo citan, y merece menos excusa esta verdadera omisión, por cuanto el cronista Montaner, natural de Peralada, siendo así, que

¹ Los cronistas catalanes refieren minuciosamente estos sucesos de aquella guerra; y ya que habremos de fijarnos de un modo especial en lo concerniente á Peralada, bien habrá de parecer que ayudemos con alguna ampliación á formar concepto.

Ramon Montaner, celebrado autor de la *Crónica catalana*, refiere en el capítulo CXXIII, como el rey de Francia, con todas sus fuerzas, se dirigió contra Peralada, y la sitió; y dice:

«Cuando hubo pasado toda la gente, y reunidos ya todos en San Quirze, adelantó la hueste en orden de batalla, como si hubiesen todos de combatir, y de tal suerte dispuestos y armados, marcharon directamente hacia Peralada, acampándose desde Garriguella á la Garriga, de aquí á Valguarnera, y de Valguarnera á Puyamilot. Así vinieron á ocupar toda aquella hermosa llanura que hay después de Peralada, y de seguro que jamás, en tiempo alguno, pudo verse mejor lo que era la hueste del rey de Francia, como se veía desde la indicada villa, pues ni una sola tienda se escapaba á la vista, mirando desde los muros de Peralada. Viéndolos, pues, así todos el Señor rey de Aragon, levantó los ojos al cielo, y dijo:—Señor Dios verdadero, ¿qué es lo que veo delante de mí? Jamás hubiera creído que, en un día, se hubiese podido reunir tanta gente en todo el mundo!—Al propio tiempo, vió como entraban en el golfo de Rosas todas las embarcaciones, cuyo número era infinito, y dijo así mismo:—Plázcaos, Señor Dios verdadero, no desampararme; antes sea vuestra ayuda conmigo y con mis gentes!—Lo propio que hacia el Señor rey de Aragon, maravillándose de lo que veía, hacíanlo también todos cuantos lo contemplaban; y hasta el mismo rey de Francia y los que iban con él, quedaban sumamente maravillados, por no haberse visto jamás reunidos de este modo, y en un llano como aquel, donde no hay ni un árbol tan siquiera, antes es toda tierra campa y de labranza; que tal es Peralada, pues de la una parte, llegando hasta la mitad de la villa, hay el llano de los campos de labranza, y de la otra hay los ríos que pasan cerca de la huerta, la cual es digna de ser vista. No era ninguna maravilla ver allí congregada tanta multitud de gentes, pues había mas de veinte mil caballos armados, á sueldo del rey de Francia y de la Iglesia, y mas de doscientos mil hombres de á pié, siendo mucha la gente que había acudido para ganar las indulgencias, pues la había de pena y culpa; así que, por tal razón, era sin fin la gente que allí había.» (Version castellana por D. Antonio de Bofarull.)

² *Crónica catalana*, loco citato.

confiesa haber conocido á esa muger ¹, la cita únicamente por el sobrenombre *La Mercadera* (Na Marcadera).

Y es tanto menos de disculpar la omision, por cuanto el mencionado cronista, por punto general no muy sóbrio en detalles, concede al hecho heroico de esa muger la suficiente y bien ganada importancia para dedicarle un capítulo especial en su obra ².

Y como para justificar y esclarecer mas las circunstancias en que ocurrió el hecho, Montaner prepara su narracion con este párrafo:

«Nada perdieron en no entrar ni salir de Peralada, por la parte de
«la huerta, lo que duró por espacio de cinco dias, pues de cuantos
«franceses, ó de los demás que eran de la hueste del rey de Francia,
«entraban allí por su desgracia, no salia uno que no quedase ó muerto
«ó prisionero, porque es de saber, que la huerta de Peralada es de los
«puntos mas fuertes que en el mundo haya, de modo que no puede
«entrar un hombre que no se pierda, si quieren los de la poblacion;
«que no hay quien pueda saber el paso, á escepcion de los naturales
«de la villa, acostumbrados á vivir en ella ³.»

Conocidos estos antecedentes, se comprende que la repulsion que los naturales del país invadido conservaban contra los invasores, se diese á conocer en hechos tan significativos y elocuentes como este:

«Una muger de Peralada, muy discreta y de arrogante figura,
«conocida por el sobrenombre de *La Mercadera* por tener tienda
«de comercio, salió de la villa en direccion á un huerto de su propie-
«dad situado en la comarca, vestida con una túnica de hombre,
«espada pendiente de su cinto, lanza y escudo. Ocupábase en arrancar
«algunas berzas, cuando percibió cerca de sí sonido de campanillas y
«cascabeles, y sospechando que andaria por allí algun francés; corrió
«á un riachuelo lindante con su huerto, donde en efecto estaba un
«soldado enemigo montado en un caballo, con su petral lleno de cam-

¹ «En Peralada havia una fembra, que yo conegui e viu, que havia nom Na Marcadera.» (*Id. cap. CXXIV.*)

² De maravilla califica Montaner ese rasgo de valor, diciendo: «E comptar vos he una maravella, que fo axi veritat, com es veritat ço que cascu vases.» (*Ibid. cap. CXXIII.*)

³ *Ibid.* version y capítulo antes citados.

«panillas y cascabeles, que forcejaba por hacer salir al bruto de aquella
 «pequeña hondonada: verle, levantar la lanza y herirle con tanta furia,
 «que el arma atravesó el muslo del caballero y la silla, y se quedó
 «clavada en las carnes del caballo ¹, desenvainar la espada, descargar
 «un terrible altibajo á la cabeza del alazan que le atontó, coger la brida
 «y arremeter al francés gritando:—«Caballero, muerto sois, si no os
 «rendis;» todo esto fué obra de un instante. Aterrorizado el paladin
 «por tan descomunal ataque, y rendido por el dolor de su herida,
 «entregó á la bizarra guerrera su pica ², y ella le arrancó la lanza,
 «que aun tenia clavada, y le condujo prisionero á la villa, de lo que
 «todos se mostraron en extremo maravillados, como que el rey y el
 «infante nunca se saciaban de oirle referir las circunstancias de su
 «arriesgada pelea. Doscientos florines de oro que aprontó el francés
 «para su rescate, fué el premio que se adjudicó á la gallarda amazona
 «de Peralada ³.»

El suceso que acabamos de narrar, hubo de ocurrir á últimos de
 Junio de 1285; y si ha quedado consignado en la historia para enal-

¹ Ignoramos en qué puede fundarse Feliu de la Peña al referir el comienzo de este hecho en los siguientes términos:

«Saliendo á su huerto con espada y rodela, encontrada de un caballero francés que con la lanza la hirió en las piernas, le embisti-
 tió con su espada.» etc. *Anales de Cataluña, lib. XI, cap. XIX.*

Montaner no dice una palabra de que la muger hubiese sido herida. «E com fo al ort, ella sentí campanelles, e maravellas, e
 tantost levas de cullir les cols, e anasen a aquella part per veure que era: e guarda, e vae en lo rech, que era entre lo seu ort e un
 altre, un cavaller frances, ab son cavall armat, e ab lo pitrall de campanelles, e anava sa ella, que no sabia per hon sen exis. E ella
 que lach vist, cuytas á un pas, e secut li la llança.» etc. *Crónica catalana, cap. CXXIV.*

² *Lo bordo*, dice Montaner; y su traductor, D. Antonio de Bofarull, usa la palabra *bordon*, y salva su parecer con la nota que
 á continuacion transcribimos:

«Creo que así se llamaria, por su semejanza con el bordon de los peregrinos. El conde de Clonard, en su *Historia orgánica de las
 armas de infantería y caballería españolas*, tomo 1.º, hablando de esta arma y refiriéndose á Montaner, la llama *estoque de bordo*, cuya
 denominacion, en castellano, podria hacer sospechar que fuese arma propia de la marina; pero debe tenerse presente que en las edi-
 ciones antiguas, y mas en las que solo se reproducen códices de los siglos medios, no hay acentos, como no los tienen tampoco los
 manuscritos, de manera que la dificultad, en este caso, queda zanjada, añadiendo un acento á la última ó, ó leyendo la palabra como
 si lo tuviese, esto es, *bordó*, cuya terminacion, en catalan, equivale á la de *on* en castellano ó en francés, como *bastó*, *baró*, que en
 estas lenguas es baston, baton, baron. Cree dicho autor como verosímil que el bordon y la broncha guardaban un término medio en-
 tre la espada y el puñal; mas, el término medio, en mi concepto, no es entre estas dos armas y sí entre la espada y la lanza, pues, por
 el contenido de otros capitulos, se verá que con el bordon se da estocada y cuchillada, y hasta se afianza en el pecho para herir de
 frente. Esto me inclina á pensar si el *bordon* seria verdaderamente un bordon, es decir, un palo corto, con hierro cortante al extre-
 mo, y con un ahugero en la contera, para clavar en él ciertas puntas movedizas que se encuentran, á veces, en el centro de algunas
 corazas antiguas. Apesar de ser el nombre francés, Buchon ha traducido *estoc*, lo que me prueba cuán pocas serán las noticias relativas
 á esta arma en Francia.»

³ Pi y Arimon, *Barcelona antigua y moderna*, tom. 2.º pág. 526.

tecimiento de una verdadera heroína, no sirve menos para muestra de lo que puede el amor patrio, aun cuando se cubra con la débil coraza de un pecho mugeril.

No merece disculpa el cronista Montaner por haber guardado en silencio el verdadero nombre de la esforzada Mercadera, cuando tan fácil habia de serle su averiguacion, ya por ser Peralada la patria del citado cronista, ya por la relacion personal que con dicha muger supone haber tenido.

Mas nos complaciera entonces pagar este tributo de admiracion y de respeto á la que supo representar y traducir por tan singular y no esperada manera el espíritu que animaba á todo el pueblo. *Na Mercadera* puso en esta accion heróica, no solamente el empuje de su brazo, la serenidad de su ánimo, la fuerza de su sentimiento, y la noble altivez de su porte, sino tambien el bélico ardor de todo un pueblo, dispuesto á todo linage de sacrificios en ódio á los franceses invasores.

Cuando se presenta al asombro de propios y extraños un rasgo de la índole del que hemos narrado, no es obra exclusiva de un individuo, sino tambien del espíritu público. El protagonista podrá ser uno, enhorabuena; pero ese uno es la personificacion de una colectividad. Sin el entusiasmo que se derrama por todo un pueblo; sin la atmósfera de patriotismo, de que el pueblo se nutre, no tendrian efecto esos extraordinarios arranques de valor, esos rasgos individuales de heroismo.

Por esto, en la Mercadera de Peralada, debe reconocerse la personificacion del entusiasmo patriótico que dominaba á la sazón á todos los habitantes de Peralada. La bien apuesta y esforzada muger fué el brazo del pueblo.

Los hechos subsiguientes vinieron á demostrarlo.

Condes, ricos-hombres, y barones, todos cuantos en Peralada estaban, hicieron presente al Rey de Aragen, D. Pedro, la conveniencia de que se marchase con el Infante D. Alfonso, ya para mayor seguridad de sus personas, ya para disponer en el país lo mas acomodado al buen éxito de la guerra.

No le parecieron al Rey desprovistas de fundamento estas razones; y dejando confiada la villa al conde de Pallars y á D. Guillermo de Anglesola, presidiandola además con mil almogávares de los cinco mil que tenia á su inmediato servicio, salió de Peralada. Mas como al marchar encareciese á sus habitantes la lealtad, hubo de oír el Rey D. Pedro la siguiente respuesta de los prohombres de la villa:

«Señor, no temais por este lugar, que es fuerte y capaz, bien provisto de víveres y de gente, y, con la voluntad de Dios, tanto hemos de hacer, que hemos de acorrallar al rey de Francia, sin que pueda pasar mas adelante, y si lo hace, le romperemos las barreras y los caminos, y les privaremos que puedan llegarles víveres ¹.»

Altiva respuesta que, siendo dada por un pueblo, á la vista de un ejército numeroso y temible como el que no habían visto otro, da bien á entender la no domada altivez de los hijos de Peralada, y su resolución inquebrantable de someterse á sacrificios de todo género.

Uno grande y sin igual tuvieron que aceptar en breve. Peralada fué incendiada por sus propios defensores, saliendo de ella «toda la gente, sin que quedara persona alguna, salvo una buena muger llamada Na Palomera, que se fué al altar de Santa María, á la que tenia gran devocion, diciendo que allí queria morir; y si bien lo dijo, encontróse que bien lo supo cumplir por su amor ².»

Haciendas y vidas sacrificaron los de Peralada en defensa de su Rey y en odio á los invasores. «Por lo mismo, sigue diciendo Monta-

¹ Montaner, traduccion citada, cap. CXXV.

² *Id. ibid.*

Nótase en los autores alguna discrepancia en la apreciacion de este notable hecho.

Lafuente (D. Modesto) en su *Historia de España*, tom. VI, pág. 177, dice:

«Como se lamentase el rey de no poder defender la villa de Peralada, y del daño que desde ella podian hacer los franceses en todo el Ampurdan, el vizconde de Rocabertí, que era señor de la villa, le respondió:—Dejad, señor, que yo proveeré de remedio, de modo que ni los enemigos la tomen, ni de ella pueda venir daño á la comarca. Y marchando á ella con su gente, púsole fuego y la redujo á cenizas. Por tan heroica accion fué destruida la villa de Peralada.»

Feliu de la Peña, *Anales de Cataluña*, lib. XI. cap. XIX, dice que los almogávares, «apenas partido el Rey, pusieron fuego á la villa por el deseo que tenian de combatir con los enemigos en campaña, por el provecho del pillaje.»

Montaner es mas incisivo y malicioso con los almogávares; pero aun imponiendo á estos toda la culpabilidad y toda la fea nota que la misma envuelve, deja entender el patriotismo de los habitantes de Peralada, no menos leales al rey y entusiastas por la patria despues de su propia ruina, que antes de sufrir daño alguno en vidas y haciendas.

ner, el rey de Aragon, sea quien fuere, está siempre obligado á hacer bien á dicha villa de Peralada en general, y particularmente á cada uno de sus naturales; y asimismo al señor de la villa, que, segun es fácil de saber, perdió todo cuanto tenia en servicio del señor rey de Aragon, como me sucedió á mí y á otros, que habiendo perdido gran parte de lo que allí teníamos, no hemos podido volver despues, antes hemos tenido que correr el mundo, buscando fortuna, á fuerza de mal trabajo y de muchos peligros porque hemos pasado, como que la mayor parte de los referidos habitantes han muerto en dichas guerras de la casa de Aragon.»

Hè aquí por donde hemos podido decir con toda exactitud, que la accion heróica de la Mercadera era fruto del espíritu que alentaba á todo un pueblo. Cuando la atmósfera que se respira, está impregnada de patriotismo, los arranques individuales, si enaltecen al héroe, honran al pueblo del que ha tomado el héroe los sentimientos que le inspiran.

Las ruinas de Peralada, ofrecidas gustosamente en holocausto al amor de su rey y de la honra patria, son la mejor y mas venerada tumba de heroínas como la Mercadera. Y así como nadie pregunta por las tumbas y los epitafios de los indómitos defensores de Sagunto y de Numancia, porque su tumba es la historia, y su epitafio consiste en la inmortalidad de la fama; así tambien cronistas é historiadores han enaltecido mas y mas á la Mercadera de Peralada, dejándonos ignoradas las circunstancias de su muerte y sepultura.

Tal vez sucumbió entre las incendiadas ruinas de una villa que si daba mugeres valientes para rendir á soldados armados de todas armas, daba tambien hijas que, fortalecidas por la fè y el patriotismo, esperaban con tranquilidad una segura muerte al pié de los altares; tal vez halló mas fatigoso, aunque no menos admirable, término á su carrera por montes y breñas preferidas como morada por los que lo aceptaban todo, menos rendirse al extranjero. Sea como fuere, la Mercadera de Peralada ha encontrado en las crónicas una mas enaltecida y respetada tumba que tiene por epitafio la inolvidable fama de una accion heróica.

Y así como el patriotismo de la Mercadera no era privativo, sino que arrancaba del patriotismo de todo el pueblo de Peralada, así el alto ejemplo de esta villa hubo de revelar en otras partes lo arraigado y eficaz del sentimiento patrio. Otra población, mas importante todavía que Peralada, ofrecióse á sepultarse en sus ruinas, si así convenia al bien público y á las exigencias de la defensa contra el extranjero ¹.

De esta suerte viene á quedar comprobado por varios, pero acordes, hechos el alto valer de una acción heróica, pocas veces consignada en crónicas é historias, si es que tuvo ejemplos anteriores ó ha obtenido posteriores imitaciones.

En brevísimo espacio de tiempo sucedieron al heroismo de La Mercadera, la resignación cristiana de otra muger que al pié de los altares se hace mártir por la patria, el sacrificio de todo un pueblo que por su Rey y por su patria consiente gustoso en perder sus hogares y haciendas, y el ofrecimiento generoso y raro de otra población que por los mismos y levantados objetos se apresta á convertirse en ruinas y cenizas.

Arranques de tal naturaleza ni son frecuentes ni son comunes á todos los pueblos. Para producirse han menester el arraigo de gran-

¹ Castellón de Ampurias, por boca de sus prohombres, ofreció al Rey D. Pedro pegar fuego á la población, abandonarla, y seguir, junto con sus mugeres é hijos, al monarca aragonés á donde fuese.

Y para que se vea el fundamento en que descansa esta noticia, transcribimos á continuación las textuales palabras de Montaner:

«Si que tantost com los prohoms saben que Peralada era estada cremada per los almugavers, sen anaren a llur senyor, lo compte, e digueren li:—Senyor, digats al senyor rey Darago qui ve, que si ell e los cavallers volen entrar en la vila, queu poden fer; mas no volem que almugaver negu hi meta lo peu; que aytal farien de nos com han feyt de Peralada. E pregam vos, quens donets consell, que volets que nos façam; que sius volets, nos som prests e aparellats que desampararem Castallo, e queus seguirem ab nostres mullers e ab nostres infants, e nos mateixos metrem foch á la vila..... E lo compte respos e dix los:—Prohomens, yo exire al senyor rey, e exits hi XX de vosaltres qui parlen per tota la vila, e així veurem lo senyor rey que volra ne manara; que tot quant ell volra vul jo que sia feyt.—E senyor, digueren los prohoms, be deys.

«E tantost cavalca lo compte, e anaren ab ell XX prohoms de Castallo, e trobaren lo senyor rey qui era prop daqui; e tiraren lo ca una part lo compte e los prohoms, é apollaren hi linfant Nanfos que hi era, e richs homens que hi havia. E tantost los bons homens començaren a dir li a llur senyor, lo compte, ço que ja li havien dit. E com lo compte los hach escoltats, e ells bagren fenida «llur raho, lo compte dix al senyor rey:—Senyor, be havelis entes ço que aquests prohoms man dit, e yo, senyor, respondrels davant vos ço quels resposi en absència vostra: e responch los axí, que ço que vos, senyor, volrets dir ne manar dells e de tot lo comptat, «que axí vull ques segueixca. E si volets vos, senyor, que yo mateix hi meta foch, encontinent será feyt. Que per cert, mentre vida «haja el cors, de la vostra carrera yo nom partiré.» *Crónica catalana, cap. CXXVI.*

Para complemento de noticias añadiremos que al poco tiempo, y obtenidos ya notables triunfos, el Rey de Aragon pensó en recompensar los sacrificios hechos por la villa de Peralada, reconstruyéndola, y dispensando á sus habitantes muchos dones y gracias. *Montaner, obra citada, cap. CXL.*

des sentimientos, y una generacion en que hallen atmósfera propia las almas de gran temple.

En un pueblo y en circunstancias en que el heroismo tuvo tantos émulos, bien se comprende, por extraordinaria y singular que parezca, una heroína como *Na Marcadera* de Peralada.

DOÑA MARÍA DE PORTUGAL,

MUGER DE D. ALFONSO XI DE CASTILLA.

I.

Muestras de asombrosa virilidad fueron legadas en crecido número á la historia por la altiva raza de los españoles , atareados por espacio de setecientos años en la reconquista de su patria.

Para luchar, sin un momento de desánimo, con la belicosa raza de los árabes invasores , se necesitaban héroes, y España los tuvo. Vidas y haciendas gastaba pródigo el pundonor de los españoles , ofreciéndolas como generoso tributo al levantado pensamiento de la expulsión de la media luna; y ¡qué era sacrificar vidas y haciendas! La vida propia se tiene en menor estima que la vida de un hijo , y los españoles engendraron Guzmanes que no vacilaban un punto entre la vida de un hijo y la lealtad á la patria.

Por espacio de siete siglos de no interrumpida lucha , no conoció España una generación que desmereciese de sus antecesoras. Hijos engendrados en la altivez de raza , fueron altivos y pundonorosos como sus padres; educados en el valor y en las proezas, supieron hacerse familiar el heroísmo y asombrar al mundo con el menudear de las hazañas propias.

Mas , si esas muestras de virilidad no merecen por cierto ser consideradas como cosa chica y de un valer disputable , no constituyen sin embargo por sí solas el portentoso cuadro de la pujanza de la

española raza en aquellos tiempos tan memorables como enaltecidos por propios y extraños.

Como si la fogosidad y los brios nunca bien domados tuviesen escasas ocasiones en que gastarse con provecho, allegábanse á los belicosos quehaceres ocasionados por la raza árabe las perturbaciones propias en que andaban metidos, como por tradicion y por herencia, los españoles: las incesantes guerras con los moros se compaginan en la historia con los trastornos é inquietudes interiores, con los desacordados alborotos de nobles cristianos, y con las rivalidades domésticas, tan en mala hora buscadas, como generadoras de bajos sentimientos y derrochadoras de varonil aliento en menospreciados y ruines usos.

Y si por ende se descubre la exuberancia de vida y de fortaleza que por distintos conceptos y por varias suertes hubieron menester aquellas generaciones, hoy contempladas con asombro por sus tan mudados descendientes, no se averigua menos por ahí la razon secreta de la grandeza de ciertas almas que, sin desplegar brios propios en campos de batalla, dieron en los combates del corazon señaladas prendas de gran temple.

Las tempestades del alma pueden ser tambien un campo de proezas: donde no se suelta y se desata el valor físico, puede resplandecer el valor moral: ¡quién sabe si para el último se requiere á veces mayor virilidad que para las varoniles proezas de las armas!

Admiradores de la virtud, de la resignación, y del probado temple de un alma retada á singular y desventajosa batalla con callados y no por esto menos terribles sufrimientos; es justo que fijemos alguna atencion en la, por tanto tiempo, desdeñada muger de D. Alfonso XI de Castilla, aun á riesgo de ver eclipsadas esas altas prendas en la ausencia de mas fáciles, si bien mas meritorios y menos frecuentes, triunfos. ¡Debilidades de la condicion humana!

II.

Por singular y no esperada ocasion vino Doña María, Infanta de Portugal, á sentarse en el trono de Castilla.

Revueltas las tierras, enemistados los señores, y en desconcierto los negocios anduvieron, mientras en Valladolid esperaba el advenimiento de su mayor edad el Rey D. Alfonso XI de Castilla, que mas adelante habia de grangearse el sobrenombre de *Justiciero*.

Amaneció por fin, y bien era de estimar que amaneciese, el dia 13 de Agosto de 1325. Préviamente anunciada al concejo de Valladolid la urgencia de tomar por sí las riendas del gobierno, el nieto de Doña María de Molina la *Grande* acordó reunir cortes en Valladolid; y haciendo ya uso de autoridad propia, despachó cartas convocatorias á los tutores, prelados, ricos-hombres y concejos, usando de su sello en estos documentos.

Las cortes declararon llegada la mayor edad del Rey, y todos los concurrentes, por sí y á nombre de sus representados, acataron al nuevo monarca, le prestaron vasallage, y le concedieron considerables subsidios.

Síntomas de paz eran estos plausibles precedentes; pero duraban todavía los hábitos de rebelion que por tantos años habian sido estorbo á la prosperidad de los pueblos; y los Infantes que habian sido tutores del Rey y que acababan de jurarle, volvieron á ponerse bien con sus al parecer dejadas revueltas.

Cumple hacer una excepcion en favor del Infante D. Felipe; mas con respecto á D. Juan Manuel y á D. Juan el Tuerto, concertáronse para la conjuracion, y en prenda de duradera y sólida alianza convi-

nose entre ellos el matrimonio del segundo con la hija de D. Juan Manuel ¹. Tenia por nombre Constanza.

Dando muestras de hábil político, en la edad de quince años, muy temprana para tan previsores propósitos, el Rey D. Alfonso, mas cuidadoso de evitar contiendas á los pueblos, que de halagar estímulos propios, trató de separar á los dos Infantes, concertados en su daño; y al efecto pidió á D. Juan Manuel la mano de Doña Constanza.

O veleidoso por carácter, ó ambicioso por temperamento, D. Juan Manuel descuidó el deber sagrado de la palabra empeñada, y cedió á la tentacion de que su hija ocupase el trono de Castilla. Ajustóse el matrimonio en Peñafiel, y se convino que el Rey daría en prenda de

¹ D. Modesto Lafuente, en su *Historia de España*, tomo VI, pág. 470, dice que Doña Constanza *se hallaba á la sazón viuda*. Si la construccion de la frase fuese otra, hubiéramos creído que semejante especie, ó era un *lapsus* de la pluma, ó una errata inadvertida de imprenta.

El P. Maestro Florez, en su obra *Memorias de las Reinas Católicas*, pág. 606, tratando del convenio de los dos Infantes en daño del Rey, dice de D. Juan el Tuerto, *que se hallaba viudo á la sazón*, ó sea, al concertar su enlace con la hija de D. Juan Manuel.

Esto último podrá ser exacto; mas en cuanto á lo consignado por el señor Lafuente, no hemos sabido hallar en qué fundarlo. El propio historiador conviene con todos los cronistas ó historiadores, en que el matrimonio de Doña Constanza no se consumó entonces *en razon á la tierna edad de la infanta*. Y se confirma á sí propio en este concepto, por lo que añade luego, ya en alguna nota, ya en el texto de la obra.

Verdad es que podría entenderse la viudez en el sentido de que Doña Constanza, en su infancia, hubiese sido prometida á este ó aquel caballero principal, y por muerte de este hubiese venido á quedar viuda aun antes de llegar á edad núbil. Pero por mas que hemos buscado datos en que fundar semejante suposicion, es lo cierto que ni escritor alguno la ha indicado, ni se desprende de las noticias que tenemos con respecto al citado Infante.

La *Crónica* escrita por el propio padre de Doña Constanza, no da lugar á suponer viudez ni contrato ó compromiso alguno matrimonial anterior, con respecto á la misma.

D. Juan Manuel habia tenido á Doña Constanza en su segundo matrimonio celebrado en Játiva en el año 1312, segun nos dice el mismo en su *Crónica*: «Era MCCCL contraxit Domnus Joannes cum Infantissa Domna Constantia in Xativa, in Aprili.»

Su primer matrimonio, contraído á la edad de diez y ocho años, fué celebrado en 1300 con la Infanta Doña Isabel, hija del rey de Mallorca, que murió al año siguiente, segun se desprende todo de la citada *Crónica* que tenemos á la vista.

La concision con que está escrita esa obra, no da lugar á detalles: así es que D. Juan Manuel no dice una palabra del nacimiento de su hija Doña Constanza; mas de la fecha en que fué celebrado el segundo matrimonio del padre, podemos colegir la poca edad de la Infanta en el año 1325.

Por lo demás su padre no da á entender, ni antes ni despues, que hubiese mediado palabra alguna de casar á su hija, hasta que concertó sus frustradas bodas con el Rey D. Alfonso XI. Mal podía pues Doña Constanza ser viuda en el año 1325.

Verdad es que este concepto emitido por el señor Lafuente en el texto de su historia, lo contradice el propio escritor en una nota inserta mas adelante, y concebida en estos términos:

«Notemos una coincidencia bien singular. Esta princesa, Doña Leonor de Castilla, habia estado casada con el Infante D. Jaime de «Aragon, heredero de aquel trono y hermano mayor de Alfonso IV. Aquel infante entró en religion sin consumir el matrimonio, y la «princesa volvió virgen á Castilla; ahora va á ser reina de Aragon como esposa del hermano de su primer marido: mientras Doña Constanza Manuel, reina de Castilla, era al propio tiempo devuelta *virgen* á su padre, para casar mas adelante (en 1340) con el Infante «D. Pedro de Portugal, hermano de la segunda esposa de su primer marido, y ser despues reina de Portugal. Extraña suerte la de estas «dos princesas, casadas y vírgenes, para ser otra vez casadas y reinas dentro de las familias de sus primeros esposos.»

su palabra el alcázar de Cuenca, y los castillos de Huete y Lora, con obligacion de serle devueltas estas plazas por D. Juan Manuel, en cuanto el Rey hubiese sucesion en Doña Constanza.

Era esta muy niña todavía para que pudiese el matrimonio consumarse; sin embargo hizose en Peñafiel entrega al Infante D. Felipe, tio del Rey, y á su esposa Margarita; y llegados todos á Valladolid en compañía del padre de Doña Constanza, procedióse á la simple formalidad de los desposorios ¹.

Dábasele el título de Reina; mas no estaba entregada al Rey, sino al cuidado de su antigua aya, llamada Doña Teresa, que atendria, como antes, á la crianza de Doña Constanza.

Concertadas y dispuestas las cosas de esta suerte, D. Juan Manuel aceptó el cargo de Adelantado de la frontera, y hubo de cumplirlo con tanta honra para él y con tanto provecho para el reino, que obtuvo, entre otras ventajas, una señalada y principal victoria contra las fuerzas del Rey moro de Granada, en el mes de Agosto del mismo año (1325).

Andaba D. Juan el Tuerto ² buscando ocasion de otorgar desquites á su resentimiento por la mudanza sobrevenida en D. Juan Manuel, y de satisfacer los móviles de la conjuracion en que se habia convenido con este al salir de Valladolid. Y mientras procuraba con los reyes de Aragon y de Portugal negociaciones dirigidas á semejante intento, ocurriósele al Rey D. Alfonso ponerles embarazo por medio de astutas y malas maneras, impropias de toda persona principal, y mucho mas de un monarca tan mozo.

Prevaliéndose de seguridades, con que de palabra y por escrito venció la repugnancia de D. Juan el Tuerto, no sin fundada sospecha receloso y desconfiado, consiguió D. Alfonso atraerle á su palacio; pero tan agena hubo de ser esa entrevista á la concesion de gracias y mercedes, y al solicitado concierto para emprender la guerra contra el moro, y mucho mas al cebo engañador de un matrimonio con la

¹ «Era cadem in mense Novembris in Valleoli contraxit prefatus Rex cum Regina Domna Constantia, filia supradicti Domni Joannis, filia Infantis Domni Emmanuelis.» *Crónica de D. Juan Manuel*.

² D. Juan el Tuerto, motejado en mal castellano de este modo por ser *Torcido ó Contrahecho*, era hijo de D. Juan, el mas revoltoso Infante de los tiempos de Doña María de Molina.

hermana del Rey,—que todos estos habian sido los fingidos propósitos de llamar al Infante,—como que al estar en palacio fué D. Juan el Tuerto acometido y muerto á puñaladas por orden soberana. Igual suerte corrieron dos caballeros que acompañaban al desdichado Infante ¹.

Tal modo de grangearse el dictado de *Justiciero* debió de hacer que concibiese temores quien habia sido, si bien por breve tiempo, coaligado con D. Juan el Tuerto en daño del Rey. Así fué que el Infante D. Juan Manuel, desamparando el empleo de Adelantado mayor que con tanta gloria desempeñaba en la frontera, se retiró á Chinchilla, sin que ruegos ni órdenes del Rey fuesen ya parte para moverle ².

Ora se tomase pretexto de ahí, ora produjesen algun efecto las gestiones del Rey de Portugal, ora en fin, el concertado enlace del Rey D. Alfonso con la hija de D. Juan Manuel, hubiese sido un ardid para desvanecer la conjuracion amenazadora de los dos Infantes, ello

¹ Quiere algun autor buscar disculpa á esa *justicia* singular y de mala ley, suponiendo que tal vez el Infante D. Juan se insolentó con el monarca, luego que fiando en el salvo conducto entró en la ciudad de Toro; pero fuera de que la suposicion no reconoce fundamento, depone en contra de ella la unanimidad con que todos los historiadores, nacionales y extrangeros, cuentan la manera falsa y aleposa con que se engañó á D. Juan.

Romey califica al Rey D. Alfonso XI con el sobrenombre de *Vengativo*; y sin desatender la buena influencia que el rigor habia de ejercer en que tuviesen término los continuos alborotos promovidos desde muchos años por los Infantes de Castilla, rechaza la manera con que fué engañado D. Juan el Tuerto. Plácenos citar la reseña que hace Romey de este suceso, ya que por fortuna en el presente caso estamos de acuerdo con el juicio de este ilustrado, aunque no siempre bastante imparcial, historiador. Dice:

«Las asonadas que mas y mas prevalecian en Castilla, el desenfreno de la grandeza, los enconos desaforados entre los linages mas esclarecidos, airaron al rey Alfonso, en medio de su sosiego y comedimiento genial, y así echó el resto de su entereza justiciera, «hasta apellidarle luego todos el Vengativo.» Descargó al pronto sus iras sobre D. Juan, señor de Vizcaya, el novio que fué de Doña Blanca, y aun amagó reclamar de Francia á D. Alfonso de la Cerda, desde donde insistía en recobrar el reino de sus abuelos.

«Aparata el rey mozo nueva guerra contra la morisma, y brinda al ausente con el desposorio de su hermana Leonor, y para «desvanecer todo genio de recelo desvía de su corte á Garcilaso, enemigo implacable de la familia. Se presenta y agasajado en convite «grandioso por la festividad de Todos los Santos, se le quita de en medio durante el banquete por disposicion del monarca, y aunque «se le conceptua enemigo, la España toda abomina de tamaña violacion del hospedage, anteponiendo así la utilidad particular á los dic- «támenes de la lealtad pundonorosa.» (Romey, *Historia de España*, traduccion de A. Bergnes de las Casas, tom. 3.º, cap. XVI.)

² Discrepan los autores en punto á señalar el orden cronológico que siguió la renovada hostilidad entre el Infante D. Juan Manuel y el Rey D. Alfonso IX; mas nos confirma en el juicio que hemos emitido en el texto, la circunstancia verdaderamente significativa y notable de que ningun historiador supone ni da á entender, que conservándose D. Juan Manuel en el servicio del Rey, no habria este apartado de sí á la Reina, ni habria llevado adelante su matrimonio con la Infanta de Portugal. El ofendido padre de la desairada Doña Constanza, que podia mejor enterarnos de la verdad, se limita en su *Crónica* á las siguientes palabras:

«Era eadem in octobri præcepit Rex includi Reginam uxorem suam in Castello Taurensi, et privari Regno in suis bonis. — Eadem «era in novembri expedit se Dominus Joannes á Rege; et incepit guerra inter eos.»

es que la llamada Reina Doña Constanza fué enviada á Toro en Octubre de 1327, dándose orden al alcaide de tenerla bien asegurada ¹. Un año despues el Rey D. Alfonso contrajo matrimonio con la Infanta de Portugal Doña María, consiguiéndose sin dificultad la dispensa del parentesco inmediato ².

Por línea materna era Doña María nieta de Sancho IV de Castilla, como á su vez y por línea paterna, era D. Alfonso nieto del propio monarca. Bien se colige por consiguiente lo muy próximo del parentesco que hubo de ser dispensado.

Poseia la Reina Doña María los Lugares de Macientes, Madrigal, Villadiego, y Palacios de Valduerna, y dióle el Rey en arras los alcázares, castillos y villas de Guadalajara, Talavera y Olmedo con todos sus términos, derechos, rentas, jurisdicciones y pertenencias.

Feliz y venturoso amaneció el matrimonio de los reyes de Castilla, menudeando fiestas por varios motivos. De Ciudad-Rodrigo, á donde se habian trasladado las cortes de Portugal y de Castilla despues de

¹ Poco mas de un año permaneció Doña Constanza encerrada en Toro, pues en el mes de Noviembre del año siguiente fué devuelta á su padre D. Juan Manuel. *Era MCCCLVI duxerunt Domno Joanni filiam suam in Novembri.*

De los ulteriores destinos de Doña Constanza no puede ya darnos noticia su padre, cuya *Crónica* termina en el año 1329. Doña Constanza casó en 1340 con D. Pedro, Infante y despues Rey de Portugal. Dejó en menor edad dos hijos, la Infanta Doña María y el Infante, despues Rey, D. Fernando; pues murió á los pocos años de casada, ó sea, á los 13 de noviembre de 1345, dándosele sepultura en un convento de Santaren.

En cuanto á D. Juan Manuel no tardó en prestarse á una avenencia con el Rey, sin duda mas por temor que por buena voluntad, segun se desprende de la mal encubierta tirantez con que en 1328 se hicieron tentativas de avenencia que no se realizaron hasta el año siguiente. Hé aquí las palabras de la *Crónica*:

Eadem era in Octobri (año 1328) tentata est compositio inter Regem et Domnum Joannem.

Eadem era in Decembri ordinatum fuit, quod viderent se Rex, et Domnus Joannes, quilibet cum decem, prope Pontem Dorii, et esset Rex in Coriel, et Domnus Joannes in Penna fidei: et stetit Domnus Joannes cum suis decem... tota Feria II et III ad Pontem, et Rex stetit cum sua familia ex Coriel: et tandem noluit Rex quod se viderent.

Eadem era in Junio (1329) iverunt ad Domnum Joannem Episcopus Ignatius, et nobiles Milites et nonnulli de Civibus ex parte totius Regni ad finandam pacem inter Regem et Domnum Joannem.

Eadem era in Augusto venit Episcopus Ovetensis Domnus Joannes de Campo in Rupem fidelem cum provisione Regis, per quam dabat Domno Joanni Aza et Galve; et finiret pacem, consentientibus Domno Joanne et Domno Joanne Nunii, ac cunctis suis sororibus.

Con esta declaracion de avenencia acaba la *Crónica de D. Juan Manuel*, que es una de las mas importantes fuentes para una parte de nuestra Historia.

² Algunos escritores suponen haberse efectuado este matrimonio prévia dispensacion del parentesco; y aun pudiera ello colegirse de la letra de la *Crónica* de D. Juan Manuel, como no se tengan por especialmente intencionados, segun así los toma Florez, dos puntos suspensivos intercalados por el Infante cronista, cuando dice: *Eadem era in Septembri contraxit Rex cum filia Regis Portugalie consanguinea... dispensatione Papae*. Pero es cosa cierta y averiguada por diferentes testimonios que la dispensa fué solicitada, aunque fácilmente obtenida, despues de verificado el matrimonio.

celebrada la boda en Fuente Aguinaldos, y en donde hubo de prolongarse por pocos dias la permanencia por enfermedad de la Reina Doña María, partió la corte castellana á Salamanca y á Medina del Campo, en donde se ajustó la boda de la Infanta Doña Leonor, hermana del Rey, con el de Aragón, D. Alfonso IV, recién coronado en Zaragoza ¹.

Pasaron luego los reyes á Valladolid; y con motivo de acompañar á la Infanta Doña Leonor, visitó Doña María á Búrgos, Logroño, Calahorra, Alfaro, Agreda y Tarazona donde se celebró en el mes de enero de 1329 el matrimonio del Rey de Aragón, «con grande acompañamiento de prelados, ricos-hombres y caballeros de ambos reinos.»

No tardó muchó Doña María en sentir el aguijón de los disgustos domésticos, á causa de la tardanza en tener sucesion. Asi fué que habiéndose presentado en 1331 síntomas de alcanzarla, tuvo el Rey grandísima satisfaccion, dándola á conocer con públicas y solemnes demostraciones.

«Entonces resolvió el Rey coronarse solemnemente, y renovar la «antigua costumbre de armar de caballeros á los mas ilustres, honra «que con las turbaciones precedentes se habia interrumpido. El mismo «Rey pasó á Santiago de Galicia á armarse de Caballero ante el Altar «del Santo, donde veló sus armas toda la noche, y en amaneciendo las «bendijo el arzobispo de Santiago D. Juan de Limia, y luego el mismo «Rey se armó de yelmo, gambar, loriga, quixotes, cañiletas, zapatos «de hierro, y espada: y hecha esta ceremonia volvió á Búrgos, donde «estaban congregados los Prelados, Ricos-hombres, Infanzones, é «Hijos-Dalgo de las ciudades y villas, mandados venir á la coronacion «del Rey, y á recibir caballería. Todos concurrieron, menos D. Juan «Manuel, y D. Juan Nuñez de Lara. Habia el Rey preparado grandes «paños de oro, seda, escarlata y pedrerías, con muchas espadas

¹ De las fiestas de esa coronación tratan extensamente cronistas é historiadores, y bien se descubre por ahí cuan espléndidas, concurridas y bajo todos conceptos extraordinarias fueron ellas. Y como los gastos de esas fiestas eran recientes, sin duda debieron de escatimarse algun tanto las suntuosidades y magnificencias al efectuarse poco despues el matrimonio del monarca, con tanta esplendidez coronado. Montaner cierra su *Crónica* con la reseña de las fiestas de esa coronacion, dándolas como principio de prosperidades y venturas para todo el reino.

«guarnecidas de oro, plata y cintas. Para sí tenia dispuesto un caballo
«soberbiamente enjaezado, y montando el Rey en él, le puso una
«espuela D. Alfonso de la Cerda, hijo del Infante D. Fernando, que
«se habia apellidado Rey de Castilla, y la otra espuela se la puso
«D. Pedro Fernandez de Castro, volviendo los mismos á quitárselas,
«cuando llegó á la iglesia de Santa María de las Huelgas. Poco des-
«pues le siguió la Reina Doña María su muger, que iba preciosamente
«vestida, y con numerosa comitiva de señoras, señores y prelados.
«Llegados todos á la iglesia, se sentó el Rey á la derecha de la Reina
«en un magnífico estrado, cubierto de paños de oro muy exquisitos.
«Estaban presentes el arzobispo de Santiago, y los obispos de Búrgos,
«Palencia, Calahorra, Mondoñedo, y Jaen, vestidos de pontifical, con
«mitras en la cabeza, y báculos en las manos, á los dos lados del
«altar. Al llegar el arzobispo que habia de decir la misa, oficiada por
«las señoras religiosas de las Huelgas, salieron Rey y Reina desde su
«trono, y se pusieron de rodillas delante del altar, haciendo sus ofren-
«das, y los obispos los bendigieron con muchas oraciones, y luego
«descosieron los vestidos del Rey por el hombro derecho, y el arzo-
«bispo le ungió la espalda derecha con óleo bendito preparado para
«este fin. Bendigieron los prelados las coronas que estaban en el altar,
«y se fueron á sus asientos. Desocupado el altar, subió el Rey á él, y
«tomando su corona de oro esmaltada con muchas piedras preciosas,
«se la puso en la cabeza: luego puso otra á la Reina; y ambos coro-
«nados se volvieron á poner de rodillas ante el altar, en cuya dispo-
«sicion perseveraron hasta que fué alzado el Cuerpo del Señor, y
«despues de haberle adorado, volvieron á los asientos de su trono, en
«que estuvieron con las coronas puestas hasta el fin de la misa. Aca-
«bada ésta, se fué primero el Rey, y despues la Reina á su palacio,
«con la misma comitiva que trajeron, haciéndose grandes fiestas por
«la coronacion, y armando despues de caballeros á los que debian ser
«honrados, concurriendo tambien la Reina á aquella accion ¹.»

1 Florez, *Memorias de las Reinas Católicas*.

Poco habian de halagar empero á Doña María estas demostraciones de regocijo público, pues á despecho de hallarse próxima á dar sucesion al Rey, la inquietud devoradora se habia abierto paso en su pecho, y no habia de abandonarlo sino despues de muchos años gastados en amarguras.

III.

Habia en la ciudad de Sevilla una señora principal, llamada Doña Leonor de Guzman. «Era dueña muy rica, dice la *Crónica de Don Alfonso XI*, et muy fija-dalgo: et era en fermosura la mas apuesta muger que avia en el reino.» Jóven todavía, pues contaba diez y nueve años de edad, la hermosísima hija de D. Pedro Nuñez de Guzman y de Doña Beatriz Ponce de Leon, era viuda de D. Juan de Velasco.

Con ocasion de la guerra que el Rey D. Alfonso XI promovió contra el moro, tuvo ocasion de conocer en Sevilla á Doña Leonor. La poca edad del Rey que contaba solo diez y siete años, la hermosura y el no vulgar talento de dama tan principal, y por último la circunstancia de no aparecer en la Reina Doña María sintomas de sucesion con tanta prontitud como á la impaciencia del monarca parecia acomodarle, todo ello pudo contribuir á la violenta pasion que habia de ser causa generadora de tantos disgustos y calamidades.

Ya fuese por impulsos de honestidad y recato, ya fuese por discrecion y calculado arte, como es mas de sospechar, Doña Leonor ¹ no se hizo fácil en ceder á los galanteos del Rey, hasta que le tuvo sujeto á su voluntad y tan locamente prendado que no hubo de temer desamor ni alejamiento. Y para mayor afianzamiento de estas relaciones

¹ Dale algun autor el nombre de *Juana*, pero al parecer sin fundamento; por lo que es mas conocida por Leonor.

ilícitas, el Rey hubo en Doña Leonor esperanzas inmediatas de sucesión, que se consumaron, naciendo en Valladolid y á últimos del año 1330 un hijo á quien se puso el nombre de Pedro.

Bien se alcanza á cualquiera lo que hubo de pasar por la Reina Doña María. Tan pronto casada como postergada á los amores de otra muger, jóven, hermosa y apuesta, preveía una no interrumpida serie de disgustos que habian de acrecentarse con los años, y habian de ser natural engendro de las influencias que á la sombra de su favorecida rival se levantarían. Su imaginacion hubo de representarle para mas lejanos tiempos su aislamiento. El desvío del marido; las atenciones que pondría por completo en los hijos habidos en otra muger, ya que no habrían de distraerle hijos que la muger propia no le daba; los cortesanos y gente principal que rodearían á la manceba por ser ella mas seguro valimiento con el monarca; y por último el partido que habian de tener los hijos ilegítimos, todo esto era para la desgraciada Doña María una desgarradora perspectiva que no daba lugar á ilusiones ni á esperanzas.

Confirmáronla en tan enojosos presentimientos las distinciones otorgadas al primer hijo que tuvo el Rey en Doña Leonor. Apresuróse el satisfecho monarca á señalarle casa con Estados y vasallos; nombró para su mayordomo mayor á D. Alfonso Fernandez Coronel, uno de sus mas favorecidos caballeros; y señalóle entre otras las villas de Pernia, Liévana, y Aguilar de Campo, de la cual tomó el recién nacido D. Pedro, el apellido *Aguilar*, con que fué conocido mas adelante.

Lo que Doña Leonor arraigó en influencia y valimiento con el Rey, bien puede adivinarse. «No hacia el Rey cosa que no fuese con su acuerdo, dice Florez, porque fuera de lo que la amaba por su buena cara, se hizo ella muy amable por el genio, talentos y estudio que ponía en servirle, previniendo de suyo cuanto le podía complacer. Este valimiento fué causa de que recurriesen á ella los mas astutos y eficaces en sus pretensiones. El inquieto y poderoso D. Juan Manuel, le envió legados con el sobrescrito de solicitar paz con el Rey, mas

con la realidad de hacerle guerra, sugiriendo á la dama que moviese al Rey á casarse con ella, apartándose de la Reina por su infecundidad, y que con esto pasaria D. Juan Manuel al servicio del Rey. Su buen talento la hizo conocer que la paz disfrazada bajo aquel manto Real, era mas viva guerra, aumentando al Rey otro enemigo en el de Portugal por el repudio de su hija, con lo que D. Juan Manuel se engrandecia; pero fiel á su señor la dama desengañó á los enviados de que jamás haria tal propuesta, ni la aconsejaria á ninguno.»

¡Quién sabe si al fin no hubieran conseguido resultado esas sugerencias! Mas plúgole á la Providencia alejar de la Reina Doña María esos temores, dándole esperanzas fundadas de sucesion. En 1332 dió á luz con toda felicidad en Valladolid á un Infante á quien se puso por nombre Fernando. El pueblo tomó buena parte en las fiestas y regocijos públicos con que fué celebrado este feliz suceso; y el Rey, por tener legítimo heredero del reino, no demostró menos júbilo que su pueblo.

Pero Doña Leonor habia alcanzado en 1331 un segundo hijo llamado D. Sancho; y mientras á ella se le presentaba todo en próspera fortuna, para la Reina aun las alegrías se trocaban en desconsuelos. El Infante D. Fernando alcanzó pocos meses de vida, pues murió en febrero de 1333; y con este contratiempo viniéronle á la Reina Doña María temores de seguir perdiendo en el amor, ya no muy seguro, de su esposo. Y para colmo de contrariedades, su rival, mas afortunada bajo todos conceptos, dióle al Rey nuevas esperanzas de mas acrecentada sucesion.

Verdad es que tambien la Reina dió á conocer en breve iguales síntomas, de los que salió en bien, estando en Búrgos, donde á los 30 de agosto de 1334 dió á luz un niño, llamado luego D. Pedro, que mas adelante habia de alcanzar no muy lisonjera celebridad por el sobrenombre de *Cruel*.

Pudieron proporcionar á la Reina un pasagero desahogo las grandes fiestas con que fué solemnizado el nacimiento del heredero de la corona; pero ya mas adelante, faltáronle nuevas ocasiones de atraerse

por este medio á su esquivo y distraído esposo, pues ya no hubo en la Reina mas sucesion.

En cambio la tuvo numerosa en Doña Leonor, aumentando casi anualmente, y con general y público escándalo, los hijos de la favorita ¹.

No sospechamos que deslumbrada Doña Leonor por esta mayor fortuna que alcanzaba con el monarca, anduviese en proyectos, que algunos le atribuyen, de desembarazarse del estorbo de la Reina ²; pero es de presumir, y los resultados y las apariencias lo confirman, que no perdonaba artes en dejar á la Reina abandonada á un desconsolador aislamiento, y en procurarle públicos desaires.

Era la favorita muy astuta y de no vulgar talento; y por esto comprendió que rodeándose de grande aparato de aduladores y pretendientes, y convirtiendo su casa en una corte, daba á sus escandalosos é ilícitos amores con el Rey la sancion del buen parecer público, tan fácil en adular al vicio, si en la adulacion se alcanza premio, como pronto en tratar con desvío á la virtud, si ella de por sí no trae medro.

Pagando tributo á la debilidad humana, acudian á la morada de la favorita gran tropel de servidores; y no solamente los principales

¹ Los hijos que el Rey D. Alfonso XI tuvo en Doña Leonor de Guzman, fueron los siguientes:

D. Pedro, nacido en Valladolid en 1330, y que, segun hemos dicho en el texto, fué conocido con el nombre de *Aguilar*. Murió en Guadalajara, á la temprana edad de ocho años, á consecuencia de una herida causada por un halcon.

D. Sancho, nacido en 1331. Este fué fatuo.

D. Enrique y D. Fadrique, nacidos de un solo parto en 1333.

D. Fernando, nacido en 1336.

D. Tello, de quien no sabemos el año fijo en que nació, y que llevó el título de *Señor de Aguilar* por muerte del primer hijo llamado D. Pedro.

D. Juan, nacido en 1341.

D. Sancho, cuyo nacimiento corresponde á los años 1342 ó 1343, sin que pueda señalarse fijamente la fecha.

D. Pedro, nacido en 1345.

Doña Juana, única hija que tuvo Doña Leonor, sin que tampoco podamos señalar la época fija de su nacimiento, y solamente sabemos de ella que casó con D. Fernando de Castro, señor de Monforte de Lemos, de quien hubo de apartarse por falta de dispensa de parentesco, aunque sin tener hijos; y mas adelante, en 1366, casó con D. Felipe de Castro, Rico-hombre de Aragon.

▪ Suponen algunos que Doña Leonor, valiéndose de una muger mora y dada á los hechizos, trató de impedir que el Rey tuviese heredero legítimo, dando muerte á la madre y al niño, cuando viniese la ocasion del alumbramiento. Sospechamos que semejante especie, no confirmada en datos ni pruebas, debe de ser una calumnia, tanto mas inverosímil en cuanto consta el buen talento y prevision de Doña Leonor en rechazar los malos consejos que se le dieron antes, para suscitar en su pecho la ambicion de ocupar el trono de Castilla.

señores del reino, y los pretendientes de toda clase y linage buscaban con toda preferencia y con segura esperanza de buen éxito los favores de Doña Leonor, sino que aun los prelados dieron en abandonar la morada de la Reina para frecuentar la casa de la manceba del Rey; manceba de distinguida cuna y de grandes prendas de belleza y de talento; pero al fin manceba notoria y pregonada por las trompetas del escándalo en todo el reino y fuera de él.

Un solo servidor le quedó á la Reina, y fué D. Pedro Alfonso que ya vino de Portugal á su servicio, y mas adelante fué obispo de Astorga. Este fué tan adicto á la Reina Doña María, y tanto se dolió de su desventura, que no contentándose con permanecer ageno á los buenos oficios é influencias de la favorita, no quiso verla ni hablarla jamás, y no reparó en desafiar sus iras, y aun en correr por ello peligro de la vida.

Las demás personas principales que estaban al servicio de la Reina, pasaron sin repugnancia á desempeñar cargos bien socorridos con los hijos ilegítimos del Rey. No sin razon se sospecha que Doña Leonor gastó su influencia en traer á su casa á los mas distinguidos servidores de palacio, que se dieron por bien hallados en sus nuevos cargos.

Y del ningun ascendiente que alcanzó Doña María en el ánimo del Rey, tenemos una prueba que se hizo pública hácia los años 1336. Insistiendo en su propósito de acabar con las perturbaciones movidas en Castilla por los Infantes, el Rey D. Alfonso prosiguió resueltamente la guerra contra D. Juan Nuñez, poniéndole apretado cerco en Lerma. Dábase por inevitable la rendicion de la plaza; y sabidos los precedentes del monarca *Justiciero*, bien podia darse por segura la muerte del sitiado. Ocurrióse pues á los amigos y parciales de D. Juan Nuñez apelar á la intercesion de la Reina, pronta siempre á prodigar bondades; y al efecto partiendo de Búrgos se dirigió á Lerma para mover á su esposo á una resolucion generosa. Nada pudo conseguir la Reina con dulces palabras y sentidas súplicas: el Rey que ya no tenia puesto el amor en ella, y no se daba pena por la continuada

esquivez con que la trataba, la despachó con un desaire, no menos sentido por ser continuacion de desaires de otro linage.

Pudo empero la Reina hallar un lenitivo á su dolor. Su padre, el Rey de Portugal, resentido del humillante desvío con que su hija era tratada, decidióse á tomar con empeño tan pública afrenta. Con este propósito intimó al de Castilla que levantase el cerco de Lerma, pues de otra suerte estaria en guerra con él, y tomaria parte en favor de D. Juan Nuñez. La respuesta, mas altiva que atenta, del monarca castellano, dió origen á una guerra que no hubo término hasta dos años despues; y aun, sabe Dios lo que hubiera durado ella, á no mediar la intervencion del papa Benedicto XII.

Un rey familiarizado en dominar contrariedades de todo género, hasta el punto de haber sometido la altiva aristocracia á la prepotencia del trono, si no reparaba en las amarguras de su prudente y sufrida esposa, menos habia de reparar en los contratiempos que le venian por la ambicion y por los interesados consejos de una favorita. Ocurriósele á Doña Leonor pedir para su hijo D. Fadrique el gran maestrazgo de Santiago que habia quedado vacante; y bastaba la peticion, por ser de quien era, para otorgarla sin réplica y cumplirla á todo trance.

Para colmo de conflictos, estaba hecha ya la eleccion de gran maestre en favor de D. Vasco Lopez; pero fué anulada con rebuscados pretextos que no son de este lugar. Sin embargo, hubo de suscitarse tal corriente de murmuracion, ya por ser D. Fadrique un niño de siete años, ya por ser adulterino, que se suspendió su nombramiento; y sin duda mediaron conversaciones privadas que favorecidas por el claro ingenio de Doña Leonor, hicieron que desistiese del empeño en favor de su hijo. Mas su influencia no quedó desairada, y dejó bien puesto en público su valimiento con el Rey, alcanzando el gran maestrazgo de Santiago para D. Alfonso Melendez de Guzman, hermano de la favorita. Y á despecho de todo, y aun á riesgo de la monarquía, amenazada á la sazón por temible y poderoso enemigo, el Rey que habia negado una leve y honrosísima gracia á la Reina Doña

María, lo posponía todo en el presente caso á un ambicioso antojo y á una pretension escandalosa de su concubina ¹.

Desusado y en realidad imponente aparato de guerra aprestaba el reino en las costas de Andalucía, hasta el punto de considerarse el reino de Castilla tan en riesgo, como lo estuvo en la primera invasion de los árabes. Consideróse pues por el Rey ya indispensable trasladarse á Sevilla; y sin duda con propósito egoísta que luego veremos despuntar, llevó consigo á la Reina Doña María. Ni aun por interés propio supo el Rey hacer pasagera violencia á su pasión, y dispuso tambien que Doña Leonor fuese á Sevilla. Bien se da á entender lo que hubo de sufrir la Reina con semejante vecindad, siéndole preciso varias veces y para desahogo de sus penas retirarse al convento de S. Clemente de Religiosas Bernardas, «de que era muy afectá y devota.»

Por entonces la escuadra castellana, poco numerosa, fué acometida por la flota africana, muy superior en número, siendo inevitable la completa derrota de aquella. Con este motivo, el papa Benedicto XII dirigió al de Castilla una digna y enérgica epístola, encaminada á demostrar que la derrota de la escuadra era un castigo con que Dios avisaba al monarca, y le inducía á la enmienda de sus crueldades como Rey, y de su vida licenciosa como hombre. «Examina tu conciencia, le decia el Papa, y mira si no te dice algo con respecto á esa

¹ En confirmacion de la gran deferencia que Doña Leonor de Guzman merecia al Rey D. Alfonso, véase el siguiente cuadro de los conflictos que trajo el citado nombramiento de Gran Maestre de Santiago.

«Entre los muchos que por censurar públicamente este nombramiento se atraieron las iras del rey y de su favorita, lo fué el valeroso maestre de Alcántara Gonzalo Martinez de Oviedo, el vencedor de Abdmelik, que se hallaba en Jerez. Mandado comparecer ante el monarca, temió por su vida, negóse á cumplir el emplazamiento, y haciéndose fuerte en los castillos y con los caballeros de su órden, dirigió al rey cartas un tanto irreverentes, como dictadas por el despecho. Pasando despues á las plazas de la órden, en la frontera de Portugal, ofreció al monarca portugués ponerlas bajo la dependencia de su corona con tal que le ayudara contra el de Castilla. El de Portugal rehusó dignamente el ofrecimiento, respetando la tregua que entre los dos mediaba, y Alfonso de Castilla se dió á perseguir con su acostumbrada energía y actividad al rebelde maestre, que se habia refugiado y hecho fuerte en Valencia de Alcántara, villa principal de su órden. Costóle al rey una guerra viva y personal, variada en lances y en proezas, así por parte de los que seguian los pendones reales, como de los que defendian la bandera del maestre de Alcántara. Al fin viendo éste la inutilidad de su resistencia, bajó de la última torre en que se habia atrincherado, y se entregó á merced del rey, el cual despues de reprenderle agriamente le mandó juzgar por traidor. *Et Alfonso Ferrandez, dice la Crónica, que estaba allí con el rey... fizolo degollar et quemar por traydor, por cumplir la sentencia que el rey habia dado contra él.* Esto pasaba en los momentos en que Castilla se veia amenazada por los ejércitos de Abul Nassan, y cuando tan conveniente hubiera sido la presencia del rey en las fronteras de Andalucía; pero era primero sacrificar á un ilustre guerrero, y dejar desagraviada á Doña Leonor de Guzman.» (Lafuente, *Historia de España*, tomo 6, pág. 499 y 500.)

concubina á la que, desde tanto tiempo, estás apegado por demás en daño de tu salvacion y de tu gloria.»

Ora produjesen algun efecto estas exhortaciones, ora procediese la resolucion de cálculos previstos, ello fué que el Rey D. Alfonso ^{XI}^{la} pareció volver á mas amoroso trato con la Reina, y hubo de decidirla á negociar con su padre, el de Portugal, para que enviase su escuadra en auxilio del castellano. Doña María, dando al olvido resentimientos propios, no se acordó sino del peligro en que estaba su esposo; y envió á Portugal á su canciller, D. Velasco Fernandez, dean de Toledo, con cartas tan persuasivas, que el portugués no se hizo mas de rogar. Y en efecto las galeras portuguesas arribaron en buena ocasion.

Pero los aprestos del moro eran cada vez mas imponentes, y el Rey de Castilla, atento á rodearse de alianzas y á robustecerse con numerosas fuerzas hasta el punto de tomar á sueldo naves genovesas, por no considerar suficientes las propias y las aliadas, pensó en estrechar sus relaciones con los Reyes de Aragon y de Portugal.

Con respecto al segundo, fué la Reina Doña María mensajera valiosa y eficaz; y conociendo lo que estrechaba el tiempo por la presteza que se habia dado el moro en allegar poderosas fuerzas, dirigióse apresuradamente á Portugal; y con aviso que sin duda se habria transmitido, su padre se anticipó á su encuentro, pudiendo por lo tanto despacharse la entrevista en la ciudad de Eborá.

«La hija expuso al padre, como los moros tenian cercada á Tarifa; que el Rey su señor y marido debia ir á socorrerla; que acaso seria inevitable dar batalla á los Reyes de Marruecos y Granada; que si esta se perdiese venciendo la multitud de los enemigos, seria Portugal despojo de los que avasallaban á Castilla; que la causa comun obligaba á la union de las armas, no tanto por graciosa y amigable alianza, cuanto por confederacion precisa é interesada. Estas breves propuestas no necesitaban añadir que era hija y Reina la que hablaba. La fuerza obligó al Rey de Portugal á ofrecer cuanto pedia ¹.»

¹ Florez, *Memorias de las Reinas Católicas*.

Y poco despues, ó sea, en julio de 1340, firmóse en Sevilla el correspondiente tratado, autorizándolo por parte de Castilla los Reyes D. Alfonso y Doña María, el infante, su hijo y heredero, D. Pedro, D. Juan Manuel, D. Juan Alfonso de Alburquerque, y otros caballeros principales ¹.

Hecho esto, fueron allegándose los preparativos, dióse principio á las hostilidades, y logróse ahuyentar el gravísimo peligro de los reinos cristianos en 30 de octubre del propio año, fecha memorable de la célebre y trascendental batalla del Salado, comparable únicamente á la de Las Navas de Tolosa ².

Fácilmente se alcanza la viva alegría que tuvo la Reina con recibir en Sevilla á su esposo triunfante de tan poderoso y amenazador enemigo que habia puesto en conflicto á la cristiandad. Su corazon habia de anunciarle mejores tiempos, contando con merecer alguna deferencia por la parte que habia tomado en ganar el eficaz socorro del portugués. Mas ¡ah! Doña María no adivinó los intentos de su esposo,

¹ En este tratado se convino el matrimonio del Infante de Portugal, y luego Rey, D. Pedro, con Doña Constanza, hija de Don Juan Manuel, la misma que habia sido prometida en matrimonio, y aun entregada al Rey de Castilla D. Alfonso XI.

² Esta celeberrima batalla lleva el nombre del río ó riachuelo cuyo pago decidió del éxito de aquella accion. Hay en Andalucía varios arroyos conocidos con el nombre de *Salado*. Aunque mas principalmente conocida por este nombre, la memorable victoria á la que nos referimos, recibe tambien de algunos el título de *Benamarin*, y los árabes la titulan batalla del *Wadacelito*.

De su importancia puede juzgarse por el número de los combatientes. La Crónica de Alfonso XI dice «que eran los moros mas que cincuenta et tres mil caballeros, et que avia y mas que setecientas veces mil omes de á pié;» y mas adelante, refiriéndose al recuento que supone hecho por el Rey moro despues de la batalla, dice la propia Crónica: «Faltaron de la gente que pasó aquende que menguaban cuatrocientas veces mil personas.»

Los historiadores árabes, en quienes no puede sospecharse parcialidad en favor de los cristianos, hacen de la batalla del Salado la siguiente reseña:

«A la venida del alba y en el punto que principiaba á clarear el día, se oyeron las trompetas de los enemigos y estremeció la tierra del estruendo de los atambores musulmicos, confundiéndose con los alaridos y atakebiras el agudo sonido de los lelilies y bocinas. «Corria en medio de ambos campos el Wadacelito, y los campeadores cristianos se adelantaron al paso del río, salieron á encontrarlos «á toda brida los esforzados zenetes y gomas y la caballería de Granada: trabáronse ambas huestes peleando con igual valor y constancia, y en lo mas recio de la sangrienta batalla comenzaron á remolinarse ciertas cabilas alárabes, atropelladas de la caballería armada y cubierta de hierro que las acometió, de suerte que fueron desbaratadas y divididas por los enemigos. Al mismo tiempo «salieron de la ciudad cercados y se apoderaron del real de Abul Nasan, de su harem y riquezas, y al punto todos los africanos abandonaron el campo de batalla, que mantenian solos los andaluces acaudillados de su rey Jucef. Viendo éste que la flor del ejército «enemigo cargaba sobre los suyos, y que los africanos huian por todas partes, mandó á sus alféreces retirarse peleando hácia Algezira «antes que todo el ejército vencedor los rodease, y así lo hicieron dejando sangrientas huellas en su retirada. El rey de Fez se acogió «á Gebaltarie, y en el mismo día infausto de la batalla se embarcó y pasó á Ceuta. Fué esta cruel batalla de Wadacelito día lunes «7 de la luna de Giumada, primera del año 741 (1340). El campo quedó cubierto de armas y cadáveres, y fué memorable esta matanza, y pasó á proverbio entre los enemigos aquel aciago día.» (Conde, *Historia de la dominacion de los árabes en España*, parte IV, cap. XXI.)

adherido como nunca á su favorita. Esos amores ilegítimos habian de durar lo que la vida del Rey. Testigos son los hijos que siguió teniendo el monarca castellano en Doña Leonor de Guzman.

Las prosperidades alcanzadas por el Rey no servian sino de nuevos motivos de afliccion para la Reina. Dos años despues de la célebre batalla del Salado, D. Alfonso puso cerco á la plaza de Algeciras, habiendo sido un cerco tenaz y prolongado como pocos. En los incidentes á que dió lugar, ocurrió la muerte del gran maestre de Santiago; y con este motivo pudo la favorita conseguir ahora que esa dignidad recayese en su hijo D. Fadrique. Necesitaba que se le dispensasen dos gravísimos impedimentos, la menor edad, y el origen bastardo; ellos se dispensaron y se disimularon con facilidad, porque sin duda el Papa no halló medio de resistir á la instancia de un Rey que tanto y con tan singular fortuna se esforzaba en daño de la morisma.

Hubo la Reina de devorar en silencio este nuevo disgusto, y mirar enaltecido á dignidad tan elevada como el maestrazgo de Santiago, á un hijo ilegítimo de su esposo.

Nuevos y prósperos sucesos favorecieron al Rey en sus empresas militares; y en ellas, dando pruebas de incontrastable valor y no comun perseverancia, invirtió los restantes años de su vida y reinado, compartiéndolos con las tareas de legislador, que forman sin disputa uno de sus mejores títulos de gloria.

Habia comenzado á correr el año 1350, cuando el Rey D. Alfonso seguia impertérito sosteniendo el cerco que habia puesto á la plaza de Gibraltar. Contrariedades de todo linage le pusieron á prueba; pero una entre todas se distinguió por terrible y amenazadora, hasta el punto de que los principales caballeros que con el Rey estaban, hubieron de aconsejarle que levantase aquel porfiado cerco. Una espantosa epidemia hacia estragos en el campamento ¹; mas no se quebrantó el

¹ Cronistas é historiadores hacen tristísimas narraciones de los estragos ocasionados por la epidemia que se desarrolló en esa época. Júzguese de ello por las siguientes líneas:

«Era de mil trescientos ochenta y seis años por San Miguel de setiembre comenzó esta pestilencia, que hizo gran mortandad en el

ánimo del Rey que consideraba como un baldon para Castilla la bien aconsejada pero mal recibida retirada. En tan heroica porfía alcanzóle la epidemia al Rey D. Alfonso XI, y murió de ella á los 26 de marzo de 1350, causando general consternacion en el campamento cristiano y en todo el reino.

Este suceso señaló un nuevo período en la vida triste y apesadumbrada de la Reina Doña María.

IV.

A la edad de quince años entró á reinar en Castilla, con unánime asentimiento de los pueblos, D. Pedro, único hijo legítimo de Don Alfonso XI.

«La desarreglada y escandalosa conducta de su padre, monarca
«por otra parte de tan grandes prendas, con la célebre Doña Leonor
«de Guzman, su dama; la funesta fecundidad de la favorita, y la larga
«prole, fruto de aquellos amores tristemente famosos, que para des-
«dicha del reino quedaba á la muerte de aquel soberano; los pingües
«heredamientos que cada uno de los hijos bastardos habia obtenido; la
«influencia que por espacio de veinte años habia ejercido la Guzman,
«dueña del corazon del monarca y única dispensadora de las mercedes
«del trono, que habia tenido buen cuidado de distribuir entre sus
«deudos, parciales y servidores; el humillante y tormentoso aparta-
«miento en que habian vivido la legítima esposa y la única prenda del

mundo, de modo que murieron las dos partes de la gente. Esta mortandad duraba por espacio de tres meses, y la mayor parte de las dolencias eran unas hinchazones que se levantaban en las vasillas y bajo los brazos; todos padecieron iguales dolores, los que murieron y los que curaron. Por las noticias que hallamos en los escritores musulmanes españoles, creemos que en la Andalucía se sintió mas el azote, para cuyo remedio escribió el cronógrafo de Granada Ebu Alkatib un tratado que intituló: *Averiguaciones muy útiles de la horrible enfermedad*. Abugiafar, tambien musulman y médico de Almería, escribió otro tratado sobre el mismo asunto en el cual advierte que la pestilencia se dejó ver primeramente en Africa, luego se derramó en el Egipto, y toda la Asia; finalmente invadió á Italia, Francia y España, y que en Almería donde hizo el mayor estrago, duró por espacio de once meses.» *Cronicon Conimbricense*.

«enlace bendecido por la Iglesia: aquella devorando en melancólico
«silencio el baldon á que la condenaba el ciego y criminal desvío de su
«esposo y la insultante privanza de la altiva manceba; este presen-
«ciando la dolorosa y amarga situacion de su madre, y comprendiendo
«ya la causa de sus llantos y de su infortunio; Doña Maria atormen-
«tada de celos y herida en lo mas vivo para una muger y en lo mas
«sensible para una esposa; D. Pedro atesorando en su corazon juvenil,
«pero que ya despuntaba por lo impetuoso y lo vehemente, una pasion
«rencorosa hácia la causadora de las tribulaciones de su madre y de
«su desairada situacion; era fácil augurar que con tales elementos no
«faltarian á la muerte del undécimo Alfonso, ni discordias que
«lamentar entre la real familia legítima y bastarda, ni venganzas que
«satisfacer á los ofendidos, ni al reino castellano males y disturbios
«que llorar ¹.»

Prescindamos de las crueldades del hijo que no son de este lugar, y fijémonos en la impensada mudanza que se dió á conocer en la madre.

Iban acompañando el cadáver del Rey D. Alfonso, su favorita Doña Leonor de Guzman, dos hijos suyos, y otras personas principales. Nada ocurrió en el trecho desde Gibraltar á Medinasidonia donde descansó la comitiva para continuar luego hasta Sevilla y depositar en decorosa sepultura los restos del vencedor del Salado, D. Alfonso Fernandez Coronel que tenia dicha villa por Doña Leonor, alzóse del homenaje que le habia prestado. Nueva contradiccion y presagio de gran mudanza en su suerte fué para la Guzman la noticia de que se trataba de poner presos á sus dos hijos gemelos, D. Enrique y D. Fadrique, previniendo estos la intencion con retirarse á sus tierras. Incierta y recelosa, Doña Leonor hubiera desistido de ir á Sevilla, á no haberle dado seguro D. Juan Nuñez de Lara: que bien podia fiar en él, teniendo Doña Guzman casado á su hijo D. Tello con una hija del de Lara.

¹ Lafuente (D. Modesto) tom. 7, pág. 147.

Agentes al parecer á todo intento que no fuese cumplir los últimos deberes con el difunto monarca, salieron de Sevilla el Rey D. Pedro y su madre Doña María, y recibieron á buen trecho de la ciudad el fèretro, acompañándolo despues hasta la capilla de los Reyes.

Dióse á conocer en breve que Doña Leonor de Guzman no habia obrado con suficiente cautela, yendo personalmente á Sevilla y ante el fèretro del que fué su amante, á despertar recuerdos que, si antes eran inolvidables, hubieron de renovarse entonces con bastante viveza para verse trocados en deseos de venganza. No cabe en nosotros asegurar si la Reina hubiera pagado á su rival con el desprecio y el olvido, á no haber tenido ocasion de que la Guzman pareciese en su presencia; pero en la ocasion y en los momentos solemnes de dar sepultura al cadáver de un esposo cuyo amor le habia arrebatado constantemente una rival afortunada, ¿de qué temple habia de ser el alma de la Reina para no sufrir enojosas impresiones? Ella, la rival, la que por concubina recibia deshonor con favores, era la que habia podido recoger é ir acompañando el cadáver del Rey, como para confirmar, despues de muerto este, la influencia que con él habia manejado: ella habia alcanzado ser testigo de los últimos momentos de su amante, en tanto que la verdadera Reina y legítima esposa se veia condenada por el desamor y el desvío á recibir, algunos dias despues, el yerto cadáver de su esposo, y lo que es mas, á recibirlo de manos de la misma rival que le entregaba muerto al que en vida tuvo sujeto con lazos de criminal amor. ¿Era mucho que la Reina sintiese subírsele la sangre á la cabeza, viendo hasta el último momento, junto al objeto de su desairado amor, á la causadora de los desaires? Si en su corazon asomaron entonces deseos de venganza, bien pudo proceder en gran parte de la imprudente y provocadora presencia de la Guzman.

Y suelta ya la traba de consideraciones de todo linage, y con cierto y sabido agravio del seguro dado por D. Juan Nuñez, dióse orden de reducir á prision á Doña Leonor de Guzman; y aunque pareció el de Alburquerque ser el principal autor de providencia tan ruidosa, bien

cabe sospechar que procedia ella de mas enaltecido origen y de inspiracion mas alta.

Sin embargo, la venganza, si nos place dar este nombre al desquite que se tomaba la Reina, no presentaba trazas de trascendental y grave, ni debió de darle Doña Leonor importancia tan considerable: una y otra suposicion vienen á justificarse con hechos sobre los que no cabe la menor duda. Los hijos de la Guzman no eran objeto de persecucion; al contrario, aun fueron socorridos por el Rey con cargos militares de singular confianza en las fronteras.

Fuera de esto; Doña Leonor no hubo de tener por acabada su influencia en las cosas políticas, aun despues de llevada á efecto su prision. Aunque reclusa en palacio, permitíasele recibir las visitas de su hijo D. Enrique, siempre que este iba á Sevilla; y no es verosímil que en lo demas se le diese á conocer tan estrecho trato, que ya pudiese dar por acabados todos los medios de influir en los negocios públicos, y combatir á los mismos que habian acordado y dispuesto su prision.

Asi pudo traslucirse con motivo de un proyectado casamiento.

La Reina Doña María, secundada por el de Alburquerque, andaba, segun parece, en comenzadas negociaciones para casar á su hijo, el Rey D. Pedro, con Doña Juana, hermana de D. Fernando de Villena. No era el matrimonio cosa resuelta ni mucho menos; pero andaba la cosa bastante seria y sobrado formal para que razones de Estado tuviesen la decision vacilante entre concertar el matrimonio de la indicada Doña Juana con el infante D. Fernando de Aragon, ó con el citado Rey D. Pedro de Castilla.

Hubo de llegar todo esto á oídos de Doña Leonor; y, ora fuese por mal aconsejado despecho de verse reducida á prision, ora por deseos de cimentar esperanzas y cálculos para lo futuro, ó ya por último fuese por impulso del hábito, en tantos años contraído, de interponer su voluntad y su influencia en las altas tareas del gobierno, es lo cierto que prevaleándose de las ocasiones de ver á su hijo D. Enrique y hablarle á solas y con libertad entera, ocasiones por nadie embara-

zadas ni entorpecidas, obtuvo que se frustrase el proyectado matrimonio.

Esto era todavía poco para los fines de la Guzman; y obtenida la decidida inclinacion de Doña Juana hácia el D. Enrique, consumóse el matrimonio, aunque ocultamente, en el mismo palacio.

Bien se dejan adivinar los resultados de tan osada intriga. Redújose á mas estrecha la prision de Doña Leonor; y ni es de maravillar que se la dejase en menos desahogo, ni que se la trasladase á prision menos holgada que el palacio, disponiéndose que pasase á Carmona. En cuanto á su hijo D. Enrique, ya cuidó su propia discrecion de que no pudiesen repetirse las entrevistas con su madre, pues temiendo personales y seguros riesgos, marchóse á Asturias con dos caballeros que eran de su parcialidad.

Concibiéronse al poco tiempo graves temores de contrariedades de mayor monta. El Rey D. Pedro vino á caer enfermo; y no habian de ser muchas las esperanzas de verle salir en bien de tan imprevisto peligro, como que se trataba ya del mejor medio de arreglar la sucesion.

Para honra de Doña María, y en testimonio de la justicia que se hacia á sus prendas, y á las no comunes cualidades de carácter por ella reveladas, bien merece consignarse que los varios y encontrados proyectos que llegaron á indicarse, convenian en un punto. Los partidos rivales estuvieron acordes en que el príncipe, respectivamente designado por los parciales que tenia á su devocion, contrajese matrimonio con la Reina viuda Doña María, jóven todavía para pensar en segundas nupcias, pues contaba á la sazón treinta y seis años de edad.

Fracasaron empero todos estos intentos, por haber sobrevenido el ya no esperado restablecimiento del Rey, que si fué algo entretenido, no dejó de llegar á bueno y seguro término, pudiendo ya en el mes de febrero de 1351 salir para Valladolid, en donde habia resuelto convocar cortes.

Iba con el Rey su madre Doña María la que dispuso llevar en su compañía á la Guzman, ó por creerla poco asegurada en Carmona, ó

por acomodarse á otros intentos hasta entonces no sospechados. Y ya casi no puede ponerse duda en que, realizándose en el corazón de Doña María una trascendental mudanza, gozábase en contemplar abatida á su rival, poco antes tan altiva como favorecida. Y es de sospechar que amaba las humillaciones de la Guzman por complacencia íntima que recibia con humillarla, y tenerla á la vista, y convencerla de lo mudable de su suerte, y poner su corazón en angustias y apreturas, sin esperanzas lisonjeras que concebir, ni temores ciertos de los alcances ni de la duracion de su desdicha.

De todos modos, es indudable que en el carácter de Doña María se habia obrado una transformacion, agravada tal vez con la buscada complacencia de no perder de vista á la Guzman. Y hemos de sospechar que durante el viaje se le soltarian algunas indicaciones de funestos propósitos, cuando al llegar á Llerena Doña Leonor se dió por convencida de próximos y terribles presentimientos.

Allí estaba su hijo D. Fadrique, maestro de Santiago, quien mostrando deseos de ver á su madre, obtuvo fácilmente permiso. «La entrevista fué tierna y dolorosa; ninguna palabra, solo suspiros y sollozos acertaron á cruzar entre sí la madre y el hijo, hasta que el carcelero les obligó á darse el último abrazo: el último, porque ya no volvieron á verse mas, y la mudez misma de aquella escena tormentosa parecia presagiar la catástrofe que no tardó en sobrevenir.»

Cooperando á un mismo intento la Reina Doña María, y el ministro favorito del Rey, D. Juan Alfonso de Alburquerque, dispusieron que la Guzman fuese conducida al alcázar de Talavera bajo la custodia de Gutierre Fernandez de Toledo. Así se hizo; y transcurridos breves dias de encerrada en dicho alcázar, «prestó no se vió, pasando allá un escudero de la Reina, que le quitó la vida en 1351.»

Por repugnante que el hecho sea, por inverosímil que parezca, atendidos los antecedentes de pacientísimo y sufrido carácter de la Reina, probado en una larga série de amarguras, es incontestable su participacion directa en el trágico fin de su rival en otro tiempo tan afortunada. Varias son las circunstancias que ayudan á este concepto.

Doña Leonor fué trasladada á Talavera, llamada de la Reina, porque era villa perteneciente al señorío de la Reina madre. Escudero de Doña Maria era el que entró en el alcázar, y hundió su puñal en el pecho de la infeliz Guzman, que expió de esta suerte los ilícitos favores de que habia hecho tan público como escandaloso alarde. No es posible por lo tanto encubrir ni disimular la parte principal que tuvo en esta muerte Doña Maria, hasta entonces tan sufrida y bondadosa.

Sorprende por lo impensada y brusca tal mudanza en el carácter; mas ya que es ella un hecho histórico, busquemos antecedentes que lo expliquen.

D. Juan Alfonso de Alburquerque fué ayo del Rey D. Pedro; y por lo tanto, se formó, no en las ante-salas y en las intrigas de la Guzman, sino en el silencioso retiro de Doña Maria y de su hijo, mirados con singular desvío por el undécimo Alfonso. Alburquerque fué testigo de los constantes agravios inferidos á la Reina; presencié todos los sufrimientos de una señora jóven, prudente, modesta, relegada al olvido por su esposo; pudo conocer de cerca el torcedor tormento de la que, halagada con un trono y una corona, ni brillaba como Reina, ni era atendida como dama, sin que la rodeasen cortesanos, porque la corte parecia trasladada á la casa de una manceba, ni la buscasen pretendientes y favoritos, porque era otra, y no la esposa legítima, la dispensadora de régios favores y mercedes.

Este espectáculo, reproducido constantemente por el largo transcurso de veinte años, pudo influir en la ambicion del de Alburquerque, ambicion que no por aplazada, dejaria de poner muy en alto sus pretensiones. Los cortesanos vulgares, de tan miopes alcances como bajos sentimientos, dábanse por satisfechos con los favores presentes recibidos de manos de la Guzman: acaso el de Alburquerque, dando apariencias de dignidad á lo que eran mayores estímulos de ambicion, no pensó sino en atesorar influencia en el ánimo de un niño, destinado á ocupar el trono, y á disponer de mas altos favores que los que satisfacian á vulgares cortesanos.

¿Quién podria ahora, y á tan larga distancia de aquellos aconteci-

mientos, sorprender todos los consejos que el de Alburquerque daría al único hijo legítimo del Rey *Justiciero*? ¿sabemos por ventura si aprovechó las primeras impresiones de un niño, para hacerle apreciar la fealdad de la conducta de un padre, mas atento á las caricias de hijos ilegítimos que al único legítimo, porque los primeros le halagaban con la ilícita y tentadora pasión de una dama, y el otro le recordaba el casto amor de una esposa, si menos apuesta como muger, mas digna y mas honrada y mas virtuosa?

Ello fué que desde los primeros momentos del reinado de D. Pedro, vióse en manos del de Alburquerque la principal y la mas segura influencia. Intervino en la designacion de los cargos mas solicitados, confiriéndose á su hijo el adelantamiento de Murcia; aconsejó y obtuvo que el Rey aceptase las negociaciones de sus hermanos bastardos para volver á su gracia; y al propio tiempo que con tan acertada política prevenia que los hijos de Doña Leonor estuviesen bien hallados en palacio, anticipóse á disponer en Sevilla la prision de la madre.

Estos y otros hechos anunciaron desde los primeros tiempos, y confirmaron mas adelante, la influencia que el de Alburquerque se habia hecho en el ánimo del Rey, y que no procedería sin duda de medios improvisados, sino de consejos hábilmente insinuados en buena ocasion para que diesen fruto. ¡Quién sabe si á esos consejos puede en parte atribuirse el carácter de un Rey que tan justa como desgraciadamente se hizo mas adelante merecedor del sobrenombre de *Cruel*!

A ser ciertas estas sospechas que no adolecen de inverosímiles, ya se deja entender la parte principal que pudiera atribuirse al de Alburquerque en la muerte de Doña Leonor de Guzman, aunque el acaecimiento no tiene sino apariencias de una baja venganza de la Reina. No pretendemos excusarla; pero bien pudiera ser que la Reina no tuviese en ello mas que la aquiescencia, no por esto disculpable.

Ayudan á este concepto sus actos posteriores. En el de Alburquerque, y mucho mas en el Rey D. Pedro, no vemos sino confirmadas las sospechas que dejamos apuntadas, mientras en Doña Maria

reaparecen las cualidades de carácter, momentáneamente oscurecidas por la venganza ejercida en el alcázar de Talavera ¹.

Aun los historiadores que no tratan de excusar ni disminuir la responsabilidad de la Reina por la muerte dada á la Guzman, hacen justicia á los generosos sentimientos de la madre del Rey D. Pedro. «Con esto, dice Florez, empezó la viudez de nuestra Reina con las estimaciones de madre del Príncipe reinante; y como estaba en su gracia, le seguia donde iba la Corte, que tuvo luego que pasar á Castilla, y en Búrgos empezó Doña María á interponer buenos oficios para salvar la vida de los que en el nuevo reinado podian empezar á sentir los últimos rigores. Así le sucedió á Garcilaso de la Vega, Adelantado de Castilla, á quien la Reina previno del mal que le amenazaba, y no usando de la importantísima precaucion de la bienhechora, le costó la vida.»

Pronto vinieron los acontecimientos á hacer nueva ostentacion de influencias del de Alburquerque, enderezadas á intentos en los cuales no tenia parte Doña María.

Hubo de ocurrírsele á la cuidadosa madre no demorar un ventajoso matrimonio de su hijo, sin duda con el buen intento de evitar que su corazon se anticipase á distraerse en mancebas. Consultado el caso con los mas obligados consejeros, y por lo tanto con el de Alburquerque, acordóse pedir á Francia esposa para el monarca de Castilla. Partieron allá con esta embajada el obispo de Búrgos, D. Juan Sanchez de las Roelas, y un noble caballero de Cuenca, que habia por nombre Alvar García de Albornoz. Fijóse con acierto la eleccion de los embajadores en Doña Blanca, hija del duque de Borbon, D. Pedro I, y

¹ D. Modesto Lafuente que no trata ciertamente con escaso rigor á Doña María, añade empero las siguientes observaciones:

«En cuanto al Rey D. Pedro, si no fué partícipe de aquella muerte, por lo menos no hemos oido en ninguna parte que dirigiera una palabra de reconvencion, ni aun de desaprobacion, á su madre por haberla ordenado. Al contrario, siguiendo el Rey con su corte para Castilla, y habiendo entrado en la fuerte villa de Palenzuela, donde se hallaba D. Tello, otro de los hijos de Doña Leonor, cuando éste se le presentó á hacerle homenaje, díjole el Rey con admirable sangre fria: *¿Sabedes, D. Tello, como vuestra madre Doña Leonor es muerta?* El jóven D. Tello, ó por temor que el rey le inspirára, ó por sugestion de D. Juan García Manrique, contestó con estremada humildad: *Señor, yo non he otro padre nin otra madre, salvo á la vuestra merced.* Plúgole al Rey, dice el cronista, la respuesta que D. Tello dió, y o creemos bien.» (Historia de España, loco citato).

hermana de la Reina Doña Juana de Borbon, esposa del Rey Carlos V de Francia.

No hubo novedad ni entorpecimiento alguno en este negocio. Firmáronse los esponsales en julio de 1352, mediante poderes al efecto otorgados por el Rey D. Pedro, y dióse orden de que la princesa fuese acompañada á España.

No son de este lugar los incidentes que pusieron estorbo á la inmediata venida de Doña Blanca, incidentes que el de Alburquerque veria con buenos ojos, á juzgar por la maña que se dió en aprovecharlos. Temia sin duda el favorito que su influencia pudiese sufrir menoscabo con la llegada de la futura Reina; y aconsejándose de su ambición, anticipóse á asegurarse por malas artes el predominio en el corazon del jóven monarca.

Obedeciendo á estos intentos, procuró que el Rey viese á una doncella, dotada de gracia y hermosura, que se habia criado en casa del de Alburquerque. Esa jóven, de entendimiento grande, aunque pequeña de cuerpo, llamábase Doña Maria de Padilla, y la tenia en su casa, por haber cuidado de su crianza, Doña Isabel de Meneses, esposa del favorito y ambicioso ministro. Era la Padilla, hija de Don Diego García de Padilla, señor de Villagera, y de Doña María Gonzalez de Hinestrosa. Fuele presentada al Rey D. Pedro en Sahagun por D. Juan Fernandez de Hinestrosa; «y el Rey la recibió con tanta satisfaccion, que al año siguiente tuvo prenda de ella en una hija, á quien pusieron el nombre de Beatriz, nacida en Córdoba, y muy heredada por el Rey con los castillos de Montalvan, Capilla, Burguillos, Mondejar y Juncos, que fueron de D. Alfonso Fernandez Coronel, á quien el Rey acababa de quitar la vida ¹.»

La Reina Doña María estaba ignorante de estos bajos manejos del de Alburquerque; y nos place insistir en esta circunstancia, para que apreciándose mejor el carácter del ministro, no se tengan por inverosímiles las sospechas, apuntadas mas arriba, de que á despecho de

¹ Florez, *Memorias de las Reinas católicas*.

las apariencias se atribuya al de Alburquerque una parte principalísima en el único hecho que con asombro de la consecuencia, de la verosimilitud y del buen sentido, tiende á deslucir la reputacion de la Reina madre, antes y despues agena á tildes de todo linage¹.

Prenda de esta verdad, es su leal proceder con la Reina Doña Blanca. Llegó esta á Valladolid á 25 de febrero de 1353, siendo recibida con singular agrado por la Reina madre que allí estaba. «Esta noticia de haber llegado la Reina Doña Blanca, le cogió al Rey en «Torrijos, cinco leguas de Toledo, donde tenia á Doña María de Padilla; y como se hallaba muy enamorado de ella por su particular «hermosura, agrado, y buenas potencias, estaba resfriado en la boda «de Doña Blanca. D. Juan Alfonso de Alburquerque, su privado, le «persuadió con eficacia los grandes intereses que se atravesaban en «aquel casamiento, y los perjuicios que podian resultar en contravenir

¹ Ponemos singular empeño en consignar que el mismo historiador que no guarda consideraciones con la Reina por la muerte de la Guzman, ayudá á nuestro intento de fijar las mas negras sospechas en el ministro. He aquí los términos en que consigna Lafuente las bajas miras del de Alburquerque:

«Supónese, y fundamentos sobran para creerlo, que ni la entrevista ni la relacion amorosa de D. Pedro y la Padilla fueron resultados de la casualidad, sin ocasion y lazo mañosamente preparado por Alburquerque; el cual, conociendo á fondo la condicion y las inclinaciones del jóven soberano, su antiguo pupilo, viendo la tardanza en venir de la desposada princesa de Francia, y temeroso de decaer en el valimiento y privanza del Rey, si por acaso éste fijara su cariño en tal otra dama cuya influencia en el ánimo del monarca le pudiera perjudicar, calculó que aseguraria su omnipotencia y predominio poniéndole en trance de dejarse avasallar por las naturales gracias y encantos de una jóven, que como criada en su casa y al lado de su esposa, habria de serle obsecuente á el mismo y contribuir al afianzamiento de su poder. Abominable conducta é innoble medio de buscar apoyo y seguridad al favor; mas, por desgracia, no es raro caso en los privados de los reyes estudiar sus caprichos y flaquezas y estimularlas para seguir dominando en su corazon. Engañóse no obstante el de Alburquerque, pues lo que calculó que habria de ser la base mas sólida de su privanza, fué lo que labró poco á poco su caimiento.» *Id. ibid.*

Por nuestra parte no añadiremos sino que, si el de Alburquerque hubiese sido único autor de la muerte de Doña Leonor de Guzman, nos pareceria en esto menos bajo, y miserable y repugnante, de lo que aparece serlo en las malas artes de poner al Rey en el trance de concertar relaciones con la Padilla.

Mal le salieron empero sus ardides á D. Juan Alfonso de Alburquerque. Los amores con la Padilla, promovidos por él para consolidar su influencia, fueron causa de que se la arrebatasen otros allegados. Encargado de convencer al Rey de la conveniencia de volver al lado de la Reina Doña Blanca, á quien habia abandonados dos dias despues de la boda y ya en camino para Toledo con este intento, sospechó traidoras intenciones, y se marchó á sus tierras, donde tuvo al fin la suerte de alcanzar del Rey una transaccion. Las deslealtades que el monarca usaba con otros, aconsejaron al de Alburquerque retirarse á Portugal, y convenirse mas adelante con los hermanos bastardos del Rey para la liga encaminada á que éste entrase en razon. Durante estas turbulencias, murió el de Alburquerque en Medina del Campo, ordenando que no se enterrase su cadáver hasta que terminase la conjuracion en que se habia metido. Los de la liga cumplieron esta singular disposicion, y al mover sus huestes llevaban consigo el féretro de Alburquerque, y aun en los consejos hablaba por él su mayordomo mayor Ruy Diaz Cabeza de Vaca. Cuando los de la liga creyeron haber triunfado por tener al Rey en su poder, y haberse distribuido los empleos de palacio, consideraron cumplido el deseo de Alburquerque y dieron sepultura á su cadáver en el célebre monasterio de Espina. Y aunque el triunfo de la liga tuvo mas de aparente que de real, y fué momentáneo, no se pensó ya en quitar el sosiego al féretro de Alburquerque y lo dejaron en su sepultura.

«á cosa ya efectuada. Movióle de mas del bien comun, el mal éxito
 «que halló en la empresa de la dama; pues habiéndola él tramado para
 «tener mas á su voluntad la del Rey, queria ya apartarle de su amor,
 «por cuanto los parientes de Doña María (la Padilla) tenian contra él
 «mucho valimiento en el Soberano. Movidó este de la persuasión de
 «D. Juan, pasó á Valladolid, y convocó á los señores del Reino, para
 «que asistiesen á las bodas en la misma ciudad de Valladolid, como
 «se hizo en lunes 3 de junio del espresado año de 1353 en que el rey
 «D. Pedro tomó por muger, y se veló con Doña Blanca de Borbon,
 «que era de edad de diez y ocho años ¹.»

Eran sus prendas personales dignas de cautivar el amor del monarca. Jóven y hermosa, Doña Blanca no pudo sospechar el inmediato desvío que vino á sorprenderla, con singular asombro de todos, y señaladamente de la Reina madre. Tan pronto casada como desamada, —si es que desamor cabia en quien no habria llegado sin duda á ponerle amor, —pudo apenas dar crédito á los rumores que dos dias después de su solemne y tan festejada boda corrieron, de que el Rey iba á reunirse con la Padilla. En hora temprana hubo de prevenir la Reina madre nuevas ocasiones de afliccion y desconsuelo. Hondamente apesadumbraba por la intempestiva y escandalosa resolucion que los rumores públicos atribuian al Rey su hijo, acudió llorando á interponer su valimiento para disuadirle de propósito tan impensado; y como el Rey habia guardado y seguia guardando señalada deferencia con su madre, dejóla consolada y casi repuesta de su afliccion, con

¹ A propósito tomamos de otro historiador, el P. Florez, las frases transcritas, para que se vea cuanto ayudan ellas á poner una vez mas en contraste el bajo proceder del ministro, y la digna conducta de la Reina madre. Ya que nuestras son las sospechas que en otro lugar hemos esplanado, bueno es que busquemos en testimonios ajenos la confirmacion indirecta de nuestras apreciaciones.

Por lo demas, el propio escritor describe las ya citadas bodas en los siguientes términos:

«Celebráronse las fiestas con grandes regocijos, justas y torneos, á que concurrieron los Reyes con aparato magnífico, vestidos de telas de oro en fondo blanco, forradas de armiños, saliendo montados en caballos blancos. D. Juan Alfonso de Alburquerque fué padrino del Rey. La Reina de Aragon Doña Leonor (tia del Rey D. Pedro) fué madrina de la Reina, saliendo montada en una mula. A la novia acompañaban de á pié los señores mas principales del reino, llevando la rienda del caballo el conde D. Enrique, y D. Tello, su hermano, hijos del Rey difunto. El Infante D. Fernando de Aragon conducia la rienda de la mula, en que iba su madre la Reina Doña Leonor. La de Doña María, madre del Rey, la llevaba el Infante D. Juan de Aragon, hermano de D. Fernando, ostentando todos mil lucimientos en galas y bizarrías.» *Memorias de las Reinas católicas.*

asegurarle cuán infundada y sin razon corria la voz pública de su proyectada fuga.

Y era cierta y positiva. Apenas la Reina madre habia salido de la Real estancia, «cuando ya D. Pedro cabalgaba por las afueras de Valladolid acompañado de D. Diego García de Padilla, hermano de Doña María, y algunos pocos oficiales de su palacio. A la segunda jornada se hallaban ya reunidos D. Pedro y Doña María de Padilla en la Puebla de Montalvan, á donde la habia avisado se trasladase desde el castillo de este nombre, donde antes la dejara.»

Aunque sin grandes esperanzas de buen éxito, antes al contrario con pleno convencimiento de comenzar una nueva série de domésticas pesadumbres y disgustos, la Reina madre, tan probada ya en sufrimientos de esta naturaleza, fué el alma de los consejos y esfuerzos encaminados al bien de su hijo, tomándose por su nuera un interés que no hubiera podido ser mayor en la madre propia. Vanos fueron todos los mensajes que la madre enviaba al hijo, para que cuidase de su propio decoro, evitando publicidad tan escandalosa; vanos fueron todos los ruegos, pues si bien acudió el Rey D. Pedro á Valladolid, permaneció solamente dos dias al lado de la Reina Doña Blanca, partiendo luego para Olmedo á reunirse con la Padilla ¹.

Perdida toda esperanza, la Reina madre se retiró con su nuera á Tordesillas, y de allí á Medina del Campo. Poco duró el consuelo de llorar juntas. El Rey mandó sacar de Medina á la Reina Doña Blanca, y ponerla presa en Arévalo, con absoluta prohibicion de que su madre la viese ².

¹ Con Doña Maria de Padilla ocurre una particular circunstancia que bien merece notarse. Murió de enfermedad en Sevilla en el mismo año 1361 en que fué muerta la Reina Doña Blanca. Cuando en el año siguiente el Rey D. Pedro reunió Córtes en la propia ciudad, declaró á la Padilla legítima muger suya, por haber casado con ella, antes de ir á Valladolid á las bodas de Doña Blanca, y añadió que no descubrió entonces el secreto, por miedo de que otros se alzasen con el reino. Fueron citados como testigos del matrimonio con la Padilla, y lo averaron, D. Diego García de Padilla, Maestre de Calatrava, D. Juan Alfonso de Mayorga, Canciller del sello, y D. Juan Perez de Orduña, abad de Santander. Las córtes reconocieron á la difunta por Reina legítima, y en su virtud declararon legítimos á los hijos, y juraron heredero y sucesor al Infante D. Alfonso, nacido en Tordesillas en 1359, único hijo varon, pues los demás habidos en la Padilla, eran las Infantas Doña Beatriz, Doña Constanza y Doña Isabel.

² Larga y peregrina historia pudiera escribirse de las tristes vicisitudes de la Reina Doña Blanca. De Arévalo mandó el Rey en el mismo año 1354 que la trasladasen al alcázar de Toledo, de donde, en pos de varias peripecias, fué trasladado en Mayo de 1355 á Sigüenza. Mas adelante fué llevada á Jerez, y luego á Medinasidonia, en cuya prision murió en el año 1361.

Entregado el Rey D. Pedro á una série de crueldades que estremecen, ¿cómo habia de guardar respetos á su madre, si fué tirano para su propia esposa, jóven, bella, simpática é inocente? A pesar de todo, la Reina Doña María ni descansó un punto en apurar leales consejos, ni escatimó consideraciones, ni se dejó abatir por la perspectiva aterradora de las crueldades de su hijo. Escandalizados los pueblos, formóse una imponente liga, no enderezada á causar daños al Rey, pero sí dirigida á hacerle entrar en razon y persuadirle á reunirse con su legítima esposa la Reina Doña Blanca. Hubo momentos en que la liga puso al Rey en tal conflicto de abandono, que sus parciales, y aun conservados por el terror, que no por el cariño, eran contados.

A principios del año 1355 estaba preso en Toro, entre otros, el tío de la Padilla, D. Juan Fernandez de Hinestrosa; pero la Reina Doña María le otorgó libertad, bajo palabra que dió de interceder con el Rey, para que viniese á mejor acuerdo. En rehenes de su empeñada palabra, dejó en Toro á cuatro caballeros el honrado Hinestrosa; que en punto á honradez y buenas prendas le hacen justicia los historiadores. La intercesion fué inútil; sin embargo la Reina madre puso en

La Crónica del Rey D. Pedro dice, hablando de Doña Blanca, «que era de veinte y cinco años quando murió, y era blanca y rubia, y de buen donaire, y buen seso. Y ella rezaba cada dia sus horas muy devotamente, y pasó gran penitencia en la prision do «estuvo, y sufriólo todo con muy gran paciencia. Y acaesció un dia, que ella estando en la prision donde murió, que un hombre que «parecia pastor, llegó al Rey D. Pedro allí do andaba á casa en aquella comarca de Xerez de Medina-Sidonia, do la Reyna estaba presa, «y dixo al Rey, que Dios lo enviaba á él á le decir que fuese cierto, que por el mal que él hacia á la Reyna Doña Blanca su muger, «que supiese que le habia de ser muy acalumniado por ello, y que en esto no pudiese duda. Aunque si él quisiese tornarse á ella, «y hacer vida con ella, como estaba en razon, que habria della hijo que heredaria á Castilla. Y el Rey fué muy espantado, é hizo «prender aquel hombre que esto le dijo, y creyó que la Reyna Doña Blanca le habia enviado á decir estas palabras. Y luego envió el «Rey á Martin Lopez de Córdoba su Camarero, y á Matheos Fernandez su Chanciller del Sello de la puridad, á Medina-Sidonia, donde la «Reyna estaba presa, y que hiciese pesquisa, y supiese la verdad como habia venido aquel hombre, y si lo enviaba la Reyna, y ellos «llegaron sin sospecha á la Villa, y fueron luego al lugar do la Reyna estaba en la prision en una torre metida, y halláronla que estaba «ba las rodillas en tierra haciendo oracion, creyendo que la iban á matar, y estaba llorando, y encomendándose á Dios. Y ellos la «digeron como el Rey queria saber de un hombre que le fué á decir unas palabras, como habia ido á él, ó por cuyo mandado. Y preguntaron á ella si lo habia enviado, y ella dijo, que nunca tal hombre habia visto. Otrosí, fué preguntado á las guardas que la tenían «presa, y digeron que no podia ser que la Reyna enviase tal hombre. Ca ellos nunca dejaban entrar do ella estaba, ningun hombre, y «segun esto parece que fué obra de Dios, y así lo creyeron todos los que lo oyeron y supieron. Y aquel hombre estuvo preso algunos «dias, y despues soltáronlo, y nunca mas supieron de él.»

Pero D. Pedro tenia resuelto perder á Doña Blanca. «Alabanza merece, dice Lafuente, el guardador de la ilustre prisionera Iñigo Ortiz de Zúñiga, que tuvo valor para decir á un Rey como D. Pedro, que nunca consentiria que se diese muerte á la Reina de la manera que de él se pretendia, mientras á su cuidado estuviese. Entónces el Rey la mandó entregar en poder del ballestero Juan Perez de Rebolledo, el cual con desapiadado corazon y rudo brazo ejecutó sin escrúpulo la orden sangrienta del monarca.

libertad á los cuatro caballeros que guardaba en rehenes, confiando apaciguar de esta suerte las iras del Rey su hijo.

¡Vana esperanza! La traicion abrió al Rey una de las puertas de Toro; y si en las crueldades buscaba desagravio, bien pudo quedar desagraviado. Los caballeros mas inmediatos á la Reina Doña María, fueron apuñalados, llegando su sangre á salpicar el rostro de esta señora y de una dama que con ella estaba. «Cayeron estas señoras al suelo sin sentido, y cuando volvieron en sí, todavía se vieron rodeadas de aquellos sangrientos cadáveres, aunque ya desnudos. A voces maldecia la Reina al hijo que habia llevado en su seno, y pedia que la alcanzara á ella la cuchilla de alguno de aquellos verdugos.»

Dispuso el Rey que su madre fuese conducida á su palacio, y algun tiempo despues, accediendo á sus ruegos, dióle permiso para trasladarse á Portugal al lado del Rey, su padre.

Larga historia de pesarosos recuerdos llevóse Doña María á su país natal. Sacrificada como esposa á los antojos de una favorita, veíase forzada á separarse de su hijo, por el espectáculo de aterradoras y no cesadas crueldades. Si por un momento pudo creer que su viudez iba á ser el comienzo de mas tranquila vida; si los primeros actos de su hijo hiciéronle sospechar mas seguras muestras de deferencia, hubo de convencerse al fin de que todo el respeto de su hijo acababa pura y simplemente por no emplear con su madre las malas artes que con sus enemigos usaba.

Á principios del reinado de D. Pedro, concedió éste á su madre las villas que habian sido de Doña Leonor de Guzman; y en aquellas circunstancias la Reina Doña María, fiando buenas esperanzas en su hijo, dispuso su testamento, estando en buena salud, y en la ciudad de Valladolid, á los ocho de Noviemhre del año 1351. Y en testimonio de las buenas esperanzas que á la sazón tenia, basta consignar, que nombró testamentarios al Rey su hijo, al Rey de Portugal su padre, á D. Vasco, obispo de Palencia, y á otros dos. Al Rey su hijo lególe su corona de oro y de piedras, y que llama Real, para distinguirla de otras, de las que y de otras joyas y bienes dispuso para mandas piado-

sas, redimir cautivos y dotar doncellas pobres. Dispuso además que se la enterrase con hábito de Santa Clara en la Capilla de los Reyes de la Iglesia Mayor de Sevilla, junto al cadáver de su esposo. Y como para dar una muestra del olvido en que deseaba dejar las amarguras inmerecidas de que la habia colmado en vida, previno que si el cadáver de su esposo fuese algun dia trasladado á otro punto, se hiciese igual traslacion del suyo. E instituyó doce Capellanías, bien dotadas de bienes propios, para otros tantos Sacerdotes residentes en el lugar de su enterramiento.

Poco tiempo sobrevivió la Reina Doña María á su alejamiento de Castilla, pues murió en Eborá, á los 18 de Enero de 1357. No parece bien averiguada la fecha en que su cadáver fué trasladado á Sevilla; mas no tenemos por inverosímil que la traslacion se verificase en tiempo del Rey D. Pedro, y tampoco nos parece improbable que su hijo saliese á recibirlo, «mostrando, en esta sola accion, que era humano.»

La Crónica del Rey D. Pedro hace gravísimas indicaciones sobre la estancia de la Reina en Portugal, suponiendo que fué mirada con desatencion por su propio padre hasta el punto de haber contribuido á que muriese de mala muerte.

Por nuestra parte estimamos que en una suposicion tan inverosímil debe de andarse con gran cautela y miramiento. Una crueldad, mas ó menos, de D. Pedro pudiéramos creerla por el mero hecho de consignarla un contemporáneo, porque seria ella verosímil; y tendria su confirmacion en antecedentes de índole análoga; pero ¿en dónde está lo verosímil para creer que la Reina Doña María, retirada á Portugal por tan breve tiempo, estuviese como en acecho para dar públicas muestras de falta de honestidad? La que móza y desairada por su esposo, no dió en el largo espacio de veinte años lugar alguno á que se pusiese tacha en su reputacion; la que desligada por muerte del Rey su esposo corrió en Castilla, sin agravio de la honestidad y de la moral, siete años de viudez, ¿habia de poner afrenta en su buen nombre á la edad de cuarenta y tres años? Y ¿tan de prisa habia de andar en su perversion que unos pocos meses de permanencia en Portu-

gal la hubiesen transformado? ¿Y á tal punto habia de haber alcanzado esa transformacion que la honestidad reclamase con urgencia tan ruidosa venganza, como se daria á entender en el hecho de una hija envenenada por orden de su padre?

«El rumor parece que corrió, dice Florez; pero no debe adoptarse tal injuria, mientras no haya testimonios convincentes.»

Esto aconseja el buen sentido; y entre lo verosímil y los rumores no probados, tenemos por mas cuerdo optar por lo verosímil.



Lit. de J. Donon. Madrid.

MUJERES CÉLEBRES.

DA INÈS DE CASTRO.

INES DE CASTRO :

En el año de mil y quinientos y noventa y tres
se casó Inés de Castro con el Rey de Portugal
D. Fernando de Castro, noble magnate que descendía de una
de las más antiguas é ilustres familias de la tierra de los castillos.
En el año de mil y quinientos y noventa y tres
se casó Inés de Castro con el Rey de Portugal
D. Fernando de Castro, noble magnate que descendía de una
de las más antiguas é ilustres familias de la tierra de los castillos.

En el año de mil y quinientos y noventa y tres
se casó Inés de Castro con el Rey de Portugal
D. Fernando de Castro, noble magnate que descendía de una
de las más antiguas é ilustres familias de la tierra de los castillos.
En el año de mil y quinientos y noventa y tres
se casó Inés de Castro con el Rey de Portugal
D. Fernando de Castro, noble magnate que descendía de una
de las más antiguas é ilustres familias de la tierra de los castillos.
En el año de mil y quinientos y noventa y tres
se casó Inés de Castro con el Rey de Portugal
D. Fernando de Castro, noble magnate que descendía de una
de las más antiguas é ilustres familias de la tierra de los castillos.

En el año de mil y quinientos y noventa y tres
se casó Inés de Castro con el Rey de Portugal
D. Fernando de Castro, noble magnate que descendía de una
de las más antiguas é ilustres familias de la tierra de los castillos.
En el año de mil y quinientos y noventa y tres
se casó Inés de Castro con el Rey de Portugal
D. Fernando de Castro, noble magnate que descendía de una
de las más antiguas é ilustres familias de la tierra de los castillos.



THE END OF THE WORLD

BY MISS M. J. J. J.

INES DE CASTRO ¹.

I.

«Tu so, tu puro Amor, com força crua,
«que os corações humanos tão obriga,
«deste causa aa molesta morte sua,
«como se fora perfida enemiga.
«Se dizem, fero Amor, que á sede tua,
«nem com lagrimas tristes se mitiga,
«he porque queres aspero e tirano
«tuas aras banhar em sangue humano.»

Lusiadas de Camoens. Canto III.

Entre los nobles castellanos que por el continuo estado de guerras intestinas en que ardia Castilla durante los últimos años del siglo XIII, abandonaban su patria para vivir en los vecinos reinos, hallábase en Portugal D. Fernando de Castro, noble magnate que descendia de una de las mas antiguas é ilustres familias de la *tierra de los castillos*. Enlazado con Doña Berenguela Lorenzo, hija de Lorenzo Suarez de Valladares, hidalgo tambien de noble alcurnia, vió bendecida su union con el nacimiento de una hermosa niña, en la que al pasar los años en rápida carrera, iban acumulando cuantas dotes puede ambicionar el espíritu, cuantas bellezas deseara el ideal de un artista.

¹ Por causas que no son de este lugar, y ajenas por completo á toda idea desfavorable para uno ni otro escritor, las páginas comprendidas desde la 106 de este tomo II hasta el final de la biografía anterior, han sido escritas por el literato catalan D. Manuel Rímont, con cuya amistad se honra hoy el autor de esta obra, y cuyo verdadero mérito y competencia para esta clase de trabajos habrán podido apreciar nuestros lectores. Amante de la justicia, y no queriendo adornarse el autor con galas ajenas, hace esta declaracion, y al mismo tiempo dá las gracias á dicho literato por el esmero y acierto con que ha escrito las citadas páginas, que indudablemente avaloran nuestro modesto libro.—Madrid 7 de Mayo de 1869.—J. de Dios de la Rada y Delgado.

Relaciones de parentesco enlazaban la familia reinante portuguesa con la de D. Pedro Fernandez de Castro, por lo cual y por su alto nacimiento, la hermosa hija del magnate castellano brilló muy luego en la corte de Alfonso IV, como dama de honor de la princesa Doña Constanza, esposa de D. Pedro, primogénito del rey y heredero de la corona. Los encantos de su talento y de su hermosura encendieron en el corazón del príncipe una pasión amorosa, que en vano intentaba reprimir; y apenas muerta Doña Constanza, cuyo fin prematuro sintió profundamente su dama y fiel amiga Doña Ines de Castro, D. Pedro, sin poder comprimir por más tiempo su cariño, declaró á Doña Ines el amor que le inspiraba. Tan discreta la noble niña como hermosa, y conociendo cuán difícil era compartir con D. Pedro la corona, que estaba llamado á ceñir, rechazó las pretensiones del infante, no sin que al hacerlo tuviera que sacrificar su corazón, pues ella también le amaba.

Pero la voluntad que cede siempre dominada por la razón, es vencida con harta frecuencia por el sentimiento. Jóvenes D. Pedro y Doña Ines, amándose con amor intenso y purísimo, era difícil que pudieran triunfar en aquella lucha del amor contra un deber ficticio, impuesto únicamente por la razón de estado, siempre egoísta y fría. Por eso llegó un momento en que olvidándose de todo los dos amantes, pensaron únicamente en seguir el impulso de sus corazones; y burlando la vigilancia de envidiosos cortesanos, el día 1.º de Enero de 1344 uníanse en matrimonio secreto que bendecía el obispo de la Guarda, mediante dispensación pontificia.

D. Alfonso entre tanto ocupado en las guerras que sostenía contra los moros, no pudo apercibirse de aquel enlace, sino cuando ya era tarde, y al querer separar á su hijo de la mujer á quien amaba, encontró en el infante la más declarada resistencia. No era el amor de D. Pedro una pasión vulgar y pasajera: amaba á Doña Ines con una ternura imposible de describir, y la posesión del objeto amado, lejos de apagar el fuego de su pasión, le aumentaba de día en día, como acontece siempre que el verdadero amor enlaza con cadenas de flores el corazón y el destino del hombre.

Desde el momento de su secreto enlace en Braganza, no solo aspiró á que Doña Ines fuese la tierna compañera de su vida, sino que, apreciando en todo su valor las altas prendas que atesoraba la hija del noble castellano, resolvió elevarla al trono de Portugal tan luego como heredase la corona.

Tales proyectos no quedaron desconocidos para los ambiciosos cortesanos de D. Alfonso, que temian fuese aquel enlace la causa que les hiciera perder, andando el tiempo, su influencia, recayendo esta en los hermanos de Doña Ines, poderosos tambien y de recomendables prendas. Asi fué que desde aquel dia, no cesaron un momento los ambiciosos próceres en su propósito de destruir la nueva influencia, que veian nacer en el pálido horizonte de sus ambiciones.

Para realizar sus propósitos hicieron que Alfonso IV inclinara á su hijo á un nuevo vínculo con alguna princesa extranjera; proponiéndose de este modo, que al rechazar el príncipe el imposible enlace, quedase descubierto el matrimonio secreto y fuertemente escitado el enojo del monarca.

Los planes de aquellos magnates ambiciosos quedaron burlados. El infante rechazó noblemente la propuesta de nuevas nupcias, y manifestando su enlace con Ines, el amor de ambos esposos, y la dulzura y talentos de la noble dama hicieron que el rey, aunque irritado por la desobediencia de su hijo, mirase aquella union con menos encono del que sus cortesanos deseaban.

Pero ¿de qué no será capaz la baja ambicion y la ruin envidia, en la atmósfera emponzoñada que dificilmente se respira en las altas regiones de los poderosos de la tierra? Los magnates que habian decidido perder á la inocente esposa de D. Pedro, murmuraban constantemente al oido de D. Alfonso calumniosas imputaciones. Decíanle que Ines á pesar de la estremada dulzura que afectaba, era de carácter violento y ambicioso; que apoyada por sus dos hermanos Alvaro y Fernando, no habia obstáculo que no quisiera vencer, ni límite que no osara traspasar; que el infante Fernando, hijo de D. Pedro y de Constanza, seria infaliblemente la víctima, y que no habria crimen

que no acometiesen para abrir el camino del trono á Doña Ines; que la religion, el honor, el bien de su pueblo y el interés de su propio hijo, le obligaban á hacer sentir á la ambiciosa dama el peso de su enojo, y á convencerla de que el cielo no la habia colocado en tan elevada esfera, que pudiese estarle destinado un trono; que aun cuando su nacimiento no la escluyera de él, la razon de estado la alejaba de tan alto puesto, porque Portugal tenia necesidad de alianzas con casas reinantes extranjeras, no solo por buscar honras sino por utilidad del pais, y que esta no podia encontrarse en la amistad de los de Castro, que no eran mas que simples particulares, ricos á la verdad, pero cuya riqueza no podia proporcionar ninguna ventaja al Estado.

Con tales razonamientos persuadian al monarca de la necesidad apremiante en que estaba, de apartar al príncipe de aquellos amores; pero como á ello se opusiera no solo el matrimonio que los santificaba, sino la decidida voluntad de D. Pedro, los implacables cortesanos á cuyo frente estaban Pedro Coello, Diego Lopez Pacheco y Alvaro Gonzalez, ciegos completamente por la ambicion, sin detenerse para realizarla ante la idea del crimen, y seguros de la impunidad, persuadieron al rey, que no habia otro medio para cortar aquellos lazos que quitar á Doña Ines la vida. Enemigo Alfonso de la violencia, y horrorizado ante tal propuesta, vaciló antes de aceptarla; pero de tal modo supieron ofender su altivez y escitar su ira contra la inocente dama, que al fin decretó su muerte, como necesaria para el bien del Estado.

Las pèrfidas maquinaciones de aquellos malvados cortesanos no pasaron tan en silencio, que dejasen de llegar á los oidos de la reina Doña Beatriz, madre del príncipe, de D. Gonzalo Pereira, arzobispo de Braga, y de algunos otros personajes, que quisieron salvar á Doña Ines, advirtiéndole de la inicua trama al enamorado esposo; pero este miró aquel aviso como una estratagema de que se valian para obligarle á separarse de Ines, no pudiendo sospechar siquiera, hubiese corazones bastante infames y depravados, para ejecutar con barbarie sin ejemplo tan horrible crimen.

Desgraciadamente su confianza le cegó tanto como su amor. Mientras que D. Pedro salía de Coimbra á una partida de caza, D. Alfonso llegaba desde Montemayor á aquella ciudad, donde la enamorada esposa esperaba rodeada de sus hijos la vuelta del escogido de su corazón. Apenas llegó el monarca á Coimbra, la terrible nueva de su triste destino infundió en Doña Ines el natural temor por ella y por sus hijos, y aunque resignada á morir, pero queriendo conservar la existencia de su esposo y la de los cuatro pedazos de sus entrañas que al calor de su seno habian vivido, se arrojó á los piés del rey, los regó con sus lágrimas, le presentó sus hijos que se abrazaron tambien llorando á las rodillas del monarca, le pidió perdon, ella inocente y sin delito al que intentaba cometerlo, y no siendo fuerte el corazón de Alfonso para resistir á tan tierna escena, el escitado orgullo del monarca cedió á la compasion y perdonó á la infortunada Doña Ines.

Y á tal extremo llegaron las persuasivas razones de aquella inocente esposa y triste madre, que el monarca estaba ya casi dispuesto á reconocerla públicamente por hija; cuando los crueles cortesanos esforzando sus satánicos razonamientos, volvieron á despertar en el impresionable corazón del rey los sentimientos de ódio y de venganza que la presencia y los ruegos de Ines habian ahogado, y para no volver á enternecerse y temiendo desistir de su propósito autorizó á Coello, Pacheco y Gonzalez para que realizasen su horrible intento.

Dormida estaba Doña Ines con el dulce sueño de la virtud y rodeada de sus hijos, cuando aquellos malvados asesinos, deshonorando la espada que ceñian, penetraron en la estancia de la casta esposa. Ni la apacible hermosura de esta, que brillaba dormida en medio de sus hijos, como una rosa blanca recién entreabierto en medio de los pimpollos que la rodean; ni la inocente mirada de las tiernas criaturas, que en su feliz ignorancia sonreían á aquellos hombres, á quienes tal vez juzgaban amigos de su padre; ni el horror del crimen que iban á cometer á sangre fria sin rabia y sin resistencia contra una muger

inerte y sin amparo, pudieron detener el brazo de los asesinos, á quienes empujaba el vértigo de la muerte, sostenido por el demonio de la ambicion y de la envidia. Ciegos y arrebatados hundieron una vez y otra vez sus puñales en aquel blanquísimo seno, y llevaron su crueldad hasta el punto de no apartarse de su víctima, antes de verla exalar el último suspiro.

Renunciamos á describir aquel horrible cuadro. La madre muerta en su lecho; los inocentes hijos abrazados á ella, trémulos, asustados, buscando amparo en la que no podia prestárselo, cubiertos con la sangre de su madre, mirando entre lágrimas y gemidos á los asesinos, pero sin poder comprender toda la inmensidad del crimen que acababa de cometerse; y los tres malvados caballeros contemplando tranquilos aquella agonía natural y aquel doloroso estupor.

Apartemos la vista de tan horrible cuadro, con lágrimas para la triste víctima, con profunda execracion para sus verdugos....

Al regresar de la caza el príncipe y al ver de tal modo asesinada á su esposa su dolor no reconoció límites: la imagen sangrienta de Ines estaba constantemente delante de sus ojos, arrancándole suspiros y lágrimas, hasta que pasados los primeros trasportes del dolor, despertóse en su espíritu el natural deseo de la venganza, que solo podia satisfacerse, sacrificando en aras de su amor perdido, la vida de los impíos homicidas. No era sin embargo tan fácil de realizar este pensamiento como de concebirlo: los asesinos de Ines estaban protegidos por el monarca, y era necesario levantarse en son de guerra para conseguir su justo castigo.

Tal obstáculo no fué bastante á detener al irritado príncipe. Unido con Fernandez y Alvaro de Castro, hermanos de la desgraciada Doña Ines, corrió á las armas asolando todas las posesiones de Coello, Pacheco y Gonzalez, y juró que no se someteria hasta que le fuesen entregados los asesinos de su esposa. Las lágrimas y los ruegos de su madre consiguieron sin embargo calmar su enojo, aunque no que renunciase á su venganza para lo porvenir.

Los acontecimientos sucediéndose con rapidez, le pusieron en

ocasion de realizar sus deseos. Alfonso murió en 1357 y el ofendido D. Pedro subió al trono de Portugal.

Los indignos cortesanos Diego Pacheco, Alvaro Gonzalez y Pedro Coello, se habian refugiado en Castilla; pero si el primero huyó á Francia donde murió, los dos últimos fueron entregados al nuevo rey de Portugal por D. Pedro el Cruel. Espantoso fué el crimen que aquellos señores cometieron, pero tremendo fué tambien el castigo que el ofendido monarca les impuso. Conducidos á Portugal fueron juzgados, y convictos de su delito, condenados á muerte: el suplicio ordinario era sin embargo insuficiente para extinguir la sed de venganza que el rey alimentaba; y despues de atormentarles cruelmente, concluyó por hacerles arrancar el corazon, al uno por el pecho y al otro por la espalda, encima de un alto cadalso, quemando en seguida los cadáveres y arrojando sus cenizas al viento. Suplicio horrible que llenó de consternacion á todos los que de él tuvieron noticia, y que D. Pedro presenció con la fria calma de la venganza satisfecha.

II.

Desusada animacion notábase en Castanhedo poco despues de estos acontecimientos. Convocadas las Córtes del reino el monarca queriendo honrar la memoria de su adorada esposa, declaró su matrimonio solemnemente en presencia de los representantes de sus estados y del nuncio apostólico; publicóse el acta de aquel enlace por todo Portugal con la mayor solemnidad, así como la dispensacion del papa Juan XXII que habia precedido á el enlace; reconoció á los hijos de aquel matrimonio con derecho á la corona; y exhumando en la Iglesia de Santa Clara de Coimbra el cuerpo de la muger á quien tanto habia amado, dispuso la vistiesen con las galas de Reina; colocó él mismo sobre

aquella cabeza, apenas desfigurada por la muerte, la corona real, y ordenó á todos los señores de su córte, convocados espresamente para aquel acto, á que la reconociesen por su soberana, haciendo que en señal de vasallaje besaran todas aquellas manos descarnadas, tristes restos de su pasada hermosura.

Concluida esta ceremonia, el cadáver de la infortunada esposa, que reinaba despues de morir, fué colocado en un magnífico carro de triunfo, y transportado á Alcobaza seguido de un brillante cortejo compuesto de todos los mas esclarecidos hidalgos y las mas nobles damas de Portugal. Cubierta la cabeza de los caballeros con una capucha en señal de duelo y arrastrando las mugeres largos mantos blancos, atravesó con funeraria pompa la régia comitiva entre dos filas de hachones sostenidos por hombres del pueblo, colocados en toda la extension del camino de cerca de diez y siete leguas, que mediaba desde Coimbra hasta Alcobaza.

Dos tumbas de mármol blanco primorosamente labradas habia preparado el Rey en el célebre monasterio á donde conducia los restos de su esposa. Iguales ambos, destinó el uno para él; el otro para Doña Ines, cuyo busto colocó sobre el sepulcro en que guardó aquel cadáver tan querido, poniendo tambien en la cabeza de la escultura, una corona para que despues de su muerte reinase aquella infortunada princesa en la memoria de los hombres, como durante su vida habia reinado en el corazon de su esposo.

En vano pasó el tiempo, y los años pretendieron derramar el bálsamo del olvido sobre el corazon de D. Pedro. El amor que éste sentia hácia Doña Ines, vivia siempre en su corazon, como el dia feliz en que escuchó de sus labios su primera palabra de amor. El desgraciado fin de su esposa arrancó inconsolables lágrimas al monarca lusitano hasta que la muerte le unió con ella; y la trágica historia ha pasado á la posteridad embellecida por la poesía así en obras dramáticas, como en el gran monumento de la literatura portuguesa, el poema de Luis de Camoens, con una de cuyas octavas hemos comenzado esta biografia, que terminamos igualmente, repitiendo los

bellisimos versos en que pinta el poeta lusitano, la hermosura de Doña Ines despues de muerta.

«Assi como á bonina que cortada ,
«antes do tempo foy , candida , é bella ,
«sendo das maõs lascivas mal tratada,
«de minina que á trouxe na capella :
«O cheiro tras perdido , é á cor murchada,
«tal está morta á palida doncella ,
«secas do rosto as rosas , é perdida
«á branca , é viva cor , co á doce vida.»

DOÑA MARIA CORONEL.

En el cuadro triste y sombrío que se despliega á vista del historiador, cuando llorada la dolorosa catástrofe del vencedor de Tarifa y de Algeciras, fija sus investigadoras miradas en el reinado del Rey D. Pedro, sobresale brillando con los resplandores de la virtud, la hermosa figura de una noble castellana, digna de eterna memoria y de que á su alabanza dedicasen sus mejores cantos los poetas, sus mas inspiradas obras los artistas.

Entre los magnates, que escitados por las violencias del monarca, ó siguiendo la constante costumbre de los próceres castellanos, alzaron bandera de rebelion contra D. Pedro, hallóse D. Alfonso Fernandez Coronel, antiguo mayordomo de Doña Leonor de Guzman, que abrazando el partido de los de Lara, fortificóse con síntomas de rebelion en su villa de Aguilar, en Andalucía, villa que en otro tiempo le habia disputado el ilustre aragonés D. Bernardo de Cabrera. Al tener noticia de los propósitos de D. Alfonso, el monarca, que se hallaba en Ciudad Rodrigo, tomó apresuradamente el camino de Andalucía, y llegado que hubo cerca de Aguilar, envió delante á su camarero mayor D. Gutierre Fernandez de Toledo con el pendon real y algunas tropas, juntamente con el jefe de los ballesteros, para que requiriesen al magnate dejase franca entrada al Rey en la villa. Negóse á ello el altivo Fernandez Coronel, alegando que siendo señor de Aguilar, no estaba obligado á recibir al Rey de aquella manera acompañado, con cuya respuesta los guerreros de D. Pedro atacaron las

barreras de la villa, aunque teniendo que volverse mal parados por las piedras y saetas que les arrojaron desde el adarve.

Irritado el monarca, ordenó el secuestro de todos los bienes del rebelde magnate, y despues de sofocar en breve tiempo otra sedicion que en Asturias habia levantado el bastardo D. Enrique, acudió sobre Aguilar con máquinas de batir dando repetidos asaltos, sin que á pesar de tantos esfuerzos ofreciese la villa señales de rendirse, y viéndose obligado el rey á pasar acampado delante de ella todo el invierno. Pero al llegar los primeros dias de febrero de 1353 derribado un lienzo del muro, y despues de un asalto general y decisivo, pudo el monarca penetrar en la poblacion con su hueste, pero sin que por ello se rindiese todavía el altivo vasallo. Refugiado en una torre de la fortaleza resistió largo tiempo, hasta que vencido por el número, quedó prisionero, pronunciando aquellas célebres palabras, que retratan el carácter castellano de aquellos tiempos: *Esta es Castilla, que hace los hombres y los gasta.*

Lejos de mostrarse clemente D. Pedro y generoso despues del triunfo, siguiendo los impulsos de su sanguinario carácter decretó la muerte de D. Alfonso Fernandez Coronel, que pereció á manos de los soldados del Rey y á presencia suya, decapitando tambien en seguida y delante igualmente del monarca á otros varios caballeros del bando de D. Alfonso.

Entre estos desgraciados magnates hallábase D. Juan de la Cerda, yerno del señor de Aguilar, quedando así huérfana y viuda en un dia la hija de este y esposa de aquel, modelo de hermosura y dechado de virtud.

Temerosa de la terrible persecucion de D. Pedro, refugióse en un monasterio de Sevilla, decidida á pasar el resto de sus dias entregada á la oracion, por los tristes seres que lloraba perdidos. Pero no habia de gozar mucho tiempo la triste calma que deseaba en aquel piadoso retiro. El impetuoso monarca de Castilla se habia prendado de su belleza, y para D. Pedro no existian vallas ni obstáculos, cuando marchaba ciego por sus impúdicos deseos. Sin respetar siquiera el

dolor de aquella infortunada hija y triste esposa, á quien él mismo habia arrebatado tan cruelmente su ventura, tuvo la inconcebible osadía de requerirla de amores. La digna esposa de D. Juan de la Cerda rechazó horrorizada la amorosa propuesta del inhumano verdugo de su padre y de su esposo; pero D. Pedro constante en su indigno propósito, y sin respetar el sagrado asilo donde la desdichada víctima se habia refugiado, decidió robarla y conseguir por la fuerza lo que de grado nunca hubiera conseguido.

El peligro era inminente: la voluntad de D. Pedro irresistible: nadie podia defender á Doña María, y la limpia honra de su casa iba á morir tambien á manos del mismo que habia arrancado la vida al padre y al esposo de la noble castellana.

En tan supremo instante, sólo un medio se presentó á la desdichada hija de D. Alfonso; medio terrible, cruel, seguro; pero cuya realizacion necesitaba un valor heróico. El incentivo de su hermosura era el estímulo que arrastraba al monarca, y Doña María decidió destruir su hermosura. No recurrió para ello al medio vulgar del suicidio, que entonces su resolucion hubiera sido cobarde. Decidió desfigurarse el rostro, y de tal modo que nunca volviesen á aparecer en él los tentadores encantos de su pasada belleza, y cogiendo para ello un puñal, hirióse con heróica crueldad y con valor incomparable el rostro con tantos y tan repetidos golpes, que dificilmente pudieran reconocerse en aquel destrozado semblante, las huellas de su peligrosa hermosura.

¡Sublime accion, digna de renombre eterno; ejemplo elocuente, que nunca debieran borrar de su memoria las damas españolas, hoy que tan facilmente se aquietan las conciencias buscando fáciles pretextos á la liviandad, como si esta pudiera encontrar alguna vez disculpa!

Doña María Coronel completamente desfigurada, triunfó al realizar su noble designio, no solo aplacando sino estinguiendo la odiosa pasion de aquel indigno monarca; y al perder la hermosura del rostro engrandeciò de tal modo la hermosura de su virtud, que no hay voces bastantes para enaltecerla y ensalzarla.

El resto de la vida de aquella virtuosa matrona pasó rápidamente, viviendo retirada, entre la oracion y la caridad. La historia no ha transmitido ningun otro hecho de su vida; pero ¿qué otro se necesita si el que va narrado, basta por sí solo para inmortalizar su nombre y á la patria que le sirvió de cuna?



MUJERES CÉLEBRES.

DA JUANA MANUEL MUJER DE ENRRIQUE II.
(LA MADRE DE LOS POBRES.)

DOÑA JUANA MANUEL,

MUGER DE ENRIQUE II.

I.

Hija de Doña Blanca de la Cerda y Lara y de D. Juan Manuel su marido, nieto de San Fernando, nació Doña Juana en el año 1339, y muy jóven todavía unióse en matrimonio con D. Enrique, Conde de Trastamara, hijo bastardo de Alfonso Onceno y de Doña Leonor de Guzman. Desde el principio de su enlace, empezó á sufrir contrariedades y desventuras, consecuencia precisa del constante estado de agitacion en que se encontraba Castilla, gobernada por un príncipe desatentado, y combatida por opuestas ambiciones, que tomaban cuerpo y se fortalecian, á la sombra de los mismos desórdenes del monarca.

La rebelion de D. Enrique en Asturias hizo experimentar á Doña Juana terribles sobresaltos, al mismo tiempo que puso de manifiesto las nobles prendas de su corazon. Encerrada en Gijon, mientras su esposo se posesionaba de la inaccesible sierra de Monteyo, donde aguardó la hueste real, acudió con el producto de sus joyas á las necesidades de los sitiados, hasta que estos capitularon con el Rey, á condicion de que perdonaria á D. Enrique.

Mas tarde hallábase en Toro en union de las reinas Doña Leonor y Doña Maria cuando el monarca entró en la villa por la traicion de Garcia Alonso Trigueros, y salia del alcázar con la madre de D. Pedro,

acompañada de Ruiz Gonzalez de Castañeda, de D. Pedro Estebanez, maestre de Calatrava y de otros caballeros, cuando los maceros y sayones del rey cargando sobre ellos los mataron á golpe de maza, salpicando la sangre de aquellas víctimas los rostros de Doña María y de Doña Juana, que cayeron al suelo sin sentido, encontrándose al volver en sí, todavía rodeadas de aquellos sangrientos cadáveres. En tan horrible dia escuchó horrorizada los gritos con que la reina maldecía al hijo que habia llevado en su seno, pidiendo que la alcanzara á ella la cuchilla de algunos de los verdugos; y entonces tambien perdió su libertad Doña Juana, quedando prisionera en poder del cruel monarca.

No estaba á la verdad muy segura su vida hallándose esta á merced del sanguinario D. Pedro; por lo que D. Enrique que habia logrado ponerse á salvo fuera del reino, buscaba sin descanso medios de libertar á Doña Juana de aquella peligrosa cautividad. Para conseguirlo se valió de D. Pedro Carrillo que estaba con el bastardo en Aragon, disponiendo que fingiese pasar al servicio del Rey, ofreciéndole hacerlo si le daba herencia en Castilla. D. Pedro lo concedió, y tan buenas trazas se dió el diligente Carrillo para lograr su propósito, que no tardó mucho en sacar de su prision á Doña Juana, burlando la vigilancia de sus perseguidores, y volviéndose con ella á Aragon donde la recibió el de Trastamara con tanto gozo, cuanto fué el sentimiento del Rey. Corria entonces el año de 1357 en que llevaba otro de prision la noble dama, y al siguiente dió á luz en la villa de Epila un hijo, cuyo nombre fué D. Juan, el cual heredó mas tarde la corona de Castilla.

Aumentándose de dia en dia el número de los descontentos en Castilla por el arbitrario y cruel proceder de D. Pedro, crecia el partido de D. Enrique en tanto grado, que venciendo este en el campo de Araviana, junto al Moncayo, á los fronteros del reino de Castilla, y trayendo despues fuerzas de Francia, y algunos señores de Inglaterra, entró en el reino por Alfaro, y empezó á intitularse rey en Calahorra, pasando luego á Búrgos donde fué recibido por Rey, y se

coronó en las Huelgas en la primavera de 1336. Desde entonces empezó Doña Juana á ser tambien titulada Reina de Castilla; acompañando constantemente á su esposo en todos los trances por que tuvo que pasar antes de subir al trono, gozó despues pacíficamente la corona hasta su muerte acaecida en Salamanca á la edad de cuarenta y dos años, en el de 1381.

Modelo de esposas y de madres, sus virtudes dieron siempre á esta Reina merecido renombre; pero el título con que adquirió justa celebridad, está basado en la mas fecunda y santa de todas las virtudes; en la caridad. Su pura llama ardió siempre en el pecho de Doña Juana Manuel, siendo tanto el amor que profesaba á los desvalidos que pasó su nombre á la historia, con el hermoso y envidiable dictado de «*madre de los pobres.*»

Mucha fué la fortuna que reunió Doña Juana. Rica por herencia de familia, lo era tambien por la liberalidad del Rey su esposo, hasta el punto de dejar declarado este en su testamento, que «*no hubo reina en Castilla que tanta tierra tuviese;*» pero buen empleo sabia hacer de sus riquezas, viviendo ella modestamente y amparando con largueza á todos los desvalidos. Digna é imperecedera fama la que se conquista con las buenas obras. Su memoria queda escrita con caracteres indelebles por las lágrimas del agradecimiento, y profundamente grabadas en el corazon de la humanidad.

II.

En la capilla conocida con el nombre de los *Reyes nuevos de Toledo*, en el arco inmediato al que ocupa el sepulcro de Enrique II hallase el de su esposa, con escultura yacente, cuyo tranquilo semblante, en el que bien claro se descubre que el artista procuró hacer un exacto retrato de la difunta reina, reflejan las perfecciones de su

alma en armonía con las de su cuerpo: su magestuoso talle, dice á este propósito un erudito artista de nuestros dias ¹, sus bellas facciones levemente coloradas con transparente carmin, la sonrisa que aparece en sus labios, nos la representa cual si un soñar placentero embargase sus sentidos. Ciñe su cabeza la real corona que ajusta en sus sienes un corto velo, asi como las tocas que cubren el cuello y pecho con suma honestidad. El trage es tan nuevo y singular como rico y ostentoso y nos ofrece uno de los primeros ejemplos de aquella ropa rozagante, que desde su union al simulado y alto talle cae en menudos y simétricos pliegues, ensanchándose gradual y abundantemente hasta los piés. Este brial, pintado de verde y sembrado de lirios de oro, parece estar un tanto abierto ó alzado por delante hácia la rodilla izquierda, descubriendo asi parte de la blanca túnica interior. Todo el trage de esta escultura tan notable por referirse á la caritativa esposa de Enrique II, es tambien importantísimo por la grande enseñanza que ofrece para la indumentaria del siglo XIV. La inscripcion del sepulcro dice asi, modestamente restaurada:

AQUI YACE LA MUY CATÓLICA Y DEVOTA REI-
NA DOÑA JUANA, MADRE DE LOS POBRES E MU-
GER DEL NOBLE REY D. ENRIQUE, HIJA DE D. JUAN
HIJO DEL INFANTE D. MANUEL, LA QUAL EN VIDA
Y MUERTE NO DEJO EL HABITO DE SANTA CLARA:
E FINO A VEINTE Y SIETE DIAS DE MAYO AÑO DEL
NACIMIENTO DE NUESTRO SALVADOR JESUCRISTO
DE 1381.

¹ Carderera.

DOÑA LEONOR DE ARAGON.

Animada del mismo espíritu de caridad que Doña Juana Manuel, á cuyo lado pasó los primeros años de su adolescencia, la infanta Doña Leonor, hija de D. Pedro IV de Aragon y de Doña Leonor de Sicilia, enlazada al Rey de Castilla D. Juan I demostró en todas sus acciones ser digna discípula de la madre de su esposo. Corta fué su existencia, pues nacida en 1358, falleció en la villa de Cuellar á 13 de setiembre de 1382 á la temprana edad de veinte y cuatro años; pero en tan corto período demostró tales prendas de virtud, que la hicieron digna del renombre de santa, con que han trasmitido su nombre á la posteridad cronistas de aquel tiempo.

Su caridad era de tal suerte, que veíase con harta frecuencia sufriendo escasez y penuria por atender á los pobres y desvalidos; y estaba tan arraigado en su corazon el sentimiento de la justicia, que ni aun en sus mayores apuros quiso gravar con los acostumbrados impuestos á los judíos, sin embargo de ser costumbre de aquel tiempo que estos pagaran sus servicios á los señores de los lugares en que vivian, prefiriendo Doña Leonor sufrir necesidades á que los vasallos hebreos obligados á dar lo que no debieran, maldigesen de ella, del Rey ó de sus hijos. Notable ejemplo que aun en siglos de mayor ilustracion, en vano deseariamos ver imitados, y que basta por sí solo para hacer la apología de aquella ilustre princesa, tan piadosa como tolerante, tan tolerante como caritativa, tan caritativa como justa.

En testimonio irrecusable de nuestras alabanzas, vamos á transcribir las palabras con que la juzga el que fué despensero de esta reina y de su consejo, en el *Semanario de los reyes de España*, como el mejor elogio de las singulares prendas de Doña Leonor. «E fué «(este rey D. Juan), dice, casado con la Santa reina Doña Leonor, «fija del rey D. Pedro de Aragon. E puedola llamar *Santa* yo que esto «escrebí, segun las sus obras santas que yo á esta noble reina vi facer «en todas las siete Obras de Misericordia de ello en público, é todo lo «mas en ascondido. E especialmente en dar limosnas. E digo que lo sé «mas que otra persona alguna de su casa, por cuanto yo era despen- «sero mayor, é por su merced me havia encomendado todos los mas «fechos de su casa, é era uno de los de su consejo: é de todas las sus «obras santas que ella fizo, yo non porné aquí mas de una cosa della, que «fué en esta guisa. Esta señora Reina estaba en muy grande menester «de dineros, por cumplir todas estas obras de caridad, especialmente «por casar en buenos logares doncellas de alta sangre, pobres, é me- «nesterosas, que se venian para ella con grande menester de pobreza «que tenian. Estando en tan gran menester por cumplir estas cosas, «venieron á ella judios ciertos de cada algama de sus villas desta «Señora Reina, á librar con ella negocios de sus algamas por quien «ellos venian. E ellos sabiendo de su menester de la Reina, fablaron «con su confesor, que decian Fray Miguel, que veniera con la Reina «desde Aragon á ser su confesor, é era persona muy devota, é de muy «buena vida, é digeron á este su confesor, estando yo que esto escrebí «presente, de como habian sabido del grande menester de la Señora «Reina, é que le digese de su parte dellos, que pues ella en tamaño «menester estaba, que demandase lo que su merced fuese á las sus «algamas de sus villas, que muy de buena voluntad gelo darian todos «los judíos de sus algamas, por les haver fecho á todos ellos tanta «merced de non les haver enviado pedir servicio ninguno, de mucho, «nin de poco desde que las villas eran suyas, segun que lo demandaban «los otros señores é señoras del Reino á las algamas de sus lugares. «E el confesor, é yo con él, digemosles, que decian como buenos

«servidores, é á muy buen tiempo, segun el menester que la Reina
«tenia, é que la Reina gelo tenia en gran servicio, para facer merced
«por ello assí á las sus algamas, como á ellos. E el confesor é yo fui-
«mos luego á la Reina con esta mesageria, é quando gelo digimos
«todo segun es dicho dijo la Reina: Por cierto nunca tales dineros
«tomaré yo, aunque estos judíos esto digan, nin pediré á las algamas
«lo que nunca les pedí fasta agora, que non querrá Dios que los yo
«pida cosa, porque ellos hayan de maldecir á mi Señor el Rey, é á los
«Infantes mis fijos, é á mí. E por esto antes quiero passar mi menes-
«ter, é sofrirlo, que non les enviar decir que me den lo que dicen. E
«á esto le dijo el confessor: Señora, vos á esto non avedes pecado
«ninguno, pues de ellos mesmos se levanta para vos lo querer dar. E
«entonces dijo la Reina: Aunque estos judíos digan esto por se con-
«graciar, á otros judíos de mis villas pesará por ellos me lo dar, é nos
«maldirán á todos por ello. E por mucho que el confessor dijo en
«esto, mostrándole muchas razones de como lo podia facer sin ningun
«pecado, nunca de esta razon se quiso partir, fasta le decir el con-
«fessor, que las sus algamas se lo enviarian sin se lo ella enviar decir,
«ni pedir. E ella diciendo todavía, que aunque los judíos se lo trages-
«sen delante sin pedir, se lo tornaria. E por todo quanto le fué dicho
«desto é del su menester grande en que estaba, porque lo debia de
«facer, siempre estovo firme en la su primer respuesta. E segun que
«en esto, tal era la su conciencia santa en todas las otras cosas.
«Por lo qual tengo sin ninguna duda, que cuando ella finó, que se
«fué derechamente á Paraiso.»

De tal modo apreciaban sus contemporáneos las virtudes de la primera esposa de D. Juan I.

Trasladado su cuerpo á Toledo reposan sus restos en la capilla de los Reyes nuevos dando razon del lugar en que se encuentran el siguiente epitafio restaurado tambien modernamente.

AQUI YACE LA MUY ESCLARECIDA É MUY CATHOLICA REINA DOÑA LEONOR, MUGER DEL MUY NOBLE REY D. JUAN HIJA DEL MUY ALTO REY D. PEDRO DE ARAGON, MADRE DEL MUY JUSTICIERO REY D. ENRIQUE, É DEL INFANTE D. ERNANDO. FALLECIÓ Á 13 DIAS DE SEPTIEMBRE ANNO DEL NASCIMIENTO DE N. SALVADOR JESU-CHRISTO DE 1382. ANNOS.

La historia no ha trasmitido determinados hechos de la vida de esta princesa; pero basta lo espuesto para justificar el renombre que alcanzó viviendo, y la celebridad que consiguió despues de su muerte.



T. Padra del y del

Lit. Lab. de Sancho

MUJERES CÉLEBRES.

D^A BLANCA DE NAVARRA.



DOÑA BLANCA DE NAVARRA.

Desusada animacion notábase en las villas de Vilorado y Bribiesca por los años de 1440. Desde dos leguas antes de llegar á la última de dichas villas, encontrábanse á uno y otro lado del camino comparsas vistosamente engalanadas, llamando la atencion de la multitud con alardes y juegos de armas. De los pueblos todos de Castilla habian acudido menestrales, omes buenos y labradores, ansiosos de presenciar los públicos festejos que el Conde de Haro, señor de Vilorado y de Bribiesca, preparaba para recibir dignamente á la esposa de Enrique, hijo de Juan II y príncipe heredero de la corona.

Llamábase aquella Doña Blanca y debia el sér á Juan II de Navarra. Prenda de paz y de concordia habia sido su enlace con Enrique, pues cesaron por él las guerras que D. Juan II de Castilla habia sostenido con los reyes de Navarra y de Aragon, y en virtud de las capitulaciones acordadas habian concurrido unos y otros á la villa de Alfaro, en 1437, donde el obispo de Osma D. Pedro de Castilla ¹ desposó á los contrayentes que se hallaban entonces en la temprana edad de doce años. El príncipe regaló á la princesa muchas y ricas joyas repartiendo tambien entre las damas y caballeros de Navarra que la acompañaban preciosos dones en telas y alhajas, luciendo con tal motivo el condestable D. Alvaro de Luna su espléndida largueza, y restituyéndose los esposos despues de cuatro dias de celebridades y festejos á sus respectivas cortes. Pero la edad de los príncipes cum-

¹ Nieto del Rey D. Pedro, por línea de su hijo D. Juan y Doña Elvira de Eril.

plida, envió el Rey D. Juan al obispo de Búrgos D. Alfonso de Cartagena, al Conde de Haro D. Pedro de Velasco y á D. Iñigo Lopez de Mendoza, para que tragesen á la princesa Doña Blanca; y recibida en Logroño con la Reina su madre, dirigieronse á Búrgos, con cuyo motivo y teniendo que pasar por las referidas villas, estremábase el Conde de Haro en darlas espléndida acogida.

Por eso desde mucho antes de llegar á Bribiesca, hallábase el camino cubierto de gente, que distraia con los alardes de las vistosas comparsas, la impaciencia de saludar á la esposa del príncipe D. Enrique, y por eso al encontrarse cerca de la villa salieron todos los vecinos á recibirla, llevando cada gremio su pendon con músicas y danzas; los judíos y moros hicieron los obsequios acostumbrados en la exaltacion de los reyes, y el ruido de las trompetas, tambores y atabales unido al de las aclamaciones de la multitud, llevaban el entusiasmo al corazon mas indiferente. Notables aquellas fiestas y retratando maravillosamente las costumbres de la época, séanos permitido trasladar aquí la sucinta relacion de ellas tal como la hace, siguiendo la crónica, un historiador citado otras veces; ya despues de estas alegres narraciones, solo tenga que describir la pluma en la historia de aquella infortunada princesa tristes episodios de duelo y de lágrimas.

«Llegados al palacio del Conde (Doña Blanca y su comitiva) hallaron dispuestas mesas con singular aparato de repostería. La Reina de Navarra hizo sentar á la mesa con su hija á la Condesa de Haro. Las demas señoras y señores ocuparon sus mesas interpolados, puesto un caballero entre cada dama. Al obispo de Búrgos con los prelados y clérigos extrangeros fueron servidos tantos platos como á la Reina, todo con mucha abundancia, y no menor diversidad de manjares, aves, carnes, pescados, frutas, con delicado aderezo, y por espacio no menos que de cuatro dias, á que añadió el Conde otra grandeza de pregonar que á nadie se vendiese cosa alguna, sino que todos acudiesen á su palacio á recibir de valde cuanto quisiesen. En una sala baja dispuso una fuente de plata, que de continuo manaba vino esquisito, de donde cada uno tomaba lo que queria.

Al cuarto día estaba aparejada en un prado una sala magnífica con un trono de veinte gradas, formadas al natural con céspedes perfectamente unidos, que lisonjeaban con alfombra de hierbas y de flores naturales. Coronaba el remate un precioso dosel de brocado carmesí, con mesas y asientos al rededor de los mismos céspedes, para cena de las damas y señores. A una parte del prado habia caballeros que jugaban las armas: á otra, un estanque de truchas y de barvos traídos á propósito, los cuales vivos se presentaban á los piés de la princesa. A otro lado habia un bosque donde el Conde hizo traer osos, javalíes y venados, con cincuenta monteros servidos de muchos lebreles y sabuesos, cuyo teatro formaba una vistosa montería, tanto mas placida, cuanto la cerca del bosque no permitia saltar á ninguna fiera, y cada una de las que vencía el cazador, era luego despojo á los piés de la novia. Este conjunto lograba otro mayor realce, de que siendo de noche, era tal la multitud de las antorchas, que parecia estar en el medio del día, con asombro de cuantos lo gozaban, por ver en una casa artificial, tal multitud de cosas naturales, pesca, monte, prado, fieras, justas, noche y día. Tampoco faltaron danzas, y otras liberalidades: porque despues de la cena repartió el Conde á los músicos, y á los que habian jugado, dos grandes talegas de moneda. A la princesa la dió una riquísima joya: á las damas, sortijas de diamantes, rubíes y esmeraldas: á los señores caballeros, otros respectivos regalos; de suerte que ninguno dejó de participar de su magnificencia ¹.»

No menores extremos hicieron en Búrgos para recibir á Doña Blanca, y en Dueñas donde el príncipe D. Enrique llegó á ver á su prometida, haciéndose tambien mutuamente grandes regalos. La corte que estaba en Valladolid salió á esperarles á media legua de la ciudad, con gran comitiva de señoras y magnates; y el jueves 15 de setiembre del citado año 1440, celebrábanse las bodas con gran aparato y con ceremoniosa ostentacion. La víspera por la noche del citado día entre diez y once de ella el rey de Navarra, el príncipe D. Enrique, el

¹ Florez.

almirante, condes, caballeros y oficiales palatinos, fueron á las casas de la Reina de Castilla Doña María, donde habia quedado aposentada la ilustre prometida, y montando ésta en una hacanea, y la Reina su madre en una mula ricamente enjaezada fueron con gran acompañamiento á las casas de San Pablo (que así se llamaba el palacio real por su proximidad al convento de aquel nombre) y á otro dia jueves por la mañana en una capilla lujosamente dispuesta para la solemne ceremonia, el cardenal D. Pedro de Cervantes, obispo de Ávila, dijo la misa y veló á los príncipes, siendo sus padrinos el almirante y Doña Beatriz, nieta de D. Pedro I de Portugal y de la desgraciada Doña Ines de Castro.—Jueves tambien y á 6 de octubre verificóse la solemne presentacion en público de la princesa, llevando el rey D. Juan II la rienda del caballo de ésta y acompañándola á pié el Conde de Haro D. Pedro de Velasco, el de Ledesma D. Pedro de Zúñiga, el señor de Hita y Buitrago, D. Iñigo Lopez de Mendoza con D. Enrique, hijo del almirante y otros muchos señores, y conduciendo el corcel de la Reina de Castilla, su hermano el Rey de Navarra con lucida comitiva de señoras y magnates. Todavía duraron los festejos, los banquetes y las manifestaciones de público regocijo muchos dias, sin que nadie pudiera presentir el misterio que ocultaban aquellas ostentosas fiestas ni sospechar las desgracias que habian de sucederles.

Doce años transcurrieron desde la celebracion de su enlace, doce años en los cuales Doña Blanca, de tan peregrina belleza como de claro talento y dulce ternura, habia procurado hacer la felicidad de su esposo, que incapaz de comprenderla y encenagado en el vicio, apenas hizo de ella aprecio, recurriendo para esplicar su vergonzosa nulidad al recurso, tan usado en aquellos tiempos, de hechizos y sortilegios para que el príncipe no se pudiese unir con su muger. Desde el dia de las bodas la pública voz habia atribuido al príncipe la culpa de que su matrimonio no pudiera ser bendecido por el cielo con fruto de bendicion. Honesta y virtuosa Doña Blanca hubiera bajado al sepulcro sin que tal secreto fuera conocido de persona alguna, y sin que por ello dejase de querer y respetar á su marido, pues su alma

elevada no podia descender á tan vergonzoso extremo. D. Enrique por el contrario, queriendo buscar disculpa á su nulidad, culpó á Doña Blanca para quedar libre de aquel enlace y contraer matrimonio con otra, queriendo así engañar á su pueblo y engañarse á sí mismo.

Su proceder sin embargo no engañó á nadie; y por mas que D. Luis de Acuña que gobernaba la iglesia de Segovia, pronunciara sentencia de nulidad y confirmase esta sentencia, por delegacion del papa Nicolás V el arzobispo de Toledo D. Alfonso Carrillo (Noviembre 1453), el pueblo juzgó á su rey tan incapaz en lo físico como en lo moral ¹.

Declarada la nulidad y autorizado el divorcio, la desventurada Doña Blanca separada á los trece años de matrimonio, de D. Enrique, casada y doncella á un tiempo, volvió á su país por un motivo vergonzoso siempre, y precisamente en vísperas de heredar el título de Reina de Castilla y de Leon. Y decimos en vísperas de subir al trono, porque no trascurrido todavía un año desde la declaracion de la nulidad, terminaba sus dias D. Juan II en Valladolid á 21 de Julio de 1354 y ceñió la corona su hijo Enrique, marido de Doña Blanca.

II.

Ofreciendo tristísimo contraste la marcha de aquella infeliz princesa con su ostentosa entrada en Castilla, casi sola, pobre y hasta privada de sus arras, abandonó los que debieran haber sido sus reinos, trasladándose á su patria, que lejos de ser para Doña Blanca tierra de

¹ Mariana, hablando de esta separacion y de Doña Blanca dice «la culpa era de su marido, que aficionado á tratos ilícitos y malos (vicio que muchas veces su padre procuró quitalle), no tenia apetito, ni aun fuerza para lo que era lícito, especial con doncellas: así se tuvo por cosa averiguada, por muchas congeluras y señales que para ello se presentaban». Hist. de España, lib. XXII, cap. 14.

refugio, convirtiéndose en lugar de desventuras. En vano el príncipe de Viana D. Carlos, á quien tocaba la sucesion del reino de Navarra, queriendo mitigar de algun modo el justo pesar de su hermana declaró á esta al tiempo de morir heredera de la corona. Tan loable rasgo de amor fraternal, fué origen de nuevas desgracias que no solo aumentaron las penas de Blanca sino que la privaron de la libertad y hasta de la vida.—Mas á propósito para las dulces emociones de la familia que para las luchas de la ambicion, nacida solo para amar y no para aborrecer, débil por naturaleza, como son generalmente las personas dotadas de corazon sensible, la desgraciada esposa de Enrique IV carecia de fuerzas para sostener sus derechos, y al mismo tiempo le inquietaba poco la esperanza de reinar. No sucedió lo mismo á su hermana Doña Leonor, casada con el conde de Foix: ambiciosos estos esposos aspiraban á la corona de Navarra, y habiendo arrojado la máscara, porque no les daba cuidado alguno el débil carácter de Doña Blanca, trataron de que esta renunciase, ó bien que tomara el velo de las esposas del Señor, y que sino pudiera obtenerse lo uno ni lo otro, fuese entregada al Conde de Foix para que la impidiese reclamar sus derechos.

Despues de algunas vacilaciones se adoptó este último extremo. El mismo Rey D. Juan de Navarra, que ya habia dado muestras de ser un padre indigno de tan augusto nombre, fué el que entregó á su inocente hija en manos de sus enemigos. Avisada por él en el castillo de Olite para que se preparase para ir á Francia, donde decia el monarca tener concertado el matrimonio de la princesa con el duque de Berry hermano del Rey francés, Doña Blanca que sospechaba el verdadero objeto de aquel inesperado viage, lo resistió cuanto pudo; pero su padre la llevó á la fuerza, conduciéndola á los estados del Conde de Foix. A pesar de la dulzura de su carácter, tan injusta violencia no pudo menos de arrancarle una protesta, dejando en San Juan de Pié de Puerto sus poderes al Rey de Castilla, al Conde de Armañac, al condestable de Navarra y á otras personas, para que la ayudasen en tan triste situacion y acudieran en su socorro devolviéndole la libertad.

¡Harto adivinaba que su suerte se habia ya decidido; y que no solo iba á perder su reino, sino tambien la vida!

En tan triste situacion, sin amparo en el que debia prestárselo, temiéndolo todo de las ambiciones de su hermana y de su cuñado, y de la cruel predileccion de su padre, tomó el partido que con razon califica un historiador contemporáneo como heróico y generoso, de recurrir al mismo de quien mas afrenta habia recibido, al esposo que la habia repudiado, al Rey Enrique IV de Castilla, en fin, dirigiéndole tan sentida carta, que como dice otro escritor, «no puede leerse aun despues del transcurso de tanto tiempo sin que se enternezca el corazon mas duro.» En ella le recordaba los antiguos vínculos que los habian unido, las calamidades que la habian agobiado, el triste fin que la esperaba, y concluia renunciando en él sus derechos al reino de Navarra.

Pero si la infeliz princesa aguardaba auxilio de aquel Rey, tan pobre de inteligencia como de corazon, esperó en vano. A 30 de Abril de 1462 fechaba su carta, y en aquel mismo dia era llevada al castillo de Orthez en Bearne, donde la tuvieron en miserable prision mas de dos años, pasados los cuales y despues de muchas vejaciones y padecimientos abandonó este mundo que no la merecia, envenenada por su hermana, sin que en todo aquel tiempo su antiguo esposo intentara siquiera libertarla. Enterrada en la catedral de Lescar, quedó en memoria, segun la acertada frase de otro historiador ¹ «para predicar á todo el mundo perpétuos desengaños.»

Víctima de la injusticia, de la perfidia y de la ambicion, la desgracia ha hecho tristemente célebre á esta princesa, que dotada de altas cualidades, unida á un hombre digno de ella, hubiera sido el ángel tutelar de sus pueblos ².

¹ Florez.

² Aleson, Anales de Nav. t. IV.—Blancas, Reyes de Arag. t. II.—Lebrija, De bello Navariensi, lib. I.—Moret, t. IV.





J. Cebrian dibº y litº

La Iberica, Tudesco 18

MUJERES CÉLEBRES

YSABEL 1ª DE CASTILLA

Copiado de una tabla de la época, que existe en el Museo Nacional

DOÑA ISABEL LA CATÓLICA:

Oscuro y cargado de sangrientas nubes se mostraba el horizonte del siglo XV. El monarca D. Enrique IV, débil y egoísta, había puesto el cetro de los Enriquez y los Juanes en manos del favoritismo, dando aliento a la anarquía, buscaban ansiosos algún faro de salvación en medio del atropello desordenado, y descubrían solamente la llama de la guerra civil, que al espirar por la débil diestra de aquel desventurado príncipe, castigado el reino en el espacio de una breve existencia por una lluvia de contratiempos y desdichas; víctima de la que iba a ser el siglo XV de la inmorandad y de la disolución, crecían los temores y el sobresalto, al contemplar que tenían por encima de sí los peligros de la patria, fluctuando la deteriorizada corona entre dos príncipes; cuya tutela disputaban ya los más osados y ambiciosos de los reyes.

Castilla no podía ser más lastimosa y sin esperanza de su futuro. Hallábase cruelmente fatigada de muchos y variados males, y en medio de tanta miseria, veía a su alrededor «(escribía un libro de aquel tiempo); guardian en todos los



THE SEATED FIGURE OF THE
GODDESS OF THE EARTH

DOÑA ISABEL LA CATÓLICA,

I.

Oscuro y cargado de sangrientas nubes se mostraba el horizonte de Castilla, á la muerte de D. Enrique IV á quien seguia en breve la Reina Doña Juana segunda esposa, causa muy principal de los escándalos que habian conturbado tan violentamente el reino. Fatigados los pueblos de tantos disturbios y revueltas; cansados de aquella debilidad é ineptitud para la gobernacion de la república, que habian puesto el cetro de los Enriques y los Juanes en manos del favoritismo, dando aliento á la anarquía, buscaban ansiosos algun faro de salvacion en medio del universal descontento, y descubrian solamente la llama de la guerra civil, encendida al espirar por la débil diestra de aquel desventurado príncipe. Castigado el reino en el espacio de una larga centuria con todo linage de contratiempos y desdichas; víctima en lo que iba corrido del siglo xv de la inmoralidad y de la disipacion, crecian los temores y el sobresalto, al contemplar que tomaban mayores creces los peligros de la patria, fluctuando la desautorizada corona entre dos princesas, cuya tutela disputaban ya los mas osados y ambiciosos magnates ¹.

Y la situacion de Castilla no podia ser mas lastimosa y sin esperanza de consuelo. «Hallábanse cruelmente fatigadas de muchos y muy escandalosos robos las ciudades y villas principales del Reino. «(escribia un historiador de aquel tiempo); cundian en todos los

«pueblos de España los homicidas y los salteadores, los sacrilegos y
 «los adúlteros, y eran aquellos triste presa de infinitos insultos y de
 «toda clase de crímenes. No podían los hombres buenos defender sus
 «patrimonios y haciendas de estos malhechores, que ni temían á Dios
 «ni al Rey; ni tenían seguras sus hijas ni mugeres, porque avía
 «mucho gran multitud de malos hombres. Unos menospreciando las
 «leyes divinas y humanas, usurpaban todas las justicias; otros dados
 «al vientre y á la lascivia, forzaban de público casadas, vírgenes y
 «monjas, y cometían otros no menos afrentosos excesos carnales.
 «Otros cruelmente salteaban, robaban y mataban á mercaderes,
 «caminantes y á hombres que yban á fèrias; otros que tenían mayores
 «fuerzas y mayor locura, ocupaban posesiones de lugares y fortalezas
 «de la corona real, y saliendo de allí con violencia, robaban los cam-
 «pos de los comarcanos y no solamente los ganados, mas todos los
 «bienes que podían aver. Ansi mesmo captivaban á muchas personas
 «las cuales sus parientes rescataban, no con menos dineros que si las
 «ovieran captivado moros, ú otras gentes bárbaras, enemigas de
 «nuestra fè¹».

Imposible parece que tan terrible cuadro pudiera ser en breve completamente trocado por otro, que ofreciera largos años de ventura, inspirando á la pluma del mismo historiador estas notables palabras, que ofrecemos como halagüeño contraste y síntesis de aquella transformación, que bien pudiéramos llamar maravillosa. «Cesaron (escribe) «en todas partes los hurtos, sacrilegios, corrumientos de vír-
 «genes, opresiones, acometimientos, prisiones, injurias, blasfemias,
 «bandos, robos públicos, y muchas muertes de hombres, y todos otros
 «géneros de maleficios, que sin rienda ni temor de justicia habían
 «discurrido por España mucho tiempo... Tanta era la autoridad, tanto
 «el temor de la justicia, que no solamente ninguno hacia fuerza á otro,
 «mas aun no le osaba ofender con palabras deshonestas; porque la
 «igualdad de la justicia era tal, que los inferiores obedecían á los

¹ Lucio Marineo Sículo, trad. castellana, *De memorabilibus*.

«mayores en todas las cosas lícitas é honestas á que están obligados; «y así mismo era causa que todos los hombres de cualquier condicion «que fuesen, ahora nobles y caballeros, ahora plebeyos y labradores, «y ricos ó pobres, flacos ó fuertes, señores ó siervos, en lo que á la «justicia tocaba, todos fuesen iguales ¹.»

¿Quién habia podido realizar tan prodigiosa mudanza? ¿Fué acaso uno de aquellos guerreros, que rodeados de la aureola del triunfo imponen á los pueblos su irresistible voluntad? ¿Fué uno de aquellos experimentados repúblicos, encanecidos en la gobernacion de los pueblos, avezados á las árduas cuestiones de la política, y dueños de esos misteriosos arcanos, reservados solo á génios superiores, que hacen cambiar por completo la faz de las naciones? Ni lo uno ni lo otro. Aquel no esperado cambio, inverosímil, que apenas pudieran comprender despues de realizado los hombres de mas clara inteligencia, habia de realizarse por una débil muger, en cuyo pecho rebosaba la ternura, y de modestas aspiraciones personales, alejada por su educacion del revuelto campo de las ambiciones insensatas é insaciables, pero de tan levantado espíritu, de tal perseverancia, de tal rectitud, de tantas virtudes que bastó ella sola, en medio de la corrupcion y del desconcierto general, para ordenarlo y engrandecerlo todo, purificando con su voluntad, con su talento y con su ejemplo la emponzoñada atmósfera que se respiraba en Castilla.

ISABEL LA CATÓLICA: he aquí el nombre de la muger sublime, que realizó tantos portentos, y cuya biografía intentamos narrar, aunque con la seguridad de que nuestro trabajo quede á inmensa distancia, no ya del mérito de la gran Reina, sino de la mayor parte de los historiadores, que inspirados en el recuerdo de su vida, escribieron acerca de ella.

Casi todos los autores que han tratado del glorioso reinado de Doña Isabel, han convenido, bien que sin depurar los hechos, en que nació tan ilustre princesa en 22 de Abril de 1451. Pero no se hallan

¹ Lucio Marinceo Siculo.

igualmente conformes acerca del lugar donde se verificara tan feliz acaecimiento; por lo que al tratar de este punto, en otra obra ya citada que escribimos en colaboracion de un docto académico ¹, nos ocupamos con detenimiento del particular, pues entonces tuvimos la fortuna de consultar, copiándolo por nosotros mismos, un notable documento que allí publicamos, el cual parece llamado á dirimir estas controversias. Lícito nos sea instar sobre lo que entonces digimos, que impropio seria pasar de ligero sobre este punto de hacer el estudio histórico de la vida de Doña Isabel.

Es innegable que en esta disquisicion, ya que no existian al mediar del siglo xv los utilísimos registros, que para anotar el nacimiento de los fieles se establecieron en España por la previsora iniciativa del cardenal Ximenez de Cisneros, seria de suma importancia consultar los escritores coetaneos, como testigos mas abonados del hecho, y fuentes realmente históricas, dadas la avenencia y conformidad de sus declaraciones. Mas por desgracia, no somos los primeros en observar, que existe respecto de este punto entre los cronistas de los Reyes Católicos incomprensible desacuerdo. Quien, debiendo estar bien informado, por el cargo que en la corte alcanzaba, aunque siendo extranjero, afirma que la Reina Doña Isabel vió la luz del dia en la villa de Madrigal el año de 1449 ²; quien, como el renombrado Andrés Bernaldez, cura de los Palacios, en su *Crónica de los reyes católicos*, inédita hasta hace pocos años que se dió á la estampa en Granada, afirma que nació en Ávila en 19 de Noviembre de 1450. Guardan otros silencio en sus historias sobre este suceso, si bien indican alguna vez, como lo hizo Fernando del Pulgar, escribiendo al obispo de Osma ³, la edad que tenia Doña Isabel al ser elevada al trono; por manera, que señalándole la de 23 años, fácilmente se inferia que vino al mundo en 1451, pues que fué proclamada en 1474. El ya mencionado Alonso de Palencia, escritor verídico y por demás

¹ Historia de la Villa y Corte de Madrid.

² El citado Lucio Marineo Sículo *De rebus memorabilibus*, lib. XIX. Fué como es sabido capellan del Rey D. Fernando.

³ Carta 5.^a del *Epistolario* de Hernando de Pulgar.

severo, consignaba en sus *Décadas latinas*, en armonía con el dicho de Pulgar que nació en el año de 1451, IX *Kal mai*.¹ ó lo que es lo mismo, en 23 de Abril referido. Conformábase con esta declaración la *Crónica de D. Juan II*, retocada en vida de la Reina católica, pareciendo inclinarse algun tanto la balanza histórica al lado de Pulgar, Palencia y el compilador de la expresada *crónica*, ya que no respecto del día, en cuanto al año se refiere. Pero ¿dónde habia acaecido aquel fausto suceso? ¿Pertenecía á Madrigal ó era debida á Ávila la gloria de ser madre de Isabel I?... No parecia por cierto inverosímil que los escritores que habian equivocado ó desconocido el año del acaecimiento, estuviesen mejor informados respecto del lugar donde se verificó; y sin embargo, seguia la autoridad de Marineo Sículo, tal vez ya muerta la Reina, su físico el doctor Toledo, manifestando un papel M. S., consultado por un diligente académico² que «nació la Sancta Reina Católica Doña Isabel, fija del Rey D. Juan II é de la Reina Doña Isabel, su segunda muger, en *Madrigal*, jueves XXII de Abril IIII horas é II tercios de hora despues de medio dia, anno Dni, MCCCCLI años.»

Dada esta insistencia, no justificada en orden al lugar con documento alguno, y tal vez nacida en el médico de la Reina Católica del anhelo de concertar el dicho de Marineo con la aseveracion de Palencia y de los que habian señalado el mismo año del nacimiento de Doña Isabel mientras otros escritores proseguian alterándola³, cundia á los del siglo XVI y XVII la noticia de que habia cabido á Madrigal aquella honra, y Gil Gonzalez Davila, investigador infatigable, bien que no tan circunspecto como piden los estudios históricos, se adelantó á determinar la parroquia en que fue la princesa bautizada, asegurando que se habia verificado esta ceremonia en Santa María del Castillo de

¹ Libro II.

² Clanencin, elogio de la Reina Católica.

³ Pedro de Tornes Rector del Colegio de San Bartolomé y Santiago de Salamanca, citado por Clemencin decia al propósito. «Nació Doña Isabel anno Dmni 1453 die 14 novembris ho. 17.» Y despues añadia: «Regina Helisa bet a. d. 1453 die 14 novembris hora 17. ascendeus 4 gr. scorpio, medium cælum II gr. leonis.» No puede darse minuciosidad mayor en noticia mas equivocada.

Madrigal, sin exhibir tampoco fehaciente documento ¹. No fué por lo mismo grandemente respetado su testimonio, y con autoridad semejante á la suya adjudicaron otros á la iglesia de San Nicolas de la espresada villa, y conservó la tradicion, aquel ya disputado honor, aumentando en consecuencia la incertidumbre. Resultaba de todo, que solamente aparecia comprobado, hasta cierto punto y no sin repetidas contradicciones, el año del nacimiento, y que en suma respecto del sitio donde se realizó, existia el dicho de un escritor extranjero, apoyado por otro nacional, pero sin mas fundamento que su palabra. La investigacion necesitaba por tanto mas sólida base: y esto, dadas las contradicciones referidas, solo podia buscarse en documentos diplomáticos de la época.

En medio de las vacilaciones ya mencionadas daba á luz Diego de Colmenares su *Historia de Segovia*, libro acaudalado de muy peregrinas noticias y de selectos testimonios cancelarios: entre ellos hizo del público dominio una carta de D. Juan II, fechada en Madrid á 23 de Abril de 1451, en que ponía el Rey en conocimiento del Concejo y de los omes buenos de la ciudad de Segovia, que la reina, su muger, habia dado al mundo *una infante* EN ESTE *jueves próximo pasado*. Examinado el computo y letra dominical, que fué en aquel año la C, resultó comprobado con toda evidencia que el jueves mencionado en la carta del Rey D. Juan, cayó en 22 de Abril, dia próximo antecedente á la data indicada. Colmenares, armado de este documento fehaciente á todas luces en su ilustrado concepto, aunque ningun interés abrigaba respecto de la villa de Madrid, rival constante en antiguos tiempos de Segovia, celoso de la verdad histórica no vaciló en afirmar que habia tenido la gloria de dar cuna á Isabel I, la patria de San Isidro.

Tal vez porque no fueron ellos los descubridores, ó porque la rivalidad entre Madrid y Segovia se propagaba á sus hijos, vieron con desden, ó no vieron, los encomiadores obligados de la villa del Man-

¹ Bibliot. r. ac. *Vida MS de la Reina Católica*, de que soló vió Clemencin el principio. (*Elogio de la Reina Católica*)

zanares, que tan empeñados se mostraban en sublimar con monstruosos relatos sus orígenes ¹, el documento que tanto debia ennoblecerla, si de su contexto resultaba en efecto la demostracion que el desinteresado historiador de Segovia habia noblemente obtenido. Nadie se curó pues de esta investigacion, hasta que en el primer tercio del presente siglo, al trazar el docto Clemencin su aplaudido *elogio de la Reina Católica*, hubo naturalmente de abordar tan importante punto, tropezando con el documento dado á luz por el diligente Colmenares: examinado este y comprobado con el original por el académico D. Ramon Cabrera, apareció en el espresado *Elogio* concebido en los términos siguientes.

«Yo el Rey embio mucho saludar á Vos el Concejo, Alcaldes, Alguacil, Regidores, Caualleros, Escuderos, oficiales é omes buenos de la cibdad de Segouia, como aquellos que amo, é de quien mucho fio. Fago vos saber que por la gracia de nuestro senor este jueves próximo pasado la Reina Doña Isabel, mi muy cara é muy amada muger, encaesció de una Infante, lo qual vos fago saber porque dedes muchas gracias á Dios asi por la deliberacion de la dicha Reyna, mi muger, como por el nacimiento de la dicha Infante: sobre lo qual mandé yr á vos á Johan de Busto, mi repostero de camas, leuador de la presente, al qual vos mando dedes las albricias por quanto le Yo fise merced dellos. Dada en la Villa de Madrid á XX uij dias de abril de lj. Yo el Rey.—Por mandado del Rey.—Pedro Ferrandez.»—*Sobrescrito*. «Por el Rey, al Concejo, Alcaldes, Alguacil, Regidores, Caualleros, Escuderos, oficiales é omes buenos de la cibdad de Segouia ².»

Tal es la carta de D. Juan II. Túvola Clemencin por testimonio irrecusable para fijar el dia del nacimiento de Doña Isabel, deduciendo con crítica perspicaz y atinada que *fué jueves 22 de Abril de 1451*, como la misma carta testificaba; mas despues de vacilar

¹ En el capítulo 2.º de la introduccion de dicha Historia de Madrid, se encuentran reunidas las principales y peregrinas aseveraciones acerca de este punto.

² En el reverso hay además algunas notas y anotaciones que pueden examinar los lectores en el facsimilé que de este singular documento publicamos en la citada Historia de Madrid.

algun tanto respecto del pueblo donde habia nacido, juzgó impropia la frase en que el rey D. Juan señalaba el día, opinando que si la fecha era del 23 de Abril, no podia decirse con exactitud, hablándose de un suceso del día precedente, el *fago vos saber que este jueves próximo pasado la Reina mi muger encaesció de una Infante*. Llevóle esta duda á buscar alguna explicacion en la fecha, y examinando con tal propósito el documento, creyó al cabo que la dificultad quedaba vencida y desatada, interpretando á *XX vj dias de abril* en vez de á *XX uj* que habia leído Colmenares. Desvaneciósese con esto toda contradiccion para el erudito Clemencin, y aplacósele toda sospecha: la carta se escribió no el 23 sino el 26: la Reina Católica Doña Isabel nació en Madrigal entre cuatro y cinco de la tarde el 22 de Abril, año de 1451: la observacion de Colmenares, relativa al nacimiento en Madrid, quedaba destruida por la verdadera fecha de la carta.

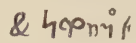
Hé aquí el estado de esta cuestion en el momento en que llegamos á examinarla. ¿Puede acaso darse por resuelta del modo que el docto Clemencin lo verifica? ¿No merece que nos detengamos algunos instantes á reconocer de nuevo el único documento hasta ahora alegado, para confirmar ó rectificar sus aseveraciones?... Aunque la gloria de Isabel I es patrimonio de toda España y pertenece en consecuencia lo mismo á Madrigal y Avila, que á Madrid, la exactitud histórica nos impuso al escribir la dicha historia, como nos impone hoy, el deber de depurar este acontecimiento. El exámen debia empezar por la carta de D. Juan II, obteniendo de ella, no copia ni cotejo mas ó menos autorizado, sino perfecto y exactísimo fac-simile. Adquirido y transcrito del original por el mismo autor de esta obra, merced á la benevolencia é ilustracion de las autoridades municipales de Segovia¹, fué ya fácil formar juicio y esponer con toda sencillez é imparcialidad nuestro dictámen.

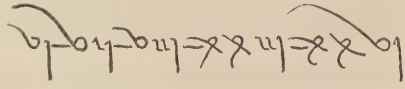
Clemencin admitia la carta como piedra de toque para dilucidar la

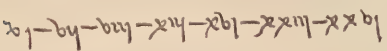
¹ Consérvase dicho curiosísimo é importante documento en el archivo municipal de Segovia, Legajo 26 de Reyes y Principes, n.º 4. Publicamos como ya expresamos su faximilé en la citada Historia de Madrid, pág. 134.

cuestion de las fechas, y sin embargo la suponía escrita el 26: era pues imprescindible fijar principalmente nuestras miradas en la data; y poca atencion fué necesaria (porque es una de las fechas más claramente expresadas en los documentos que al siglo xv se refieren) para reconocer que no había caído en error Colmenares, pues se leía clara y distintamente: *Dada en la villa de Madrid á xxuj dias de Abril de l^j*¹. La observacion del entendido historiador de Segovia recobraba pues toda su fuerza, y las conclusiones del aplaudido académico perdían en cambio su importancia. ¿Cómo era posible que escribiendo el Rey D. Juan desde Madrid el día 23, pudiera participar á las villas y ciudades que tenían voto en cortes, un suceso acaecido el día 22 de igual mes, á las cuatro y cuarenta minutos de la tarde, en una villa que distaba mas de treinta leguas de la futura corte española?... ¿Cómo, si el rey se hallaba á la sazón distante de la Reina, su

¹ Dominado el docto Clemencin por el empeño de dificultar la prueba que el documento ofrecía, ó ya ofuscado, por el afán de aplicarlo á la opinion que ponía en Madrigal el nacimiento de doña Isabel, hubo de insistir en la lección de *XXuj dias de abril*, suponiendo que los dos primeros signos de la unidad eran una *u*, con que se determinaba el número *cinco*; pero es lo notable que no alegó otro documento alguno para legitimar esta peregrina manera de salir del apuro, queriendo sin duda ser creído por su palabra. lo cual no puede admitirse en este linaje de investigaciones. Verdad es que al intentar la prueba, hubiera sido la demostración contraria á su propósito; porque así como siempre hallamos en los documentos diplomáticos de aquel siglo y de los anteriores escrito, para determinar los números 13, 23, 33, etc. *xiiij*, *xxiiij*, *xxxiiij*, etc. así también con la misma regularidad y fijeza encontramos los números 6, 7, 8, 15, 16, 25, 26, etc. representados con los signos *vj*, *vij*, *viiij*, *xv*, *xvj*, *xxv*, *xxvj*, etc. sin que ni en privilegios, cédulas y cartas. ni en códices literarios, jamás hayamos descubierto esa manera equívoca, y singular de escribir los números romanos, en cuya composición entra el *v*, sustituyéndolo una *u*. Para que nuestros lectores puedan dictar por sí el conveniente fallo, pondremos aquí algunos ejemplos en facsímile, tomados del siglo xv. En carta escrita al mismo concejo de Segovia por D. Enrique IV, leemos en la data: *xxiiij*

de Febrero de *lxxviij* en esta forma:  en otra que el mismo rey dirige á Doña Beatriz Pacheco condesa de Medellin, el último año de su reinado, vemos, año de *lxxiiij*  y en varios documentos de D. Juan II. que se guardan en el archivo de la Villa, se expresa de igual suerte una ú otra fecha, ya leyéndose el año de *xxiiij*, ya el día, como

Villa xxviij Pero hay mas, y esta prueba es de tal naturaleza que no consiente réplica: en las *Cuentas de la casa del rey D. Sancho IV*, que hemos examinado originales, en los numerosos *Repartimientos* de pechos y servicios, relativos al siglo XIV; en los *Encabezamientos de las aljamas de los judíos*, de que tenemos preciosos testimonios; en las *cuentas* presentadas por los almojarifes reales en todo aquel siglo y en el xv..., en todos estos y otros documentos que tienen carácter público y oficial, aparecen siempre escritos los números indicados del modo que dejamos advertido y se comprueba con estos facsímiles: 

Pero si de todos estos testimonios fehacientes quisiera dudarse (que no se podrá con razón,) todavía han llegado afortunadamente á nuestros días no pocos calendarios escritos en el siglo XV, entre los cuales poseemos uno que lo fué del monasterio de Santa Catalina de Talavera de la Orden de San Gerónimo, y en él se escriben constantemente los números 6, 7, 8, 13, 16, 23, y 26 de esta manera:  y sin que la indicación de Clemencin se cumpla una sola vez en todos los doce meses del año. Necesario sería pues suponer excepción, nacida de impericia ó de ignorancia en el secretario del rey, para admitir el arbitrio del laborioso académico; y á la verdad esto no puede tampoco concederse, tratándose de D. Juan II, á quien si no se le atribuyen grandes prendas de carácter, no es lícito negarle, sin propio desdoro, el título de ilustrado.

esposa, no expresó en su carta que habia recibido la noticia con aquella presura, por medio de troteros, ó ahumadas, cuando tanta era su satisfaccion que no reparaba en pedir las albricias para su repostero de camas, enviado á la ciudad de Segovia?... Y ya que por fáciles ó conocidos, callase los medios por donde con tal rapidez habia llegado á su noticia nueva tan plausible ¿por qué escribiendo en Madrid, ausente de su esposa, omitió el nombre de la villa en que esta se encontraba y habia dado á luz aquella *infante*?... Ni lo primero podia realizarse á mediados del siglo xv, ni las omisiones referidas son aceptables, especialmente la última, en un documento de tal entidad, que debia llevar á las principales poblaciones del reino la mas cumplida noticia del hecho, desvaneciendo toda duda.

Y en efecto, la carta que examinamos, escrita en Madrid al siguiente dia del nacimiento de la princesa Isabel, no las consentia de ningun género respecto de la natural satisfaccion del padre y del esposo que rogaba á sus pueblos diesen gracias á Dios «asi por la deliberacion de la Reina, su muger, como por el nacimiento de la dicha Infanta;» satisfaccion que no hubiera podido manifestar á mas de treinta leguas de distancia, aquejado por la zozobra que debia combatir su ánimo, desconociendo los pormenores y no ignorando á su edad que el trance en que la Reina Isabel se veia, es siempre aventurado y peligroso. Todo persuade, al leer tan importante documento, que tenia el Rey D. Juan á su vista cuando lo mandaba escribir, aquellos objetos de su cariño; y solo siendo así era ocioso é impertinente el expresar en él, cómo habia recibido la nueva del alumbramiento, y designar el pueblo, villa ó ciudad, donde este se habia verificado. Lo que en un caso parecia falta muy reparable, era en otra naturalísima circunstancia del suceso, que ni pedia nuevas esplicaciones, ni daba motivo á dudas: las ciudades y villas que gozaban de voto en cortes, y con este precioso derecho el de que la corona les comunicára directamente cuantos sucesos se referian á la república, al recibir la carta de D. Juan II, no necesitaban hacer ulteriores preguntas, conocidos su contexto y su data.

Pero queda el reparo más fuerte, en sentir del entendido Clemen-
cin, aquel que le habia llevado á suponer que la fecha de la carta estaba
equivocada en la copia de Colmenares, poniéndola tres dias adelante,
para que fuese posible que el Rey D. Juan recibiera en Madrid la
noticia de haber nacido en Madrigal la princesa Doña Isabel. No era
para tan perspicuo académico verosímil que el Rey dijera en el dia 23
de abril, refiriéndose al 22, *este jueves próximo pasado*; y sin
embargo no faltaban razones para esplicar semejante locucion de una
manera, si no concluyente, satisfactoria y por lo menos tan racional
como las dudas alegadas. Éralo en primer lugar la consideracion; no
descuidada por el diligente historiador de Segovia, de haber caido el
cuarto jueves de aquel mes en el dia 22, correspondiendo los tres
primeros al 15, al 8, y al 1.º; y como el alumbramiento de la Reina
no puede sacarse del espresado dia 22, lejos de haber repugnancia en
admitir que el Rey dijera ESTE JUEVES, es evidente que no pudo en
modo alguno expresarse, escribiendo el viernes, con mayor exactitud,
ni aludir al anterior, pues que añadia, para desvanecer toda sospecha,
nueva confirmacion en las palabras *próximo pasado*. Ni se tenga
por inaudita y peregrina esta manera de decir en los documentos
cancillerescos del siglo xv y los anteriores: con facilidad podríamos
traer numerosos ejemplos en que las frases *este otro dia*, *este dia
pasado* y otras análogas determinan precisamente el anterior á la
data de los mismos documentos, sin que á nadie haya ocurrido buscar
para comprenderlos relacion más lejana. Y cuando por otra parte se
trata de una carta real, en que la corona comunicaba á las villas y
ciudades de voto en cortes un suceso tan interesante á la república,
pues que imponia nuevas obligaciones al Estado, siendo aquellas ciu-
dades y villas ya harto numerosas, y debiendo hacer otro tanto con los
prelados y cabildos del reino, ¿qué habria de extraño ni de repugnante
en admitir que el secretario del rey, ateniéndose extrictamente á la
verdad del hecho, comenzara á cumplir su obligacion al siguiente dia
del nacimiento, tomando para desempeñarla y despachar todos los
correos necesarios, el término de ocho dias, comprendidos desde el

jueves 22 de abril al jueves 29 del mismo? No creemos que puedan estrecharse más las distancias; y á pesar de todo, nada hay en esto de caprichoso ni de inverosímil, ajustándose en cambio á los datos conocidos y que el mismo Clemencin declara irrecusables.

Así pues sin necesidad de establecer un criterio para la fecha del nacimiento y otro para la data de la carta, sino tomándola íntegra y tal como se halla concebida, no es posible desconocer que asisten á Madrid títulos bastantes, y mas calificados que los exhibidos hasta ahora á favor de Madrigal, para aspirar á inscribir en el largo catálogo de sus ilustres hijos el nombre de Isabel la Católica ¹.

Ni pudiera esto causarnos maravilla, al recordar, que tuvo D. Juan II predilección más singular que otro alguno de sus predecesores á la villa del Manzanares, gustando por extremo de montar á menudo en su Real, y pasando en su recinto años enteros. A él fué debido el colosal pensamiento de llevar á Madrid las aguas del Jarama, para engrandecer la población, empresa solo abandonada con su muerte; en esta villa solía tener y celebrar las entradas de año y pasar también la primavera: de suerte, que constando por su *Cronica*, que una rebelión suscitada en Toledo por Sarmiento, duró gran parte del año 1450, trayendo al Rey á las villas comarcanas, entre las cua-

¹ El laborioso Clemencin perdió de vista en su investigación, empeñado en sostener las conclusiones arriba indicadas, que en la colección de documentos y sucesos memorables formados por la Academia de la Historia en los primeros años de su creación se halla en el *Legajo R. A. U. de Cédulas diplomáticas*, tomo LXXXVIII, legajo I. A. C. 1451, la siguiente nota, firmada por el entendido Llaguno y escrita de su puño y letra. «A. C. 1451. Abril 23. D. Juan el II, Rey de Castilla.—Hace saber á la Ciudad de Segovia, que el jueves próximo antecedente la Reyna Doña Isabel su mujer *encaesció de una Infante*: manda dar gracias á Dios por ello, y que á Juan de Busto su Repostero de camas, *levador de la presente*, den las albricias, por quanto le habia hecho merced de ellas. Dada en la Villa de Madrid á XXIII días de Abril de LI. La trae entera, Colmenares, *Hist de Seg.* cap. XXX, § 12. La vió original en el Archivo de la Ciudad donde permanece. Esta Infanta es la Reyna Doña Isabel la Católica, y añade Colmenares, que Fernán Pérez de Guzmán en su *chronica*, aunque conviene en el día, no dice donde nació, como ni tampoco Pulgar, ni Nebrija: que Marineo Sículo pone su nacimiento en Madrigal, año 1451 á 25 de Abril. Pero que siendo los archivos el origen verdadero de las historias antiguas, consta claro por esta carta haber sido el nacimiento en Madrid; pues el jueves señalado en la carta por día del parto fué 22 de Abril, día próximo antecedente á la data, conforme al computo y letra dominical, que aquel año fué c; y la distancia de Madrigal á Madrid no puede ajustarse á tanta estrechura de tiempo.—Llaguno.»—Otra nota unida á la ya transcrita, bien que de letra distinta, dice: «Año de 1451. Abril 23.—D. Juan el II, rey de Castilla.—El Rey D. Juan espide la cédula con esta expresión: Este jueves próximo pasado la Reyna Doña Isabel su muy chara y muy amada muger *encaesció de una Infante* (es la que despues fué Doña Isabel, la Reyna Católica.) Su fecha en Madrid á 23 de Abril de 1451. Cítala, sin espresar otras circunstancias. Florez, *Memorias de las Reynas*, tomo II, pag. 33. y se remite á Colmenares, *Historia de Segovia en aquel año*.» Ni Llaguno ni el autor de esta segunda nota abrigaron sospecha alguna sobre la autenticidad de la fecha, lo cual no debió desconocer Clemencin, siendo como era Secretario de la citada Academia.

les ocupaba Madrid lugar preferente; acreditándose por documentos diplomáticos que prosiguió en estas regiones, durante los primeros meses de 1451 ¹ y que en 4 y 5 de Abril residia en Toledo, segun su misma Crónica; sabiéndose finalmente por ella que en el mes de Mayo de 1450 dejó D. Juan á la Reina en Madrigal sin que volviese á aquella villa en todo aquel año ¿qué mucho que nos parezca natural la venida de Doña Isabel á reunirse con su esposo á la villa del Manzanares, cuyo alcázar le habia servido ya de morada en otras ocasiones, ocupándole durante algun tiempo, y dando á luz en él en 22 del mismo mes de Abril á la futura Reina Católica, como testifica la citada carta del monarca?

Y no se crea, añadíamos en la citada *Historia de Madrid*, y repetimos ahora, que al fijar nuestras miradas con algun detenimiento en este suceso poco ilustrado, ó mejor dicho, tocado apenas por los escritores de otros dias, nos mueve el propósito de ostentar erudicion ni de hacer gala de ingenio. La historia mira siempre con predileccion extremada cuanto á los héroes y grandes repúblicos concierne, y como al nombre solo de Isabel la Católica brotan los laureles en el suelo castellano, como á ella fué dado nuevamente sacar la patria del Cid y Fernan Gonzalez de la vergonzosa postracion en que se aniquilaba, devolviendo á la corona de los Alfonsos y Fernandos el brillo de que la habian despojado los desacatos de los próceres y la poquedad de los reyes, todo cuanto á Isabel I se refiere, tiene en la historia muy subido interés y honra de igual forma tanto á la localidad con quien mas directamente se enlaza, como á la nacion entera, que recibe de sus manos el alto don de la unidad política, en vano presentida y ambicionada por sus mas esclarecidos predecesores. Porque es necesario consignarlo sin vacilacion ni duda. Hasta el felicísimo reinado de Isabel, inútil seria buscar en la historia de la Península, desde la

¹ Encuéntrase dichos documentos estractados en el apéndice n.º 1 de la *Crónica de D. Alvaro de Luna*, pág. 424, y son dos cédulas ó privilegios en que el Rey D. Juan II concede á D. Juan de Luna, hijo del condestable el alguazilazgo mayor de Toledo de que desposeia á Fernan Alvarez de Toledo; y mandaba alzar el secuestro, que antes pusiera sobre dicho oficio, para favorecer, entregándolo íntegro, al referido D. Juan de Luna.

terrible catástrofe del Guadalete, la gran personalidad de España: hallamos el glorioso reino de Asturias, y mas adelante los no menos renombrados de Leon, Castilla, Aragon y Navarra, que van sucesivamente fortaleciéndose á costa del Imperio musulman, hasta acorralar á la morisma en las comarcas de Granada; pero la nacionalidad ibérica, ley superior histórica que estaba llamada á realizar la civilizacion que nace en Covadonga, sólo llega á ser posible bajo el cetro de Isabel I, unidas en una las poderosas coronas de Jaime el Conquistador y de Fernando el Santo ¹.

II.

Educada la gran Reina en el retiro, pues apenas contaba tres años de edad, murió su padre D. Juan II; por lo que Enrique IV heredó la corona, y cuidóse muy poco de su hermana; debió al escaso aprecio que de ella hizo el nuevo monarca y á los consejos de su madre Doña Isabel ², el librarse de la influencia cortesana, que en aquel infeliz reinado inutilizaba las mas firmes virtudes y las mas claras inteligencias. Las contiendas civiles que á la sombra de los desaciertos del Rey destrozaban á Castilla, sostenidas por los ambiciosos magnates fueron causa de que á la edad de doce años llamara D. Enrique á la Infanta, viviendo desde entonces al lado del Rey, no por fraternal ternura de éste sino por medrosa suspicacia, temiendo que pudiera servir Doña Isabel de bandera á los descontentos.

Así continuó durante la mayor parte de la guerra civil, y solo cuando los insurgentes ocuparon á Segovia, despues de la célebre batalla de Olmedo, se puso bajo la proteccion de su hermano menor D. Alfonso, no pudiendo respirar mas tiempo aquella atmósfera de

¹ Dicha *historia de Madrid*, por el Señor Amador de los Rios y el autor de la presente obra.

² Doña Isabel de Portugal, segunda muger de D. Juan II. Enrique IV era hijo de la primera muger del mismo Rey.

disolucion que rodeaba al soberano, en una corte donde era tal el deseo de los placeres, que ni aun se cuidaban de cubrirlos con el impuro velo de la hipocresía. A la muerte de D. Alfonso, á quien, como es sabido, habian alzado por Rey los descontentos, retiróse la Infanta á un monasterio de Ávila, en donde fué visitada por el Arzobispo de Toledo, que en nombre de los confederados, le ofreció el puesto que acababa de dejar vacante D. Alfonso, rogándola que consintiera en ser proclamada Reina de Castilla.

La respuesta de Doña Isabel, á pesar de tan seductora oferta, no pudo ser mas grande ni mas digna: rehusando, sin vacilar un momento, manifestó con toda la firmeza de la rectitud, *que mientras su hermano Enrique viviera, nadie tenia derecho á la corona; que bastante tiempo habia ya estado el pais dividido bajo el mando de dos monarcas rivales; y que la muerte de D. Alfonso debia quizás interpretarse como un indicio de que el cielo desaprobaba su causa.* En vano la elocuencia y las súplicas del primado intentaron quebrantar su resolucion; en vano una diputacion de Sevilla llegó á anunciarla que aquella ciudad habia levantado pendones en su nombre proclamándola soberana; persistió siempre firme en su negativa, y lejos de fomentar la discordia que tan rápidamente ofrecia elevarla al trono, manifestó vivísimos deseos de procurar una avenencia entre los dos partidos, ofreciendo con toda la efusion de su alma influir con su consejo en el ánimo de su hermano Enrique, para que reformase los abusos, causa primordial de tales guerras.

Tan magnánimo proceder, superior á toda alabanza, sorprendió á los confederados, que no podian ni sospechar siquiera aquel acto de virtuosa abnegacion en un princesa tan jóven, ni tanta firmeza de espíritu para sostenerlo á pesar del uniforme parecer de sus consejeros; y, viendo frustradas sus esperanzas, no les quedó mas medio que aceptar una avenencia, procurando que fuese lo mas beneficiosa posible. De este modo la futura Reina de Castilla pagaba con favores de inapreciable estima, el injusto desvío y las ofensivas sospechas de su

hermano, ganándole voluntades y sosteniendo en su cabeza la vacilante corona.

Pero si la digna respuesta de la hermana de Enrique IV á los que iban á ofrecerle el trono, le mantuvo alejada de este por algun tiempo, la Providencia que para altos fines la tenía reservada, dispuso que de aquella misma avenencia, tan generosamente procurada por la princesa, tomase origen su incontrastable derecho á la misma corona que habia rehusado, el dia en que por la muerte de Enrique quedase Castilla sin soberano. Los nobles y afiliados al bando rebelde, que habian podido apreciar por aquel rasgo de grandeza la elevacion de espíritu de la futura Reina, quisieron asegurar para su patria la felicidad en lo porvenir, y así fué que en el convenio ajustado con el Rey, despues de conseguir una amnistía general, y que se divorciase de su esposa, por la relajada conducta á que sin miramiento alguno se entregaba, enviándola á Portugal, pidieron y alcanzaron que se diese á Doña Isabel el Principado de Asturias (patrimonio ordinario del inmediato sucesor á la corona), agregando á esto una dotacion fija correspondiente á su clase; que fuese reconocida inmediatamente como heredera de las coronas de Castilla y Leon; que se convocasen cortes para que sancionase la voluntad de todos los representantes del Estado el derecho de la Princesa; y que no se la obligase á contraer matrimonio contra su voluntad ¹.

A consecuencia de este convenio salieron el Rey y la Princesa, de Madrid el uno, de Ávila la otra, seguidos ambos de brillante cortejo de nobles y caballeros, y reunidos en un campo llamado de los *Toros de Guisando* ² en la provincia de Ávila, abrazó el Rey á su hermana

¹ Pulgar, *Reyes católicos* part. I, cap. II.—Marina en su obra *Teoría de las cortes* inserta original este convenio, apéndice número 11, sacado del archivo de Villena en la villa de Escalona, y de la entonces Biblioteca real D. d. núm. 131; pero equivoca la fecha, pues supone celebrada la capitulacion en 1465, habiendo sido en Setiembre de 1468. En ella hay un capítulo, que demuestra hasta qué extremo tan vergonzoso llegó la poca dignidad del Rey, declarando el mismo su propia deshonra.

«Item, (decía) por quanto al dicho señor Rey et comunmente en todos estos Reynos et señoríos es público et manifesto que la Reyna Doña Juana de un año á esta parte non ha husado limpiamente de su persona, como cumple á la honra de dicho señor rey nin «suya... etc.»

² Encuéntranse estos célebres toros, (mencionados en su inmortal obra por el príncipe de nuestros ingenios), dentro ya de Castilla la Vieja, casi á igual distancia de Talavera, Segovia y Toledo, entre Cebreros y Cadalso, poco mas de media legua al norte de

con muestras del mayor cariño, y la declaró solemnemente heredera de todos sus reinos. Los nobles fieles al Rey y los del opuesto bando, prelados, caballeros y procuradores proclaman, reconocen, y juran todos por legítima sucesora de Enrique IV á Doña Isabel; el Legado pontificio bendice aquel juramento y el pueblo recibe con desusado júbilo, como si presintiera su ventura, la nueva de la deseada proclamacion.

El monarca se apresuró á comunicarla á todas las ciudades, despachando para ello sus cartas reales, en las que quiso firmase con él su hermana, como muestra de cariñosa deferencia, y mas auténtica demostracion de su derecho al trono ¹.

Estos preliminares, feliz origen de una era venturosa, recibieron la aprobacion unánime de la nacion entera en las cortes de Ocaña,

esta poblacion. Cerca de ellas existia la *Venta de la Tablada* donde se aposentó Doña Isabel, y cerca tambien el monasterio de S. Gerónimo de Guisando, desde cuyos muros vió llegar el Rey á su hermana (a). Dichos toros ó elefantes, que mas bien parecen lo segundo, deben ser piedras terminales de regiones ó provincias, conjetura á la que da muchos grados de certidumbre la circunstancia de concurrir en aquellos sitios los confines de las diócesis de Toledo, Ávila y Segovia, y en mas remotos tiempos los límites de las regiones de los *carpetanos y veltones, vaceos y arevacos*, pasando tambien por allí en la época romana la línea que dividia la *España ulterior y citerior*, y las provincias *Betica, Tarraconense y Lusitania*. Eran cinco los referidos monumentos, de los cuales solo permanecen en regular estado de conservacion tres, y están atrevidamente profanados con modernas inscripciones, queriendo servir de epigráfica confirmacion de hechos históricos.—Véase, acerca de los célebres toros, el notable artículo, tan erudito como todos sus trabajos, que publicó en el *Semanario pintoresco español*, año de 1854, el señor D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe.

¹ Véanse los párrafos mas notables de aquellas cartas: «Don Enrique por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Leon etc. Al consejo, alcaldes, alguaciles, regidores, caballeros... etc. Bien sabedes las divisiones y movimientos acaecidos en estos mis reynos de quatro años á esta parte... é como quier que en estos tiempos pasados yo siempre he deseado, é trabajado, é procurado de los atajar é quitar, é dar paz é sosiego en estos dichos reynos, no se ha podido dar en ello asiento y conclusion hasta agora, que por la gracia de Dios la muy ilustre princesa Doña Isabel mi muy cara é muy amada hermana se vino á ver conmigo cerca de la villa de Cadahalso, donde yo estaba aposentado... E yo movido por el bien de la dicha paz á union de los dichos mis reynos, é por evitar toda manera de escándalo é division dellos, é por el gran deudo é amor que siempre ove, é tengo con la dicha princesa mi hermana, é porque ella está en tal edad, que mediante la gracia de Dios puede luego casar á aver generacion en manera que estos dichos mis reynos no queden sin aver en ellos legítimos sucesores de nuestro linage, determiné de la recibir, é tomar, é la recibí, é tomé por princesa, é mi primera heredera é sucesora de estos dichos mis reynos é señoríos; é por tal la juré, é nombré, é intitulé, y mandé que fuese recibida, é nombrada é jurada por los sobredichos perlados, é grandes, é caballeros que ende estaban, é por todos los otros de mis reynos, é por reyna é señora dellos despues de mis dias... E otrosí vos mando, que luego vista esta mi carta, juntos en nuestro cabildo, segun que lo avedes de uso é de costumbre, juredes á la dicha princesa mi hermana por princesa é mi primera princesa heredera, sucesora en estos dichos mis reynos é señoríos. E los unos, nin los otros non fagades nin fagan ende al por alguna manera, so pena de la mi merced, é de caer por ello en mal caso, é perder todas nuestras villas, é lugares, é vasallos, é fortalezas, é heredamientos, é bienes é oficios, é todos é cualesquier maravedís, que en cualquier manera en los mis libros tenedes... etc. Dada en la villa de Casarubios á 25 dias del mes de setiembre, año de 1468 años.—Yo el Rey.—Yo la Princesa.»

(a) No debe confundirse á Guisando, villa del partido de Arenas de San Pedro, con el monasterio de «Gerónimos de Guisando» enclavado en el partido judicial de S. Martin de Valdeiglesias.

quedando de tal modo, como dice un historiador extranjero ¹, anunciada al mundo Doña Isabel, por legítima sucesora de los tronos de Castilla y de Leon.

Y tomamos de este acto de verdadera soberanía nacional el incuestionable derecho de aquella princesa á la corona, porque la ilegitimidad de *la Beltraneja*, probable y casi segura, atendida la reconocida licencia de la Reina, y las circunstancias del impotente Enrique, no llegó á probarse legalmente, y fué tan pronto declarada como combatida por el mismo Rey, verdadero juez y parte en tan vergonzoso litigio. Por eso, de acuerdo enteramente con el historiador que acabamos de citar, derivamos el derecho al trono de Doña Isabel, de la voluntad de la nacion, expresada por sus representantes en las cortes, siendo indisputable el poder de esta representacion genuina de todas las ciudades, villas y lugares para interpretar las leyes que arreglan la sucesion y determinarla de la manera mas absoluta, como que descansa en los repetidos ejemplos que desde muy antiguo se presentan. Aquella asamblea, inmediatamente despues del nacimiento de Doña Juana la prestó el juramento acostumbrado de fidelidad, como heredera inmediata de la monarquía; pero mas adelante las cortes mismas, por razones que juzgaron suficientes, anularon sus actas anteriores, y rindieron á Doña Isabel el homenaje que la era debido, como única, verdadera y legítima sucesora; y llevaron con tal resolucíon su acuerdo adelante, que á pesar de haber convocado despues D. Enrique por dos veces á los representantes del reino, con el expreso objeto de que renovasen el juramento á Doña Juana, rehusaron acudir á su llamamiento. Doña Isabel por lo tanto al tiempo de la muerte de su hermano, tenia un título incuestionable para sucederle, como derivado de la única autoridad que podia darle validez, y mucho mas entonces en que la voluntad del monarca por su misma inconstancia, no podia servir de punto de apoyo á ninguna declaracion formal. Las cortes en representacion de los pueblos, de donde emana el poder de los que les man-

¹ William Prescott.

dan, declararon solemnemente el derecho de la princesa Doña Isabel; ningun título mas legítimo para ceñir la corona; y bien lo reconoció la misma Reyna en públicos documentos, en los que si bien mencionando la opinion popular sobre ilegitimidad de su infortunada rival, apoya la verdadera fuerza de su causa en la sancion de las cortes ¹.

No era cualidad que distinguia á D. Enrique la firmeza de carácter: desde el momento mismo en que signó el tratado, estuvo intentando la manera de romperlo, ya impelido por el amor que profesaba á Doña Juana, á pesar de las dudas que acerca de su nacimiento tenia, ya instigado por una fraccion del partido real á cuya cabeza estaba la familia de Mendoza, y al que prestaba su apoyo el marqués de Villena, que desde su reconciliacion con Enrique habia recobrado todo su antiguo ascendiente sobre este desventurado príncipe. La causa ó pretexto para los nuevos disturbios fué el enlace de Doña Isabel. Los príncipes vecinos á quienes la fama habia llevado las relevantes prendas de la princesa, disputábanse su mano, contándose entre ellos un hermano de Enrique IV de Inglaterra, otro de Luis onceno, y D. Fernando de Aragon, primo de la princesa, que debia suceder en el trono de un pueblo hermano por todos conceptos del de Castilla, y llamados por lo tanto uno y otra á realizar juntos la unidad precursora de grandes y gloriosos dias. Doña Isabel, que con su elevacion de miras, comprendia toda la trascendencia de aquel enlace, y que además miraba con verdadera simpatía, que nó tardó en convertirse en profundo amor, las recomendables dotes del príncipe aragonés, dió la preferencia á este, mientras se fraguaban distintos planes, que habian de poner á prueba la firmeza de su carácter.

D. Enrique cediendo á las instigaciones de sus validos, y dando al olvido la solemne promesa hecha en *Toros de Guisando* quiso obligar á su hermana á contraer matrimonio con Alfonso Rey de Portugal, llegando á tanto en las seguridades de buen éxito dadas al lusitano, que bien pronto se presentó en Ocaña, residencia entonces

¹ Para máyor ampliacion de este punto puede verse á *Marina, teoría*, tom. II.

de Doña Isabel, una pomposa embajada, con el arzobispo de Lisboa á su cabeza, portadora de las proposiciones de su señor. Prudente pero enérgica, mesurada pero resuelta espuso la princesa su negativa; y fué tanto lo que irritó á los instigadores de Enrique aquella oposicion á sus deseos, que les desbarataba codiciosos planes¹, que resolvieron obtener, atemorizándola, su asentimiento, y la amenazaron con reducir á prision en el real alcázar de Madrid. Los caracteres enérgicos se engrandecen con la amenaza; Doña Isabel rechazó indignada tan tiránico proceder, y casi todo el pueblo de Castilla, declarado abiertamente defensor de la princesa, demostraba con públicos actos la preferencia que le merecia el digno escogido de su futura soberana.

Banderas con las armas de Aragon llevaban los niños por las calles remedando con infantil gracia guerreras mesnadas; entonábanse cantares, en que el pueblo anunciaba con el admirable instinto que le distingue las glorias que aquel enlace guardaba para lo porvenir, y hasta llegaban á oídos de su monarca y de su privado satíricas y picantes coplas, en que no salian muy bien parados los años mas que razonables de D. Alfonso para el matrimonio, comparados con las juveniles gracias de Fernando. A pesar de esto el opresivo é inhumano trato que de su hermano recibia la Princesa, iba en aumento, hasta el punto de que indignada Doña Isabel viendo como el monarca rompía el solemne tratado de Guisando, se creyera con razon libre de los compromisos que allí habia contraído, determinando poner fin á tan difícil estado, siguiendo únicamente los impulsos de su corazon y de su inteligencia. Prudente y mesurada sin embargo no quiso proceder

¹ La fraccion que con la familia de Mendoza á la cabeza se habia retirado disgustada del convenio de los Toros de Guisando, y abrazó abiertamente la causa de la princesa Doña Juana, la escitó á que entablase una apelacion para ante el tribunal del Sumo Pontífice, y obtuvo. como queda indicado en el texto, el apoyo del marqués de Villena. Nada era mas contrario á los intereses de este, que la union proyectada entre las casas de Castilla y Aragon, atendiendo á que en otro tiempo habian pertenecido á la última los vastos dominios de su marquesado. Por eso y para destruir dicho proyecto, procuró resucitar las pretensiones que ya en otra época habia tenido Alfonso rey de Portugal sobre la mano de Doña Isabel y para asegurar mas eficazmente la cooperacion de D. Enrique, añadió á su plan el propósito de enlazar á la dudosa hija de éste, Doña Juana, con el hijo y heredero del monarca portugués, proporcionando asi á la infortunada princesa, una posicion correspondiente á su nacimiento, y facilitándola los medios necesarios para que en alguna ocasion favorable pudiese reclamar con éxito la corona de Castilla. Prescott, citando los antiguos cronistas *Alonso de Palencia, Lebrija, Castillo, y Faria y Sousa.*

desde luego sin obtener la aprobacion de los nobles caudillos que la habian ofrecido su apoyo, los cuales se la concedieron sin dificultad alguna; y fuerte ya la princesa con esta aprobacion, á que daba grande importancia la de los jefes que sustentaban el gran partido de Doña Isabel, el arzobispo de Toledo, y D. Federico Enrique, almirante de Castilla, no vaciló en responder favorable al enviado que de parte del monarca de Aragon solicitaba la disputada mano de la princesa, para el futuro Rey aragonés D. Fernando.

Como era de esperar, escusando toda dilacion el anciano monarca, que mas político y previsor que la mayor parte de sus contemporáneos habian deseado para su hijo aquel enlace, desde mucho antes que Doña Isabel hubiera sido declarada heredera de la corona castellana, trató de realizar el proyectado matrimonio; y asi fué que en breve se firmó el contrato matrimonial, notable documento en que se revela la prudencia consumada de la muger superior que inspiró á sus autores, y el acierto con que procuraron calmar todas las inquietudes, halagando el espíritu de nacionalidad de los castellanos, con las restricciones que á D. Fernando se imponian, y la reserva de derechos que se consignaban á favor de Doña Isabel ¹.

Asi las cosas, y á pretexto de cuidar de que se trasladase á Ávila el cadáver de su hermano D. Alonso, que estaba depositado en Arévalo, para proceder con mas libertad y desembarazo pasó Doña Isabel de Ocaña á Madrigal, donde residia su madre la Reina viuda. Pero al mismo tiempo, el maestre de Santiago, resuelto á romper á toda costa el enlace de la Princesa con el aragonés, confiando poco de que se verificase el del Rey de Portugal, habia alentado los deseos del francés, y en Madrigal recibió con sorpresa Doña Isabel la embajada del cardenal de Arrás, quien de acuerdo con D. Enrique, iba en nombre del Rey de Francia á proponerle la boda con su hermano Cárlos, Duque de

¹ Prometia en este contrato D. Fernando respetar fielmente las leyes y usos de Castilla; fijar en este reino su residencia, y no abandonarla sin el consentimiento de Doña Isabel; no enagenar propiedad alguna de las pertenecientes á la corona, no elegir á extranjeros para los cargos municipales, ni hacer nombramientos en la parte civil ni militar, sin el consentimiento y aprobacion de su esposa; y dejar á esta exclusivamente el derecho de nombrar para los beneficios eclesiásticos, debiendo ir firmadas por ambos todas las órdenes relativas á los negocios públicos.

Berri y de Guiana. Sin cejar ni un momento en su propósito, respondió hábilmente al cardenal, *que ella habia de seguir lo que las leyes destos reinos disponian en gloria y acrecentamiento del ceptro real dellos*, con lo cual *el cardenal mal contento se partió á Francia* ¹.

No habia procedido ligeramente al dar tal respuesta Doña Isabel: previsora, y queriendo anteponer el bien de la patria á su mismo deseo, *habia enviado antes de esto á Francia un capellan suyo, hombre fiable, llamado Alonso de Coca, para que mirase al Duque de Guiana, y con gran sollicitud supiese de sus costumbres, y lo mesmo hiciese de D. Fernando, Principe de Aragon, porque pudiese á la Princesa y á la Reyna aconsejar lo que mas convenia. Y venido, relatò á la Princesa todo lo que conociò de estos Principes, diciendo en cuántas excelencias excedia el Principe de Aragon al Duque de Guiana, como el principe fuese de gesto y proporcion de persona muy hermosa y de gentil aire y muy dispuesto para toda cosa que hacer quisiese, y que el duque de Guiana era flaco y femenino, y tenia las piernas tan delgadas que eran del todo disformes, y los ojos llorosos y declinantes á ceguedad, de manera que antes de poco tiempo habria menester mas quien le adestrare, que caballo ni armas para usar de caballeria. Y allende desto decia las costumbres de los franceses ser muy diferentes de las de los españoles... Lo cual todo la princesa oyò alegremente, porque en todo favorecia al deseo de su voluntad, que era casarse con el principe de Aragon* ².

Pero mientras Doña Isabel veia de este modo favorecidos sus propósitos, los manejos de sus enemigos la ponian en tan apurado trance, que vióse amenazada de ser reducida á prision por las gentes

¹ Palencia, *crónica* part. II.

² Palencia, *crónica*, citada.

del Arzobispo de Sevilla instigado por el Marqués de Villena, habiendo al mismo tiempo enviado cartas D. Enrique á los vecinos de Madrigal amenazándoles duramente si auxiliaban á la Princesa. Aquellos leales partidarios de la futura Reyna, impotentes para resistir las órdenes del Monarca, manifestaron á Doña Isabel cuanto ocurría, suplicándola se pusiera en salvo. En tan críticas circunstancias, abandonada de las personas que mas seguridades la ofrecían, próxima á caer en poder de sus enemigos, sin desconcertarse ni un momento, halló medio de comunicar su difícil y crítica situacion al Arzobispo de Toledo y al almirante Enriquez, quienes reuniendo con gran premura sus guerreros y gentes de armas, lograron salvarla, conduciéndola en triunfo á Valladolid, donde fué recibida en medio de las mas fervientes demostraciones de entusiasmo.

Acelerábanse al mismo tiempo todos los preparativos necesarios para celebrar la boda. Ya el príncipe D. Fernando habia enviado un collar riquísimo de perlas y piedras preciosas, valuado en cuarenta mil florines de oro, como prenda de amor y de palabra empeñada, ofrenda cuyo portador habia sido el cronista Palencia, tantas veces citado en esta biografía; y él mismo, acompañado de Gutierre de Cardenas volviósse con el mayor sigilo á Aragon para acelerar la venida del príncipe, antes que D. Enrique y sus pérfidos consejeros, trataran de impedir el providencial enlace. Novelescos y llenos del mayor interés son los pormenores de aquella empresa, que con la mayor minuciosidad nos ha trasmitido el citado Palencia, que en ella tomó activa parte, y la cual despues de mil peripecias, habiendo estado á punto de morir D. Fernando al golpe de una piedra, lanzada desde las almenas del Burgo de Osma por un centinela, terminó con la feliz llegada del príncipe á Dueñas en el reino de Leon, donde todos los castellanos se apresuraron á ofrecerle su adhesion y respeto.

Al recibir Doña Isabel la deseada nueva, escribió á su hermano D. Enrique, avisándole de la llegada del príncipe y de su proyectado enlace, excusándose de haber tenido que proceder ocultamente por las asechanzas con que la astucia de sus enemigos la habia rodeado,

manifestándole al mismo tiempo las ventajas políticas de aquel matrimonio, tanto para lo presente como para lo porvenir, el beneplácito con que habia sido recibido por la nobleza castellana, y solicitando por último su aprobacion, dándole seguridades de leal obediencia así por parte de Fernando como por la suya ¹.

El 15 de Octubre de 1469, fué el día feliz en que saliendo de Dueñas el príncipe de Aragon, acompañado tan solo de cuatro caballeros llegó á Valladolid, para las vistas con su futura, la cual dió con tal motivo nuevas pruebas de su rara prudencia y elevacion de espíritu, rechazando la propuesta que la hicieron aduladores cortesanos, de que exigiese al novio algun acto de homenaje en señal de inferioridad de la corona de Aragon con respecto á la de Castilla; recibido D. Fernando por el Arzobispo de Toledo, duró la entrevista mas de dos horas, tratándose en ella de todos los preliminares del matrimonio, siendo tanta la pobreza de los contrayentes en aquellos momentos, que tuvieron que tomar dinero prestado para los gastos de la boda; y terminada la entrevista, volvióse el Príncipe á Dueñas con el mismo acompañamiento que habia traído.

Que ambos esposos quedaron prendados uno de otro, no hay para que decirlo. Reflejándose en sus ojos la actividad de su espíritu hasta el punto de que se decia de él *que descansaba en el trabajo*; afuente en el decir; fino é insinuante al conversar; jóven de diez y ocho años; blanco de color, aunque ligeramente tostado por el sol de los combates, causó profunda impresion D. Fernando en su hermosa prometida, al mismo tiempo que la princesa cautivaba el corazón del aragonés. Un año mas tenia esta que su esposo, y la dulce espresion de sus azules ojos revelando su elevada inteligencia y su profunda sensibilidad; su cabello de un rubio oscuro, el color de su rostro de esa sonrosada blancura tan propia de los caracteres apasionados, y sus facciones todas de la mas perfecta regularidad que pudiera exigir un artista, indicaban aquella hermosa armonía de cualidades intelectua-

¹ Esta carta fechada en 12 de Octubre de 1469, puede verse en la *Crónica de Castilla*, cap. CXXXVI.

les y morales que tanto la distinguieron. Era estremada su belleza: *la mas hermosa Señora*, dice un cronista contemporáneo, *que yo he visto jamás, ni tanto de ver como su persona, ni de tal manera é sanctitud honestísima*¹. Manejando el habla castellana con perfeccion y elegancia; ilustrada por el estudio; fácil en comprender; pronta en decidir; entusiasta y prudente, digna pero modesta, tantas y tan raras prendas, tantos y tales atractivos cautivaron el corazon del Príncipe, que desde aquel instante sintió por ella el respetuoso sentimiento del verdadero amor.—De este modo enlazaba la Providencia dos seres, nacidos el uno para el otro, y que completándose y comprendiéndose dirigíanse á un mismo fin con la unidad de pensamiento que siempre anima á los que bien se aman: unidad de miras, que encaminada al bien de la patria, habia de conducirla indefectiblemente á su engrandecimiento y su ventura.

El matrimonio de Doña Isabel y D. Fernando se celebró públicamente la mañana del 19 de Octubre de 1469 en el palacio de Juan de Vivero, residencia entonces de la Princesa y destinado despues para la Chancillería de Valladolid², solemnizando las nupcias con su presencia el almirante de Castilla, abuelo del Príncipe, el arzobispo de Toledo y multitud de personas de elevada gerarquía y del estado llano. El arzobispo presentó una bula pontificia de dispensa, en que se absolvía á los contrayentes del impedimento que entre ellos habia por estar dentro del grado de parentesco prohibido; pero se descubrió posteriormente que este documento era apócrifo, é invencion del anciano monarca aragonés, de Fernando y del Arzobispo de Toledo, que no se atrevieron á pedirla á la corte de Roma, por el ardor con que esta habia abrazado resueltamente la causa de los malos consejeros de D. Enrique, y que conociendo la rectitud inalterable de Doña Isabel, y que nunca hubiera consentido en una union contraria á los cánones de la Iglesia, tuvieron necesidad de presentar aquella supuesta

¹ Oviedo: *Quinquagenas*, MS.

² A consecuencia de las guerras de las comunidades en que Vivero tomó tan activa parte, le fueron secuestrados sus bienes y entre ellos dicho palacio, que desde entonces pertenece al Estado.

dispensa, esperando, como esperaban, obtenerla cumplida, en el primer momento en que por lo variable de las circunstancias, se presentase propicia la Curia romana. Engaño reprehensible, pero que bien puede disculparse con los resultados que produjo. Sin embargo la princesa, cuya alma honrada aborrecía todo género de artificio, sufrió profundo disgusto y mortificación cuando se descubrió la falsedad; por lo que no descansó hasta obtener legítima, amplia y completa dispensa de Sisto IV ¹.

Terminada apenas la ceremonia nupcial, despachó la Princesa un mensaje á su hermano noticiándole su enlace, y repitiéndole con tal motivo sus seguridades de sumision, al mismo tiempo que le enviaba una copia de los capítulos matrimoniales, basados todos en el respeto debido al monarca, creyendo así obtener mas fácilmente el buen afecto del Rey; pero este, incapaz de comprender los elevados sentimientos de su hermana contestó secamente, *que hablaria de ello con sus ministros* ².

Lejos de calmarse en sus ambiciosos proyectos los enemigos de Doña Isabel al tener la convicción de que ya eran inútiles sus esfuerzos, inclinaron á D. Enrique á que opusiera las pretensiones de la princesa Doña Juana á la de aquella, tratando el matrimonio de la primera con el Duque de Guiena, despreciado pretendiente de la segunda; y lleváronse tan adelante los tratos, que vinieron embajadores franceses á convenir con el Rey el proyectado enlace, verificándose la entrevista de Enrique IV con los enviados en una aldea del valle de Lozayá en el mes de Octubre del año 1469. Allí el débil monarca, olvidándose de sus resoluciones anteriores, declaraba que su hermana habia perdido cuantos derechos pudieran corresponderle en virtud del tratado de Toros de Guisando y no tuvo reparo en union con su esposa de jurar la legitimidad de la princesa Doña Juana, proclamándola en tal concepto única sucesora del trono. Escusado es

¹ Prescott citando el acertado estudio del señor Clemencin en su *Elogio de la Reina Católica*, tomo VI, memorias de la Academia de la Historia, páginas 105 á 116, en que puede verse la exactitud de este hecho confirmado por los cronistas y memorias de la época.

² Castillo-Palencia.

dècir que hubo con tal motivo los acostumbrados juramentos de fidelidad y que concluyó la ceremonia con los desposorios de la princesa, niña á la sazón de nueve años, con el Duque de Boulogne á nombre del Duque de Guiena.

No era entre tanto holgada ni mucho menos la situacion de Don Fernando y Doña Isabel, que vivian en Dueñas con tal pobreza, que apenas podian atender á las mas urgentes necesidades de la vida, y lejos de ofrecer próxima esperanza de mejoramiento, empezaban á verse abandonados por sus partidarios, cuando la difícil situacion del Rey aragonés, por la guerra que sostenia con los franceses, obligó al príncipe á marchar en ayuda de su padre, siguiendo el consejo de Doña Isabel; consejo tan acertado y refuerzo tan oportuno, que debióse á ellos el triunfo sobre los franceses, y el tratado que terminó aquellas contiendas.

Como si el cielo quisiera premiar la noble accion de Isabel y Fernando, el porvenir de la futura Reina se presentaba cada vez mas claro y bonancible. La muerte del Duque de Guiena, las dudas sobre la legitimidad de Doña Juana, á cada momento reproducidas, eran motivos para que viendo sus parciales harto difícil el triunfo de su causa empezasen á retraerse, prestando interesada atencion á los adelantos que en Castilla hacia la causa de Doña Isabel. El carácter de ésta al mismo tiempo, contribuia muy eficazmente á dar fuerza á su causa; porque su juiciosa conducta y el decoro que en su pequeña corte se observaba, contrastaban fuertemente con la frivolidad y licencia que reinaban desacreditándola en la corte de D. Enrique y su esposa. Los hombres pensadores no podian menos de conocer que el prudente gobierno de la princesa Doña Isabel debia darle en último resultado el triunfo sobre su rival, al paso que todos los que sinceramente amaban á su patria predecian para esta bajo su benéfico mando un grado de prosperidad, á que nunca habia llegado ni parecia pudiese llegar la corte de Castilla ¹.

¹ Prescott.

Paces con buena intencion procuradas por Andrés de Cabrera, empleado en el palacio del Rey y esposo de Doña Beatriz de Bobadilla, la antigua amiga y compañera de Doña Isabel, ajustáronse entre D. Enrique y su hermana, llegando hasta el punto de que el primero recibiese á la segunda con tanto afecto en Segovia que salió á pasear á su lado, llevando la brida de su palafren por las calles de la ciudad. Pero no podia esta paz ser muy duradera. Indignamente escitadas en el ánimo del monarca bajas y calumniosas sospechas acerca de los deseos de Cabrera, suponiendo que éste intentaba asesinarle, no solo volvió á su antiguo desvio, sino que llegó hasta querer apoderarse secretamente de la persona de su hermana, intento que burló la prudencia de ésta y la fidelidad de sus leales.

Sucedieron á estos acontecimientos otros mas graves en Aragon, que reclamaron de nuevo la presencia de D. Fernando en aquellas comarcas y apenas ajustada una tregua entre los franceses y los de Aragon, la muerte de Enrique IV, estinguiendo la línea varonil de la casa de Trastamara, facilitaba el acceso al trono á Doña Isabel, dándole ocasion de desplegar las altas dotes de su genio privilegiado.

III.

Hallábase en Segovia la ilustre princesa, y al tenerse noticia de la muerte de Enrique IV, apresuráronse á proclamarla Reina de Castilla todos los que formaban su pequeña corte y los vecinos de la ciudad, lo cual hicieron solemnemente el dia 12 de Diciembre de 1474. Reunidos á la grandeza el clero y el Concejo, vestidos todos de gran gala llegaron al alcázar, y colocando en medio de ellos á Doña Isabel se encaminó la comitiva á la plaza Mayor. Vestida la noble señora con el traje real, montaba un soberbio palafren, cuyas riendas llevaban dos

individuos del Concejo, precediéndola á caballo el alferez mayor con la espada desnuda como símbolo de la soberanía. Iba la Reina bajo un rico palio de brocado cuyas varas llevaban oficiales de la ciudad, alternando con caballeros de la nobleza, y cerca de ella marchaba D. Fernando cuyo traje cubria un magnífico manto de hilo de oro, forrado en ricas pieles de marta. Al llegar la comitiva á la plaza, subió Doña Isabel á un tablado, de antemano erigido, sentóse en el trono, y proclamaron los heraldos en alta voz: «¡Castilla, Castilla, por el Rey D. Fernando y la Reina Doña Isabel, reina propietaria de estos reinos!» Desplegóse al mismo tiempo el pendon de Castilla, y las campanas de los templos y las salvas de la artillería del alcázar y los vítores entusiastas de la multitud, formaron con indescriptible estruendo alegre concierto, para saludar á la futura soberana de dos mundos. Recibido el juramento de homenaje y de fidelidad de sus súbditos, y prestado por la Reina el de guardar ilesas las libertades de su pueblo, descendió del tablado, y con el mismo acompañamiento dirigióse solemnemente á la catedral donde mientras se cantaba un solemne *Te-Deum* en accion de gracias al Todopoderoso, se prosternó Doña Isabel ante el altar mayor, y con toda la fè que animaba su espíritu, pidió al Ser Supremo la iluminase en sus resoluciones futuras, á fin de llenar cumplidamente con justicia y sabiduría los grandes deberes del alto puesto que la Providencia le confiaba.

Las ciudades mas populosas y los principales grandes y nobles siguieron el ejemplo de Segovia, y alzaron pendones por Doña Isabel, abrazando su causa hasta cuatro de los seis magnates á quienes habia quedado confiada la guarda de la infortunada *Beltraneja*; y queriendo la Reina que el elemento popular, verdadero fundamento de su soberanía, confirmase su elevacion al trono, convocó las cortes para Segovia en el siguiente mes de Febrero, las cuales reunidas dieron su sancion á estos hechos prestándola juramento y homenaje ¹.

¹ Mariana tomo II. Los cuatro nobles que de los seis á quien el último monarca habia confiado la guarda de Doña Juana, siguieron el partido de Doña Isabel, fueron: el gran Cardenal de España, el Condestable de Castilla, el Duque del Infantado y el Conde de Benavente.

No tardó mucho tiempo la nueva soberana en experimentar los sinsabores á que tan ocasionados son siempre tan altos puestos; y para que fuese mayor su sentimiento aquella primera amargura provino de su mismo esposo. Aduladores palaciegos, que no podian olvidar las debilidades de reinados anteriores, hicieron creer á D. Fernando que á él solo correspondia la corona de Castilla, como el varon mas inmediato descendiente de su estirpe real, queriendo aplicar á estos Estados el sistema de escluir á las hembras que regia en Aragon. Tales y tan estrañas pretensiones no pudieron menos de producir profundo pesar á la Reina, y estrañeza y disgusto á sus leales partidarios, que recordaban con razon haber regido siempre opuesto principio en Castilla, por lo que no era justo ni leal que se quebrantase entonces por primera vez sin razon ni motivo en perjuicio de la ilustre princesa. Prudente esta siempre, deseando complacer en cuanto no fuera opuesto al derecho y la justicia á su esposo, y no queriendo al mismo tiempo que marcharan desunidas voluntades que habian de estar siempre en perfecto acuerdo para la realizacion de los grandes desig-
nios á que ambos príncipes estaban llamados, convino en un arreglo á la manera del que habia servido para los contratos matrimoniales, cuyas principales bases fueron: que la justicia se administraria por D. Fernando y Doña Isabel de mancomun, cuando se hallasen juntos, é independientemente cuando estuviesen separados; que las cartas y provisiones reales irian firmadas por ambos; que las monedas llevarian los bustos de uno y otro, y los sellos reales las armas de Castilla y de Aragon reunidas; que los cargos municipales y los beneficios eclesiásticos se proveerian en nombre de los dos, pero á voluntad de la Reina; que los oficios de Hacienda y las libranzas del Tesoro se espedirian por la Reina tambien; y que á ella sola prestarian el homenaje los alcaides de las fortalezas y castillos ¹.

Firmó Fernando el convenio, que era á la verdad resultado del arbitraje del Cardenal de España y del arzobispo de Toledo, nombra-

¹ Dormer: *discursos varios de historia*; Zurita, *anales de Aragon*; Pulgar, *reyes católicos*. Lucio Marineo-Sículo, *cosas memorables*.

dos de comun acuerdo; los cuales al estender las referidas cláusulas fijaron como precedente indudable, que la exclusion de las hembras para suceder en la corona no tenia lugar en Castilla, y que en su consecuencia era Doña Isabel la única heredera de estos dominios, y la autoridad que tuviera D. Fernando derivada solo de su esposa. Aunque firmó D. Fernando el concierto, lejos de quedar satisfecho con aquella distribucion de poderes, mostróse tan disgustado, que, dando claras y tempranas muestras de no hallarse ni con mucho la elevacion de su espíritu al nivel del de su esposa, llevó su enojo hasta el punto de amenazar con volverse á Aragon. Necesaria fué toda la prudencia de Doña Isabel, que tan rudamente se veia herida en sus mas dulces ilusiones por el hombre á quien amaba para resistir tan terrible prueba; pero ahogando su justo sentimiento, de tal modo supo con su ternura tranquilizar á su ambicioso marido, esponiéndole que aquella division de poderes era solamente nominal, puesto que sus intereses eran comunes y sus voluntades habian de marchar siempre unidas, que áquietado el ánimo del orgulloso Fernando avínose al fin, teniendo no poca parte en ello el sentimiento paternal diestramente puesto en juego por la Reyna; pues le hizo esta ver, que si se admitia el principio de la exclusion de las hembras á la corona, perjudicarian á la única hija que entonces tenian, la princesa Isabel que por la muerte de sus padres podria ser llamada á la herencia del trono castellano.

No bien terminada esta primera contrariedad, agrupáronse en el horizonte nuevas tempestades, que habian de poner á prueba todo el esfuerzo, toda la prudencia, todos los recursos de aquella inteligencia privilegiada. Una bandera de discordia habia quedado levantada á la muerte de Enrique IV, como para que á su sombra se agrupasen los ambiciosos y los descontentos, que, acostumbrados á los desórdenes del reinado anterior, no podian ver tranquilamente la nueva era de severidad y de justicia que comenzaba. La hija problemática del difunto Rey, Doña Juana, tan pronto reconocida, tan pronto negada por su padre, era el inocente pretesto que tenian para levantarse algunos envidiosos magnates. Pocos á la verdad, pero de gran poder é influen-

cia en Castilla, eran los principales el Marqués de Villena, menos hábil para la intriga que su padre, pero mas intrépido, y resentido de los nuevos monarcas por haberle negado el gran maestrazgo de Santiago que pretendia heredar; el Duque de Arévalo, cuyos cuantiosos bienes ocupaban gran parte de Castilla y Estremadura; el jóven Marqués de Cádiz; el gran maestro de Calatrava y su hermano; y por último el inquieto y altivo Arzobispo de Toledo D. Alfonso Carrillo, que despues de haber sido el mas celoso partidario de Isabel, abandonó su causa por celos del Cardenal de España, cuyo talento y cuyas virtudes miraban con justo aprecio los jóvenes monarcas. El envidioso prelado se retiró de la corte, sin que bastasen á hacerle deponer su amenazante actitud cuantas amistosas gestiones hizo la prudente Reina para conseguirlo ¹.

Queriendo el partido de Doña Juana buscar un valedor poderoso, ofrecieron al caballeresco Alfonso V de Portugal la mano de la Beltraneja, que aceptó con tanto mas entusiasmo cuanto que con ello se le proporcionaba motivo de aparecer como el campeon de una princesa desgraciada y como conquistador de una corona que esperaba ceñir á su frente. Presuntuoso en demasía y sin seguir mas consejo que el de su ambicion, intimó arrogantemente á los reyes para que renunciassen la corona; y Doña Isabel despues de rechazar dignamente tan ofensiva propuesta, no queriendo que se malgastasen en luchas intestinas, esfuerzos que debian dirigirse solo contra un enemigo comun, y deseando evitar á sus pueblos, á quienes amaba como madre, los horrores de una guerra civil, dirigió diferentes embajadas al portugués, exhortándole con moderadas frases y con prudentes razones apoyadas en la justicia de su causa, á que desistiese de tan loca empresa.

A pesar de tan nobles esfuerzos, D. Alfonso declaró la guerra sin escuchar otro consejo que el de su ambicion, é invitando al Rey de Francia á que entrase á su vez en España por la parte del Norte, prometiendo dejar bajo su dominio todo el territorio que conquistare,

¹ Lafuente. Historia de España, citando en el archivo de Simancas *díversos de Castilla*, núm. 9.

traspasó la frontera portuguesa por Estremadura en la primavera de 1475 al frente de un ejército de catorce mil infantes y cinco mil setecientos caballos. Lo mejor de los caballeros portugueses formaban el séquito del Rey, y avanzando á Placencia, donde se la incorporaron el Duque de Arevalo y el Marqués de Villena, celebró esponsales con Doña Juana; despachó mensajeros á Roma pidiendo la dispensa matrimonial, y dando por hecha la conquista, hizo le proclamasen en union de su esposa por Rey de Castilla; envió sus cartas reales á las ciudades; celebró fiestas por su coronacion, y esperó tranquilo en Arévalo nuevos refuerzos de los castellanos. En mala ocasion llegaba aquella injusta campaña para la legitima Reina de Castilla y Leon. Empobrecido sino exhausto del todo el tesoro público por las dilapidaciones é irreflexivas larguezas de Enrique IV; esquilados los pueblos por las derramas, vejaciones y robos con que los afligian, asi los oficiales reales como los codiciosos próceres, y no apercibidos los reyes para una guerra que venia á complicar las dificultades y conflictos del interior, logró no obstante Doña Isabel, merced á su extraordinaria actividad y secundada por muy leales servidores, reparar la falta de recursos metálicos y de aprestos para la guerra, convenciendo al Rey D. Alfonso, de que no era una marcha triunfal aquella campaña, cual le habian prometido los parciales de la Beltraneja. Ni lo peligroso del estado en que Isabel se hallaba, pues encontrábase á la sazón en cinta, ni los rigores de la estacion que era la mas ardiente del estío, ni la escasez estremada de medios para dar cima á la empresa, fueron bastantes á quebrantar el ánimo de la Reina, la cual siempre en movimiento, tan pronto á pié como á caballo, apareciendo con pasmosa presteza en los puntos de mayor compromiso, viajando de dia, escribiendo de noche, vigilando siempre, en todas partes se encontraba, á todo atendia; y mientras entregábase al descanso presuntuosamente en Arévalo D. Alfonso, reunió aquella gran señora como por encanto en Valladolid un poderoso ejército compuesto de cuatro mil hombres de armas, ocho mil ginetes, y treinta mil peones, gente allegadiza, es verdad, pero llevada á las banderas

de Isabel por la adhesión y el entusiasmo que demostraban, como dice acertadamente el último historiador citado: ¡cuan pronto encuentra soldados que le defiendan quien acierta á ganar el amor de sus pueblos!

El ejército portugués con el Rey Alfonso á la cabeza avanzaba entre tanto. Toro y Zamora habian abierto sus puertas al invasor; D. Fernando, queriendo evitar los desastres que amenazaban á Castilla y el derramamiento de sangre, retaba personal y solemnemente al Rey de Portugal, lid que no se llevaba á cabo por no concertarse en punto á los rehenes que debian servir de fiadores á la lealtad de ambos reyes siendo el de Portugal el mas escrupuloso en ello ¹; y falto de arti-

¹ Este caballeresco incidente que basta á caracterizar la época de los *Pasos Honrosos* y de los *Seguros*, merece en verdad ser conocido de los lectores; y nosotros tenemos especial placer en ofrecer aquí los carteles de desafío ó *requestas* y *réplicas* que mediaron entre D. Fernando de Aragon y D. Alfonso de Portugal, merced al precioso códice de la biblioteca del Escorial, signado f. y. 19, que los encierra con otros interesantes documentos de la misma época. D. Fernando envió al esposo de la Beltraneja, el insigne poeta D. Gomez Manrique, corregidor de Toledo, el cual llegado á presencia del portugués, le dijo lo siguiente, dejándose tambien por escrito:

«Señor, el Rey de Castilla, Principe de Aragon mi Señor, Vos envia decir, que fagais una de tres cosas; ó que luego salgais de estos reinos, dejando el título de ellos que contra toda justicia usurpais; ó si algun derecho vuestra sobrina decís que tiene á ellos, que se sepa é determine por el Sumo Pontífice sin rigor de armas; ó que Vos salgais al campo con vuestras gentes á la batalla que publicastes que le veniades á dar, porque por batalla, do suele Dios mostrar su voluntad é la verdad de las cosas, lo muestre en esta que teneys entre las manos; ó si por ventura lo uno nin lo otro Vos place, porque su poderío de gentes es tan grande é el vuestro tan pequeño que no podiades venir con él en batalla campal, por escusar derramamiento de tanta sangre, Vos envia decir, que por combate de su persona á la vuestra, mediante el ayuda de Dios, vos fará conocer que teneys injusta demanda.»

El rey de Portugal, oido este requerimiento, envió al de Castilla un caballero de su casa, llamado Alfonso de Herrera, con la siguiente carta:

«El Rey D. Alonso de Castilla é de Leon é de Portugal, mi Señor, vista la respuesta que con Gomez Manrique, caballero de vuestra casa, le enviastes, Vos envia decir que el tiene mucho derecho á estos regnos de Castilla é de Leon, como esposo de la Reyna Doña Juana, su sobrina, á quien de justicia pertenescen, como á hija legítima, heredera del Rey D. Enrique, la qual fué jurada en concordia por todos los tres estados destos regnos por princesa heredera legítima. Por ende Vos requiero, como requerido ha, que salgays Vos é la Reyna de Sicilia, vuestra muger, dellos, y se los dexeys desembargados, é ellos así libres de la usurpacion que en ellos faceis, é á él le place, que el Papa conozca deste derecho é lo libre entre vosotros por justicia. É quanto á la batalla que le presentays, Vos envia decir que él tiene los grandes de sus reynos é otras sus gentes de armas repartidas en muchos lugares, los quales entiende llamar prestamente é salir con Vos á la batalla que le ofreceys: acerca de lo tercero que le requerís de combatir de persona, á persona, porque tantas gentes que son imculpa non perezcan, vos responde que le place, que se dé forma á la seguridad del campo, do este trance se oviese de facer, é seguridad así mismo que el vencedor consiga la victoria con efecto, porque si esta seguridad non oviese, en vano venceria aquel á quien Dios otorgase la victoria. É que le parece que non pueden ser otros rehenes más ciertos desta seguridad que la Señora Reyna de Sicilia, vuestra muger, é la Señora Reyna de Castilla é Portugal, su esposa, pues estas son las partes principales que compiten sobre esta demanda.»

A esta réplica contestó D. Fernando con el mismo D. Gomez Manrique, estas notables palabras:

«Señor, el Rey de Castilla, de Sicilia, de Portugal, Principe de Aragon, nuestro señor, vos envia á decir, que no es venido aquí á platicar por palabras el derecho destos regnos, salvo por las armas que Vos quisisteys mover, que le parecen supérfluas estas aligaciones de derecho, pues aquí no teneis juez que las siga é determine, que si lugar oviese, de alegar seria cómo el Rey D. Enrique é

llería y de bastimentos para su numerosa hueste veíase, forzado á mover el campo retirándose á Toro, lo cual era considerado por los portugueses cual buen augurio, infundiendo extraordinario aliento á los parciales de la Beltraneja. La insurreccion cundia en consecuencia con rapidez inesperada: Galicia, las tierras de Valencia y del Maestrazgo de Calatrava ardian en opuestos bandos; anublábase por todas partes el horizonte y sin embargo los próceres mal contentos no conseguían reunir el número de lanzas que habían ofrecido á los portugueses. La fe y la actividad que habían comenzado á demostrar los jóvenes monarcas de Castilla no decayeron con los nuevos peligros; tomando en cambio mayores creces á medida que eran aquellos de mas bulto movíanse con mas energía; y ya Fernando como incansable campeón; ya Isabel atrayendo con su prudencia y su talento á su par-

todos los grandes de sus regnos con autoridad del Legado del Papa juraron á la señora Reyna, su muger, por princesa heredera de estos regnos, y tambien la juraron los Procuradores de las cibdades é villas dellas, é aun se allegaria é provaria cómo el Rey D. Enrique pocos dias antes que falleciese queria rectificar aquel juramento, é mandaba que lo ficiesen todos los grandes del regno é los tres estados del por Córtes que se avian de facer en la cibdad de Segovia; é él lo comunicó con el Cardenal de España, é con el su Condestable de Castilla é Conde de Haro, con el Conde de Benavente, asimismo con el Marqués de Villena, que está en vuestra compañía, é con otros caballeros é doctores de su consejo, é aun allende desta probanza dice, que con el secreto de vuestra conciencia se probaria la inabilidad de la señora vuestra sobrina para esta demanda que proseguys. Pero pues que no hay aqui juez que lo diga por la via de justicia, es necesario venir á la via de fuerza que Vos escogistes. Enviaos á decir, que por quanto para tan altos é tan poderosos reyes, como vosotros soys, non se fallaria regno seguro do fuesedes á facer estas armas, con que vos convida de su persona á la vuestra, é aun porque buscar tal seguridad, seria dilacion casi infinita, por ende le parece que se deuen conformar quatro caualleros, dos castellanos nombrados por vuestra parte, é dos portugueses nombrados por la suya: é porque ninguna dilacion en esto se puede dar, su Alteza nombra luego de los portugueses al Duque de Gusinारेus é al Conde de Villarreal que están con vos, é que vos nombrey otros dos caballeros de los que están con él, para que estos quatro con cada ciento ó doscientas lanzas, con grandes juramentos é fidelidades que fagan, tengan el campo donde ficiertes las armas, seguro como deue ser en tal caso; é que esta negociacion se concluya dentro de tercer dia, porque no es honesto á tan altos Principes la dilacion en semejante materia. É acerca de los rehenes que enviastes, é el nombrar de la Reyna, nuestra señora, é de la señora vuestra sobrina, á esto os envia á decir, que estos rehenes non llevan ninguna proporcion de igualdad, la qual desigualdad es notoria á todo el mundo é no menos á vuestra Señoría. Por ende que non conviene fablar en ello; pero por vos satisfacer, é porque non parezca que por falta de seguridad queda de facerse este trance, á él le place de dar la Princesa su fija, é todas las otras seguridades é rehenes que sean necesario para seguridad, que el vencedor consiga el efecto de su victoria; é si esta forma vos place aceptar, luego se porná en obra vuestro trance. Donde si otra placera á vuestra Alteza añadir ó menguar, non me es mandado replicar más.»

El portugués replicó por último:

«Señor, el Rey de Castilla, de Leon é de Portugal, nuestro Señor, visto lo que le enviastes á replicar con Gomez Marique, dice así: que á él place nombrar los caballeros castellanos, segund que vuestra Alteza nombró los dos portugueses para que tengan seguro el campo, do uviéredes de facer el trance; pero acerca de los rehenes que se han de dar para seguridad de la victoria que uviere el victorioso, él non recibirá otros algunos, salvo la Reyna de Cicilia, vuestra muger; porque si ella quedase libre, dado que él venciese, quedaria todavia el debate de la sucesion destos regnos, é no se definia por vuestras armas, segund que él é vos decís que los deseays. Por ende si ella se pone por rehenes, á él place de venir á todas las otras cosas que por Vos son contenidas: en otra manera non me es mandado fablar más acerca de esta materia.»

cialidad nuevos magnates y ciudades, consiguiendo que los ministros del santuario la auxiliasen con los tesoros de sus iglesias, ó convocando con excelente acuerdo las cortes del reyno, que le prestaron entusiastas su mas decidido apoyo, lograron sostener con gloria, aunque con varia fortuna, aquella difícil campaña, hasta que avistándose de nuevo en las cercanías de Toro ambos ejércitos, llegó el momento supremo de decidir tan porfiada lucha.

Animaba á uno y otro campo la esperanza del triunfo bien que no abrigaban los portugueses tan ardientes deseos de llegar á las manos como á las huestes de Castilla. Favorecian á las primeras las posiciones que no sin cautela habian ocupado, lo cual molestaba á D. Fernando: cortado halló por los enemigos el puente del rio; cansada llevaba la gente y menguadas no pocas compañías, habiéndose visto obligado á dejar en Zamora algun presidio, para guarda de aquella ciudad importante, cuya posesion habia sido tan tenazmente disputada: parte de la infantería, rendida al cansancio, se habia quedado atrás; faltábale la artillería y estaba el sol próximo á hundirse en el ocaso, cuando avanzó D. Fernando contra el ejército portugués llevado de su juvenil ardor. Su denuedo daba extremado aliento á sus soldados; y con tal corage fué el acometer que, hallando á los portugueses, que se apoyaban en Toro, situados en una angostura, sin reparar en el mayor número, orden y buenas posiciones del enemigo, lanzóse impetuosamente á la lucha exclamando: «adelante, caballeros de Castilla, que yo soy vuestro Rey.»

Servíale de blanco el estandarte de D. Alfonso; y mezclados en breve ambos ejércitos, mostraban el mismo encarnizamiento, señalándose en el arrojó los próceres de Castilla, que seguian una y otra parcialidad, y entre todos el generoso prelado, que heredando la sangre de los Mendozas, ilustraba su nombre con el título, que habia de immortalizar en Granada, de Gran Cardenal de España. Recio, terrible fué el combate, pero breve. Hacíanse por ambas partes heroicos esfuerzos para alcanzar la victoria: la flor de los caballeros portugueses caia en el campo al ímpetu y corage de los castellanos, y muerto

con el valor de los antiguos capitanes el esclarecido Almeida, pugnaban en valde sus guerreros por ceñir á las sienes de Alfonso el soñado laurel del triunfo, volviendo al cabo las espaldas, mientras iluminaban los últimos rayos del sol poniente las vencedoras enseñas de Castilla. La batalla de Toro lavaba en 1475 la afrenta de Aljubarrota, y el luto, que desde aquel infausto día vistieron los castellanos, se trocaba ahora en traje de fiesta y regocijo ¹.

Victorioso D. Fernando regresó á Zamora, después de haber enviado aviso de su triunfo á Doña Isabel que se hallaba en Tordesillas, y esta piadosa Reina, queriendo dar gracias á Dios de un modo ejemplar y solemne, fué en religiosa procesion á la iglesia de San Pablo, caminando por las ásperas calles á pié y descalza; y celebrada mas tarde en Toledo la victoria con inusitada pompa, que traía á la imaginacion los triunfos de los antiguos cónsules y emperadores, perpetuábase en la memoria de los pueblos con cuantiosas limosnas á los desvalidos, y con la ereccion del monasterio conocido en la misma ciudad con el nombre de *San Juan de los Reyes*, notable monumento, con razon calificado por propios y estraños, como página de gloria para las artes españolas ².

Las consecuencias de la batalla de Toro fueron decisivas: propagada y recibida con grandes regocijos en todos los ángulos de la monarquía la noticia de la victoria, las fortalezas que se negaban antes á recibir á los soldados de Doña Isabel, bajaban ya sus puentes

¹ «Asy se quitó destos regnos el duelo é luyto de las bestiduras, de que el noble rrey D. Johan el primero é lós del regno se bestieron.» M. S. del bachiller Palma, criado de Doña Isabel, que se conserva en la biblioteca del Escorial y que lleva por título: *Divina Retribucion sobre la caída de España en tiempo del noble rey Don Johan el primero que fué restaurada por manos de los muy excelentes reyes D. Fernando y Doña Isabel, sus biznietos, nuestros señores, que Dios mantenga*. En este curioso manuscrito dado á conocer en su verdadera importancia y objeto por el Sr. Amador de los Rios en su *Historia crítica de la Literatura Española*, tomo VII, y citado tambien en la *Historia de la Villa y Corte de Madrid*, que en union de este docto académico escribió el autor de la presente obra, se dan curiosos detalles acerca de la batalla de Toro, y se consigna el odio que la de Aljubarrota habia engendrado en los pechos castellanos, declarando que «antes se dejarian sojuzgar de moros y nñieles, dexandoles guardar su fé católica, que de gentes de Portugal.» (capit. X.)

² Pulgar crónica parte II. *hicieron algunas limosnas é otras obras pias que habian prometido por la victoria que á Dios plogo les dar; especialmente (añade) fundaron un monesterio de la orden de Sant Francisco, cerca de dos puertas de la cibdad: que se llama la una la puerta de Sant Martín, la otra la puerta del Cambron. E mercaron algunas casas que estaban cercanas á aquellas puertas de la cibdad que fueron derroçadas (las casas) para fundar aquel monesterio, segun está maníficamete edificado á la invocacion de San Juan, el cual se llama hoy SANT JUAN DE LOS REYES.*

levadizos para reconocer su autoridad suprema; las ciudades que por debilidad ó cálculo habian levantado pendones por la Beltraneja, enviaban á la Reina mensageros y diputaciones para rendirle pleito-homenaje; y esta rápida conquista de las voluntades ponía á los monarcas en disposicion de poder rechazar las atrevidas incursiones de los franceses, que, juzgando fácil empresa apoderarse de las mejores provincias del norte de España, rompieron la frontera española por la parte de Guipúzcoa acometiendo la importante plaza de Fuenterrabía. Dos veces fueron heroicamente rechazados por los fieles guipuzcoanos y vizcainos, y tan noble proceder bien merecia que el monarca mismo acudiera á infundir nuevos ánimos á sus leales, escarmentando de una vez para siempre la osadía de nuestros ambiciosos vecinos; y tan acertado fué este acuerdo que á la noticia solo de la aproximacion de D. Fernando se retiraron los franceses á Bayona sin atreverse á esperar al vencedor de Toro.

Entre tanto sola Doña Isabel en Castilla, demostraba sus grandes dotes de gobierno y la entereza de su espíritu. Diariamente recibía nuevas sumisiones de magnates rebeldes, entre los cuales el mismo arzobispo de Toledo, el Marqués de Villena, el maestre de Calatrava, el Conde Ureña y demas jefes de los insurrectos se vieron precisados á implorar el perdon de la Reina, jurándole fidelidad y obediencia contra los reyes de Francia y de Portugal, contra sus aliados, y contra todas las personas que en lo mas mínimo tratasen de ofenderla. Un solo acontecimiento, que pudo ser muy grave, pero del que la ilustre princesa supo triunfar con su valor y con su prudencia, turbó la prosperidad de aquellos dias. Hallábase la Reina en Tordesillas con su fiel servidor Andrés de Cabrera, Marqués de Moya y antiguo alcaide del alcázar de Segovia, cuando tuvo noticias, de que algunos mal avenidos con el mando de Cabrera turbaban la tranquilidad de Segovia, y que alentados por el obispo de la ciudad, habian sublevado al pueblo, tomando por sorpresa las fortificaciones exteriores, matando á D. Pedro de Bobadilla, suegro del alcaide, que á su nombre tenia el alcázar durante la ausencia del marqués de Moya y tratando

de apoderarse de la princesa Isabel heredera jurada del trono que vivia en aquella fortaleza bajo la proteccion de Bobadilla, mientras sus regios padres acudian á las necesidades de la guerra. Recibir la Reina Isabel la nueva de tan desagradable suceso y montar á caballo para Segovia, fué todo una misma cosa. Con la velocidad del rayo, y seguida del Cardenal de España, del Conde de Benavente, del marqués de Moya, y de otros pocos de la corte que llevó en su compañía, se presentó en las inmediaciones de la ciudad. Algunos habitantes que le salieron al encuentro, la pidieron en nombre de los demas que no entrara acompañada de el de Benavente y de Cabrera. *Soy la Reina de Castilla*, contestó con entereza Isabel, y *no estoy acostumbrada á recibir condiciones de súbditos rebeldes*. Y prosiguiendo inalterable con su pequeña comitiva, se entró en el alcázar por una de las puertas que se conservaba en poder de los suyos. Al ver las escasas fuerzas con que acudió la Reina al alcázar, envaleñados los revoltosos trataron de asaltarle, y aumentándose mas y mas la furia de la multitud con los obstáculos que á sus intentos oponian aquellos muros, llegaron sus defensores, no á temer pero si á juzgar necesario rechazar la fuerza con la fuerza; Doña Isabel queriendo evitar los horrores de aquella fratricida contienda, ordenó á todos los que la rodeaban suspendieran sus propósitos, y descendiendo sola al patio del alcázar, mandó abrir las puertas, y cuando se precipitaba el pueblo con el ímpetu del triunfo que juzgaban haber conseguido, se presentó á la entrada magestuosa y digna é imponiendo con su sola presencia mas que todas las lanzas de sus guerreros, dijo sin perturbarse á los amotinados «*¿qué quereis? ¿Cuáles son vuestros agravios? Yo los remediaré en cuanto pueda porque estoy cierta de que vuestro bien es el mio y el de toda la ciudad.*» A tan enérgicas cuanto conciliadoras palabras, los tumultuados apenas se atrevieron á responder, que querian la deposicion de Cabrera; y conociendo la Reina que el mejor medio de que saliesen del alcázar los revoltosos que se habian ya apoderado de alguna de sus defensas, era conseguir que los mismos amotinados fueran los

primeros que la ayudasen á arrojar del alcázar á los que quisieran permanecer en él, «está depuesto Cabrera, contestó, y teneis mi licencia para echar á cuantos ocupan el alcázar sin mi orden, que quiero entregarlo á persona que le guarde en servicio mio y provecho vuestro.» El objeto de Doña Isabel vióse cumplido: el pueblo gritó entusiasmado: *¡viva la Reina nuestra Señora!* y subiendo á las torres y muros expulsó á los de una y otra parcialidad; con lo cual sosegado el tumulto y encomendado el alcázar á Gonzalo Chacon, retiráronse los amotinados, obedeciendo á Doña Isabel, que les manifestó por despedida enviaran al dia siguiente los diputados que quisieran para que le presentasen las quejas que tuvieran que exponer, y los agravios que reparar. Abierto al siguiente dia aquella especie de juicio público, castigados los que resultaron culpables, y manifiesta la inocencia de Cabrera, tuvo Doña Isabel bastante energia, para reponerle en su antiguo cargo, y el pueblo conociendo la justicia de aquella decision, no solo la respetó sino que la dió su apoyo, como acontece siempre, cuando los pueblos conocen que la mas estricta legalidad y justicia, preside á las decisiones de los que les mandan. De este modo aquella gran princesa supo terminar una insurreccion que amenazaba ser desastrosa y funesta, sin mas armas que su rectitud y su prudencia; y llevó su generosidad y fino tacto hasta el punto, de que al mandar que las maltratadas puertas del alcázar se reparasen, dispuso que esto se hiciera, no á costa del pueblo que las habia roto, como hubiera mandado otro monarca menos grande, sino á expensas de la Reina, destinando para ello las joyas de su recámara, á fin de no distraer con tan imprevistos gastos, los escasos fondos del Tesoro que á tantas atenciones tenian que acudir.

Terminada de tan admirable manera la insurreccion de Segovia, con la actividad que la animaba, marchó Doña Isabel á Toro, donde sus guerreros combatian el alcázar y fortalezas, sostenidas por D. Juan Ulloa y Doña Maria Sarmiento su muger, obstinados defensores de la causa de Doña Juana; y la sola presencia de la Reina en el campo de los sitiadores, dió tal vigor á los combatientes, que á los pocos dias se

rindieron todos los fuertes, mostrándose Doña Isabel tan generosa como grande, al perdonar á Ulloa y á su mujer, dando al olvido sus pasados errores. De tal modo conseguia la ilustre Princesa en todas partes fáciles victorias, teniendo el indecible placer de anunciar á su esposo cuando regresaba de las provincias del norte, la nueva de haberse posesionado de la ciudad y alcázar de Toro, el mas importante baluarte de los portugueses.

No estaba sin embargo con esto completamente abatido el estandarte de la rebelion. Seis meses despues de la conquista de Toro, y á pesar de que casi todas las plazas rebeldes del interior de Castilla se hallaban en poder de los monarcas, manteníanse algunas plazas en Estremadura fieles á los portugueses, causando sus defensores en todos aquellos feraces territorios los mayores daños y desafueros. No era Doña Isabel princesa que viera el daño sin procurar ponerle rápido remedio; y mientras su esposo se ocupaba en otros importantes asuntos de Francia, de Navarra y de Aragon, la Reina, al frente de algunas tropas regulares y de las milicias de la Santa hermandad, ya por este tiempo organizada, recorria los campos y poblaciones de Estremadura y Andalucía y las fronteras de Portugal, alentando á los capitanes, rescatando castillos, ó impidiendo las invasiones y correrías de los del vecino reino. En vano sus consejeros y caudillos la exhortaban á que cuidase mas de su salud y su persona, no esponiéndose á las enfermedades epidémicas del país, á las privaciones consiguientes á la escasez de mantenimientos, á los peligros del enemigo, y á las fatigas y trabajos de aquella vida agitada, aconsejándole se retirase mas adentro de sus dominios y fiara á sus generales el éxito de la campaña: «No he venido, contestaba siempre la magnánima reina, á huir del «peligro ni del trabajo: ni entiendo dejar la tierra, dando tal gloria á «los contrarios ni tal pena á mis súbditos, hasta ver el cabo de la «guerra que hacemos ó de la paz que tratamos ¹.»

Tenaz era la lucha de los pocos que aun seguian la causa del rey

¹ Lafuente, citando á Pulgar, parte segunda.

portugués, pero ganando cada vez mas terreno la autoridad régia por la enérgica actividad de Doña Isabel, secundada siempre por D. Fernando, acercábase el momento en que habia de terminar aquella guerra tan locamente empeñada como sin concierto proseguida. No ayudaba poco al rápido desaliento que iba apoderándose del Rey de Portugal, el nuevo desengaño que le ofrecia la defeccion de Luis XI, que por los trabajos del Rey de Aragon se separaba de la alianza con el portugués, y la revocacion que el papa Sixto V hizo de la dispensa matrimonial que habia concedido para el enlace de D. Alfonso y la Beltraneja, fundándose en la falsa esposicion de los hechos, que se habian alegado para obtenerla; todo lo cual hacia cada vez mas desesperada la causa de aquel caballeresco monarca. La guerra sin embargo continuaba: los reveses para el portugués se sucedian. En la batalla de Albuera el maestre de Santiago daba dura leccion á los invasores; Isabel resuelta á concluir de un golpe aquella campaña mandaba sitiar á un tiempo á Mérida, Medellin, Montanchez y otras fortalezas de Estremadura, y ante tan rápida sucesion de acontecimientos, todos desfavorables, vencido Alfonso en su loca ambicion, aceptó la mediacion que le ofrecia para buscar una paz, ya necesaria, su cuñada la duquesa de Viseo, Doña Beatriz de Portugal, tia materna de la Reina Isabel. Propuesta una entrevista, que la Reina aceptó, generosa siempre, verificóse aquella en la fronteriza villa de Alcántara, y despues de ocho dias de conferencias y amistosas pláticas entre ambas princesas, conviniéronse en las siguientes capitulaciones (1479) que pocos meses despues ratificaron los monarcas: que D. Alfonso de Portugal dejaria el título y las armas de rey de Castilla y D. Fernando no tomara las del reino de Portugal; que aquél renunciaria á la mano de Doña Juana y no sostendria mas sus pretensiones al trono; que Doña Juana casaria con el príncipe D. Juan, hijo de los reyes de Castilla, cuando tuviese mas edad, ó quedaria en libertad, si la preferia, para tomar el velo de monja en un convento del reino; que D. Alfonso, hijo del príncipe de Portugal y nieto del Rey, casaria con la infanta Isabel de Castilla; que se concederia perdon general á todos los cas-

tellanos que habian defendido la causa de Doña Juana, si bien los nobles no podrian entrar en Portugal para que no fuesen ocasion de revueltas y alteraciones; que los descubrimientos y conquistas de los portugueses en África á la parte del Occéano, serian para siempre de los reyes de Portugal; que para seguridad de este concierto los principes, de cuyos matrimonios se trataba, quedarian en rehenes en el castillo de Moura, en poder de la misma duquesa Doña Beatriz y que el Rey de Portugal daria en prenda cuatro de sus mejores fortalezas en la raya de Castilla.

Terminada de este modo la guerra de sucesion, que durante cerca de cinco años habia asolado las provincias castellanas, agotando el tesoro y pervirtiendo las costumbres, elevóse mas y mas el alto concepto que ya merecia á sus pueblos Doña Isabel, y entregándose en todas partes á las espansiones de la alegría, sintiéronse renacer los castellanos con la esperanza de próximas prosperidades.

Solo la desdichada Doña Juana, como escribe un historiador ya citado ¹, llamada en Castilla *la Beltraneja*, en Portugal *la excelente Señora*, sentenciada á esperar para casarse á un príncipe niño, despues de condenada á renunciar á la mano de un Rey proyectado, princesa declarada heredera de un trono y llamada á otro para no llegar á ocupar ninguno, sufrió en aquella avenencia, no por culpa de las ilustres damas que la acordaron, sino de las circunstancias que habian combatido la vida de Doña Juana desde la cuna, siendo la inocente víctima de la liviandad de su madre, de la pobreza de cuerpo y espíritu de su dudoso padre, y de la ambicion de algunos magnates y de la romancesca imaginacion de un rey extranjero, mas propio para correr en busca de aventuras caballerescas, que para gobernar á sus pueblos y conquistar á sus vecinos. Acaso Dios llamaba á aquella desventurada princesa á la tranquila vida de la oracion y el recogimiento, y conociéndolo así tomó el hábito de las esposas del Señor en el convento de Santa Clara de Coimbra, donde profesó al año siguiente

¹ Lafuente.

de 1480. No fué sin embargo su vocacion tan completa, que no rompiese despues diversas veces la clausura, trocando el tosco sayal por las vestiduras reales, y firmando hasta el fin de sus dias enfáticamente «Yo la Reina.»

Poco despues, la muerte de D. Alfonso, ocurrida en Cintra, el mes de Agosto de 1481, acabó de quitar hasta la mas remota esperanza de locas aspiraciones, á los partidarios de Doña Juana; y como algun tiempo antes (Enero de 1479,) hubiere bajado tambien al sepulcro el Rey D. Juan II de Aragon, viéronse los jóvenes monarcas D. Fernando y Doña Isabel en tranquila posesion de dos vastas y poderosas monarquías, que unidas y encaminadas á grandes fines por la voluntad acorde de los régios esposos, habian de realizar en la historia una mision providencial, cerrando el difícil período de la edad media, para lanzar la edad moderna en los estensos horizontes de lo porvenir.

IV.

Pacificado el reino, y contando con el poderoso auxilio de los aragoneses, la incansable Princesa despues de haber restablecido el orden en la administracion pública por medio de oportunas leyes, de que habremos tambien de ocuparnos mas adelante, convirtió sus miradas á la parte meridional de España, donde todavía, y como precisa consecuencia de las estériles guerras en que malgastaron sus fuerzas los cristianos, ondeaba el pendon de la media luna. El reino de Granada, donde se habian refugiado los restos de todas las razas sectarias de Mahoma, que habian venido á España, aunque de poco estenso territorio, era todavía poderoso y respetable, mucho mas contando con los refuerzos que en momentos supremos pudieran enviarle de las fronteras costas africanas. Ceñia la corona de aquel último y

preciado baluarte de los infieles, el célebre Muley-Abul-Hacen, príncipe esforzado y animoso, amigo de la guerra, fanático musulman, y que antes de llegar al trono habia alcanzado triste celebridad entre los cristianos, por sus repetidas algaras, sin respeto á paces ni concertadas treguas. Desde el año 1466 empuñaba el cetro por muerte de su padre el prudente Aben-Ismael, aliado mas que enemigo de Enrique IV, hasta el punto de que durante el reinado de ambos príncipes, vivieron en casi perfecta union sarracenos y cristianos, como si se hubieran olvidado por completo de sus odios de raza y de creencia.

Bien quisiera Muley-Hazen, desde el momento de subir al trono entrar en abierta lucha con los castellanos; pero el ejemplo de las disensiones y disturbios de estos habia cundido al Reino granadino promoviendo peligrosas y frecuentes escisiones el ambicioso alcaide de Málaga, hasta el punto de que, léjos de declarar la guerra Muley á los cristianos, tuviese que pedir próroga de las treguas con Castilla. Recibida la peticion del granadino por los Reyes, que á la sazón se hallaban en Sevilla, contestaron que mandarian un enviado á Granada con las condiciones de aquella próroga; y en efecto pasados pocos dias llegaba á las puertas del alcázar, con lucido aunque corto acompañamiento el Comendador de Santiago D. Juan de Vera, el cual introducido en la sala de embajadores de la Alhambra delante de Muley, manifestó que no podia prorogarse la tregua, sino se pagaba á los Reyes de Castilla el tributo de dinero y cautivos, que venian acostumbrados á dar los anteriores emires.—Irritado el musulman con tal propuesta; *«id y decid á vuestros soberanos, contestó, que ya murieron los reyes de Granada, que pagaban tributo á los cristianos, y que en Granada no se labra ya oro sino alfanges y hierros de lanza contra nuestros enemigos*¹. Tan altiva respuesta, por mas que estimulase los deseos de romper la tregua que alimentaban Doña Isabel y D. Fernando, tuvo

¹ Conde.—*Dominacion de los árabes en España*.—Bernaldez.

que quedar por entonces sin correctivo, á causa de la guerra de Portugal, que absorbía todos los recursos de Castilla, contentándose con exclamar D. Fernando mas de una vez, *«yo arrancaré sus granos á esta Granada, uno á uno.»* Pero, cuando terminada aquella campaña, sosegado el Reino de Castilla, y enlazadas ambas coronas pudo la prudente Doña Isabel, volver sus ojos con mirada de conquista al codiciado reino granadino, solo pensó en conducir á sus guerreros á las fértiles vegas de aquellas comarcas y en humillar de una vez para siempre, en nuestro suelo el estandarte del Profeta.

No se hizo esperar mucho tiempo el anhelado instante de comenzar la campaña. Rompiendo imprudentemente la tregua el Rey moro, sorprendiendo en noche aciaga y tormentosa la fortaleza de Zahara, degollando sin piedad á sus valientes defensores y llevando entre cadenas á Granada los ancianos, los niños y las mugeres, en medio de soldados y victimas de los mas duros tratamientos, dió motivo á que rompiesen las hostilidades los reyes Católicos, respondiendo á aquella cruel é inmotivada sorpresa con el asalto de Alhama, llave del reino granadino : en vano el viejo Hazen, ardiendo en sed de venganza corre al frente de un poderoso ejército para rescatar la ciudad perdida de manos de Rodrigo Ponce de Leon marqués de Cádiz que la defendia; el generoso duque de Medina Sidonia enemigo declarado de los Ponces de Leon, admirando el heróico esfuerzo con que D. Rodrigo rechaza una y otra vez las acometidas del mahometano, parte á la cabeza de sus guerreros para socorrer á su antiguo enemigo, y su sola presencia al llegar al valle de Alhama pone en vergonzosa fuga al enfurecido Muley. El marqués de Cádiz recibe en sus brazos, conmovido por la emocion mas pura, al que fué su enemigo y es ahora su libertador, y aquella reconciliacion fruto de la feraz semilla sembrada con próspera y discreta mano entre los magnates de su reino por Doña Isabel, fué el anuncio de la épica victoria que tras de multiplicadas hazañas, habian de conseguir, unidos, y sin mas rivalidad que la de la noble emulacion de la gloria, guerreros y magnates, enemigos poco tiempo hacia, amigos entonces destinados á derribar

bajo la doble enseña de Aragon y Castilla el imperio de los Alhama-
manes.

El descrédito que habia arrancado la corona de las sienes de tantos reyes granadinos, no consentia entretanto á Muley hallar reposo, en el opulento alcázar de sus mayores. Buscaban los descontentos bandera para la rebelion y halláronla muy luego en las mismas gradas del trono: Boabdil, hijo de Hazen, sostenido por una de las mas poderosas tribus granadinas, é instigado por la celosa y vengativa Aixa *la Horra*, no vacila en levantar la parricida diestra contra el conquistador de Zahara; y agitada la muchedumbre entre ambas parcialidades, empéñanse cada dia sangrientos combates en las calles de aquella gran metrópoli, cundiendo por todos los ángulos de la ciudad la desolacion y la muerte. La fortuna inclina á la postre la balanza al lado del rebelde y desnaturalizado Boabdil; y aquella diadema, ceñida un tiempo por Muley con gloria del nombre mahometano, caia en el cieno de las civiles discordias entre los alaridos de un populo desenfrenado, viéndose forzado Hazen á abandonar la ciudad y comenzando á realizarse en tal manera la prediccion fatídica del alfaquí, cuya voz habia llenado de terror á los granadinos, tras el triunfo de Zahara ¹.

Tan importantes acontecimientos para el mas rápido y completo éxito de la guerra de Granada, debiéronse en gran parte á no dudarlo á la Reina Doña Isabel. Al tenerse noticia por el valeroso capitán D. Diego de Merlo del heroismo con que unos pocos soldados habian defendido la ciudad de Alhama, de un nuevo ataque de Muley, y que este habia decidido pregonar la guerra santa y llamar á todos los musulmanes del reino, no descansando hasta recobrar á Alhama, costárale lo que quisiera, reunido el Consejo por el Rey y consultado acerca de si podia ó no sostenerse una ciudad enclavada en territorio ene-

¹ Ante el triste espectáculo de que hizo Muley Hazen alarde, arrastrando á Granada á los infelices cautivos de Zahara, un venerable santón de larga barba blanca empezó á recorrer las calles de aquella opulenta ciudad repitiendo con lúgubre acento «¡Ay, ay de Granada! ¡Las ruinas de Zahara caerán sobre nuestras cabezas; plegue á Alá que yo mienta, pero el ánimo me dá que el fin del imperio musulman en España es ya llegado!»

migo y expuesta á tan continuas acometidas, fueron muchos de parecer que no era posible conservar su posesion sin graves riesgos y sin inmensos gastos, y que seria mas conveniente reducirla completamente á escombros y abandonarla. No se inclinó sin embargo á los que tan ligeramente juzgaron, el parecer de la Reina. Opúsose esta enérgicamente á tal dictámen, pues harto comprendia su previsora inteligencia la grande importancia de conservar la ciudad de Alhama en poder de sus guerreros, como punto de apoyo para las operaciones de la campaña, y como constante pretexto para mantener vivas las rivalidades entre los mahometanos, que siendo una precisa consecuencia de su carácter y del origen de aquel pueblo, que aunque dominador y victorioso nunca podia olvidar la vida de la tribu, habia de convertirse en poderoso auxiliar para el definitivo triunfo de la cruz sobre los infieles. Llena de entusiasmo la ilustre princesa, hizo presente á sus capitanes que seria mengua y deshonor abandonar una plaza que representaba el primer triunfo de aquella santa guerra; y produciendo como siempre sus palabras un efecto mágico entre sus guerreros, ni uno solo contradijo á la valerosa Reina. Animados por el deseo de alcanzar nuevos triunfos, el cardenal de España, los duques de Villahermosa, de Medinaceli, de Alburquerque y del Infantado, los condes de Cabra, de Treviño, de Ureña, de Cifuentes, y de Belalcazar, los marqueses de Cádiz y de Villena, el Condestable de Castilla, los maestros de Calatrava y de Santiago, el comendador de Leon y otros muchos caballeros se apresuraron á reunir una hueste de ocho mil caballos y diez mil peones, que con el Rey D. Fernando á la cabeza llegó sin obstáculo á Alhama; surtiéronse los almacenes; repartiéronse premios entre los mas valientes defensores; convirtieronse las tres principales mezquitas en iglesias cristianas; bendíjolas el ilustre cardenal Mendoza y las dotó de vasos y ornamentos sagrados; la piadosa Reina ofrecia bordar con sus propias manos los que habian de servir para el templo de la Encarnacion, el primero que en su reinado se consagró al culto católico, ganado á los enemigos de la fè; el Rey dió las gracias por su heróica conducta á D. Diego de Merlo y

sus capitanes; se relevó la guarnicion, reforzándola con mil ballesteros y cuatrocientas lanzas de las hermandades; y no queriendo el Rey dejar aquella tierra sin hacer un alarde que hiriese el orgullo musulman, salió con su hueste á correr la Vega de Granada, destruyendo sembrados y molinos, apresando ganados, y proporcionando con esto nuevas provisiones á los de Alhama, hecho lo cual se volvió con el ejército á Córdoba ¹.

Atendiendo á todo con su acostumbrada actividad, despachaba entretanto la reina desde Córdoba cartas y provisiones entusiastas y apremiantes á todas las ciudades y caballeros de Castilla y Leon, Galicia, Vizcaya y Estremadura, para que acudiesen á proseguir la comenzada guerra; y como tuviera noticia de que en Africa se disponian los súbditos del rey de Marruecos á pasar á nuestras costas para defender á sus hermanos en creencias, mandó armar una escuadra que encomendó á almirantes valerosos y de probada pericia, los cuales cruzando constantemente el Estrecho impidiesen todo desembarco y comunicacion con la costa de Berbería.

El desgraciado éxito de la toma de Loja, en cuyo terrible combate peligró repetidas veces la vida de D. Fernando, causó gran sentimiento á la reina, que tuvo sin embargo bastante energía para no demostrarlo en público, y para hacer que fuesen en auxilio de los defensores de Alhama los guerreros andaluces, poniendo en fuga á una legion sarracena, que suponiendo acobardada la guarnicion con la derrota de Loja habia acudido de nuevo á reconquistar aquella importante plaza.

Con esto, la previsora Doña Isabel conoció que era necesario estender á mas anchos horizontes aquella colosal empresa, preparándola de tal modo que su éxito fuera seguro. Para conseguirlo, volvió con su esposo á Castilla, dejando las fronteras de Andalucía encomendadas al celo de capitanes experimentados y valientes, reunió cortes en Madrid, en las cuales ya satisfaciendo con benevolencia y cordura las peticiones de sus pueblos, ya administrando justicia á los que invoca-

¹ Lafuente, historia de España citando á los escritores de aquella época.

ban sus fueros, ya, en fin, dictando disposiciones generales para quitar toda zizaña del ya floreciente campo de la monarquía, logró entonces como antes, las bendiciones de sus vasallos, obteniendo en cambio cuanto habia menester para continuar la empresa de Granada. Los particulares y personas pudientes del reino queriendo contribuir tambien á aquella empresa, acudieron para su realizacion con un empréstito general; y el soberano Pontífice expidió un notable breve con el cual autorizaba á Isabel y á Fernando para que así las rentas del clero, como de las órdenes militares, de Castilla y de Aragon, pudieran ser aplicadas por los Monarcas, segun la ocasion lo pidiera, á los gastos de la guerra, otorgando al propio tiempo á cuantos tomasen armas bajo sus pendones, las indulgencias de la Cruzada.

Pero no era posible llegar al logro de las aspiraciones de los Reyes y de sus pueblos sin nuevos contratiempos y dolores: la tristísima nueva de uno de los mas terribles desastres que habia llorado la España cristiana, llenó de luto el corazon de Isabel y Fernando. El valor imprudente del gran maestro de Santiago, D. Alfonso de Cárdenas llevó un lucido ejército á las asperezas de la Axarquía de Málaga, desoyendo el consejo del marqués de Cádiz, y en aquellas escabrosas angosturas, el atrevido Muley Audalla, conocido por el Zagal y hermano del viejo Hazen, derrotaba completamente al ejército cristiano, pudiendo á duras penas salvarse el maestro de Santiago y el marqués de Cádiz, y quedando cautivo el conde Cifuentes. Tan triste nueva si produjo tristísima impresion en Doña Isabel, no fué bastante para entibiar en lo mas mínimo su entusiasmo y el de sus pueblos; y los mas poderosos magnates y prelados, y las villas y ciudades mas importantes, acudieron á los reyes, para consolarlos y fortalecerlos en aquella desventura.

Fausto acontecimiento vino en breve á borrar por completo la rota de la Axarquía. Deseoso Boabdil de oscurecer la gloria de su padre y la que acababa de conseguir con aquel fácil triunfo su tio Audalla, resolvió llevar las armas granadinas al centro de los dominios cristianos; acompañado de Aliatar marchó sobre Lucena, y en aquella des-

graciada expedicion que costó la vida al viejo alcaide de Loja, despues de ver morir á su lado á los caballeros que formaban su guardia, cayó prisionero el mismo Rey Boabdil, entregando el ensangrentado alfan-ge al alcaide de los donceles.

Al tener noticia de tan gran victoria, difundióse la alegría entre los cristianos; y trasladado el monarca prisionero con gran ceremonia á Córdoba, y conducido despues á la fortaleza de Porcuna, bien pronto recibió D. Fernando en la antigua capital del Califato la embajada de la sultana Aixa, madre de Boabdil que enviaba á todos los nobles de su partido, ofreciendo gran suma de dinero y multitud de cautivos cristianos, por el rescate de su hijo.

En diversos pareceres dividiéronse con tal motivo los consejeros de Fernando. El maestre de Santiago y otros muchos opinaron, que debia conservarse el coronado prisionero, como prenda de inmenso valor, mientras el marqués de Cádiz aconsejaba darle la libertad, por-que de este modo permanecerian cada vez mas vivas las discordias entre los musulmanes, facilitando el triunfo á las armas cristianas. Ante tan opuestos pareceres, el Rey que conocia toda la importancia del consejo de su esposa, ausente á la sazón en las provincias del norte, decidió consultarlo, y como el voto del marqués estuviese en armonía con la política que ya habia iniciado Doña Isabel al tratarse del socorro de Alhama, su contestacion fué, como no podia menos, favorable al dictámen de el de Cádiz, con lo que se acordó el rescate de Boabdil, pero con las mas favorables condiciones para los cristianos. Por ellas Boabdil se declaraba fiel vasallo de los reyes de Castilla; se obligaba á pagar un tributo anual de doce mil doblas de oro; á entregar cuatrocientos cautivos cristianos; á dar paso por sus tierras á las tropas de D. Fernando y de Doña Isabel, que fuesen á hacer la guerra á su padre Muley-Hazen y á su tio el Zagal; á presentarse en la corte cuando á ella fuera llamado, y á dar á su hijo y á los de los principales nobles en rehenes, para la seguridad de aquel concierto, guardándose tréguas por dos años entre el príncipe infiel y los reyes de Castilla y de Aragon.

Apenas de regreso en la frontera granadina aquel rey musulman, no sin razon llamado el *Zogoibi* (el Desventurado,) despues de pasar por el amargo trance de despedirse de su hijo, fruto querido del amor de Moraima, las previsoras miras de Doña Isabel empezaron á realizarse. La guerra civil turbó en breve las calles de la ciudad, querida de los Beni-Nasr: Boabdil dominaba en el Albaicin, sostenido por sus parciales: Muley en la Alhambra con los suyos; y aquella lucha parricida amenazaba destruir por sí sola el vacilante imperio musulmico, porque, como acontece siempre en las guerras civiles, la lucha era cada vez mas desesperada y terrible: por ventura para los infieles la voz de los faquíes logró ser oida, y admitidos tratos de paz llegóse á un avenimiento, por el cual quedaba Hazen en Granada cual príncipe soberano, tocando á Boabdil el señorío de Almería, donde guardaria el título y la magestad de Rey. El imperio granadino resultaba con esto ya dividido en dos monarquías rivales: el éxito de las armas debia completar los planes de una política tan prudente como de seguros resultados, para la España cristiana.

En vano Muley-Hazen, ansiando rehabilitar su nombre ante el pueblo granadino con alguna gloriosa empresa, penetraba en el territorio cristiano, llevando sus armas hasta los campos de Utrera bajo la conducta del valeroso Bejir alcaide de Málaga: las márgenes del Lopera vieron desbaratados por los hombres del marqués de Cádiz y los caballeros de Alcántara las terribles falanges de los Gomeles quedando el veterano Bejir en poder de los cristianos, y hallando apenas salvacion en la fuga el animoso Hamet el Zegri, terror de la frontera: la afrenta de la Axarquía quedaba nuevamente vengada rescatándose en las márgenes del Guadalete caballos, arneses, yelmos y armas, perdidas en los montes malagueños. A la derrota de Lopera sigue en breve la reconquista de Zahara, llevada á feliz término por el esforzado D. Rodrigo Ponce de Leon, y puesta la guarda de Alhama al cuidado de D. Iñigo Lopez de Mendoza, primer Conde de Tendilla, lograba este generoso caudillo llevar el terror y la muerte hasta las mismas puertas de Granada, no sin desdoro del viejo

Hazen que perdió poco á poco la estimacion de sus parciales, quienes le consideraban impotente para refrenar las correrias cristianas.

Pero no eran estos desastres mas que las nubes precursoras de la tempestad. Preparábase en la corte de los Reyes de Castilla y Aragon todo lo necesario para plantear un sistema general de campaña, y alma de aquella empresa, como acertadamente escribe un historiador ya citado ¹, Doña Isabel á todo atendia, de todo cuidaba, así alentaba al Rey su esposo como sabia estimular al simple soldado, y velando incesantemente porque no faltasen al ejército armamentos, víveres y municiones, demostraba con su actividad incesante que no habia de tener reposo hasta que viese tremolar el pendon de la cruz sobre los minaretes de la Alhambra. De este modo al comenzar la primavera de 1484 los guerreros de Isabel y Fernando llegaron hasta amenazar la ciudad mas importante del ya escaso territorio granadino, la soberbia Málaga, emporio de riqueza y puerto importantísimo, porque en él desembarcaban los socorros de Africa que era el único punto donde podia encontrar algun amparo el Rey de Granada. Allora, Setenil y otras muchas fortalezas de la Serranía de Ronda caian en poder del Rey Fernando: la vega malagueña era presa de las llamas; Coin, Cörtama y otras muchas plazas tenidas por inexpugnables ceden ante el esfuerzo de los guerreros de la cruz, y la importante toma de Ronda, coronando aquella série de rápidos triunfos, arrojaba del trono de Granada al viejo Muley-Hazen, elevaba al trono de los Beni-Nasr al enérgico Audalla, y ponía de manifiesto una vez mas, la ardiente caridad de Doña Isabel que al sacar á los infelices cautivos de las mazmorras de Ronda, no solo les prodigaba los consuelos de una madre, sino que facilitándoles vestidos y alimentos les proveia de cuanto necesitaban para volver á sus casas y reponerse en el seno de sus familias de los tristes y terribles dias del cautiverio.

Las discordias intestinas seguian entretanto destrozando la desdichada monarquía islamita. Tres distintos principes se disputaban

¹ Lafuente.

ya el cetro, y aprovechando aquella civil contienda, continuaban los Reyes Católicos su empresa, apoderándose de los castillos de Combil y Alhabar, para cuya expugnacion necesitaron la artillería, que pesada y de dificultísimo trasporte en aquella época estaba, sin embargo, llamada á jugar importante papel en la campaña, gracias á la poderosa voluntad de la Reina, que á través de ásperas y fragosas sierras lograba abrir anchos caminos para que pasaran los trenes de batir. No menos afortunado el ejército en Loja, logró D. Fernando conquistarla tambien, dejando así vengado el descalabro que sufriera en la cuesta de Albohazun, y rendido el presidio de Illora, conquistada la villa de Moelin, fortaleza á que daban los moros el título de *escudo de Granada*, escuchaban los Reyes en la rendida fortaleza el solemne canto de *Benedictus qui venit in nomine Domini*, entonado por los pobres cautivos, que de este modo pagaban á sus Reyes el beneficio de la libertad que conseguian.

Habian corrido los años de 1485 y 1486 señalándose con repetidos triunfos la marcha del ejército cristiano, y comenzadas tras de breve pausa en 1487 las operaciones contra Málaga, despues de difícil y disputado sitio caia Velez con los castillos de Comaresch, Benamarhoja y Cómpeta en poder del rey católico, que movió en seguida su campo sobre Málaga, no sin haber tenido que vencer heróica resistencia en los habitantes de las cercanas sierras.

Empresa era la conquista de esta ciudad de gran trascendencia. Málaga en aquella época podia considerarse como verdadero emporio de los puertos del Mediterráneo : sosteniendo activo y abundante comercio con el Africa y las islas de Levante, llevaba sus barcos hasta la Siria y Palestina con fama de sus ricas sederías y creciente provecho de sus hijos : fundada en un valle que se dilatava á orillas del mar y guarecida por levantadas cordilleras de montañas, rodeábanla altos y robustos muros, coronados de fuertes y almenadas torres. Dos fortalezas que gozaban fama de inexpugnables la defendian : el castillo de Gibralfaro, asentado en la cumbre del cerro mas inmediato al mar y la renombrada Alcazaba en la pendiente de aquel mismo cerro

casi tocando á la playa. No cabiendo dentro de los muros la poblacion, cada vez mas opulenta y rica, habíase derramado en dos arrabales; á la parte del Mediterráneo el uno enriquecido por quintas y jardines, recreo y encanto de aquellos felices mercaderes; circuido el otro de murallas y baluartes y habitado por gente industriosa, pero avezada á los peligros, y apta para sufrir toda clase de privaciones. Málaga florecia, pues, en la paz, no desprovista de medios y defensas para la guerra ¹.

A conquistarla para el cristianismo se dirigian las vencedoras armas de Castilla, pero no habia de lograr el ejército sentar sus reales, sin verse obligado á ganar el terreno palmo á palmo.

No bien D. Fernando, plantando el pabellon real marcó la línea del campamento, que formando semicírculo al rededor de Málaga cerraba por el mar con las naves ancladas en la bahía dejando en el centro á la ciudad, cuando tuvo ocasion de conocer, que no era fácil empresa, sino arriesgada y de difícil éxito, la conquista de aquella plaza. Si desembarcados los poderosos trenes de batir, de que gracias á la actividad de Isabel disponia el ejército, comenzaron á vomitar piedra y hierro sobre los sitiados, Hamet-el-Zegrí que tenia tambien poderosas piezas de artilleria y diestros soldados que entendieran su difícil manejo, bien pronto obligó á los cristianos á suspender los trabajos del sitio durante el dia, y al mismo monarca á retirar su tienda al amparo de una colina, porque las banderas de Aragon y Castilla que en el pabellon real ondeaban, la habian hecho blanco de la certera puntería de los malagueños. Los castellanos sin embargo, sin cejar un momento en su propósito, dirigian cada vez con mas fuerza sus ataques, y el conde de Cifuentes fué el primero que apostillando un torreón del arrabal, intentó por dos veces subir por la brecha dando repetidos asaltos, en uno de los cuales le prestó poderosa ayuda el duque de Nájera y el comendador de Calatrava. Sus esfuerzos sin embargo tuvieron un tristísimo éxito: ya los castellanos lanzaban

¹ Historia ya citada de la villa y corte de Madrid.

al aire su grito de victoria, tremolando sus banderas sobre el baluarte, cuando una terrible detonación y la torre volando en mil pedazos, mezclados con los cuerpos de aquellos valientes, demostraron al ejército sitiador, que los moros tenían dominada aquella parte del muro, la habían volado, al ver que sus esfuerzos personales eran en vano para resistir al enemigo. Nueva brecha abren en breve los cristianos en otro lienzo de la muralla del arrabal, pero los soldados que penetraron por ella, envueltos en aquellas tortuosas calles, de intento así dispuestas para la guerra, perdieron la existencia inútilmente, por mas que hicieran prodigios de valor. Con malos auspicios comenzaba la guerra: el desaliento empezó á cundir en el campamento cristiano: no faltaron algunos traidores y mal nacidos, que abandonando sus banderas desertaran á la ciudad, difundiendo en ella falsas noticias que envalentonaron á los moros, y les animaron á renovar sobre las estancias de Fernando furiosos ataques y salidas impetuosas; y en tal situación, al ver Fernando que el valor de los soldados de Hamet comenzaba á infundir respeto en los reales cristianos, conociendo que el remedio mas eficaz para reanimar el entusiasmo era la presencia de la Reina, envió un mensaje á Córdoba, en donde la ilustre princesa residia atendiendo así á la gobernación de sus Estados como á proveer de cuanto necesitase el ejército, rogándole se presentara en el campamento. Sin vacilar ni un solo instante se puso en camino acompañada del cardenal de España y de otros elevados dignatarios de la Iglesia, de la infanta Isabel, y de gran número de damas y caballeros de su corte, que formaban lucida comitiva y presentóse de improviso en los Reales, despertando en todos los corazones un entusiasmo indescrip-
tible, prenda segura de la victoria. «En todos los semblantes se veía
«brillar la esperanza; parecia que el aspecto feroz de la guerra se
«habia suavizado con la venida de una de las gracias, y de todas par-
«tes acudian al campamento jóvenes apuestos y valientes, ansiosos de
«obtener el galardón de sus proezas de las manos de quien es mas
«grato el recibirlo ¹.» A pesar de tan favorables circunstancias, Isabel

¹ Prescott, citando á los escritores contemporáneos.

anhela poner término al cerco de Málaga sin mas derramamiento de sangre, y la justa saña del Rey católico se temple á su ruego hasta el punto de intimar de nuevo á los defensores de Gibralfaro y de la Alcazaba la entrega de la ciudad, ofreciéndoles en cambio toda clemencia. No faltaban mercaderes, labradores y propietarios, gente mas dada á las pacíficas tareas de la industria que á los sangrientos azares de la guerra, que quisieran de buen grado aceptar las negociaciones ofrecidas por D. Fernando; pero Hamet enfurecido contra los que prestaban oídos á los tratos de paz, ensangrienta bárbaramente sus armas contra aquellos pacíficos ciudadanos, y atribuyendo á falta de pólvora el silencio que la artillería cristiana guardaba desde la llegada de la Reina, rechaza con insolente respuesta la embajada de Fernando. Conociendo éste cual era la causa principal que tanta arrogancia infundia en el altivo Hamet, mandó que se hiciese una descarga general en todas las baterías á un tiempo, para que viesen los de Málaga cuan falsos eran los rumores que habian esparcido entre ellos, y que sobraban á los sitiadores cuantos aprestos bélicos eran necesarios para llevar á cima la comenzada conquista. La ciudad entera vaciló en sus cimientos ante aquella terrible descarga, que sembró el espanto y la muerte entre los soldados de Hamet; pero pasados los primeros momentos de estupor, consiguió el indomable Zegrí infundir nuevo aliento á los suyos, y que decidieran morir antes que entregarse á las vencedoras armas cristianas.

Las poderosas máquinas de guerra proseguian entretanto su tarea de destruccion: las estancias del marqués de Cádiz puestas al frente del castillo de Gibralfaro eran visitadas por Doña Isabel, infundiendo con esto nuevos bríos en los defensores de aquella parte del campamento tan importante para el sitio. Pero cuando el caudillo moro, que sin cesar á todo atendia, vió desde los altos baluartes de la fortaleza al marqués de Cádiz afanado en festejar dignamente á la Reina, mandó poner en el mas alto torreón de Gibralfaro, como padron de vergüenza, el estandarte cogido al altivo marqués en la Rota de la Axarquía.

Aquella provocacion era un duelo terrible, y el marqués de Cádiz lo aceptó dignamente: certero y sostenido fuego envolvió durante veinte y cuatro horas en espesa nube de polvo y humo el castillo, y la torre donde con tanta imprudencia habia sido desplegada la enseña de D. Rodrigo quedaba del todo desmantelada, mientras reducidas á escombros otras menos fuertes, dejaban en los muros ancha brecha, abierta al impaciente valor de los soldados del marqués. Bien hubieran querido éstos lanzarse por ella á la ciudad; pero las sombras de la noche lo impidieron, valiéndose en cambio de ellas, con astucia poco digna, los de el Zegrí, para caer rudamente sobre el campamento del de Cádiz, acaudillados los feroces gomeles por Ibrahim-Cenete, segundo de Hamet. Descansaba el marqués en su tienda abrumado por la fatiga, cuando oyó el ruido de la pelea que trababan sus soldados con los malagueños; y levantándose indignado ante aquella cobarde acometida, lanzóse en medio de los suyos, animóles con su voz, y tan poderosa fué la resistencia á pesar de la sorpresa, que los sarracenos tuvieron que replegarse al castillo, llevando herido de una lanzada á su atrevido gefe Ibrahim-Cenete.

El cerco en tanto estrechábase cada dia: Málaga, que esperaba ser socorrida por Muley Audalla, sabia con desaliento que habia sido derrotado por Boabdil, llevando este su humillacion hasta el punto de noticiar á Fernando aquella victoria, y de enviar á la Reina Isabel un magnífico regalo de preciosas telas de seda y oro, de perfumes orientales, de caballos, armaduras, vestidos, y joyas de subido precio y primorosa labor: el Rey de Tremecen, deslumbrado por el creciente poderío de los reyes católicos, solicitaba al mismo tiempo su amistad y hasta su proteccion, quitando así á los sitiados toda esperanza de recibir de África auxilio alguno: los víveres escaseaban en la ciudad: el hambre comenzaba á hacer presa en sus defensores: los habitantes de Málaga desfallecidos y desesperados pedian la paz; pero Hamet-el-Zegrí resuelto á morir, antes que entregarse, despertando el fanatismo musulman, procuraba resistir hasta el último trance.

Todo hacia predecir que no estaba lejano para las armas de Castilla

el momento decisivo del triunfo, cuando un acontecimiento extraordinario, estuvo á punto de segar en flor tantas esperanzas, y de apagar de un solo golpe la estrella benéfica que con la cruz de su inteligencia, guiaba á Castilla á un venturoso porvenir. Atravesando sierras y precipicios, acercábase á Málaga, seguido de cuatrocientos gomeles, una especie de profeta ó santón moro llamado Abrahanel-Gerbi, que habia pasado su vida en el desierto, y que juzgándose inspirado, anunciaba que Dios por medio de los ángeles de Mahoma le habia revelado la manera de libertar á la Ciudad, y de destruir á sus enemigos. Llegaba á las cercanías de Málaga el fanático musulmán, en ocasion que una partida de cristianos habia salido á hacer un reconocimiento militar. Trabada la lucha, algunos gomeles consiguieron penetrar en la plaza, huyendo del acero castellano, y otros perecieron en la contienda; pero encontrando los vencedores en medio de ella, al santón con las manos levantadas al cielo en actitud de orar y como si estuviese arrebatado en éxtasis, le prendieron sin que opusiera la menor resistencia, conduciéndole en seguida al pabellon real, pues dijo que tenia importantes secretos que revelar á los reyes. Dormian estos á la sazón, y no juzgando prudente sus caballeros despertarlos, llevaron al prisionero entretanto á la inmediata tienda, en que se hallaba la íntima amiga de Doña Isabel, la marquesa de Moya, jugando á las damas con D. Álvaro de Portugal, hijo del duque de Braganza, pariente de la reina. Engañado el moro por el aparato del pabellon, y por la apostura de la dama y del príncipe, los confundió con los reyes, y sacando de improviso una cuchilla de debajo del albornóz, le asestó contra el de Portugal, causándole tal herida en la cabeza, que le derribó al suelo: con rapidez indescriptible revolvió en seguida contra la marquesa, dándole una estocada, que por fortuna se embotó en los bordados de su vestido: repitió el golpe, pero el acero tropezó en unos palos de la tienda; y ya se disponia á asestar de nuevo cuando las espadas de los caballeros cayendo sobre el asesino, cortaron en un momento su audacia y su alevosia. Al ruido que esto produjo, despertáronse los reyes, que despues de dar gracias á

Dios por haberlos salvado de tan gran riesgo, comprendieron era necesario dar un golpe decisivo, para acabar de una vez aquella campaña. Isabel llevada sin embargo siempre de aquel superior sentimiento de piedad que brillaba en todas sus acciones, suplicaba á su esposo de nuevo que se intimara otra vez á los moros la rendicion; pero la altivez del Zegrí quitó la última esperanza á su benignidad; y empezadas tras esto con mayor furia las hostilidades, prometia Hamet á los malagueños próxima y completa victoria armado de una bandera blanca que le habia presentado un fanático dervís, y aproximaban los cristianos sus estancias á la ciudad estrechando cada vez mas el círculo de hierro con que la oprimian.

La voladura de una de las cuatro torres que defendian un puente, facilitó la victoria. Hamet al ver tan cerca de la plaza los estandartes cristianos, comprende que no hay mas medio de salvacion que fiarlo todo á un combate decisivo, y al frente de sus desesperados gomeles y acompañado del dervís, en cuya diestra ondeaba la bandera santa, sale de la ciudad como desatado torrente; abre ancho portillo en las trincheras; arrolla las estancias del maestre de Alcántara, penetra en el real, y empeñase la mas terrible lid de cuantas presenciaron los campos malagueños. Pero en vano es luchar contra los decretos de la Providencia: la suerte de Málaga como la de todo el Islam estaba decidida: cae el dervís y con él su bandera: el inútil heroismo de Hamet no puede reprimir el terror que con esto se apodera de sus soldados; y escapando á duras penas en medio de una espesa lluvia de dardos, saetas y balas que sobre él arrojan los cristianos, vuelve vencido á Málaga, cuyos habitantes abren por fin las puertas de la ciudad á los reyes católicos, encerrándose el indomable Hamet casi solo, pero altivo siempre, en el castillo de Gibralfaro.

La obstinada resistencia de los malagueños tenia tan irritados los ánimos en el campamento cristiano, que no faltaron capitanes que propusieran se entrase la ciudad á sangre y fuego. Opúsose la reina á tan sanguinaria proposicion, diciendo que no permitiria nunca que sus victorias se empañaran con tales actos de crueldad, y conten-

tándose con recibir en rehenes veinte nobles y moros principales, pasó el comendador de Leon á posesionarse de la ciudad, haciendo los reyes en ella su entrada solemne el veinte de Agosto de 1487, siendo su primer cuidado dar gracias á Dios en la mezquita principal purificada y convertida en templo cristiano, y abrir las puertas de su prision á mas de seiscientos cristianos, que despues de muchos años de cautividad se presentaban á sus Reyes, estenuados, cubiertos los enjutos cuerpos de miserables harapos, y las carnes magulladas por los hierros. Lágrimas de inconcebible alegría derramaban aquellos desgraciados, que no sabiendo cómo manifestar su gratitud á sus libertadores, hubiéransen arrojado á sus piés, si la reina trémula de emocion no los recibiera en sus brazos.

Hamet-el-Zegrí entretanto aprisionado por los mismos á quienes tan heroicamente habia sostenido, era llevado al castillo de Carmona; que asi corresponden con harta frecuencia los mismos que ayer halagaban al poderoso, cuando le ven abandonado por la fortuna.

Con la conquista de Málaga se acercaba el completo desenlace de aquel gigantesco drama de siete siglos. Isabel y Fernando atendiendo á todo, pasaron á Aragon poco despues de terminada la conquista, ya para que aquel reino reconociese por heredero de la corona al príncipe D. Juan, ya para reformar la administracion de la justicia y de la hacienda, ya para conseguir nuevos subsidios destinados á la guerra de Granada, y despues de obtenerlos, de alcanzar igual resultado en Valencia y de contestar dignamente á pretensiosas proposiciones del rey de Francia, al comenzar el verano de 1488 dispusiéronse de nuevo á la campaña, que no habian de terminar mientras un solo estandarte infiel ondease sobre los minaretes musulmanes.

Permaneciendo Doña Isabel en Murcia, encargada de todo lo concerniente á la administracion de sus vastos dominios, D. Fernando comenzó de nuevo la guerra, y despues de un año de varias tentativas con mas ó menos fortuna; empeñóse en el cerco de Baza, ciudad considerable y la mas importante del pequeño reino en que imperaba el Zagal. Mediaba en esto la primavera de 1489; y mientras el ejército

compuesto de trece mil caballos y cuarenta mil infantes dirigíase á Baza, la Reina fijaba su residencia en Jaen, como el punto mas á propósito para mantener comunicaciones con el ejército. Iba D. Fernando resuelto á no levantar mano de aquella empresa hasta que las enseñas de Aragon y Castilla tremolasen unidas sobre los adarbes sarracenos; é intimando al príncipe Cidi-Yahya, á quien habia confiado el Zagal, su deudo, la defensa de la plaza, obtuvo solo esta respuesta: «No para dárosela sino para defenderla de vuestro poderío he recibido las llaves de esta ciudad y de sus castillos;» digna contestacion que marcaba sin embargo la señal de una lucha, no menos heróica y sostenida que la de Málaga. El sitio continuado con el mismo brio, daba motivo cada dia para nuevas hazañas: el campamento cristiano provisto de cuanto necesitaba por el celo y actividad de la Reina, estaba convenientemente pertrechado para no levantar sus tiendas hasta que consiguiera la victoria. Admira ver la actividad de aquella ilustre princesa, que haciendo abrir caminos por sitios intransitables, tenia en constante movimiento hasta catorce mil acémilas que conducian cuanto necesitaba el campamento. Cuando le faltaban recursos, vendia sus aderezos y vajillas para atender á la manutencion de sus guerreros, y las damas de su corte, siguiendo su ejemplo, no vacilaban en desprenderse tambien de sus mejores joyas para contribuir al éxito de la empresa. Al llegar sin embargo el invierno, las lluvias que sobrevinieron en abundancia, acompañadas de fuertes vendabales, dejando casi incomunicado el campamento, inundadas las estancias, abatidas las tiendas, derribadas las frágiles techumbres de los aposentamientos que habia mandado el Rey edificar, significando asi su decision de no abandonar la empresa, empezaron á introducir el desaliento en el ejército sitiador, y hubo instantes en que, hasta el mismo Rey, sintió vacilar su firme decision. Pero en tales y tan extremos trances y conflictos habia siempre un genio tutelar que velaba por los defensores de la fé y acudia á fortalecerlos y á salvarlos. Este genio era la Reina Isabel, que penetrada de la ápurada situacion de sus guerreros, allegó recursos, montó á caballo, y seguida de su hija y de las damas y caballeros de

su séquito, cruzando con ánimo varonil colinas y montañas, «llegó al campamento, como escribió un testigo de vista de aquellas hazañas¹, «circundada de un coro de ninfas que parecían venir á celebrar las bodas de su hija; su presencia nos llenó de júbilo, y reanimó nuestros espíritus que desfallecían bajo el peso de tan continuados peligros, «vigilias y fatigas.» El Rey se adelantó á recibir á su esposa acompañado del marqués de Cádiz, del gran almirante y de otros señores, y el 7 de Noviembre descansaba ya Doña Isabel en el campamento, y recibía Cidy-Yahya nuevo mensaje para que rindiese la ciudad, inspirado por el deseo que siempre manifestó Doña Isabel de evitar en lo posible el derramamiento de sangre.

Tres dias despues de la llegada de la Reina, y en una mañana apacible y clara, recorrió la ilustre princesa el campo, cuyos guerreros todos, luciendo sus mejores trages y armaduras, recibían entusiasmados la regia visita. Tendidas al viento las enseñas y banderas de las mesnadas y consejos, poblado el aire con músicas, aclamaciones y vítores, presentóse Isabel á caballo y recorrió las filas de sus combatientes con aire magestuoso y gentil continente. Dirigióse la comitiva hácia las colinas occidentales que dominan la ciudad, é hizo alto en las estancias del marqués de Cádiz allí colocadas: quiso la Reina dirigirse desde aquel parage á las posiciones del Norte, y el de Cádiz advertido de su deseo, hizo entender á Cidi-Yahya, por medio de un intérprete, que la Reina deseaba ver las obras del sitio, y que no siendo propio de caballeros insultar á tan alta señora, pedía suspensión de hostilidades. No faltaron capitanes alpujarreños que, rudos é intransigentes, quisieran atacar á la real comitiva; pero Cidi-Yahya dando noble muestra de galantería, salió al frente de sus escuadrones, con banderas desplegadas y músicas marciales, y desfiló ante Doña Isabel, haciendo luego para mas obsequiarla un simulacro de combate á la morisca, terminado lo cual se retiró con sus guerreros, saludando cortésmente á la Reina.

¹ Pedro Mártir. Opus epistolarum.

Noble conducta que habla muy alto en favor de aquella raza, con tanta injusticia calificada de bárbara, hasta hace poco tiempo.

La presencia de Isabel, como dice el historiador granadino ¹, citando á Pulgar, fué un iris de paz que trastornó completamente el ánimo de los moros; desde aquel instante no se volvió á derramar una gota de sangre, ni una lágrima: cesaron las esplosiones de pólvora; acabaron las escaramuzas y desafíos, mitigáronse los rigores de la guerra y sucedió una calma, precursora de capitulaciones honrosas. El denodado cuanto discreto hijo de Zelim, rendia su espada y con ella la ciudad á los piés de Isabel I, la cual recibíendola magnánima y generosa, encadenaba de tal modo su voluntad, que le convertia en uno de sus mas leales servidores. El viejo Muley-Audalla, en cuyo poder estaban aun las ciudades de Guadix y Almería con todas sus tierras y castillos, oyendo los consejos del príncipe, sòmetíase á los reyes y se reconocia su vasallo. El imperio del Islam quedaba reducido al territorio de Granada, donde el desdichado Boabdil conservaba una sombra de soberanía. En breve tendrá que abandonarla tambien y los reyes católicos habrán conseguido terminar en la alhambra granadina, la gigante obra de la restauracion comenzada en Covadonga.

Al empezar la primavera de 1490, partia el rey católico contra Granada, al frente de cinco mil caballos y veinte mil peones, ejército en que con los hombres de armas del marqués de Cádiz, del duque de Medina Sidonia, de los condes de Cabra y de Ureña, de D. Alonso de Aguilar y de otros valientes caudillos de la cruz, mezclábanse las aguerridas huestes del príncipe Cidi-Yahya y del Muley-Audalla, como vasallos de la corona de Castilla. Llevaba D. Fernando á su lado al príncipe D. Juan, á quien armaba caballero á vista de la alhambra, y despues de correr la vega y de tomar las torres y castillos fronterizos, duplicando su ejército durante el invierno, plantaba su tienda y su campamento ante los muros de Granada, con el firme propósito de no levantarlos hasta terminar la conquista. Reñido tam-

¹ Lafuente. Alcántara.

bien y obstinado fué el asedio, dando motivo á grandes hazañas, que inmortalizaron populares cantos, y consignaron en sus obras varones ilustres. La reina Isabel siguiendo su costumbre, despues de asegurar la subsistencia del ejército, se dirige desde Alcalá de Benzaide al *real*, infundiendo nuevo aliento en los sitiadores. Las frágiles tiendas de las estancias conviértense á su voz en sólidos edificios, y en lugar de campamento, ven los asombrados musulmanes levantarse en frente de su ciudad querida, otra nueva, agrupada al rededor de la cruz de la iglesia, rodeada de fuertes muros, y que llevando por nombre el de la *Santa fè*, era el mas elocuente testimonio de la que abrigaba el corazon de los monarcas cristianos y de su decision inalterable.

La llegada de Isabel convirtió el campamento en un palenque de escenas caballerescas; todos querian, lo mismo moros que cristianos, distinguirse ante la gran reina: los jóvenes de la nobleza granadina llegaban, cubiertos de armaduras espléndidas, hasta las trincheras, arrojaban carteles de desafio que aceptaban gustosos los cristianos, y estos á su vez solo pensaban en realizar hazañas para aumentar su justo renombre de esforzados.

Un dia dijo la Reina que queria ver desde muy cerca á Granada, y como la insinuacion mas leve de Isabel era un riguroso mandato para sus caballeros, estuvieron puntuales para acompañarla el marqués de Cádiz, el de Villena, D. Alonso de Aguilar, los condes de Ureña, Cabra y Tendilla, y D. Alonso de Córdoba, señor de Montemayor y de Alcaudete. Cabalgó la Reina en compañía del rey, de sus hijos, de sus damas y del embajador francés, y asistida por todos aquellos señores se dirigió á la Zubia, risueño lugar sobre un recuesto á la izquierda de la ciudad. Como la seguridad de las regias personas requeria todo linage de precauciones, el marqués de Villena, el conde de Ureña y D. Alonso de Aguilar, se colocaron con sus batallas en las faldas de una colina cercana á la aldea, y el marqués de Cádiz, los condes de Tendilla y Cabra y D. Alonso de Montemayor tendieron sus tropas delante de la misma poblacion ¹.

¹ Lafuente. Alcántara.

Aposentada la familia real en una de las casas del lugar, contemplaban, desde sus ventanas, la perspectiva maravillosa que ofrecían las torres, palacios y jardines de Granada, cuando los defensores de ésta lanzáronse de improviso fuera de la ciudad acometiendo á los guerreros cristianos, que rodeaban á la Reina. Había prevenido ésta al marqués de Cádiz, que no empeñara aquel día combate con los moros, para evitar que se derramara sangre cristiana por la satisfacción de su deseo; pero al ver los capitanes españoles lanzarse sobre sus soldados á los muslimes, no les fué posible contener su ardor, y acometiendo con su acostumbrado denuedo arrollaron de tal modo la infantería sarracena, que envolviendo esta en su huida á los mismos ginetes granadinos, entraron vencidos en la ciudad por la puerta de Bibtaubin, no sin dejar en el campo mas de dos mil moros entre muertos, cautivos y heridos. No hay para que decir que la Reina perdonó al marqués de Cádiz y á sus valientes compañeros la infracción de sus órdenes, infracción que había valido un nuevo triunfo para sus armas; y tan vivo quedó en la memoria de Doña Isabel aquel combate, dado ante sus ojos y en el que sin el esfuerzo de sus capitanes hubiérase visto envuelta y cautiva por sus enemigos, que para conmemorar la victoria, siguiendo la piadosa costumbre de la época, fundó en aquel parage un convento donde plantó un laurel por su mano, que todavía florece en aquel sitio, y que conocido con el nombre del laurel de la Zubia, vive como permanente recuerdo de aquella épica campaña, inspirando la fecunda vena de poetas y de novelistas contemporáneos ¹.

Y no fué aquella la última batalla en que demostraron su esfuerzo

¹ Habiéndose sacado á subasta por los años de 1862 el espresado convento, como una de las fincas que debían enagenarse en la provincia de Granada, fué adquirido por Doña Isabel II para conservar el indicado laurel, símbolo de la referida victoria. Hoy debe por lo tanto formar parte de las fincas del patrimonio, á cuyo director rogamos, seguros de ser oídos, conserve aquel recuerdo de una de las épocas mas gloriosas de nuestra patria y de la gran Reina Isabel la Católica.

Entre las diferentes composiciones que ha inspirado á nacionales y extranjeros aquel árbol histórico, citaremos el bellissimo libro que con el título de *El laurel de los siete siglos*, escribió nuestro querido amigo y paisano el señor D. Manuel Fernandez y Gonzalez, honra de las letras españolas, que no encontrando suficiente espacio para su genio en su patria, despues de enriquecerla con multitud de obras, ha pasado á la nacion vecina donde segun las palabras de una de sus cartas, «ha plantado en el adarbe de Paris la bandera literaria de España, decidido á no abatirla sino á mantenerla siempre con nueva gloria,» palabras que lejos de ser jactancioso alarde de su carácter andaluz, se ha encargado de justificar con los libros y artículos que cada día publican las prensas de Paris, debidas á la fecunda pluma de nuestro compatriota.

los moros granadinos y los guerreros cristianos; pero los esfuerzos de aquellos, eran las últimas, aunque brillantes llamaradas de una luz que espira, y en estos las ráfagas brillantes de un incendio que avanza, dominándolo todo. El pueblo granadino á pesar de haber acopiado víveres en abundancia, con la aglomeracion de gentes que á él acudia, como al último baluarte de la raza musulímica, iba ya empezando á sentir los efectos del hambre: los consejeros de Boabdil, perdida ya aquella indómita fiereza de las razas del desierto, principiaron á pronunciar palabras de capitulacion: el Wacir Abul-Cacin, llegó hasta los reyes cristianos para pedir una tregua de setenta dias: concedióse esta, pero solo para arreglar las condiciones de la capitulacion: débil el Zogoibí, y abandonado á su destino, aceptó los tratos que sus cobardes consejeros deseaban, y nombrados por los reyes, Hernando de Zafra y Gonzalo de Córdoba para que con el mismo Abul-Cacin, el Cadí de los Cadíes y el alcaide Aben-Comixa conferenciasen, fijáronse por último, despues de muchos debates y discusiones, los capítulos de la entrega.

No fueron estos secretos tratos sin embargo hechos de tal modo, que no trasluciera el pueblo su verdadero objeto, y pronunciando la palabra «traicion» subió la multitud á la Alhambra decidida á obligar á su rey á continuar la resistencia: con harto trabajo logró Boabdil calmar la irritacion popular; pero el desaliento del monarca cundió bien pronto á la plebe y el fatalismo musulman completó la obra comenzada. Boabdil, perdido ya todo decoro y temiendo mas á su pueblo que á los guerreros cristianos, pidió á Fernando é Isabel apresurasen la entrada en la ciudad, anticipándola para el 2 de Enero en lugar del 6, en que cumplia el plazo antes fijado.

Llegó por fin el momento solemne: los rayos del sol plateaban apenas las cumbres de Sierra Nevada el dia 2 de Enero de 1492, cuando en los fértiles campos de la vega granadina veíase el ejército cristiano vestido de gala, agrupado á sus respectivas banderas en orden de batalla: tres cañonazos disparados desde los baluartes de la Alhambra dieron la señal convenida, para que el ejército vencedor

tomase posesion de la ciudad: emprendióse la marcha, desplegados al aire los estandartes, y llevando delante de todos la cruz de plata el gran cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza, asistido del comendador mayor de Leon D. Gutierrez de Cárdenas y de otros prelados, caballeros é hidalgos. Al llegar cerca de los siete suelos, otra triste comitiva salió al encuentro: era Boabdil-el-Zogoibí, que saliendo por la puerta de los siete suelos con cincuenta nobles moros de su casa y servidumbre, despues de conversar un breve espacio con el prelado llegaba á las orillas del Genil junto á una pequeña ermita, consagrada despues bajo la advocacion de San Sebastian, y presentaba á los monarcas cristianos las llaves de la ciudad abandonándose á su generosidad y clemencia. La Reina Isabel, comprendiendo que en aquellos momentos no podia haber mayor consuelo para Boabdil, que el que pudiera ofrecerle el amor paternal, devolvióle á su hijo que formaba parte de los jóvenes que se dieron en rehenes al principio de las capitulaciones; y pocos momentos despues la desgraciada familia proseguia su marcha sin atreverse á volver el rostro, por no ver las banderas cristianas enarboladas sobre las torres granadinas.

El tiempo transcurria en tanto, á pesar de su rápida marcha, perezoso para la Reina, que colocada en una eminencia no apartaba su vista de la fortaleza de la Alhambra, impaciente, trémula de emocion. De pronto, sobre el alto minarete de la vela aparece, destacándose sobre el fondo azul y trasparente del hermoso cielo de Granada, una cruz de plata sobre cuya bruñida superficie reflejando los rayos del sol irradiaban luminosos resplandores; á su lado tremolan gallardamente los estandartes de Castilla y el pendon de Santiago: truena la artillería; vivas indescriptibles ahogan con su entusiasta concierto el eco de los cañones: Isabel se postra de rodillas mirando la cruz: el ejército entero sigue su ejemplo: reyes, prelados, sacerdotes, capitanes y soldados entonan los solemnes versículos del Te-Deum; y repiten las brisas de la Alhambra y del Albaicin, de la Alcazaba y del Hageris, las palabras de los heraldos que condensan el mas gigante triunfo de la edad media, el desenlace del drama de Covadonga, el

completo éxito de la restauracion cristiana en la peninsula, el triunfo de la cruz sobre el islamismo: «¡Granada, Granada por los inclitos reyes D. Fernando y Doña Isabel!...»

V.

Siempre las grandes empresas llevan de sí como por providencial atraccion otros nuevos y gigantes pensamientos. Cuando estaba á punto de realizarse el término de la reconquista, llevada á feliz cima por la poderosa actividad é iniciativa de la gran Reina, llegaba á los reales cristianos un hombre extraordinario, que la posteridad ha considerado, y no sin motivo, como enviado de Dios. Habia nacido en Génova de un modesto cardador de lanas, y dedicado desde muy niño al estudio de la latinidad, de las matemáticas y de la cosmografía, lanzóse bien pronto á arriesgadas expediciones navales, como si la inmensidad del mar, comprendiendo la inmensidad de su genio, le llamara para entregarle un dia en justa recompensa de sus afanes, un nuevo mundo. Aquel hombre llamábase Cristóbal Colon, y presintiéndola primero, casi adivinándola, y viendo confirmadas sus sospechas por el estudio, declaró ante la asombrada Europa la existencia de un continente desconocido, el cual era preciso descubrir llevando hasta sus incógnitas regiones la santa religion del Crucificado.

Pero antes de conseguir su propósito, habia de recorrer la pesada calle de la amargura, porque han de pasar siempre los grandes redentores de la humanidad. Italia desprecióle: necio, iluso vióse tambien llamado en Inglaterra, y no sufrió mejor suerte cuando acudió á poner su proyecto bajo la proteccion del Rey de Portugal. Colon sin embargo no desmaya: su espíritu le sostiene, aunque llegue á faltarle hasta el pan de los mendigos; y su viva y penetrante mirada, en la que refle-

jaba la brillante luz del genio, impresionando de un modo extraño al guardian del convento de la Rabida donde llegó Colon en uno de los ardientes dias del estío de 1485, á demandar agua y alimento para su hijo, le abrió el camino de la corte y tras de él la senda de la inmortalidad. Llamábase fray Juan Perez de Marchena el citado guardian, y hombre de elevado espíritu é instruccion nada comun, ofreció al pobre caminante hospitalidad en su propia celda. Bien pronto el desconocido marino, halagado por la acogida del guardian, no vacila en manifestarle que venia á ofrecer á los reyes de Castilla amplio camino por medio de los mares para conquistar nuevas y desconocidas regiones á la civilizacion, al comercio, y á la religion del Crucificado. Necesario era tener muy clara inteligencia para no considerar como demente á aquel hombre extraño. Perez de Marchena le oye bondadoso: la conviccion del atrevido navegante produce tambien la suya; le envia con eficaces cartas á la corte; y el pobre aventurero se presenta por último en Córdoba sin mas proteccion que la de un modesto religioso, y la del cielo, que nunca falta á los grandes pensamientos. No poco trabajo costó al mareante genovés, presentarse á los reyes, pero al fin pudo conseguirlo, escribiendo despues al tratar de esta primera entrevista con la noble ingenuidad de los genios superiores el efecto que le produjo. «Pensando en lo que yo era me confundia mi «humildad; pero pensando en lo que llevaba, me sentia igual á las dos «coronas.»

Poco propicia era la ocasion para que se acogieran sus proyectos; necesitaban estos de grandes gastos, y precisamente todos los recursos de Castilla y de Aragon eran entonces pocos para realizar la obra comenzada de la conquista. A punto estaba ya Colon de abandonar á España para ir á presentar sus proyectos al Rey de Francia, cuando á ruegos del padre Marchena se detuvo. Estimulado el celo del guardian con la despedida del genovés, pidió una audiencia á la Reina, de la que habia sido confesor, y obtenida favorable respuesta á pesar de ser mas de la media noche, mandó ensillar su mula y se encaminó solo á Santa Fè donde se encontraban los soberanos. Bien seguro

estaba Marchena del levantado espíritu de la gran reina. Apenas escuchó ésta las elocuentes palabras del religioso, conmovida con sus razones, envió á buscar al marino genovés acompañando el mensaje con una buena suma de dinero para que pudiera presentarse en la corte, como convenia á un hombre de su importancia. En solemne dia llegó Colon al real de Santa Fè. Acababa de rendirse Granada, y presenció el acto imponente de su entrega; acto cuya grandeza, si podia conmover el corazon del atrevido navegante, no alcanzaba á satisfacer su inteligencia, que necesitaba para dilatar su vuelo la inmensidad del Océano y para reposar despues de la victoria las desconocidas playas de un nuevo mundo.

Todavía, y á pesar de la proteccion de la Reina, no faltaron cortesanos que quisieran regatear miserablemente á Colon las condiciones del convenio con los reyes, y hubiérase perdido para España la gloria del descubrimiento, á haber ocupado solo el trono D. Fernando. Era cierto, que con los gastos de la guerra estaba exhausto completamente el Tesoro, y que la empresa era considerada por los sabios de la época como el delirio de un demente; pero Isabel comprendiéndole, mas con la intuicion del genio, que con la ciencia del sabio, decidióse á proteger la grandiosa empresa, y viendo vacilar todavía á su esposo, pronunció aquellas célebres palabras que bastarian por sí solas para inmortalizarla. *No espongais el Tesoro de vuestro reino de Aragon: yo tomaré esta empresa á cargo de mi corona de Castilla y cuando esto no bastare, empeñaré mis alhajas para ocurrir á sus gastos.* Magnánima resolucion, como escribe un historiador ya citado, que decidió de la suerte de Castilla, que habia de engrandecer á España sobre todas las naciones y que habia de difundir el glorioso nombre de Isabel por todos los ámbitos del globo y por todas las edades !

Arreglado el convenio entre los reyes de España y el futuro almirante, Doña Isabel con su maravillosa actividad dispuso lo necesario para la expedicion, venciendo todo género de inconvenientes, y hasta la repugnancia de los marineros que habian de lanzarse á aquella

lucha con los elementos, tanto mas temible cuanto mas imprevista y desconocida. «Parecia, dice un gran poeta francés, que un genio fatal, obstinado en luchar contra el genio de la unidad de la tierra, queria separar para siempre estos dos mundos, que el pensamiento de un solo hombre trataba de unir ¹.» Isabel sin embargo venció todos los obstáculos, y en la madrugada del 3 de Agosto de 1492, despues de haber confesado y comulgado la pequeña armada, siguiendo la piadosa costumbre de nuestros mayores antes de comenzar cualquiera grande empresa, dióse á la vela el intrépido almirante en la carabela *Santa Maria* seguida de la *Pinta* y la *Niña*, mandadas por Alonso y Francisco Pinzon. Ciento veinte personas, contando en ellas al médico, al cirujano, al notario y algunos sirvientes de varias clases, componian toda la tripulacion de las tres carabelas, y el coste de aquella flotilla, que con víveres para doce meses se lanzaba á la inmensidad del Occéano, á una empresa mas atrevida entonces que lo puede ser hoy la de buscar el polo Norte, habia ascendido solamente á unos veinte mil pesos.

Mientras los monarcas se dedicaban á los asuntos interiores de su reino, imponiendo al Rey de Francia por si rehusaba entregar los condados de Rosellon y Cerdeña, segun tenian concertado y convenido, Colon caminaba por las soledades del Atlántico, fija la vista en el punto de sus aspiraciones, que él solo podia distinguir en la inmensidad del espacio: la lucha con el mar, los vientos y los hombres fué en aquel inmortal viage, terrible y capaz de infundir espanto al mas decidido corazon; pero Dios premió los esfuerzos de la constancia humana, y llegó un dia en que un grito general resonó á un tiempo en los tres buques y «¡tierra!» «¡tierra!» gritaron á un tiempo todos sus tripulantes cayendo de rodillas, mientras el almirante elevaba al cielo la oracion de su inmensa gratitud... Y estaba allí la tierra á corta distancia, cubierta de espeso verdor, poblada de aromáticos árboles, cuyos perfumes llevaban hasta los buques las brisas matinales, y

¹ Lamartine.

ofreciendo pacífico reposo al atrevido navegante que enamorado de ella sin conocerla habia cruzado el mar para besarla.

De rodillas, apenas pisó aquellas playas, besó Colon su arena y la regó con sus lágrimas; y los pilotos y marineros que en la vispera le ultrajaban, mirándole ahora como un ser sobrehumano le pedian perdón y le besaban las manos y los vestidos. Era el 12 de Octubre de 1492, día imperecedero, cuyo sol de gloria no se pondrá nunca para la fama de Colon y de la gran Reina española, por más que andando los siglos, los desaciertos de sus hijos y ambiciones extranjeras, les conduzcan al triste extremo de tener que abandonar un país, donde debieran haber cifrado siempre el mayor timbre de su legítimo orgullo, y la mas sólida garantía de su prosperidad.

Terminaba la primavera de 1493, cuando, transcurrido apenas un año desde el glorioso triunfo que habia coronado la epopeya de Granada, volvía Cristóbal Colon á España ofreciendo á sus reyes en Barcelona las primicias de aquel descubrimiento. «Fué aquel en verdad, «dice un historiador extranjero, el momento de mayor satisfaccion y «orgullo de toda la vida de Colon: habia probado plenamente la certeza «de su teoría por tanto tiempo combatida, contra todos los argumen- «tos, sofismas, sarcasmos, incredulidad y desprecios, y la habia «llevado á cabo, no por acaso, sino por razon, y venciendo con su «prudencia y entereza los mas grandes obstáculos y contradicciones. «Los honores que se le tributaron, reservados hasta entonces á la «clase, á la fortuna, ó á los triunfos militares comprados con la san- «gre y las lágrimas de millares de seres, fueron en este caso homenaje «rendido al poder de la inteligencia, empleada gloriosamente en favor «de los mas altos intereses de la humanidad ¹.» Aquel día, añadimos nosotros, fué tambien el mas grande de la Reina de Castilla, la augusta protectora del atrevido navegante: la única que podia comprender toda la grandeza de las palabras de Colon cuando le decia: «Vengo á «ofreceros una conquista que no ha costado hasta ahora á la humani- «dad ni un crimen, ni una vida, ni una gota de sangre, ni una lágri-

¹ Prescott.

«ma.» Que extraño es que corriesen en abundancia las de la sensible y piadosa Doña Isabel cuando escuchaba la relacion de aquel viage, que el almirante le hacia con la noble ingenuidad de su carácter y con la levantada frase de su privilegiada inteligencia.

Objeto de las mas señaladas y honrosas atenciones, habiéndole concedido poner en su escudo las armas reales de Castilla y de Leon, con un lema que declarase su gran descubrimiento, siempre encontró el ilustre genovés la misma protectora acogida en la gran Reina, cuando las envidias cortesanas, celosas del merecido favor y alto puesto que alcanzaba, le hicieron sufrir tristes amarguras y decepciones.

Si el sabio marino injustamente acusado por indignos calumniadores tenia que presentarse á los reyes para desvanecer las prevenciones que contra él empezaban á levantarse, la Reina, que no habia perdido su fé en el ilustre marino, la Reina que en su talento y discrecion habia dudado siempre de la verdad de las acusaciones y de las hablillas, la Reina que no estimaba el descubrimiento de los nuevos países por el valor de la material riqueza, y que miraba su importancia desde el punto de vista mas elevado de los beneficios de la civilizacion, recibia con la misma afabilidad que siempre al gran navegante, facilitándole de este modo el que con la sencilla esposicion de los hechos desvaneciese las calumniosas imputaciones de sus enemigos. Si Francisco de Bobadilla lleva su audacia hasta el punto de enviar á España cargado de cadenas á Cristóbal Colon, la Reina apenas tuvo noticia de este inmenso escándalo de la historia, no solo se apresuró á mandarle poner en libertad sino que le pidió en los términos mas cariñosos se presentara en Granada, librándole dinero y cuanto juzgó pudiera necesitar para su regreso: llanto de profunda pena corrió de los ojos de la Reina al recibirle, lágrimas que se mezclaron con las que Colon vertia de placer y de amargura, procurando despues tranquilizarle, y prometiéndole cumplida justicia.

Y no solamente con el ilustre descubridor del nuevo mundo demostraba Doña Isabel su hermoso corazon y su elevado espíritu. Desde los primeros dias del descubrimiento de aquellos países, sus instruc-

ciones verbales y sus ordenanzas escritas, se dirigian á recomendar á Colon y á cuantos tuvieron mando en las nuevas regiones, trataran con el mayor afecto y humanidad á los indios, pues todo su afan era únicamente convertirlos á la fé, instruirlos y civilizarlos; la única vez en que desaprobó la conducta del almirante, fué cuando éste, tan grande hombre de ciencia, como poco á propósito para gobernar, cediendo á la fuerza de las circunstancias, dió cierto número de indios en calidad de esclavos por contentar á los aventureros ambiciosos; medida que al ser conocida por la Reina, por aquella noble señora que se estremecía á la sola idea de la esclavitud, quedó revocada inmediatamente, mandando que todos los indios fuesen puestos en libertad y restituidos á su pais. Por eso con razon escribe uno de los mas eruditos historiadores de Doña Isabel, que «no vió esta las islas despobladas á manos de la crueldad y de la codicia, extinguida en ellas la raza de sus primitivos habitantes, y á sus caciques presos alevosamente sufrir los suplicios de los malhechores: no vió pasar al continente la sed del oro y dejar sus costas ensangrentadas y yermas: no vió yacer sobre las ascuas al Emperador de Méjico, despues de haber defendido la capital de su imperio con un valor que merecia mas bien el aprecio y admiracion de sus enemigos: no vió las campañas del Perú, primero escandalizada con el asesinato de su príncipe y despues manchadas de sangre española, vertida por otros españoles: no vió la rapiña, la hipocresía, la inhumanidad ejerciendo sus horribles estragos á nombre del Dios de la justicia, de la verdad y de la misericordia. A una distancia que apenas deja escuchar el eco de la autoridad, supo hacer que sus ministros y agentes respetasen las leyes protectoras de la inocencia: y si la emulacion de los extranjeros ó el descompasado zelo de los nacionales nos trasmitió, acaso exagerados, los excesos y crueldades de los descubridores, tuvo tambien el cuidado de decirnos, que fueron posteriores al reinado de Isabel, y que solo despues que ella cesó de vivir, empezó la vejacion, el desórden y la destruccion de las Indias ¹.»

¹ Clemencin.

Realizado el gran pensamiento de la unidad en la monarquía, abatidas de una vez para siempre las enseñas musulmanas, sustituido al antiguo y miserable individualismo el santo amor de la patria, gérmen fecundo de todas las grandes empresas, y convertido en realidad el colosal proyecto del inmortal genovés, falta examinar si aquella gran reina, que á tantos y tan múltiples objetos atendia con la vasta generalidad de su privilegiada inteligencia, cuidó con el mismo afán de introducir sabias reformas en la administracion de sus estados y de difundir en ellos la luz de la ciencia, sólido cimiento de la prosperidad en las naciones.

VI.

Época de verdadera confusion y de trastorno la que precedió al reinado de Doña Isabel, produjo tal estado de violencia y de anarquía en el reino, que parecia imposible pudiera encontrarse remedio á tantos males, y mucho mas cuando la ilustre princesa tenia que acudir á los afanes y cuidados de la guerra civil y estrangera, viviendo en casi continúa movilidad, y sin tiempo para meditar y promover medidas encaminadas á restablecer el orden en la administracion y en el gobierno.

Uno de los males mas necesitados de remedio era la situacion anárquica en que se encontraban los pueblos, convertidos los nobles y alcaides de los castillos, no en patrocinadores de sus vasallos sino en verdaderos delincuentes que se entregaban al abrigo de sus fortalezas á toda clase de abusos y desmanes. Hondamente arraigado el mal, era necesario acudir con mano vigorosa para aplicarle fuerte remedio. Y aunque, como dice acertadamente el historiador de España ya citado, Isabel tenia ánimo y corazon para ello, no podia estar en

todas partes y necesitaba una especie de policía que vigilara los delincuentes, fuerza armada y organizada que los persiguiera, un tribunal severo y sin apelacion que los juzgara, cumplidores activos de las sentencias, y ejecutores rápidos de la justicia ¹. Ya de antiguo existian ciertas asociaciones con el nombre de hermandades, que consistian en convenios, formados por los pueblos, ya para atender á la defensa personal y de sus intereses, ya para oponerse á los abusos de los poderosos y de la corte misma. Esta institucion popular, que demuestra en los castellanos de aquella época un espíritu democrático, apenas conocido en los demás países de Europa, fué el punto de apoyo en que se fijó la superior inteligencia de la gran Reina, para convertir aquel poder ejercido casi sin comprenderlo por las clases populares, en poderoso elemento de administracion, en fuerte contrapeso de las usurpaciones de la nobleza, en firme sosten del trono y en garantia del pueblo mismo. Tratado el asunto, en las cortes de Madrigal de 1476, organizóse LA HERMANDAD, creándose un cuerpo de dos mil hombres de á caballo y de cierto número de peones, cuya constante ocupacion habia de ser la de vigilar los caminos públicos, y perseguir y prender á los malhechores y criminales: una junta suprema, compuesta de un diputado de cada provincia, decidia sin apelacion en las causas pertenecientes á la hermandad; diputados particulares representaban en cada provincia á esta junta suprema y juzgaban en primera instancia: en cada pueblo que pasara de treinta casas, dos alcaldes conocian de los delitos sometidos á su jurisdiccion, que eran, toda violencia ó herida hecha en el campo ó bien en poblado cuando el malhechor huia al campo ó á otro pueblo, quebrantamiento de casa, forzamiento de muger y resistencia á la justicia: los procedimientos eran sumarios y ejecutivos: las penas, graves y rigurosas; que la necesidad del caso era extrema, y no daba lugar á mas suaves medidas, y lejos de haber sido estas consideradas como signo de clemencia, se hubieran juzgado por aquella sociedad acostumbrada solo al dominio de la fuerza, como

¹ Lafuente.

señal característica de debilidad é impotencia: no habia distincion de clases en aquellos juicios; y de tal modo y tan rápidamente sintiéronse los efectos de esta institucion que los nobles viéndose ya imposibilitados de lanzarse á las usurpaciones, tiranías y escesos que formaban su ocupacion constante, representaron contra la creacion de aquel cuerpo jurídico y militar. La vigorosa entereza de la Reina, les hizo comprender bien pronto que era vana su resistencia y que habia llegado el término de sus iniquidades. Constante Doña Isabel en su propósito, fuése estableciendo en todas las comarcas de Castilla la hermandad, y no faltaron magnates dignos de alabanza que siendo verdaderos padres de sus pueblos, y comprendiendo que aquella institucion era el amparo de la seguridad personal y de las propiedades, la adoptasen para sus territorios, como sucedió con el conde de Haro, que la planteó bien pronto en sus territorios del Norte.

Los buenos servicios que esta institucion prestó, asi en Castilla como en Leon, Galicia y Andalucia, contribuyeron rápidamente á restablecer el orden social, y sus ventajas fueron tales, que aunque solo se estableció en un principio por tres años, las cortes de Madrid la propagaron por otros tres, sosteniéndose despues, aunque sufriendo las modificaciones que las circunstancias pedian, hasta que llegó el momento en que no fué ya necesaria.

De poco hubieran servido sin embargo estas medidas, si Doña Isabel no hubiera enlazado con ellas una administracion de justicia severa, activa é imparcial. Ganosa de restituir todo su brillo y magestad á la corona, y de ganar con los actos de su rectitud y benignidad el amor de sus pueblos, base indestructible de prosperidad para los reyes, administraba por sí misma en union de Fernando la justicia, restableciendo de este modo la antigua y veneranda costumbre de los monarcas leoneses y castellanos y dejando acercarse al Trono en demanda de amparo desde el primero hasta al último de los súbditos. Los que habian recibido agravio de los jueces, los que lloraban algun desacato ó desmán de los poderosos, los que lamentaban algun contratiempo de la fortuna, acudian á la pública audiencia de sus reyes

seguros del remedio ó del consuelo. «Acuérdome (dice á este propósito «un escritor contemporáneo refiriéndose á Doña Isabel), acuérdome «verla en aquel alcázar de Madrid con el católico Rey D. Fernando V, «de tal nombre, su marido, sentada públicamente en tribunal todos los «viernes, dando audiencia á chicos é grandes, cuantos querian pedir «justicia. E á los lados en el mismo estrado alto (al qual subian por «cinco ó seis gradas), en aquel espacio fuera del cielo del dosel, estaba «un banco aparte, en que estaban sentados doce oydores del Consejo «de la justicia é el presidente del dicho Consejo Real, é de pié estaba «un Escribano de los del Consejo, llamado Castañeda, que leia públi- «camente las peticiones; é al pié de las dichas gradas estaba otro «escribano de Cámara del Consejo, que en cada peticion asentaba lo «que se proveia. E á los costados de aquella mesa, donde esas peti- «ciones posaban, estaban de pié seis ballesteros de maza, é á la puerta «de la sala de esta audiencia real estaban los porteros, que libremente «dejaban entrar, é asi lo tenían mandado á todos los que querian dar «peticiones. E los alcaldes de corte estaban alli para lo que convenia ó «se habia de restituir ó consultar con ellos. En fin aquel tiempo fué «aureo é de justicia; é el que la tenia, valíale. He visto que Dios llevó «esa santa reyna, es mas trabajoso negociar con un mozo de un secre- «tario, que entonces era con ella é su Consejo; é mas cuesta ¹.»

El efecto que en la gobernacion del reino habia de producir seme- jante conducta, y el decidido amor á la justicia que en todos los actos de la Reina brillaban, dió tan benéficos resultados, que cimentada la paz y el órden, asegurada la tranquilidad interior y restablecida la recta administracion de justicia, aquellos próceres que solo en el hierro fundaban su derecho, sin reconocer en la corona el poder regulador y supremo, aquellos pueblos que en los reinados anteriores recurrian al trance de las armas para decidir sus mas pequeñas diferencias, tratándose como mortales enemigos, fiaban ahora el éxito de sus con- tiendas á la imparcial y pacífica decision de los jueces. Seis años

¹ Oviedo. Quinquagena III, est. II.*

(escribe un notable historiador de nuestros dias) ¹ llevaban los reyes Isabel y Fernando de regir los destinos de Castilla, y uno de llamarse reyes de Aragon, cuando pusieron la piedra angular de aquel soberbio edificio: la creacion de los consejos de Castilla, de Hacienda, de Estado y de Aragon, dictada en 1480, deslindando las atribuciones de la administracion en general, y dando vida á un nuevo orden de cosas, debia producir los mas satisfactorios resultados. El Consejo de Hacienda, acabando de una vez con la plaga de los *recogedores* y *cobradores* judíos, abriendo las puertas á un sistema mas racional, y que se hallaba al par mas conforme con los instintos é inclinaciones de la muchedumbre, por el mero hecho de ser cristiano, debia sin embargo ser el que mas bienes produjera, evitando innumerables abusos. Todo se sometió desde entonces á reglas fijas y determinadas: los reyes supieron á lo que las rentas públicas ascendian en todos sus dominios, y los pueblos no se vieron afligidos ya con impuestos excesivos é innecesarios, bendiciendo á los soberanos que les aliviaban de semejante peso.

En el sistema judicial y administrativo estableciéronse bases que subsisten hoy á pesar de los adelantos del siglo. Prevínose á los jueces actividad en los procesos; dióse á los acusados medios y plazos para su defensa: estableciéronse las visitas de cárcel: creáronse defensores de pobres pagados de fondos públicos: fijáronse rigurosas penas contra los jueces prevaricadores: dióse estabilidad á la Chancillería que antes andaba de aqui para allá sin residencia fija con gran perjuicio de los litigantes: proveyéronse las plazas de magistrados en íntegros y sabios jurisconsultos: dióse á los tribunales toda la independendencia necesaria; y para completar aquella admirable y general organizacion en materia de tanta importancia, formóse un código general que uniformó la varia legislacion castellana, y que con el nombre de *Ordenanzas reales* fué un título mas de gloria para Doña Isabel, y para el laborioso jurisconsulto Diaz de Montalvo, á cuya ciencia y práctica se fió tan honroso y difícil encargo.

¹ Amador de los Rios: Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España: ensayo primero capítulo 7.º

Al mismo tiempo que con tal acierto y prevision iba dotando de sabias y benéficas instituciones y acertadas leyes á su reino, no descuidaba Doña Isabel la importante empresa de abatir por completo el orgullo y los desmanes de los magnates, dejando reducida su influencia á la que legítimamente les corresponde de ser la clase mediadora entre el pueblo y el Trono, manteniendo el conveniente equilibrio entre estos dos extremos de la inmensa nave del Estado. Ya la hermandad habia dado á aquella altiva clase un golpe terrible, y la conducta de Isabel, su acrisolada virtud, su energía y su benevolencia y el amor que bien pronto la concedió su pueblo, parecian ejercer sobre los nobles, como acertadamente dice un escritor citado, una especie de fascinacion que los embargaba y comprimia. Su actividad para acudir á todas partes; su severa aplicacion de las leyes; su presencia de espíritu para presentarse donde quiera que la anarquía levantaba su deforme cabeza, humillándola siempre, fueron de tal efecto en aquellos señores, antes tan formidables, que confesándose vencidos devolvieron uno á uno cuanto tenian usurpado, presentándose á la Reina y procurando hallar disculpa á su conducta pasada. Y á tanto llegó el predominio que logró ejercer sobre ellos, que en las cortes de Toledo de 1480 atacó de frente sus privilegios, les prohibió levantar nuevos castillos, les privó del uso del sello y de las armas é insignias reales que antes usurpaban, y hasta llegó á anular mas adelante las mercedes de los reinados anteriores, que habian dejado empobrecido el patrimonio de la hacienda real; medida que para honra de la antigua nobleza castellana encontró fácil acogida en todos aquellos á quienes perjudicaba, dando asi una elevada prueba de patriotismo y de verdadera grandeza. Pero en cambio de tales innovaciones, daba á los nobles rica cosecha de legítima fortuna y de gloria; llevándoles á conquistar imperecederos laureles en la guerra contra los musulmanes, única en que siempre debieran haber empleado sus armas aquellos altivos próceres.

Y no se limitaban á estas providencias sociales, económicas, administrativas y políticas las que Isabel, ayudada de Fernando, dictaba para prestar nueva y poderosa vida á sus pueblos. Deteniéndose

en todo lo que necesitara reforma, su previsora inteligencia vió que la escandalosa adulteracion de la moneda en tiempo de Enrique IV y la gran cantidad de casas de acuñacion que habia en el reino, eran fecundos manantiales de públicos infortunios, y dando ordenanzas, asi para la acuñacion como para la ley de la moneda, y fijando un tipo constante para la fabricacion, y convirtiendo en un verdadero sistema monetario lo que antes estaba como todo en completa anarquía, restauró el crédito y la confianza, los dos polos sobre que gira la gran máquina de la industria y del comercio. Comprendiendo el gravísimo error económico y hasta social de los derechos fiscales en el interior, dejó libre completamente el paso de ganados, mantenimientos y mercaderías entre Aragon y Castilla; suprimió los portazgos, servicios y montazgos sobre los ganados trashumantes; dió libertad que antes no tenían á los moradores de los pueblos para pasar á vivir á otros, si les acomodase, con sus ganados y bienes muebles; y cohibiendo la circulacion de géneros falsos, castigando los contratos fraudulentos, asegurando la propiedad y dispensando proteccion á las artes y oficios, consiguió que la industria, antes casi muerta, comenzara á animarse y engrandecerse, las tierras volvieran á producir, los valles y colinas á vestirse de frutos, las ciudades á embellecerse, y el comercio interior y exterior á circular á pesar de los errores de aquel tiempo en orden á materias mercantiles, de que pocas naciones y pocos hombres dejarían entonces de participar ¹. Y de tal modo crecieron todos los medios materiales de la industria, que cuando en el año de 1482 fué necesario que una escuadra saliera de los puertos de Vizcaya y Andalucía para la defensa de Nápoles, reuniéronse hasta setenta velas, embarcaciones todas hechas y surtidas de cuanto necesitaban, en nuestro suelo. Razon tuvo un escritor de aquellos tiempos para esclamar: «Cosa fué por cierto maravillosa, que lo que muchos hombres y «grandes señores no se acordaron á hacer en muchos años, solo una «muger con su trabajo y gobernacion lo hizo en poco tiempo ².»

¹ Lafuente.

² Glosa á las coplas de Mingo Revulgo, por Perez de Guzman.

Pero á la vez que atendia á dar la vida que nunca tuvieron en épocas anteriores la industria y el comercio, cuidaba tambien de mejorar todo cuanto se refiriese á la moral pública, y á que el sentimiento religioso de su pueblo no encontrase pretexto en los malos ejemplos que con su conducta le daban instituciones viciadas por el lamentable estado en que se hallaba Castilla.

A la virtud severa de Doña Isabel habia de producir todo el horror que á las almas buenas produce el vicio, ver á los clérigos, frailes y casados viviendo en asqueroso amancebamiento, y á las órdenes religiosas olvidando su fervor primitivo servir solo de escándalo y mal ejemplo. A la muerte de Enrique IV «ansi tenian hijos los frailes y monjas como si no fueren religiosos ¹;» «apenas resplandecia en las «órdenes monásticas alguna pisada de sus bienaventurados fundadores ²;» convertíase la sagrada Tonsura en capa de crímenes «porque «algunas veces en nuestros reynos é tierras por algunas personas con-
«fiando en la primera tonsura que recibieran, se cometen muchos á
«grandes é niormes crímenes é delitos, las cuales coronas los padres
«las fassen tomar en su mocedad no porque su voluntad é intencion
«sea que sus fijos sean clérigos, mas porque si les acaesciere come-
«ter algun crimen sean defendidos por los jueces de la Iglesia, é no
«sean pugnidos de los males é crímenes que cometieren ³.» Tal estado de cosas reclamaba pronto reparo, y á él acudió con su acostumbrada actividad y entereza de espíritu la Reina Católica, que por la misma razon de serlo no podia permitir que á la sombra de la religion mas pura y santa, vivieren el vicio y el escándalo.

Corregir las costumbres del clero y de las órdenes religiosas, fué por lo tanto uno de los grandes pensamientos que realizó Doña Isabel, no solo dictando provisiones y ordenanza de su propia autoridad, sino impetrando la proteccion del romano Pontífice para que concurriese con su poderosa proteccion al trascendental propósito de moralizar al

¹ Oviedo : Epilogo real , imperial y pontifical.

² Fray Ambrosio Montesino , predicador de los reyes católicos en la dedicatoria de la traduccion de la vida de Cristo.

³ Instruccion de los mismos reyes á su embajador en Roma , el Conde Tendilla.

cuerpo eclesiástico de España. Para ello encargaba al Conde de Tendilla, su embajador en Roma, pidiese al Papa la confirmacion de las disposiciones adoptadas, con el fin de conseguir aquel importante objeto encargándole hiciese «relacion á Su Santidad quanto es buena, «honesta é provechosa la ley que Nos ficimos en las cortes de Toledo «el año de 80, sobre la pugnacion de las mancebas, de los clérigos, é «frailes, é casados.» Ayudaba á la ilustre princesa en tan digno propósito, aquel modesto fraile franciscano, que elevado á la silla primada de España por la misma Reina, inmortalizó su nombre con la Universidad de Alcalá y la Biblia políglota y la conquista de Oran; pero usando alternativamente de rigor y de dulzura, al mismo tiempo que refrenaba con mano fuerte y firme la licencia y la relajacion de costumbres, Isabel visitaba en persona los conventos de monjas, llevaba á ellos la rueca ó la costura, juntaba las hermanas invitándolas á tomar parte en sus labores, las atraía con dulzura y agrado, iba poco á poco hablándoles de su desarreglada vida, les pintaba las tristes consecuencias de ella, y concluía siempre de tal modo sus discursos, que dueña completamente de la voluntad de su auditorio, producía en el corazón de aquellas religiosas un sincero arrepentimiento.

Respetuosa Doña Isabel con los prelados y ministros eclesiásticos, no se dejaba arrastrar de una piedad estéril y ciega, y dando siempre *á Dios lo que es de Dios, al César lo que es del César*, tuvo á raya en sus justos límites las abusivas pretensiones de la Iglesia. Como observa atinadamente un célebre académico ya citado, veneraba la religion, no los abusos introducidos á su sombra ni las opiniones de los míseros mortales, revestidas temerariamente de tan augusto nombre. Isabel mostró que no son incompatibles las virtudes civiles y religiosas, el despejo de la razon con la docilidad de la fe, el arte de reinar con la profesion y estrecha observancia del cristianismo. Si unos clérigos de Trujillo quieren que lo respetable de su estado sirva de salvaguardia á sus excesos, Isabel no titubea, y desatiende las inmunidades, que nunca pudieron concederse en perjuicio del orden público. Si la chancillería de Valladolid, por deferencia á las desmedi-

das pretensiones ultramontanas de aquellos siglos, admite indebidamente apelaciones á la silla apostólica, Isabel priva á sus ministros del puesto y confianza que no merecian, y con este acto de vigor enseña á los demás tribunales á discernir entre los justos límites del imperio y del sacerdocio. Si la ambicion, que tal vez se atreve á lo mas sagrado, sorprende y arranca en la curia provisiones de obispados en estrangeros ó quebrantando los derechos de presentacion, Isabel hace anularlas, y guardar el respeto que se debe á la fè de los tratados y libertades de la Iglesia de España. En las instrucciones á sus embajadores en Roma, en los asuntos que se ventilaron en el concilio de Sevilla, celebrado de orden de la Reina, en toda su conducta religiosa, brillaron siempre los rasgos de una piedad ilustrada, que sabe hermanar el honor del cielo con el bien é interés de los hombres ¹.

Atenta siempre á cuanto pudiera necesitar de reforma en bien de sus pueblos, llamaron tambien la atencion de Doña Isabel las órdenes militares de España, que en la gran lucha contra los infieles, pródigos de su sangre y de su esfuerzo, habian prestado repetidos servicios á la causa de la reconquista. Pero aquellas congregaciones tan monásticas como guerreras, habianse convertido en ambiciosas, turbulentas y agitadoras, y la eleccion de sus grandes maestros era objeto en cada vacante que ocurria, de verdaderas conmociones en el Estado. Para evitarlas, Isabel, despues de concluir la guerra de Granada, en que tan eficaz cooperacion le habia prestado aquella caballería religiosa, deseosa de mas honrarla, incorporó los grandes maestrazgos á la corona; política medida, que confirmada por los papas, anuló por completo la ambicion y osadía de aquellos freires, que en reinados anteriores pusieron tantas veces en conflicto á los pueblos y á los monarcas. Conociendo la ilustre princesa, al mismo tiempo que atendia á todos los múltiples ramos de la administracion de sus pueblos, que la instruccion es la sólida base de la prosperidad en los Estados, puso especial esmero en fomentar los ramos mas útiles del saber humano;

¹ Clemencin.

y convencida de que el ejemplo propio y el de la familia de los monarcas, es el mas seguro medio de conseguir felices resultados, no contenta con los conocimientos que habia adquirido en el retiro, durante el desastroso reinado de su hermano, no contenta con hallarse instruida en letras humanas, hablando y escribiendo correctamente el castellano y otros varios idiomas vivos, dedicóse tambien al conocimiento de la lengua docta, el idioma que entonces era asi de la corte como de la cátedra, asi de los libros como de las negociaciones diplomáticas; y con tal interés y aprovechamiento emprendió este estudio, que apenas terminada la guerra de Portugal, logró entender el latin hasta el punto de que ya su confesor le escribia indistintamente en castellano ó en el idioma de Ciceron. Escogidos libros formaban su biblioteca privada, notándose en ellos seguras señales de que no los tenia por vano lujo, sino para buscar en ellos ciencia y consejo ¹.

Época de regeneracion política, social é intelectual, la que comprende el fin del siglo xv y los principios del xvi, á la Reina Doña Isabel debióse en nuestra patria el impulso y la realizacion de aquel gran movimiento. Antes de ella, era muy raro hallar una persona de ilustre cuna, que en su juventud hubiera conocido al menos, las primeras nociones del latin: despues, obróse una verdadera metamórfosis social: doctos varones extranjeros, cuyos nombres llegaban á la península en alas de la fama, eran llamados por la Reina, para que alternasen con los profesores españoles de Salamanca, Valladolid, Zaragoza y Alcalá; y los hermanos Geraldinos, Pedro Martir de Anglería y Lucio Marineo Siculo, fueron maestros, que aunque nacidos en estraña tierra, puede decirse que hicieron en nuestro suelo las verdaderas pruebas, con que alcanzaron en lo porvenir los timbres de su gloria.

Convertida la actividad humana á mas digno objeto que verter sangre en los combates y sembrar el duelo en las familias, los hijos de aquellos rudos magnates que solo consideraban como noble la ocu-

¹ Los lectores que deseen conocer los libros que componian la biblioteca de la Reina Católica, pueden consultar la Ilustracion XVII, tomo VI de las memorias de la Real academia de la Historia.

pacion de la guerra, descendian á las pacíficas y fecundas lides de la ciencia, y en las universidades de Salamanca y Alcalá, se gloriaban en desempeñar cátedra los hijos de los Condes de Haro y de Paredes y del Duque de Alba. Mugeres esclarecidas, siguiendo el ejemplo de la Reina, se afanaban en adquirir sólida instruccion, y no solamente lo conseguian, brillando en la corte por la superioridad de sus conocimientos, como sucedió á Doña Beatriz de Galindo, maestra de Doña Isabel en el latin, Doña María Pacheco, y la marquesa de Monteagudo, hijas del Conde de Tendilla y honra de la ilustre familia de los Mendozas, sino que llegaban hasta á profesar en las universidades, resonando las aulas de Alcalá y de Salamanca con la dulce palabra de la erudita hija del historiador Antonio de Lebrija esplicando retórica, mientras en Salamanca enseñaba la docta Doña Luisa de Medrano los clásicos latinos. Orgullo causa leer en autores estrangeros, que «no era entonces tenido por noble el español que mostraba aversion á las letras y á los estudios ¹,» y que el de los clásicos se elevó á tan floreciente altura, que no solo debian escitar la admiracion, sino servir de modelo á las naciones mas cultas de Europa.

El fruto de la proteccion dada por Doña Isabel á las ciencias y á las letras no pudo ser mas fecundo y admirable. El amor de la sabiduría se apoderó de los pechos castellanos. Para que encontrase fecundas fuentes donde saciar su sed, creábanse de nuevo academias, ó se engrandecian otras, alcanzando merecida celebridad las escuelas de Valladolid, Sevilla, Toledo, Granada, Cervera y Alcalá. Las pragmáticas, ordenanzas y provisiones sobre arreglo y organizacion de las universidades, provision de cátedras, derechos, obligaciones y emolumentos de los profesores, exámenes y grados en cada carrera ó facultad, privilegios y exenciones á maestros y alumnos, testifican el celo é interés con que vigilaba Doña Isabel por la instruccion pública; y la pragmática de 1480, concediendo la introduccion de libros extrangeros libre de derechos, fué una providencia que revela

¹ Paulio Giovio.

las ideas avanzadas y civilizadoras de la Reina Isabel, y que honraria á cualquier monarca y á cualquier gobierno de los modernos siglos ¹.

Cuando de tal modo procuraba la Reina difundir por todos sus estados la ilustracion y el saber, apareció como un astro brillante en el horizonte de la humanidad, el admirable descubrimiento de la imprenta, que por su relacion íntima con las ideas, vino como á dotar al hombre de un nuevo sentido. La ciencia hasta entonces, penosamente escrita, y costosa por su trabajo, habia sido únicamente patrimonio de la aristocracia de la inteligencia, porque solamente podia meditar en participacion con los siglos que pasaron, el que habia recibido de la suerte grandes riquezas, para reunir una biblioteca; pues ésta, por modesta que fuese, necesitaba la fortuna, por lo menos, de los principes y de los magnates. La imprenta rescató esta desigualdad entre los hijos de un mismo espíritu, igualmente creados para el saber, y de las prensas de Guttemberg, radiante de esplendor, rico de beneficios, se levantó el genio de la historia para celebrar en lo presente y en lo porvenir el triunfo de la idea. Si el cristianismo estaba llamado á fundar la unidad de creencia, la imprenta estaba llamada á establecer la unidad de la razon.

Nada era por consiguiente mas á propósito para los elevados planes de Doña Isabel; y así fué, que comprendiendo la inmensa trascendencia de aquel invento, que descomponiendo la idea hasta en sus últimos elementos, la fija, la estampa, la eterniza, porque hace imposible que muera con su innumerable reproduccion, acogió con avidez el maravilloso invento y le protegió con ardor. Buena prueba de ello nos dá la carta orden fechada en Sevilla á 25 de Diciembre de 1477, en la cual mandaba que Teodorico Aleman «impresor de libros de «molde en estos reynos, sea franco de pagar alcabalas, almojarifazgo

¹ Lafuente. Por si alguno de nuestros lectores creyera que para engrandecer el renombre de la Reina, atribuímos á ella todo los grandes hechos de su reinado, creemos oportuno transcribir la juiciosa nota, que acerca de este punto, consigna el historiador que acabamos de citar. «Decimos esto, porque el alma de esta transformacion era la Reina Isabel. Fernando sin oponerse á ella tenia otras aficiones; habíase educado en los campamentos, era guerrero y político; pero la prudencia y sagacidad que en estos conceptos desplegó en las guerras y en la diplomacia, y que tanta fama le granjearon en Europa, eran fruto y resultado mas de su talento natural que de sus estudios.

«ni otros derechos, por ser uno de los principales inventores y factores del arte de hacer libros de molde, esponiéndose á muchos peligros de la mar, por traerlos á España y ennoblecer con ellos las librerías ^{1.}» Bien pronto, gracias á estas y otras sabias providencias, emanadas todas de la proteccion creadora de la Reina, difundióse por toda España con asombrosa rapidez el arte de la imprenta; Valencia, Barcelona, Zaragoza, Sevilla, Toledo, Valladolid, Burgos, Salamanca, Zamora, Murcia, Alcalá, Madrid y otras poblaciones menos importantes ven en su recinto activos establecimientos tipográficos, en los cuales con noble emulacion, se publican las obras de poetas y escritores de la antigüedad, y libros originales de ciencias y letras, contándose entre ellos la célebre biblia poliglota, admiracion todavía de propios y extraños.

«La Reina fomentaba con ardor los proyectos literarios, disponia «se compusieran libros, y admitia gustosa sus dedicatorias, que no «eran entonces como ahora un nombre vano, sino argumento cierto «de aprecio y proteccion de los libros y de sus autores ^{2.}» Asi fué como Alonso de Palencia le dedicaba su diccionario y sus traducciones de Josefo; Diego de Valera su crónica; Antonio de Lebrija sus artes de gramática latina y castellana; Rodrigo de Santaella su vocabulario; Alonso de Córdova las tablas astronómicas; Diego de Almela el compendio historial de las crónicas de España; Encina su cancionero; Alonso de Barajas su descripcion de Sicilia; Gonzalo de Ayora la traduccion latina del libro de la naturaleza del hombre; y Fernando del Pulgar su historia de los reyes moros de Granada y sus claros varones ^{3.} Los adelantos que hizo la ilustracion en nuestra patria fueron tales, que segun dijo mas adelante Lope de Vega, «los mas de los «poetas de aquel tiempo eran grandes señores, sin que por eso dejaran de figurar entre ellos ingenios de mas modesto nacimiento como Anton de Montoro, llamado el *ropero*, Gabriel el *músico*, maestro

¹ Archivo de la ciudad de Murcia.

² Clemencin.

³ Lafuente.

Juan el *trepador* y otros semejantes; y penetrando la cultura española hasta la misma Italia que tantas luces nos habia prestado, hizose en ella tan de moda nuestra literatura y nuestro idioma, que segun el autor del diálogo de las lenguas, «*asi entre damas como caballeros pasaba por gentileza y galania saber hablar castellano.*»

Las manifestaciones del arte alternaron como no podia menos de suceder con los adelantos de las ciencias y de las letras. «Las novedades, dice el erudito panegirista de Doña Isabel, que introdujeron entre nosotros algunos profesores de mérito, y el aplauso y aceptación que consiguieron los escultores Miguel Florentin y el desgraciado Pedro Torrigiano, atraídos á Castilla por la ilustración que empezaba á nacer entre los aficionados, fueron preludios de la revolución que hizo el famoso Berruguete en las artes, de donde acabó de desterrar el dibujo y formas de la edad media, y estableció las máximas que habia aprendido en Italia en la escuela de Miguel Angel, dejando preparado el teatro en que habian de brillar muy pronto los artistas españoles y excitar la admiración y el aprecio general de Europa. La arquitectura, donde la introducción de novedades es de suyo mas lenta y difícil, siguió tambien la marcha de las demas artes del diseño. Empezó por abandonar la servil imitación de los tiempos que habian precedido, y allanó el camino para que sus profesores viniesen á abrazar últimamente en el sistema griego el que reúne en el mas alto grado la sencillez, la solidez y la belleza... Los adelantos de la música indican mas bien la cultura que la sabiduría de una nación y aun en esta parte no careció Castilla de gloria en el reinado de Doña Isabel... Cultiváronla con esmero varios caballeros cortesanos, aun de los empleados en los cargos de mayor gravedad é importancia, como D. Bernardino Manrique, señor de las Amalaynelas, y Garcílaso de la Vega, embajador en Roma, y padre del célebre poeta del mismo nombre, que fué *gentil músico de harpa*, como cuenta Oviedo.

«El poeta D. Juan de la Encina y Francisco Peñalosa brillaron

«como músicos en la capilla de los papas: pruebas todas de los adelantos del arte, y de cuan estendida se hallaba su profesion entre los castellanos.»

La ilustrada y sabia princesa que de tal modo sabia procurar que se difundiera la ilustracion por todo su reino estendiéndose á las diferentes clases del Estado, lo mismo las ciencias exactas que la jurisprudencia y la teología, las letras como las artes, natural era que cuidase con grande esmero de la educacion de sus hijos, aquellas dulces prendas de su amor, que formaban con razon el consuelo de su madre y á las que colmaba de tiernas caricias, llamándoles de ordinario *sus ángeles*. Cinco le concedió el cielo: la cariñosa Isabel que llegó á ser Reina de Portugal; María que lo fué despues de su hermana; el malogrado príncipe D. Juan; la desventurada Catalina tan ilustre por su piedad como por sus desgracias en el trono de Inglaterra, y aquella sublime *loca de amor*, Juana, madre de Carlos V, en la que á pesar del trastorno de su juicio veíanse rasgos dignos de su madre. La educación de todos estos hijos era ejemplar. Las infantas á pesar de su elevada gerarquía, hilaban, cosían, bordaban y hacían otras labores de manos, imitando á su madre que mas de una vez debió á estas labores gran popularidad, porque una enseña bordada por su mano y regalada al ejército, ó un ornamento para la iglesia de una ciudad recién conquistada, producía en pueblo y soldados entusiasmo indescriptible; y alternando aquella enseñanza con la de todo género de conocimientos, que ofrecían en sabias lecciones á sus hijas los hombres mas doctos de Italia y España, consiguió que aquellas alcanzaran merecido renombre. En la educacion del príncipe D. Juan demostró todavía mas la Reina su prevision y espíritu observador. Para despertar en el corazón del tierno infante un noble estímulo, formó una especie de escuela en que aprendían al mismo tiempo que el heredero de la corona, diez jóvenes de la nobleza, cinco de su misma edad y cinco algo mayores, á fin de que hubiera rivalidad entre los iguales, y aspiracion hácia los adelantos de los mayores. Llamado D. Juan á ceñir un dia las dos coronas de Aragon y Castilla, apenas

empezó la adolescencia á presentar mas desarrolladas sus facultades intelectuales, formó Doña Isabel una especie de consejo de personas entendidas la gobernacion del reino, consejo en el cual y bajo la presidencia de D. Juan se discutian puntos del difícil arte de gobernar y del público interés, dando á aquellas discusiones el atractivo de la forma académica, á fin de que fuesen mas agradables al futuro sucesor de la corona. Para evitar que el hastío de los estudios graves cansara aquella precoz inteligencia, alternaba con tales enseñanzas los ejercicios corporales, el manejo de las armas y los encantos de la música. ¡Que porvenir tan halagüeño se prometia Doña Isabel del conjunto de cualidades intelectuales y morales que atesoraba el príncipe! y sin embargo ¡cuan lejos estaban de realizarse aquellas esperanzas de la Reina y de la madre! A la temprana edad de diez y nueve años, bajaba D. Juan al sepulcro, derramando en el corazon de Doña Isabel su amarga copa, la mas terrible pena que puede sentir el corazon humano. En cualquier otro espíritu menos elevado, menos religioso, menos grande, aquel dolor acerbo hubiera producido el paroxismo de la desesperacion. Pero Isabel supo en tan solemnes momentos dominar su pena y aquella muger incomparable solo manifestó su dolor exclamando: *Dios nos lo dió, Dios nos lo ha quitado, sea su nombre bendito.*

Aquel corazon nacido solo para el bien era imposible que se rebelara contra los inescrutables decretos del Altísimo. La virtud fué siempre su constante guia, y los corazones que viven dándole constante culto, encuentran siempre en ella refugio, cuando los atormentan los grandes pesares de la vida.

La piedad y la religion, que tan profundamente arraigadas estaban en Doña Isabel, habian de producirle como santo premio las dulces fruiciones de la caridad. Madre de sus pueblos, mas que su reina, y procurando únicamente su adelanto y su mejoramiento, habia de tender tambien la bienhechora mirada á los desvalidos. Numerosos hospitales creaba por donde quiera; y la mayor parte de los establecidos en nuestra patria, llevan como glorioso distintivo las armas de la

gran reina y de su esposo. Y no contenta con introducir estos caritativos asilos en las poblaciones, viendo con profunda pena los destrozos de la guerra y la sangre en ella derramada, instituyó los hospitales de campaña, debidos exclusivamente al talento, á la piedad y á los sentimientos humanitarios de Doña Isabel, la cual cuidaba ante todo de que en los campamentos hubiese grandes tiendas, con camas y ropas para la curacion de los heridos y enfermos á quienes cuidaban médicos, cirujanos, boticarios y asistentes, todos pagados, lo mismo que las medicinas, por cuenta de Doña Isabel. Estas tiendas así preparadas y surtidas de todo lo necesario, llamábanse *el hospital de la Reina*. Saludable y benéfica institucion que derramó el consuelo en los corazones de los desgraciados que sufrían por la causa de la religion y de la patria, que hizo subir de punto el amor que ya por tantos títulos profesaba á su régia protectora todo el ejército, y que hizo se la diese el honrosísimo dictado de *Mater castrorum*, la madre de los reales ¹.

VII.

Al escribir la biografia de Isabel la Católica, preséntase al historiador cual negra nube en medio del despejado horizonte, el recuerdo de una institucion odiosa, nunca bastantemente censurada, y que quisiéramos poder arrancar de la historia de aquella gran reyna. Fácilmente habrán comprendido nuestros lectores que nos referimos á la Inquisicion. Sin que tratemos de narrar en este sitio, porque no es ocasion oportuna para ello, la historia de aquel tribunal odioso, debemos consignar que ya habia estado establecido en España como

¹ Lafuente, citando á Pulgar y á otros historiadores contemporáneos.

en Francia, Alemania é Italia desde el siglo XIII. Su recuerdo va unido al de Inocencio III, quien á principios de dicha centuria, y con motivo de la herejía de los albigenses, nombró delegados pontificios especiales con plena facultad para inquirir y castigar á los herejes, formándose una especie de cruzada contra ellos, al frente de la cual estaba el Conde Simon de Monfort. Honorio III prosiguió fomentando la Inquisicion y protegió á Santo Domingo de Guzman, familiar de ella; dándola forma estable Gregorio IX, é introduciéndola en España por breve expedido el año de 1232. Durante los siglos XIII y XIV, ejerció aquel tribunal sus terribles decretos con todo el fanatismo que entonces predominaba en las ideas; y si bien á fines del siglo XIV y principios del XV habia ya caido en desuso, no estaba legalmente abolido. Es, pues, un hecho histórico indudable, que no fué debida á los reyes católicos la primera introduccion en España de aquel tribunal terrible, ni mucho menos á Doña Isabel.

La raza judaica, humilde y disimulada pero activa y constante, habia llegado á tal grado de apogeo en nuestra patria, que apoderados de los oficios mas lucrativos, dueños de la industria y del comercio, escitaban el enojo público, tanto por la envidia que siempre despierta la prosperidad, como por las usuras, excesos y desmanes á que se entregaban en el ejercicio de sus cargos de arrendadores, repartidores y recaudadores de los impuestos y rentas públicas, que siempre desempeñaban, por la necesidad que tenian los gobiernos de recurrir á las arcas de los hebreos, en la constante penuria del Estado. Unido esto á las exhortaciones mas intolerantes y fanáticas de lo que reclama el verdadero espíritu de caridad cristiana, pero que eran propias y naturales de aquel período histórico, rodeaba siempre á los judíos una atmósfera cargada de ódio y de amenazas, que desgraciadamente descargaban contra ellos el enojo popular, concitado tambien por actos indignos y criminales á que se entregaban algunas veces aquellos hijos de Israel.

Era por lo tanto el espíritu público, enemigo decidido de la raza deicida, que á través de los siglos arrastra el peso de su infinito crí-

mén; y así fué que antes de la muerte de Enrique IV y de la proclamación de la Reina Doña Isabel, se proyectó el planteamiento de la Inquisición en Castilla con todo el rigor de sus primeros tiempos. Por razones que no son de este lugar no llegó á realizarse tal proyecto; pero en 1477 viéronse los reyes poderosamente instigados por un inquisidor siciliano que vino á Sevilla, por el Nuncio del Papa en la corte española, Nicolo Franceo y por el Prior de los Dominicos de Sevilla Fr. Alfonso de Ojeda, los cuales esforzaban todo género de razonamiento para convencer á los monarcas de la necesidad imprescindible en que estaban, de crear un tribunal semejante á la antigua Inquisición.

No era el carácter de Doña Isabel á propósito para que fácilmente cediera á tan extrema medida. Ciertó que el carácter grave de la Reina y su educación la disponían naturalmente á las influencias religiosas, dando testimonios repetidos de su verdadera humildad, cuando trataba con aquellos en quienes creía hallar pureza de consejo y evangélica doctrina; pero no lo es menos que la bondad de un corazón, rechazando toda medida violenta que tendiese á imponer la creencia por medio del tormento y del suplicio, sostuvo noble lucha antes de decidirse á dar su consentimiento para que se estableciera el *Santo Oficio*. Solo después «que la Reina sufrió las repetidas importunaciones del clero, «y especialmente de aquellas reverendas personas en quienes más confianza tenía, apoyadas por los razonamientos de D. Fernando, fué «cuando consintió en el planteamiento del Santo Oficio en Castilla,» y aun después de haberse recibido la Bula del Papa facultando á los reyes para el planteamiento de aquel tribunal, «la Reina opuesta siempre á «las medidas violentas, suspendió la ejecución del decreto, hasta «ensayar primeramente una política más suave, y en su consecuencia «el cardenal Mendoza, arzobispo de Sevilla, compuso por su mandato «un catecismo en que se explicaban los diferentes puntos de la fe católica, y previno al clero que no perdonase trabajo ni fatiga para iluminar á los obcecados israelitas, por medio de exhortaciones amistosas «y de la sencilla exposición de los verdaderos principios del cristia-

nismo ¹.» De tal modo y siguiendo la autoridad irrecusable de los escritores coetáneos, juzga un escritor extranjero y nada parcial á la verdad en materias católicas, la conducta de Doña Isabel; tanto mas meritoria, cuanto que era la excepcion de su siglo, en el que solo á su elevada inteligencia era dado comprender, que no es la fuerza el medio de hacer triunfar las ideas, sino la exposicion razonada de ellas mismas, las cuales, siendo de bondad indiscutible y eterna, han de abrirse camino á pesar de todas las contrariedades y de las mas terribles persecuciones.

Aunque no hubiera en la vida de Doña Isabel otro hecho culminante que su oposicion al planteamiento del Santo Oficio, y su propósito de sustituir aquella imposicion forzada de las creencias, con la razonada del convencimiento, bastaria esto solo para engrandecerla y elevar su imperecedero nombre sobre todos los de su siglo.

Si á pesar de ello la Inquisicion llegó á establecerse; si á pesar de ello el humo de sus hogueras tiznó siniestramente las gloriosas páginas de aquel reinado, sin igual en la historia del mundo, cúlpese á su época, no á su corazon ni á su entendimiento: los cargos que por ello puedan hacerse, deben imputarse, no á Isabel, sino á su siglo. Como escribe atinadamente un docto académico ² ya citado, de las opiniones que dominaban en aquel periodo, puede y debe decirse lo que un antiguo hablando de la hazaña de Régulo ³, que eran cosas del tiempo y no de la persona.... «Compadezcamos mas bien que condenar la flaqueza de la condicion humana y la imperfeccion de su discurso: «quizá nuestro siglo orgulloso con los progresos de la razon y de las «luces, prepara incautamente motivos de censura y de irrision á la «mordaz posteridad: hagámonos acreedores á su indulgencia usándola «con los siglos que nos han precedido: y sobre todo admiremos la «fuerza de aquellas almas privilegiadas, que superiores á su era sospecharon sus errores y sinrazones. Tal fué la de Isabel. Arrebatóla,

¹ Prescott.

² Clemencin.

³ Cicer.—De ofic. lib. III.

«es cierto, el torrente impetuoso de la opinion general de su tiempo, «pero no sin resistencia: la indignacion fué el primer movimiento que «produjo en ella la noticia de las tropelías que el celo indiscreto cometió contra los mudéjares de Granada. Deseó, procuró que todos los «hombres abrazasen la creencia que sabia ser único camino para su «felicidad; envió misioneros á las Indias, catequistas á las provincias «conquistadas de los moros; concedió favor y privilegios á los que se «convirtiesen: su corazon aborreció la violencia. Todo el resto de su «vida y acciones nos la presenta observante de sus palabras y tratos, «dulce, compasiva, enemiga de la ferocidad y celo amargo, de la «supersticion y del fanatismo.»

Despues de estas notables palabras, que resumen cuanto pudiéramos añadir para defender á Doña Isabel del cargo que duramente se ha hecho por algunos á su memoria, con motivo del establecimiento del Santo Oficio, no creemos deber insistir en la defensa de esta gran Reina, por aquel error, mas de su época que de ella misma, y el cual podrá en suma, segun la expresion del historiador norte-americano, considerarse, cual veta que se descubre en el mármol de hermosa escultura, dando estraña expresion á un carácter, por lo demás intachable ¹.

VIII.

Necesitaríamos escribir un estenso volúmen si hubiéramos de continuar paso á paso la biografia de Isabel la Católica, durante los acontecimientos históricos de su tiempo, en todos los cuales ocupó siempre distinguido lugar; y no pudiendo estendernos tanto, habre-

¹ Prescott.

mos de contentarnos con decir, que lo mismo en las guerras de Italia que en las promovidas por los moriscos de las Alpujarras; lo mismo en las grandes reformas administrativas, que en las encaminadas á reformar las costumbres públicas y del clero, á cada momento halla el historiador nuevos motivos de alabanza; elevándose rápidamente por el poderoso influjo de aquella gran princesa á nacion de primera clase la española, cuando al bajar del trono Enrique IV, apenas merecian ser considerados por los pueblos vecinos, los diversos estados en que se fraccionaba nuestra Península.

Pero mientras de tal modo cumplia su alta mision como Reina, dolores acerbos laceraban su pecho hiriéndola en lo mas vivo de sus puros afectos maternos. Como si no hubiera sido bastante á conmovér rudamente su sensible corazon la muerte de su madre ocurrida en 1496, vió al año siguiente bajar al sepulcro en la flor de sus años y en todo el esplendor de su esperanza al único hijo varon que Dios le habia concedido, y poco tiempo despues á la mas querida de sus hijas, á la Reina de Portugal. La afliccion que tan repetidos golpes la produjeron, fué de tal naturaleza que sufrió una grave enfermedad, de la cual, si lograron salvarla los cuidados de la ciencia, le quedó un profundo abatimiento de espíritu del que no volvió á recobrase por completo. Contribuian tambien á agravar mas sus pesares los sufrimientos de las hijas que la quedaban en Inglaterra y Flandes, y sobre todo de la princesa Doña Juana, casada con el archiduque Felipe de Austria, que llamada á heredar la doble corona de Castilla y Aragon, dió bien pronto claras señales de no tener cabal su juicio, en fuerza del amor que á su esposo profesaba, y escitada violentamente por los devaneos de D. Felipe y por el trato *descortès y hasta violento* de éste.

Los padecimientos de la Reina con tantos pesares se agravaron hasta el punto de presentar síntomas alarmantes. La enfermedad de D. Fernando, á quien tambien habia puesto en tal estado la noticia de la triste suerte de su hija, exacerbó mas los padecimientos de la Reina; y al ver al mismo tiempo con su privilegiada inteligencia la sombría

perspectiva que en no lejana época se ofrecia á su querido pueblo, de tal modo se apoderó de ella la enfermedad, que al decir de un escritor contemporáneo y testigo de los hechos que refiere, «Todo su sistema «se hallaba dominado por una fiebre que la consumia: reusaba toda «clase de alimento y estaba continuamente atormentada por una sed «devoradora ¹.»

Y sin embargo el espíritu de Doña Isabel sobreponiéndose á los padecimientos físicos, lograba conservar toda su entereza y lucidez para cuanto se referia á la felicidad de su pueblo y al gobierno del Estado. A pesar de no poder ya separar la cabeza de la almohada, recibia á cuantos necesitaban de su amparo ó de su consejo: daba audiencia á extranjeros ilustres, atendia á todo lo relativo á la guerra de Italia, y conversaba con los literatos mas renombrados de su época ó con viajeros ilustres que venian de lejanos paises atraídos por el renombre de la Reina. Imposible pareceria tanta fuerza de voluntad, tanta elevacion de espíritu, en medio de una enfermedad mortal, cuyo triste y próximo fin conocia mejor que nadie la misma Doña Isabel, á no testificarlo, sin dar lugar á duda, escritores coetáneos.

Y la enfermedad entre tanto avanzaba por momentos: el pueblo que miraba á su Reina casi con veneracion, acudia presuroso á los templos, implorando para la que consideraban como verdadera madre el favor del cielo; pero todo fué en vano. La hora terrible se acercaba, y en los últimos dias de Noviembre del año 1504 debian quedar los estados españoles verdaderamente huérfanos de aquella Reina incomparable. Desde que conoció que no podia esperar alivio á sus males sino en la muerte, procuró que su voluntad sobreviviéndola, velara hasta despues de haber dejado de existir por los seres que le eran queridos, por el pueblo á quien tanto amaba. Para ello dispuso su testamento, ordenando ante todo, que sus restos fueran conducidos al convento franciscano de Santa Isabel, en la Alhambra de Granada, y que allí se pusieran en un sepulcro humilde, sin mas monumento que

¹ Pedro Mártir. Opus Epist.

una sencilla inscripcion, con su nombre; pero dando hasta en esto nuevo ejemplo de amor conyugal, añade en la misma cláusula, *si el rey, mi Señor, prefiriese sepultarme en algun otro lugar, en tal caso es mi voluntad que mi cuerpo sea trasladado á él, y colocado á su lado para que la union que hemos gozado en esta vida, y que espero, por la misericordia divina, han de gozar nuestras almas en el cielo, se represente por la de nuestros cuerpos en la tierra.*

Nuevo ejemplo de humildad da en seguida para corregir la ruinosa pompa de las exequias fúnebres, ordenando que las suyas se celebrasen de la manera mas sencilla, y mandando con caritativo acuerdo que el dinero que en aquella inútil pompa habia de gastarse se repariera entre los pobres. La redencion de cristianos cautivos en Berbería mereció tambien su especial solicitud donando para ello una fuerte suma, asi como otras diferentes para dotar á doncellas pobres; y amante de la justicia revocó cuantas concesiones, ya de rentas ó de tierras, creyó haberse hecho sin causa suficiente para ello, mandó pagar todas las deudas que tuviese en el improrogable término de un año, y suprimió cuantos oficios juzgó supérfluos en la real casa. La integridad del territorio español fué tambien objeto de sus últimos cuidados, encareciendo á sus sucesores la importancia de mantenerla, y especialmente la de no abandonar el derecho á la plaza de Gibraltar.

Sabios consejos para su hija y su yerno el archiduque Felipe, consigna despues respecto á su futuro gobierno, apoyándolos todos en el principio del *consentimiento y consejo de las cortes*. Estimula luego el cariño filial de sus hijos para con D. Fernando, encargándoles que *dicho afecto se le debe mas que á ningun otro padre por sus eminentes virtudes*; y nombra al rey único regente de Castilla para el caso de ausencia ó incapacidad de Doña Juana: notable disposicion, cuyas causales deben aqui consignarse, como elocuente testimonio de su amor conyugal y de su admirable prevision: *siendo movida á esto, escribe, por la consideracion de las magnánimas é ilustres prendas que adornan al Rey, mi Señor,*

asi como por la grande experiencia y por el provecho que al reino ha de reportar su prudente y benéfico gobierno.

Para que su marido pudiera vivir cómoda y desahogadamente, le señala rentas de grande importancia, *aunque menos de lo que desearia y mucho menos de lo que merece, considerando los eminentes servicios que al reino ha prestado;* y la amistad, ese dulce y fecundo sentimiento del corazon, recibió tambien su tributo en el testamento de Doña Isabel: con los términos mas tiernos y espresivos, dejó recomendados á sus sucesores los oficiales de su casa individualmente, ocupando entre las personas de su confianza el lugar distinguido á que eran acreedores, los marqueses de Moya, la compañera de la juventud de Doña Isabel, Doña Beatriz de Bobadilla, y el esforzado guerrero y hábil diplomático Garcilaso de la Vega. Despues de otras disposiciones adicionales, las últimas palabras del testamento de la Reina son dignas de memoria imperecedera. *Suplico al Rey mi Señor que acepte todas mis joyas ó al menos las que quiera elegir, para que al verlas se acuerde del singular amor que durante toda mi vida le he profesado, y de que le estoy esperando en un mundo mejor, cuyo recuerdo le animará á vivir mas justa y santamente en éste.*

Apenas otorgado tan notable testamento debilitáronse cada dia mas y mas sus fuerzas; y como á pesar de ello su espíritu siempre velaba por la ventura de sus pueblos y por la causa de la civilizacion, otorgó un codicilo solo tres dias antes de abandonar el mundo, en el cual se encuentran tres cláusulas que cualquiera de ellas justifica completamente nuestras alabanzas. Tiene por objeto la primera la codificacion de las leyes, obra de importantísima trascendencia, y que á pesar de los trabajos de Montalvo, distaba mucho de encontrarse en el estado de adelantamiento que hubiera sido de desear. Refiérese la segunda á evitar los abusos que pudieran cometerse con los naturales del nuevo mundo, abusos que la Reina en su elevado criterio comprendia y condenaba, por mas que segun el testimonio de las Casas *se tuviera especial cuidado en que no llegaran á oídos de Doña Isa-*

bel, recomendando ésta á sus sucesores con las mas vivas instancias, prosiguiesen adelante en la conversion y civilizacion de los indios, indemnizándoles de cualesquiera daños que pudieran irrogárseles, y tratándolos siempre con la mayor benevolencia y dulzura. Encamínase por último la tercera disposicion, emanada como las anteriores del profundo sentimiento de justicia que siempre animó el corazon de Doña Isabel, á declarar las dudas que le ofrecian las rentas de las alcabalas, nombrando una comision para que examinase su origen y legitimidad, y para que en caso de encontrar aquel impuesto justo y legal, se cobrase de la manera menos gravosa á su pueblo, y en caso contrario se convocaran cortes que resolvieran sobre ello, *como medida cuya validez depende del beneplácito de los súbditos del reino* ¹.

Tales fueron las últimas palabras de aquella muger admirable, que con ellas manifestó en su lecho de muerte el mismo respeto á los derechos y libertades de la nacion, que durante toda su vida habia demostrado, procurando estender los beneficios de su benigno y liberal gobierno hasta á los paises mas distantes y bárbaros, que en sus dominios se hallaban comprendidos: ambos documentos, asi el testa-

¹ Consérvase el códice original de este codicilo en la seccion de manuscritos de la Biblioteca nacional, con la firma autógrafa de la Reina. No hace mucho tiempo tuvo lugar en el salon donde dichos manuscritos se conservan, una escena verdaderamente conmovedora, y que demuestra de qué manera saben apreciar los hombres pensadores del país mas libre de la tierra, la memoria de aquella gran Reina, que tanto respeto demostró siempre á la voluntad popular, y que se adelantó á su siglo en sus ideas, acerca del poder del pueblo y de su legítima intervencion en los asuntos del Estado. En uno de los dias del invierno último se presentó al conocido literato y director especial del cuerpo de bibliotecarios, D. Cayetano Rosell, un caballero, que en su aspecto, y mas que nada en su acento, indicaba su origen anglo-americano. Rogó al señor Rosell, que tiene á su cargo la riquísima coleccion de manuscritos de nuestra biblioteca, le enseñara todo cuanto hubiera referente á Doña Isabel la Católica, y al llegar al referido codicilo, quedóse mirando la firma de Doña Isabel abismado en una contemplacion respetuosa, manifestando en su elocuente silencio la profunda impresion que aquellos desiguales trazos le producian. Despues de algun tiempo de solemne contemplacion, como el que aspira á una ventura, cuya misma magnitud le hace creer imposible el alcanzarla, dijo al señor Rosell con el acento trémulo de emocion y señalando á la firma — Sr. Director ¿me permitís que la bese? — y obtenido el permiso, que bien comprenderán nuestros lectores no se hizo esperar, los labios del norte-americano fijáronse respetuosamente en el seco pergamino, que devolvió en seguida al señor Rosell, como si temiese haberlo profanado con su contacto.

Y el que de tal modo veneraba la memoria de Doña Isabel no era un hombre vulgar: su conversacion demostraba por el contrario una erudicion estensa y un levantado criterio.

De tal modo saben apreciar los estrangeros la mas legítima de nuestras glorias nacionales, mientras, vergüenza causa decirlo, no faltan españoles que la miren con desden y hasta que inculpen su memoria echando sobre ella algun error que, segun hemos dicho en otro lugar y reconocen los mismos estrangeros, no fué de la Reina sino de su siglo: seria tanto como quererle exigir milagros el pedirle que no hubiera pagado algun tributo á ciertas ideas.

mento como el codicilo fueron un precioso legado que dejó á sus pueblos para que le sirvieran de guia luego que se hubiera estinguido la brillante antorcha de sus virtudes ¹.

Despues de arreglar asi todo lo relativo á los sêres que mas amaba, á su familia y á su pueblo querido, ocupóse únicamente en el cuidado de su alma, y hasta en estos últimos y supremos instantes dió señalada muestra de su acrisolado recato, no permitiendo que le descubrieran los piés para darle la Extrema-uncion.

Lágrimas y suspiros, que en vano trataban de reprimir los que rodeaban su lecho de muerte, turbaban solo el solemne silencio de aquellos postreros momentos, en que el cuerpo abatido por la enfermedad hacia sus últimos esfuerzos para retener aquel espíritu superior, que en breve iba á abandonar su terrena cárcel; y como oyese Doña Isabel aquellas naturales manifestaciones del dolor, dijo con la tranquilidad de las almas buenas, *no lloreis por mi, ni perdais el tiempo en hacer inútiles ruegos por mi restablecimiento; rogad, si, por la salvacion de mi alma.*

La hora del mediodia del miércoles 26 de Noviembre de 1504 iba á sonar, cuando á los cincuenta y cuatro años de su edad y á los treinta de su reinado, bajaba al sepulcro aquella muger incomparable, naciendo en su lecho de muerte á la vida de la inmortalidad.

Como complemento á esta rapidisima biografia, que si hubiera de comprender con la extension debida la historia de Doña Isabel, habria necesitado mas de un volúmen, vamos á transcribir las palabras de un escritor extranjero ya citado, que al juzgarla este libre por este mismo carácter, de todo cargo de parcialidad; «Entre las cualidades «morales de Doña Isabel, escribe, era quizá la mas notable su magnanimidad: nada habia de mezquindad ó egoismo en sus acciones ni «pensamientos: sus planes eran vastos; y á su ejecucion presidia el «mismo noble espíritu con que se concibieran. Nunca empleó agentes «dudosos ni medios torcidos; su política fué siempre franca y mani-

«fiesta ¹ y nunca se prevaleció de las ventajas que la perfidia agena la
 «ofreciera ². Cuando una vez habia concedido su confianza, dispensaba
 «con la mejor voluntad todo su apoyo, y cumplia siempre cuantas
 «promesas habia hecho á todos los que se comprometian en su servi-
 «cio por impopulares que fueren. Sostuvo á Cisneros en todas sus
 «impolíticas pero saludables reformas: secundó á Colon en la prose-
 «cucion de su arriesgada empresa, y le escudó contra las calumnias
 «de sus enemigos, y los mismos servicios prestó á Gonzalo de Córdoba.
 «Con razon, como lo probó el suceso, lloraron amargamente los dos
 «últimos el dia de su muerte, como el postrero de su feliz prosperidad ³.
 «El artificio y la doblez eran tan opuestos á su carácter, y tan agenos
 «á su política y administracion interiores, que cuando se encuentran
 «en las relaciones extrangeras de España, de cierto puede decirse que
 «no era ella la culpable; porque era incapaz de abrigar la menor des-
 «confianza ni oculta malicia, y aunque severa en la aplicacion y
 «ejecucion de la justicia pública, concedia siempre el mas generoso
 «olvido, y aun se adelantó algunas veces á llamar á los que personal-
 «mente la habian injuriado ⁴.

«Pero lo que daba un colorido especial á todos los rasgos del espí-
 «ritu de Doña Isabel, era su piedad; que brotando del fondo de su
 «alma con celestial brillantez, iluminaba todo su carácter. Felizmente
 «habia pasado sus primeros años en la dura escuela del infortunio, á
 «la vista de su madre que habia inculcado en su espíritu grave y
 «reflexivo unos principios religiosos tan sólidos, que nada pudo en
 «adelante quebrantarlos; y así fué, que aunque en edad temprana, en

¹ Quería que sus cartas ó mandamientos fuesen cumplidos con diligencia.—Pulgar, *Reyes Católicos*, parte I, cap. IV.

² Véase un ejemplo notable de esto en el tratamiento que mandó dar al pérfido Juan de Corral, en la parte I, cap. X, *Historia de los Reyes Católicos* por Prescott.

³ El tono de tristeza que respira la correspondencia de Colon, despues de la muerte de la Reina, demuestra perfectamente el estado de sus sentimientos y de su fortuna.—Navarrete, *Col. de Viages*, tom. I, pp. 341 y siguientes.—Los sentimientos del Gran Capitán se manifestaron aun de un modo mas inequívoco, segun Giovio, el cual en su *Vita illustr. Virorum*, p. 275, dice: *Nec multis inde diebus regina fato concessit, incredibili cum dolore atque jactura Gonsalvi, nam ab ea tanquam alumnus ac in ejus regia educatus, cuncta quæ exhortari possent virtutis et dignitatis incrementa adeptum fuisse fatebatur, rege ipso quamquam minus benigno parumque liberali nunquam reginæ voluntati reluctari auso. Id vero præclare tanquam verissimum apparuit elata regina.*

⁴ Notable ejemplo dió de ello al principio de su reinado en la afectuosa tolerancia con que dispensó sus temeridades á Carrillo, el arzobispo de Toledo, su amigo en otro tiempo, y entonces su mas implacable enemigo.

«la flor de su juventud y belleza, fué llevada á la corte de su hermano;
«sus atractivos, sin embargo, que tan propios eran para deslumbrar
«las imaginaciones juveniles, nada pudieron sobre ella; porque se
«hallaba rodeada de una atmósfera moral de pureza,

«Que hacia se apartase de su lado
«Hasta la sombra misma del pecado ¹.

«Fué tal, en conclusion, el decoro que entonces, como siempre,
«la distinguió, que á pesar de hallarse rodeada de falsos amigos y de
«enemigos descubiertos, ni la menor mancilla recayó sobre su justo
«nombre en aquella corrompida y calumniosa corte.»

Y mas adelante, añade, juzgando no solo á la reina sino á su
época, al recordar los dos únicos errores de su reinado, el restableci-
miento de la Inquisicion, y el destierro de los judíos. «Difícil seria en
«efecto condenarla sin condenar á su siglo; porque aquellos mismos
«actos se encuentran no ya escusados sino ensalzados por sus contem-
«poráneos... No debia esperarse que una muger sola, llena de natural
«desconfianza de su capacidad en materias semejantes, se presentara
«en pugna abierta con los venerados consejeros á quienes se le habia
«enseñado á respetar, como los guias mas seguros y mejores de su
«conciencia.»

«Por dañosos que hayan sido los efectos que la Inquisicion haya
«podido producir en España, el principio que para su establecimiento
«se siguió, no fué peor que el de otras muchas medidas que han pasado

¹ Doña Isabel en la corte de su hermano, podía haber servido de original para el bellissimo retrato que de la pureza hace Milton en estos versos :

*So dear to Heaven is saintly chastity
That, when á soul is found sincerity so,
A thousand liveried angels lackey her,
DRIVING FAR OFF EACH THING OF SIN AND GUILT,
And in á clear dream and solemn vision,
Tell her of things that no gros ear can hear,
Till oft converse with heavenly habitans
Begin to cast á beam on the outward shape,
The unpolluted temple of the mind
And turns it by degrees to the soul 's essence,
Till all be made immortal.*

«sin sufrir tan fuertes censuras, y que se han adoptado en tiempos
 «posteriores y mas civilizados ¹. ¿Estuvo, por ventura, abandonado,
 «durante todo el siglo xvi y la mayor parte del xvii, el principio de la
 «persecucion por el partido dominante, ya fuese este el católico,
 «ya fuese el reformista? ¿Habia quién defendiera al de la tolerancia,
 «como no fuera el mas débil? Verdad es que el imperio de una mala
 «costumbre no forma su apología, para servirme de las palabras
 «mismas de Doña Isabel en su carta al arzobispo Talavera; pero debe
 «servir para mitigar la severidad de nuestra censura contra aquella
 «Reina que no incurrió en un error mayor, en medio de la imperfecta
 «ilustracion del tiempo en que vivió, que el que fué comun á los mas
 «grandes talentos, á los genios mismos de un siglo posterior y mas
 «ilustrado ².»

Despues de recorrer este escritor la vida de Doña Isabel reconociendo siempre que sus acciones se regian por principios, no por impresiones, que la justicia era su constante guia, que las medidas que adoptaba llevaban siempre el sello de aquel buen juicio práctico, sin el cual los mejores talentos pueden ocasionar mas desgracias que beneficios á la humanidad, despues de extenderse en alabanzas á la elevacion de miras de aquella princesa, revelada en la eleccion de sus agentes, en la presteza con que comprendia las grandes concepciones, y en la infatigable actividad de su inteligencia, prodigando iguales elogios á la fortaleza de su espíritu, al valor moral que tanto le distinguió siempre, y al lado de esta gran cualidad, á la ternura que

¹ Casi empleó las mismas palabras de Mr. Hallam, el cual hablando de las leyes penales dadas contra los católicos en tiempo de Isabel de Inglaterra, dice: *They established á persecution wich fell not at all short in principle of that for which the Inquisition had become so odious.*—Cap. III, vol. I de su *Constitutional History of England* (Paris 1827).—El mismo lord Burleigh, secretario de Isabel de Inglaterra, examinando el modo de interrogar á los testigos en ciertos casos, por el Alto Tribunal de Comision, no vacila en asegurar que los interrogatorios eran tan minuciosos y tan llenos de particularidades y circunstancias, que creia que los inquisidores de España no empleaban tantas preguntas para confundir y sorprender á sus víctimas.—Ibid. cap. IV.

² El mismo Milton, en su *Essay on the Liberty of Unlicensed Printing*, que es ácaso el mejor argumento que el mundo haya escuchado en favor de la libertad intelectual, hubiera querido excluir á los papistas de los beneficios de la tolerancia, como sectarios de una doctrina cuya completa extirpacion exige á todo trance el bien público. Tales eran las mezquinas ideas que se tenian acerca de los derechos de la conciencia en la última mitad del siglo xvii, por uno de aquellos ingenios privilegiados cuya extraordinaria elevacion le permitió recibir y reflejar la naciente luz de la ilustracion, mucho antes de que sus rayos iluminaran al resto de la humanidad.

demostró lo mismo hácia su madre que hácia su esposo é hijos, á sus amigos que á sus pueblos, concluye con estas notables palabras. «Su «corazon, ciertamente se hallaba lleno de amor á la humanidad ¹. »

IX.

Triste y numerosa comitiva de caballeros y eclesiásticos atravesaba en los rigurosos dias del mes de Diciembre de 1504 el camino de Arévalo, Toledo y Jaen, siguiendo al carro fúnebre que conducia el cadáver de la Reina á Granada. La naturaleza pareció tomar parte en el duelo de los hombres, y una continuada tempestad, que casi puede decirse duró toda la jornada, puso en riesgo mas de una vez la vida de aquellos leales, que sin embargo ni por un momento pensaron en volver atrás abandonando los restos de su reina querida.

El 18 de Diciembre llegaron por fin á Granada, en cuyo convento de San Francisco de la Alhambra el cadáver de Doña Isabel, cerca del voluptuoso alcázar de los Naseritas, en la ciudad infiel, último refugio y baluarte de la raza musulmica, incorporada á la causa de la unificacion española por la poderosa voluntad de aquella muger incomparable. Despues de la muerte de D. Fernando dejaron los restos de la Reina aquel piadoso retiro para ser colocados en el mausoleo que su nieto Cárlos V dedicó á la memoria de sus ilustres abuelos.

Cerca de la magnífica catedral de Granada, notable monumento de transicion entre el arte ojival que moria y el del renacimiento que se ostentaba poderoso y triunfante, hállase un templo del primero de estos estilos, cuya puerta principal rica en toda clase de adornos propios del gusto á que pertenece, se halla dentro de la Catedral misma.

En el espacioso recinto de aquella *capilla real*, que á pesar de su verdadera magnificencia pareció mezquina á Cárlos V, diciendo que era pequeña y que no correspondia á la grandeza de sus abuelos, encuéntranse dos magníficos sepulcros, atribuidos á Felipe de Borgoña, cuyos primores son el encanto y la admiracion de cuantos tienen la fortuna de poseer el sentimiento de lo bello. Uno de aquellos túmulos está consagrado á la memoria y lleva las estátuas yacentes de Felipe el hermoso y de la desgraciada Doña Juana su esposa: el otro, con mas acabada escultura, y mas verdad y espresion, presenta las figuras, tambien yacentes, de D. Fernando y Doña Isabel. Debajo hay una bóveda cuyo pavimento tiene cuatro varas en cuadro, y sobre sencillos pedestales de piedra, se ven colocadas cinco cajas de plomo, barreadas de hierro, de las cuales son las de en medio las de los católicos monarcas ¹. Alli, en tan reducido espacio, está encerrada toda la humana grandeza de Doña Isabel de Castilla: la fama entre tanto de su elevado espíritu, de su virtud acrisolada, de su genio superior, de la grandeza de su alma, en fin, se dilata por todo el orbe, con la irrecedera vida de la gloria.

¹ Las de los lados son de D. Felipe y Doña Juana, y una pequeñita, del príncipe D. Miguel.



Lit. Ibérica de F. Rodríguez. Madrid.

MUJERES CÉLEBRES

AIXA

En el oscuro como in formado
 por la mezcla oscura del muro,
 y en donde se miro el aginez dorado
 que da aire y luz al aposento oscuro
 al estilo de oriente fabricado,
 contempla el cielo otra muger; su duro
 contorno sobre el cielo se destaca,
 pues fuera del balcon el cuerpo saca.

Es Aixa, la despótica sultana,
 el genio protector del Islamismo,
 que desde aquella arábica ventana
 mira el mundo y el todo al mismo.
 de la fe del valor y el heroísmo.

Al terminar la historia de la dominacion árabe en España, de aquellos hijos del desierto que obedeciendo á una ley de raza y á pesar de la brillantez de los tronos que tan pronto elevaban como abatian, nunca lograron establecer un imperio duradero, abrasados por el latente fuego de la discordia, sobresale con tristes colores, pero con imponente y digna actitud, una muger altiva y tierna, de voluntades inquebrantable, tipo perfecto de todas las buenas y malas cualidades, y que hubiera hecho valer la balanza del triunfo en la historia de la conquista de Granada, si no haber tenido en frente de ella el poder de la fe y el heroísmo.

AIXA.

En el oscuro camarín formado
por la maciza fábrica del muro,
y en donde se abre el agimez dorado
que da aire y luz al aposento oscuro
al estilo de oriente fabricado,
contempla el cielo otra muger; su duro
contorno sobre el cielo se destaca,
pues fuera del balcon el cuerpo saca.

Es Aixa, la despótica sultana,
el genio protector del Islamismo,
que desde aquella arábica ventana
mide del porvenir el hondo abismo.
Genio tenaz, encarnacion humana
de la fé, del valor y el heroismo,
genio que á aparecer en otra era
mentir á los horóscopos hiciera ¹.

Al terminar la historia de la dominacion árabe en España, de aquellos hijos del desierto que obedeciendo á una ley de raza y á pesar de la brillantez de los tronos que tan pronto elevaban como abatian, nunca lograron establecer un imperio duradero, abrasados por el latente fuego de la discordia, sobresale con tristes colores, pero con imponente y digna actitud, una muger altiva y fiera, de voluntad indomable, tipo perfecto de todas las buenas y malas cualidades de su raza, y que hubiera hecho vacilar la balanza del triunfo en la épica empresa de la conquista de Granada, á no haber tenido en frente á otra muger

¹ Zorrilla: *Granada: poema oriental*.

mas grande, con la cual era imposible ni aun el propósito de lucha. Hija de Mohammad ebn Otsman *Al-áhnaf* (el cojo), que subió al trono de los Naseritas revelándose contra Mohammad *Al-aisar* (el izquierdo), vió á su vez desposeido á su padre de la codiciada corona por Abun-nasr-Saad que obligó á Ebu-Otsman á que abdicara, y á que huyera vergonzosamente de Granada (1453).

Arrepentido este de su abdicacion algunos años despues, intentó una acometida en territorio granadino, acompañado de algunos parciales con quienes se mantenía en la Alpujarra; pero salió contra él el príncipe Abul-Hasan-Aly, hijo de Saad, quedando el destronado Rey vencido y muerto en la contienda.

Entre los cautivos que llevó victorioso á Granada Abul-Hasan, distinguíase por su belleza y por la altivez de su porte una muger, que aun vencida, inspiraba respeto. Era Aixa, la hija del desventurado Ebu-Otsman, que bien pronto se vió amada por el príncipe, y con el cual despues se enlazó ¹, sin que sea dado esplicar al historiador como pudo amar al matador de su padre la hija del rey vencido.

Victorias conseguidas por los cristianos sobre las armas agarenas, volvieron el veleidoso espíritu de la multitud, en contra de Saad, y cediendo este á las ambiciosas instancias de su hijo, el príncipe Abul-Hasan, abdicó en él la corona, retirándose á Almería.

Activo y emprendedor Abul-Hasan, decidió hacer incesantemente la guerra á los cristianos, tanto con el propósito de ensanchar las reducidas fronteras de su reino, como para asegurarse mas en el poder, manteniendo vivo el entusiasmo en su pueblo, con el deslumbrador aparato de las glorias militares. Animaba en estos propósitos á su esposo, Aixa, que siempre manifestó su decidido amor á la independencia y engrandecimiento de su patria, y conociendo el pueblo el verdadero interés por la causa del Islam que animaba á la sultana, le dispensó siempre su respetuoso amor, distinguiéndola con el honroso califica-

¹ Hernando de Baeza : (manuscrito).

tivo de *la horra* (casta ú honesta) que por su virtuoso recato merecia.

Pero bien pronto habia de nublarse el tranquilo horizonte, que lleno de prosperidad para Granada y de venturas para su esposo, veia dilatarse en lo porvenir la hija de Ebu-Otsman. En el mismo alcázar de la Alhambra, y en uno de sus mas voluptuosos aposentos, moraba una cristiana de tan peregrina hermosura, que no encontrando nada comparable con ella, era llamada, en el poético lenguaje de los árabes, *Zoraya (Lucero de la mañana)*. De origen cristiano, habia recibido en el bautismo el nombre de Isabel, y era hija del comendador Sancho Gimenez de Solis, que perdió la vida peleando en una de las algaras de los infieles, defendiendo su patria y su familia: Isabel conducida á Granada por un noble adalid, se educó entre las mas distinguidas damas de la corte, y habiendo crecido en años y en hermosura, encendió en el impresionable corazon de Abul-Hasan, una de esas pasiones, que deciden para siempre el destino del hombre.

La tierna cautiva llegó á ser la sultana favorita, y la primera dama de Granada: tímida, dulce, incapaz de abrigar en su corazon sencillo ódios ni pasiones, era la admiracion de la corte, que aun sin estas cualidades la hubiera tributado sus homenajes, por adular los caprichos de Abul-Hasan, ó Muley-Hazen, nombre este último con que es mas conocido el padre de Boabdil. «La vida de Isabel se deslizaba como un sueño placentero: si se celebraban justas en Bib-rambla, disponia el Rey, que Zoraya fuese la Reina del torneo, y que sus manos premiasen al vencedor; si estaba triste Zoraya, turbas de músicos y juglares, de enanos caprichosos, de bailarinas y esclavas venian á divertirla con cantares y trovas, con juegos de manos, con chistes y danzas. Si Zoraya insinuaba deseos de respirar el ambiente puro del campo, mandaba el Rey abrir las estancias de Generalife, y la sultana se aposentaba en aquel paraiso, como una hada entre flores. Si se aburría en esta mansion, los palacios de Aynadamar le brindaban con el divertimento de escenas marítimas: allí habia largos estanques surcados de góndolas, jardines deleitosos, bosques solitarios, cuyo

silencio interrumpian solamente brisas suaves, el canto del ruiñeñor, ó el suspiro de algun amante afortunado ¹.»

Fácilmente se concibe el infierno de celos, que tales distinciones en favor de una rival afortunada, debieron encender en el corazon de Aixa; y como al mismo tiempo los bandos y partidos que siempre mantuvieron dividida á la raza árabe, se aprovechasen de la loca pasion del Rey para enaltecerse los caidos, y conservar su poder los que lo ejercian, bien pronto la ofendida esposa, escuchando mas la voz de la venganza que la del interés de la patria, fué la instigadora de una vasta conspiracion que tramaba el bando que se creia ofendido por no ocupar los primeros puestos cerca del monarca, conspiracion que tenia por objeto nada menos que arrancar la corona de las sienes de Muley, y colocarla en las de Abu-Abdila, primer fruto de los amores, dichosos un tiempo, del monarca y de Aixa.

Muley ó Abul-Hasan habia subido al trono lanzando de él á su padre, y habia de verse á su vez arrojado del sòlio por su hijo en providencial espiacion de su delito.

Influa poderosamente en el ánimo de la sultana Aixa, para decidirse á tan extraño partido el amor maternal, pues tenia noticias ciertas de que el monarca trataba de desheredar del trono á Abu-Abdila, para que ciñesen la corona los hijos de Zoraya; y no es extraño que aquella muger dotada de grandes prendas de carácter y de virtud, al verse tan imprudentemente ofendida en su amor de esposa y en su amor de madre, adoptase como último y supremo recurso la conspiracion proyectada, para que subiese Abu-Abdila al trono, engrandeciéndole á este con el brillo de la corona, vengándose de su infiel esposo, y alejando del trono, para que no habian nacido, á los hijos de su aborrecida rival.

La conquista de Alhama por los cristianos, la infelicidad de las tentativas hechas por Muley para recobrarla, y la correría del Rey Católico por la vega, eran pretextos mas que suficientes para que los

¹ Lafuente Alcántara: *Historia de Granada*, siguiendo las narraciones de los escritores contemporáneos

conjurados propalasen las mas ofensivas frases contra Abul-Hasan, pintándole como un sér despreciable é indigno de ceñir la corona. La veleidosa multitud granadina, ávida siempre de novedades, acogia con júbilo aquellas acusaciones contra el Rey, creyendo por otra parte, obtener mas fáciles victorias, guiada por un monarca jóven y bizarro, que no bajo la conducta de un soberano viejo y enamorado de una cristiana.

Asi fué, que al regresar Muley de su infeliz expedicion á Alhama, apenas se hubo aposentado en la Alhambra, avisáronle sus alguaciles y cadíes que el Albaicin, barrio importantísimo de la ciudad, estaba en armas y próximo á declararse en rebelion abierta: pero los trabajos de Aixa en aquel vasto plan, no habian sido de tal naturaleza, que pudieran ocultarse al Rey, y éste que aun sin necesidad de ello, los habria adivinado sin mas que escuchar el grito de su conciencia, rota la valla de toda consideracion de pasadas venturas, mandó prender á Aixa y á Boabdil (Abu-Abdila), encerrándoles en la torre de Comarech.

No era la sultana muger que fácilmente se declarase vencida, mientras tuviera recursos en su fecunda imaginacion para sostener la lucha. Por medio de esclavos fieles mantenía secreta correspondencia con los decididos partidarios de su causa; concertándose con ellos, reunió todas las tocas y almaizares de sus doncellas, y formando un cordon que sugetó con maternal cuidado á un agimez, hizo que por él bajase Boabdil, y que uniéndose con los caballeros que aprovechándose de la oscuridad de la noche esperaban entre los árboles al pié de la torre, marchasen á todo el correr de su caballo hácia Guadix, cuyo Walí estaba afiliado en el bando enemigo de Muley.

No pasaron muchos dias sin que el confiado monarca, tocara los resultados de su imprudente conducta. En una de las deliciosas tardes del mes de Mayo de 1482, paseaba por los deliciosos jardines de la Alhambra bebiendo amor é indefinible encanto en las dulces miradas de Zoraya, cuando sordo ruido de muchedumbre alborotada, convertido bien pronto en gritos de entusiasmo y de muerte, mezclados con el marcial sonido de instrumentos bélicos, turbaron su apacible calma.

Con indecible rapidez cundió el fuego de la rebelion del Albaicin á la Alhambra, de la Alcazaba Cadima á los deliciosos Carmenes del Hageriz, y á pesar de la resistencia que algunos amigos de Muley opusieron á los conjurados, inflamado el pueblo por las sugestiones de Aixa, que veia próximo el ansiado momento de satisfacer su venganza, los diezmados escuadrones de la guardia del Alcázar tuvieron que ceder, y Muley seguido de Zoraya huyó vergonzosamente refugiándose en el castillo de Mondujar.

Proclamado Boabdil rey de Granada, arrojado de la ciudad Muley con su favorita, Aixa empezaba á saborear el fruto de su venganza, cuando estuvo á punto de perderla por el atrevido arrojó de los partidarios de Muley, que aprovechándose tambien de las sombras de la noche intentaron pocos dias despues sorprender á los soldados y amigos de Boabdil. Vano fué sin embargo su empeño: despues de otra sangrienta y horrible lucha, quedó vencido de nuevo Muley, teniendo que retirarse á Málaga, en tanto que Boabdil y la sultana, recibian en la Alhambra las entusiastas aclamaciones de los granadinos.

Mientras de tal manera desperdiciaban los musulimes en estériles y civiles contiendas el valor que necesitaban para rechazar al comun enemigo, preparaba en Córdoba la Reina de Castilla decisiva campaña, que diera por seguro resultado el triunfo completo de la cruz. No habia de realizarse sin embargo tan colosal empresa, sin que sufrieran los cristianos graves reveses al continuar la comenzada lucha; y las derrotas de Loja y sobre todo el terrible desastre de la Ajarquía les enseñaron bien á pesar suyo, que aunque aunque reducidos á escaso territorio, conservaban los hijos del Profeta aquel valor astuto é impetuoso, á que debieron en mas felices dias sus rápidos triunfos.

La gloria del vencimiento en esta última jornada, tan terrible para los guerreros de Doña Isabel como de grande importancia para los infieles, recayó toda en Muley Hazen, que desde Málaga la habia impulsado, en su hermano el infante Abdalá-el-Zagal, los dos Venegas Abul Cacin y Redueen, y los demás caballeros adictos á Muley que en aquella risueña ciudad del Mediterráneo componian su corte,

y que en las escabrosidades de la Ajarquía habian obtenido una de las mas señaladas victorias que narran las crónicas de los árabes en España. Al tenerse noticia de tan completo triunfo en Granada, el pueblo inconstante, que dispensaba siempre sus simpatías y su apoyo al partido mas afortunado, en sus empresas contra los cristianos, aplaudió victoreando de nuevo á Muley Hazen y al Zagal, y murmuró de Abú-Abdila que no habia levantado el estandarte del *algied* ó guerra santa, desde su advenimiento al trono. Bien conocia tan peligroso contraste la sultana Aixa, que deploraba como el mas fanático musulmán la culpable apatía de su hijo, y estimulándole á oscurecer con alguna señalada empresa los efectos favorables que la victoria de la Ajarquía produjo en el ánimo de los granadinos, decidióle á salir á campaña, reuniendo un ejército de 7000 infantes y 1500 caballos, la flor de la nobleza granadina y los mas valerosos guerreros de su pueblo. Reforzada esta animosa hueste con gran parte de la guarnición de Loja, al mando de Aliatar, padre de la sensible Moraima, esposa de Boabdil, llegó el incauto Rey delante de los muros de Lucena, cargado con los fáciles despojos de aldeas y caseríos indefensos, que habia ido saqueando á su paso. Envanecido de antemano con el triunfo que esperaba conseguir, brindó al alcaide de los Donceles que mandaba en Lucena á nombre de los monarcas cristianos, paz vergonzosa é intempestiva clemencia; pero rechazado por aquel valiente campeón en la terrible mañana del 21 de Abril de 1483, vió *Abu-Abdila* desbaratado completamente su ejército y muerto á su suegro Aliatar en lo mas reñido de la pelea, quedando él mismo despues de luchar como valiente, vencido y prisionero. No en vano llamaron á Boabdil desventurado.

Llevó la triste nueva á Granada el leal Cid Caleb, que hizo á Aixa y á Moraima la triste relacion de la derrota, y la desgraciada madre que tan rudo golpe sufria, tuvo bastante entereza para escuchar hasta los menores detalles, transida de dolor, pero sin que una lágrima corriese por sus mejillas denunciando su pena.

Divulgada bien pronto la triste nueva por toda la ciudad, olvidaron

los granadinos al vencido para pensar solo en buscarle sucesor, y como con tan rudo golpe el partido que habia ensalzado á Boabdil, quedaba completamente desprestigiado, presentándose Muley en la Alhambra, fácilmente se vió restablecido en su trono. Ni un solo alcaide osó resistir al anciano monarca: solo Aixa, la inflexible sultana, teniéndole en poco, retiróse con sus tesoros, sus doncellas y sus esclavos al palacio del Albaicin, por no morar bajo el mismo techo que prestaba abrigo á su aborrecida rival.

Boabdil entre tanto continuaba prisionero, aunque habia sido trasladado con el mayor decoro y las mas delicadas atenciones, desde Lucena á Córdoba, y desde esta antigua corte del califato español á la fortaleza de Porcuna. Los cariñosos consuelos de Aixa llegaban hasta su prision en sentidas cartas, llenas de ternura y de esperanzas, recomendándole siempre resignacion y prudencia, y haciéndole sagaces prevenciones acerca de la conducta que debia observar con los reyes D. Fernando y Doña Isabel para conseguir la libertad. «Que el temor, le decia, no oprima tu corazon ni aflija tu semblante, para que asi conozcan los poderosos príncipes de Castilla y Aragon que nunca has dudado de su magnanimidad: diles que ha tiempo pensabas ponerte bajo su proteccion y recibir de sus manos el cetro de Granada, como Jusef, su abuelo, de las de D. Juan II, padre de la augusta Doña Isabel.»

De este modo la incansable sultana preparaba sus planes para conseguir la libertad de su hijo, despachando al mismo tiempo para D. Fernando, que estaba en Córdoba, una comision de los magnates granadinos que le eran adictos, á fin de conseguir que se abriesen las prisiones del Zogoibi, pidiendo favor al mismo tiempo contra Muley y ofreciendo en cambio vasallage á la corona de Castilla, un tributo anual, crecido rescate, y la libertad de cuantos cautivos cristianos estuvieran prisioneros en las villas, lugares y fortalezas granadinas. De tal modo Aixa, arrastrada por su amor maternal y por el deseo de la venganza, preparaba sin conocerlo la pérdida de su patria; conducta que sin embargo puede encontrar disculpa en el bárbaro encono

de Muley, que ofreció á D. Fernando la libertad del Conde de Cifuentes y de otros nueve prisioneros distinguidos, si se le entregaba muerto ó vivo á Boabdil.

Aceptadas, despues de oir el parecer de la Reina Católica las proposiciones de Aixa, obtuvo el Zogoibí la libertad, dejando en rehenes á su propio hijo, y regresó á Granada hallando en la frontera de este reino caballeros de su partido y pages y esclavos, enviados secretamente por Aixa, para que entrase en el disputado territorio con todo el aparato y cortejo de soberano.

Sin detenerse en los pueblos del tránsito que le recibian con mas indiferencia de la que él esperaba, llegó á la ciudad del Genil, donde la sultana Aixa, ya por medio de dádivas, ya halagando la ambicion de unos ó excitando los rencores de otros, mantenía en el palacio del Albaicin el fuego de la conspiracion en favor de su hijo. Antes del alba se halló, sin obstáculo, al pié de los muros del palacio, donde le recibieron en sus brazos la severa Aixa y la afligida Moraima; y mientras sostenia esta tiempo y deseo de contemplar á su esposo, restituido á su familia cuando le creian perdido, Aixa, convocó á sus parciales y escitándoles á la lucha, hizo que cayesen sobre la Alhambra tremolando el pendon de guerra.

Horribles escenas siguieron al impetuoso ataque de los partidarios de Boabdil, que ensangrentaron durante tres dias las calles de Granada, y acaso hubiéranse esterminado en aquella civil lucha unos y otros contendientes á no haber mediado alfakies y ancianos respetables, que obtuvieron al fin se celebrase un convenio, en virtud del cual, Boabdil pasaria á establecerse como rey en Almería, quedando Hazen en Granada.

Desgraciadas empresas contra los cristianos, acometidas por Muley, y repetidos triunfos obtenidos por los guerreros de Isabel y Fernando, escitaban de nuevo los enconados ánimos de las opuestas banderías en Granada, acusándose recíprocamente de los infortunios de su patria, que unos y otros llevaban con igual empeño al precipicio. Postrado en cama y casi ciego Muley, poca oposicion hubiera ya

podido presentar á los deseos de su hijo, si el Zagal, apoyado por la poderosa familia de los Almayares y Venegas, no mantuviese con su astucia y con su valor el prestigio de su partido.

Decidido á concluir de una vez aquella terrible contienda apoderándose de Boabdil, marchó á Almería, y habiéndole dado entrada en la plaza los mismos que debieran defenderla, llegó hasta el alcázar, buscando por todos sus aposentos á Boabdil. Aixa, en cuyo varonil corazon jamás tuvieron entrada la flaqueza ni el miedo, salió al encuentro de su cuñado, y lejos de implorar su clemencia, manifestóle con serena calma, que en vano buscaba á su hijo, pues estaba ya en lugar seguro y disponiendo los medios de vengarse.

En la explosion de su ira, el Zagal desnudó el alfanje é hirió de muerte al tierno Aben-Haxig, hermano de Boabdil, no atreviéndose sin duda á hacer lo mismo con Aixa, cuyo maternal corazon acababa de destrozar tan rudamente y contentándose con reducirla á prision; pero sin que la viese ni en uno ni en otro caso dar la mas ligera muestra de debilidad ó de temor. Solo cuando el acero del bárbaro Zagal se ensangrentó en las delicadas carnes de Haxig, tomó la actitud de una leona que defiende sus cachorros, y fué necesario todo el esfuerzo de los fieros soldados que seguian al hermano de Hazen para sujetarla y prenderla.

Prevenida Aixa por un espía, antes de la llegada del Zagal, habia puesto en salvo á Boabdil, y éste corriendo por caminos estraviados, llegó á Córdoba á implorar el auxilio de los reyes cristianos. No tardaron estos en concedérselo, viendo en cada una de aquellas disensiones seguros adelantos para la proyectada conquista; y al mismo tiempo que los fronteros de Ecija y Jaen hacian entradas en el territorio granadino, llegando el Conde de Cabra hasta las puertas de la capital, Fernando é Isabel apercibian un ejército numeroso, dispuesto de todo lo necesario para una campaña prolongada.

Emprendida esta con éxito satisfactorio para las armas de la cruz, dió por primero y fecundo resultado la toma de Ronda, con lo cual alborotados los ánimos en Granada, estalló nueva insurreccion á la

que, ya libre de sus prisiones, no fué estraña Aixa; esta vez sin embargo no logró reponer en el trono á Boabdil, porque el pueblo siguiendo las exhortaciones de un fakí, aclamó rey al Zagal, abdicando en él la corona el viejo Muley-Hazen.

Con algunos prósperos sucesos distinguió los primeros dias de su mando el nuevo monarca; pero la muerte de Muley, acaecida en Octubre de 1485, cambió completamente la faz de los acontecimientos, precipitando el triste desenlace de aquella lucha.

Hallábase Boabdil en Córdoba, mientras Aixa no dejaba de animar en Granada á sus parciales, cuando recibió la noticia de la muerte de Hazen, por cartas de la sultana, en que esta le aconsejaba aprovechase la ocasion de restituirse al trono de sus mayores. Trasladóse inmediatamente Boabdil á la disputada ciudad, y como Aixa para desprestigiar al Zagal, hubiese hecho correr la voz de que Muley habia muerto envenenado por su hermano, la indignacion contra este sucedió al antiguo entusiasmo, reanimáronse los partidarios del Zogoibí, y á punto estaba de estallar nueva y sangrienta contienda en las calles de Granada, cuando los ancianos y padres de familia, que temian ver reproducidas las escenas horribles de las lides pasadas, consiguieron que los opuestos partidos viniesen á un pacífico acuerdo, reinando el tio y el sobrino simultáneamente, el Zagal, en Almería, Málaga, Velez, Almuñecar y la Alpujarra, y en Granada y todo el resto del territorio, Boabdil.

No habia contado éste para hacer aquella division de sus reinos con el Rey católico, de quien, segun ya vimos, era tributario; y encontrando en ello el monarca cristiano pretexto para la guerra, interpretó la conducta del Zogoibí como un rompimiento, y emprendió ya decididamente la campaña, resuelto á no dejar la espada hasta ver abatidos los pendones del profeta en las torres de la Alhambra.

Durante aquella campaña, tan gloriosa para los cristianos como desgraciada para Boabdil, Aixa fué siempre la que en los momentos de mayor peligro é incertidumbre, animaba á su hijo; ayudábale á vestir el arnés de guerra para que marchase al combate; alentaba á sus soldados con premios y recompensas que ella misma les concedia;

era en fin el alma de todas las empresas; y el partido que opinó constantemente por una heroica resistencia, prefiriendo la muerte antes que conservar la vida á costa de una vergonzosa resistencia, tuvo siempre en la altiva sultana el mas decidido apoyo. Los últimos resplandores de la estrella del Islam, próximos á extinguirse en nuestra patria, reflejaban en la serena frente de Aixa.

Pero, desgraciadamente para su pueblo, aquellos postreros esfuerzos eran ya estériles. Ella misma, sin conocerlo, habia ido preparando los acontecimientos, para que diesen aquel fatal resultado; y cuando echaba en cara á su hijo con demasiada frecuencia la desgraciada suerte de su pueblo, pudiera haber recordado, que las civiles discordias, atizadas por sus zelos y su amor maternal, le habian traído á tan desesperado extremo.

Los sufrimientos de aquel espíritu altivo y de aquel corazon indomable el dia de la entrega de Granada, son indescriptibles. Serena sin embargo al llegar delante de los reyes acompañando á su hijo y al entregarles éste las llaves de la ciudad contrastaba la severidad de Aixa con el humilde porte de Boabdil. Mientras éste decia á D. Fernando: «Tuyos somos, rey poderoso y ensalzado; estas son, señor, las «llaves de ese paraíso; recibe esta ciudad, pues tal es la voluntad de «Dios,» Aixa se limitó á hacer una grave cortesía pasando adelante, sin cruzar siquiera una palabra con los vencedores; y cuando al trasponer la triste comitiva las alturas del Padul en una breve colina desde la cual se divisa el incomparable panorama de Granada y su vega, Boabdil se detuvo derramando lágrimas al contemplar por última vez su perdida patria, Aixa, advirtiendo la debilidad del Zogoibí le reprendió, exclamando: «Haces bien en llorar como muger, ya que no has sabido defenderla como hombre.»

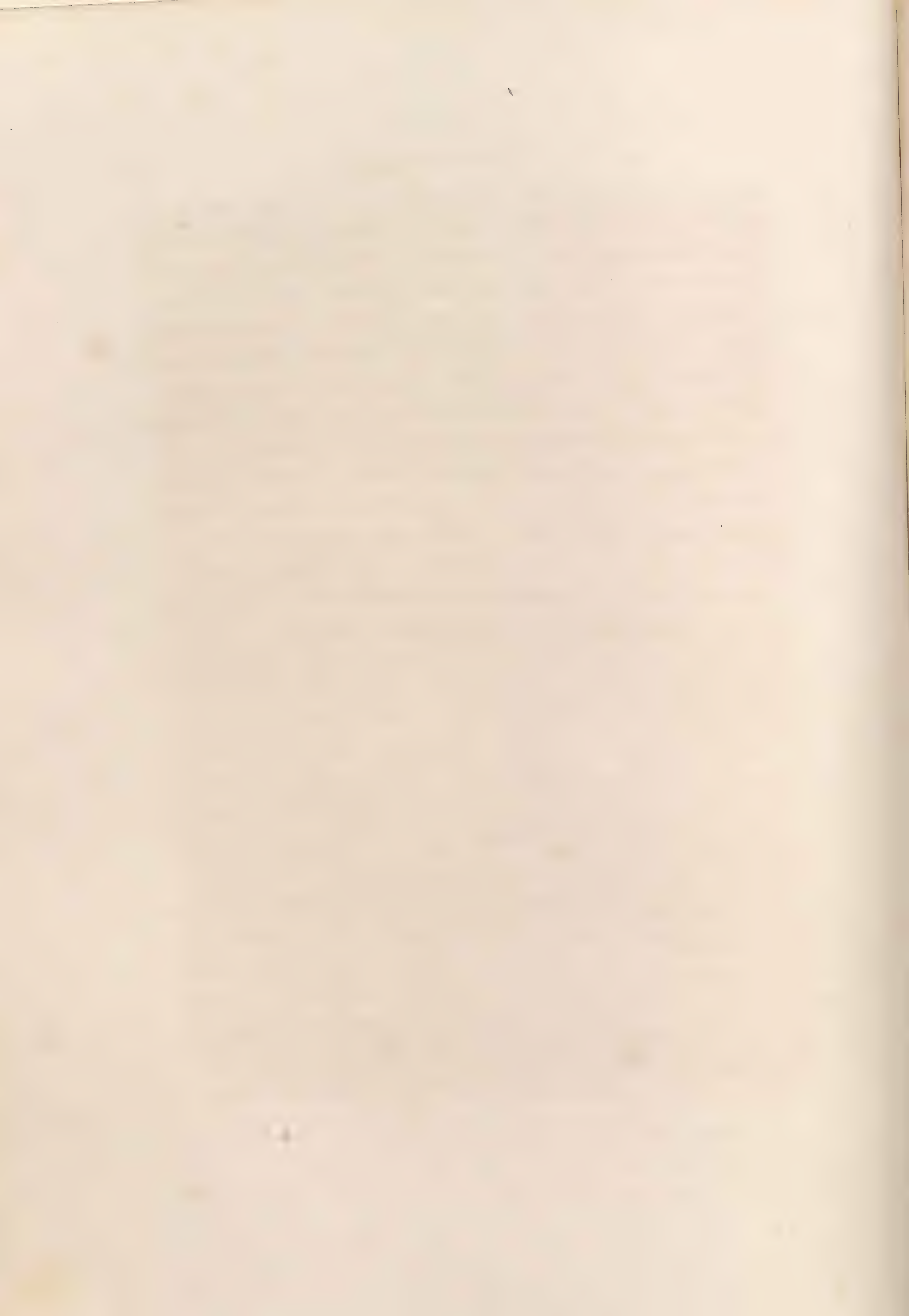
Desde este momento los acontecimientos de la vida de Aixa dejan de ocupar un lugar en la historia. Retirada al lado de Boabdil, vivió en Andara y partió con él á Africa en 1493, sin que vuelvan á tenerse noticias de aquella desgraciada reina, digna de mejor suerte.

Aixa hubiera podido salvar los restos del imperio musulmico en

España, si hubiera logrado ser apreciada y comprendida por su infiel esposo; si su hijo, mas desgraciado que culpable, hubiera tenido las altas dotes de rey y de general que le faltaban por mas que individualmente fuera un guerrero valiente y esforzado; si su pueblo, atendiendo mas á la causa de la patria que al encono de los partidos, hubiera pospuesto el miserable deseo de ocupar un efímero mando á la gloriosa empresa de asegurar la independencia de la patria; si hubiera tenido al mismo tiempo enemigos más fáciles de combatir que D. Fernando V. de Aragon y Doña Isabel 1.^a de Castilla.

Ojalá sirviera de enseñanza á otros pueblos, el fatal resultado que á lós granadinos produjeron sus civiles contiendas y el fraccionamiento de sus fuerzas por pequeñas ambiciones de mando.

La memoria de Aixa ha pasado á la posteridad, rodeada del profundo respeto que merecen siempre al historiador, los personajes célebres, afligidos durante su vida con altos infortunios.





Lit. de J. Donon. Madrid.

MUJERES CÉLEBRES

MORAIMA.

MORATNA.

MORAIMA.

Tórtola blanca de azulados ojos,
perla robada del peñon de Loja;
flor de la Alhambra de su bosque ameno
cándida corza:
bella sultana, creacion aérea
de mi alma triste que en los aires mora
¿dónde me ocultas tus celestes ojos
garza paloma?

.
Duerme y no vayas al salon sombrío,
donde Aixa escucha de Kaleb á solas
las de tu padre y de tu esposo aciagas
negras historias,
duerme y no vayas á Kaleb no escuches,
hija sin padre, sin esposo esposa;
su voz aterra, su relato eriza:
duerme, no le oigas.

(ZORRILLA. *Poema oriental de Granada.*)

La triste figura de Moraima se presenta en las últimas páginas de la historia de los árabes, contrastando con la altiva y severa de Aixa, la inflexible esposa de Muley, la muger varonil en cuyo pecho nunca encontró cabida el temor. Moraima por el contrario habia nacido solamente, como nacen las flores, para embalsamar la vida del hombre con el perfume de su amor. Toda pasion, toda ternura, tuvo siempre en menos el brillo de la corona, que el amor de su esposo, á quien amaba con toda la efusion de su alma de niña. Hija del bravo Aliatar, aquel alcaide de Loja, cuya figura se destaca noblemente en el fondo de intrigas y de rencillas que forman el tristísimo cuadro de

los últimos tiempos de Granada, cautivó el corazón de Boabdil y en breve fué su esposa, habiendo tenido que engalanarse con joyas y vestidos prestados el día de sus bodas, porque Aliatar en su patriotismo, y á pesar de las rentas que le producía su señorío de Zagra, vivía siempre pobre, aplicando todos sus caudales al sostenimiento de un ejército completamente suyo, al frente del cual sembraba el terror en las comarcas cristianas.

Blanca de color, con esa palidez mate de que todavía se conservan hermosos recuerdos en las hijas de Granada; reflejándose en el color de sus ojos el azul del cielo; rubio el cabello, con ese indefinible color que tanto dista del rojo como del rubio casi incoloro, cabello blando de hebras de seda bañado en rayos de luz; y de cuerpo tan gentil como la palmera de los valles del Hegiar, era Moraima la verdadera encarnación del sueño de un poeta, pero no de un poeta oriental que solo encuentra en sus delirios mugeres de tentadora hermosura, sino el sueño de un poeta del Norte, sueño ideal, aéreo, vagoroso; muger de aquellas á las que no se quisiera ni aun dar este nombre porque no basta para determinarlas; era Moraima en fin de esos seres que parecen enviados á la tierra para demostrar al hombre, que vive solo en el mundo de la materia, el «mas allá» impalpable é infinito, del mundo del espiritualismo y del sentimiento.

Muger de tales condiciones ¿cómo había de tomar parte en las ambiciosas luchas á que se lanzaba Boabdil, impulsado por Aixa? Para ella, el mundo estaba limitado al amor de su esposo y de sus hijos, y así era que siempre que Boabdil partía para la guerra, solo sabía llorar recibiendo palpitante de emoción cuando regresaba, no porque volviese triunfante, sino porque volvía.

Tristísimo presentimiento oprimió el corazón de Moraima al salir Boabdil de Granada para la fatal expedición de Lucena. Bañada en lágrimas, en vano quiso ocultarlas y disimular sus celos al ver partir al escogido de su corazón; y cuando separado de sus brazos bruscamente por Aixa, Boabdil salió del alcázar al frente de sus bravos escuadrones contemplándole la sensible mora desde el *mira-*

dor de las sultanas, é inmóvil como la estatua del dolor, no apartó su vista del ejército, que se extendia por la vega, hasta que desapareció lentamente, oculta por las brumas de los lejanos horizontes la apuesta figura de Boabdil, cuya cimera sobresalia hermosa y gallarda entre todas las de los caballeros granadinos.

Los siniestros augurios de Moraima viéronse por desdicha cumplidos: en la batalla de Lucena perdió á su padre y quedó prisionero su esposo; y si mas adelante consigue éste recobrar su libertad, es á costa de la de su hijo, que tiene que quedar en rehenes, arrancado del tierno regazo de la sensible sultana.

Desde entonces la vida de Moraima fué una série no interrumpida de tormentos. Ella, nacida para los tranquilos placeres de una vida ignorada y feliz, veíase impulsada por los opuestos torbellinos que arrastraban á su esposo, ya en las luchas civiles, ya en la exterior con los cristianos; y en aquella larga série de sufrimientos solo hubo un dia feliz para la madre, que fué el mas desgraciado para la Reina. El dia de la entrega de Granada, al abandonar para siempre su ciudad, recibia Moraima de manos de Doña Isabel á su inocente hijo. ¿Qué dicha mas grande para una madre que como la triste Moraima solo tenia corazon para amar?

Retirada despues con su esposo en Andarax, gozó acaso la triste hija de Aliatar los mas tranquilos instantes de su vida, y asi fué que cuando por intrigas del traidor Aben-Comixa, tuvo que trasladarse Boabdil á Africa, la dulce y tierna Moraima, no pudiendo sufrir tantos pesares, aquejada de abatimiento y de tristeza, reclinó su frente en el pecho de su esposo, y durmióse tranquila con el último sueño de las almas buenas.

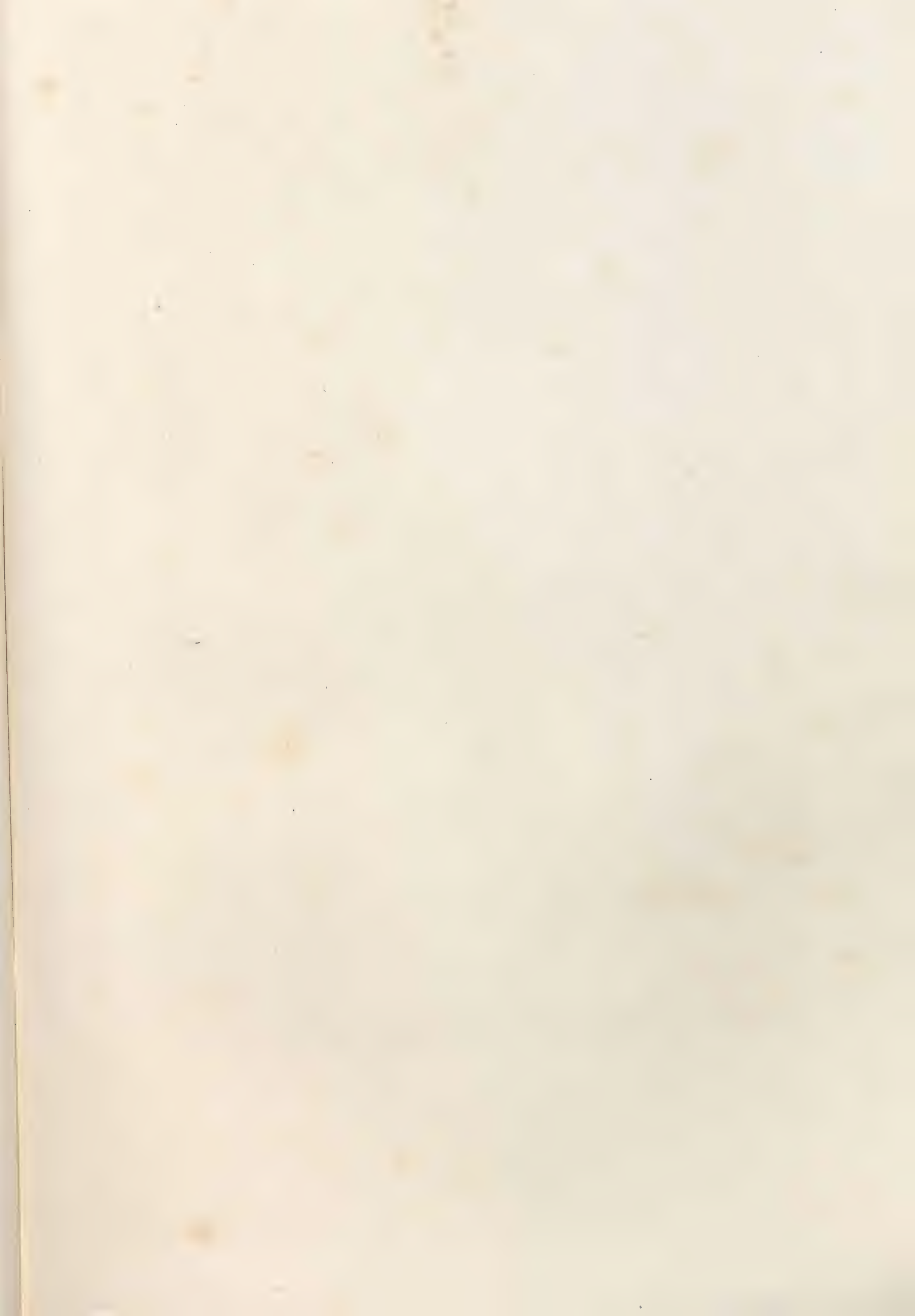
Tan triste y breve fué la historia de Moraima; nacida solo para sentir y amar, murió víctima de su mismo sentimiento. Jamás baja pasion alteró su pecho: una vez sola al ver preso en el castillo de Lucena á Boabdil, creyó que infiel la olvidaba en brazos de otra rival, y aun entonces su pena solo se manifestó por algun momento de delirio, durante el cual, vagando por los perfumados jardines de la Alhambra,

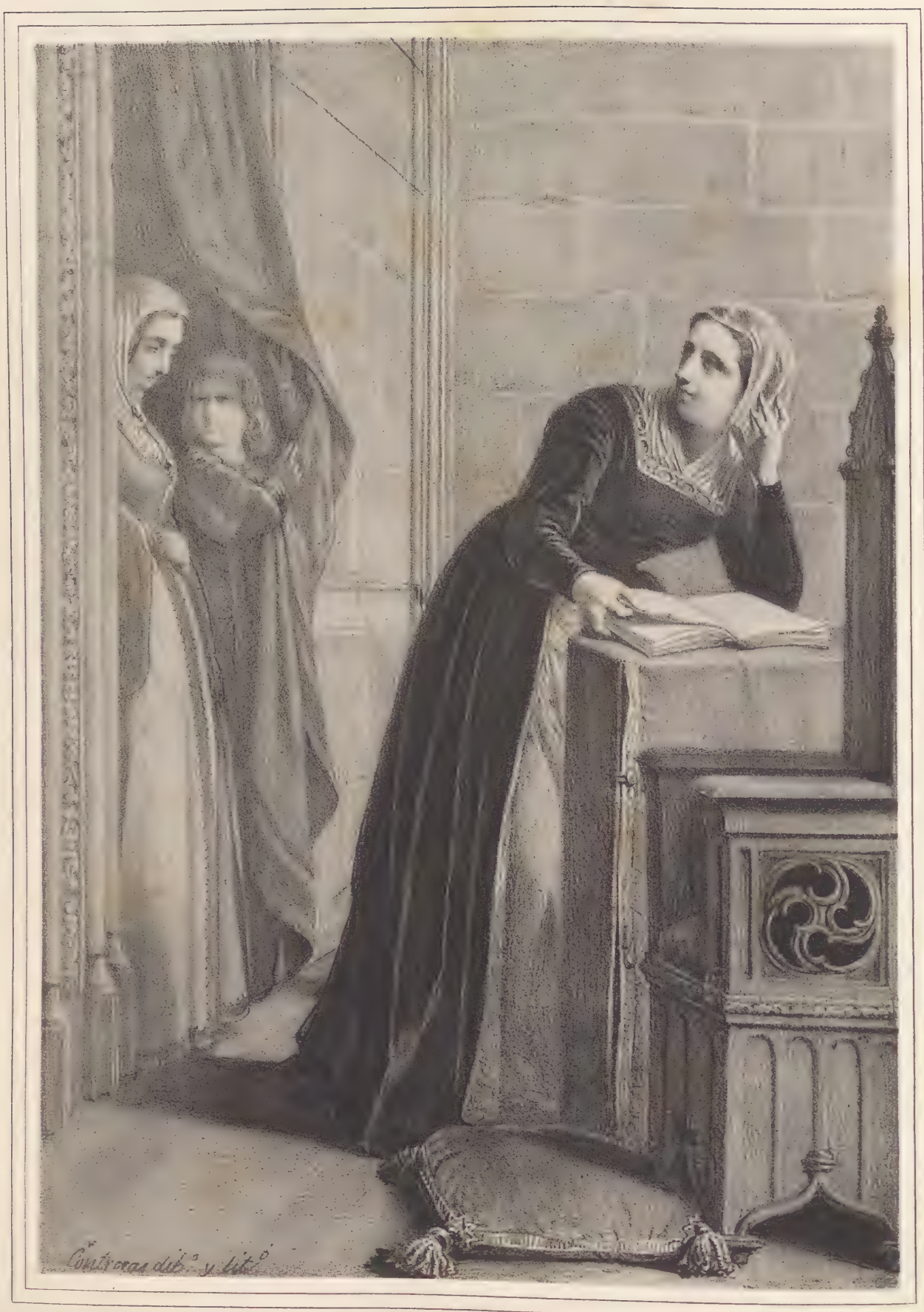
creyó ver en la cristalina superficie del agua, que reflejaba su hermosa imágen, la figura de su rival. Pero aquella sospecha pasó con el delirio del sueño, de tal suerte, que ni aun siquiera procuró indagar si era cierta, abstraída solo en la idea de abrazar de nuevo al hombre de sus amores.

Los que busqueis solo la celebridad en esos hechos que conmueven profundamente el corazon por lo estraordinarios, pasad, y apenas os fijeis en la breve historia de Moraima; pero los que ameís esa desconocida música que escribe con melancólicas notas el sentimiento, deteneos al escuchar su nombre, y consagrad, si sois poetas, una de vuestras sentidas inspiraciones á su recuerdo; si sois artistas, uno de vuestros mas espirituales cuadros á su ideal hermosura; si sois desgraciados, una lágrima á su memoria.

« Tórtola triste que en el sauce umbrío
tu amor perdido solitaria lloras :
ráfaga helada que en el ciprés gimiendo
lúgubre azotas :
son temeroso con que el mar airado
fiero amedrenta la desierta costa ;
eco del viento que las huecas ruinas
cóncavo asordas ;
dadme de vuestros funerales ruidos
las mas siniestras y dolientes notas
para que en torno de la Alhambra eleve
fúnebre trova ¹. »

¹ Zorrilla. Poema citado.





Lit de J. Donon Madrid.

MUJERES CÉLEBRES.

D^a BEATRIZ GALINDO (LA LATINA)



THE BRIDGE

THE BRIDGE

DOÑA BEATRIZ DE GALINDO.

Entre los nombres de las mugeres sabias y eruditas que durante el reinado de Isabel la Católica, demostraron cuanto puede el ejemplo del jefe del Estado, para que reformadas las costumbres se convierta de ligero y desmoralizado, en previsor y virtuoso, de ignorante y rudo en ilustrado y culto, sobresale el de aquella muger singular á quien por su especial saber en el idioma y la literatura del Lacio, se dió el honroso sobrenombre de *la latina*. Ofreciendo en aquella época notable y fecundo ejemplo, ilustres damas españolas, segun ya indicamos en la biografía de Isabel la Católica, eran las primeras en seguir el movimiento intelectual, tan poderosamente iniciado por la Reina de Castilla. Doña Maria Pacheco y la Marquesa de Monte-agudo, daban con su instruccion nuevo lustre á la esclarecida familia de Mendoza, mientras en una cátedra de Alcalá se escuchaban las elocuentes lecciones de retórica de la hija del historiador Lebrija, y en otra de Salamanca, enseñaba la docta Doña Lucia de Medrano los clásicos latinos.

Doña Beatriz Galindo, sin embargo, distinguióse entre todas ellas, considerándose con razon como una de las mugeres mas sabias que han vivido en España.

Hija de una familia antigua y distinguida, originaria de Zamora, dispútanse la honra de haberle servido de cuna el año de 1475, Madrid y Salamanca, aunque la segunda tenga en su apoyo la opinion mas generalmente seguida.

Niña era todavía de ocho á diez años, y ya su decidida aficion á las letras se manifestaba de tal modo que en los ratos de esparcimiento,

en lugar de entregarse á juegos infantiles, se ocupaba solo en la lectura de cuantos libros podia obtener. Destinada al claustro, y á fin de que comprendiese las oraciones de la Iglesia, enseñáronla sus padres la lengua latina; y con tal rapidez adelantó en su estudio, con tal asiduidad se dedicó en seguida al de los antiguos clásicos, que á los diez y seis años, y en aquella época en que Salamanca era llamada y con razon, la Atenas española, alcanzaba Doña Beatriz un renombre envidiable por sus especiales conocimientos. Consagrada despues con el mismo afan al estudio de la filosofía y otras varias ciencias humanas, hizo en ellas tan rápidos progresos, que en breve fué considerada *la latina* como un verdadero prodigio de instruccion y de talento.

Con esto la fama de aquella jóven singular llegó á la corte: Doña Isabel que tanto distinguió siempre á las personas de verdadero mérito quiso conocerla; y al ver la extension de sus conocimientos, la nombró su maestra en la lengua y literatura latina.

Dedicada desde entonces exclusivamente á la enseñanza de la Reina, la hizo ésta en breve su camarera, honrándola con su íntima confianza y haciéndola que olvidase sus primeros propósitos de dedicarse al claustro, pues comprendia bien aquella princesa, tan ilustrada como piadosa, que igualmente puede servirse á Dios en todos los estados de la vida. Mas adelante en 1495, y queriendo darla un esposo digno de ella, la enlazó con el célebre D. Francisco Ramirez de Madrid, aquel distinguido jefe de la artillería de los ejércitos españoles, que tantas pruebas de su inteligencia y de su denuedo habia dado en la guerra de Granada. Pocos años gozó sin embargo de la felicidad conyugal que le ofrecian las buenas prendas de su esposo, tan esforzado campeon como cumplido caballero. Peleando con los moriscos rebelados en Sierra Bermeja, murió en el año de 1501, y Doña Beatriz quedó viuda cuando apenas contaba veinte y seis años de edad, sin que volviese á dar oidos á las amorosas palabras que varios señores de la corte le dirigieron, porque siempre decia, que la fidelidad de los esposos debe durar aun mas allá de la muerte.

El cuidado de dos tiernos hijos que le recordaban constantemente

al compañero de su vida; el servicio de los reyes y el estudio de las ciencias, ocupaban exclusivamente su atención sin dejarle espacio para livianos pensamientos. Mas de una vez los mismos reyes, conociendo su prudencia y sabiduría, la consultaban en graves negocios de Estado, y eran tales las distinciones que merecía á Doña Isabel, que mas bien podia considerarse como su amiga que como su camarera. Y es que la Reina comprendia, al tributarle tantos honores cuanta es la gratitud que debemos á nuestros maestros, verdaderos padres de nuestra inteligencia, como lo son de nuestra vida los que nos dieron el sér.

Doña Beatriz pagaba tantas distinciones con el mas entrañable cariño; y cuando en 1504 cerró sus ojos á la luz para siempre la Reina Católica, su compañera y antigua maestra fué acompañando sus restos hasta la ciudad de Granada, sufriendo las horribles penalidades de aquellas tristísimas jornadas, y dando con ella á su régia discípula la última prueba de su profundo amor.

Después, retiróse á Madrid donde sin fausto ni ostentacion alguna vivia completamente retirada del mundo, consagrada á la educacion de sus hijos, y á obras piadosas y de caridad. La muerte de aquellos pedazos de su corazon acabó de sumirla en el aislamiento mas profundo, del cual quiso sacarla en vano repetidas veces el Rey Católico, que solo pudo conseguir le contestase, con su acostumbrada prudencia y sabiduría, á las cartas con que en repetidas ocasiones le consultaba sobre negocios de Estado.

A imitacion de aquella gran Reina, que al visitar los hospitales daba el cristiano ejemplo de servir por su propia mano á los pobres, habian concebido Doña Beatriz y su esposo el proyecto de fundar en Madrid, bajo la advocacion de la Concepcion, un hospital para los pobres, y á fin de darle la estabilidad y consistencia debidas, no solo habian obtenido el permiso de los reyes, sino que siguiendo las piadosas costumbres de la época, habian impetrado del Pontífice Alejandro VI la oportuna bula de ereccion, obteniéndola tan cumplida, que no solo alcanzaban sus privilegios y exenciones á los ministros de

aquella casa, sino que se derramaban á manos llenas las indulgencias sobre los enfermos que á ella se acogian y pasaban de esta vida.

Muerto gloriosamente el ilustre general de artillería, Doña Beatriz consagró sus cuidados á dar cima á aquel benéfico proyecto, y tanto empeño puso en ello que al comenzar el siglo XVI, veia terminada la fábrica del hospital, exhornándole con monumental portada, en 1505. Para el servicio de aquel benéfico establecimiento adoptó las convenientes disposiciones, dictadas todas por la caridad y la prudencia. Doce camas estaban siempre dispuestas para recibir otros tantos enfermos seglares, y en departamento separado hallaban asilo hasta seis sacerdotes dolientes ó personas de calidad á quienes affigiera la desgracia; cinco dueñas, llamadas de la caridad cristiana, tenian á su cargo la asistencia y cura de los acogidos; y gobernaba el hospital como jefe espiritual un sacerdote designado con título de rector, á quien auxiliaba un capellan, asistiendo continuamente á la casa.—Un médico, un cirujano y un boticario formaban la dotacion científica del hospital; cuya administracion quedaba á cargo de un mayordomo á quien obedecian los demás dependientes. Todos tenian habitacion en el mismo edificio con lo cual atendia Doña Beatriz á la puntualidad del servicio de los pobres, convencida de que la caridad no merece realmente este nombre, sino la distingue la solicitud mas acendrada.

El hospital de la *Concepcion* ó DE LA LATINA, nombre que recibió desde luego del pueblo de Madrid en recuerdo de su sabia fundadora, asi estatuido y organizado, cumplió desde luego los evangélicos fines á que Francisco Ramirez y la sabia maestra de Isabel la Católica aspiraban; y rodeado del respeto y de la estimacion pública, ha llegado á nuestros dias salvándose de las vicisitudes de los tiempos. Ambos esposos habian unido tambien su nombre fundando un monasterio con el título de la Concepcion, y pasados algunos años establecia Doña Beatriz otra casa de religion, asimismo bajo el nombre de la Concepcion, distinguiéndose la de la calle de Toledo, con el nombre de la Concepcion Francisca y la otra, hoy subsistente en la calle que de dicha casa religiosa toma tambien su nombre, con el de la Concepcion

Gerónima. En este último se hallaba Doña Beatriz, ya muy combatida, mas por los pesares que por los años, cuando Carlos I, recién llegado de Flandes, fué á visitarla y á escuchar su consejo, sobre árdüos asuntos de la gobernacion de España.

En tales fundaciones, en grandes limosnas y en obras siempre de beneficencia, invertia Doña Beatriz su patrimonio, conservando las mas puras y ejemplares costumbres, y siendo la gloria y el honor de su sexo hasta que murió en Madrid en 23 de Noviembre de 1534.

Enterrada en la iglesia del ya citado convento de la Concepcion Gerónima, al lado del suntuoso sepulcro de mármol que habia erigido para su esposo, obras artisticas ambos sepulcros, las mas preciosas que posee la villa de Madrid del estilo del renacimiento, duerme aquella sabia española, su último sueño al lado del que amó en vida, sirviendo la inscripcion de su sepulcro de permanente y ejemplar recuerdo para las damas españolas.

«AQUI YACE BEATRIZ GALINDO, LA CUAL DESPUES DE LA MUERTE DE LA REINA CATÓLICA, SE RETIRÓ EN ESTE MONASTERIO Y EN EL DE LA CONCEPCION FRANCISCA DE ESTA VILLA, Y VIVIÓ HACIENDO BUENAS OBRAS HASTA EL AÑO 1534 EN QUE FALLECIÓ ¹.»

Doña Beatriz dejó escritas varias *notas* sobre los antiguos *commentarios à Aristóteles*, y diferentes *poesias latinas*, de cuyas obras desgraciadamente ninguna ha llegado hasta nosotros. Mencionan sin embargo su recuerdo, con merecidas alabanzas, escritores como Marineo Siculo, que la llama *consejera de los Reyes Católicos*, y Gonzalo Fernandez de Oviedo que consigna como una alta

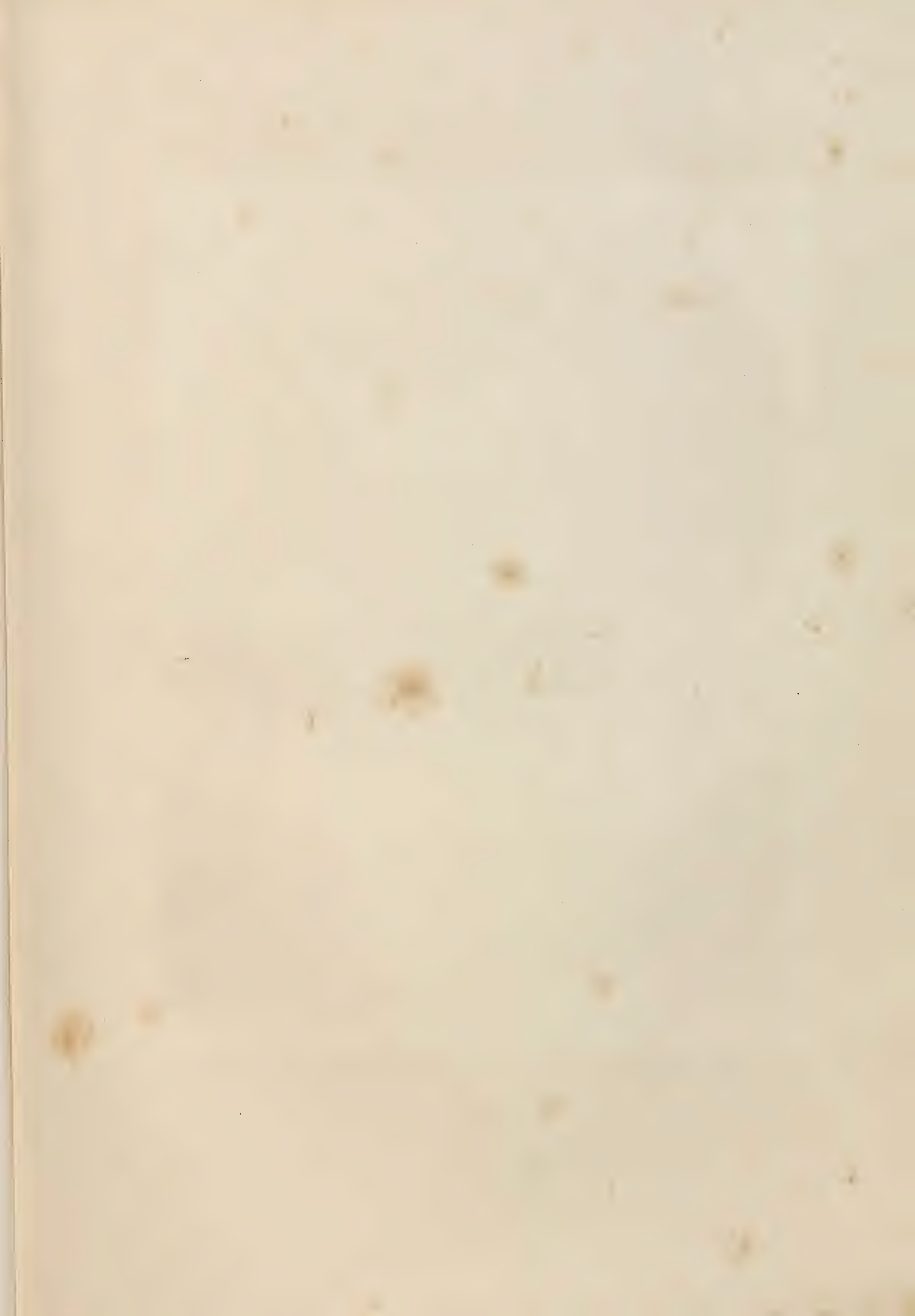
¹ El cadáver de su esposo Francisco Ramirez de Madrid fué hallado entre montones de muertos y completamente desfigurado, por los soldados que envió despues á Sierra-bermeja el rey Católico: conducido á un monasterio que habia fundado en Málaga, fué de allí traído á la capilla que habia consagrado en Madrid á San Onofre, y últimamente se trasladó por su esposa D.^a Beatriz á la capilla mayor del monasterio de la Concepcion; origiéndole suntuoso sepulcro de mármol en el que se lee la inscripcion siguiente :

«ESTE MONASTERIO Y EL DE NUESTRA SEÑORA DE LA CONCEPCION DE LA ÓRDEN DE SAN FRANCISCO DE ESTA VILLA Y EL HOSPITAL QUE ESTÁ JUNTO Á ÉL FUNDARON Y DOTARON LOS SEÑORES FRANCISCO RAMIREZ Y BEATRIZ GALINDO, SU MUGER, AL QUAL FRANCISCO RAMIREZ DESPUES DE HABER SERVIDO A NUESTRO SEÑOR Y Á LOS REYES CATÓLICOS DE GLORIOSA MEMORIA, DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL, SIENDO CAPITAN GENERAL DE LA ARTILLERÍA EN LA GUERRA DE GRANADA, LE MATARON LOS MOROS, QUANDO SE REVELARON EN SIERRA-BERMEJA AÑO DE MIL QUINIENTOS UNO.

honra el haberla conocido. Despues del testimonio de estos claros varones, difícilmente se abrirá historia alguna que trate de los sucesos de nuestra patria, en la que no aparezca, entre merecidas alabanzas, el nombre de esta ilustre española, cuya celebridad estriba en las firmes bases de la ciencia y de la virtud.

DOÑA JUANA JUAREZ DE TOLEDO.

En la obra de varones ilustres de España, escrita por el tantas veces citado, Marineo Sículo, menciona y alaba este concienzudo historiador el valor de Doña Juana Juarez de Toledo, esposa de aquel famoso Juan de Ribera, á quien los reyes católicos enviaron á Francia á pedir al Rey la restitucion del Rosellon, y que supo rechazar con el decoro que da la virtud, los presentes con que el soberano extranjero queria obsequiarle, no creyese, si los aceptaba, que pudiera favorecerle. Defendiendo despues los pueblos de Cantabria, alcanzó tambien como Gonzalo de Córdoba el renombre de *Gran Capitan*; y su esposa Doña Juana, mostrándose digna compañera de aquel valiente, defendió en ausencia de Rivera en Montemayor, el paso por aquella parte que el Rey de Portugal queria forzar á la cabeza de un poderoso ejército; y despreciando como su esposo las ricas ofertas del monarca lusitano, le hizo ver que si incorruptible era D. Juan, incorruptible tambien era la compañera de su existencia. Desgraciadamente no tenemos mas noticias de esta ilustre española, pero ellas solas son mas que suficientes para justificar la merecida fama con que la posteridad guarda su memoria.





J. Vallejo, dibº y litº

Lit de J. Donon. Madrid.

MUJERES CÉLEBRES.

D.^A JUANA LA LOCA.

LIBRO TERCERO.

EDAD MODERNA.

DONNA JUANA LA LOCA.

LIBRO TERCERO.

EDAD MODERNA.

DOÑA JUANA LA LOCA.

Apenas el rey D. Fernando quedó viudo y privado, en lo que concernia al gobierno de Castilla, del ascendiente que sobre sus vasallos todos habia sabido grangearse la incomparable Doña Isabel, para no dar motivo á desconfianzas, antes bien queriendo mostrar que habia tenido alguna parte en sus postreras resoluciones, la tarde misma del dia en que falleció la inmortal señora, mandó proclamar á sus sucesores é hizo formal renuncia de una corona, que en manera alguna podia pertenecerle. Verificóse el acto levantando con toda solemnidad el pendon real por mano del Duque de Alba y en nombre de Doña Juana y de D. Felipe; y aunque aquella hubiera sido ocasion en otros tiempos de grandes esperanzas y regocijos, en la presente bien indicaban los semblantes la afliccion y el temor que embargaban todos los corazones.

A la proclamacion debia seguir la jura, y tanto para esta ceremonia, como para la aprobacion de las cláusulas que contenia el testa-

mento de Doña Isabel, era forzoso reunir las cortes. Convocólas Don Fernando en nombre de su hija para principios del año próximo (1505); y con efecto el 11 de Enero halláronse reunidos en Toro los procuradores, los grandes y los prelados que debian concurrir á ellas. Prestaron todos el juramento de fidelidad á Doña Juana, como reina propietaria de Castilla, hicieron pleito homenaje á D. Fernando como gobernador del reino, y aprobando cuanto habia dispuesto la difunta Reina, se disolvieron, no sin haber primero elegido de entre los presentes, comisionados que fuesen á participar el voto de las cortes á los nuevos reyes.

Desgraciadamente la verdadera Reina de Castilla no podia continuar la grande obra comenzada por su madre, á causa del lamentable estravío en que su razon se encontraba. — Nacida en 6 de Noviembre de 1479, recibió la sólida educacion que á todos sus hijos daba la gran Reina, distinguiéndose por su claro talento y facilidad para aprender, sobre todo, los idiomas, de tal suerte que hablaba el latin con tal correccion, como si fuese su lengua nativa ¹. A los quince años tratóse su enlace con el archiduque D. Felipe de Austria, hijo del emperador Maximiliano I, y en 1496 pasó á Flandes á unirse con su esposo. Era este príncipe, aunque de pequeña estatura, de tan regulares facciones y distinguido aspecto, que mereció á la posteridad el dictado de *hermoso*, y uniendo á estas cualidades físicas las de una esquisita amabilidad, fino trato y corteses maneras, no es extraño que el impresionable corazon de Doña Juana, concibiese por su esposo una de esas violentas pasiones, que deciden para siempre de nuestra vida. No era en verdad dignamente correspondida la hija de Doña Isabel: el archiduque, viendo en aquel enlace mas la razon de Estado que el amor, pues aspiraba solamente á ceñirse la corona de España, estaba muy lejos de corresponder á la delicada pasion de su esposa y pasaba su vida mas dado á galanteos de lo que á su estado y condicion correspondia. Siempre los celos fueron los mas terribles

¹ Vives. Lib. I. De Institut. Christianæ fœminæ.

enemigos de la razon humana, y la desgraciada Reina de Castilla que en la edad de las ilusiones se vió engañada por el hombre á quien habia entregado toda la ternura de su corazon de niña, al sentir la humillacion del olvido, volvióse loca de amor. Locura sublime, que lejos de apreciar y comprender su ligero esposo, sirvió solo para que la mirase con mayor desden todavía.

Tan triste situacion, que habia contribuido no poco á acelerar la última hora de Doña Isabel, produjo, como era natural, grandes perturbaciones en Castilla, despues de la muerte de la conquistadora de Granada; y los señores y magnates que por la política de los reyes Católicos habian visto mermados sus mal adquiridos bienes y enflaquecido su poderío, resolvieron aprovecharse de aquel triste estado de la Reina, oponiéndose á la regencia de D. Fernando, y queriendo á toda costa que empuñase el cetro D. Felipe, pues, como príncipe jóven, liberal y extranjero, pensaban medrar á su costa.

Con esto el orgullo del austriaco llegó á tanto, que en la entrevista que tuvo en Benavente con su suegro, buscando una reconciliacion provechosa, se presentó altivo en demasia; altivez impropia en quien en rigor no tenia mas autoridad que la que le daba su carácter de esposo de Doña Juana, y mas impropia todavía con el respetable padre de la legítima Reina.

Y llevó á tanto su desabrimiento, que con pretexto del estado de demencia en que se hallaba Doña Juana, no le permitió ver á su padre, teniéndola retraida y sin dejarla salir de la Puebla.

Mas generoso D. Fernando, se retiró á Aragon renunciando todos sus derechos en favor de Doña Juana y D. Felipe, segun habia pensado siempre hacerlo, tan pronto como sus hijos llegasen á España ¹; y apenas el archiduque se vió de esta manera libre de su suegro, todo su afan consistió en que se pusiera en reclusion á la desdichada Doña Juana á pretexto de la enagenacion mental que padecia, entregándole á él solo el gobierno del reino; asi lo propuso á las cortes, que se

¹ Zurita, rey D. Fernando, lib. VII.

hallaban reunidas en Valladolid. Pero quedaban todavía en Castilla dignos procuradores de las ciudades, que sabian hacer respetar los derechos de su verdadera Reina en contra de las inmotivadas ambiciones de un príncipe extranjero, y oponiéndose enérgicamente á la indigna pretension del austriaco, lejos de declarar aquellas cortes lo que D. Felipe deseaba, no hicieron otra cosa sino jurar á Doña Juana como reina propietaria de Castilla y á D. Felipe como su legítimo marido, y despues de ellos al príncipe D. Cárlos, hijo de ambos esposos, como primogénito é inmediato sucesor¹. Por ventura en aquella ocasion, Doña Juana, cuya demencia le dejaba largos y lucidos intervalos, mostróse tan en su acuerdo, que hasta revisó por sí misma los poderes de los procuradores para ver si los llevaban en regla.

No fué sin embargo el acuerdo de las cortes bastante á contener en sus ambiciosos proyectos al flamenco. Prescindiendo completamente de la resolucion de las cortes y de la autoridad de su muger, empezó á despachar por sí solo los negocios del Estado, y mejor diríamos á repartir los cargos y beneficios mas importantes á sus favoritos, señaladamente á los extranjeros, separando para ello sin miramiento ni consideracion alguna, á los antiguos servidores de Doña Isabel.

Tal conducta no podia menos de producir descontento general en Castilla; pero el afecto de los unos y el enojo de los otros habia de durar poco, pues cuando apenas tenia veinte y ocho años de edad, el 25 de Noviembre de 1506, muerte prematura á consecuencia de una fiebre contraida por los escesos de un dia de festines y placeres, cortó en la flor de su juventud la vida de Felipe.

A pesar de las ingratitudes de su esposo, Doña Juana, que tan profundamente le amaba, estuvo sin separarse de él ni un momento durante la enfermedad, y sin que se conociera entonces la enagenacion de su juicio.

Embalsamado el cadáver al uso de Flandes, no se separó de él

¹ Marina Teoría de las cortes. Zurita, loco citato.

tampoco la Reina durante muchos dias: mandó colocarle sobre un suntuoso lecho en una espaciosa sala, vestido con un rico traje de brocado forrado en armiños, una gorra con un joyel en la cabeza, una cruz de piedras en el pecho, y calzado con sus borceguíes y zapatos á la flamenca. — Aquel traje era el que vestia D. Felipe, cuando le vió por primera vez la desventurada esposa. — Asi pasaba los dias y las noches contemplándole sin derramar una sola lágrima y sumida en una completa insensibilidad como si todas las fuerzas vitales de aquel cuerpo, atormentado por el dolor, se hubiesen reconcentrado en el corazon.

Doña Juana solo tenia pensamiento para Felipe: no queria firmar nada: no queria entender en el gobierno. Cuando le hablaban de asuntos de Estado, decia que no la importunasen. La Reina habia desaparecido: quedaba solo la esposa amante, viviendo en las misteriosas regiones del sentimiento.

Hubo un dia sin embargo en que por esa extraña versatilidad que se nota en las inteligencias sin juicio de los locos, Doña Juana se acordó de que era Reina, y al convencerse de las injusticias que habia cometido su esposo durante su vida, llamó á su secretario Lazarraga, y le hizo estender, y firmó con su propia mano, una cédula de revocacion de todas las mercedes que el rey su marido habia hecho, desde la muerte de la Reina Católica, mandando volviesen al Consejo todos los nombrados por D. Fernando y Doña Isabel ¹, despidiendo á los que mas por sus intrigas que por su mérito ocupaban los cargos públicos, y hasta diciendo á alguno de ellos, con sarcástica burla, que antes de ser consejero podia ir á completar sus estudios á Salamanca.

Pero aquellos breves períodos de lucidez eran las últimas llamadas de una luz que se extingue. A fines del mismo año (1506) vióse ya una prueba pública y solemne de que nada podian esperar los castellanos de aquel espíritu, completamente abstraído, en su amorosa demencia. Habia quedado en cinta á la muerte de su esposo y á pesar

¹ Alvaro Gomez de Castro: *Vida del cardenal Jimenez de Cisneros*. Zurita: *Historia del Rey Fernando*.

de hallarse próxima á ser madre, se empeñó en trasladar el cadáver de su esposo á Granada, acompañándole durante el largo viage. Y no fué esto solo: antes de partir quiso verle, y sin que lograsen impedírselo las reflexiones de sus consejeros y de los religiosos de la Cartuja de Miraflores, no hubo mas medio que exhumar el cadáver, abrir las cajas que lo guardaban, y poner á la vista de la pobre loca los desfigurados restos: acaso ella los encontrase como en los tiempos de su mayor juventud y hermosura, porque veria en el cadáver la imágen que conservaba en su corazon. Doña Juana contempló largo rato aquellos restos queridos, pero tampoco pudo verter una sola lágrima, porque al decir de un escritor contemporáneo, desde que descubrió la infidelidad de su esposo con una dama flamenca, lloró tan abundantemente que parecia que desde entonces habian quedado secos los manantiales de sus ojos.

Colocado el cadáver en un magnífico féretro y en un carro fúnebre tirado por cuatro caballos, emprendió su marcha la triste comitiva, compuesta de prelados, eclesiásticos, nobles y caballeros, fieles castellanos, y que ni aun en aquella extraña aberracion de Doña Juana quisieron abandonarla. Cubierta la Reina con un largo manto que la ocultaba completamente, iba detrás del carro fúnebre sin pronunciar una palabra, y completamente abstraída en su amoroso dolor. Marchaba la comitiva solamente de noche porque decia aquella sublime loca, *que una muger honesta, despues de haber perdido á su marido, que es su sol, debe huir de la luz del dia.*

En todos los pueblos en que descansaban, se hacian funerales, conociéndose hasta en estas piadosas ceremonias, el origen de aquella tristisima locura: en el templo donde se celebraban las exequias y estaba el cadáver de Felipe, no habia de entrar muger alguna. Y llegaba á tanto en estos celos, que pudiéramos llamar de ultra-tumba, que caminando de Torquemada á Hornillos, mandó la Reina colocar el féretro en un convento que ella creyó de frailes, y como se enterase que era de monjas, horrorizada, mandó sacar al punto el ataúd de Felipe, y no habiendo en el pueblo otra Iglesia, ordenó que lo llevaran

al campo, donde permaneció todo el día la comitiva sufriendo los rigores de la estación ¹.

De esta manera anduvo aquella desgraciada señora paseando de pueblo en pueblo, en procesion funeral, el cuerpo de su marido, cumpliéndose la profecía de una muger anciana, que cuentan dijo mirando atentamente al archiduque, cuando desembarcaba en Galicia: *Id, infeliz principe, que poco sereis con nosotros, y andareis llevado por Castilla, mas despues de muerto que de vivo* ².

No contenta con estar siempre tan cerca de su esposo hacia con frecuencia Doña Juana que abriesen la caja; fuese por temor de que se lo hubieran robado; fuese porque esperase verlo resucitar, segun le habia ofrecido un fraile cartujo, ó muy crédulo, ó muy desapiadado para con la pobre señora.

Los acontecimientos políticos que cada día se complicaban mas y mas á consecuencia del triste estado de la Reina, trageron otra vez á Castilla á D. Fernando; y Doña Juana que habia permanecido en Hornillos siempre al lado del cadáver de su esposo, sintió renacer en su corazon, nacido solo para amar, el filial cariño que siempre profesó á su padre: al tener noticia de su regreso, pasó á recibirle á Tórtoles acompañada del arzobispo Cisneros y de otros grandes y prelados. La entrevista del padre y de la hija fué triste y dolorosa: abrazados tiernamente, Doña Juana manifestó una sensibilidad, de que hasta entonces no habia dado señales, desde la muerte de Felipe. Afectóse profundamente al adquirir la desconsoladora conviccion del estado de su hija D. Fernando, y comprendiendo que nada podia hacer mas grato para aquella desdichada, que tributar un religioso recuerdo al archiduque, pasaron á Santa María del Campo, donde celebraron exequias por el eterno descanso de su alma.

Bien quisiera el monarca aragonés, que la Reina Doña Juana le acompañase á Búrgos; pero ésta negóse á entrar en aquella poblacion, porque su marido habia muerto en ella; y respetando el rey católico

¹ Pedro Mártir.—Epist. 339.

² Lafuente citando á Pedro Mártir. Epist. 333.

la delicada repugnancia de su hija, la dejó en Arcos, disponiendo viniese la Reina Germana para que la acompañase y distrajera, si posible fuese, en la soledad de su dolor.

Encargado el Rey de la gobernacion de Castilla, al siguiente año fué á buscar á su hija á dicho pueblo, donde permanecía, y que por lo frio é insalubre no agradaba á D. Fernando para su hija. Alegróse ésta, como siempre, de verle volver, y obedeciendo gustosa la determinacion que el Rey habia adoptado de trasladarla á Tordesillas, verificóse la marcha, de noche siempre, con el féretro de D. Felipe al lado de Doña Juana, y haciéndole exequias en los pueblos, hasta que al llegar á Tordesillas, quedó aposentada la Reina en el palacio, y el cuerpo del archiduque en la Iglesia de Santa Clara, unida al mismo real edificio, pero de tal manera dispuesto el túmulo dentro del sagrado recinto, que Doña Juana podia verle desde su cámara. Allí vivió la desgraciada señora, abstraída en sus tristes pensamientos sin casi salir mas en el resto de su vida, que todavía fué muy larga, y agena por completo á los negocios del reino.

Solo cuando despues de muchos años y ocupando ya el trono el hijo de la infeliz demente, Cárlos I, su desacertada politica dió origen á la guerra de las comunidades, aquella desventurada señora tuvo un momento en que volvió á acordarse de que era Reina. Desautorizado el extranjero regente del reino y del consejo real, y no sabiendo cómo poner remedio al descontento de los pueblos, acordáronse regente y consejeros de la Reina Doña Juana, que quince años llevaba completamente retraída y entregada á sus dolorosos estravíos en Tordesillas. Pero antes que el regente y sus amigos, habíansé apresurado los caudillos de las comunidades Juan de Padilla y Juan Bravo á apoderarse de la villa y á hablar con Doña Juana, la cual los recibió de tal manera, que difícilmente al escucharla, hubiérase creído su demencia. Conmovida al oír la triste relacion que le hizo Padilla de los males del reino desde la muerte de su padre, y enterada de la resuelta actitud que para remediarlos habian tomado los pueblos castellanos, manifestóse verdaderamente apesadumbrada, porque hasta entonces no hu-

bieran llegado á su noticia para haber procurado evitarlos. A fin de conseguirlo entonces, nombró capitán general de todas las fuerzas de las comunidades á Padilla; autorizó que se trasladase á Tordesillas la *Santa Junta*; aceptó los torneos y festejos que en su obsequio se celebraron; y todo parecia anunciar, que habiendo vuelto á su completo juicio, recordando que era Reina, estaba resuelta á acudir con todas las fuerzas de su actividad y de su inteligencia al remedio de los males que sus pueblos sufrían.

Poco duró sin embargo tan placentera esperanza: despues de breves dias de admirable lucidez, volvió á caer en su tenaz melancolía sin que ni aun siquiera se pudiera conseguir pusiera la firma en los despachos de las resoluciones que habia adoptado.

Aquel corto período en que pareció completamente recobrada la razón de la Reina, fué el postrero. Desde entonces hasta el dia de su fallecimiento que fué el 11 de Abril de 1555 á los setenta y seis años de edad, permaneció sin mas idea ni ocupacion que la de velar incesantemente el cadáver de su esposo. Auxiliada en sus últimos momentos por el Duque de Gandía, S. Francisco de Borja, dicese que antes de morir volvió á desaparecer su enagenacion mental. Bien pudo suceder así, porque parece cualidad propia de los enagenados, recobrar la razón para despedirse de la vida.

Trasladado su cuerpo con el de su esposo á Granada, descansan sus restos al lado de que tanto amó en vida, y de sus padres los Reyes Católicos, bajo el magnífico mausoleo que labró á su memoria su hijo el emperador Carlos V, en la capilla Real de aquella ciudad.

Doña Juana fué madre de dos reyes, uno de España y otro de Hungría que ciñeron la corona imperial de Alemania, y de cuatro reinos de Francia, de Dinamarca, Bohemia y Hungría, y de Portugal.

II.

La locura de Doña Juana, cuya causa, progresos y pormenores están tan completamente justificados con los escritores contemporáneos, ha sido considerada en época muy reciente como consecuencia de creencias religiosas, negándose hasta que estuviera loca, y atribuyéndose esta imputacion al fanatismo de su padre y de su hijo, y hasta asegurando que por tal motivo la pusieron en cuestion de tormento.

Precisamente cuando reuníamos nuestros apuntes para escribir esta biografía, vimos en el número 6 del Boletín revista de la Universidad de Madrid, correspondiente al 25 de Marzo de este año, la siguiente noticia. «Debiendo mencionar entre las cuestiones de ese «carácter, la que actualmente mantienen los amantes de la historia de «nuestro país, tanto nacionales como extranjeros, sobre las opiniones «emitidas por Mr. Bergenroth en Inglaterra, acogidas despues por «Mr. Altmeyer, sosteniendo ambos que Doña Juana la loca habia sido «herege, que su demencia fué una impostura de su padre, propagada «tambien por su hijo, para motivar la encarcelacion, y que la desgraciada Reina sufrió el tormento para lograr que confesase. La opinion «contraria de nuestros historiadores y la voz unánime de Pichot, Mignet y Gachard, combatiendo tal especie, desmentida por documentos «auténticos, y anunciando nuevos trabajos para probar la verdad del «hecho, tal como aqui se habia explicado, obligan á dar poco valor, «por ahora, á la exactitud de aquellas afirmaciones.»

Al ver esta noticia, y escribiendo nosotros la biografía de aquella desgraciada señora, nos disponíamos á rebatir tales especies con la suma de datos que para contradecir tan atrevido aserto existe, cuando vimos que con su acostumbrada erudicion habia tomado ya á su cargo

esta noble tarea el docto académico de la Historia y catedrático de la Universidad central, D. Vicente de la Fuente, en un notable folleto publicado al intento. Es imposible que nosotros pudiéramos hacer la refutación que proyectábamos, mejor que el sábio académico; por eso nos contentamos con seguirle, reproduciendo casi por completo los principales párrafos del folleto citado.

Después de consignar dicho escritor que no era débil la razón de Doña Juana antes de casarse, y que debieron ser los excesivos celos los que motivasen su locura, por la poca moralidad de su marido, escribe:

Contribuyó quizá á ellos la separación de éste cuando regresó de España á Flandes en 1503 después de haber sido su muger jurada princesa de Asturias. Esta no marchó á Flandes hasta el año siguiente 1504, y para entonces ya estaba reconocida su locura en primer grado, ó sea, en clase de monomanía. Salíase á pié de casa, dice Flores¹, «y «no quería moverse de donde no debía estar, aunque fuese á la inclemencia del frío, sin permitir defensa, como le sucedió en Medina del «Campo donde tuvo la madre que acudir (aunque se hallaba indis- «puesta) para reducirla á razón.»

Se vé pues que la locura principió en vida de la Reina Doña Isabel, y por consiguiente que no fué D. Fernando el Católico quien inventó lo de la enagenación mental. Ningún carácter religioso tuvo en su origen, y no habiendo principiado el luteranismo hasta el año 1518, no es probable que se aventuren los protestantes modernos á suponer que era luterana en 1504, es decir, catorce años antes del cisma de Lutero. Después de consignar este importantísimo raciocinio queriendo combatir á Bergenroth con el mismo, añade el señor Lafuente:

«Este escritor belga² logró que se le diesen no sin alguna dificultad, copias de los documentos reservados que se guardaban en Simancas acerca de Doña Juana la Loca, y con ellos y algunos otros,

¹ Flores.—Reinas católicas, tomo II, página 853.

² Ha muerto en Madrid á principios de este año de 1869.

publicó el tomo de suplemento á los papeles de Estado relativos á las negociaciones entre España é Inglaterra, que contienen documentos acerca de las infortunadas hijas de los Reyes Católicos, Doña Catalina y Doña Juana, casadas con Enrique VIII de Inglaterra y Felipe el hermoso de Flandes, notables ambos por su lujuria, é indignos de las mugeres con que fueron casados. Este tomo de suplemento se ha impreso en Lóndres el año pasado 1868 por el mismo señor Bergenroth ¹.

Examinemos su contenido, concretándonos á estudiar la cuestion bajo el punto de vista religioso.

Con fecha 15 de Enero de 1499 el superior del convento de dominicos de Santa Cruz, en Segovia, escribe desde Bruselas á Doña Isabel la Católica, manifestándole las privaciones que su hija la archiduquesa Doña Juana pasaba y los desprecios continuos que recibia de los avaros y estafadores que rodeaban al archiduque. (Pág. 54.)

Dixele entre las otras cosas, que tenia un corazon duro y crudo, dixome que antes le tenia tan flaco y tan abatido que nunca ver se le acordaba quan lejos estaba de V. Al. que no se hartase de llorar... Hay tanta religion en su casa como en una estrecha observancia y en esto tiene mucha vigilancia de que debe ser loada, AUNQUE AQUA LES PARECE AL CONTRARIO. Buenas partes tiene de buena cristiana. Se vé, pues, que entonces en su sano juicio, aunque triste y atribulada, no era hereje y entre sí fervorosa cristiana.

Este es el punto de partida para esta cuestion y un argumento irrecusable.

«Los malos tratamientos que allí pasó, ya se sabian por la historia, y los refiere la carta, describiendo además quienes son los que *tienen esta señora tan atemorizada que no puede alzar cabeza: está en tanta necesidad que no alcanza un maravedi para dar de limosna.*

¹ Supplement to volumes I and volume II of letters, despatches, and state papers, relating the negotiations between England and Spain.

Resulta, pues, que los paisanos del señor Bergenroth eran en todo caso los herejes que llevaban á mal la piedad de la española. Yo conjeturo que estos malos tratamientos y los celos, fueron debilitando la razon de aquella muger, aunque ilustrada y de carácter varonil, y que su razon vino ya perturbada, cuando cuatro años despues (1503) vino á ser jurada princesa de Asturias.

Sin necesidad de este documento teníamos otros varios para probar las grandes vejaciones que sufrió la desgraciada Doña Juana en Bélgica, hasta el punto de interceptar su correspondencia y poner preso á su secretario Conchillos, como hizo tambien Enrique VIII con Luis Vives, secretario de la Reina de Inglaterra Doña Catalina de Aragon, á quien tuvo preso mucho tiempo en la torre de Londres. Hasta en esto eran parecidos Enrique VIII y el archiduque Felipe.

La Reina Isabel murió con el sentimiento de saber que su hija estaba incapacitada para reinar, y lo manifiesta la carta patente que dió á 23 de Noviembre de 1504, nombrando gobernador á su marido, la cual inserta el mismo Bergenroth (pág. 64 de la obra citada).

Por quanto puede acaecer que al tiempo que Nuestro Señor desta vida presente me llevase, la princesa Doña Juana, archiduquesa de Austria, duquesa de Borgoña, mi muy cara é muy amada hija primogénita, heredera é sucesora legitima de mis reinos é tierras é señorios esté absente dellos, ó despues que á ellos viniere en algun tiempo, aya de ir ó estar fuera dellos, ó ESTANDO EN ELLOS NO LOS QUISIERE Ó NO LOS PUDIERE REGIR.

La misma idea repite mas adelante, diciendo: *ó estando en ellos no quisiere ó NO PUDIERE ENTENDER en la gobernacion é administracion de ellos, agais é tengais al dicho rey mi señor su padre por gobernador é administrador de los dichos mis reinos é tierras é sennorios por la dicha Princesa.*

«Como en los documentos oficiales se procura siempre salvar el decoro de las personas, la Reina Doña Isabel expresó de esta manera

la incapacidad de su hija, y su voluntad de que no reinara en Castilla, ni aun en concepto de administrador, su yerno, cuya vida desarreglada y poca aptitud para el gobierno le constaban. Pero á los cortesanos de Castilla les convenia, por el contrario, un príncipe desbaratado y sensual, á fin de que siguieran los despilfarros, desórdenes y baraterias con que medraban ellos, y no pararon hasta falsear el testamento de la Reina Isabel y las disposiciones de las célebres cortes de Toro. Estas á principios del año 1505, declararon legalmente la incapacidad de Doña Juana con estas palabras: *E después de avidas algunas pláticas entre los dichos procuradores en las dichas cortes, todos unánimes é conformes presentaron una peticion antel dicho señor rey D. Fernando, en que en efecto se contenia que habiendo sido INFORMADOS PARTICULARMENTE DE LA ENFERMEDAD DE LA DICHA REINA DOÑA JUANA, NUESTRA SEÑORA, considerando que asy de derecho, como segun las leyes destos reinos al dicho señor Rey D. Fernando, solo por ser padre de su alteza le es devida y pertenezca la legitima cura é administracion destos reinos.* (Ibidem, pág. 70).

«Por este motivo las célebres disposiciones de aquellas cortes, base en gran parte de nuestro actual derecho civil, fueron sancionadas en Toro á siete de Marzo por el Rey D. Fernando, rubricando con éste Gaspar Gricio, secretario titular de la Reina.»

«Hallábase ésta todavía ausente, pero, aunque estuviera allí, tampoco hubiese firmado, pues una de sus mandas era el no querer firmar ningun documento, como lo experimentaron despues los comuneros que, apoderados de ella en Tordesillas, no lograron hacerla firmar ningun papel ¹.»

¡ Tales eran los terrores que habia traído de Flandes de resultas de las vejaciones é insultos que se le habian hecho por su marido al interceptarle las cartas dirigidas á sus padres !

¹ Paulo Jovio, *Comunidades de España en la historia del Papa Adriano VI.* (En Granada, imprenta de Antonio de Lebrija 1864.)

Y con todo, aquellas leyes tan sabias y tan oportunas, base de nuestro actual derecho, están dadas á nombre de una pobre loca.

«Y agora los procuradores de cortes que en esta ciudad de Toro «se juntaron á me jurar por Reina é señora destos reinos, me supli- «caron, que pues tantas veces por su parte, á los dichos Rey é Reina «mis señores les avia sido suplicado que en esto mandasen proveer, é «las dichas leyes estaban con mucha diligencia fechas é ordenadas...»

Esto decia el Rey D. Fernando á nombre de su hija el dia 7 de Marzo de 1505, un año antes de que ésta volviera á España.

Parece imposible que en asunto tan grave procedieran las cortes tan de ligero, si la enfermedad de Doña Juana no constara en Castilla de público y notorio, y tendríamos que hacer responsables al consejo real, á los prelados y procuradores, y entre ellos al célebre jurista Palacios Rubios, alma de aquellas cortes, de gran torpeza y de una nulidad singular é inaudita.

Con todo, el archiduque D. Felipe tuvo valor de suponer que las voces sobre la locura las extendia D. Fernando por usurpar el trono á Doña Juana. Véase la cláusula que tuvo valor de estampar en la instruccion que dió á su aposentador Juan de Herdin, para que se entendiere con Gonzalvo Hernando ¹.

«Ademas el rey de Aragon, á fin de dar color y usurpar el dicho «gobierno y animar á los grandes y al pueblo contra dicho señor rey «(el archiduque) hace publicar y correr la voz por todas partes de que «la dicha Reina, su hija, está loca (*que la dite reyne sa fille «estoit folle*) y que por eso debe gobernar por ella, y que su marido «la tiene presa con otras mentiras y enredos infinitos.»

Sigue otra cláusula en que se queja de que el Rey de Aragon le difamó suponiéndole vicioso y muy deshonesto. (*Touts les vices opprobes et chosses deshonestes que l' on pourroit dire du prince.*) Este documento es muy notable.

Doña Juana y su marido arribaron á la Coruña el 13 de Abril

¹. Consta á la página 74 del suplemento publicado por el señor Bergenroth.

de 1506 ¹, no sin haber corrido una deshecha borrasca, en la cual creyeron todos perecer. La Reina dió entonces una prueba de serenidad y valor, que no dieron ni su marido ni los cortesanos que la rodeaban. No solamente arrostró los furores de la tempestad sin llorar ni lamentarse, sino que, al saber que apenas habia esperanzas de salvacion, se vistió de gala y se puso sus mejores joyas, diciendo que aun cuando quedara sepultada en el mar queria llevar al sepulcro sus insignias.

¿Era todo ello valor, ó contribuia la enagenacion mental á disminuir el temor de tan grave riesgo?

Llegados á España, los cortesanos fueron, como siempre, á adorar al sol saliente. Sabian que el económico y rígido monarca de Aragon no consentia estafas, abusos, ni dilapidaciones, y se les presentaba la ocasion de tener un monarca jóven, disoluto y pródigo. ¿Qué mas podian apetecer los que deseaban volver á los tiempos de Enrique IV, en que tanto habian medrado revolviendo?

A D. Fernando no le quedó sino un hombre de bien, el único verdadero *grande* que habia en Castilla, Cisneros; pese á los que citen nombres ilustres por las armas, pero no por la moral. Este comprometió al Rey de Aragon á ponerse en manos de su yerno, consejo indiscreto, pues lo decoroso era que se marchare á Aragon, y desde allí capitulara con el yerno libremente y sin mengua.

En Villafáfila tuvieron la entrevista el suegro y el yerno: éste rodeado de la grandeza armada, aquel sin armas ni acompañamiento, y ¡cosa rara! el que llamaba al Rey de Aragon calumniador, por decir que Doña Juana, su hija, estaba loca (*que la dite reyne sa fille estoit folle... avec outres mensonges et bourdes infinies*), hizo al suegro firmar la siguiente cláusula: «D. Fernando por la gracia de Dios etc., facemos saber á los que la presente vieren que oy, «dia de la fecha desta, fué asentada cierta capitulacion de amistad ó «union é concordia entre nos y el serenísimo príncipe D. Felipe Rey...

¹ Esta fecha da el P. Cienfuegos en la vida de San Francisco de Borja. Florez da el día 26 y es mas seguro.

«y por la *onestidad* y que se debe á la honra de la serenísima Prin-
«cesa Doña Juana, Reina de Castilla... no fueran allí espresadas algu-
«nas cosas y causas, conviene á saber, como la dicha serenísima Reina
«nuestra hija en ninguna manera se quiere ocupar ni entender en
«ningun negocio de regimiento, ni gobernacion, ni otra cosa, y aunque
«lo quisiere facer será total perdicion y destruimiento destos reinos,
«segun sus enfermedades é pasiones que aqui no se espresan por la
«onestidad como dicho es ¹.»

La palabra *honestidad* equivale aqui meramente á *decoro*, por no decir claramente que estaba loca.

A la verdad si D. Fernando el Católico era embustero é intrigante, por decir que su hija estaba loca allá en Flandes, en Febrero de 1506, no se comprende como su cariñoso y benévolo marido exigia á Don Fernando, en 27 de Junio del mismo año, que firmare que Doña Juana no quiere entender en ningun negocio, y *aunque lo quisiere facer será total destruicion y perdimento destos reinos*.

-D. Fernando no queria firmar aquel documento. Por la mañana protestó secretamente ante sus secretarios que lo hacia á la fuerza y contra su voluntad, por salir del mal paso en que le habia metido el consejo de Cisneros, y la protesta la ha publicado el mismo Bergenroth (pág. 78). En ella, entre otras cosas, dice el rey D. Fernando que «su yerno tiene á Doña Juana, su muger, mi fija *fuera de libertad*.»

Y despues de publicar aquel documento arrancado casi por fuerza al Rey católico por el marido de Doña Juana, ¿cómo se atreve nadie á decir que D. Fernando fué el que inventó que su hija estaba loca? ¿En dónde mintió Felipe el Hermoso? ¿Fué en las instrucciones á Juan de Herdin ó en la capitulacion de Villafáfila? Si Doña Juana estaba cuerda ¿porqué se arrogó su marido el derecho de gobernar en su nombre? ¿Por qué le apoyaron los nobles de Castilla en aquella traicion contra su legitima Reina y contra la voluntad de Doña Isabel la Católica?

¹ *ibidem*, pág. 78.

Si Felipe el Hermoso guardaba decoro á su pobre muger, ¿ cómo la trataba de tal modo, que un escritor coetáneo de Salamanca advierte que la maltrataba y la llevaba mal vestida? ¿ Cómo se hizo tan odioso en los tres meses que duró su funesta gobernacion en Castilla? ¿ Cómo su favorito y cómplice de vicios, Juan Manuel, *hidalgo pobre y codicioso*¹, tuvo que encastillarse en Búrgos para librarse de la ira de los pueblos castellanos contra él, asi que murió Felipe I?

Las cosas que los contemporáneos dejaron escritas acerca de aquellos tres desastrosos meses de regencia, no son para contadas; pues ofenden horriblemente el pudor y la moral pública. Si la muerte del príncipe D. Juan, el hijo de los Reyes Católicos, fué una gran calamidad para España, en cambio, la muerte de D. Felipe fué un favor providencial para ella.

Resulta, pues, que Doña Juana estaba ya incapacitada de reinar á fines del año 1505, y á la muerte de la Reina Isabel; que su marido lo negó cuando le convenia tomara su nombre para oponerse al testamento de Doña Isabel; que luego que contó con el interesado favor de la nobleza castellana él mismo declaró loca á su muger y obligó al Rey D. Fernando á firmar una capitulacion ignominiosa, declarando loca á Doña Juana, á fin de reinar en su nombre á título de Rey consorte.

Esta es la historia, y esto es lo que aparece de los documentos, fehacientes publicados por el mismo Bergenroth.

Vengamos ahora á la cuestion del tormento que se dice haberse dado á Doña Juana por opiniones religiosas.

Un caballero valenciano llamado Mossen Ferrer, á quien el Rey D. Fernando el Católico habia confiado la custodia de su hija, dice² en carta fechada á 6 de Noviembre de 1516, que *le tuvo de mandar dar cuerda*. Pero la carta va dirigida á Cisneros, y Mossen Ferrer le dice en ella que fué preciso hacer aquella demostracion á fin de

¹ El cronicon de Salamanca le califica asi á D. Juan Manuel. El mismo dice que el dia 29 de Setiembre salió de Salamanca artillería para atacarle en el castillo de Búrgos, donde se habia guarecido. Aquel personaje funesto logró salvarse en Flandes, donde fué el Mehistófeles de Carlos V.

² Pág. 143 del suplemento citado.

obligarla á comer para que no se muriese, y esto de acuerdo con el Rey su padre, «y nunca el Rey su padre pudo hacer mas, fasta que, porque no muriese, dexándose de comer por no cumplir su voluntad *le tuvo de mandar dar cuerda*, por conservarle la vida, y ¿hase de dar culpa á mí por lo que no está en mi mano ni en mi facultad poderlo remediar?»

En efecto, Cisneros que durante un año que llevaba de regente, habia conservado á Mossen Ferrer en aquel cargo, le habia mandado separar por las reyertas que habian surgido entre aragoneses y castellanos, pues los secretarios aragoneses del Rey D. Fernando principiaban á tener mucha privanza en Bruselas. Además los aragoneses se negaban á reconocer por rey á D. Cárlos en vida de su madre, aunque estuviera loca, con harto disgusto de Cisneros, que se empeñaba en que obrasen como los castellanos, nombrando á la vez á la Reina y á su hijo.

Mossen Ferrer le dice en aquella carta á Cisneros: «Vuestra señoría reverendísima *que tanto conoce y es sabidor de las condiciones y enfermedad de la Reina Nuestra Señora*, ¿cómo ha de creer ni pensar que por mi culpa se dexare de hacer lo que cumpliese *á la salud de su Alteza* y á su servicio, de la cual yo nunca falté ni erré?» Ciertamente una de las manías de Doña Juana era el no querer comer, y el estar á veces casi desnuda, ó no querer acostarse sino vestida.

Y á estas oportunas observaciones de D. Vicente Lafuente acerca de la peregrina idea de haberse dado tormento á la desgraciada Doña Juana, apoyándose el escritor extranjero en la frase de la carta citada, donde dice que le tuvo de mandar dar cuerda, añadiremos nosotros que semejante frase no significa darle tormento, sino intimidarla con tenerla sujeta, con atarla, para ver si de este modo se conseguia que comiese. Y hay una razon bien concluyente para que este sea el único y literal sentido de la repetida frase, porque si el objeto de amenazarla con *darle cuerda* era «que no muriese y conservarle la vida» mal medio ponian en juego para conseguirlo, reduciéndola á sufrir el tor-

mento de la cuerda, que de cualquiera clase que fuera de los conocidos con aquel nombre, habian de dejar á Doña Juana mas próxima á la muerte que á la vida. No se concibe como la pasion puede oscurecer hasta tal punto el juicio, que se desconozcan tan sencillos raciocinios, convirtiendo en cuestion de tormento una simple amenaza de necesaria violencia, hecha á una desdichada demente; y que contra lo que de una manera explícita se da por causa de la amenaza en el documento citado, se afirme que fué el motivo del soñado tormento, la supuesta heregía de Doña Juana.

Resulta pues, y volvemos á seguir transcribiendo las autorizadas palabras del señor Lafuente, que si la locura de Doña Juana fué un pretexto inventado por su padre para encubrir la heregía de su hija, fueron cómplices de él, no solamente Cisneros, durante los dos años de regencia, sino todos los procuradores á cortes y los del consejo real, y sobre todo su mismo marido que lo acreditó asi, despues de haberlo negado.

Con fecha 30 de Abril manda el Rey D. Cárlos desde Bruselas al cardenal que retrate bien á su madre y se la guarde, á fin de que no sirva de pretexto para alteraciones. «Que vos tengais manera como seyendo muy bien tratada haya tan buena guarda y recabo, que si algunos quisieran asaltar mi buena intencion no puedan.» (*Ibidem* pág. 147.)

El año 1517, es decir, hácia el mismo tiempo en que principiò el luteranismo, fué encargado el marqués de Denia de la custodia de Doña Juana. Las primeras noticias que éste dá acerca de la salud de aquella, son poco satisfactorias, á pesar de ser en carta reservada al emperador: vispera de Santiago habia descalabrado á dos mugeres de las que la servian.

Con fecha 13 de Setiembre escribe el marqués que la Reina habia estado en misa con gran devocion. «Despues que Vuestra Alteza me mandó que procurase que Su Alteza oyese misa, siempre se ha tenido especial cuidado desto, é asy á plasydo á Nuestro Señor que ayer Su Alteza quiso que se dixese la Misa, é aderezóse al cabo del corredor

adonde Vuestra Alteza vió á Su Alteza, con paños, é púsose un doser de terciopelo negro é damasco negro que para esto se hizo. En saliendo Su Alteza hizo oracion al altar é echáronle agua bendita, é en comenzando la confesion hincóse de rodillas hasta que se acabó é asentóse cuando truxeron el Evangelio é la paz no lo quiso Su Alteza é mandó que lo diesen á la señora infanta.» (Pág. 177.)

Esta era otra de sus manías. No era desafecta al Evangelio, pues hacia lo besara la infanta su hija, tierna flor nacida en 14 de Enero de 1517, tres meses y medio despues de la muerte de su padre, y único consuelo de la pobre loca.

No era pues luterana, no era herege ni podia serlo, pues para ello necesitaba que su cabeza fuera capaz de concebir lo que creia y lo que no creia; el error y la verdad; y su cabeza no estaba para ello. Un loco no puede ser herege, y si los señores Bergenroth y Altmeyer han supuesto que estando en aquel estado era herege, porque se confesara ó dejara de confesar, ó faltara á las leyes de la Iglesia en cualquier concepto, es porque no comprenden lo que el catolicismo entiende por heregia, que no es un error material de apreciacion.

Vemos ahora los fundamentos que pudo tener esa suposicion. En carta de 4 de Setiembre de 1520, el cardenal Adriano, gobernador del reyno, le dice á D. Diego de Mendoza (pág. 220) «los criados y servidores de la reyna dicen públicamente que el padre y el hijo lo (debía decir *la*) han detenido tiranamente, y que es tan apta para gobernar como lo era en edat de quince años y como lo fué la reyna Doña Isabel, y que para esto, les anima y da osadia el esperanza que tienen de la utilidad y provecho, *so color que dicen esto por la perdicion del reyno.*» Como se vé por estas últimas palabras, el cardenal considera estas voces como un arma política y de partido de que se valian los comuneros.

Mas, lejos de ser cierto, luego que estos se apoderaron de la reina y principiaron á mandar en su nombre, vieron el poco partido que de esto allí sacaban. No pudieron hacerle firmar acuerdo ninguno, y de los testimonios otorgados por ellos mismos aparece que la pobre reina

confesaba ella misma á los comuneros que *no se sentia bien*. Segun el testimonio dado por los escribanos de Tordesillas, á peticion de los comuneros, acerca «*de lo que pasaron con la Reina Nuestra Señora los de la Junta cuando le fueron á besar la mano,*» aparece que llevó la palabra el doctor Zuñiga, Catedrático de Salamanca: lejos de quejarse del rey D. Fernando, dijeron á la reina que se le presentaban, «*doliendose del mal é grande daño que estos sus reynos habian padescido y padescian á cabsa de la mala gobernacion que en ellos avia auido despues que Dios habia querido llevar para sí al católico rey su padre.*» La Reina contesta en el mismo sentido y no se queja de su padre, antes bien dice: «Yo después que Dios llevó á la reyna católica mi señora, siempre obedesci y acaté al rey mi Señor é padre, por ser mi padre, é marido de la Reyna mi Señora, é yo estava muy descuidada con él, porque no oviera ninguno que se atreviera á hacer cosas mal hechas.»

Despues de autorizar á los comuneros, segun allí se dice, para remediar los abusos y expulsar á los extrangeros, ella misma confiesa su malestar, y añade: «E si aquí no pudiese tanto entender en ello, será porque tengo que hacer algun dia en sosegar mi corazon y esforzarme de la muerte del Rey mi Señor, *é mientras yo no tenga dispusicion para ello*, entended en ello.»

Manda que nombren cuatro que se entiendan con ella. «E luego fray Juan de Avila, de la orden de San Francisco, *confesor de su Alteza, que presente estava*, dijo: que los oya Vuestra Alteza cada semana una vez.» (Pág. 251).

Luego Doña Juana la loca en Setiembre de 1520, tenia confesor fijo, y éste no era antipático á la Reina ni á los comuneros, puesto que con ellos estaba ante la Reina, y si esta hubiera tenido antipatía á la confesion, ¿qué ocasion mejor de deshacerse del confesor? Y si éste hubiera tenido parte en los supuestos tormentos para obligar á la Reina á confesarse, ¿cómo entrara con los comuneros á visitarla?

Dos dias despues, los comuneros envian una carta al consejo de Valladolid que principia con estas palabras: «Muy magníficos señores:

Como á todos sea notorio que la raiz é principio de donde an manado todos los males y daños, que estos rreynos an rrecibido a sido *la falta de salud de la rreina nuestra Señora.....*» (Pág. 253).

Lo que significa esta frase *la falta de salud*, es bien claro: no habian de decir bruscamente, *la falta de razon, ó la locura*. Los comuneros mismos reconocen en este documento lo contrario de lo que se propalaba por espíritu de partido.

La Reina salió del poder de los comuneros para volver á entrar en poder de su carcelero, el marqués de Denia, hombre de carácter acre, contra quien todos hablan, y de quien todos se quejan. Este señor marqués lo hacia muy mal con la Reina, con la infanta Doña Catalina, con el confesor fray Juan de Avila y con toda la servidumbre.

Por sus cartas mismas se echa de ver que obraba á veces por resentimiento.

Trata de ahuyentar al confesor, el cual se queja al rey de que «*no quiere el marqués dexar de hacerme fatiga.....* no me queda de hombre ni de religioso cosa con que lo pueda pasar é sufrir: baste, que estamos muertos de hambre; un año sin pagar lo necesario para nuestro sostenimiento.» (Pág. 392).

La infanta se queja á su hermano el emperador de que los marqueses la hacen escribirle lo que á ellos place (pág. 395), y con fecha 29 de Agosto dirige una carta al rey quejándose de malos tratamientos de los marqueses contra la Reina y ella. Esta y la infanta querian seguir confesándose con el guardian de San Francisco, que era el dicho padre Juan de Avila, «que el Rey Católico se lo habia señalado por confesor», y ahora la importunaban que tomara otro. En efecto, se ve por las cartas del marqués el empeño de quitarles á las dos reclusas el confesor que ellas querian tener, llegando al extremo de exigir que escogiesen un fraile dominico, pretendiendo en sus cartas engañar al rey, diciéndole que la Reina tenia ódio á los frailes franciscos, cuando era esto una mentira, segun aparece por las cartas de la infanta.

El marqués que habia echado á correr con su familia á la llegada de los comuneros á Tordesillas, hubiera querido que la Reina, la

infanta y el confesor se hubieran resistido á estos, lo que él no se habia atrevido, y no perdonó al P. Avila el haber alternado con los comuneros en las entrevistas que tuvieron con la Reina en Tordesillas.

La siguiente horrible cláusula de la carta de la infanta á su hermano el emperador en 19 de Agosto de 1521, dice lo suficiente acerca de los malos tratamientos del marqués y su familia con la desgraciada Reina.

«Item vuestra magestat provea, por amor de Dios, que si la Reina mi Señora quisiere pasearse al corredor del rio ó de las esteras, ó salir á su sala á recrear, que no gelo estorven, y que sus hijas ni criadas de la marquesa ni otra persona no pasen al retrete de mi la Ynfanta por delante de su Alteza, sino las personas que suelen hacer el servicio, porque por andar la marquesa é sus hijas sin que la Reina las vea, mandan á las mugeres que no le dejen salir á la sala é corredores, *y la encierran en su cámara que no tiene luz ninguna sino con velas*, y no tiene mas de á donde se retraya de la cámara.» (Pág. 400).

Estos malos tratamientos con aquella desgraciada Señora, dieron sus resultados, pues su enfermedad y su locura se agravaron hasta el punto de que en la noche de Navidad del año siguiente, estándose diciendo los maitines en la capilla, salió dando voces á buscar á la infanta, su hija, que asistia á ellos, y dando gritos para que quitasen el altar (pág. 406). La Reina vivia siempre con el temor de que la quitasen á su hija la infanta Catalina, único consuelo suyo en aquella prision, y triste alivio que perdió luego.

No era aquello falta de piedad, sino efecto de exacerbacion contra los marqueses, pues, como dice la carta del almirante de Castilla al emperador, observó al visitar á la pobre reina loca *«que con todo su trabajo se le conocya el discontentamiento que tiene del marqués y de la marquesa*, que es tanto, que siente mayor trabaxo de oillos, que sintió de la ida de la Reina,» esto es, de la infanta Doña Catalina, único consuelo y apoyo de la pobre loca, que hubo de perder al casarse aquella con el rey D. Juan III de Portugal en 1525.

Habiendo quedado la Reina sin confesor, y en el deseo de alejar á los franciscanos, quizá por su carácter algo popular, á fuer de mendicantes, el marqués de Denia propuso para confesor á fray Juan de Hurtado.

La penúltima carta de la coleccion de Bergenroth es contundente contra la supuesta aversion de Doña Juana á la confesion, pues manifiesta que la Reina, no solamente no oponia obstáculo á ésta, sino que antes bien la deseaba, y que todos los inconvenientes surgian de haberla quitado, por causas políticas, su confesor franciscano, y empeñarse el marqués de Denia en que confesara con frailes dominicos.

Con fecha 23 de Febrero, al parecer de 1525, dice el marqués al Emperador: «A la Reina nuestra señora he tornado oy á decir *lo de la confysyon. Su Alteza me dixo que la querria hacer*, pero que no conocya en la órden de Santo Domingo ninguna persona. Yo le dixe á Su Alteza que el provincial pasado y el que agora es, son personas onrradas y que de cualquiera de ellos se contentaria. *Su Alteza mandóme que le enviase á llamar*. Yo lo hasé así.» (Pág. 248).

El Sr. Bergenroth le da arbitrariamente á esta carta la fecha de 1530, pero con duda: yo no veo razon para ello, y la creo mas bien del año 1525.

Pero sea una ú otra la fecha, que poco importa, siempre resulta que la Reina Doña Juana en aquellos años no oponia *resistencia alguna* á confesarse, y á pesar del mal estado de su razon, lo deseaba como buena católica.

Doña Juana vivió en esta triste situacion hasta el Jueves Santo del año 1555, y tuvo hasta entonces por carcelero al marqués de Denia. Es cierto que en los quince años últimos de su vida, tomó su locura cierta especie de aversion á todas las cosas piadosas. Pero afortunadamente estuvo á su lado al tiempo de morir el duque de Gandía, San Francisco de Borja, el cual, en su adolescencia, habia sido paje ó menino de la infanta Doña Catalina, hasta que ésta se casó, y en tal concepto habia estado en el castillo de Tordesillas de 1523 á 1525.

No pudo ser mas oportuna la presencia del antiguo duque de Gandía al llegar á Tordesillas en el mes de Marzo, treinta años despues, convertido en humilde jesuita el antiguo menino de la infanta Doña Catalina. A esta feliz circunstancia se debe que los biógrafos de San Francisco de Borja nos hayan dejado numerosos datos acerca de los últimos momentos de la Reina ¹ y aun documentos curiosos acerca de su muerte.

Segun estos, la locura habia tomado cierto carácter de aversion á todas las cosas piadosas, tendencia que no se habia revelado antes de 1530, como vemos por las cartas ya citadas del suplemento de Bergenroth. De esto parece que no puede dudarse, pues lo asegura Cienfuegos en la vida de San Francisco de Borja, donde dice: «Entre los accidentes de su locura se hacia mas sensible el horror *à todo lo que fuese accion de piedad*, enfurecida la imaginacion siempre que se le presentaba su mayor bien.»

«Habia llegado ya á los 73 años tan robusta, como quien no habia desangrado con el discurso las fuerzas mas delicadas del alma. Creció la furia por el mes de Enero de 1555, pasando lo mas del dia en un lastimero grito con que aterraba el palacio y entristecia el pueblo.»

No se diga, pues, que no habiéndose publicado todavia los documentos relativos á Doña Juana, comprensivos de los últimos cinco lustros de su vida, 1530 — 1555, pudo hacerse hereje ó protestante durante ellos. Queda probado hasta la evidencia que Doña Juana anteriormente estaba loca, que lo era ya en vida de Doña Isabel, que en los otros cinco primeros lustros de su vida 1503 — 1530, aunque perturbada su razon, no faltó á los deberes del catolicismo y asistia á misa y se confesaba, en cuanto podia hacerlo. ¿Qué significa, pues, esa perturbacion que en los últimos años de su vida le hizo odiar lo que antes respetaba?

Los escritores católicos no lo han ocultado ni tenian porque ocultarlo.

¹ Cienfuegos, Vida de San Francisco de Borja.

Por mucho que digan las cartas de 1530 á 1555, no publicadas, no dirán mas que lo que contienen esas tristes y verídicas líneas del escritor Cienfuegos.

Pero tambien es cierto que la razon de la pobre Reina logró serenarse en los últimos dias de su vida, y aun cuando esto suele suceder en las enagenaciones mentales y ser síntoma de próxima muerte, aconteció este despejo algunos dias antes y con tales condiciones, que se atribuyó por todos, y no sin fundamento, á las oraciones y piadosas influencias del ex-duque de Gandía.

Para asegurarse del estado de su razon se hizo venir al célebre maestro Soto, Catedrático de Salamanca, y no halló dificultad ninguna para que se le diera el Viático, que hubiese recibido, á no ser por unos fuertes vómitos que sobrevinieron cuando se estaban haciendo los preparativos para traerlo. Pero confesó varias veces y espontáneamente con San Francisco de Borja y recibió la sagrada Extremauncion; muriendo con gran paz y resignada, confesando el credo, y repitiendo las frases y oraciones que su piadoso auxiliante le decia.

La Carta de éste á Felipe II es muy notable y conviene transcribirla aquí, como testimonio concluyente en esta materia ¹.

«Con un correo que á 10 de Abril despachó el marqués de Denia dando cuenta á V. M. de la indisposicion de la Reina, hice relacion de la merced que Nuestro Señor hizo á Su Alteza en su enfermedad por averla dado, al parecer de los que se havian hallado presentes, *muy diferente sentido y juicio en las cosas de Dios, del que hasta entonces, se avia conocido en ella.*

«El Contador Arizpe dará muy particular cuenta á V. M., como hombre que siempre tuvo mucho cuidado del bien espiritual de S. A. y que tanto ha trabajado en que se pusiesen todos los medios para traerla en el recuerdo del rey nuestro señor. Doy muchas gracias á la Magestad Divina por la satisfaccion que á todos estos reynos quedó de su buen fin, que S. A. tuvo, cuyas últimas palabras, poco tiempo antes que espirase, fueron: *«Jesucristo crucificado sea conmigo.»*

¹ Cienfuegos lib. 4.—Cap. 3.
TOMO II.

Despues de tan erudito y acertado exámen de los estraños juicios de los SS. Bergenroth y Altmeyer, concluye con razon el señor Lafuente proclamando las siguientes conclusiones: que la locura de Doña Juana fué verdadera; que las cortes de Toro no se equivocaron al declararla tal; que no fué una estratagema de su padre para encubrir sus extravíos religiosos; que cuando estuvo en razon siempre fué verdaderamente católica; que si cometió algunos de aquel género, fueron inocentes, é inculpables consecuencias de su enajenacion mental y en parte quizá de haberla contrariado con respecto á su antiguo confesor; y, que, por último, recobró su razon para morir piadosamente en el seno del catolicismo, no habiendo en su consecuencia porque contarla entre los protestantes perseguidos en España durante el siglo xvi: conclusiones á las cuales añadiremos nosotros, que no habiendo resultado prueba alguna para la calumniosa imputacion del tormento, sino todo al contrario, estando demostrada la falsedad de esta como de las demás gratuitas aseveraciones quedan los escritores de tales imposturas en el lugar poco envidiable, de los que por obedecer á un ciego fanatismo, no vacilan en manchar la historia y el respetable renombre de personajes importantes, cuya fama, envidiada en otros paises, pretenden oscurecer en vano ligeros y obcecados detractores.

Desgraciadamente para ella y para España, la locura de Doña Juana fué una verdad, así como tambien que reconoció por única causa los malos tratamientos de su esposo, y los celos mas que motivados, que las infidelidades de Felipe encendieron en el sensible corazon de la infortunada Reina.

CATALINA DE ARAGON,

REINA DE INGLATERRA.

Hija tambien de los católicos reyes D. Fernando y Doña Isabel , y no menos desgraciada que su hermana, la pobre loca de amor , nació Doña Catalina en Alcalá de Henares á 15 de Diciembre de 1485; y educada en los mas sanos principios de piedad y moral cristiana , y enriquecida su inteligencia con la ilustracion que tuvieron todos los hijos de la gran reina, fué desposada en Noviembre de 1501 con el primogénito de Enrique VII de Inglaterra, Arturo, Príncipe de Gales.

Viuda, apenas habian pasado seis meses de su desposorio, á instancias del rey de Inglaterra, que no podia resignarse á perder tan fácilmente la importante alianza de los Estados españoles, se enlazó segunda vez con el príncipe Enrique, que aunque de menor edad era el presunto heredero de la corona. Escusado nos parece decir que los reyes católicos no tuvieron inconveniente en acceder á este segundo matrimonio , y que el papa Julio II concedió todas las dispensas necesarias, verificándose solamente los esponsales por tener Enrique á la sazón 12 años, y aplazándose los desposorios para cuando hubiese llegado á la pubertad el príncipe de Gales.

Muerto Enrique VII entró á reinar Enrique VIII, y por espacio de 18 años la mas perfecta union parecia augurar largos dias de ventura á Doña Catalina. Desavenencias políticas empezaron por este tiempo á disgustar á Enrique con los reyes católicos, y como es natural de todo corazon pequeño y pobre, hizo sufrir á Catalina los efectos de su enojo.

Pero aquellas desavenencias no eran mas que ligeras nubes, precursoras de la tormenta. Enamorado torpemente el rey de la madre y la hermana mayor de Ana Bolena, no podia sufrir á su lado á su virtuosa consorte educada en la severa escuela de Isabel de Castilla. El disgusto trocóse bien pronto en aversion; y desde entonces solo pensó el versátil Enrique en buscar los medios de romper su matrimonio con la infanta española. A este fin trató de interesar á sus pueblos en su favor, para lo cual decia era nulo su enlace por haberse celebrado contra la ley del levítico, segun habia indicado al verificarse los esponsales el Arzobispo de Narhan; y como para conseguir su intento tenia necesidad de atacar hasta las mismas bulas pontificias, no retrocedió ni ante este reparo, haciendo creer á sus súbditos que la tranquilidad de la nacion se hallaba comprometida, porque era dudosa en vista de la nulidad que Enrique suponía en el matrimonio, la legitimidad de la princesa de Gales, María, único fruto de aquel enlace, pues los demás hijos que tuvieron Doña Catalina y Enrique VIII, murieron á los pocos dias de nacer.

No le fué difícil al rey hallar teólogos que apoyasen sus pretensiones, á pesar de que á todos constaba que el anterior matrimonio no habia llegado á consumarse por impedirlo la enfermedad de Arturo; razon por la que, á pesar de las dificultades que habia opuesto el Arzobispo de Narhan, apoyándose en la ley del levítico, el Papa concedió la dispensa.

Fuerte ya el monarca inglés con los argumentos teológicos en algunos sofistas, y con el apoyo de sus pueblos, no tuvo reparo de atacar de frente la validez de la bula de Julio II. Para decidir sobre tan grave asunto, el Papa nombró á dos cardenales ingleses.—Campegio y Wolsey, legados á latere, con orden secreta, segun se cree, de prolongar las actuaciones, para ver si en el entretanto podia conseguirse un amistoso acomodamiento.

Los esfuerzos de los que tal intentaron, se estrellaban siempre contra la resolucion del rey que ciego de sensual deseo mas que de amor por Ana Bolena, solo pensaba á todo trance en romper su ma-

rimonio con Doña Catalina á fin de poder contraerlo nuevamente con la hija y hermana de las que habian sido sus amantes.

Doña Catalina sufria resignada entretanto, pero con toda la dignidad de una reina, y toda la altivez de una española. En vano el cardenal Campegio le aconsejó que se retirara á un convento. Catalina pensando, no solo en ella, sino en lo porvenir de su hija, declaró terminantemente, que jamás daria paso alguno que pudiera poner en duda la legitimidad de su enlace y los derechos de María. Alegó para sostener su resolucion, que el matrimonio se habia celebrado con todos los requisitos y fórmulas así civiles como canónicas; y declinando la grave responsabilidad de aquel escandaloso proceso en los que á él daban lugar, concluyó por tachar de parcialidad á los dos legados de la corte pontificia, el uno como ministro del rey, el otro como constantemente patrocinado por el mismo monarca, á cuya gracia debia el obispado de Salisbury.

Nombrada una comision para informar acerca de aquel repugnante asunto, aunque compuesta de muchos obispos y doctores, estaba presidida por Campegio y Wolsey; y Doña Catalina firme siempre en su inalterable resolucion, compareció ante aquella junta que se habia reunido en Blackfriars para protestar, como ya lo habia hecho, de los comisionados, por incompetentes y sospechosos.

Al ver tal energía de carácter, recurrió D. Enrique á otro medio no menos indigno, haciendo que se denunciase á la Reina ante el consejo de Estado, nada menos que como cómplice de una tentativa de asesinato contra la persona del monarca. Dóciles aquellos consejeros, mas de lo que á su justicia convenia, con los deseos de D. Enrique suplicaron á éste que de hecho se separase de la Reina; pero esta lejos de intimidarse con aquel acuerdo, presentóse en la solemne reunion que celebraban para declarar el divorcio los parciales comisionados, y como la requiriesen de nuevo los legados para la separacion apetecida, sin dignarse responderles siquiera, adelantó por en medio de todos, serena y altiva, imponiendo con la dignidad de su mirada á aquellos consejeros, que avergonzados de su conducta ni aun osaban alzar los ojos, y llegando hasta el rey, con el respeto que debia á su esposo,

pero con la energía propia de su carácter y el sentimiento al mismo tiempo de aquel inmotivado procedimiento, se postró á los piés de Enrique y le dirigió las siguientes palabras que ha conservado la historia ¹: «Señor: todo se declara aquí contra mí: soy muger y estrangera: mis consejeros son vuestros propios súbditos, y nada espero de la rectitud de mis jueces. Al dejar mi país natal, todo mi recurso contra la violencia y la maldad de mis enemigos ha consistido en mi union con V. M. Ignoro en que he podido agraviaros, y como he merecido el tratamiento que se me hace experimentar. Protesto que nada he omitido de todo cuanto de mi depende para vivir bien con vos; que en todas mis acciones, en todos mis discursos, constantemente he procurado hacer lo que pudiera ser de vuestro agrado, atestiguándoos mi entera sumision. Soy vuestra esposa veinte años hace: he tenido de vos muchos hijos. Apelo á Dios y á vuestra conciencia que he entrado vírgen en vuestro tálamo, y que mi union con el príncipe Arturo no ha pasado de la simple ceremonia del matrimonio. Despidaseme, Señor, como una infame, si he faltado en lo mas mínimo á la fè conyugal, al honor, y si se me puede convencer de algun crimen. De vos es de quien espero la justicia, que tengo derecho de reclamar. Los príncipes por quien vos y yo hemos venido al mundo, eran generalmente reconocidos como hombres dotados de una gran prudencia, y no se puede dudar que habian consultado á personas de probidad é inteligencia antes de realizar nuestro enlace. Por lo demás no tengo recelo de someter mi causa á un tribunal semejante, compuesto de súbditos vuestros, y en los cuales deben ejercer naturalmente gran influencia la prevencion y el temor. Os suplico, pues, que mandeis suspender el fallo, á fin de que yo tenga tiempo de recibir de España los dictámenes y consejos que de allí espero.» Terminadas estas palabras se levantó y abandonó el salon con la misma dignidad que habia entrado. Los jueces y los concurrentes demostraban en su semblante la profunda impresion que en ellos habian hecho las palabras de la Reina: el mismo Enrique sintióse

¹ Puede consultarse la Historia del divorcio de Enrique VIII escrita en francés por el abate Legrand. Paris 1688.

conmovido y rindió publicamente el debido homenaje á las virtudes de su esposa: pero podia en su pervertido corazon mas que el amor á la justicia el loco afan de satisfacer su deseo, é insistió en el divorcio, dando por especioso pretesto de tal medida el bien del Estado. Los legados Campegio y Wolsey trataron todavia de conseguir que la Reina accediese voluntariamente al divorcio, para lo cual le hablaron mas de una vez, procurando con toda clase de razonamientos vencer la digna resistencia de Doña Catalina. Todo fué en vano. La Reina siempre firme, declaró que si el fallo le era contrario, apelaria ante la Santa Sede; y siguiendo adelante el escandaloso proceso, no faltaron testigos venales que declarasen, en un asunto de suyo tan imposible de testificar, de tal modo, que resultasen fuertes presunciones para tener por consumado el matrimonio de Arturo, muerto de consuncion, precisamente á los cuatro meses de haberse celebrado la ceremonia nupcial.

Contra aquellas parciales aseveraciones, estaban las palabras de Doña Catalina; estaba su conducta durante la viudez, en cuyo tiempo llevó siempre vestido blanco en señal de virginidad; estaba el silencio del rey considerado y con fundamento como la confesion tácita de la verdad. Y sin embargo la Junta reunida declaró en contra, complaciendo de este modo al monarca, por mas que ofendiera á la justicia que debia administrar imparcialmente. Catalina, cumpliendo lo que habia prometido, apeló á la Santa Sede, y Clemente VII, que á la sazón ocupaba la silla de San Pedro, avocó á sí el proceso, anulando la Junta nombrada. El monarca, sin aguardar la resolucion pontificia, quiso intimidar á la Reina, para que accediere á la separacion, y como Doña Catalina se negare procediendo con la misma entereza de siempre, rotas ya todas las vallas del decoro por parte de Enrique, la desterró á un pueblo del Condado de Bedford.

A pesar de ser estrangera, las virtudes y la desgracia de la Reina, habian interesado en su favor al pueblo, y aunque volvieron á repetirse contra ella las calumniosas acusaciones de haber atentado á la vida del rey, nadie dió ascenso á tales patrañas.

Entonces recurrió el monarca á halagar la vanidad y el interés de Doña Catalina, ofreciéndola título, honores y derecho de princesa de Gales, y el goce de una crecida viudedad si en cambio abandonaba su apelacion á la corte pontificia. Intento vano. Los severos principios de Doña Catalina, ni se doblegaban á la amenaza, ni cedían al halago, ni se trocaban por el interés: firme siempre en la justicia que le asistía, rechazó toda propuesta, que á haber sido aceptada, hubiera manchado su buen nombre, dando la razon á sus enemigos. Enrique VIII lejos de apreciar tanta virtud y tal dignidad de carácter, ciego en su loca pasion por Ana Bolena, rompió por todo: prescindió de Roma y consiguiendo que Crammer elevado recientemente á la silla de Cantorbery, diese una incalificable sentencia anulando el matrimonio de Enrique y Catalina, y ratificando el que se dijo contraído con Ana Bolena, notificó á la desventurada hija de los reyes católicos, que habia dejado de ser la esposa de Enrique VIII.

Por un resto de consideracion, mas á la inocente Doña María que á Doña Catalina, declaró el rey que si ésta desistía de sus gestiones en la corte de Roma, recaería la sucesion del trono en la princesa María, á falta de hijos varones; pero la Reina insistió siempre en sostener sus legítimos derechos, declarando que por nada en el mundo pondría en olvido lo que á su honor, á su dignidad y á su conciencia cumplía; protestando que mientras el Pontífice no declarase la nulidad de su matrimonio, se consideraría como la única y legítima esposa de Enrique, la única y legítima reina de Inglaterra, y su hija María la única y legítima sucesora del trono.

Y era tanta la serenidad y resolucion con que Doña Catalina contestó al enviado del rey, que como éste levantase un acta de aquella conferencia, en la cual el adulador cortesano de Enrique VIII solo daba á la infanta española el título de *princesa*, tomando ella la pluma, borró tal palabra en todas las cláusulas en que se encontraba sustituyéndola por la de *reyna*.

Como era natural y justo que sucediese, en 22 de Mayo de 1534, revocó la corte pontificia la arbitraria sentencia dictada en Inglaterra

un año antes, por la cual se había anulado el matrimonio de Enrique y Catalina; pero esta decision favorable que parecia haber puesto límite á aquella estraña contienda, sirvió únicamente para consolar á la Reina, pero no para que cediese Enrique VIII, el cual sin detenerse ya ante nada en la rápida y criminal pendiente donde había puesto el pié, para no verse obligado á cumplir la decision pontificia negó la obediencia al Papa, é hizo que el parlamento le declarase cabeza de la Iglesia Anglicana.

Imposible parece que fuese aquel mismo el príncipe que años atrás había escrito un piadoso libro contra las herejías de Lutero, mereciendo por él que Leon X le honrase con el título de defensor de la fè. A tal extremo conduce al hombre una ciega pasion cuando no vive el fuego del sentimiento alimentado por la virtud.

Aquel último golpe causó tan profundo pesar en el corazon de Doña Catalina, que solo sobrevivió dos años al forzado divorcio, confinada por Enrique en el castillo de Kimbalton. Escitado el encono del rey por Ana Bolena, no solo persiguió á Doña Catalina sino á todas las personas que habían seguido la causa de la virtud y de la desgracia, ó que siquiera habían manifestado simpatías por ella. Sensible la Reina á las desgracias de sus amigos, la noticia de tantas víctimas como causaba aquella persecucion, aumentando sus propios pesares fué acarreándole lentamente la enfermedad que le privó de la vida. A sentir próxima su última hora la desgraciada señora, que tan sinceramente había amado á su esposo, le escribió una carta llena de abnegacion y de grandeza, notable documento del cual no podemos prescindir de copiar las siguientes palabras: «Llegó mi última hora; el afecto que os he profesado y que todavía conservo, me impele á exhortaros para que atendais á la salvacion de vuestra alma, que debe ser preferida á todas las consideraciones del mundo y de la carne. Consultando estas únicamente, me habeis sumergido en las mayores desgracias, y habeis atraído sobre vos mismo los mas grandes disgustos. Todo lo olvido, y plegue á Dios olvidarlo tambien todo. Os recomiendo nuestra hija María, exhortándoos á que os conduzcais

con ella como un buen padre : este ha sido siempre el objeto de mis deseos. Os suplico que procureis un estado honroso á mis doncellas de honor, á estas desgraciadas que os serán poco gravosas, pues son tres únicamente. Tambien os ruego que mandeis pagar, además de la anualidad corriente, el sueldo de un año á las otras personas que me han servido, pues sin esto se verian privadas de todo recurso.»— Escrita esta carta, pensó únicamente en Dios, y al llegar el 6 de Enero de 1536 á los cincuenta años de edad, murió en el castillo de Kimbalton aquella desgraciada Reina tan digna de mejor fortuna. Con razon exclama un historiador contemporáneo, que la piedad, las virtudes y todas las bellas prendas que pueden adornar á una princesa se encontraban en la hija de los Reyes Católicos; y que no obstante las suposiciones con que los anglicanos han querido cohonestar el proceder de su esposo, la posteridad ha hecho justicia á nuestra ilustre compatriota.

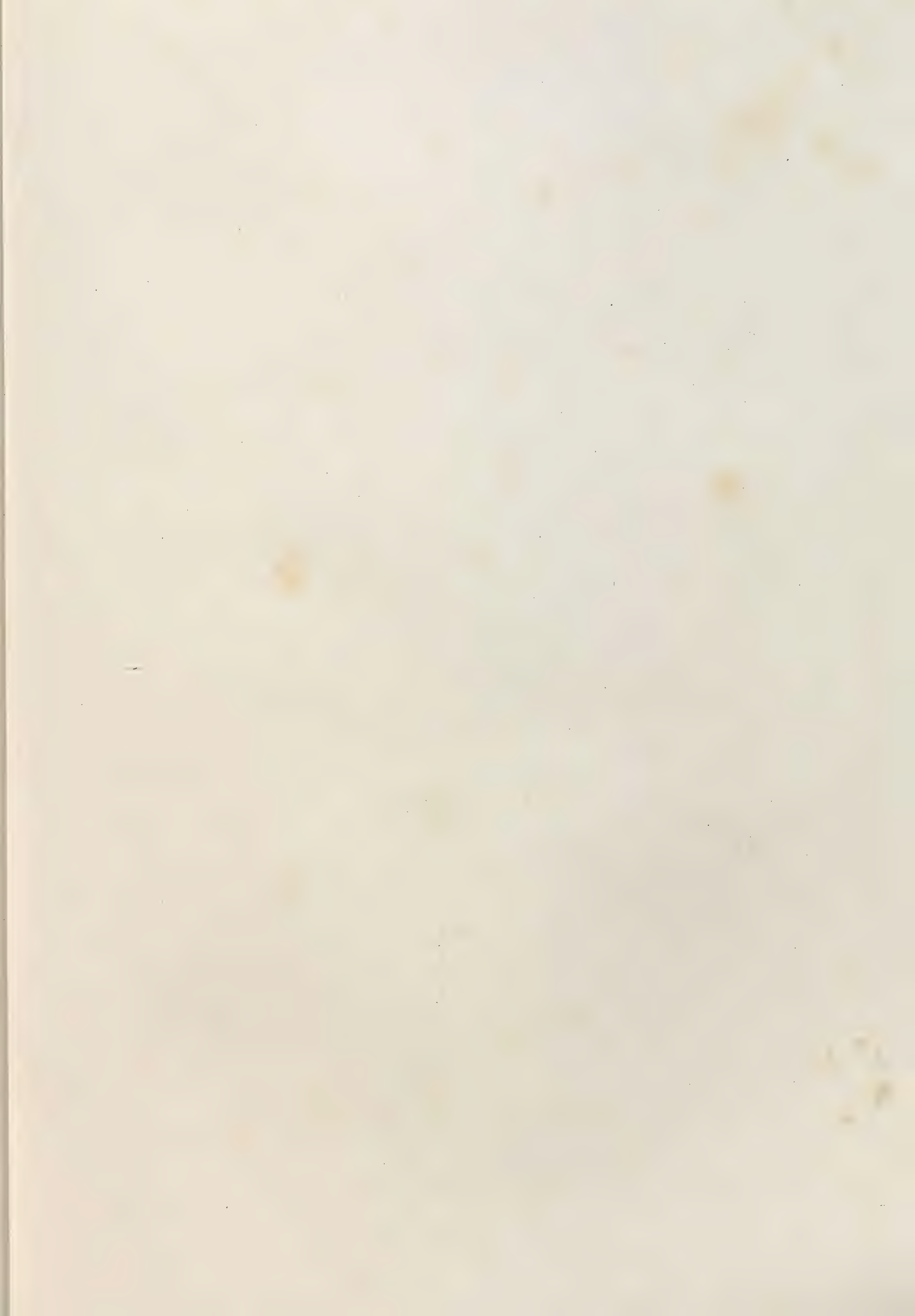
En el tiempo que estuvo reclusa en el castillo donde acabó sus dias, aquel espíritu tan rudamente perseguido por la desgracia, dedicóse al estudio, y en el fruto de él encontró consuelo á sus pesares. *Las meditaciones sobre los salmos* y un tratado *de los lamentos de los pecadores* fueron dos obras que escribió durante aquellos tristes dias y en las cuales quedaron perfectamente retratadas la elevacion de su inteligencia, la ternura de su corazon, la severidad de su virtud.

¿Qué de extraño tiene que ante tantas grandezas se viese abrumado el torpe corazon de Ana Bolena, y no pudiera resistir en su innoble envidia, el ejemplo que le ofrecia la ilustre reclusa de Kimbalton? Así se comprende que al tener la noticia de su muerte, se vistiera de gala, escandalizando al pueblo inglés con su imprudente alegría. Enrique VIII al contrario, pareció sentir, al leer la última carta de su esposa, la punzante espina del remordimiento. Dícese que conmovido profundamente, derramó lágrimas á la memoria de su esposa y disponiendo se celebrasen magníficas exequias en la abadía de Peterborough, erigió á la desdichada Reina un suntuoso

monumento funerario, convirtiendo la abadía en silla episcopal, en memoria de la desgraciada princesa española.

Tardío y pasajero arrepentimiento. Tan voluble como lascivo, bien pronto olvidó no solo á Doña Catalina y á Ana Bolena sino á las mugeres que después de ésta tuvo y con las cuales no vaciló en unirse, aunque tuviera que manchar para ello con un nuevo crimen su tálamo nupcial.

Seis fueron las esposas de Enrique VIII: Catalina de Aragon cuya triste historia acabamos rápidamente de narrar; Ana Bolena, que murió en el patíbulo; Juana Seymour á la que se halló muerta en su lecho; Ana de Cleves repudiada como Doña Catalina; Catalina Howard que murió degollada, y por último Catalina Parr, que hubiera tenido un fin análogo á las anteriores, á no haber muerto Enrique VIII en 1547.





Lit de Foruñ, Barcelona.

MUGERES CÉLEBRES. | D^a MARIA PACHECO.
(Muger de Padilla.)



MARTIN GILBERTSON | D^a MARIA PADILLA
(Mae de Padilla)

DOÑA MARÍA DE PACHECO.

«Señora: si vuestra pena no me lastimara mas que mi suerte, yo
«me tuviera enteramente por bienaventurado. Que siendo á todos
«tan cierta, señalado bien hace Dios al que le da tal, aunque sea de
«muchos plañida, y de él recibida en algun servicio. Quisiera tener
«mas espacio del que tengo para escribiros algunas cosas para vues-
«tro consuelo: ni á mí me lo dan, ni yo querria mas dilacion en
«recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda llorad vuestra
«desdicha, y no mi muerte, que siendo ella tan justa de nadie debe
«ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras
«manos. Vos, señora, lo haced con ella, como con la cosa que mas
«os quiso. A Pero Lopez mi señor, no escribo porque no oso, que
«aunque fuí su hijo en osar perder la vida, no fuí su heredero en la
«ventura. No quiero mas dilatar, por no dar pena al verdugo que me
«espera, y por no dar sospecha, que por alargar la vida, alargo la
«carta. Mi criado Losa, como testigo de vista é de lo secreto de mi
«voluntad, os dirá lo demás que aqui falta, y asi quedo dejando esta
«pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.»

Así se despedía de su esposa desde la cárcel de Villalar, momen-
tos antes de subir al patíbulo el valiente gefe de los comuneros Juan
de Padilla, dejando en tan notable documento irrecusable testimonio
de su patriotismo y elevacion de sentimientos, asi como del amor
conyugal que siempre profesó á la compañera de su vida.

Digna esposa del noble gefe de los comuneros, Doña María de

Pacheco al recibir aquella tristísima epístola con el relicario que siempre llevaba al cuello el malogrado caudillo, lejos de abandonarse á los extremos de un dolor desesperado, elevó los ojos al cielo como si á través del espacio viese al noble mártir de las libertades de su patria, y abismada despues en fervorosa oracion, buscó en la santa creencia que la animaba, el único lenitivo á tan terrible pena, y en la energia de su elevado espíritu fuerzas bastantes para continuar la difícil, pero gloriosa empresa acometida por su esposo.

Nacida á fines del siglo xv, hija del conde de Tendilla y de una hermana del marqués de Villena, eran tantas y tan relevantes las cualidades que adornaban á Doña María, que no es extraño hubiera cautivado el corazon de su esposo, cuando dominaba con el influjo de su palabra y de sus virtudes á cuantos tenian la fortuna de conocerla. Señora de honestas costumbres, de entendimiento claro, ejercitada en la lectura, delicada de salud, pero fuerte de espíritu, dulce y amable en su trato, protectora de los menesterosos, fecunda en recursos, hábil en ganar los corazones, tan entusiasta por la causa de las comunidades, como su propio marido; ejercia tal ascendiente sobre los toledanos, que todos la amaban, reverenciaban y obedecian como si con un mágico talisman los tuviese encantados ¹.

Cuando despues de la fatal jornada de Villalar, la causa de las comunidades podia considerarse completamente perdida, Toledo únicamente persistió en sostener sobre los torreones de su alcázar la morada bandera de los comuneros; y era que dentro de los muros vivia, prestando aliento y confianza á los mas débiles, la heroica Doña María de Padilla, tan rudamente herida en lo mas íntimo de su corazon con la muerte de su esposo. Ella únicamente con la persuasiva elocuencia de su ejemplo y de su palabra, animaba á los toledanos en los momentos de mayor peligro, convirtiendo en esforzados á los mas tímidos. Sin detenerse ante ningun obstáculo, y siguiendo el ejemplo que ya en otras ocasiones análogas habia dado la gran Reina Isabel la Católica, habia recurrido á la plata de las iglesias para pagar

¹ La Fuente, historia de España.

las tropas, pero no sin que al hacerlo hubiese demostrado la lucha terrible que sostenia entre su respeto á la Iglesia y su amor á la patria entrando en la Catedral de Toledo, cubierto el rostro con un velo y severamente enlutada, y dirigiéndose al altar mayor, delante del cual, puesta de rodillas, y derramando lágrimas de profundo pesar, pidió fervorosamente perdon á Dios, por recurrir á tan forzado recurso, para hacer frente á las necesidades públicas.

Cristiana siempre y de arraigadas creencias, orando estaba ante un crucifijo cuando recibió la carta de su esposo, y dominando su dolor para que no decayese el ánimo de los que seguian su causa, mandó poner guarda con gran vigilancia en las puertas de la ciudad, y se encaminó al alcázar llevando en brazos á su tierno hijo, en cuyas infantiles facciones reflejábase la varonil belleza de su desgraciado padre. El pueblo la siguió silencioso y triste, mas abstraído en los pesares de Doña María, que en el peligro que desde aquel momento amenazaba, cada vez mas inminente, á todos los comuneros.

El orgulloso ejército del Prior de San Juan, fuerte de siete mil infantes y tres mil caballos, estaba á las puertas de la Ciudad del Tajo, y figuraba entre los caudillos de los imperiales, para mayor pesar de Doña María, su mismo cuñado, el hermano del noble gefe de los comuneros, Gutierre Lopez de Padilla, que habiéndose visto arrojado de la ciudad como enemigo de las comunidades, acudia ahora á rendirla sediento de venganza, sin detenerle el duelo de su anciano padre y el de la digna esposa de su desgraciado hermano.

Doña María sin embargo no vaciló un momento. Logrando del cabildo, que acudiera con seis cientos marcos de plata para pagar á los defensores de Toledo, tal ánimo y valor logró infundir con sus enérgicas exhortaciones en aquellos guerreros, que no solo estaban siempre apercebidos para la mas decidida resistencia, sino que frecuentemente tomaban la ofensiva, haciendo salidas á los pueblos cercanos, y volviendo victoriosos de sus parciales combates con las tropas sitiadoras.

Generosa Doña María, hasta con sus mismos enemigos, dejó solo

de serlo con los traidores Aguirres, dos capitanes hermanos, que habían guardado para sí los recursos que Toledo enviaba á Padilla, y que desleales y falsos amigos, contribuyeron de este modo á la derrota de los comuneros. Muertos á estocadas por los guerreros de Doña María, fueron lanzados por el muro sus cadáveres, que el pueblo indignado arrojó en una hoguera, aventando despues sus cenizas. No falta quien censura por esta desusada severidad á Doña María, afirmando que faltó á la nobleza de heroína, dejándose arrastrar del vengativo genio de la muger; pero sin que nosotros defendamos el hecho, enemigos como somos de esas bárbaras represalias, no podemos dejar de disculparla, teniendo en cuenta el profundo y reconcentrado pesar de la esforzada muger de Padilla, y el irreflexivo enojo que habia de apoderarse de su corazon, al ver delante de ella á los que, y no sin causa, consideraba como los traidores que habian dado motivo al desastre de Villalar, y á la muerte del valiente caudillo de las comunidades.

Entre tanto la situacion de la ciudad cercada iba haciéndose cada vez mas difícil de sostener; y creyendo el marqués de Villena, tio de la ilustre defensora de Toledo, que tal vez lograria reducirla extremándole las escasas esperanzas que le restaban, entró en la ciudad y tras él el Duque de Maqueda, seguidos de poco numerosa escolta, para ver si lograban rendirla con sus ofertas de paz. No habian contado los atrevidos magnates con el entusiasmo que en los defensores de Toledo habia logrado despertar Doña María. Alborotados con las proposiciones de los dos caudillos, tuvieron estos que abandonar la poblacion, sin haber conseguido otra cosa que escitar mas los ánimos en contra del ejército imperial.

Un grave é inesperado acontecimiento, puso por este tiempo á prueba la serenidad y prestigio de Doña María. El obispo Acuña, que con tanta decision habia abrazado la causa de los comuneros, fuese porque se creyera humillado por el creciente predominio que ejercia en Toledo la viuda de Padilla, fuese porque el temor comenzara á paralizar su entusiasmo, abandonó la ciudad, y disfrazado con traje

de vizcaino , pretendió ganar la frontera de Navarra , aunque con tan mala fortuna , que en el pueblo de Villamediana , fué descubierto y detenido por un alférez de los imperiales , viviendo desde entonces en continua prision , hasta terminar sus dias desgraciada y trágicamente.

Doña María , lejos de desmayar con aquella inesperada decepcion , se afirmó en su propósito de defenderse hasta el último trance «como si fuera un capitan cursado en las armas , que por eso la llamaron la muger valerosa,» como dice el historiador obispo de Pamplona. Las operaciones del sitio no conseguian imponer á los toledanos , que animados por la noble dama , hacian frecuentes y victoriosas salidas contra el ejército del prior de San Juan ; y si alguna vez daban oido á proposiciones de paz , era siempre imponiendo cláusulas tan ventajosas , como la de conservar sus fueros , franquicias y libertades , con el dictado de muy noble y muy leal para Toledo , que se alzara el secuestro de los bienes de Padilla , y se rehabilitara su fama y honra y la de todos sus parientes y defensores.

Una atrevida operacion militar , coronada de feliz éxito , permitió al prior de San Juan poder situarse en el monasterio de la Sisle , al sur de la ciudad , desde cuyo punto hostilizaba con mas ventajas á los sitiados , cortándoles la entrada de viveres y bastecimientos ; pero lejos de abatirse con esto el ánimo de Doña María , y de los que seguian su bandera , lanzábanse á buscar el peligro al mismo campamento enemigo , demostrándole asi su verdadero entusiasmo por la causa que defendian.

Pero las ventajas que los imperiales no podian alcanzar por la fuerza de las armas , acercábanse á conseguirlas por los reprobados manejos de la astucia. Aprovechándose del mal efecto que produjo entre los sitiados el vencimiento del ejército francés cerca de Pamplona , victoria que reanimó el abatido espíritu de los soldados del Prior , comenzó éste á sembrar la discordia por medio de sus agentes entre los toledanos , exagerando las consecuencias de la derrota , las dificultades para introducir en la ciudad mantenimientos , y la falta

de salud de Doña María, que á pesar de todos los esfuerzos de la ilustre heroína, empeoraba visiblemente. Los ocultos manejos de los enviados del Prior llegaron á producir el efecto que deseaba, y siguiendo de cerca, como acontece siempre, al cobarde temor la vil traicion, hubo un desleal toledano, que hasta ofreció al caudillo sitiador, conducir á su campamento por engaño ó por fuerza, á la digna esposa de Juan de Padilla. Descubierto su aleve propósito, le mataron en el arrebató de su natural indignacion los soldados de Doña María, arrojándole despues por el muro del alcázar; pero cundiendo el descontento, empezaron las desavenencias entre los defensores de la ciudad, y llegaron hasta el punto de dirigirse al alcázar los que deseaban la cesacion de la guerra, resueltos á apoderarse de Doña María, y á entregarse á la clemencia de los sitiadores. Al verlos llegar en ademan hostil, los defensores de la fortaleza, lejos de esperarlos, salieron en contra de los sublevados, y la lucha hubiera sido enconada y terrible, si Doña María, á pesar del mal estado de su salud, no hubiera dispuesto que la condujesen en una litera al lugar del combate logrando con el influjo de su presencia y de su palabra restablecer la paz entre las opuestas parcialidades, y consiguiendo que lejos de pensar ninguno en entregarse, se decidieran todos con el mismo entusiasmo á continuar la heroica defensa de la ciudad.

En su entusiasta ardor, los toledanos llegaron á imponer con sus atrevidas salidas al Prior de San Juan, consiguiendo en una de ellas entrar en el monasterio de la Sisle, y sembrar el terror entre sus defensores, ahuyentándoles hasta las defensas del campamento; pero desgraciadamente, repuesto el Prior de su primera sorpresa, y comprendiendo que del éxito de aquella jornada dependia acaso el de la guerra, animó á los soldados, y cayendo con todo el golpe de su gente sobre los atrevidos defensores de la ciudad sitiada, les acometió de tal suerte, que abrumados por el número y por el desesperado valor de los imperiales, tuvieron los toledanos que retirarse vencidos, cuando juzgaban asegurada la victoria.

Este contratiempo produjo profunda sensacion en la ciudad, y

conociendo la valerosa viuda de Padilla, que habiendo entrado el desaliento en sus guerreros, despues de tantos meses de asedio, era mas prudente procurar una honrosa capitulacion, que exponerse á ver perdidos en un momento tantos sacrificios, avínose á honrosas paces, en cuyos capítulos bien claramente se descubre que léjos de recibirlas, impuso condiciones la ciudad defendida por Doña María.

Consignábase en aquel notable documento,¹ que Toledo conservaria el renombre de muy noble y muy leal; perdon general para todos sus moradores y comarcanos; que se suspenderia todo lo relativo á la indemnizacion de daños y perjuicios, hasta que el Rey volviese á Castilla; que se respetarian las adquisiciones hechas de las rentas reales; que la guarda del alcázar, puertas y puentes se daria á vecinos honrados; que continuarian los diputados de las parroquias en el derecho de nombrar procuradores generales del pueblo; que se conservarían á la ciudad, íntegros todos sus fueros, franquicias y libertades; que se nombraria corregidor por la misma ciudad hasta que el emperador determinase; y en lo que concierne á nuestra heroína, que se alzaría al secuestro de los bienes de Padilla, rehabilitando su honra y buena fama, y concediendo á su viuda no solo el derecho de pedir justicia, sino que si tal hiciere, le fuese administrada por juez competente y de intachable imparcialidad. «En cuanto á lo que toca á «Juan de Padilla, que haya gloria, se concede é concedemos, que á su «fijo del dicho Juan de Padilla, se le dará é damos é por la presente «mandamos que se le den sus oficios é su hacienda; é si algund «embargo le tienen fecho en sus bienes, por la presente le alzamos é «mandamos que agora ni en algund tiempo se les pueda pedir ni «embargar por esta causa; é le concedemos, que pueda heredar «cualquier herencia sin que ninguna cosa destas le preste ni pare «perjuicio: é en cuanto á la honra del dicho Juan de Padilla concedemos

¹ Puede consultarse en el tomo I de la *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, publicada por los SS. Navarrete, Salvá y Baranda, pág. 313. Hallábase en las oficinas de amortizacion de la ciudad de Toledo, donde probablemente iria á parar del archivo de algun convento suprimido. Fué remitido á la Academia de la Historia en 18 de Junio de 1841, por un individuo correspondiente, D. Ramon Fernandez de Loaisa.

«que si Doña María Pacheco su muger quisiere demandar justicia en
«el caso por sí ó por sus procuradores, quel Rey nuestro señor sea
«obligado á le dar juez competente é no sospechosó que la haga, é yo
«el dicho prior prometo so cargo de juramento é pleito homenaje que
«de yuso será fecho, de favorecer é ayudar á la dicha Doña María
«para que alcance cumplimiento de justicia, é con esta negociacion pro-
«meto que se traerá é haré traer cédula de sus magestades para que el
«cuerpo del dicho Juan de Padilla se pueda traer donde su muger ó
«hijo quisieren dentro de quatro meses despues questé Toledo pacífico
«de justicia é haya corregidor, é para que le pueda la cibdad hacer la
«gratificacion que quisiere ¹.»

A consecuencia de esta concordia entró el prior de San Juan en Toledo, y Doña María se trasladó del alcázar á su casa, no sin quedarse para su seguridad y la de su hijo con la artillería y gente de armas; que bien conocia la previsora dama, con cuanta facilidad faltan los vencedores á sus tratos y convenios, cuando se creen superiores á los vencidos.

Como naturalmente habia de suceder, comenzaron bien pronto las contiendas entre comuneros é imperiales, y hubiéranse convertido en abierta y sangrienta lucha, á no haber intervenido la noble viuda, imponiendo á todos respeto y sumision. No fué sin embargo muy duradera la calma, pues hallábanse predispuestos los ánimos para que al mas leve pretesto comenzara la lucha; y asi sucedió, que con un motivo inesperado y de ninguna importancia, se convirtieron las calles de Toledo en un sangriento campo de batalla, influyendo poderosamente el éxito de aquella contienda en la futura suerte de Doña María.

Fué el caso, que á los tres meses de haber entrado en la ciudad los imperiales, con motivo de haber sido elevado á la silla pontificia, Adriano de Utrech, antes dean de Lobaina, cardenal obispo de Tortosa mas tarde, maestro del emperador, y regente del Reino, acordáronse en Toledo públicos y ostentosos festejos, á los cuales acudian de buen

¹ Documento de concordia y capitulacion citado.

grado realistas y comuneros, los unos porque veian en aquella eleccion el premio á las virtudes del prelado, los otros porque su nuevo y elevado cargo le alejaba de España. En medio de la pública alegría, y cuando parecian mas olvidados los pasados rencóres, un muchacho entusiasta, hijo de un menestral forastero, recordando sin duda haber oido mas de una vez aclamar al difunto jefe de los comuneros, gritó *¡Viva Padilla!*, y no fué necesario mas para que un grupo de intolerantes imperiales se apoderase de la inocente criatura y la azotara bárbaramente. Justamente indignado el padre, la emprendió con los verdugos de su hijo, y uniéndosele en breve sus amigos, y tras de ellos muchos de los antiguos partidarios de Padilla, trabóse bien pronto entre unos y otros ruda y encarnizada lucha, agrupándose los comuneros delante de la casa de la viuda de Padilla, y los imperiales frente á la morada del gobernador. Cargando los ginetes realistas sobre la desprevenida muchedumbre, consiguieron por último el triunfo, y preso el infeliz menestral, fue sentenciado con crueldad inaudita á morir en un patíbulo.

Profundamente conmovida Doña Maria, agotó todos los recursos de su elocuencia, todos los esfuerzos de sus súplicas, toda la ternura de su sensible corazon, para obtener clemencia en favor de aquel desdichado: todo fué inútil. Desoyendo los ruegos de la ilustre heroina, sacaron en medio del dia al pobre artesano para conducirle al suplicio; y como acudiesen grupos de hombres armados á libertarle, el mismo arzobispo de Bari, gobernador de la ciudad, olvidando su carácter sagrado, léjos de conceder el perdon que él mejor que ningun otro debiera haber concedido, lanzóse á la calle al frente de las tropas reales, y deshizo á viva fuerza los grupos libertadores.

La indignacion de Doña Maria al tener noticia de aquella nueva violencia fué indescriptible. Su noble corazon revelábase contra tales iniquidades, y á pesar del mal estado de su salud quiso salir en persona á librar á la víctima; generosa resolucion que no le dejaron realizar su hermana la condesa de Monteagudo y su cuñado Gutierre

Lopez de Padilla, temerosos, y no sin razon, de que se viese atropellada por la bárbara soldadesca del gobernador.

Doña María sin embargo pronosticó que tras de aquella injusta egecucion seguirian nuevos desmanes contra los comuneros, y no tardó mucho tiempo en cumplirse su pronóstico. Apenas acababa de espirar el desgraciado artesano, los imperiales cargaron sobre los comuneros, que al verse acometidos hicieron uso de la artillería, causando grandes estragos entre sus enemigos, y trabada despues la pelea cuerpo á cuerpo, continuó durante largo espacio la contienda, que sembraba de muertos y heridos las calles de Toledo.

El hermano de Juan de Padilla, aquel Gutierre Lopez que afiliado á la causa imperial, habia entrado en la ciudad con las tropas del Prior, y despues habia evitado el inútil sacrificio de su cuñada Doña María de Pacheco, deseando evitar mayores males, corria de unos á otros exhortándoles á deponer las armas; pero dificilmente pudo hacerse oir, hasta que los comuneros, dóciles á la voz del hermano de su antiguo caudillo se avinieron á suspender la lucha, pero con la espresa condicion de que los habian de dejar salir libres y salvos de Todelo. Con esto terminó la contienda: los comuneros evacuaron la ciudad, y consideraron los vencedores como no escritas las cláusulas de la capitulacion.

Roto ya el dique á todo linage de persecuciones contra los comuneros corria grave riesgo la noble Doña María, por lo que su mismo cuñado, Gutierre Lopez, de quien dice con razon el historiador de España citado, que aunque enemigo de los comuneros, al cabo sentia correr por sus venas, la noble sangre de los Padillas, la puso en seguridad en el convento de Santo Domingo, con el cual comunicaba su casa; y no juzgando despues suficiente aquel asilo la convenció á que saliese de Toledo, pues de otro modo corria grave riesgo su persona. «Merced á su auxilio, la muger fuerte, que por espacio de diez meses habia mantenido con honra enarbolado el estandarte de las comunidades dentro de los muros de una ciudad aislada, logró salir de aquella ciudad, disfrazada de labradora, con saya, basquiña y

calzado de aldeana, y con un viejo sombrero en la cabeza. Cuéntase que al trasponer la puerta del Cambon, la reconoció un soldado, y que el generoso guerrero disimuló, entretuvo á sus compañeros de guardia é hizo espaldas á la dama fugitiva ¹.»

Enfermo el cuerpo, pero no abatido el espíritu, montó en una mula al llegar á la vega, y seguida del alcaide de Almazan Hernando Dávalos, y de una esclava negra que siempre tuvo consigo, continuó su marcha la ilustre dama, no sin haber corrido grave riesgo de tropezar con una partida de imperiales, y llegó ya de noche á Escalona, pueblo que pertenecía lo mismo que el castillo de que tomaba nombre, al marqués de Villena, tío de Doña María. Con rudeza indigna de su noble cuna, contestó el marqués al mensaje de su sobrina pidiéndole hospitalidad, «que se vaya en buen hora donde «fuere de su agrado... y bueno es que sufra por haber desoido mis «instancias cuando estuve á tratar con ella de la paz y asiento de las «cosas,» resolución indigna, que no fué bastante á evitar el que la marquesa, ya que no podía contravenir la orden de su esposo, enviase á Doña María una buena mula de paso, trescientos ducados y abundantes cajas de conserva. Con esto, continuó la desgraciada viuda su camino hasta la Puebla de Sanabria, donde otro tío de la Pacheco, hermano del marqués, se esforzó en conseguir que olvidara con su franca y cariñosa hospitalidad la ruda y descortés conducta del señor de Escalona.

Repuesta algun tanto de la fatiga del viaje, continuó su marcha la desventurada cuanto ilustre heroína á Portugal, donde ya pudo considerarse mas segura de la activa persecucion de que era objeto.

Burlados en sus pesquisas los agentes del Prior, y del arzobispo, hicieron blanco de su encono la casa que habia servido de morada, en mas felices dias, á Doña María y á su esposo, y derribándola completamente, araron el suelo y lo sembraron de sal, para que ni yerbas pudiera producir, colocando en el centro del solar un elevado

¹ Lafuente, siguiendo á los escritores coetáneos.

poste con una inscripcion, que mas declaró á las generaciones venideras con su inexacto y apasionado relato, la iracundia y la falta de generosidad de los vencedores, que la pretendida ignominia que quisieron echar sobre la memoria de los vencidos: en las luchas de los pueblos contra sus opresores hay vencimientos que valen mas que ostentosos triunfos.

La inscripcion decia asi: «Aquesta fué la casa de Juan de Padilla
«y Doña María de Pacheco, su muger, en la cual por ellos é por otros,
«que á su dañado propósito se allegaron, se ordenaron todos los
«levantamientos, alborotos y tracciones que en esta ciudad é en estos
«reinos se hicieron en deservicio de S. M. los años de 1521. Mandóla
«derribar el muy noble señor D. Juan de Zumel, oidor de S. M. é su
«justicia mayor en esta ciudad, é por su especial mandado, porque
«fueron contra su rey é reyna é contra su ciudad, é la engañaron so
«color de bien público por su interese é ambicion particular por los
«males que en ella sucedieron; é porque despues del pasado perdon
«fecho por SS. MM. á los vecinos de esta ciudad, que fueron en lo
«susodicho se tornaron á juntar en la dicha casa con la dicha Doña
«María de Pacheco, queriendo tornar á levantar esta ciudad é matar
«todos los ministros de justicia é servidores de S. M. Sobre ello
«pelearon contra la dicha justicia é pendon real, é fueron ven-
«cidos los traidores el lunes dia de San Blas 3 de Febrero de 1522
«años ¹.»

A tales extremos se abandonaron despues de verla vencida, los que no vacilaron en aceptar las condiciones que les impuso Doña María, en la capitulacion, tan injusta é indignamente rota por los imperiales, y el mismo Carlos V guiado por una mezquina venganza pretendió por medio de sus vireyes el Cardenal Adriano, el Almirante y el condestable, que el Rey de Portugal, faltando á todas las leyes de la hospitalidad á los principios del derecho de gentes, y hasta á los

¹ En tiempo de Felipe II se trasladó este pilar á la puerta de S. Martin, añadiéndole la inscripcion siguiente. «Este padron mandó S. M. quitar á las casas que fueron de Pedro Lopez de Padilla, donde solia estar, y ponerlo en este lugar, y que ninguna persona sea osada de le quitar so pena de muerte y perdimiento de bienes.»—Ms. de la Academia de la Historia.

pactos estipulados entre ambas naciones, prendiese á Doña María; estraña peticion, á que contestó dignamente el monarca lusitano, que no podia acceder á ella porque lo resistia el tenor de las capitulaciones de ambas coronas, ademas de tener empeñada su palabra real. Un edicto publicó sin embargo para contentar en algun modo al monarca español, mandando salir de su reino dentro de dos meses á la viuda de Pacheco, y á los comuneros, que fieles siempre, la habian seguido en su desgracia; edicto que no se cumplió, continuando en Braga, sin ser inquietados todos los comuneros, mucho despues de trascurrido el plazo fijado.

Siendo embajador de España en Lisboa el comendador D. Juan de Zúñiga, repitió las mismas instancias, pero siempre sin fruto. Con fecha 9 de Setiembre de 1524 avisaba desde Evora á Carlos V, que Doña María Pacheco permanecia en una casa de campo cerca de Braga; que se deshacia de sus alhajas para mantenerse, así como á Fernando Dávalos, á diez y seis personas de las que la habian seguido en Toledo, y hasta otros treinta entre criados y dependientes: que á aquella Corte habia llegado un tal Mena á vender una hermosa cruz de diamantes y rubies por la cual pedia seiscientos ducados; que Doña María Pacheco conservaba algunos restos de lo que habia salvado de Castilla; que el arzobispo de Braga la socorria, y que de España le enviaban tambien socorros de tiempo en tiempo ¹.

Asi continuó el resto de su vida, siendo ejemplar modelo de virtudes, y partiendo su pan con los compañeros de su infortunio, hasta su muerte, acaecida, segun el Diccionario histórico, en fuerza de la miseria á que llegó á verse reducida, el año de 1522, y segun la generalidad de los escritores, á consecuencia de una pulmonía, en el mes de Marzo de 1531. Murió en Oporto, dejando dispuesto que se trasladase su cadáver á Villalar, y fuese enterrado con el de su esposo, disposicion que no llegó á cumplirse. Enterrada frente al altar

¹ Coleccion de documentos inéditos para la Historia de España, tomo I.
TOMO II.

de San Gerónimo en la Seo de dicha ciudad de Oporto, dicese que mandaron grabar en la losa de su sepulcro dos fieles escuderos, el siguiente epitafio:

María de alta casa derivada,
De su esposo Padilla vengadora,
Honor del sexo, yace aqui enterrada.
Muriendo en proscripcion se vió privada
De ir cual quiso á la tumba de su esposo ;
Pero Sousa y Jicorhoo sus criados
Le procuraron sepulcral reposo.
Luego que el cuerpo consumido fuere.
Bajo una losa deben verse unidos
Los restos de consortes tan queridos.

La historia de Doña María de Pacheco, á pesar de su desgraciada suerte, servirá siempre de noble ejemplo á las damas españolas que sientan arder en su corazon con el bendito fuego del amor conyugal, el santo amor de la patria.

LUISA Y ANGELA SIGEA.

Hija de D. Diego Sigea, originario de Francia, nació Luisa en la ciudad de Toledo, á principios del siglo xvi, y de tal modo supo aprovechar la esmerada educacion que su padre, hombre de grandes estudios, cuidó de darla, que era casi una niña, cuando ya la fama de su nombre corria no solo por toda España, sino por las capitales mas cultas de Europa. Uniendo á una fecunda inspiracion poética, profundos conocimientos en Filosofía, sus adelantos en lingüística fueron tan maravillosos, que con justicia merecieron los elogios de la Corte de Roma, pues escribió al pontífice Paulo III en latin, griego, hebreo, árabe y siriaco. Llamado D. Diego á Portugal por el Rey D. Juan III, para encargarle la educacion de Teodosio, Duque de Braganza, fué Luisa acompañando á su padre, y bien pronto sus talentos le atraieron el favor de la Corte, siendo la compañera, mas que la dama, de la infanta Doña Maria de Portugal, que amaba, y con fortuna, el cultivo de las letras.

El mérito de esta ilustre dama le alcanzó antes de morir el renombre de *Minerva española*, con que la calificaron sus contemporáneos, y bien justificó para la posteridad las alabanzas que le prodigaron, con sus treinta y tres *cartas eruditas*, escritas en latin, con sus *poesias*, con un notable opúsculo intitulado *Dialogus de differentia vitæ rusticæ et urbanæ*, y con un poema latino denominado *Sintra*.

Casó la célebre poetisa y literata, con Don Francisco de Cuevas,

señor de Villanasur, caballero de Búrgos, sin que los cuidados del estudio la impidiesen ser una excelente esposa y madre de familia, contra el vulgar parecer, tan generalizado por desgracia en nuestra patria, de que la muger instruida no puede ser BUEN AMA DE SU CASA ¹; y tan respetada por sus talentos como por sus virtudes, murió en el año de 1569, siendo enterrada en Torres Nuevas.

Durante su vida, la calumnia quiso manchar el limpio nombre de esta célebre española, atribuyéndole una obra, que bien podemos calificar de obscena, titulada: *De Arcanis Amoris et Veneris*; pero bien pronto quedó descubierta la impostura, y mucho antes de su muerte no hubo ya quien se atreviera á sostenerla.

Digna hermana de Luisa, Angela Sigea, se dedicó tambien al estudio de las lenguas sabias; pero el arte en que alcanzó merecida celebridad fué el de la música, siendo reconocida como una de las verdaderas notabilidades de su época, en el *divino arte*. En la Corte de Portugal, á donde acompañó á su padre y hermana, alcanzó por su indisputable mérito el aprecio de la infanta Doña María, y casada con D. Antonio Mogo de Mello Carvilho, caballero de Torres Nuevas, enlazó á los timbres heráldicos de su noble esposo, los mas imperecederos del talento y de la virtud.

¹ Luis de Salazar en su *Historia de la casa Farnesio*, dice que de aquel afortunado enlace, quedó en Castilla mucha y muy clara sucesión.



Lit. Labalette, Barcelona.

MUJERES CÉLEBRES.

S^{TA} TERESA DE JESUS.



MELISSA WILSON

8th GRADE DE JESUS

SANTA TERESA DE JESÚS.

I.

«El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastára, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía, para ser buena. Era mi padre aficionado á leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyese sus hijos. Estos con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó á despertarme, de edad, á mi parecer, de seis ú siete años. Ayudábame no ser en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como á sus hijos; decía, que de que no era libre, no podía sufrir de piedad. Era de gran verdad, jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad: con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacia caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad; muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió; murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron á sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, sino fui yo,

aunque era la mas querida de mi padre; y antes que comenzase á ofender á Dios, parece tenia alguna razon porque yo he lástima, cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me habia dado, y cuan mal me supe aprovechar de ellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban á servir á Dios.

Tenia uno casi de mi edad, juntábamonos entrambos á leer vidas de Santos, que era el que yo mas queria, aunque á todos tenia gran amor y ellos á mi; como via los martirios, que por Dios los Santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leia haber en el cielo y instábame con este mi hermano á tratar que medio habria para esto. Concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen, y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecia el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir que pena y gloria era para siempre en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto; y gustábamos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato, era el Señor servido, me quedase en esta niñez imprímido el camino de la verdad. De que ví que era imposible ir á donde me mataren por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que habia en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas, que luego se nos caian, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devocion ver como me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacia limosna como podia, y podia poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacia serlo. Gustaba mucho cuando jugaba con otras niñas, hacer monesterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

Acuérdome que cuando murió mi madre, quedé yo de edad de

doce años poco menos: como yo comencé á entender lo que habia perdido, afligida fuime á una imágen de Nuestra Señora, y supliquela fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado á esta vírgen soberana en cuanto me he encomendado á ella, y en fin me ha tomado á sí. Fatígame ahora ver y pensar en que estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡Oh Señor mio! pues parece teneis determinado que me salve, plega á Vuestra Magestad sea ansi; y de hacerme tantas mercedes como me habeis hecho, ¿no tuviérades por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto, posada, adonde tan continuo habiades de morar? Fatígame, Señor, aun decir esto, porque sé que fué mia toda la culpa; porque no me parece os quedó á vos nada por hacer, para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy á quejarme de mis padres tampoco puedo, porque no via en ellos sino todo bien, y cuidado de mi bien. Pues pasando de esta edad, que comencé á entender las gracias de naturaleza, que el Señor me habia dado, que segun decian, eran muchas, cuando por ellas le habia de dar gracias, de todas me comencé á ayudar para ofenderle, como ahora diré.»

Al escribir la biografia de aquella muger, tan grande por sus virtudes como por sus talentos, bien quisiéramos en lugar de nuestra desaliñada narracion, transcribir la historia de su vida escrita por la misma santa cuyo original se conserva en el monasterio de San Lorenzo del Escorial, no en la biblioteca sino en el camarín donde se guardan las reliquias, precioso libro en folio regular con doscientas una fojas dobles, todo él escrito de la misma manera de Santa Teresa. Parecia lo mas propio que habiendo redactado su biografia, no le diera cabida en este lugar á otra historia de su vida que á la que dejó aquella célebre escritora, pues como dice el último colector de sus obras, ninguno mejor que el autor mismo puede dar cuenta exacta de sus pensamientos y conatos, mucho mas en materia tan delicada como es la vida interior, la vida del espíritu propio, materia sobre la cual

giran los escritos de Santa Teresa casi en su totalidad. ¿Qué literato se aventuraría á seguirla en esta senda, y sorprender los secretos de su corazon y su existencia, si ella no los hubiera revelado? No teniendo ni aun sombra de sus virtudes, ni comprendiendo apenas el lenjuage de su alma cándida y sublime, ¿cómo pudiéramos los profanos hacer la descripcion de su vida espiritual, por nosotros apenas comprendida ¹?

La mucha estension de dicha historia, es la causa que impide la reproduccion en este lugar de la vida de la Santa; pero ya que esto no puede ser, hemos querido empezar su biografia con el capítulo primero de ese precioso libro en que aquella muger sublime consignó, casi puede decirse momento á momento, no solo los acontecimientos de su vida, sino hasta las mas pequeñas tribulaciones de su espíritu, constantemente combatido por la severidad de su conciencia, é incesantemente fatigada con la aspiracion eterna del infinito amor á su Dios.

En ese primer capítulo que hemos copiado se refleja toda la ingenuidad, todo el candor de su alma, toda la elevacion de sus místicos deseos. Se vé en todas sus frases la verdadera vocacion que desde niña la arrastraba á dedicarse enteramente á la vida de la virtud, empezando por pagar justo tributo á la memoria de sus padres, que en aquel entusiasta corazon inculcaron desde muy-niña, con el consejo y con el ejemplo, los fecundos principios de moralidad, de caridad y de amor, que tan fecundos frutos habian de producir en la inmortal poetisa y escritora.

Nacida en Avila el dia 23 de Marzo de 1515, fueron sus padres Alfonso Sanchez de Cepeda y Beatriz Dávila y Ahumada, uno y otro de linaje esclarecido y sobre todo el de la madre que estaba enlazado con las primeras familias de Castilla ². Despues que en su infancia llevada del amor divino, quiso hasta sufrir el martirio; y cuando

¹ Biblioteca de autores españoles de Rivadeneira.—Escritos de Santa Teresa añadidos é ilustrados por D. Vicente de la Fuente catedrático de disciplina eclesiástica en la universidad de Madrid,

² Aquel de nuestros lectores que desee conocer la ascendencia de Santa Teresa, puede consultar su árbol genealógico en la obra del padre Traggia titulada *La mujer grande* tomo I.

muerta su madre; solo pensaba en la virtud, la tentadora belleza con que Dios la habia dotado, fué causa de que, inducida por una prima suya, pensara en pasatiempos frívolos, de los cuales en su severidad consigo misma, se reprende como de grandes delitos. Su corazon sensible y su imaginacion exaltada la aficionaron á los libros de caballería á que tambien era inclinada su madre, y «era tan en «estremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, «no me parece tenía contento. Comencé á traer galas, y á desear «contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y ca- «bello y olores, y todas las vanidades que en esto podia tener, que «eran hartas por ser muy curiosa... Tenía una hermana de mucha «mas edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, «no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta que trataba «mucho en casa... A esta que digo, me aficioné á tratar. Con ella era «mi conversacion y pláticas, porque me ayudaba á todas las cosas de «pasatiempo, que yo quería, y aun me ponía en ellas y daba parte de «sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fué de «edad de catorce años y creo que mas... no me parece habia dejado á «Dios... ni perdido el temor de Dios aun que le tenía mayor de la «honra: éste tuvo fuerza para no la perder del todo; ni me parece por «ninguna cosa del mundo en esto me podia mudar, ni habia amor de «persona dél, que á esto me hiciese rendir. Ansi tuviera fortaleza en «no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural, para no «perder en lo que me parecia á mi estar la honra del mundo; y no «miraba que la perdía por otras muchas vías.»

Duramente y con la severidad propia de la rectitud de su conciencia trata esta parte de su vida la misma santa en la historia que dejó escrita, virtuoso rigor que no siendo capaces de comprender algunos escritores, especialmente franceses, ha sido causa de que tomando en mal sentido las palabras que le arrancaba su humildad profunda y su rígida conciencia, hayan escrito, equivocando hasta el tiempo, convirtiendo los meses en años, como supone Villefore, que nuestra virtuosa escritora fué durante tres años maestra de galante-

rias y devaneos, estando privada completamente de la luz de la divina gracia. La misma Santa Teresa responde á estas indignas aseveraciones con una frase de su historia «y pues nunca era inclinada á «mucho mal, *porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecia*, sino á pasatiempos de *buena conversacion*; mas «puesta en la ocasion, estaba en la mano el peligro, y ponía en él á «mi padre y hermanos, de los cuales me libró Dios, de manera que «se parece bien procuraba contra mi voluntad que no me perdiese.» Después de leídas estas ingenuas palabras, sería proceder con la mas insigne mala fé recordar siquiera las suposiciones de Villefore, que con la poca conciencia que acostumbra, ha repetido el *Diccionario de la conversacion*, en el artículo biográfico de Santa Teresa. Con razon dice á este propósito el ya citado colector de sus obras, «lo que la Santa se echa en cara es puramente haber sido aficionada durante tres meses escasos á *galanteos*, lo cual siendo ella soltera y en edad nubil, no era pecado, no habiendo por otra parte deshonestidad, como ella misma asegura que no la habia.»—En este párrafo declara bien Santa Teresa cuales fueron sus culpas, esto es, pasatiempos de buena conversacion, favorecidos por las criadas, con ocasion de peligro para ella y deshonor para su padre y hermanos, juntamente con la aficion á las galas y el deseo de contentar y parecer bien, de que habla en el párrafo primero de este capítulo. Por eso comprendo todo ello en la palabra *galanteos*.—Esto en una soltera no es pecaminoso, como por otra parte no haya exceso ó el peligro de que habla la Santa. Hubo pues, *quiebra en su honra*, pero no en su honor. San Francisco de Sales, gran maestro en esta parte para las gentes de mundo, dice: «Pero los santos en su anhelo de perfeccion, miran como pecados gravísimos aquellos defectos en que apenas para la consideracion el comun de las gentes.»

Los mismos escritores franceses á que nos hemos referido, llevan su ligereza, ya que no su mala intencion, hasta suponer que recibía despues de entrar en el convento nuestra honestísima santa, las visitas de un hombre de quien estaba enamorada. Suposicion gratuita,

calumniosa, indigna, que no tiene apoyo alguno en dato histórico ni en deducción crítica, y que se encuentra también en contradicción con lo que la misma santa escribe: «Aun con todo esto no me dejaba el «demonio de tentar, y buscar los de fuera como me desasosegar con «*recaudos* (recados). *Como no habia lugar presto se acabó*, «y comenzó mi alma á tornarse á acostumbrar en el bien de mi «primera edad, y ví la gran merced que hace Dios á quien pone en «compañía de buenos.» Luego si la inquietaban con recados, no habia visitas; y si hasta aquellas *tentaciones* fueron tan victoriosamente rechazadas, no solo resulta palpable la falsedad de la injusta y calumniosa imputación, sino que se convierte en honra de la santa y en testimonio de su virtud, la mancha que se ha querido arrojar sobre esa primera época de su vida.

Conociendo el padre de Teresa el mal que podían producir en el sensible corazón de su hija aquellos pasatiempos, que son en la historia de su vida, como las nieblas de la mañana que oscurecen la aurora del sol, pero que luego quedan completamente deshechas por la fuerza de su luz, la llevó al monasterio de la virgen de Gracia de la orden de San Agustín, casa de religión donde se criaban otras doncellas seglares y nobles. Al principio no fué muy de su agrado aquella vida de retraimiento y ascetismo, hasta que después y «porque «todo su daño le habia venido por malas compañías, quiso el Señor «que por una buena, de una gran sierva de Dios que en aquel monasterio entre otras habia, le viniese todo su bien.» Era esta una religiosa á cuyo cargo estaban las doncellas seglares, y sus palabras fueron produciendo en Teresa una verdadera lucha, en la cual el espíritu penetrando en las esferas del ascetismo la llamaba á abrazar la vida religiosa, y las vanaglorias del mundo le mostraban todos sus encantos, pintándole un porvenir de venturas y tentadores placeres.

Año y medio permaneció en aquel monasterio, donde cada vez se afirmaba más su voluntad en dedicarse á la vida religiosa, cuando enfermó gravemente, por lo que tuvo su padre que llevarla primero á su casa y después, durante la convalecencia, á una aldea en que vivia

su hermana mayor Doña Maria de Cepeda, que la amaba con toda la ternura de una madre. Al pasar por Hortigosa, la conversacion con un hermano de su padre, llamado Pedro Sanchez de Cepeda, hombre de gran cristiandad y virtud, acabó de decidirla á despreciar las vanidades del mundo y á fijar en Dios todo el tesoro de espiritual amor que guardaba en su alma, y que no podia encontrar ningun afecto humano digno de merecerlo. La lectura de obras piadosas, y principalmente las epístolas de San Gerónimo, la confirmaron en su propósito; pero cuando creyó encontrar en su padre apoyo para realizarlo, halló solo una inesperada oposicion, emanada del cariño paternal que no podia resignarse á separarla de su lado. Teresa sin embargo desengañada completamente de los bienes del mundo, é inflamada en espíritu de caridad y amor, acompañada únicamente de su hermano Antonio, se fué al monasterio de la Encarnacion de Avila y alli tomó el hábito. Harto sacrificio debió ser para su alma abandonar á su padre, á quien tanto amaba, para abrazar el estado religioso; pero venciendo al fin aquella natural ternura, dedicóse á la vida religiosa, cuando apenas tenia cumplidos veinte años.

Pasó el del noviciado, algo falta de salud, pero amada de todas, porque además de la gracia natural que tenia, pues era de condicion apacible, adunaba tambien muchas virtudes, que servian para conservar la paz en comun, cosa importantísima en los monasterios. No murmuraba de nadie ni consentia que delante de ella se murmurase; de todo sentia bien. Era humilde, y por la misma razon libre de traer competencias; discreta en su habla, y afable para sus compañeras; y como guardaba cuanto era en sí la honra de todas, todas la apreciaban y honraban á ella ¹.

Queriendo castigar el apego que habia tenido á las vanidades mundanas, complaciase en dedicarse á los oficios mas humildes y bajos: «dábanme deleite todas las cosas de la religion, y es verdad que andaba algunas veces barriendo, en horas que yo solia ocupar en mi

¹ Yepes. Vida de Santa Teresa.

«regalo y gala : y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba «un nuevo gozo, que yo me espantaba y no podía entender por donde «venia ¹.» Pasado el año del noviciado hizo su solemne profesion, y poco despues comenzaron á atormentarla penosas enfermedades, hasta el punto de que no bastando los médicos de Avila para curarla, tuvo su padre que sacarla del monasterio (porque en él no se profesaba clausura) en compañía de una monja, digna amiga suya en virtudes llamada Juana Suarez.

Mas de un año estuvo fuera del monasterio siguiendo los deseos de su padre, que no perdonaba medio que pudiera conducirle al restablecimiento de la salud de su querida hija. El ejemplo de la santa y su consejo, á pesar del tristísimo estado en que su cuerpo se encontraba, sirvió para sacar á un sacerdote de la vida pecadora en que vivia sumido, y la violencia de sus padecimientos fueron tales, que estuvo cuatro dias sin sentido y como muerta, hasta el punto de abrirse la sepultura para recibirla en el monasterio de la Encarnacion, esperar las monjas el cuerpo para enterrarle y hacerse las honras en los monasterios de religiosos de la órden, fuera de Avila.

El amor de su padre, menos sujeto á engaño que los fallos de la ciencia, salvó la vida de Teresa, oponiéndose á que la dieran sepultura, contestando siempre con una prevision que casi nos atreveríamos á llamar profética : «Esta hija no es para enterrada.» Al fin la vida triunfó en aquella lucha con la muerte, y Teresa volvió en sí, aunque su cuerpo quedó de tal manera, que causa dolor leer la descripcion que de su triste estado hizo la misma santa. «Solo el Señor podía «saber los insoportables tormentos que padecia. La lengua hecha á «pedazos de mordida, la garganta de no haber pasado nada, y de la «gran flaqueza que me ahogaba, que aun agua no podia pasar. Todo «parecia estaba descoyuntada, y con grandísimo desatino de cabeza. «Toda encogida y hecha un ovillo; porque en esto paró el tormento de «aquellos dias, sin poderme menear, ni brazo, ni pié, ni mano, ni

¹ Historia de la Santa, escrita por ella misma.

«cabeza, mas que si estuviera muerta: de suerte que solo un dedo de la mano derecha podia menear. Pues llegar á mí no habia como, «porque toda estaba tan lastimada que no lo podia sufrir.»

A pesar de tan triste situacion, apenas comenzaron á mitigarse sus dolores, pidió que la volviesen á su monasterio, y completamente paralítica, continuó tres años, siendo elocuente ejemplo de paciencia y de humildad cristiana.

Dios se apiadó al fin de sus padecimientos y premió la esperanza que en él tenia la futura santa, devolviéndole la salud y con ella el recuerdo de las pasadas tentaciones mundanas que solo sirvieron para hacer mas grande el completo triunfo de aquel espíritu superior, que acabó por abismarse completamente en el mar infinito del amor divino. Durante veinte años vivió entregada á la oracion y piadosas prácticas, probando el Señor su fe con nuevos trabajos. Celestial compensacion hallaba de ellos en las grandes mercedes y espirituales arrobamientos que Dios le concedia, con lo cual afirmábase mas cada vez su espíritu en los místicos placeres del ascetismo y la contemplacion. La sostuvieron en aquel camino de perfeccion el padre maestro Avila y Pedro Alcántara; y despues, volviendo de la vida interior á la monástica que la rodeaba, inspirada en santo ardor, acometió la reforma de su orden, deseosa de dar á sus hermanas el mas perfecto estado, con arreglo á la primera fundacion. Para esto, quiso comenzar fundando un monasterio, empresa en que le ayudó Doña Guiomar de Ulloa, si bien apenas se tuvo noticia de su intento, levantóse una contradiccion general, no solo de la gente menos instruida, mas tambien de hombres doctos y de buen consejo. Teresa sin embargo, persistente en su propósito, compró una casa para hacer el monasterio, que al fin logró ver, aunque con gran modestia y humildad, terminado, levantándose nuevos alborotos y persecuciones asi que lo vieron concluido. De todo triunfó la constancia y la fé de la mística pensadora, llevando adelante la reforma de su orden, asi para monasterios de frailes como para los de monjas, y dedicándose con ardor á fundar varias casas donde su espiritual esposo fuese glorificado y servido; fundaciones que fué

extendiendo por toda España, así en Medina del Campo, como en Malagon, en Valladolid, en Toledo, en Pastrana y en Alba de Tormes.

Por este tiempo la santa escritora fué elegida priora del monasterio de la Encarnacion de Avila, fundando despues de ello otras casas religiosas en Segovia, en Veas y en Sevilla; y cuando trataba de establecer la de Caravaca, levantáronse contra ella nuevas contradicciones, que nunca la abandonaron en su agitada vida, pero que no le impidieron las nuevas fundaciones de Villanueva de la Jara, de Palencia, de Soria, de Granada y de Búrgos, sin que ni por un momento decayesen su espíritu, á pesar de los inmensos sinsabores que sufrió, promovidos hasta por los mismos que parecian deber estar animados de iguales deseos que la Santa.

Habiendo encontrado en el amor divino la única satisfaccion á sus deseos, la única ventura, queria Santa Teresa que todos sus hermanos participasen de aquel supremo bien. Su celo por la religion la guiaba; su espiritual caridad la sostenia.

Empleada constantemente en estas piadosas ocupaciones, y en escribir las obras que tan justa fama le han granjeado en todo el orbe, pasó su vida Teresa de Jesús hasta llegar el año de 1582, en que sintió acercarse el momento de su muerte. «Venía la Santa Madre de Búrgos, dice el biógrafo citado¹, con gran deseo de llegar á su monasterio de Avila; mas la obediencia de su perlado le atajó los pasos y le hizo torcer el camino á la Villa de Alba, donde estaba la duquesa Doña María Enriquez, que como amaba y estimaba tanto á la Santa, la mayor gloria que podia tener en la tierra, así para el consuelo y remedio de sus trabajos, como para luz y guia de su vida (porque era una persona muy cristiana y de mucha virtud) era su presencia y su vista. Y así habia pedido al padre fray Antonio de Jesús, que era entonces vicario provincial y perlado suyo, que se la tragese por Alba... Venía muy cansada y fatigada del camino, porque habia dos dias que con venir enferma y con calentura no se habia hallado que comiese sino eran unos higos, y otro dia unas berzas mal aderezadas.

¹ Yepes.

Y así se acostó luego importunada de sus hijas, diciendo: ¡Oh vá-lame Dios, hijas, y que cansada me siento! ¡mas ha de veinte años que no me he acostado tan temprano como ahora; bendito sea Dios que he caído mala entre ellas. Levantóse otro día á la mañana; anduvo mirando la casa; oyó misa, y comulgó con mucho espíritu y devoción. Y de esta manera cayendo y levantando anduvo ocho días, en los cuales con andar con notable flaqueza rezaba el oficio divino, y comulgaba cada día, que era el sustento y virtud que le daba fuerzas no solo al alma, sino también al cuerpo. Y aunque esforzaba para disimular la enfermedad, pero ella se comenzó á descubrir conocida-mente, y así el día de San Miguel después de haber oído misa, y comulgado, apretada de las congojas y dolores que padecía, se rindió á mas no poder y acostó en la cama y pidió la subiesen á una enfermería alta, por haber en ella una reja que sale al altar mayor, por donde podía oír misa. Estuvo todo el día y una noche embebida toda, y transportada en oración donde entendió de Nuestro Señor que se le acercaba la hora de su descanso, que aunque había mas de ocho años la había revelado el Señor el año en que había de morir, y lo traía escrito en cifra en su breviario, y se lo había dicho así al padre Mariano, y de algunas hijas suyas en Segovia se había despedido, diciendo no las vería mas en esta vida, y que se acercaba su partida, y así lo tenían entendido casi todas las monjas de aquella casa, pero no consta que supiese el día hasta este punto, que sin duda fué para ella la mejor nueva que en su vida tuvo, por ser lo que mas tenía en ella deseado. Que si la vida trabajada de los justos no tuviese el bien escondido en la muerte, no podría tolerarse, por ser esa no muerte, sino vida, donde toman puesto en aquella patria de eterna felicidad y descanso. Y le dijo á la madre Ana de San Bartolomé su compañera, como ya era llegada su partida; y que no se lo había dicho antes por no darla pena. Desde entonces no hizo ningún caso de las esperanzas que los médicos daban de su salud.

Tres días antes de su muerte envió á llamar la santa madre al padre fray Antonio de Jesus, vicario provincial, que había venido con

ella, para que la entrase á confesar; y despues de haberla confesado, en presencia de otras hermanas, la rogó que no los dejase, sino que pidiese á Dios muchos años de vida, pues era tan necesaria. Ella respondió que no se cansasen en esto, que ya tenia cerca su partida, y ya ella no era menester en el mundo. Estando en estas plática le dió una grande congoja, de manera que parecia se le comenzaba á levantar el pecho; acudieron los médicos con grande priesa y mandáronla bajar á donde antes estaba, por ser muy fria aquella pieza, y con grande cuidado comenzaron á aplicarle medicinas: ella se sonreia, dando á entender el poco fruto que de ellas esperaba. Echáronla unas ventosas sajas, las cuales admitió de buena gana, por ser medicina penosa; que la que en vida tuvo por gloria el padecer no lo pudo perder en esta hora, que como uno vive muere. Ibase ya acercando por la posta la última de su vida, y asi víspera de San Francisco á las cinco de la tarde pidió el Santísimo Sacramento: mientras se lo traian, estaban juntas las monjas del monasterio en su presencia con gran sentimiento y tristeza, cuanta merecia el caso presente temiendo verse desamparadas y huérfanas de tal madre. Ella las manos puestas comenzó á decirles las palabras siguientes: Hijas mias y señoras mias: perdónenme el mal ejemplo que les he dado y no aprendan de mí, que he sido la mayor pecadora del mundo, y la que mas mal ha guardado su regla y constituciones. Pidoles por amor de Dios, mis hijas, que las guarden con mucha perfeccion, y obedezcan á sus superiores. Esto repetia muchas veces con gran fervor de espiritu: enterneciáanse sus hijas como era razon, lloraban unas, gemian y suspiraban otras, y todas se compungian de ver la humildad de la Santa, y de oir las palabras que les decia.

Asi como llegó el Santísimo Sacramento, con estar en este tiempo tan caida y mortal que no se podia rodear en la cama sino era ayudada de dos religiosas, se sentó con mucha ligereza y fervor sobre ella sin ayuda de nadie. Y eran tan grandes los ímpetus que el amor le causaba, que parecia se queria echar de la cama á recibir á tal Magestad. Púsosele el rostro tan grave, tan encendido y resplande-

ciente, que no se dejaba mirar. Estaba venerable y hermosa, muy desemejante á la edad que tenía, y como si fuera mucho mas moza. Puestas las manos, y abrazado en amor su espíritu, lleno el rostro de alegría, comenzó aquel blanquísimo cisne á cantar al fin de su vida con mayor dulzura y suavidad que en toda ella lo habia hecho. Porque hablando con su esposo que tenía delante, decia muchos requiebros, y tan amorosas y dulces razones que á todos ponian gran devocion; entre otras decia así: O señor mio y esposo mio, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos. Señor mio, ya es tiempo de caminar, sea muy enhorabuena y cúmplase vuestra voluntad. Ya es llegada la hora en que yo salga deste destierro, y mi alma goce en uno con vos de lo que tanto ha deseado. Y como la que en vida habia sido tan zelosa de la Iglesia, por el aumento de ella habia trabajado en fundar tantos monasterios, daba en la muerte muchas gracias á Dios porque la habia hecho hija de la Iglesia, y porque moria en el gremio de ella, y muchas veces repetia estas palabras: En fin, Señor, soy hija de la Iglesia. Y este era uno de los mayores consuelos que entonces tenia su alma.

Pedia con mucha devocion á Nuestro Señor perdon de sus pecados, y decia que por los merecimientos de Jesucristo Nuestro Señor esperaba ser salva, y á las religiosas pedia rogasen esto á Dios. En todo este tiempo repetia muchas veces estos versos. *Sacrificium Deo spiritus contribulatus. Cor contritum et humiliatum Deus non despicias. Ne projicias me à facie tua; et spiritum sanctum tuum ne auferas à me. Cor mundum crea in me Deus.* Y particularmente y mas de ordinario no se le caia de la boca aquel medio verso: *Cor contritum et humiliatum Deus non despicias*, que son versos de David que quieren decir: Sacrificio agradable es para Dios el espíritu atribulado. Señor, no desprecies el corazon contrito y humillado. No me echés de tu presencia, y no apartes de mí tu santo espíritu. Cria en mí, Señor, un corazon limpio y puro: todas palabras de un corazon humilde y penitente»¹.

¹ Yepes, historia citada.

Con tanta uncion, lleno de verdadero y profundo amor divino, continuó todavía durante algunas horas, recibiendo el Viático y la Extremauncion, en cuyos solemnes actos ella misma ayudaba á decir los salmos, y las preces y oraciones. *Notable respuesta en que se revela su humildad cristiana*, dió al vicario provincial, cuando preguntándole donde queria se llevase su cuerpo despues de muerta, «dijo: ¿tengo yo de tener cosa propia?» «¿aqui no me darán un poco de tierra?...»

Despues de sufrir grandes dolores durante toda aquella noche, quedó tranquila á las siete de la mañana del siguiente dia. Desde aquel momento, fijos sus ojos en un crucifijo que tenia en la mano, encendido el rostro como si la animase celestial contento, absorta toda en la contemplacion de su Dios, permaneció por espacio de catorce horas, hasta las nueve de la noche de aquel mismo dia, en que terminó la vida humana de la Santa, subiendo su espíritu á gozar en el cielo el premio de sus virtudes.

Fué el dia de su glorioso tránsito el jueves 4 de Octubre de 1582 y la duracion de su vida sesenta y siete años y medio, de los cuales vivió en la religion cuarenta y siete, los veinte y siete en la Encarnacion y los veinte postreros en la penitencia y observancia de la primitiva regla, que ella habia restituido á su ascética severidad.

II.

El importante papel que hace en el siglo xvi la Santa escritora, cuya biografia acabamos de apuntar, es calificada, y no sin falta de razon, como milagroso por algunos escritores de los muchos y muy distinguidos que se han ocupado de la vida y escritos de la Santa ¹.

¹ Citaremos principalmente á este propósito al distinguido académico D. Eugenio de Ochoa en el prólogo á las obras de Santa Teresa, publicada en el Tesoro de Escritores místicos Españoles: Paris, Librería Europea de Bandry.

En aquella época de lucha en que tantas borrascas se habían levantado contra la nave de la Iglesia, profundamente apenada por tantos y tan varios embates dirigidos contra la creencia que llenaba toda su alma, y amando á sus hermanos con la ardiente caridad de su sensible corazón, *lloraba Teresa con el Señor, y le suplicaba remediase tanto mal*, pareciéndole, *que mil vidas pusiera para remedio de una alma de las muchas que se perdian*¹. Pero, lejos de tomar parte en la difícil lucha con el frío raciocinio, se deja arrastrar por el sentimiento, y no permitiéndole su humildad colocarse entre los defensores de la fe, toma la pluma para revelar los misterios de la oracion, los diferentes grados de uncion, y los secretos de la Teología Mística, y hace ver con argumento práctico á los que dudan cuan grande puede ser el talento de una muger cuando el Señor la inspira².

Teresa de Jesús asumió en el amor todas las facultades de su espíritu, todos los sentimientos de su corazón; y amando á Dios por su grandeza, y á la humanidad como á la hechura predilecta del Criador, solo por ese dulcísimo afecto se agitan sus labios, y lloran sus ojos, y escribe su pluma, consiguiendo con el ejemplo, logrando con el sentimiento infinito de su amor sublime, el triunfo de sus santas ideas, á deshora y sin razon alguna combatidas. Y no es extraño obtuviese tan completo éxito cuando sus escritos contrastaban con los de la mayor parte de los prosistas ascéticos del siglo de Carlos V y de los Felipes, los cuales arrastrados por la indignacion que les producía la reforma, y temerosos de la ira de Dios, solo presentaban para apartar del contagio á los fieles, terribles cuadros de las penas eternas; con lo cual, si afectaban profundamente, hasta llegar á un fanático desvarío, la imaginacion de sus contemporáneos, hablaban muy poco al corazón. Teresa, por el contrario, inspirada por el amor divino, solo con el éxtasis celestial en que vive sumida, atrae los corazones extraviados, con el dulce atractivo del afecto y de la ternura; tan íntimamente

¹ Camino de Perfeccion, cap. I.

² Ochoa: loco citato.

abismada en aquel purísimo sentimiento, que al hablar del demonio, no sabe darle peor título que el de, *el desdichado que nunca amó*.

Por eso sus obras ascéticas están llenas de piadoso entusiasmo, de fuerza de talento y de pasión, y valen mucho mas que otras de la misma clase, mas sabias, mas eruditas, mas teológicas, si así cabe decirlo, pero escritas con la calma del raciocinio. Con razón dice el docto académico hace poco citado, que «llena del amor de Dios y mirando con horror todo lo que pudiese ofenderle ó apartarla de El, dá á sus palabras un baño, por decirlo así, de ternura, y á sus imágenes un no sé que de infantil, de dulce, de sencillo, que arrebató el alma, abrasa el corazón y seduce los sentidos. Muger y Santa, ama á las criaturas como hermanos, á su Criador como un esposo, y parece que no sabe emplear con aquellas otras palabras, que las que dirige una madre tierna á los hijos de su corazón, ni describir las iras de aquel de quien ha recibido únicamente favores.

No comprendiendo amor ni ventura fuera de Dios, en vez de pintar los horrores del infierno, límitase á decir al espíritu, que en aquel lugar de dolores estará lejos de Dios. Sublime idea que ella por sí sola bastaría para dar á conocer toda la elevación y grandeza de aquel talento privilegiado, de aquel corazón inmenso, sino estuviesen toda su vida y todas sus obras llenas de frases y de pensamientos, no menos grandes que los ya citados.

Razón tenía el tribunal de la Rota Romana, cuando en su informe al papa Paulo V, en 1616, sobre los procesos para la beatificación, decía «que por la altura de los misterios sobrenaturales y divinos de nuestra fe, y otros arcanos celestiales que escribió la dicha bienaventurada Teresa, con admirable ciencia y claridad, se saca gran utilidad y gran fruto espiritual de la lectura, en la Iglesia, á pesar de no haber ella estudiado ni cursado en las escuelas sino que mas bien era una muger enteramente ignorante de las sagradas letras, pues toda su doctrina está rebosando en el fuego de la caridad, con que se inflaman los corazones de los que leen estos libros, por lo cual las almas de los fieles se apartan de los vicios y se excitan á las virtudes, y esto

de un modo milagroso , por la eficacia con que el corazon de los lectores, por duro que sea , se ablanda con la compuncion y devocion que inspiran, de lo cual muchos de los testigos citados alegan haberlo experimentado por sí mismos.»

A pesar de tanta fè, tan buena intencion, tanto amor y caridad y tan sana doctrina, Santa Teresa no solo sufrió contrariedades durante su vida, sino que sus escritos fueron tambien objeto de graves censuras. Delatado á la Inquisicion el libro de su *vida*, habiéndole hecho quemar su confesor el *comentario* sobre algunos pasages de los *cantares*, bien pronto aprobaron como buenos sus pensamientos y su doctrina los hombres mas ilustres que en aquel tiempo contaba la Iglesia española. San Pedro de Alcántara, San Francisco de Borja, el maestro Juan de Avila, los padres Baltasar Alvarez, Bañez, Ibañez, Barron, Toledo, Medina, Yepes y otros muchos; los obispos D. Alvaro de Mendoza, Velazquez, Manso y otros prelados, dieron en vida de la Santa testimonio de la pureza y sublimidad de su doctrina; y si el nuncio Monseñor Lega recien llegado á España y llevado solo de los enemigos de la gran reformadora, la llamó *femina inquieta y andariega, que se metia á escritora*, cuando despues de dos años de residencia en España pudo admirar de cerca las virtudes de la calumniada fundadora, rectificó su juicio, concediéndole el aprecio á que la hacian acreedora sus especiales conocimientos. No es de estrañar por lo tanto que la Iglesia para dar testimonio de la importancia y sublimidad de los escritos debidos á la inspirada pluma de la Santa, reze continuamente la oracion que para el oficio de ella misma compuso el papa Urbano VIII: *Exaudi nos Deus, salutaris noster, ut sicut de B. Teresiæ virginis tuæ festivitate gaudemus, ita CŒLESTIS EJUS DOCTRINÆ pabulo nutriamur, et piæ devotionis erudiamur affectu.*

Elocuentes ejemplos de los efectos producidos por la lectura de las obras de Santa Teresa consígnanse con frecuencia en los autores, de los cuales nos contentaremos con citar el que refiere el venerable Palafox en el prólogo de las cartas de la Santa, aquellos notables escri-

tos, tan dignos de estima por el buen pensar como por el bien decir, y en las que se retrata fielmente el carácter y discrecion de la inspirada escritora. Dice así el venerable Palafox. «El año de 1639, solo con leer las obras de la Santa, uno de los mas doctos hereges de Alemania, á quien ni la fuerza de tan patente verdad, ni las plumas de los mas sabios católicos lo pudieron rendir, ni reducir, solo el leer las obras de esta divina Maestra, que él tomó en las manos para querer impugnarlas, por el contrario, fué dellas tan alumbrado, vencido, convencido y triunfado, que habiendo quemado públicamente sus libros, y abjurado de sus errores, se hizo hijo de la iglesia. Y escribió con las siguientes palabras á su hermano el señor D. Duarte de Braganza:—Estando para firmar esta carta, se me acordaron dos cosas, que acontecieron los dias pasados en Breme, en el ducado de Witemberg, ciudad muy nombrada en Alemania, de donde salen los mayores hereges que hay aquí. Era rector della, habia muchos años, uno destos, que tenia dado en que entender con sus libros á todos los letrados de estas partes. Oyendo decir mucho de SANTA TERESA, envió á buscar un libro de su *vida* para lo reprobear y confutar. Escribió tres años sobre ella, quemando en un mes lo que en los otros escribia, resolvióse, en fin, que no era posible, sino que aquella santa seguia el verdadero camino de la salvacion, y quemó todos los libros. Dejó el oficio, y todo lo demás, y en breve se convirtió el dia de la Purificacion pasado, en que le ví comulgar con tanta devocion y lágrimas, que se veía era grande la fè que tenia. Vive como quien se quiere vengar del tiempo perdido. Escribe ahora sobre las epístolas de San Pablo refutando lo que sobre ellas tenia perversamente escrito.»

Descendiendo de la doctrina á la forma, el estilo de la santa escritora ofrece cierta desigualdad y descuido, que algunos califican de lunares, pero que nosotros preferimos á un estilo rebuscado y difuso, impropio de las expansiones del corazon, que dictaba sus admirables pensamientos. «¿Qué importa, esclama el célebre Capmany, si algunas líneas echadas sin esmero ni aliño, y con la distraccion de un alma engolfada en gravísimos y muy diversos cuidados, dan mas

eficacia y agrado á lo que dice que todos los adornos y figuras de la elocuencia? Alguna cláusula que se lee desatada, dice mas que muchas páginas estudiadas. Como su ardiente corazon y su imaginacion fecundísima le dictaban las espresiones, asi es que su estilo vuela como su pluma, y sus rasgos, aunque vivos, se conoce que eran pinceladas rápidas de una mano atareada. Mas la concision, energía y delicadeza con que espresa sencilla y francamente las mayores y mas altas cosas, borran la discordancia, dislocacion y desaliño de algunas frases, y obliga á los lectores á tomar parte en sus aficciones, gustos, esperanzas, tristezas y gozos: tal es la naturaleza, gracia y candor con que pinta, persuade, exhorta, se queja, suplica, reprehende y agradece.»

El estilo de Santa Teresa, tipo perfecto del lenguaje familiar de Castilla la Vieja en la época en que vivió la Santa, tan lejano del habla culta de los escritores de aquella época, como de la mayor parte de los defectos que todavía afeaban en el lenguaje del pueblo nuestro hermoso idioma castellano, tiene momentos en los cuales, como acertadamente dice un historiador ya citado ¹, dejándose arrebatar del estro ó hablando mejor y cristianamente, de la inspiracion del amor divino, es mas correcto y mas conciso, sus períodos menos largos, como de persona agitada, que necesita aspirar con mas frecuencia.

Las obras de Teresa de Jesus, como todos los actos de su vida, fueron, y con sobrado motivo, la admiracion del siglo de Felipe II, y objeto de perenne alabanza lo mismo en propios que extraños; mereciendo su recuerdo la veneracion mas profunda de muchos extranjeros, entusiastas apreciadores de las virtudes y talentos de aquella muger sublime, que acuden constantemente á los lugares donde todavía se conservan los recuerdos de su gloriosa existencia. Nosotros hemos tenido tambien la fortuna de visitar en Avila la mayor parte de los sitios citados por la Santa en la ingenua historia

¹ D. Vicente de Lafuente.

de su vida; su celda, el coro, el comulgatorio, el cuarto donde tuvo lugar la transverberacion, el jardin donde aun florecen las plantas sembradas por ella misma, la dura almohada de madera donde reposaba su cabeza, las obras escritas por aquella mano que impulsaba la mas rica de todas las inspiraciones; y cada uno de estos objetos venerandos han despertado en nuestro corazon ideas del mas profundo respeto hácia la memoria de la Santa, de la mas viva gratitud por sus escritos, de la mas entusiasta admiracion por sus talentos, del mas grato consuelo por su amorosa caridad, de la mas dulce esperanza por sus eternas promesas, del mas inefable sentimiento por las delicias de su divino amor.

Y no se crea que Santa Teresa de Jesus, por el ascetismo que domina en sus obras, sea una escritora poco atractiva, á causa de la extrema severidad del lenguaje y de las ideas: su carácter lejos de ser melancólico, ni aun siquiera fué propenso á la tristeza: jovial y expansivo, formaba el encanto de todas las personas que la rodeaban, porque decia la Santa y con sobrada razon, que la virtud y el amor no deben ser tristes sino alegres. Así es que la vemos con frecuencia en sus mismos escritos, consignando chistes y gracias con toda la espontaneidad de su carácter noble y franco; la vemos usar con frecuencia multitud de refranes castellanos, aplicados con admirable oportunidad, y hasta no faltan ocasiones en que con acertadas y espontáneas frases dá á conocer el efecto que en su ánimo hicieron algunos acontecimientos, algunas costumbres, y hasta el estado de algunos edificios. ¿Quién no se sonríe, dice á este propósito el señor Lafuente, al ver la descripcion de la casa ruinosa, donde se metió en Medina, en la cual oian misa por las rendijas de la puerta; los apuros en la primera casa de Toledo; el susto de su compañera durante la noche de ánimas en Salamanca; los rezos en latin de las beatas de Villanueva de la Jara; la economía de los frailes de Duruelo, que no tenian donde dormir, pero llevaban cuatro relojes; y en fin hasta la semblanza poco halagüeña del *estricto* provisor de Burgos?

El talento de Santa Teresa, múltiple en sus formas, se prestaba lo mismo á las mas espirituales abstracciones del arrobamiento ascetico,

que á las juguetonas y ligeras expansiones de la crítica espontánea, pero sin mala intención, inocente y propia de las almas buenas.

III.

Las obras que de Santa Teresa se conservan, son el libro de *su vida*, llamada por ella, libro de las *misericordias del Señor*, que fué el primero que salió de su pluma, habiéndole escrito dos veces: la primera en 1561 por mandato de su director espiritual, el fraile dominico padre Ibañez, y la segunda con mas correccion y division de capítulos, que antes no tenia, obedeciendo el consejo del inquisidor Soto, á fines de 1565 ó principios de 1566. Ni el menor resto queda de la primera obra: la segunda escrita toda de su puño y letra, se conserva, en el relicario del monasterio del Escorial.

El libro *de las constituciones*, fué su segunda obra, libro escrito hácia el año 1564 y publicado por primera vez en la edicion de las obras de Santa Teresa, ya citada, que forma parte de la coleccion de Rivadeneira: el original se conservaba en el archivo general de los carmelitas descalzos en el convento de S. Hermenegildo de Madrid. El *camino de perfeccion*, que viene á ser como el complemento de la obra anterior, fué escrito á ruego de las monjas poco despues de las *constituciones*, por lo cual se refiere su redaccion al año 1565: de él tambien hay una copia de mano de la misma santa en el citado monasterio del Escorial.

La cuarta de sus obras fueron *los conceptos del amor divino*, cuyo original por desgracia no existe, pero del cual se conservaba una copia de la época en el convento de Carmelitas descalzas de Alba de Tormes. Fué escrito en 1566: de aquella copia se sacó otra que existe en la biblioteca nacional.

A 1569 se refiere el libro *de las exclamaciones*, cuyo original

se guarda parte en las carmelitas de Granada, y otra en las de Santa Ana de Madrid.

El de las relaciones de su vida á sus directores, publicado en parte con el título de *adiciones* por el maestro fray Luis de Leon, se refiere al año de 1571, y aun que el original se ha perdido, existen copias en el convento de San José de Avila y en las Carmelitas descalzas de Toledo.

En 1573 empezó á escribir el importantísimo de *las fundaciones*, cuyo original se guarda tambien en el monasterio del Escorial.

El de *las moradas ó castillo interior*, libro considerado como el principal de todos los místicos de la Santa, lo escribió en 1577, obedeciendo al padre Gracian: lo empezó en Toledo y lo concluyó en Avila. Consérvase el original en Sevilla y dos hermosas copias en la biblioteca nacional.

El tratado de *los avisos*, enviado por la misma Santa al arzobispo de Evora, que lo imprimió con *el camino de perfeccion* á principios de 1583, fué su novena obra, y se calcula que la escribiría hácia el año 1580.

El modo de visitar los conventos, libro de pocas dimensiones, pero de muy importante lectura, cuyo original subsiste en el Escorial, fué escrito de 1581 á 1582, accediendo á las súplicas del padre Gracian, que cuando le nombraron provincial de su orden, pidió á la Santa le diese instrucciones para cumplir su encargo.

Además de estas obras, nos quedan varios escritos sueltos en prosa, las poesías y las cartas, obras todas que pueden dividirse en distintos grupos, considerándose como históricos, *su vida*, *sus relaciones espirituales*, y *sus relaciones*; como preceptivos *las constituciones*; *los avisos* y *la visita de conventos*; como doctrinales, *el camino de perfeccion*, *los conceptos del amor divino* y *las moradas*; y como poéticos *las exclamaciones del alma á Dios*, *las glosas sobre el deseo de ver á Dios* y *las demás poesías, canciones y villancicos*.

Mencionánse por los biógrafos de la Santa como perdidos algunos

otros escritos , siendo de notar entre ellos la noticia de uno de caballerías que el padre Rivera dice escribió siendo niña , acompañada de su hermano Rodrigo , «con tanta elegancia y sutileza , siguiendo el método , ficciones y términos que suelen practicarse en tales obras, que admiró á cuantos le leyeron.

IV.

Despues de la muerte de Santa Teresa , ocurrida como dijimos en Alba el 4 de Octubre de 1582 , fué exhumado su cadáver en el mismo dia del año siguiente , por el padre Gracian , para darle mas digna sepultura. El capitulo provincial de Pastrana acordó trasladar el cuerpo de la Santa al convento de Avila , segun lo pactado con el obispo de Palencia , al fundar la iglesia de San José , y hecha segunda exhumacion el 25 de Noviembre de 1585 , se trasladó á Avila el venerado cuerpo colocándolo en la sala capitular y dejando uno de sus brazos , como reliquia , en Alba.

A primero de Enero de 1586 se hizo el público reconocimiento de hallarse el cadáver incorrupto , á presencia del venerable padre Yepes y de varios médicos y otras personas ; y como el duque de Alba acudiese al Papa , reclamando contra la traslacion que se habia hecho del cuerpo de la santa , mandó el Pontifice que se le volviese á Alba de Tormes , lo cual tuvo lugar con gran secreto , para impedir sin duda la oposicion de los vecinos de Avila , la víspera de San Bartolomé á 23 de Agosto de aquel mismo año.

A pesar de las gestiones practicadas por la antigua ciudad , patria de Santa Teresa , en 1589 mandó Sixto V que el cuerpo continuase en Alba de Tormes. Y devuelto en 1592 por la Inquisicion el libro *de la vida* , despues de trece años , hácese en 1595 las informaciones de las virtudes y milagros de la Santa , elevándose su sepulcro en 1598.

Abierto en 1604 el proceso para la beatificación con autoridad apostólica, tuvo lugar ésta en 24 de Abril de 1614 y la canonización en 1622 á 12 de Marzo.

Ya en 1616 se habia colocado el cuerpo en la capilla nueva labrada al efecto; y mas de un siglo despues, en 1750, fué puesto, todavia incorrupto, en una caja de plata.

El epitafio grabado á los lados del sepulcro decia así:

RIGIDIS CARMELI PATRUM RESTITUTIS
 REGULIS
 PLURIMIS VIROR. FOEMINAR. Q.. ERECTIS
 CLAUSTRIS,
 MULTIS VERAM VIRTUTEM DOCENTIBUS
 LIBRIS EDITIS.
 FUTURI PRAESCIA SIGNIS CLARA,
 COELESTE SIDUS AD SIDERA ADVOLAVIT
 B. VIRGO THERESA.
 IV. NON. OCTOB. CIO. MDCCXG. II.
 MANET SUB MARMORE NON CINIS, SED
 MADIDUM CORPUS
 INCORRUPTUM SUAVISS. PROPRIO ODORE
 OSTENTUM GLORIÆ ¹.

V.

Antes de terminar estos ligeros apuntes, vamos á ocuparnos, por mas que nos duela hacerlo, de una irreverente frase, con que algun escritor extrangero ha querido desvirtuar toda la grandeza de esta santa, atribuyendo los místicos arrobamientos de aquella muger

¹ Restituida á su aspereza la regla de los padres del Carmelo, fundados muchos conventos de frailes y monjas, escritos muchos libros que enseñan la perfección de la virtud, profetizadas cosas futuras, y resplandecida en milagros, como celestial estrella, voló á las estrellas la beatísima virgen Teresa á cuatro del mes de Octubre del año de mil quinientos ochenta y dos. Ha quedado en su sepultura, no su ceniza, sino su cuerpo fresco, y sin corrupcion, con propio olor suavisimo por señal de su gloria.

sublime á vulgar enfermedad , calificando á la mística escritora con el nombre de «la histérica Santa Teresa.» Pocas palabras bastarán para refutar tan poco meditado calificativo. Si la lectura de sus obras no fuese bastante para convencer á ese desdichado escritor de su ligereza , seria suficiente para destruirla , la afirmacion de que no hay la menor noticia histórica en que pueda apoyarse que la Santa padeciese enfermedad alguna , análoga siquiera al histerismo , durante su vida. Los fenómenos de esta enfermedad cruel , no tienen que ver con los sublimes éxtasis de aquel espíritu privilegiado. Confundir los arrobamientos del alma con los trastornos de la materia , es encontrarse tan ligado á ésta , que no deja á la inteligencia seguir los vuelos de aquel. Con el criterio materialista , descreído , pequeño , encerrado en mezquino círculo , nunca podrán juzgarse las grandes obras de la inteligencia humana. Muy por encima del mundo de los sentidos está el mundo de las almas privilegiadas : si la luz que de él emana , ofusca y ciega la débil mirada de los que no tienen la elevacion bastante para resistirla , confiesen con noble franqueza su impotencia , pero no pretendan velar sus resplandores con las nubes del frio y estéril escepticismo.

El sentimiento que animaba á Santa Teresa de Jesús , aquel amor espiritual , inmenso , no es dable alcanzarlo ni comprenderlo á todos los hombres ; porque no á todos está concedida la misma gracia que ella mereció ; pero á pesar de todo es imposible , si un espíritu sistemático no ha esterilizado en nuestra alma hasta los últimos destellos del espiritualismo y del sentimiento , dejarse de sentir profundamente conmovido y arrebatado al leer aquellos versos , acaso los mejores y mas sublimes de la Santa , que emanados del fuego del amor divino que en sí tenia , parece van ascendiendo al cielo como el perfume de un alma , que se evapora en eternas aspiraciones.

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

Versos admirables que en la mayor parte de sus estrofas transcribimos, como la manera mas digna de terminar la biografia de Santa Teresa, pues en aquella inspirada composicion se refleja, como en un fiel espejo, el corazon y el espíritu de la inmortal escritora.

Aquesta divina union
del amor con que yo vivo,
hace á Dios ser mi cautivo,
y libre mi corazon :
mas causa en mí tal pasion
ver á Dios mi prisionero
que muero porque no muero.

¡ Ay qué larga es esta vida,
qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida !
Solo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

.

Solo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo el vivir
me asegura mi esperanza :
muerte dó el vivir se alcanza,
no te tardes que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
vida, no me seas molesta;
mira que solo te resta
para ganarte, perderte:
venga ya la dulce muerte,
venga el morir muy ligero,
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
es la vida verdadera :

hasta que esta vida muera,
 no se goza estando viva:
 muerte no me seas esquivá;
 vivo muriendo primero,
 que muero porque no muero.

.

El pez que del agua sale
 aun de alivio no carece:
 á quien la muerte padece
 al fin la muerte le vale:
 ¿qué muerte habrá que se iguale
 á mi vivir lastimero,
 si muero porqué no muero?

.

Cuando me gozo, Señor,
 con esperanza de verte,
 viendo que puedo perderte,
 se me dobla mi dolor:
 viviendo en tanto pavor.
 y esperando como espero,
 que muero porque no muero.

.

Lloraré mi muerte ya,
 y lamentaré mi vida,
 en tanto que detenida
 por mis pecados está.
 ¡Oh mi Dios cuando será,
 cuando yo diga de vero
 que muero porque no muero!

DOÑA CATALINA ERAUSO.

(LA MONJA ALFÉREZ.)

Contraste singular ofrece la vida de la Santa escritora, cuyos apuntes biográficos acaban de ocupar la atención de nuestros lectores, con la de otra mujer, cuya celebridad fué debida, no á los trasportes del espíritu sino al esfuerzo de su brazo y á su carácter atrevido, inquieto y aventurero, mas propio de esforzados guerreros que de las tímidas hermosas.

Abierto al valor de los castellanos nuevo mundo por el genio superior de Cristóbal Colón, se precipitaron á aquellas ignotas playas muchos españoles á conquistar estados y naciones enteras con un puñado de valientes para sus monarcas, ó á llevar las civilizadoras verdades de la religion cristiana por medio de la predicacion y del ejemplo. Cortés, Balboa, Ercilla, Las Casas, nombres son todos que recuerdan hazañas ó descubrimientos, victorias ó actos benéficos y que señalan en aquel periodo de guerras y de conquistas una de las mas brillantes páginas de la historia española. Verdad es que al lado de estos nombres encuéntranse tambien otros que aparecen manchados con enormes crímenes, hijos de la ambicion insaciable y de haber considerado solamente aquella tierra vírgen, como rico venero que explotar sin consideracion alguna á los hombres que la habitaban, ya que eran tambien nuestros hermanos. Multitud de aventureros lanzábanse en aquella época, en busca de gloria los unos, de riqueza los otros, de peligros que vencer y que dominar muchos, aventureros

que lograron hacer conocido su nombre, aunque no siempre con envidiable celebridad. Entre aquellos singulares soldados hallóse uno, cuyo extraño carácter y raras aventuras de su vida ofrecen raro contraste con su edad y su primera educacion, pero que es un elocuente egemplo de la fuerza de las inclinaciones en ciertos temperamentos, que solo consigue vencerse por medio de una educacion adecuada al carácter de la persona. Ni las medicinas curan iguales enfermedades, ni ha de encaminarse igualmente por la senda de la vida á un espíritu inquieto, amante de lo extraordinario, dado á las fuertes emociones y no á los placeres dulces y tranquilos, que á los caractéres contemplativos, tiernos, delicados, y que, como la púdica sensitiva, se replegan en las regiones de la abstraccion y del sentimiento á la sola proximidad de la rudeza, del dolor ó de los mundanos placeres.

Aquel aventurero fué una muger disfrazada de hombre, que pasó en rápida transicion desde el tranquilo retiro del claustro á la agitacion de las ciudades y al ruido de los combates, y que sin embargo de su borrascosa vida, supo conservar tan religiosamente su secreto como la pureza de su cuerpo, guardando la mas severa continencia. Tambien aquella *monja alférez* escribió su vida, y ella nos sirve de guia, siguiendo su narracion para estos apuntes.

«Nací yo, escribe *Doña Catalina de Erauso*, en la villa de San Sebastian de Guipúzcoa en el año de 1585, hija del capitan D. Miguel de Erauso y de Doña María Perez de Galarra y Arce, naturales y vecinos de dicha villa. Criáronme mis padres en su casa con otros mis hermanos hasta tener cuatro años. En 1589 me entraron en el convento de San Sebastian el antiguo de dicha villa, que es de monjas dominicas, con mi tia Doña Úrsula de Unza y Sarasti, prima hermana de mi madre, priora de aquel convento, donde me crié hasta tener quince años, y entonces se trató de mi profesion.»

No debia ser el carácter de la novicia muy propio para la observancia de las severas reglas monásticas, y mucho debia inclinarla su

genio á la vida de aventuras, cuando habiendo tenido, pocos dias antes de su profesion, una riña con una monja llamada Doña Catalina de Aliri, como ésta, equivocando el medio de llevar por buen sendero á la novicia, la maltratase, en la noche del 18 de Marzo de 1600 y en ocasion de hallarse en coro, fingióse indispuesta Doña Catalina, salió á los claustros, y de allí á la calle, que apenas habia pisado en su vida. Otro carácter mas en armonía con la timidez propia del bello sexo, hubiera sentido algun temor á los pocos momentos de recorrer sola y sin guia las desiertas calles de la ciudad, y se hubiera vuelto á casa de sus padres ó al convento, procurando borrar con su humildad y obediencia la grave falta cometida; pero nuestra novicia lejos de ello, acomodó á su cuerpo un traje de hombre que pudo adquirir, é internándose en los bosques, anduvo vagando á la ventura y sufriendo todo género de penalidades y trabajos hasta llegar á Vitoria. Ya en la capital de Álava y no teniendo recursos algunos decidióse á servir de criado y entró como tal en casa de un catedrático llamado D. Francisco Cerralt. Pagado éste del despejo del fingido jóven, quiso asegurar su porvenir, dándole carrera, y comenzó para ello á enseñarle latin. Las difíciles reglas de la gramática no agradaban mucho á Doña Catalina, y como su amo y profesor siguiendo la mala costumbre de la época quisiera inculcárselas á fuerza de rigor y severidad, nuestra monja no se anduvo en contemplaciones, y sin despedirse de su amo, tomó el camino de Valladolid, donde entró bajo el nombre de Francisco Loyola, acomodándose como page de D. Juan Idiaquez, secretario del Rey.

La fortuna acercó á la inquieta jóven el medio de volver á sus hogares, y á los autores de sus dias la perdida tranquilidad. Era amigo de Idiaquez el padre de Catalina D. Miguel de Erauso, y como un dia fuera á visitar á D. Juan, le refirió, lamentándose de su triste suerte, la desaparicion de su hija y las diligencias que practicaba para encontrarla, rogándole le prestare su ayuda en aquella dolorosa investigacion. Natural parecia que la inquieta novicia, al ver el dolor de su padre, se hubiera arrojado á sus pies demandándole perdon; pero .

Doña Catalina fiel á su carácter emprendió de nuevo la fuga, buscó un arriero que iba á Bilbao, y ajustándose con él salió de Valladolid á la mañana siguiente, sin saber que hacer ni á donde ir, sino *dejándose llevar del viento como una pluma*. A poco de llegar á Bilbao dió nuestra Catalina con su cuerpo en la cárcel donde pasó un mes en castigo de haber herido de una pedrada á un muchacho, que se burlaba de ella: pasó despues á Estella, donde sirvió á un caballero de Santiago: tuvo valor y audacia bastantes para volver á San Sebastian y entrar á oir misa en la iglesia de su convento á la misma hora que lo hacian su madre y hermana; y yéndose despues á Pasages, se embarcó para San Lúcar, y allí tomó plaza de grumete en un galeon de la flotilla, que al mando de D. Luis Fajardo se daba á la vela para las Indias.

El galeon en que iba embarcada, lo mandaba un tio suyo que estaba muy léjos de creer, tenia tan cerca de sí á la sobrina que toda la familia buscaba; y como al llegar á la punta de Araga trabase la flota combate con los holandeses, demostró Doña Catalina tanto arrojo que llamó la atencion de su jefe y pariente, á cuyas órdenes se distinguió en la lucha. Considerada por su valor llegó á Cartagena de Indias y al Nombre de Dios, mereciendo siempre de su tio y capitan las mayores distinciones; pero como si ya le cansase aquella vida, sin pararse en lo feo de su delito ni en la ingratitud de su accion, robóle á su tio quinientos pesos, y escapándose con ellos, colocóse en casa de un rico mercader llamado Juan de Urquiza en la villa de Sana, donde pasó algun tiempo en mas tranquila ocupacion, hasta que otra nueva aventura, hija de su violento carácter, fué causa de que abrazára decididamente la profesion de las armas.

«Estábame yo un dia de fiesta en la comedia, dice nuestra Doña Catalina, en mi asiento que habia tomado, y sin mas atencion, un fulano Reyes, vino y me puso otro tan delante y tan arrimado, que me impedia la vista. Pedile que lo apartase un poco, respondió desabridamente, y yo á él; y díjome que me fuese de allí, que me cortaria la cara. Yo me hallé sin mas armas que una daga, salíme de allá con

sentimiento: entendido por unos amigos me siguieron y sosegaron. El lunes por la mañana siguiente, estando yo en mi tienda vendiendo, pasó por la puerta el Reyes, y volvió á pasar. Yo reparé en ello, cerré mi tienda, tomé un cuchillo, fuíme á un barbero, y hícelo amolar y picar el filo como sierra; púseme mi espada que fué la primera que ceñí; vide á Reyes delante de la iglesia, paseando con otro; fuíme á él por detrás, y dígele. ¡Ah Señor Reyes! Volvió él y dijo: ¿Qué quiere? Dige yo: esta es la cara que se corta, y doyle con el cuchillo un refilon de que le dieron diez puntos: él acudió con las manos á su herida, su amigo sacó la espada y vínose á mí; yo á él con la mia; tirámonos los dos, y yo le entré una punta por el lado izquierdo, que lo pasó, y cayó. Yo al punto me entré en la iglesia que estaba allí. Al punto entró el corregidor D. Mendo de Quiñones, del hábito de Alcántara, y me sacó arrastrando, y me llevó á la cárcel, y me echó grillos y metió en un cepo.

Apenas libre de esta prision por las reclamaciones del Obispo, fundado en la violencia que se habia hecho al asilo, y por el afecto que al fingido criado profesaba su amo, el cual no perdonó medio hasta conseguir su objeto, nueva y mas risible aventura obligó á Doña Catalina á dejar á Sana.

Hubo una dama que se enamoró perdidamente del supuesto mancebo, y no sabiendo de que modo librarse del gran conflicto en que le ponía la intempestiva pasión de aquella señora, marchó á Trujillo donde su mala aventura le presentó delante á Reyes y á su amigo. Luchó con ambos; venció al primero, mató el segundo, y para huir las persecuciones de la justicia, pasó á Lima donde entró á servir á un mercader. Bien pronto hubo éste de despedirla *por haberla sorprendido enamorando á su hija*, y ya cansada de andar de una casa en otra, sentó plaza de soldado en la compañía de Gonzalo Rodriguez con el nombre de Alonso Diaz Ramirez de Guzman, partiendo poco despues para la Concepcion de Chile. Allí encontró en casa del gobernador á su hermano D. Miguel de Erauso, y tuvo bastante presencia de espíritu para estar hablando con él, respondiénd-

dole á las preguntas que le hizo acerca de su padre y acerca de ella misma, cuando supo que aquel soldado era de San Sebastian. El natural despejo del finjido jóven le captó la simpatía de D. Miguel, que lo llevó á su bandera, y en ella estuvo cerca de tres años. Al cabo de ellos despertáronse los celos del capitan y hermano de Doña Catalina por suponer que le enamoraba á su querida, enviando á la ex-novicia al extremo de la frontera del país conquistado, al puente de Jaycaby, peligrosísimo puesto porque habia que estar en continua lucha con los indios. Aquella circunstancia puso á la varonil guipuzcoana en ocasion de demostrar su heroico esfuerzo, pues como viese en uno de los frecuentes encuentros en que tomaba parte, que los indios llevaban arrastrando la bandera de su compañía, se arrojó sobre ellos, luchó con todos, mató al cacique y recuperó la bandera. Muchas heridas, de que sanó bien pronto y el grado de alférez en la compañía de Gregorio Rodriguez, fueron las consecuencias de aquella hazaña.

Durante cinco años la *monja alférez* distinguióse en todas las campañas y correrías que en aquellas apartadas regiones sostenian los tercios á que estaba agregada. En la batalla de Puren, á falta de su capitan, tomó el mando de la compañía, y hubiera sido elevada á este empleo, si la misma violencia de su carácter no la hubiera arrastrado á condenar á la horca á un gefe indio, que el gobernador tenia empeño en conservar, por serle mas útil prisionero que muerto. Habiendo regresado á la Concepcion, y haciendo la vida airada que acostumbraba, tuvo en una casa de juego una quimera: desafió de sus resultados á un compañero; le mató: quisieron reducirla á prision; tomó asilo en una iglesia; y su buena suerte sacóle por último á salvo de aquel nuevo trance.

Poco despues, su amigo y compañero el alférez D. Juan de Silva le buscó para que fuera su padrino aquella noche en un duelo que iba á tener con D. Francisco de Rojas del hábito de Santiago. Nuestro fingido alférez, que nunca estaba tan en su elemento como viendo dar ó dando cintarazos, aceptó gustoso. Llegaron al lugar de la cita, co-

menzó el duelo; y como los padrinos quisieran defender á sus ahijados, pusieron todos mano á las espadas, se acometieron mutuamente, y en medio del tumulto y del combate, resultó herido y muerto el Don Francisco, que para mas agravar la situacion resultó ser el propio hermano de Catalina, el capitan D. Miguel de Erauso.

Nuevas persecuciones y nuevo asilo en sagrado siguieron á tal desgracia. Persiguió el gobernador al inquieto alférez con deseo de castigar sus demasías; pero escapándose aquel del convento en que se habia refugiado, partió para el Tucuman, siguiendo la cordillera de los Andes. Trabajos y penalidades sin cuento sufrió en este nuevo viage, lleno todo él de inauditas aventuras, hasta que llegó al Potosi donde entró al servicio militar, distinguiéndose en todas las expediciones contra los indios por su heroico valor. En la ciudad de La Plata vióse complicado en cierta sangrienta riña de dos señores de que resultó ponerle preso y á cuestion de tormento; pero aquel indomable carácter supo resistirlo sin declarar una palabra, y quedó absuelto luego.

Repetidos lances despues de estar en libertad aumentaron su fama hasta llegar el caso de matar á un portugués, por lo cual se le condenó á muerte. Casi al pié del patíbulo y por una feliz combinacion se vió libre; pero lejos de aprovecharse de aquel beneficio que la Providencia le concedia, volvió á comprometerse en otra porcion de lances, desafíos y quimeras, de los cuales vamos á referir uno de los mas notables, tal como ella lo relata.

«Entréme un dia en casa de un amigo á jugar, sentámonos dos amigos; fué corriendo el juego, arrimóse á mí el nuevo Cid que era un hombre moreno, velloso, muy alto, que con la presencia espantaba y llamábanle el Cid. Proseguí mi juego, gané una mano, y entró la mano en mi dinero, y sacóme unos reales de á ocho, y fuése. De allí á poco volvió á entrar; volvió á entrar la mano, y sacó otro puñado, y pusóseme detrás; previne la daga: proseguí el juego; volvióme á entrar la mano al dinero: sentíle venir, y con la daga clavéle la mano sobre la mesa. Levantéme, saqué la espada, sacáronla los presentes,

acudieron otros amigos del Cid, apretáronme mucho, y diéronme tres heridas; salí á la calle y tuve ventura, que sinó, me hacen pedazos; salió el primero tras mí el Cid; tiréle una estocada; estaba armado como un reloj: salieron otros y fuéronme apretando... Llegando cerca de San Francisco me dió el Cid por detrás con la daga una puñalada que me pasó la espalda por el lado izquierdo de parte á parte; otro me entró un palmo de espada por el lado izquierdo, y caí en tierra echando un mar de sangre. Con esto unos y otros se fueron; yo me levanté con ansias de muerte y vide al Cid á la puerta de la iglesia, fuíme á él y él se vino á mí diciendo; «Perro ¿todavía vives?» Tiróme una estocada y apartéla con la daga, y tiréle otra con tal suerte, que se la entré por la boca del estómago atravesándolo, y cayó pidiendo confesion: yo cai tambien...»

A pesar de tantas y tan graves heridas Catalina curó de ellas y ya fué objeto de las persecuciones de los oficiales de justicia, pues sus escándalos y escesos eran tales que se habian enviado requisitorias por todas partes en su busca. Sola y sin mas recursos que su audacia y su poderoso brazo, burlaba siempre á sus perseguidores sosteniendo luchas cuerpo á cuerpo contra ellos, y logrando de esta manera salir del Cuzco y llegar á Guamanga. Allí tambien la alcanzaron las pesquisas del gobernador, y cuando noticiosa de ellas iba á burlarlas, nuevo lance puso fin por entonces á sus duelos, quimeras y locuras.

«Salí un dia á boca de noche, escribe, y á breve rato quiere mí desgracia que topo con dos alguaciles: pregúntanme ¿qué gente? y respondo, amigos: pídenme el nombre, y digo, el diablo, que no debí decir: vanme á echar mano; saco la espada y ármase un gran ruido: ellos dan voces, diciendo favor á la justicia: va acudiendo gente; sale el corregidor que estaba en casa del obispo: avánzanme mas ministros: hállome afligida, y disparo una pistola, y derribo á uno: crece mas el empeño, hállome al lado á aquel vizcaino mi amigo y otros paisanos con él; daba voces el corregidor que me matasen: sonaron muchos traguidos de ambas partes: salió el obispo con cuatro hachas, y entróse por medio: encaminólo hácia mí el secretario Juan Bautista

de Artiaga: llegó y díjome: señor alférez, déme las armas: dije, señor, aquí hay muchos contrarios: dijo, démelas, que seguro está conmigo, y le doy palabra de sacarle á salvo aun que me cueste cuanto soy: dije, Señor Ilustrísimo, en estando en la iglesia besaré los piés de V. S. Iltna. En esto me acometen cuatro esclavos del corregidor, y me aprietan tirándome ferozmente sin respeto á la presencia de Su Iltna., de modo que defendiéndome hube de entrar la mano y derribar á uno: acudióme el secretario del Señor Obispo con espada y broquél con otros de la familia, dando muchas voces, ponderando el desacato en presencia de Su Iltna., y cesó algo la puja. Asióme Su Iltna., por el brazo, quitóme las armas, y poniéndome á su lado, me llevó consigo, y entróme en su casa; hizome luego curar una pequeña herida que llevaba y mandóme dar de cenar y recoger, cerrándome con llave que se llevó.»

«A la mañana como á las diez, Su Iltna., me hizo llevar á su presencia y me preguntó quien era y de donde, hijo de quien, y todo el curso de mi vida y causas y caminos por donde vine á parar allí; y fué en esto desmenuzando tanto, y mezclando buenos consejos, y los riesgos de la vida, y espantos de la muerte, y contingencias de ella, y el asombro de la otra, si no me cogia bien apercibido, procurándome sosegar y reducir á aquietarme y arrodillarme á Dios que yo me puse tamañito; y descúbrome, viendo tan santo varon, y pareciendo estar yo en la presencia de Dios, y dígole: Señor, todo esto que he referido á V. S. I. no es así: la verdad es esta: que soy muger: que nací en tal parte, hija de fulano y sutano, que me entraron de tal edad en tal convento, con fulana mi tia: que allí me crié: que tomé el habito: que tuve noviciado: que estando para profesar, por tal ocasion, me salí: que me fuí á tal parte, me desnudé, me vestí, me corté el cabello, partí aquí y acullá, me embarqué, aporté, tragué, maté, herí, maleé, correteé, hasta venir á parar en lo presente y á los piés de Su Señoría Ilustrísima.»

Despues de esta confesion la monja alférez (que ya no fué conocida por otro nombre) fiel á los consejos del obispo de Guamanga, fray

Agustin de Carvajal, entró en el convento de Santa Clara, no sin que antes hubiese el prelado dispuesto, que la reconociesen matronas para asegurarse de la verdad de su confesion., las cuales declararon bajo juramento, «ser muger, y haberla hallado intacta como el dia de su nacimiento.»

Llamada por el arzobispo de Lima cinco meses despues, llegó á esta ciudad, escitando su presencia la curiosidad que es de suponer. Allí estuvo en el convento de la Santísima Trinidad dos años y medio: llegaron de España los documentos que acreditaban no ser monja profesa; con lo cual y despertando de nuevo sus antiguos instintos y aficiones, salióse del convento, se embarcó para su patria, llegó á Cádiz, vistióse su antiguo uniforme de alférez, pasó á Sevilla y de allí á Madrid, en 1625, donde fué presentada al Rey, quien á consulta del Consejo de Indias le concedió una pension.

Bien pronto se cansó de la vida pacífica que llevaba, y dejando á Madrid se embarcó para Génova; viajó por Roma y Nápoles, regresó á España y pasó de nuevo á Méjico, donde debió morir, pues no vuelve á tenerse noticia de aquella muger singular.

La historia escrita por ella misma, llega hasta poco despues de su expedicion á Nápoles en el mes de Julio de 1626; y confirmada su existencia por historiadores contemporáneos, tales como el verídico maestro Gil Gonzalez Dávila, que afirma haberla visto y tratado en Madrid, ha pasado la memoria de sus hechos á la posteridad conservada por la mayor parte de nuestros escritores, inspirando á la musa del célebre poeta Juan Perez de Montalvan una comedia, que gozó gran boga en su tiempo.

MARIA DE ESTRADA.

Esta muger no menos valiente que la anterior, pero de vida mas arreglada, fué esposa de Pedro Farfan, soldado que militó bajo la conducta de Hernan Cortés en la conquista de Nueva España. Acompañó en esta guerra á su marido, y fué la admiracion de cuantos la veian á su lado pelear, triunfando valerosamente de sus enemigos. A caballo, y blandiendo su poderosa lanza, igualaba en esfuerzo al soldado mas valeroso y diestro en el arte militar.

Desgraciadamente y á pesar de la justa celebridad que alcanzó su nombre, la historia no nos ha trasmitido mas noticias, que las ya apuntadas, acerca de su vida.

DOÑA OLIVA SABUCO DE NANTES.

«Alibert en su Fisiología de las pasiones ó nueva doctrina del sentimiento moral, reduce todos los fenómenos á tres clases : 1.^a los que se refieren á la conservacion del individuo ; 2.^a los que proporcionan al hombre relaciones con los objetos que le rodean ; y 3.^a aquellos por los cuales asegura la conservacion de la especie. El autor del análisis de esta obra, además de considerarla escrita con método, claridad y energía, dice que se encuentran en ella conocimientos de que carecen las publicadas por Hume, Smith y otros que no han tenido ocasion como Alibert para estudiar al hombre, asi en el estado de salud como de enfermedad. Añade que á esto se debe sin duda una produccion literaria, en que asocia á la novedad de los pensamientos y agudeza del espíritu, el estilo ardiente que caracteriza las obras de ingenio.— No estoy distante de creer con el analizador de esta obra verdaderamente recomendable que sea una produccion original del citado Alibert, pues otras muchas que ha dado á luz, y el distinguido concepto facultativo que ha merecido, le hacen juzgar capaz de esto, y aun mas; pero tampoco puedo omitir en obsequio de la literatura española que algunos siglos antes de la publicacion de la fisiología de las pasiones, ya se imprimió en España una obra, que si no es muy semejante, tampoco demasiado diferente. — En efecto, en 1587 se imprimió en Madrid, y dedicó al rey D. Felipe, segundo de este nombre, una obra intitulada : *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, etc., escrita por Doña Oliva Sabuco de Nantes Barrera, vecina y natural de la ciudad de Alcaráz, y en cuyo elogio compuso dos sonetos el

licenciado Juan de Sotomayor, vecino de la misma. Empieza el análisis de las facultades afectivas ó pasiones con un coloquio del conocimiento de sí mismo, en el cual hablan tres pastores filósofos en vida solitaria, y nombrados Antonio, Veronio y Rodonio. En él despues de aclarar aquel dicho escrito con letras de oro en el templo de Apolo: *Nosce te ipsum*; se trata de los afectos de la sensitiva, que obran en algunos animales, del enojo y del pesar, de la ira y su remedio, de la insinuacion retórica, de la tristeza, del miedo y del temor, del amor y deseo, del placer y alegría, etc., hasta llegar á manifestar las mudanzas que inducen en el hombre los alimentos y otros agentes.—De esto, como del título de la obra, se deduce que los antiguos españoles no ignoraron una gran parte de lo que recientemente ha publicado Alibert; que si este erudito profesor no ha tenido presente para la composicion de su obra la de nuestra Doña Oliva, sino que ha sido pensamiento original, tambien nos será permitido decir que 238 años antes que el autor francés, una española literata describió con bastante precision y con el método que proporcionaban los conocimientos de aquella época, la filosofía de los afectos, ó fisiología de las pasiones.»

De este modo el Sr. Mosácula en una obra importante de medicina dada á luz hace 39 años ¹ consigna el recuerdo de la célebre española cuyos apuntes biográficos escribimos, con el sentimiento de no poderles dar la debida amplitud, por ser muy escasas las noticias que se tienen de su vida. Solo se sabe que era natural y vecina de Alcaráz en el campo de Montiel; que floreció en el reinado de Felipe II, y que por su ingenio y conocimientos ha merecido siempre la alabanza de los eruditos españoles; pues los biógrafos extrangeros, temiendo y con razon que al nombrarlo se descubriese el verdadero autor del sistema dado á luz como original por Eucio, Warton, Cole, Charleton y otros, sin haber merecido siquiera ser citada la autora por ninguno de ellos, callan su nombre lo mismo en sus diccionarios que en sus

¹ Elementos de fisiología especial humana. Madrid 1830.

colecciones de personajes célebres, con la sola excepcion de una serie de biografias de mugeres impresa en Paris en 1769, en la que se menciona á nuestra compatriota, pero limitándose á copiar algunas pocas líneas del justo elogio que Feyjóo la tributa.

Y sin embargo, ya hemos visto por la cita indicada, cuanta es la importancia de aquella muger pensadora, que sin haber asistido á ninguna universidad, ni cátedra pública, solo con su estudio privado, y llevada de su amor á las ciencias, llegó á poseer tales conocimientos en fisica, en medicina, en moral y en política, que no por orgulloso alarde de su mérito, sino por el bien que pudiera reportar la humanidad de sus estudios y de sus descubrimientos, solicitó del conde de Barrajas, D. Francisco Zapata, presidente de Castilla y del Consejo de Estado interpusiera su valimiento á fin de que se reuniera una junta compuesta de los mas sabios físicos y médicos de España, para demostrarles que las ciencias que profesaban, *iban completamente erradas*.

En consonancia con este, mas que jactancioso, humanitario pensamiento, publicó despues en 1587 un libro, tenido en grande estima por todos los que se dedican al importante estudio de las enfermedades, cuyo obra dedicada al rey Felipe II, es á la que se refiere el escritor citado, y cuyo titulo completo es: *Nueva filosofia de la naturaleza del hombre, no conocida, ni alcanzada de los grandes filósofos antiguos, la cual mejora la vida y salud humana; escrita y sacada á luz por Doña Oliva Sabuco de Nantes Barrera*; obra que adquirió tal boga, que en el año siguiente, tuvo que hacerse de ella segunda edicion, aumentada y añadida por la autora, reimprimiéndose en Braga en 1622, y en Madrid en 1728, aun que *expurgada por el tribunal de la Inquisicion*. A pesar de este célebre *expurgo*, publicóse con un breve pero importantísimo elogio del doctor Martin Martinez, en el cual confiesa el autor que *aquel libro faltaba en el mundo, asi como otros muchos sobran*; pensamiento ya expresado anteriormente en la dedicatoria al rey por la misma Doña Oliva, con mas convencimiento de su mérito que modestia.

Desde la aparición de aquella obra hasta el día, todos los profesores de la ciencia de curar le han tributado sus unánimes alabanzas calificándola como de valor inapreciable, no solo en absoluto, sino teniendo en cuenta la época en que se hizo y el estado de atraso en que se encontraban las ciencias físicas y médicas.

Nuestra ilustre escritora, anticipándose á su siglo, con esa verdadera intuición de los grandes genios, presentó un nuevo sistema fisiológico, hoy mirado no solo con respeto, sino con admiración, y seguido por muchos fisiólogos, sistema que consiste en afirmar que no es la sangre la que nutre nuestro cuerpo, sino el fluido nerveo, que emanado del cerebro, se extiende por todo el cuerpo, atribuyendo á él, y no á otra causa, el verdadero origen de las enfermedades. «La causa y oficina, dice esta escritora, de los humores de toda enfermedad es el cerebro; allí están los afectos, pasiones y movimientos del ánimo. Allí el sentir ó sensación; allí la raíz y la naturaleza que hace la vegetación; allí la vida y anhelación; de allí las enfermedades y de allí la muerte: allí la ánima irascible y concupiscible, pues no pueden estar sin especies. Con razón dice á este propósito el señor Canseco, que si se cotejan estas proposiciones de Doña Oliva con el cuarto teorema de Carlos Pison, de ese hombre á quien tanto encomia Boerhaave por su preciosa obra de las enfermedades serosas, aunque no sea del gusto de los solidistas del día, se verá que este sistema se halla conforme con la doctrina que dos siglos antes publicó nuestra española.

Otra de las notables teorías que anticipó Doña Oliva, precediendo á Descartes, es la que establece que el asiento del alma racional está en el cerebro, pero diferenciándose de aquel filósofo, en que mientras él la circunscribe á la glándula pineal, nuestra compatriota la hace extensiva á toda la sustancia del órgano encefálico.

Cuando los ya citados escritores ingleses Eucio, Warton, Cole, Charleton y otros dieron á luz el sistema de Doña Oliva como concepción propia, no faltaron españoles que restituyeran á aquella célebre pensadora la gloria que le usurpaban, y que le correspondía de justicia, figurando entre estos defensores de la verdad el sabio Feijóo y el

Doctor Martín Martínez en la censura puesta á la obra de Boyx titulada *Hipócrates aclarado*, donde escribe : «Para qué atribuir la gloria de este pensamiento á los ingleses , cuando antes que ellos , aun en el siglo de captividad , la publicó aquella heroína doctriz española Doña Oliva Sabuco , que con afrenta de nuestro sexo , tuvo valor de imprimir el año de 1587 un nuevo sistema contra el de Galeno y el vulgar de los árabes?» Notables son tambien las palabras con que nuestro abate Lampillas alaba el ingenio de aquella célebre escritora, afirmando «que los testimonios de su feliz ingenio que se conservan impresos , la afianzan un asiento honroso en la república literaria.»

Como indicamos al principio , no podemos añadir noticia alguna referente á la historia de aquella vida tan útilmente aprovechada; pero si consignaremos al concluir estos apuntes, el juicio que ha merecido la ilustre española , á un escritor contemporáneo desgraciadamente perdido para la ciencia cuando ofrecia mejores esperanzas ; el ilustrado profesor D. Antonio Fernandez Morejon¹. Dice así : «En efecto, Doña Oliva tenia una imaginacion fecunda, brillante, fuerte , y aunque su obra abunda en metáforas y alegorías , es preciso considerar que el estilo que requieren los diálogos en que escribió , y los sugetos que intervienen en sus coloquios, lo exigen así... Tiene esta escritora otro mérito singular que le dará siempre un derecho á la gloria , y es el haber discurrido un tratado de las cosas con que se puede mejorar la república , que forma una especie de higiene ó policía civil , cuyos preceptos debian tener á la vista los príncipes y legisladores. He dicho muchas veces en la cátedra que el tratado de las pasiones escrito por esta muger , era superior, atendiendo al tiempo en que lo escribió , á la misma obra de Alibert. — Es tambien Doña Oliva digna de toda alabanza, por haber vislumbrado muchos fenómenos fisiológicos debidos á la lectura de las obras de Hipócrates , Platon , Eliano , y otros médicos y filósofos antiguos. En efecto, aunque ella dice *no se acor-*

¹ Historia bibliográfica de la medicina española. Madrid 1843. Obra póstuma.

daba de medicina por no haberla nunca estudiado, parece expresar con esto que no habia seguido un curso escolástico de medicina, sino solamente un estudio privado ; y asi debió ser, pues de lo contrario, era imposible se mostrara tan versada en la medicina de los griegos y árabes.

DOÑA ANA DE MENDOZA,

PRINCESA DE EBOLY.

Pocos personajes han alcanzado tan triste celebridad en nuestra patria como la dama con cuyo nombre encabezamos el presente estudio. No es á la verdad envidiable el origen de esta celebridad, pues la debe únicamente al activo papel que jugó en algunos acontecimientos del tenebroso reinado de Felipe II, figurando siempre como cortesana favorecida por la fortuna ó blanco de sus furores; pero en uno ú otro caso, recibiendo premios ó castigos en justo pago de amorosos devaneos. Pensábamos no dar lugar por esta causa en nuestra serie de biografías á la de Doña Ana de Mendoza; pero hemos reflexionado despues, como ya digimos en otro lugar, al escribir la triste historia de Brunequilda, que no tratamos de ofrecer con ella á nuestros lectores, un ejemplo que seguir, sino un peligro de que apartarse; que si la práctica de la virtud ofrece la mejor y mas sólida enseñanza, los hechos criminales que por desgracia turban la paz de la tranquila historia, sirven tambien como de faros encendidos, aunque con luz siniestra, sobre los escollos de la vida humana, para apartarse de ellos.

Hija Doña Ana del Conde de Mélito, D. Diego Hurtado de Mendoza, personaje de no escasa importancia en la corte de Felipe II, casó, siendo casi una niña, de edad de trece años con D. Ruy Gomez de Silva, mas que por amor, por arreglos palaciegos en que tomó una parte demasiado directa el mismo Felipe II, siendo todavía principe;

de tal manera, que segun el testimonio del secretario, Samano¹. Felipe fué quien casó con Ruy Gomez á Doña Ana, siendo casi una niña. El haber asistido á la boda en persona; la merced que hizo á Ruy Gomez de seis mil ducados de renta perpétua; las continuas liberalidades con que siguió despues acrecentando la fortuna del príncipe de Eboli, liberalidad impropia de su carácter; el valimiento que siempre alcanzó la princesa con el rey; el que gozaba su esposo, y los varios accidentes del célebre proceso de Antonio Perez, han dado motivo á que se crea, medió como uno de los principales móviles de aquellos escándalos cortesanos, el amor que el rey profesaba desde antes de ceñir la corona, á la hermosa hija de los condes de Mélito. Pero sea de esto lo que quiera, pues discurriendo con la severidad propia del historiador debemos confesar que no hay bastantes datos para decidirlo por mas que sean suficientes dichos motivos para sospecharlo, la verdad es que la memoria de la princesa de Eboli va tan enlazada á las misteriosas afecciones y sombríos rencores de Felipe II, que no puede prescindirse, al narrar la historia de aquellos sucesos, de mencionar esa sospecha histórica que algunos han recibido como hecho indubitable, llegando hasta á afirmar que el duque de Pastrana, hijo de la princesa de Eboli, lo era tambien de Felipe II².

Vivia al mismo tiempo en la corte gozando la privanza del rey, y ejerciendo una influencia directa en todos los negocios del Estado, un hombre tan favorecido durante muchos años por la fortuna como perseguido despues por ella. Llamábase Antonio Perez, hijo de Gonzalo,

¹ «S. A. ha casado á Ruy Gomez con una hija del Conde de Mélito y agora es heredera de su casa, y tambien lo podría ser de la del Conde de Cifuentes, porque no tiene sino un niño, y ese bien delicado: la moza es de trece años, y bien bonita, aunque chiquita; y en caso que no herede la casa del Conde de Mélito si Dios le diese hijo, la cual es de mas de veinte y dos mil ducados de renta, la dota el Conde en diez mil ducados, y S. A. ha dado á Ruy Gomez seis mil ducados de renta perpétuos para él y sus sucesores que no es mala merced para la primera; y entre tanto que se las puede dar, se le hará la paga en su cámara; y demas desto para hacerle mas favor y merced se salió un día al Pardo, y de allí fué á Alcalá á hallarse en el desposorio que no fué poco solemne... cosa es que S. M. no lo ha hecho á ningun privado suyo en su tiempo. Mucho querria saber como le habrá parecido á S. M. — Carta del Secretario Samano al Secretario Eraso fechada en Madrid á 7 de Mayo de 1553.— Archivo de Simancas, Estado, legajo n.º 100.

² D'Auvigne. Historia universal. Bermudez de Castro en sus *estudios históricos sobre Antonio Perez*, afirma de un modo absoluto los amores del Rey y de la princesa, pero no justifica con nuevos datos históricos su aserto. El Marqués de Pidal en su erudita *Historia de las alteraciones de Aragon en el reinado de Felipe II* (Madrid—1862) cita sobre esto autoridades y documentos importantísimos, que recomendamos á aquellos de nuestros lectores que deseen mas pormenores sobre la materia.

secretario y gran privado, así del Emperador Carlos V, como de Felipe; pero siendo el padre eclesiástico y arcediano de Sepúlveda, hacíale pasar comunmente por sobrino. Habíale tenido en una muger casada, que se llamaba Maria de Tobar, en las casas dichas de Bozmediano de la parroquia de Santa Maria; y despues de recibir una educacion brillante, estudiando con gran aprovechamiento en la Universidad de Alcalá, viajó por las principales cortes de Europa, donde adquirió el despejo, experiencia y distinguidos modales, que tanto le sirvieron en lo sucesivo, llegando á ser el idolo de cuantas personas le conocian. Dióle el padre colocacion en la secretaria de Estado, que tenia á su cargo, y en breve supo el jóven diplomático congraciarse la voluntad de Rui Gomez de Silva, príncipe de Eboli, íntimo favorito, consejero y amigo de Felipe II, que representaba en la corte el partido opuesto al del duque de Alba, y que mientras vivió, se mantuvo constantemente en la gracia del soberano.

En 1576, heredó la secretaria de Estado, en la parte que se referia al despacho de los negocios de Italia, y no solo estrechó cada vez mas sus relaciones con el príncipe de Eboli, sino que se captó el afecto de Felipe II hasta el punto de ser uno de los pocos, y quizá el primero, de los que obtuvieron su confianza. Con su consejo contaba el rey en todo cuanto meditaba ó emprendia: tenia participacion en todos los secretos, y al verse tan preferido y agasajado de aquel monarca altivo y ceremonioso, hasta el punto de pasar el mismo rey á su casa para saber de su salud cuando estaba enfermo, no era mucho que se desvaneciese, creyendo haber fijado para siempre la instable rueda de la fortuna.

«Vivia con un lujo y una ostentacion, que competia con las primeras familias de la corte, y su casa de campo en la calle hoy de Santa Isabel ¹, llena de primores, pinturas y obras de todo género, era la admiracion de los cortesanos y de los forasteros, que iban á verla como una de las cosas notables de la corte.²» El atractivo de su

¹ Lo que es ahora colegio Real de Agustinas Recoletas del mismo nombre de Madrid.

² Marqués de Pidal, obra citada.

carácter era de tal suerte, que, segun el testimonio del conde de Luna que le trató mucho y que no le era en verdad aficionado, «de la satisfacción que este hombre dió á todo el mundo en el tiempo de su privanza, no se puede hablar, pues fué la mayor del mundo; los que despachaba mal, iban mas contentos que ahora los que van bien; de su pulideza, curiosidad de casa, caballos, criados, curiosidades alhajas y plata y arreos de su persona y grandezas que asi se puede llamar, es cosa que no se puede escribir: los grandes idolatraban en él: los ministros le conocian superioridad: el rey parece que le amaba y se satisfacía de tal manera que hacia escesos.»

Personage que de tal modo privaba en la corte, y que gozaba de la intimidad del príncipe de Eboli, debía ser peligroso cerca de la princesa, bella, jóven, altiva, impresionable, espléndida y caprichosa, y poco tardó Antonio Perez en ganar el corazon de la dama, consiguiéndolo tan completamente que fué desde luego objeto exclusivo de las preferentes y amorosas atenciones de Doña Ana. Aquellas intimidades llegaron á tanto, que fueron muy en breve pasto de la pública murmuracion; hablillas, á que daba pábulo la misma princesa con los regalos que enviaba á Antonio Perez, y éste, tal vez por vanagloria de favores que en mucho tenia, haciendo alarde de su intimidad; y sirviéndose de todas las cosas que pertenecian á la de Eboli, como si fueran suyas. ¶Respetables testigos, certificaron en la causa que mas tarde se formó contra Antonio Perez, la exactitud de estos hechos, dando valedero testimonio de haber visto entre los dos «familiaridades de tal género, que tienen buen lugar como declaraciones en el proceso que se formó, pero que no pueden estamparse decorosamente en una historia ¹.»

En vano la princesa buscaba disculpa á aquellas preferencias, queriendo hacer creer que Antonio Perez era hijo bastardo de su marido; pero como de público se sabia quien era el padre del valido, nadie

¹ Lafuente. Historia de España.

creyo aquella invencion de la de Eboli, atribuyendo á su verdadera causa tanto interés por el afortunado palaciego ¹.

Con la muerte de Rui Gomez de Silva tomaron mas incremento aquellos amores; pero abismados en su cariño, estaban muy lejos de sospechar que tuvieren cercano el dia de la providencial expiacion.

Llegó á la corte por aquel tiempo el secretario de D. Juan de Austria, Juan de Escobedo, amigo de Antonio Perez y gran familiar que habia sido de la casa de la Princesa. Enteróse bien pronto de lo que acontecia, y afectado por la gratitud que conservaba hácia el difunto príncipe y á la princesa y por la amistad que profesaba á Antonio Perez, trató de poner pronto remedio á lo que ya no podia tenerlo. Para ello dirigióse primeramente á Doña Ana, empleando el ruego, y viendo que nada conseguia, hasta la amenazó de dar cuenta al rey de aquellos ilícitos amores. La de Eboli le contestó, con el desenfado y altivez de una muger, que abandonada completamente á su pasion, cuida muy poco de su recato; y como viese Escobedo que nada conseguia, habló tambien á Antonio Perez echándole en cara su ingratitud, y aconsejándole procurase dejar aquella peligrosa amistad.

El secretario de D. Juan de Austria solo consiguió en recompensa de su buena intencion escitar el resentimiento de la dama y enemistarse para siempre con el galan. Entonces Perez hallando fácil motivo para malquistar á Escobedo con el rey, presentándole como peligroso envidado de D. Juan de Austria para trabajar en favor de sus ambiciosos planes, logró aprovecharse tan hábilmente de estas circunstancias que el amante de la princesa abultó hasta ponerlas á la altura de su venganza, que Felipe II no vaciló en decretar la muerte de Escobedo, pero no como pena impuesta á consecuencia de un juicio mas ó menos

¹ En el citado proceso seguido contra Antonio Perez consta lo que hemos consignado en el texto por las declaraciones de Doña Catalina de Herrera, Doña Beatriz de Frias, el Marqués de la Favara, el Conde de Cifuentes y otros personajes. El Marqués de Favara, pariente de la princesa, confiesa haber visto cosas que le hirieron tan vivamente en la honra de su familia, que pensó en matar á Antonio Perez, añadiendo que fué á la Iglesia de Sta. Maria á pedirle á Dios que le librara de tan mal pensamiento. Despues de estos testimonios, que son firme base para el convencimiento humano, no podemos, aunque inclinados siempre á defender mas que á acusar, prescindir de narrar los hechos de la manera que lo hacemos, bien que la severa exposicion de los acontecimientos pongan al historiador en lucha con algunos bien intencionados poetas que han pretendido vindicar de aquellos reprobados amores la memoria de Antonio Perez y de la princesa de Eboli.

imparcial, sino por resolución arbitraria y oculta; resolución que no debe extrañarnos en aquel reinado, cuando según la teología y la jurisprudencia de muchos casuistas de entonces, y entre ellos el confesor del rey, fray Diego de Chaves, el soberano, como señor de vidas y haciendas, podía lícitamente deshacerse de cualquiera de sus vasallos que tuviera por criminal, bien entregándole á los tribunales, bien haciéndole ahorcar en secreto como al baron de Montigní, bien empleando otro medio cualquiera como el que se decretó contra Escobedo ¹.»

Resuelta la muerte del secretario de D. Juan de Austria, empleáronse para conseguirla medios tan infames y atroces como el hecho mismo. Primeramente se recurrió al veneno, que Antonio Perez dispuso se diese al infeliz Escobedo en su casa de campo, con ocasion de un convite que celebró y al cual tuvo la horrible inhumanidad de convidar á su víctima ². No se logró el efecto, y se repitió la prueba en otro convite que tuvo Perez en su casa de la plazuela del Cordon de Madrid. Repartiéronse escudillas de natas ó de leche, y en la de Escobedo se echaron unos polvos como de harina, dándole á beber además el agua del primer convite. Esta vez se consiguió mas, pues de sus resultas estuvo Escobedo á las puertas de la muerte, y durante la convalecencia como solo comiese de una olla que le ponía una esclava, su cocinero, ganado por un pinche de la cocina del rey ³, le echó los polvos en ella, y habiéndose descubierto culparon á la pobre esclava,

¹ Lafuente citando el proceso de Antonio Perez; manuscrito de la real academia de la Historia.

² Véase extractada del proceso, la declaracion que dió el alférez Antonio Enrique, page de Antonio Perez, y copia el Sr. Pidal en su mencionada historia. Dice así: «La órden que en la comida se tuvo fué que, entrando por el patio de la casa, en la primera sala estaban puestos en ella dos aparadores; el uno era del servicio de la plata, y el otro de las tazas, donde se habia de llevar la bebida á la mesa. Y en la dicha sala, á la mano izquierda, se entraba á la pieza, donde estaban las mesas en que se habia de comer, y entre esta pieza y la de los aparadores habia una cuadra, que servia de tránsito y paso; y estando comiendo, este declarante, tenía cuidado de que siempre que el secretaric Escobedo pedía de beber, traérselo; y así hubo ocasion de dárselo dos veces este declarante, echando en el vino el agua venenosa prevenida, que tenía Diego Martínez en su poder, que se le echaba en el vino al pasar la cuadra que habia en medio; cada vez echaba la cantidad de lo que cabria en una cáscara de nuez, que así era la órden que habia. Y en acabando de comer el secretario Escobedo se fué, y los demás se quedaron jugando. Y en esto salió el secretario Antonio Perez y se metió con este declarante y su mayordomo en un aposento de los del patio, donde le enseñaron la cantidad del agua que le habian dado á beber al dicho Escobedo. Y con esto se volvió á jugar; y despues se entendió que la bebida no fué de ningun provecho ni hizo efecto.

³ Era este un Juan Rubio, amigo suyo, hijo del gobernador del Estado de Mérito en Nápoles, que por la muerte dada á un clérigo de Cuenca, se habia hecho picaro ó pinche de la cocina del rey para no ser conocido.

que fué ahorcada en la plaza mayor de Madrid sin el menor escrúpulo de Perez ni del monarca. Inconcebible maldad que no sabemos como acertarán á cohonestar los fanáticos encomiadores del *prudente* rey.

Viendo Perez que nada se adelantaba por aquellos medios, resolvió acabar con su enemigo una noche, haciendo que le matasen «con pistolete, estoque ó ballestilla.» Valióse al efecto de seis asesinos¹; y la noche del treinta y uno de Marzo, lunes de Pascua, de 1578 aguardándole al salir de una casa que fué la de la princesa de Eboli, acercóse á él uno de aquellos hombres, y le atravesó de parte á parte con un estoque, de cuya herida murió en el acto. Tal fué la triste suerte de el *verdinegro*, como en sus recíprocas correspondencias le llamaban el rey y Perez; el secretario y hombre de mas confianza de D. Juan de Austria, mas que por culpas, que no cometió, por haber querido poner enmienda á los livianos amores de la princesa y del privado, habiendo este hecho servir de instrumento al monarca, para realizar su venganza; sin que por esto dejemos de creer que el rey debió hallar complacencia en ello, como en todo lo que debilitase el partido de D. Juan, cuya grandeza y levantado espíritu inspiraban verdadera envidia al fundador del Escorial.

No ajena la de Eboli á toda aquella infame y criminal trama, debió acogerla gustosa, tomando parte en ella, pues le convenia que Escobedo muriera para que no fuese su denunciador; y es muy de notar que la casa de que Escobedo salia cuando le mataron, fué la de la princesa, como si de propósito se le llamara allí para que sus asesinos encontrasen mas seguros parage y ocasion de realizar sus malvados propósitos.

Mucho debia importar á la dama y á su amante conservar el secreto de sus amores, para con el monarca, cuando se decidieron por

¹ Todo lo expuesto resulta acreditado en el proceso de Antonio Perez. Los asesinos fueron el mayordomo de este, Diego Martinez, el citado pícaro Juan Rubio, dos aragoneses llamados el uno Insausti y el otro Juan de Mesa, el Antonio Enriquez que lo declara y su medio hermano Miguel Bosque. Insausti, Rubio y Bosque habian de cometer el asesinato, y efectivamente lo ejecutó el primero; los otros tres debian guardarles las espaldas, por si tenian necesidad de ayuda.

tan inícuo extremo; y no poco debió tambien agradar al rey aquella alevosa egecucion, cuando, segun aparece en las relaciones de Antonio Perez, el rey estuvo en la iglesia de Santa María, en frente de la casa de la princesa de Eboli, y en un portal disimulado, á ver el final de aquel drama misterioso y sangriento, permaneciendo despues en su cámara, paseándose inquieto y sin poder encontrar reposo, tenazmente perseguido por el grito de su conciencia, que en vano procuraba ahogar esforzándose en hallar justificante para aquella muerte, que por otra parte tranquilizaba en algun tanto los temores que su hermano le habia inspirado siempre.

El misterioso asesinato no tardó en ocupar á los dependientes de justicia, recayendo desde luego las sospechas en Antonio Perez, y sus enemigos, acaudillados por otro secretario del rey, llamado Mateo Vazquez, y la viuda y familia de Escobedo, acudieron á D. Felipe con repetidas quejas, denunciándole la verdad del hecho y descubriendo las criminales relaciones que existian entre Perez y la princesa ¹. Los que afirman que el rey amaba tambien con toda la ternura de que él era capaz á Doña Ana, y que Perez comenzando por confidente del monarca acabó por suplantarle en el corazon de la dama, explican fácilmente el temor de los amantes á que Escobedo los descubriese y la indignacion del rey al tener noticia de aquellos ilícitos amores; pero sea como quiera y mezclárase ó no tambien en aquellos sucesos no poca parte de celos que Escobedo inspirase á D. Felipe y á Perez, ello fué lo cierto que al lanzarse la acusacion contra los asesinos y los cómplices de la muerte dada á Escobedo, y al convencerse de las criminales relaciones que existian entre Perez y la princesa, el rey, siguiendo siempre su tortuosa marcha, disimuló con aquella impassibilidad que le distinguia, y continuó dando á Perez seguridades de que nada padeceria por tal motivo, mientras en el fondo de su alma buscaba el medio de vengarse de aquellos dos seres que habian afrentado su dignidad, sobreponiéndose á su amor propio. Crítica por

¹ Historia de la villa y corte de Madrid por Amador de los Rios y el autor de la presente obra.

demás era su situación: ni podía castigar el delito ni dejarlo impune; si quería hacer justicia, tropezaba con su complicidad; si se resolvía á ser genoroso, levantábanse contra él los clamores de su venganza. Obligado á encubrir aquello mismo que era la causa de sus ofensas veía el riesgo en que de todas maneras estaba su reputación: ni el olvido ni la pena podían sacarla á salvo; y en medio de aquella lucha, dando pábulo por fin al resentimiento que mediaba entre Mateo Vazquez y Antonio Perez, valiéndose de este pretexto para soltar su reprimido encono contra el segundo y complicar en la misma acusación á la princesa de Eboli¹. A consecuencia de ello, en la noche del 28 de Julio de 1579, llevábase á cabo la prisión, no solo de Perez, sino también de la princesa en cuya casa se presentó el almirante mandándola que le siguiese y llevándola á la fortaleza de Pinto².

Terminaron desde aquel punto los días de placeres y venturas, y comenzó una serie extraña de actuaciones, en las que se ve vacilar al rey casi constantemente entre su enojo y su conciencia. Cuidando Perez, aunque tarde y en mala sazón, de la tranquilidad de Doña Ana, pretendía que se le encausara á él solo, separando del proceso á la princesa, por mediar en ello la honra de una señora: quería el rey mejor, que apareciese completamente vindicada en lo que á la muerte de Escobedo se refería, haciendo que el hijo de éste, bajo la fe del presidente del consejo de Castilla, desistiese de la acusación por estar convencido de la inocencia de Doña Ana y del secretario. Insistía sin embargo Mateo Vazquez en la demanda: quejábase la princesa al monarca de la enemiga de aquel acusador y solo obtenía respuestas dudosas; y veíase en todo aquel verdadero enredo el empeño de terminar tan vergonzoso y criminal proceso, antes de que produjera mayor escándalo, y pudiera suceder, como sucedió luego, que, descubierta la verdad, se viese patente la complicidad de D. Felipe.

¹ Historia citada de la villa y corte de Madrid.

² Todavía subsiste en dicha villa, en el centro de un delicioso jardín no lejos de la estación del ferro-carril, una torre de las que debieron flanquear aquella fortaleza que sería mucho mas extensa pero de la cual solo subsiste dicho torreón. En él se señalan las habitaciones pobres en verdad y nada cómodas, donde se dice estuvo recluida la altiva princesa.

Al elevar sus quejas la princesa al monarca, dirigíale frases, en las que bien claramente se deja traslucir mas intimidad de la que hubiera sido propia entre un monarca y un súbdito. Decíale entre otras cosas Doña Ana, que «habiendo llegado esta gente á tal, y estendiéndose á tanto su atrevimiento, está V. M. como *rey y caballero* obligado á que la demostracion desto sea tal que se sepa y llegue á donde ha llegado lo primero... y suplico á V. M. me vuelva este papel pues lo que he dicho en él *es como á caballero y en confianza de tal*, y en sentimiento de tal ofensa. ¹.»

A pesar de todo, el rey parecia no tener oídos mas que para lo que se refiriese á un solo pensamiento: el de reconciliar con el acusador, Mateo Vazquez, á la princesa y á Antonio Perez, pues como este era el principal y mas temible enemigo, una vez conseguida su separacion de aquel asunto podia darse por terminado. Mas activa la de Eboli que prudente, respondió siempre con orgulloso desden á las gestiones que el confesor fray Diego de Chaves hacia, para conseguir la suspirada avenencia; y como Perez al mismo tiempo animado por el ejemplo de la princesa, se mantuviera inflexible, continuó el proceso pasando años y años sin terminarle, y viviendo entre tanto siempre en la fortaleza de Pinto Doña Ana, hasta que en 1581 fué trasladada á su casa de Pastrana, donde falleció once años despues, sin que durante todo este tiempo tomase verdadera consistencia contra ella cargo alguno en la causa.

Tal fué el oscuro fin de aquella noble dama, que tan principal papel jugó en los sucesos referidos, alcanzando por ello, como digimos en un principio, celebridad poco envidiable.

Antonio Perez, principal blanco del enojo del rey, sufrió todos los rigores de la fortuna, siendo origen hasta de levantamientos populares, y terminando su agitada y culpable vida pobre y miserablemente en un arrabal de Paris.

Mas noticias pudiéramos tener de aquel célebre proceso y por

¹ Relaciones de Antonio Perez.—página 15.

consiguiente de la parte que en él tuvo la princesa de Eboli, si todos los papeles relativos á la famosa causa que estaban en poder del juez Rodrigo Vazquez, no hubieran sido quemados por una orden verbal de Felipe II, segun una nota que existe en el archivo de Simancas¹.

¹ Papeles de Estado.—Legajo n.º 183.



DOÑA JUANA COELLO.

Esposa del célebre ministro de Felipe II, Antonio Perez con quien casó á 3 de Enero de 1567, á los diez y nueve años de edad, sufrió, resignada Doña Juana Coello las infidelidades de su esposo, mereciendo sus buenas cualidades tanta consideracion de parte del monarca que inmediatamente despues de haber sido preso Perez, envió al cardenal de Toledo á consolar á Doña Juana, profundamente afligida por aquel inesperado accidente. Deplorando en el fondo de su alma los defectos de su marido, jamás tomó pretexto de ellos para apartarse de sus deberes, y consolándole durante el largo período que permaneció prisionero en su casa, hizo siempre cuanto pudo para salvarle. Víctima inocente de aquellos acontecimientos, sufrió terribles pesares; pero siempre demostró el mismo valor, la misma presencia de ánimo para todo lo que se referia á salvar á su esposo.

Preso se hallaba éste en el castillo de Turégano, incomunicado, sujeto con grillos y embargadas sus haciendas, cuando el alferez Antonio Enriquez, uno de los asesinos de Escobedo, por vengarse de cierto agravio de Perez, descubrió todas las circunstancias y todos los cómplices del crimen. A la penetracion del antiguo secretario de Estado no podian ocultarse las graves consecuencias de tal revelacion y solo pensó desde aquel momento en fugarse á los estados aragoneses en cuyos fueros esperaba encontrar pretexto al menos, para resistir las persecuciones que contra él se dirigian. El cariño de Doña Juana contribuyó no poco á aquella intentada evasion, para la cual hizo

venir del mismo reino de Aragon dos yeguas herradas al revés con objeto de que sus huellas hicieran perder completamente la pista á los sabuesos de la justicia. Por desgracia, aquellos planes fueron descubiertos: la prision de Perez hizose mas rigurosa y estrecha, y Doña Juana y sus hijos viéronse tambien presos é incomunicados, exigiendo á la primera el confesor fray Diego de Chaves y el conde de Barajas, presidente de Castilla, les entregase los papeles de su esposo.

Con noble entereza y sin amedrentarle amenazas de ningun género, resistió la Doña Juana hasta que condolido Perez de la triste situacion de su familia, y deseando aliviarla, escribió un billete con la misma sangre de sus venas, por carecer de tinta y de medios de proporcionársela, el cual pudo conseguir llegase á manos de Doña Juana. Decíale en aquel billete, que entregase dos arcas de papeles que le señalaba, y entonces la sumisa esposa dió al confesor los dos cofres cerrados y sellados que Perez le ordenaba, y que debian contener documentos de grande importancia para el caso, segun la alegría que produjo el recibirlos en el emisario regio. Con la entrega de aquellos documentos, cambió completamente la situacion de las cosas: dulcificóse la dureza de la prision de Perez; dióse libertad á Doña Juana y permitióse á ambos esposos volver á la corte, teniendo por cárcel la casa de Benito de Cisneros, pero dejándoles vivir con cierta libertad.

Proseguia entre tanto la causa sin que consiguieran terminarla las súplicas del procesado, ni se obtuvieran nuevas pruebas á pesar de los esfuerzos del hijo de Escobedo: y escribíale el confesor fray Diego de Chaves á Perez para que dijera la verdad del hecho á fin de librarse de una vez de toda persecucion, puesto que, decia el bueno del fraile: «no tiene culpa el vasallo que mata á otro hombre de orden de su rey, que como dueño de las vidas de sus súbditos, puede quitárselas con juicio formado ó de otro modo, estando en su mano dispensar los trámites judiciales, y se ha de pensar siempre que lo manda con causa justa como el derecho presupone,» y que por lo tanto, «con decir la verdad se acaba el negocio, y habrá S. M. satisfecho á Esco-

bedo... y si él quisiera convertir contra S. M. se le ordenará que calle, y salga de la corte, y agradezca lo que mas se pudiera hacer contra él ¹.»

Era demasiado astuto el antiguo secretario de Felipe II, para que no conociese la aviesa intencion que tales consejos encerraban, puesto que si los hubiera seguido, habiéndose confesado autor del asesinato, y no teniendo en su poder los papeles que habia entregado al rey para poder acreditar la complicidad de éste, estaba completamente perdido. Asi fué que en vez de aceptar las indicaciones del fraile, se arregló mejor con el hijo de Escobedo, obteniendo al fin solemne escritura de desestimiento, con lo cual reclamó la conclusion de la causa.

Lejos de ello, siguió ésta con mayor empeño queriendo obligar á Perez cuando se le juzgó sin documentos para su defensa, á que probase los motivos que habian dado causa á aquel sangriento castigo. Con razon decia el arzobispo de Toledo al confesor del rey; «Señor, ó yo soy loco ó este negocio es loco. Si el rey mandó á Antonio Perez que hiciese matar á Escobedo, ¿qué cuenta le pide ni qué cosas? Miráralo entonces y él lo viera ².»

Veíase claramente manifiesto ya con aquel nuevo giro dado á la causa, á los doce años de perpetrado el homicidio y á los once de la prision del encausado, la meditada é inalterable venganza del monarca. Perez limitóse, como no podia menos, á referirse á lo declarado, y cargándole sus jueces con una cadena y un par de grillos, hicieron extensivo su parcial encono á la desgraciada Doña Juana Coello, reduciéndola de nuevo á prision. El rigor de aquella venganza mas que proceso, llegó hasta al extremo de hacer sufrir el tormento á Antonio Perez produciendo en él los rigores de la tortura una gravísima enfermedad durante la cual se le tuvo privado por muchos dias de la asistencia de su esposa, hasta que á fuerza de ruegos y lágrimas

¹ Cartas de fray Diego de Chaves, de 5 y 18 de Setiembre de 1589 en el proceso de Antonio Perez.

² Proceso manuscrito de Antonio Perez.

de ésta se le dió licencia á ella y á su hijo , para que pasaran á asistir al atormentado prisionero ¹.

Conociendo Doña Juana que , habiendo declarado su esposo la complicidad del monarca en la muerte de Escobedo, no habia de detenerse la venganza real hasta concluir de una vez con el secretario,

¹ No creemos fuera de propósito copiar en este sitio la relacion de todo lo acaecido durante el tormento que se dió á Antonio Perez, puesto que nunca debe perderse la ocasion de demostrar al público los horrores y falta de justicia de aquel procedimiento abominable.

«En la villa de Madrid á 23 dias del mes de Febrero de mil y quinientos y noventa años, los Señores Rodrigo Vazquez Arce, Presidente del Consejo de Hacienda, é Juan Gomez del Consejo y Cámara de S. M. fueron á donde Antonio Perez está preso, é por ante mi el presente Escribano le dixerón los dichos señores, que todavía S. M. es servido que el dicho Antonio Perez absuelva al papel de la Real mano de S. M. que le fué leído. Por tanto que responda á él segun y como S. M. lo manda. Dixo, que se remite á lo que tiene dicho, salvo siempre el respeto devido al papel de S. M.; fuéle dicho por los dichos señores que la voluntad de S. M. es, y así lo manda, que le declare las causas que dixo á S. M. habia para la muerte del secretario Juan Escobedo, porque así conviene para la satisfaccion de la Real conciencia de S. M. y á la buena administracion de la Justicia. Dixo que no tiene que responder mas de lo que ha dicho, y fiando de S. M. y de su gran cristiandad, que él responde lo que conviene á su defensa. Fuéle tornado á apercibir por los dichos señores, que todavía declare como S. M. lo manda con apercibimiento, que se pondrá á quistion de tormento solo por efecto de que declare lo que S. M. le tiene mandado. Dixo, que dice lo que dicho tiene, y luego incontinenti los dichos señores dijeron, que quedando en su fuerza y vigor los indicios y provanzas del proceso, sin las innovar ni alterar en cosa alguna, solo para efecto de que declare las causas que dixo á S. M. que habia para la muerte del dicho secretario Juan de Escobedo, le mandaron poner á quistion de tormento, y si en él muriese ó lesion de algun miembro le viniese, sea á su culpa y cargo. Dixo lo que dicho tiene, y que protesta dos cosas, la una ser hijo-dalgo, la otra el daño y lesion que le resultare en su persona, atento que es notorio estar tullido é manco de las largas prisiones de once años: y luego los dichos señores le mandaron quitar los grillos y cadena que tenia á los piés el dicho Antonio Perez é le fué quitado todo por los alguaciles de guarda. Y luego por mandado de los dichos señores fué tomado y recibido juramento por Dios en forma de derecho del dicho Antonio Perez, y so cargo de que prometió dezir verdad y habiéndolo hecho, fué tornado á apercibir por los dichos señores que declare las causas que dijo á S. M. habia para la muerte del dicho secretario Escobedo, y por no lo declarar y solo para efecto de que las declare, fué mandado desnudar y fué desnudo en carnes por Diego Ruiz, berdugo, y solamente quedó con unos zaragüelles de lienzo; y no estando presente el berdugo, fué tornado á apercibir por los dichos señores que declare, como S. M. lo tiene mandado, las causas que le dixo que havia para la muerte del dicho secretario Juan de Escobedo, con apercibimiento que se le daría tormento de agua y cordeles á parecer de los dichos señores: y si de él muriese ó lesion de algun miembro le viniere, sea á su culpa y cargo, el cual dixo, que dice lo que dicho tiene, y que no tiene causas. Y luego, estando presente la escalera y aparejos del tormento, por el dicho Diego Ruiz le fueron al dicho Antonio Perez cruzados los brazos uno sobre otro, y le fué comenzada á dar una vuelta de cordel en ellos; el qual dió grandes voces diciendo: «que no habia de dezir nada y que habia de morir en la demanda y que no tenia que dezir sino morir» y dando grandes gritos dixo *hermano, que me matais*; lo cual dixo muchas veces y á esta sazón tenia quatro vueltas de cordel á los brazos, y todavía daba grandes voces quejándose y diciendo: *hermano, que me matais*, y habiéndole dado seis vueltas de cordel, fué tornado á apercibir por los dichos señores que declare lo que se le mande, y dando grandes gritos y voces dixo: «que no tenia que dezir é que le mancan el brazo: *vive Dios que estoy manco de un brazo y lo saben los médicos* y diciendo á voces, *Señor: Por amor de Dios que me matan y que me han mancado la mano, por Dios vivo*. Y tornó á dezir: *Señor Juan Gomez, Cristiano es v. m. Por amor de Dios, hermano, que me matais y que no tengo que dezir mas*. Fuéle tornado á dezir por los dichos señores que responda, y dixo mas de: *hermano mio, que me matas: señor Juan Gomez, acávenme de una vez... Déjenme, que cuanto quisieren diré. Por amor de Dios, hermano, que te apiades de mí*. Y luego dixo que lo quiten de como está y le den una ropa que él lo dirá: y teniendo ya ocho vueltas de cordel á los brazos, y habiendo comenzado á declarar lo que adelante se dirá, y mandando el dicho señor licenciado Juan Gomez que se saliese el berdugo fuera de la pieza donde se executaba el dicho tormento, quedando su merced y yo el presente escribano solos, le fueron quitadas las vueltas del cordel, que tenia á los brazos; y puesta una ropa, el dicho Antonio Perez dixo:»

(Aquí sigue la declaracion en que imputa á Escobedo los pasos y negociaciones que se seguian en favor del engrandecimiento de D. Juan de Austria, y en que demostró que el rey habia mandado egecutar la muerte.)

solo pensó en buscar los medios de su fuga para ponerle á salvo. Con este fin lo dispuso todo de tal suerte, que fuera de la villa el 19 de Abril de 1590 esperaba á Antonio Perez con briosos caballos su paisano y pariente Gil de Mesa en union de un genovés llamado Mayorini, mientras Perez disfrazado con un vestido y manto de su esposa, atravesaba á las nueve de la noche las calles de Madrid, saliendo sin ser conocido por entre los guardias á pesar de haber tropezado con una ronda. Al verle partir, Doña Juana volvió tranquila á su casa, pidiendo para el fugitivo la proteccion del cielo, y sin temer las iras del soberano, tranquila con el testimonio de su conciencia.

El enojo del rey no se hizo esperar: apenas se tuvo noticia al siguiente dia de la evasion, salieron fuertes requisitorias á las ciudades y villas aragonesas para que se entregara vivo ó muerto á Perez, y sin tener respeto siquiera á la solemnidad del dia, pues era Jueves Santo, prendióse nuevamente á los hijos y á la muger del perseguido secretario, á quienes se llevó á la cárcel en medio de las devotas procesiones que iban recorriendo las calles de Madrid.

Doña Juana sufrió con la noble resignacion que tanto la distinguia, aquel nuevo golpe, dando por bien empleados sus padecimientos, si á costa de ellos lograba salvar la vida de su esposo.

No es nuestro ánimo seguir las vicisitudes todas de los acontecimientos que subsiguieron, contentándonos con decir, que habiendo logrado al fin Antonio Perez refugiarse en Aragon, fué de nuevo preso y sometido al tribunal de la Inquisicion; que los aragoneses, con motivo de su defensa, resucitaron la célebre cuestion de sus antiguos fueros, entre el estruendo de la resistencia y de las armas; y por último, que libre otra vez, buscó asilo en Francia é Inglaterra, y acabó sus dias proscripto, maltratado de la suerte y procurando lavar las manchas de sangre que habian caido sobre su nombre, y gota á gota le corroian en lo mas vivo de la conciencia ¹.

Durante todos los años que mediaron desde aquella última prision

¹ Historia de Madrid ya citada.

de Doña Juana hasta la muerte de Felipe II, permaneció la noble matrona reclusa con sus hijos, como pudiera haberlo estado un criminal; y todo esto sin hacérsele cargos ni seguirle proceso, ni motivarlo de algun modo que siquiera tuviera apariencias de legal, en un tiempo en que hasta las arbitrariedades procuraban revestirse con fórmulas jurídicas.

La conciencia debía remorder á Felipe II por tan injusta y obstinada persecucion contra Doña Juana; y así fué, que segun un manuscrito coetáneo, poco antes de morir aquel monarca, mandó sacar un papel que conservaba debajo de su cabecera, en el que se leía entre otras cosas: «A la muger de Antonio Perez, con que se meta recogida en un monasterio, la podrán soltar y volverle la hacienda que le toca, y sus hijos hereden la parte della.»

La *clemencia* de aquel monarca hasta en los postreros momentos de su vida, se veía limitada por el influjo de sus rencores, reduciendo la restitution de los bienes que habian sido secuestrados á Antonio Perez á los que pudieran pertenecer á Doña Juana, y respecto á esta misma cambiando su reclusion del castillo en que estaba prisionera, á la impuesta clausura de un convento.

A pesar de lo que en el citado papel dejaba escrito *el prudente rey*, no debieron encontrarlo bastante en forma los ejecutores de su última voluntad, cuando despues de la muerte de aquel monarca, y con motivo de ir á celebrar sus bodas á Valencia Felipe III, mandó sacar á Doña Juana del castillo en que estaba recluida, pero haciéndola sufrir el cruel dolor de ver todavía prisioneros á sus siete hijos.

No era Doña Juana dama que perdonase medio algunos ni diligencia, que pudiese refluir en beneficio de los séres que amaba; y por eso apenas hubo recobrado su libertad, pasó á Madrid para suplicar y obtener la libertad de sus hijos. Por ventura acababa de morir el implacable y parcial juez de Antonio Perez, Rodrigo Vazquez de Arce, reemplazándole en la presidencia del cuerpo de Castilla el Conde de Miranda; y éste, dando por fin oidos á los clamores de la inocencia y de la justicia, abrió la prision de aquellos desgraciados.

El recuerdo de su muger y de sus hijos fué uno de los mas tristes pesares que en su destierro sufría Antonio Perez, y no pudiendo de otro modo demostrarles su cariño, suplicaba al tiempo de morir, á «su rey y señor natural que con su gran clemencia y piedad se acordase de los servicios hechos por su padre á la magestad del suyo y á la de su abuelo, para que por ellos á mi muger y hijos, huérfanos y desamparados, se les haga alguna merced, y que estos afligidos miserables no pierdan por haber acabado su padre en reinos extraños la gracia y favor que merecen los leales y fieles vasallos, á los cuales mando que vivan y mueran en la ley de tales.

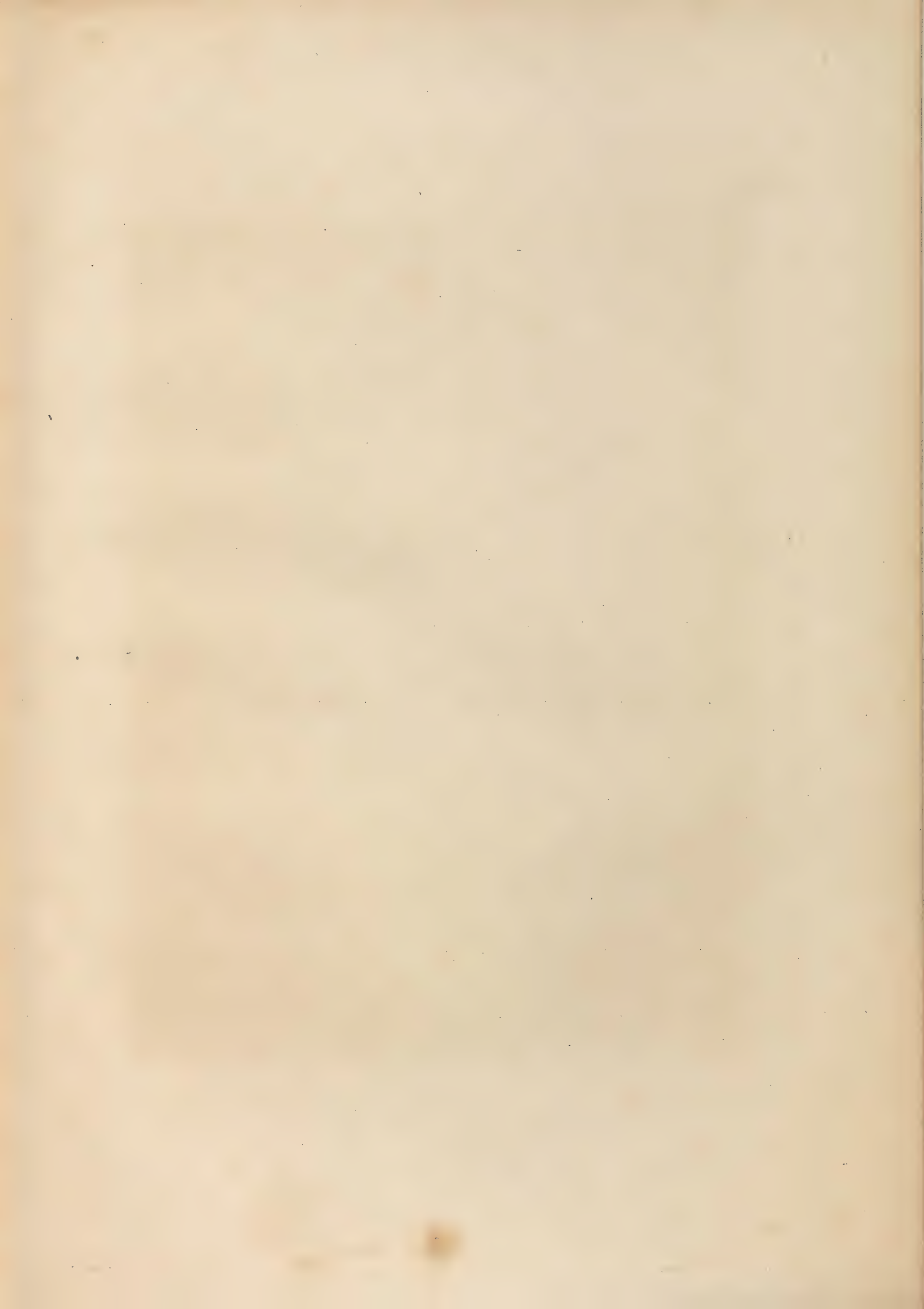
Muerto Antonio Perez, no por eso disminuyó el cariño y consideraciones que siempre le tuvo su esposa, pues atenta ésta no solo á vindicar su fortuna, sino, lo que es todavía mas importante, la buena fama del hombre á quien habia unido su destino, acudió en union de sus hijos al consejo de la Suprema, pidiendo se le permitiera defender la honra de su esposo, y admitida la súplica y presentada una larga defensa dividida en ciento setenta y un artículos, consiguió que en vista de ella la misma Inquisicion de Zaragoza pronunciara sentencia absolutoria, rehabilitando la buena fama y memoria de Antonio Perez, y declarando á sus hijos y descendientes hábiles para ejercer cualquier oficio honroso.

Despues de cumplir de este modo hasta el último extremo sus deberes de esposa y de madre, pasó Doña Juana el resto de sus dias entregada á una vida ejemplar y á rogar á Dios por el eterno descanso de Antonio Perez, con quien en breve fué á unirse en el sepulcro.

La memoria de Doña Juana Coello será siempre honrada por todos los buenos corazones, para quienes la desgracia tiene la triste simpatía del dolor; y por todos los que guarden como un sagrado tesoro el amor á las virtudes que fueron siempre noble distintivo de las matronas españolas ¹.

¹ Algun autor como sucede al señor Canseco, supone erróneamente, que Doña Juana murió en la prision. La ecsactitud de nuestro relato está comprobada con los documentos referentes á Antonio Perez ya citados, algunos de los cuales subsisten en la biblioteca de la academia de la Historia, y otros han visto la luz pública en la coleccion de documentos inéditos, y con las historias de Llorente, Salazar, Dávila, y Lafuente.







C. MUJICA dib.^o y lit.^o

Lit. N. Gonzalez, MADRID.

MUJERES CÉLEBRES.

MARIA PITA.

MARIA PITA.

Rotas las paces entre el Rey de España, Felipe II y la Reina Isabel de Inglaterra, por la divergencia de creencias religiosas y por la ambición de ambas monarcas, cuando aquella soberana aprestar poderosas escuadras que cruzasen el azule de la guerra al suelo español, y, que a las órdenes de su almirante, don Martín de Guzmán, las enviase a Galicia y asaltasen sus puertos y costas. Apenas tuvieron noticia los habitantes de la Piedad de la guerra, se prepararon a una desesperada resistencia. En primer lugar, se fortificaron las plazas de que podían disponer, fundó en la jurisdicción de la villa de Piedad sus preparativos de defensa. Edificóse una nueva fortaleza que protegiera la playa, se fortificó la villa en la parte de la torre y en las elevadas vigas que aviesan la proximidad de las armadas enemigas; y llegó por último el día en que las galeras del Marqués y el Almirante, con sus respectivos señores, llegaron a la villa de Piedad, en un día de gran serenidad fueron recibidos en la villa.

En 1 de Mayo de 1589:

El primer precursor del ataque comienza

En esta parte de la villa se fortificaron en la parte de la villa, se fortificó la villa en la parte de la torre y en las elevadas vigas que aviesan la proximidad de las armadas enemigas; y llegó por último el día en que las galeras del Marqués y el Almirante, con sus respectivos señores, llegaron a la villa de Piedad, en un día de gran serenidad fueron recibidos en la villa.

Algunos días después se fortificaron en la parte de la villa, se fortificó la villa en la parte de la torre y en las elevadas vigas que aviesan la proximidad de las armadas enemigas; y llegó por último el día en que las galeras del Marqués y el Almirante, con sus respectivos señores, llegaron a la villa de Piedad, en un día de gran serenidad fueron recibidos en la villa.



JOHN H. HARRIS

MARIA PIER

MARIA PITA.

I.

Rotas las paces entre el Rey de España, Felipe II y la Reina Isabel de Inglaterra, por la divergencia de creencias religiosas y por la ambición de ambos monarcas, mandó aquella soberana aprestar poderosas escuadras que trajesen el azote de la guerra al suelo español, y, que á las órdenes del almirante Drake embistiesen las costas de Galicia y asaltasen sus principales plazas. Apenas tuvieron noticia los habitantes de la Coruña de aquellos proyectos, aprestáronse á una desesperada resistencia, y aunque escasas las fuerzas de que podían disponer, fiados en la justicia de su causa, hicieron sus preparativos de defensa. Edificóse una nueva fortaleza que protegiera la *playa*; colocáronse cañones en la puerta de *la torre*; estableciéronse vigias que avisasen la proximidad de las escuadras extrangeras; y llegó por último el aciago día en que las atalayas del Monte y Cabo Priorio, encendieron grandes hogueras, en señal de estar cercanas fuerzas marítimas enemigas.

Amanecía el 4 de Mayo de 1589.

El bloqueo precursor del ataque comienza.

Los antiguos señores jurisdiccionales se aprestan á defender la capital del antiguo reino de Galicia; los labriegos se presentan en la ciudad, armados, para la defensa, de picas, chuzos y aun hoces; distribúyense armas y municiones; y una actividad desusada y triste reina por donde quiera en la atribulada Coruña: el asedio empieza.

Algunos dias despues las fuerzas sutiles de la escuadra habian

desembarcado en no lejanas playas, y entrado á sangre y fuego en la parte de la ciudad llamada *Pescaderia*, no sin haber antes mediado una heroica y vigorosísima defensa.

El fuerte de San Anton fué objeto de los ataques de la escuadra inglesa; pero rechazándolos victoriosamente, echó á pique algunos barcos. Atacada la plaza por otros puntos, aunque con igual éxito, tuvo lugar en aquella desesperada resistencia un hecho heroico, que dió merecida celebridad á la esforzada muger que lo llevó á cabo. Abierta la brecha, subia el enemigo por ella hasta lo mas alto del muro, llegando á pelear sitiadores y sitiados cuerpo á cuerpo. Conducida la enseña inglesa por un alferez, que animaba con la voz y el ejemplo á los suyos, cuando mas cerca se hallaba de tremolarla triunfante sobre el alto adarve, una muger que habia estado ayudando á los soldados y que acababa de ver morir víctima del acero inglés á su esposo, animada de varonil ardor, y despreciando la muerte, se arrojó sobre el alferez, cogió el asta de la bandera, y descargóle tan terrible golpe con una espada que le privó de la vida ¹.

La suerte del combate se decidió desde aquel momento. La bandera inglesa en manos de la esforzada heroína, fué la señal del triunfo para los coruñeses; esparcióse el terror entre los sitiadores; retiráronse de los aportillados muros; envió el almirante un parlamentario proponiendo la paz, que fué altivamente despedido; y convencidos los ingleses de la inutilidad de su esfuerzos, hiciéronse á la vela los buques extranjeros corriendo á ocultar la vergüenza del vencimiento á los puertos, de donde habian salido orgullosos, con la esperanza de fáciles victorias.

La celebre coruñesa, que con su arrojo y esfuerzo decidió la contienda, llamábase *Mayor de la Cámara y Pita*, viuda de Gregorio Rocamunde, sin que á pesar de ser conocido su nombre haya pasado con él á la posteridad, sino con el mas popular de María.

¹ En un manuscrito de mediados del siglo xvii, titulado «Compendio historial de nuestro patron Santiago y de algunos santos varones y matronas ilustres del Reyno de Galicia, compendiado de varios autores por el P. Fray Pedro de Santa María del orden de Predicadores,» se halla la siguiente curiosa noticia, acerca de nuestra heroína. «Y María Pita en la Coruña, ayudó... á defender la ciudad contra el Drake inglés. Yo la ayudé á enterrar; gigantona y nariz corva.»—Existe este manuscrito en poder de un vecino de Santiago.

II.

Algunos artistas siguiendo la narracion de ciertos escritores , han solido representar á María Pita, armada de coraza, casco y lanza; lo cual no tiene en su apoyo dato alguno, como tampoco que en recuerdo de su accion todos los años durante su vida, al pasar la procesion del Corpus por delante de su casa, se asomase y pusiera en una de sus ventanas, armada, segun hemos dicho, y con una bandera en la mano: narraciones son todas estas hijas del entusiasmo nacional, que mientras no encuentren confirmacion en dato fidedigno, no pueden admitirse por la severa historia.

Felipe II premió el valor de María Pita, dándole por los dias de su vida, grado y sueldo de alférez, que Felipe III perpetuó en sus descendientes.

No tenemos mas datos acerca de la vida de aquella ilustre española; pero su heróica accion basta para inmortalizarla.

Como complemento de estos apuntes, concluiremos repitiendo las palabras del erudito Feijóo acerca de esta mujer célebre.

«María Pita, heroína gallega, que en el sitio puesto por los ingleses á la Coruña el año 1589, estando ya los enemigos alojados en la brecha y la guarnicion dispuesta á capitular, después que con ardiente aunque vulgar facundia exprobo á los nuestros su cobardía, arrancando espada y rodela de las manos de un soldado y clamando que quien tuviera honra la siguiese, encendida en corage se arrojó á la brecha, de cuyo fuego marcial saltando chispas á los corazones de los soldados y vecinos, que prendieron en la pólvora del honor, con tanto ímpetu cerraron todos sobre los enemigos que con la muerte de mil quinientos les obligaron á levantar el sitio.»



CELEBRIDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS DEL SIGLO XVI.

DOÑA ISABEL SANCHEZ COELLO.

Hija del célebre pintor Alonso Sanchez Coello, cultivó Doña Isabel la pintura, con tanto éxito, que, segun el testimonio del bachiller Juan Perez de Moya ¹, fué de los mas hábiles artistas que en su tiempo hubo en España. Habia nacido en Madrid en 1564 y educada por su madre Doña Luisa Reynalte, fué bien pronto tan distinguida por su aprovechamiento, que acompañó á los infantes de Castilla, siendo niña, en los juegos propios de su edad, como el mejor ejemplo que pudiera presentárseles.

Aprendió el dibujo y los preceptos del arte con su padre, siendo tanto el mérito de sus obras, principalmente en los retratos, que por su correccion, buen colorido y belleza de estilo, alcanzó tan justa fama que pasó á la posteridad, á pesar de la que á su padre y maestro habian conquistado sus obras imperecederas.

Casada con D. Francisco de Herrero y Saavedra, caballero de Santiago y regidor de Madrid, quedó viuda en 1602, bajo la proteccion de un hijo á quien tambien tuvo la satisfaccion de ver cruzado con el mismo hábito de Santiago.

El talento artístico de Doña Isabel reflejábase igualmente en la

¹ Libro titulado *Santas é ilustres mugeres*.

música, tocando con perfeccion varios instrumentos; y jóven todavía dignamente apreciada por sus contemporáneos, murió en Madrid á los cuarenta y ocho años de edad el dia 6 de Febrero de 1612, siendo sepultada en la capilla de la parroquia de San Juan perteneciente á su esposo, y donde tambien éste dormia su último sueño.

Derribada hasta en sus cimientos aquella antigua parroquia madrileña, imposible es saber donde se encuentran los restos de la célebre pintora, que fué uno de los mejores ornatos de la corte de Felipe III.

CATALINA BADAJOZ.

Entre las célebres españolas que en el siglo xvi sostuvieron dignamente el lustre de las letras patrias, sobresalieron varias damas y entre ellas Catalina Badajoz, con cuyo nombre encabezamos estas lineas. Desgraciadamente son muy escasas las noticias biográficas que de ella se han conservado, limitadas á la gran fama que adquirió por sus talentos y su gusto por la poesía, y á la época de su muerte acaecida en 1553.

DOÑA ISABEL DE CÓRDOBA.

No menor renombre alcanzó Doña Isabel de Córdoba por sus grandes talentos, mereciendo que Mr. Thomas en su *Historia de las Mugeres* haga de ella honrosísima mencion, afirmando que fué muy entendida no solo en los estudios científicos, sino tambien en los

de lengüística, sobresaliendo en el conocimiento de los idiomas latino, griego y hebreo.

Tan bella como ilustrada, y tan ilustrada como virtuosa, sus talentos y estudios la hicieron merecedora del título de Doctor en filosofía y teología, y la justa fama que sus relevantes méritos la conquistaron, ha trasmitido su nombre á la posteridad.

CECILIA MONILLAS.

No menos célebre que las anteriores fué en el siglo XVI esta distinguida española, natural de Salamanca, y tan docta en las lenguas latina, griega, italiana y francesa, así como en la filosofía y la teología escolástica y espositiva, que tenía cátedra pública de todas ellas, y la fama que sus discípulos la dieron, hizo que Felipe II la llamase para encargarla de la educación de sus hijas.—Nuestra sabia salmantina, lejos de considerar como una honra suprema aquella distinción, la renunció por dedicarse exclusivamente á la enseñanza de sus hijos, y á aumentar con el estudio el rico caudal de sus conocimientos.

Notable rasgo, que honra el nombre de la sabia y de la madre, y que ni en aquella ni en otras edades ha tenido imitadores.

Por desgracia no han pasado á la posteridad mayores noticias acerca de la vida de tan célebre española.

DOÑA JUANA MORELLA.

Aunque no con la extension que seria de desear , tenemos mas datos biográficos de esta célebre literata que de la anterior. Nacida en Barcelona , el año 1594 , tuvo bien pronto que abandonar su patria para seguir á su padre, que á consecuencia de un homicidio que se le atribuyó, pasó á Francia, estableciéndose en Lyon. Dedicada la tierna niña al estudio , hizo tan rápidos progresos, que apenas contaba doce años de edad , cuando defendió *conclusiones* de Filosofía, que dedicó á la Reina Doña Mariana de Austria. Diez y siete años tenia y ya sostuvo públicas discusiones en el colegio de los jesuitas , admirando á estos religiosos , tan doctos en lenguas sabias, con los vastos conocimientos que poseia en catorce idiomas. La actividad de su poderosa inteligencia , extendiase ademas á la Filosofía , Teología , Jurisprudencia y Música; y vivió siendo la admiracion de sus contemporáneos , que acudian á escucharla de diversos paises, hasta que cansada de su misma gloria , que no satisfacía la aspiracion á lo infinito que sostiene al genio en su peregrinacion sobre la tierra , tomó el velo de religiosa en el convento de dominicas de Santa Práxedes de Aviñon, donde murió.

CELEBRIDADES VARIAS DEL SIGLO XVII.

JUANA INÉS DE LA CRUZ.

En el año de 1614 nació en Méjico esta célebre española, á la que con razon califica un escritor contemporáneo, como una de las mugeres que han honrado verdaderamente el Parnaso español. Educada por un sabio y virtuoso sacerdote, hermano de su madre, á los diez y seis años de edad no solo habia estudiado la lengua latina, la retórica, y la filosofia, sino que le eran familiares las obras de los mejores poetas de la antigüedad y de su época, sosteniendo en algunos de ellos ventajosa competencia las poesias de la inspirada mejicana. De carácter tan dulce y amable, como de agudo ingenio, sólida instruccion y perfecta hermosura, brillaba en la capital de aquel antiguo imperio, con merecido renombre, y los mas apuestos galanes de la ciudad disputábanse la suerte de unir su destino con el de Doña Juana. Uno entre ellos logró ver correspondida su pasion, con toda la ternura y elevacion de sentimiento, que solo conciben las grandes almas; pero, como si la Providencia llamase á la hermosa literata por distinto camino, en el momento en que una feliz union iba á colmar las aspiraciones de ambos amantes, improvisada muerte cortó la vida del apuesto caballero.

Privada del único ser á quien podia amar, buscó alivio á su profunda pena en el estudio de las ciencias, sobresaliendo bien pronto en

el de las matemáticas y la historia; pero no consiguiendo el deseado consuelo, pensó en retirarse á la soledad del claustro, para dedicarse exclusivamente á la oracion. El tierno amor que profesaba á sus padres, hizo que dilatase la realizacion de este deseo hasta despues de la muerte de los autores de sus dias, á quienes no queria abandonar; pero habiendo quedado huérfana en 1668, distribuyó la mayor parte de sus bienes entre los pobres, y dedicando el resto para su dote, tomó el velo de las esposas del Señor en un monasterio del órden de San Gerónimo donde terminó sus dias, completamente entregada á religiosas prácticas, y alguna vez al cultivo de las letras. Sin embargo de su estremada modestia, y de su constante deseo de vivir completamente oscurecida, era tal su fama «que todos los vireyes que iban á Méjico, querian conocerla, la consultaban muchas veces sobre asuntos graves, y á pesar de su apego á la soledad se veia algunas veces precisada á presentarse en el locutorio para recibir las visitas del virey, del arzobispo y de los principales personajes de la ciudad. Por dos veces el voto unánime de las monjas sus compañeras la nombraron abadesa, y dos veces con su humildad rehusó admitir este cargo ¹.»

La célebre monja de Méjico cultivó con buen éxito todos los géneros de poesía heroica, y sobresalió particularmente en los *sonetos* y *sestillas*. Sus composiciones están divididas en sagradas y profanas, y es de notar que entre las últimas no se halla una sola que sea amorosa: en todas sin embargo se encuentra espontaneidad, energía mucha sensibilidad y gracia; en todas se revela el verdadero estro poético y una sólida instruccion ². ¡Ojalá siempre se hubiera abandonado á las aspiraciones de su propio génio, y no hubiera pretendido seguir la alambicada forma gongorina, *que desgraciadamente imitó muy bien!* Pero este defecto, mas que de Juana de la Cruz, era de la época, pues los mejores y mas claros ingenios de la corte no pudieron librarse de la perniciosa influencia.

¹ Dictionario historico.

² Diaz Canseco.

En 22 de Enero de 1695 terminó su vida aquella célebre española, habiéndola auxiliado en sus últimos momentos el mismo Arzobispo de Méjico, y asistiendo á su funeral el virey con toda su córte, y crecido número de habitantes de la capital y hasta de poblaciones distantes del antiguo imperio megicano que acudieron á pagar el último tributo de su admiracion á la inspirada poetisa.

Publicáronse sus obras en Madrid en 1670 formando un abultado volúmen con el título de *Poesias de la madre Juana Inés de la Cruz*, y posteriormente se han hecho otras varias ediciones, mereciendo siempre la reputada escritora, elogios unánimes de propios y estraños.

CATALINA DE JESUS.

Celebridad, aunque poco envidiable, alcanzó tambien á principios del siglo xvii, otra muger española, con cuyo nombre encabezamos estas líneas. Extendíase por aquel tiempo en algunas poblaciones de Andalucía, haciendo cada vez nuevos prosélitos, una especie de secta, que tomaba el nombre de los *alumbrados* ó *iluminados*, porque pretendian sus adeptos que el Espíritu Santo les iluminaba en todas sus acciones. Con religiosas prácticas daban cada dia mayor aspecto de virtuosa y mística asociacion, á lo que solo era fecundo manantial de pecados, y al frente de ella, edificando á los incautos, y ofendiendo á la verdadera religion, hallábase la beata Catalina de Jesús, y un clérigo natural de Tenerife, llamado Juan de Villalpando.

Descubierto el engaño, la célebre beata encontró medio de librase de las hogueras del *Santo* Oficio abjurando de sus errores, y procuró enmendarlos viviendo con el mayor recogimiento, y separada

de cuanto pudiese recordar su grave delito; pero toda la ejemplaridad de su vida no fué suficiente para evitar, que su nombre y su recuerdo pasasen á la posteridad como elocuente aviso á los espíritus débiles, que les prevenga contra el pérfido engaño de osados embaucadores.

CATALINA DE BRAGANZA Ó DE PORTUGAL.

Hija de Juan IV y de Leonor de Guzman, nació Doña Catalina en 1638, siendo su padre todavía Duque de Braganza, y aun cuando mediaron algunos tratos para su enlace con el Rey de Francia Luis XIV, no llegaron á formalizarse, ciñendo mas tarde nuestra célebre portuguesa la corona de Inglaterra, por su matrimonio con Carlos II en 1661. Dotada de grandes talentos y virtudes, no pudo conseguir, á pesar de ello, fijar el corazon de su real esposo, que al solicitar aquella union, habia buscado únicamente el rico dote de la desposada, y lo que en un principio fué solo indiferencia, trocóse bien pronto para Doña Catalina en abierta contrariedad y enconada persecucion. Llegó á tanto el incalificable proceder del monarca inglés, que para perderla completamente, y poder de este modo tener pretexto para separarse de ella apoderándose del dote, hizo que en 1678 bajo la vendida fe de indignos testigos se la acusara de complicidad en las maquinaciones que, se dice, urdian los católicos en Inglaterra por aquel tiempo en contra del gobierno del Rey; y mas dócil la cámara de los comunes, de lo que á su dignidad é independencia convenia, no tuvo reparo en dar fuerza á tan injusta acusacion, enviando para ello un mensaje al monarca.

Con esto se creyó segura la pérdida de la Reina; pero la cámara de los pares, dando notable ejemplo de firmeza y justicia, convencida

de la inocencia de la acusada, rechazó enérgicamente tan indigna impostura.

Muerto Carlos II, retiróse Doña Catalina á Portugal, sin embargo de las altas consideraciones que la dispensaba Jacobo II; y como el monarca lusitano estuviese completamente inutilizado para el difícil cargo de la gobernacion de sus estados, á consecuencia de una terrible melancolía que le devoraba, tratóse de nombrar regente, y la fama de las virtudes y relevantes dotes de la infanta portuguesa, decidieron en su favor la eleccion.

Apenas recogió con mano fuerte las abandonadas riendas del Estado, Portugal empezó á prosperar, consiguiendo victorias el ejército, convenientemente atendido y dispuesto, y desarrollándose las artes y la industria, por las prudentes y acertadas disposiciones de la Regente.

Verdadero dia de duelo fué para Portugal, el en que hizo la renuncia irrevocable de este difícil puesto, acaso con demasiada ligereza, por desavenencias ocurridas en el Consejo con su primo el Príncipe del Brasil; y todavía se repite con verdaderas alabanzas en el vecino reino el nombre de Catalina de Braganza, cómo repetirán siempre los de sus bienhechores los pueblos agradecidos.

Murió esta célebre portuguesa á los sesenta y ocho años de edad, dejando al Rey su hermano cuantiosos recursos en las arcas del tesoro, producto de sus acertadas medidas, para atender al engrandecimiento de su país.

LA DUQUESA DE BEJAR, D.^a TERESA SARMIENTO.

A mediados del siglo xvii vivia en Madrid esta célebre dama, honra de la aristocracia española, que comprendiendo toda la gran-

deza del arte , ilustró su nombre y los blasones de su casa , con las obras que recibieron vida de su pincel. Escasísimas noticias tenemos de su vida ; pero su celebridad fué tanta , que alabada por sus contemporáneos ha llegado su nombre hasta nosotros, escribiendo acerca de ella el célebre Cean Bermudez las siguientes palabras. «Corresponde á la clase de aficionada y aun de profesora , por el acierto con que ejerció la pintura. Palomino dice , que le mostró una cabeza de Nuestra Señora del Auxilio , que habia pintado en vidrio con sumo primor , y D. José García Hidalgo asegura , que se veneraban en los altares de las iglesias de Madrid cuadros de su mano.»

DOÑA LUISA ROLDAN.

Esta célebre escultora , hija del famoso Pedro Roldan , que tan dignamente ejercia el arte de Fidias en la hermosa ciudad del Guadalquivir , nació en Sevilla el año de 1656 , y educada en las buenas máximas del arte por su padre , y dotada de grandes talentos , adelantó rápidamente en el estudio de tal modo , que muy pronto , puede asegurarse que su merecida reputacion elevóse á la misma altura que la de su padre , para oscurecerla acaso algun dia.

Refiere á este propósito el ya citado autor del *Diccionario de los profesores de las bellas artes*, una anécdota , que no creemos ocioso reproducir : «Es muy digno de saberse , escribe , lo que sucedió con una estatua de San Fernando , algo mayor que el tamaño del natural , que Pedro Roldan habia trabajado para el cabildo de aquella catedral , la misma que se coloca en el altar mayor el día de la festividad del santo. Habiéndola presentado concluida á los capitulares encargados de la obra , no la quisieron recibir porque no les

agradaba; y como hubiese vuelto á su casa muy cabizbajo, pues jamas le habia sucedido igual desaire, la hija, que supo el motivo, mandó traer la estatua á su casa, y aserrarla por las ingles, con lo que dió un poco de movimiento al cuerpo, y habiendo hecho lo mismo con la cabeza, quedó tan airosa la figura, que los canónigos la recibieron muy contentos, creyendo que era otra distinta. Esto prueba el talento y la viveza de esta escultora y cuan bien entendia las reglas y la gracia, que de ellas procede en el arte... Ayudaba á su padre en las obras de mayor importancia, quien consultaba con ella sus trazas y modelos.

Bien pronto la fama de su indisputable mérito llegó á la corte, y como estuviese cerca del Rey en calidad de empleado palaciego Don Cristóbal de Antañon, gran aficionado al arte y protector de los artistas, llamó á la ya célebre escultora sevillana, presentándola al Rey, con alguna de sus obras. Encargóle Carlos II, ó mejor el Antañon, una estatua de San Miguel con destino al Monasterio del Escorial; y fué tanta la perfeccion que supo dar á su obra, que á pesar de la emulacion, que por desgracia la mayor parte de las veces agita á los artistas, no hubo mas que alabanzas en todos ellos para la escultura, inspirando á D. Isidoro de Búrgos y Mantilla el conocido romance que empieza:

Fatigas de los cinceles
diestramente á un leño infunden
que al ser humano compite
con sacras similitudes.

Nombrada escultora de cámara en 21 de Junio de 1695, con el sueldo de 100 ducados anuales, pagaderos desde el mismo dia que llegó de Sevilla, estaba terminando otra estatua de Jesus Nazareno, tambien de tamaño natural, que el Rey le habia encargado para el convento de San Diego de Alcalá de Henares, cuando falleció el monarca, quedando la obra olvidada en poder de Doña Luisa, á consecuencia de las novedades ocurridas por entonces en palacio. Solicitada despues por varias personas y comunidades religiosas, fué adquirida

por el monasterio de monjas de la villa de Sisante en la Mancha, donde se conservaba últimamente.

Despues de una vida consagrada al arte, falleció Doña Luisa en Madrid el año de 1704, produciendo su muerte un duelo general en todos los que habian tenido la fortuna de admirar sus obras.

De estas, y como elocuentes testimonios de su merecida celebridad, consérvanse las siguientes.

En MADRID.—*Real Palacio*. Grupo de barro, que se conservaba en el guarda joyas, representando á Santa Ana, dando leccion á la Virgen, acompañadas de unos ángeles. IDEM. *Recoletos*. Una cabeza de San Felipe Neri, tamaño natural, y una Virgen del Cármén pequeña, entregando el escapulario á San Simon Stok: encuéntranse ambas obras en el camarín de la Virgen.—ESCORIAL. La célebre estatua de San Miguel que se conserva en la sacristia del coro, ó sala de capas.—CARTUJA DEL PAULAR. Dos nacimientos del Señor con figuras pequeñas, colocados en el Sagrario en las capillitas de la Concepcion y San Nicolas.—SEVILLA; *Santo Tomas*. Un niño en la Iglesia.—ID.; *Monte Sion*. El Angel y las medallas del paso de la oracion del huerto.—ID.; *San Bernardo*, parroquia. Las estatuitas de la fè, San Miguel, San Agustin y Santo Tomás en el Tabernáculo.—ID.; *San Agustin*. Un niño Jesús en el altar del juicio universal.—CADIZ; *Casa de espósitos*. El grupo de la Magdalena sostenida por un ángel.—SISANTE; monjas franciscas descalzas. El Jesús Nazareno que hemos mencionado.

De todas estas obras, que existian al escribir su curioso libro el ya citado señor Cean Bermudez, algunas deben haber desaparecido.

MARIA, HEROINA PORTUGUESA.

Uno de los nombres que mas gloriosos recuerdos despiertan en el vecino reino lusitano, es el de la isla Goa, en la llamada India portuguesa. Sino fuese bastante para perpetuarlo el memorable cerco de 1570¹, la heroica accion de la valerosa muger, cuyo nombre va al frente de estos apuntes, justificaria su merecida celebridad.

Corria el año de 1683, y Sambaji rajah de Bedjapur en las Indias orientales, desembarcó en la isla de Goa, poniendo tan apretado cerco á la poblacion que allí tenian los portugueses, que hubo mas de un momento en que sus valientes defensores estuvieron á punto de entregarla á las llamas primero que rendirse. Antes, sin embargo, de recurrir á tan desesperado extremo, intentaron una salida contra los sitiadores; y empeñado el combate, permaneció indecisa la victoria, hasta que una muger arrojándose en lo mas recio de la pelea sobre los reductos enemigos, logró forzarlos sembrando en torno de ella la muerte y el terror. Con tan heroico ejemplo cobraron los portugueses nuevos brios, y acobardados los sitiadores, fiaron á la fuga su salvacion, corriendo á embarcarse y dejando abandonado el sitio.

La fama de la esforzada portuguesa llegó bien pronto al continente, y en premio de su hazaña obtuvo la paga y grado de capitán, alcanzando así por el valor de su brazo la misma categoría que el ingrato por cuyo amor habia atravesado los mares, lanzándose á aquella vida

¹ Acerca de este sitio, puede consultarse la curiosa y rarísima obra titulada: "COMENTARIO DO CERCO DE GOA É CHAUY, NO ANO DE MDLXX VISOREY DOM LUIS DN ATAIDE: scripto por Antonio de Castilho, Guardo mór da Torre do Tombo, por mandado del Rey noso Senhor.—Em Lixboa MDLXXIII. Impreso em casa de Antonio Gonsalvez.

tan impropia de su sexo y de su estado. Era hija de una noble familia portuguesa, y amaba á un caballero que la dió palabra de esposo, abandonándola despues sin motivo alguno. Para librarse de sus justas reconvenciones, pasó el amante á las Indias con el grado de capitán; y María, no escuchando mas voz que la de su justo enojo, vistióse de hombre, ciñó la espada y embarcóse en busca de su infiel amante. Supo que estaba en Goa, y allí se dirigió animada siempre del deseo de la venganza; y como en este tiempo tuviese lugar el cerco de la poblacion por Sambaji, demostró con tal motivo su esfuerzo de heroína la burlada amante.

Bien pronto encontró al caballero á quien amaba, y dejándose llevar, mas de sus varoniles instintos, que de su amor, le desafió á pistola y á espada, duelo que al fin no llegó á verificarse, porque el amante encontró mas grato unirse en matrimonio con María, que exponerse á recibir la muerte en aquel combate singular, ó á darla á una muger á quien habia amado, y que por seguirle expuso tantas veces su vida.

No nos dice la historia, si despues de su enlace, continuó la heroína de Goa demostrando sus marciales brios, pues apenas vuelve á hacerse mencion de esta muger verdaderamente heróica, en los anales portugueses.

DOÑA MARÍA DE ZAYAS.

«O dulces Hipocrénides hermosas,
Los espinos Pangeos
Aprisa desnudad, y de las rosas
Tejed ricas guirnaldas y trofeos
A la inmortal Doña María de Zayas;
Que sin pasar á Lesbos ni á las playas
Del vasto mar Egeo,
Que hoy llora el negro velo de Teseo,
A Safo gozará Mitilenea,
Quien ver milagros de muger desea:
Porque su ingenio vivamente claro,
Es tan único y raro,
Que ella sola pudiera
No solo pretender la verde rama
Pero sola ser sol de tu ribera;
Y tú por ella conseguir mas fama,
Que Nápoles por Claudia, por Cornelio,
La sacra Roma, y Tebas por Targelia.»

Con tanto encarecimiento menciona el *fenix de los ingenios* españoles, Lope de Vega, en su *Laurel de Apolo*, á la célebre madrileña, que en el siglo xvii, fué una de las mas apreciadas damas de la Corte por sus talentos y erudicion, y que ha dejado á la posteridad obras notables, que han justificado su renombre, mereciendo ser traducidas al francés por distinguidos literatos, y procurando otros, aunque en vano, imitarlas, como sucedió á Scarron.

Y sin embargo de tan merecida fama, los libros de esta célebre

poetisa y sus obras es lo único que conocemos de su historia. Ni siquiera se tiene conocimiento del año de su nacimiento ni de el de su muerte, ni de circunstancia alguna de su vida. Solo se cree, fué hija de D. Fernando de Zayas, capitan de infantería y caballero del hábito de Santiago, mencionándola algun historiador de Madrid entre los hijos célebres de la Villa y Corte. Con razon se quejan escritores patrios y extrangeros del olvido en que los biógrafos han dejado cuantos hechos pudieran referirse á esta ilustre española; pero nosotros mismos, que hemos procurado adquirir con la mayor diligencia datos biográficos de Doña María, hemos visto tambien defraudados nuestros deseos.

Las obras que se conservan de la célebre poetisa son:

Novelas amorosas y egemplares: Madrid, 1634, y 1637; Zaragoza 1638, en 8.º.

Novelas y saraos. Madrid, 1647, en 8.º.

Todas ellas se han reimpresso con repeticion, y han sido traducidas al francés por Mr. d'Ouville.—Paris, 1680, 5 tomos en 12.º — Compuso tambien otros varios *papeles y comedias*, cuyos títulos son hoy desconocidos, y un *Epigrama* en la muerte de Lope de Vega.

LA DUQUESA DE HUESCAR Y DE ARCOS

DOÑA MARIANA SILVA BAZAN Y SARMIENTO.

Digna compañera de la duquesa de Béjar y acaso enlazada á ella con los lazos del parentesco, floreció en Madrid esta célebre española, tambien á mediados del siglo XVIII. Habia nacido en la misma villa el año de 1740, y tanto fué su amor al arte y los rápidos progresos que en él hizo, que la Academia de San Fernando en sesion de 20 de Julio de 1766 la nombró académica y directora honoraria en pintura, «con voz, voto y asiento preeminente en todas las juntas á que gustase asistir.» La misma corporacion apreciando los talentos de la Duquesa, llenó con su nombre en 1770 un diploma en blanco de socio libre honorario, que la Academia imperial de artes de San Petersburgo habia enviado á la de San Fernando en prueba de amistad y aprecio, para la persona que la ilustre corporacion española creyese digna de tan elevada distincion.

Y no solamente alcanzó la duquesa alto renombre como pintora, sino que ademas le dieron merecida reputacion, su facilidad como poetisa, y sus conocimientos literarios, habiendo hecho acertadas traducciones de algunas tragedias y otras obras francesas, uniendo á tantas y tan relevantes dotes del ingenio los encantos naturales de la hermosura, y una afabilidad de carácter que le atraian el aprecio de cuantos la conocian. Pero cuando mayores esperanzas ofrecian sus talentos, murió en el año de 1784.

DOÑA MARIA PRIETO.

Malograda en la flor de su edad esta célebre artista, dejó sin embargo en su rápido paso por la tierra obras que le grangearon merecida reputacion, y que demuestran que la muger española ha sobresalido en todas las esferas del arte y de la ciencia. Hija del célebre grabador en hueco D. Tomás Francisco Prieto, nació en Madrid el año 1753, y desde muy niña demostró su grande aficion al dibujo, haciendo en él rápidos progresos. Apenas contaba diez y seis años, cuando presentó á la Academia unos diseños, por cuyo relevante mérito fué nombrada académica de mérito de la Real de San Fernando; y comenzando despues á grabar láminas, fué tanta la inteligencia que demostró en esta manifestacion del arte, que bien pronto sus obras se colocaron al lado de las de los grandes maestros. Desgraciadamente la muerte vino á cortar las grandes esperanzas que habia hecho concebir á los amantes del arte aquella inteligencia privilegiada, cuando apenas contaba 19 años la célebre grabadora.

Sus escasas obras al agua fuerte son muy buscadas y tenidas en la gran estima á que las hizo acreedoras el génio de la célebre artista madrileña.





Lit de J. Donon Madrid.

MUJERES CÉLEBRES.

LA DOCTORA GUZMAN Y LA CERDA.

(Tomado de un retrato que se conserva en la Universidad de Madrid.)



ALICIA GUZMAN

LA DOCTORA GUZMAN

1880

DOÑA MARIA ISIDRA GUZMAN Y LA CERDA.

I.

Alegre muchedumbre de vecinos y estudiantes de la antigua y renombrada Alcalá de Henares, agolpábase fuera de las puertas de la ciudad por el camino de Madrid, repitiendo entusiastas vítores al eco de acordadas músicas, en la noche del 3 de Junio del año de gracia de 1785. En el palacio episcopal notábase tambien desusada animacion, y por todas partes la misma entusiasta impaciencia. Algun acontecimiento inesperado debia tener lugar dentro de la célebre *Compluto*, y personage de gran importancia habia de ser el esperado, á juzgar por los preparativos que se hacian para recibirle. Músicas, iluminacion, el claustro de la Universidad reunido en el palacio, todo dejaba presumir la importancia del acto que se preparaba y del personage esperado.

Y sin embargo de tanta animacion y tales demostraciones de alegria, no aguardan los habitantes de Alcalá á personage alguno de los que llenan el mundo con la fama de sus hazañas, cimentando su gloria en ruinas y sangre: no esperan tampoco á elevados funcionarios, engreidos con la posicion que les dió la fortuna: mas modesto y mas grande es el triunfo que se prepara; mas dignas de la gratitud de la humanidad, las humildes aspiraciones de la que se acerca á la universidad complutense á obtener el merecido premio. El triunfo es de la ciencia: la que va á recibir su laurel sagrado, una muger, casi una

niña, pues apenas vistieron las flores diez y siete veces sus galas primaverales, desde que vió la primera luz en Madrid el 21 de Octubre de 1768.

D. Diego Guzman Ladron de Guevara, Conde de Oñate y Doña María Isidra de la Cerda, Condesa de Paredes, fueron los padres de aquella maravillosa niña, mas privilegiada por las dotes de su clarísimo ingenio que por la elevacion de su cuna, con ser esta tan esclarecida. Cultivada la precoz inteligencia de María con acertado celo por su maestro D. Antonio de Almarza, y uniendo á un talento de privilegio una aplicacion incansable, bien pronto la noble discípula hizo rápidos progresos en el estudio de las lenguas vivas y muertas, las bellas artes, la filosofía, y la teología; y tanto, que teniendo noticia de sus adelantos y vastísimos conocimientos otra muger, escritora piadosa de gran uncion y estudio, la monja Doña Luisa Manriquez de Lara, solicitó del monarca español la autorizacion necesaria para que Doña María fuese laureada, como Arias Montano y otros célebres escritores lo habian sido en la Universidad de Alcalá.

Ocupaba el trono Cárlos III, y cón esto dicho está, que semejante solicitud habia de ser atendida; y asi fué que despues de tomar los informes necesarios, expidió una real órden dada en Aranjuez á 20 de Abril de 1785, en la que dispuso se confiriesen á Doña María los grados de Doctor en filosofía y letras humanas, si los jueces de sus exámenes la conceptuaban acreedora á tan alta distincion, pues habian de ser concedidos los grados previos los ejercicios correspondientes; autorizando por otra real órden de 7 de Mayo al claustro de aquella Universidad, para que caso de conceptuar acreedora á Doña María á recibir la investidura de dichos grados, variase el ceremonial con arreglo á lo que exigia el sexo y circunstancias de la agraciada.

A sufrir pues las difíciles pruebas de su suficiencia, dirigíase la hermosa y modesta jóven desde Madrid á Alcalá, y por eso alegre muchedumbre de estudiantes y vecinos de la ciudad, salen alborozados á recibirla con animado regocijo. El palacio episcopal le sirvió de morada, y el claustro en corporacion estuvo á visitarla dándole la

bienvenida, en nombre de todos, el consiliario del Estudio Lopez de Salazar.

En la mañana del 4 vuelve la Universidad en corporacion á dar puntos á la jóven graduanda, para el ejercicio académico, y habiendo escogido entre los que designó la suerte la conclusion de Aristóteles de que *anima hominis est spiritualis* (cap. III del lib. 2 de *Anima*) retiróse durante las veinte y cuatro horas de *los puntos*, para prepararse al riguroso ejercicio del siguiente dia.—El ansiado momento llega al fin: terminado el corto plazo concedido para la preparacion, se dirige en coche á la Universidad la noble jóven, acompañada de sus padres, del cancelario, y rector, y precedida de los bedeles. El claustro entero ó *pleno*, segun el language académico de la época, y lo mas escogido de la aristocrácia de la sangre y de la ciencia, ocupan la iglesia de la Universidad ó *paraninfo*, donde estas solemnidades tenian lugar. Los melodiosos acentos de la música conmueven dulcemente el corazon al aproximarse la futura doctora, que entra en el espacioso local, con toda la modestia propia de su verdadero mérito, pero sin que la concurrencia y lo grave del acto la turben ni suspendan.

Los ecos de la música cesan: empieza el acto, y la ilustre niña, pues este nombre pudiera dársela, demuestra con claridad y elocuencia la conclusion de Aristóteles, llenando de admiracion y sorpresa á cuantos la escuchan. Los catedráticos de *prima* Martinez Alonso, Fray Tomás de San Vicente, y Fray Rodriguez del Cerro, esfuerzan argumentos para probar la solidez y talentos de la jóven, y á todos responde victoriosamente. El exámen de preguntas recorre despues los estudios graves y profundos de la filosofia: la linguística, la retórica, la metafísica, la historia de animales y plantas, la ética, la teología, la mitología, la geografia, la astronomía y la física general y particular, ocupan durante hora y media el razonamiento científico del ejercicio. Los examinadores Fray Gaspar, Fray Lopez, Doctor Pastor, Fray Velasco, Doctor Valverde, Doctor Peñuelas de Zamora y Doctor Cañavate, reconocen la sólida instruccion y claro ingenio de

la jóven erudita, y despues de tantas y tan repetidas pruebas de sus talentos é instruccion, examinadores y claustrales, concurso y público, la aclaman doctora llenos de entusiasmo, entre los acordes de la música y los vítores de la multitud. — Momento solemne é indescriptible, que solo pueden apreciar y comprender, los que despreciando los mentidos aparatos y efimeros triunfos de la vanidad y de las falsas pompas, viven solo en el mundo de la inteligencia.

En la mañana del dia 6 tiene lugar la investidura. La Universidad se prepara para este acto con toda su severa magestad. «Un concurso numeroso entorpece el paso de la brillante comitiva que acompaña á la distinguida heredera de los Condes de Oñate. El Doctor Lopez de Salazar pronuncia el discurso paraníptico, en el cual celebra las ascendencias y mérito personal de la ilustre doctora. Los vivas y los plácemes señalan el momento de cubrir sus sienes el bonete académico. El cancelario del Estudio le propone una tesis, deducida del concilio IV cartaginense sobre *si la muger aunque virtuosa y docta podia enseñar en las universidades, las ciencias profanas y sagradas*, y subiendo á la cátedra sostiene la afirmativa, y hace público su reconocimiento á la Universidad complutense. El rector, en nombre del Estudio general, la nombra catedrática honoraria de filosofía moderna y consiliaria perpétua de su claustro, asi como los maestros le adjudican el título de examinadora de cursantes filósofos, ejerciendo inmediatamente este cargo universitario en el exámen de algunos discípulos de las antiguas sùmulas. — Las felicitaciones se cruzan; los elogios se multiplican. El repique de las campanas es acompañado de la música de las serenatas. Los estudiantes siguen alborozados á la distinguida doctora. La universidad coloca entre targetones y vítores el retrato de Doña María Isidra Quintana de Guzman, dibujado por Inza, y acuña una moneda de plata para celebrar su doctorado ¹.»

¹ D. Antonio Neira de la Mosquera, en un artículo que dedicó á esta célebre dama española.

La medalla citada, llevaba en el anverso un bonete con borla: encima una corona de laurel, y debajo esta inscripcion:

ASSIDUO. PARTA.

LABORE.

Resplandecen con iluminaciones espléndidas durante la noche las fachadas del Estudio general y de los Condes de Oñate: obsequia con abundante y bien servido refresco la nueva doctora, á la Universidad, colegio y estudiantes, en agradecimiento á los maestros y alumnos, y con otro al Ayuntamiento, para demostrar su gratitud á la ciudad. Consignase en las actas del estudio general la detallada noticia de aquel acontecimiento literario, como legítimo título de gloria de la Universidad complutense; el Conde de Campomanes contesta en nombre del Rey á la comunicacion que le habia dirigido el cancelario, dándole cuenta del solemne y peregrino acto, manifestando cuán del *agrado y aprobacion* de S. M. habia sido aquel justo premio del autor y los talentos de la jóven doctora; y el *memorial literario* de aquel año refiere minuciosamente cuanto ocurrió en la renombrada conferencia, publicando al frente de su descripcion un retrato de la ilustre dama con el trage doctoral.

Y no fué aquella distincion, ni la única ni la primera que por su indisputable mérito habia recibido Doña María. Cerca de un año antes, el 2 de Noviembre de 1784, la Real Academia española le habia abierto sus puertas por votacion unánime, y en el solemne acto de su recepcion como Académica, demuestra la ilustre jóven su verdadera modestia con estas palabras: «¿No ha sido necesario apurar toda la liberalidad de la Real Academia española para elevar á un honor que es el mas distinguido empleo y encumbrado premio de los mas esclarecidos literatos, á una jóven de diez y siete años, que no ha conocido sino por los nombres los Gimnasios, las Academias, los Seminarios,

El campo del reverso lo ocupaba la siguiente:

A
EXC. D. D. MARIA
ISIDRA DE GUZMAN
ET LA CERDA
HUM LIT. ET PHILOS.
DOCT.
COMPLUT. ANNO
MDCLXXXV.

ni ha tocado los umbrales del famoso templo de Minerva, ni aun oído otra voz que la de un solo maestro?»¹.

No, la hubiéramos respondido nosotros; el verdadero mérito, no necesita demostrarse con reglamentarias fórmulas ni fijadas pruebas. Elevado á mas alta region, debe acatársele alli donde se encuentre, concediéndole las mayores recompensas, sin preguntarle de donde viene ni fijarle las jornadas que ha de ir recorriendo ó que ha debido recorrer en su penosa marcha.

Afortunadamente, el ejemplo que el Rey y la Universidad complutense dieron al terminar la anterior centuria, concediendo á la noble hija de los Condes de Oñate los grados y distinciones supremas de la ciencia, sin exigirle mas requisitos que la prueba de su idoneidad, ha sido fecunda semilla, cuyos frutos está llamada á recoger la instruccion pública de España en nuestros dias; y la tesis defendida por la ilustre doctora, enaltecendo á la muger como erudita y como maestra, la prediccion del genio que adelantándose á su siglo, previó la gran mision que está reservada á la muger en todas las sociedades y principalmente en la española, desterradas por ventura añejas preocupaciones.

II.

Como la ciencia no está reñida en la muger con los encantos del amor, y con los deberes que impone la vida conyugal y la maternidad, Doña Maria Isidra, casó en Madrid y su Iglesia de San Gines á 9 de Octubre de 1789, con D. Rafael Alfonso de Sousa, Marqués de Guadalcazar é Hinojares, grande de España de primera clase; y despues de vivir algun tiempo en Madrid, fijaron ambos esposos su residencia

¹ Este discurso mereció ser traducido y muy elogiado por Mr. Bullon en su *Diccionario enciclopédico*.

en Córdoba. La sabia doctora fué al mismo tiempo modelo de esposas y de madres , y al bajar al sepulcro á la temprana edad de 35 años (5 de Marzo de 1803) dejó sumidos en el mayor dolor á cuantos tuvieron la dicha de conocerla; y á sus tres hijos Doña María Magdalena, Doña Luisa y D. Isidro, el mas preclaro timbre de noble casa , la gloria de la ciencia , conquistada por el talento y el estudio.



Lit. de J. Donon. Madrid.

MUJERES CÉLEBRES.

AGUSTINA ZARAGOZA.

AGUSTINA ZARAGOZA.

I.

En Barcelona, la rica ciudad mercantil del Mediterráneo, se desarrollaron los primeros años de la célebre española; con cuyo nombre empezamos esta biografía; y desde los albores de su juventud dejaba adivinar en la intensidad de su mirada la fortaleza de su espíritu, en la contracción de sus arqueadas cejas, esa noble altivez, distintiva de las almas grandes, que rodea como una aureola misteriosa la frente de los héroes.

Nacida en los primeros años de la última década del pasado siglo, creció al mismo tiempo que se desarrollaba con la fuerza febril de todo un pueblo, la revolución social mas grande que han presenciado los tiempos y que debía concluir asombrando á Europa con las hazañas de aquel atrevido guerrero, que paseó sus vencedoras legiones de Oriente á Occidente y del Setentrion al Mediodia.

Agustina contemplaba las repetidas victorias de Napoleon, y no podía menos de sorprenderla siquiera que en el primer mundo habia un hombre capaz de vencer al gigante de la Europa. Pero cuando concluyó tristemente la campaña de Rusia, y cuando vio que no quedaba ni una vez desmentido el dicho de que los ejércitos europeos tienen siempre su destino marcado en el mapa.

Agustina se sentía con un anhelo de ver el mundo, y de sentirse en España.



W. H. H. H. H. H.

W. H. H. H. H. H.

AGUSTINA ZARAGOZA.

I.

En Barcelona, la rica ciudad mercantil del Mediterráneo, se deslizaron los primeros años de la célebre española; con cuyo nombre empezamos esta biografía; y desde los albores de su juventud dejábase adivinar en la intensidad de su mirada la fortaleza de su espíritu, y en la contracción de sus arqueadas cejas, esa noble altivez, distintivo de las almas grandes, que rodea como una aureola misteriosa la frente de los héroes.

Nacida en los primeros años de la última década del pasado siglo, creció al mismo tiempo que se desarrollaba con la fuerza febril de todo un pueblo, la revolución social mas grande que han presenciado los tiempos y que debía concluir asombrando á Europa con las hazañas de aquel atrevido guerrero, que paseó sus vencedoras legiones de Oriente á Occidente y del Setentrion al Mediodia.

España contemplaba las repetidas victorias de Napoleon, muy lejos de sospechar siquiera que en su privilegiado suelo habia de comenzar el desenlace del gigantesco drama, que concluyó tristemente en Santa Elena, para que no quedase ni una vez desmentido que todas las grandes crisis europeas tienen siempre su desenlace en nuestra patria.

Casada Agustina Zaragoza con un oficial del ejército español, á poco de su enlace empezaron á sentirse en España los ambiciosos

planes de aquel coloso de la fortuna, que ceñía ya á sus sienes la doble corona de la victoria y del imperio.

En sus aspiraciones de monarquía universal, ese orgulloso delirio de todos los conquistadores, quiso Napoleon atar tambien á su carro de triunfo la altiva Nacion del Cid y de Gonzalo de Córdoba, sin comprender que los hijos de esta noble patria, tan desgraciada cuando la destrozan pequeñas ambiciones, tan grandes cuando marchan unidos por el camino de la gloria, no habian de consentir el vergonzoso yugo de la esclavitud extranjera.

Apesar de ello, el héroe de Austerlitz y de Jena no se atrevió á pasar las fronteras de nuestra patria en son de guerra, y valióse de la astucia para que sus ejércitos se fueran extendiendo por nuestro codiciado territorio: el engaño, sin embargo, no estuvo mucho tiempo oculto. Barcelona fué ocupada militarmente por las armas francesas, y la señal de la lucha se dió bien pronto. Los deberes militares del esposo de Agustina le separaron de su lado, y aquella partió para Zaragoza, donde tenia sus parientes, viage en el cual tuvo ocasion de demostrar la grandeza y elevacion de sus sentimientos.

Detúvose el coche de camino en que marchaba la futura heroína en Esparraguera, poblacion que en aquellos momentos ofrecia un aspecto imponente. Grupos de hombres recorrian las calles lanzando anatemas contra los franceses; Esparraguera acababa de ser saqueada por los invasores, y el pueblo entero clamaba venganza.

Al abandonarla los imperiales, no sin haber sufrido grandes pérdidas, causadas por los valientes hijos de la villa, quedó encerrado en una casa un destacamento de soldados, que al ser descubiertos por la muchedumbre, iban á servir de víctimas expiatorias del vandálico crimen de sus compañeros. Hombres y mugeres, todós á una voz, piden ciegos de ira las vidas de aquellos desdichados, y las cerradas puertas que los guardaban, caen bien pronto á impulsos de la ira popular.

Al tener noticia Agustina de aquellos sucesos, viendo solo en los soldados franceses hermanos, no enemigos, resolvió salvarlos; colo-

cándose delante de la puerta, arengando á la multitud y recordándoles que los españoles no nacieron para asesinos, sino para vencer en el combate y para engrandecerse perdonando despues de la victoria, consiguió que en breve se dieran un fraternal abrazo vencidos y vencedores.

II.

Pocos dias despues encontrábase ya descansando de su viaje en la antigua Cesaraugusta ciudad que iba á ser en breve teatro de heroicas hazañas.

Las legiones francesas preséntanse ante los muros de Zaragoza, esperando ocuparla en breve por los pocos medios de defensa con que contaba. Pero á la vista del enemigo el santo fuego del amor patrio inflama el corazon de los aragoneses. Escasas son las tropas españolas que guarnecen el recinto de la ciudad; falto de disciplina el pueblo, que hasta de armas carece; pero ante la enérgica voluntad todos los peligros disminuyen, y Zaragoza se apresta á la defensa, resuelta á reproducir en último trance los gloriosos ejemplos de Ástapa, de Numancia y de Sagunto.

Intentan las fuerzas extrangeras penetrar en el recinto de la ciudad, y no ya cada calle, ni cada casa, sino cada combatiente es un baluarte inexpugnable: nada importa la sangre derramada, nada lo temerario de la empresa; aquel poderoso ejército que siempre luchaba para vencer, es detenido quizás por vez primera en su victoriosa marcha, teniendo que retirarse y abandonar el sitio, dejando el suelo sembrado de cadáveres.

Pero ¡ay! que el enemigo es poderoso, y robustecido con nuevas fuerzas, vuelve á emprender el asedio. Zaragoza comprendiéndolo así, lejos de dormirse sobre sus laureles, aprestóse para la nueva lucha.

Fórmanse empalizadas en todas las puertas; se abren fosos; se fortifican edificios; se agrupan proyectiles; adiéstranse en el manejo de las armas los defensores de su independencia; dispútanse los puestos de mayor peligro; las nobles zaragozanas preparan hilas y vendages para los desgraciados que caigan en la lucha; y la ciudad entera, lejos de temer el asedio, espera con la impaciencia del heroismo la renovacion del combate.

No basta á entibiar el ardor bélico que domina á los valientes aragoneses, la epidemia, que como genio del mal, cubre con sus nieblas de muerte la ciudad sitiada, ni el hambre que deja inerme el brazo de sus defensores; el espíritu guerrero lo domina todo y la santa caridad cubre con su manto las desgracias de los que sufren.

El asalto empieza: un fuego mortífero y sostenido noche y dia va convirtiendo en ruinas los antiguos é históricos edificios de la ciudad. Cadáveres hacinados, exaltacion febril en los semblantes, hombres que luchan sin descanso, mugeres que los animan, sacerdotes que los consuelan, niños que dán ejemplo de precoz bravura despojándose de sus vestidos para que sirviéran de taco á los cañones, y todo esto alumbrado por el rojizo resplandor del incendio y envuelto en el humo de la pólvora, formaba un cuadro imposible de describir, y capaz de poner miedo en ánimos esforzados. Ninguno, sin embargo, huye del peligro: los ayes de los heridos, los lamentos de los que agonizan, son nuevos incentivos que enardecen á los que aun viven para el combate.

El esforzado espíritu de Agustina al presenciar estas escenas, elevóse á las regiones del heroismo; y el noble amor de la patria y el amor del escogido de su corazon, que luchaba con noble esfuerzo en el sitio de mas peligro, la llevó al portillo de San Agustin, donde el fuego era mas mortífero, y donde tenian lugar terribles escenas de luto y desolacion. Los proyectiles enemigos caen y estallan dentro de la misma batería produciendo horribles estragos; el suelo se cubre de cadáveres; la sangre derramada encharca la tierra: solo queda un artillero de los que sirven la batería, pues todos los demas han pere-

cido luchando. Coge convulso con su crispada mano la mecha para dar fuego al cañon y una bala enemiga destroza su pecho, haciéndole caer como masa inerte.

La batería quedó desamparada, el enemigo va á apoderarse de la ciudad, y avanza ya seguro de su triunfo. Pero en aquel momento una muger, radiante de bélico entusiasmo, avanza sobre los hacinados cadáveres; arranca de la fria mano del artillero la humeante mecha; y sin que turbe un instante su decision la nube de proyectiles que la envuelve, da fuego al cañon, cuya metralla siembra el estrago en las huestes imperiales.

Los gritos de victoria truécense en ayes de dolor; los franceses huyen llenos de asombro ante el denuedo de aquella muger heróica; y los pocos que quedaron con vida de la columna de ataque, llevan el terror á todo el ejército.

Agustina, que ella era aquella muger incomparable aprovecha los momentos supremos de su triunfo é invocando á la Virgen del Pilar y la memoria de la patria, alienta con su enérgica palabra á los valientes zaragozanos, que defendian otros cercanos puntos y que casi sin fuerzas esperaban la muerte de los héroes.

Bien pronto la batería se vé coronada de valientes que ni reparan siquiera en sus recientes heridas. Agustina sin cuidarse para nada de su defensa, sigue sirviendo el cañon, hasta que al fin logra que retrocedan completamente vencidos y en desórden los ejércitos imperiales.

Tan heróica hazaña corre bien pronto entre entusiastas aclamaciones y alabanzas por todos los ámbitos de la ciudad y el general Palafox desea conocer á la invicta española para premiar su glorioso esfuerzo, en nombre de la patria y del rey.

Agustina Zaragoza, encendidas todavía sus mejillas por el ardor del combate y entusiasmada, mas por la victoria obtenida, que por las alabanzas que de todas partes escuchaba, oyó las palabras del ilustre general con la modestia del verdadero mérito, y reusó toda clase de mercedes, pues no tenia ambicion de timbres ni de honores,

satisfecha con haber podido contribuir á la defensa de la mas noble de las causas. El general, sin embargo, le concedió consideracion é insignia de oficial de ejército, y al mismo tiempo el escudo de distincion de defensora de la patria ¹.

¹ Véanse los notables documentos en que se consignaron estas distinciones:

«Don José Rebolledo y Palafox, Melci, Bermudez de Castro, Errill, Bardaji, Borja, Moncayo, Figueroa de Velasco, Osorio, Espes, Urrea, Urries y Marto, etc.; Caballero gran cruz de las Reales y militares Órdenes de San Fernando y San Hermenegildo; de la ínclita y sagrada de San Juan de Jerusalem, y de la de Lis de la Vendée; Comendador de Montanchuelos en la de Calatrava; Regidor perpétuo de la M. N. M. L. Y C. H. villa de Madrid, y preminente de la ciudad de Zaragoza; Académico de honor de su Real Academia de San Luis y de la de Valencia; Doctor en Jurisprudencia en la Universidad de Huesca; declarado ilustre benemérito de la patria en grado heroico y eminente por los dos inmortales sitios de Zaragoza; Ministro nato de la cámara de guerra, y Capitan General de los Reales ejércitos, etc., etc.

«CERTIFICO: Que hallándome en Zaragoza durante los dos memorables asedios que sufrió aquella heroica ciudad, siendo Capitan General y Gefe superior del ejército y reino de Aragon durante la cautividad del Rey nuestro señor en Francia, se distinguió extraordinariamente D.^a AGUSTINA ZARAGOZA, por su valor y vehemente patriotismo, con particularidad á primeros de Julio de mil ochocientos ochocientos, en la batería del Portillo, donde entró ésta en el momento mismo de un ataque en que el fuego era espantoso, y viendo en medio del polvo y del humo caer al suelo muerto un sargento de artillería que estaba haciendo fuego con un cañon de á veinte y cuatro, se lanzó al cañon, arrancó de la mano del muerto la mecha, y siguió con la mayor intrepidez dando fuego á la pieza todo el tiempo que duró el ataque; por cuya heroica resolucion (que me dejó sorprendido al considerar en corta edad de diez y siete á diez y ocho años, y su natural valor á la voz de *Viva España, viva mi rey Fernando* que no cesaba de proferir), lleno de entusiasmo creí de mi deber en obsequio á mi Soberano, y en uso de las amplias facultades que me estaban concedidas, y para estímulo de los demás, premiar tan heroica resolucion concediendo á dicha D.^a AGUSTINA ZARAGOZA, en nombre de S. M. la insignia de Oficial, pues que habia tan dignamente llenado el servicio que aquel no pudo hacer por su gloriosa muerte, llenándolo la interesada tan cumplidamente que la batería sostuvo con entereza tan terrible ataque, y el cañon servido por ella hizo tantos estragos en la columna enemiga que se vió ésta obligada á retirarse dejando el campo cubierto de cadáveres franceses; y no solamente se distinguió esta valerosa jóven en este dia, sino que en todos cuantos ataques y acciones hubo durante el primero y segundo sitio, era la primera á presentarse al fuego exponiendo su pecho á las bayonetas enemigas sin arredrarle el riesgo ni las heridas que recibió. Y para que conste donde conyenga, á petición de la interesada, firmo el presente en Madrid á diez de Setiembre de mil ochocientos treinta y tres.—José de Palafox y Melci.—Hay un trofeo de armas.»

«El rey D. Fernando VII, y en su Real nombre la Junta suprema central de gobierno de España é Indias.—Por cuanto atendiendo al patriotismo y mérito distinguido que contrajo en los dos sitios de la plaza de Zaragoza, D.^a AGUSTINA ZARAGOZA, he venido en concederle la grado y sueldo, de Subteniente de infantería. Por tanto, mando á los Capitanes Generales, Gobernadores de las armas y demás Cabos mayores y menores, Oficiales y soldados de mis ejércitos, le hayan y tengan por tal Subteniente de infantería, y le guarden y le hagan guardar las honras, gracias y preeminencias y exenciones que por razon de este grado le tocan y deben ser guardadas bien y cumplidamente, que así es mi voluntad; y que el Intendente de la provincia ó ejército donde fuese á servir, dé la órden conveniente para que se tome razon y forme asiento de este grado en la Contaduría principal. Dado en el alcázar de Sevilla á treinta de Agosto de mil ochocientos y nueve.—Yo EL REY.—Por la Junta suprema, el Marqués de Astorga, Presidente, Antonio Cornel.—V. M. concede grado de Subteniente de infantería con sueldo de vivo y efectivo á D.^a Agustina Zaragoza.—Sevilla 1.^o de Setiembre de 1809.—Cúmplase lo que S. M. manda.—Ventura Escalante.—Sevilla 1.^o de Setiembre de 1809.—Tomen razon en la Contaduría principal de este ejército, El Marqués de Ustariz.—Tómese razon, por indisposicion del Sr. Contador principal, José María Castilla.»

«En justo premio de los servicios hechos por V. en la gloriosa defensa de esta capítad y á su bien reconocido patriotismo, le concedo el Escudo distinguido de Defensora de la pátria á nombre de nuestro Soberano D. Fernando VII, cuyo distintivo tengo la satisfacción de dirigirle; en la inteligencia que á su debido tiempo se extenderán las correspondientes cédulas por la Secretaría de guerra, que serán á V. entregadas presentando este oficio original.—Dios guarde á V. muchos años.—Cuartel general de Zaragoza á 30 de Setiembre de 1808.—José de Palafox y Melci.—Joaquín García, Secretario.—Sra. D.^a Agustina Zaragoza.»

«En justo premio del acreditado valor con que V. se ha distinguido en las infinitas y gloriosas acciones ocurridas en esta capital, he venido en conceder á V. á nombre de nuestro Soberano D. Fernando VII, el Escudo de distincion, alusivo á tan landables servi-

III.

Zaragoza no puede al fin soportar tan tenaz como sangriento sitio. Los legiones imperiales entran al fin en ella, no porque su esfuerzo venciera á los zaragozanos, sino porque estos caian rendidos de fatiga á impulsos de la desnudez, la miseria, el hambre y la peste. Los franceses no entraron en una poblacion vencida, sino en un pueblo enteramente arruinado donde los habitantes que no habian sucumbido en su defensa, yacian desfallecidos por la necesidad ó la epidemia.

Poco generoso el ejército invasor, lejos de respetar aquel puñado de héroes, se enseña en ellos sediento de venganza, y Agustina Zaragoza, con ese ánimo levantado de las almas privilegiadas, no vacila en descubrir su nombre, al saber que la buscaban para conducirla á una prision. Ignoraba cual fuese el fin que la tenian destinado por mas que presumiera habia de ser funesto, pero almas de su temple no buscan la salvacion en una vergonzosa herida.

Encerrada Casablanca y á corta distancia de Zaragoza tiene el consuelo de encontrar allí á su esposo, prisionero tambien como ella, y sus solícitos cuidados fueron un bálsamo consolador para los padecimientos de Agustina, enferma de cuerpo y espíritu.

Aquella tranquilidad, sin embargo, habia de ser poco duradera. Los franceses temerosos de que pudieran adquirir la libertad los prisioneros españoles, disponen la salida de un fuerte destacamento que los condujese á Francia; y entre ellos es llevada Agustina, cuyo delicado estado de salud, pues iba atacada de la epidemia, no fué bastante á mover el corazon de los que la custodiaban, para que la

«cios, y tengo la satisfaccion de dirigirle dicho distintivo; en la inteligencia que á su debido tiempo se extenderán las correspondientes cédulas por la Secretaría de guerra que serán á V. entregadas presentando este oficio original.—Dios guarde á V. muchos años.—Cuartel general de Zaragoza á 30 de Setiembre de 1808.—José de Palafox y Melci.—Joaquin Garcia, Secretario.—Sra. D.^a Agustina Zaragoza.»

dejasen caminar siquiera al lado de su esposo. ¡Pero que podia esperarse de unos hombres que fusilaban diariamente á aquellos de sus prisioneros, que por sus enfermedades no podian soportar las repetidas marchas del penoso viage!

Detiénense al fin en Puente la Reina donde deben pasar la noche. Los hijos de este pueblo devoran en silencio su amargura al ver el triste convoy, y al tener noticia de que en él era conducida la heroína, determinan salvarle. Habia cerrado la noche, y una muger favorecida por la oscuridad, con el valor que presta siempre á los corazones mas débiles el propósito de una buena accion, se adelanta, coge las riendas del caballo que conducia á la ilustre defensora de Zaragoza, y la lleva por una calleja inmediata, antes de que los franceses puedan siquiera sospecharlo.

La heroína agradece, como saben hacerlo las almas grandes, aquel rasgo de caridad, de abnegacion y de patriotismo, pero la fiebre la devora, y la pobre familia, cuya madre la habia arrancado con tanto denuedo del poder de los enemigos, carece hasta de lo mas preciso. Agustina lo conoce bien pronto, y generosa hasta en medio de sus padecimientos, ruega que la conduzcan al hospital, pues la epidemia que se habia apoderado de ella, debilita cada momento mas sus abatidas fuerzas.

Objeto de las mayores atenciones, en aquel venerando asilo de la caridad, permaneció algunos dias, logrando al fin convalecer de sus penosos padecimientos: su esposo que habia logrado tambien evadirse corrió á su lado, y la vista del escogido de su corazon contribuyó poderosamente á su rápido restablecimiento.

En medio de aclamaciones entusiastas salen los esposos de Puente la Reina en un carruage de camino, pero al llegar á Cervera de Aguilar, se reproduce la enfermedad de Agustina hasta el punto de poner en grave peligro su existencia, contratiempo que les hizo detenerse mas de mes y medio en dicha poblacion, agotando todos sus recursos, y sin poder recurrir á su familia ó amigos por el estado del país. Los generosos huéspedes en cuya casa habian hallado asilo

hacian todo género de sacrificios porque nada faltase á la ilustre enferma; pero no queriendo esta serles gravosa, resolvió con una delicadeza propia solo de sus nobles sentimientos, dejar la casa apenas se encontró convalesciente, abandonándose á la Providencia. De este modo salió de Cervera de Aguilar, caminando á pié, apoyada en el brazo de su marido, é implorando la caridad pública.

Despues de largos dias de privaciones y penalidades llegaron al fin á Teruel, donde la junta de gobierno de Zaragoza recibió á los ilustres esposos con el mayor entusiasmo, prodigándoles todo género de atenciones, deseosa de borrar el recuerdo de los pasados padecimientos. Bien pronto, y al saberse que la heroína estaba en España, la dirigen repetidas invitaciones de Sevilla y de Cádiz para que pasase á dichos puntos á recibir el homenaje de admiracion y entusiasmo que deseaba ofrecerle la junta suprema del gobierno de España; y Agustina condescendiendo á tan repetidas instancias, emprende el viage; y despues de correr no pocos peligros, por estar los caminos cubiertos de partidas francesas, pisa el hermoso suelo de Andalucía.

IV.

Tal vez los dias mas felices de la heroína fueron los que pasó en el Mediodía de España. Cadiz la festejó de la manera entusiasta que los pueblos andaluces saben hacerlo, siendo su permanencia en aquella plaza una continuada série de ovaciones, justamente tributadas á la ilustre defensora de Zaragoza.

Entre los festejos que en su honor se dispusieron, lidiáronse toros, en cuya popular fiesta ocupó el lugar preferente, y se le ofreció la lujosa moña del mas bravo animal. Condujéronla despues verdaderamente en triunfo á la morada del ilustre Lord Wellington, que daba aquella noche un espléndido banquete en honor de Agustina. Entu-

siastas brindis le demostraron de nuevo el merecido aprecio, que lo mismo españoles que extranjeros hacian de su heroismo, y al terminar la comida, el general Dozle, al ofrecerle en una rica bandeja de oro varios presentes, le suplicó le cediese sus zarzillos y sortijas, para conducirlos á Inglaterra donde serian conservados como un monumento, que recordase los memorables hechos de la heroína. Esta accedió agradecida, y antes de partir para Sevilla recibió, entre otros regalos de Lord Wellington, un par de pistolas artísticamente trabajadas con incrustaciones de oro, plata, nácar y marfil, que al dispararse quedaban armadas con aceradas bayonetas.

Tan generosa como valiente, á su paso por Sevilla intercedió por una muger, que habia usurpado su glorioso nombre, y la junta suprema central le expidió en nombre del Rey un despacho, declarándola por su patriotismo y méritos distinguidos, oficial del ejército *vivo y efectivo*.

Los sevillanos anhelaban que permaneciese algun tiempo en la capital de Andalucía, para demostrarle su entusiasmo con públicos festejos; pero el espíritu de Agustina se avenia mal con la tranquilidad de la paz, sabiendo que la patria necesitaba todavía del valor de sus heroicos hijos. Tortosa estaba amenazada por las tropas imperiales, y reclamaba que los buenos españoles corriesen á defenderla. Agustina no podia permanecer indiferente ante el peligro, y bien pronto abandonó á Sevilla dirigiéndose á la ciudad sitiada.

Al pasar la embarcacion que la conducia por delante de Gibraltar, la guarnicion inglesa de esta plaza la rindió tambien el tributo de su admiracion, no permitiéndola pasar adelante sin que saltase en tierra, acompañándola á visitar todas las fortificaciones, y rogándola aceptase un suntuoso banquete, que terminó con un aristocrático baile. Al dia siguiente repitiéronse nuevos bailes y banquetes, carreras de caballos, y toda clase de festejos, que Agustina recibió agradecida, pero que no la detuvieron mas tiempo que el necesario para no parecer descortés, únicamente ocupado su pensamiento con el sitio de Tortosa, y con las penalidades que estarian sufriendo sus valientes defensores.

Antes de abandonar la plaza inglesa dejó en ella su retrato en vista de las súplicas que para ello le hicieron, los ingleses, cuadro que figuraba, no ha muchos años, en el Museo de Lóndres.

Pocos dias despues se presentaba Agustina con su esposo, al general Lili á quien estaba encomendada la defensa de Tortosa: al presenciar los bélicos aprestos dilatóse su corazon en que vivamente ardia el santo amor de la patria, y pidió y obtuvo la defensa de una batería, que prometió seria la última en rendirse, si le tocaba sucumbir.

Grandes fueron los esfuerzos hechos por Agustina; pero los habitantes de Tortosa, ni eran tantos ni tan ciegamente decididos como los de Zaragoza; y tuvieron al fin que capitular. La heroína, sin embargo, cumplió su promesa. El último cañonazo que sonó en defensa de la plaza, lo disparó su batería; y siguió haciendo desesperados esfuerzos de valor defendiéndola, á pesar de la decision de la ciudad ¹, hasta que los franceses la hicieron prisionera.

Conducida en union de su esposo, y los demas oficiales de la guarnicion que sufrieron su misma suerte á Francia, al pasar por Zaragoza hizo que su esposo pretextase una grave enfermedad, y rogó al general francés le permitiera quedarse en un hospital y á ella para cuidarle; súplica á que accedió el mariscal extranjero, asi como á la de que á los pocos dias pasasen á su casa á terminar la curacion del enfermo. Todavía la incansable actividad de la heroína logró un salvoconducto para trasladarse con su esposo á Madrid; pero apenas se vió fuera de Zaragoza, cuando abandonando el camino de la capital, arrostrando el grave riesgo de caer en manos de alguna partida fran-

¹ El notable documento en que constan los heroicos hechos de Agustina Zaragoza en la defensa de Tortosa, dice así:

«D. Miguel de Lili é Idicraquez, Conde de Alacha, Señor de Lili, Mariscal de Campo de los Reales ejércitos y comandante supernumerario de Batallon en el Real cuerpo de Guardias españolas: Certifico: que hallándome de comandante general del canton de Tortosa y Gobernador de la Plaza en comision se me presentó en ella por el mes de Noviembre del año 1810 Doña Agustina Zaragoza, subteniente de Infanteria con el goce del sueldo de tal, segun el Real despacho dado por la suprèma junta central de Sevilla en 30 de Agosto de 1809 en atencion á los distinguidos méritos que contrajo en los dos sitios de Zaragoza, y suplicándome la permitiese permanecer en dicha plaza de Tortosa, pues anhelaba continuar en hacer servicios á la patria, á cuyo fin deseaba emplearse en ellos. Convine en su solicitud, y durante el sitio estuvo empleada en una de las baterías hasta su rendicion, correspondiendo con su serenidad y valor á la ventajosa opinion que se habia adquirido en los dos ya dichos sitios de Zaragoza, hasta cuya ciudad siguió la suerte de los demas prisioneros, considerándola por lo tanto acreedora á la gracia que S. M. tenga á bien dispensarle. Y para que conste» etc. Madrid 6 de Agosto de 1814. El Conde de Alacha.

cesa, corrió á incorporarse á la columna del coronel Chaleco, y mas tarde á la del general Murillo, que operaba contra el enemigo en tierras de Valencia.

V.

Pero ya se marcaba en el inexorable reloj de los tiempos la hora postrera de Napoleon. A los gloriosos hechos de la invicta Zaragoza habia sucedido la victoria de Bailen, y se eclipsaba rápidamente la buena estrella de los ejércitos imperiales.

Ibanse estos concentrando hácia la frontera, sin haber logrado dominar el independiente carácter español, y reunidos los principales capitanes, que habian abatido las altivas águilas del Sena, se preparaban á dar el decisivo golpe, que rompiese para siempre las cadenas con que pretendieron esclavizar á nuestra libre patria.

Castañó y Wellington, Dozle y Murillo al frente de sus decididas tropas iban á concluir con aquel ejército formidable, que para hacer el último esfuerzo les esperaba en los campos de Vitoria. Principia la pelea, y en todas partes se distingue por su temerario arrojo la célebre heroína, que con la division del general Murillo asistia en primera línea al combate.

Su elocuente palabra enardece á los tímidos en los puntos donde el peligro es mayor, y sus acciones dan ejemplo de inimitable arrojo, ya poniendo fuego á los cañones que sembraban el espanto en el campo enemigo, ya arrebatando las armas como gloriosos trofeos á los contrarios que vencía.

Obstinada y terrible fué la lucha; pero bien pronto los gritos de victoria resuenan en toda la estension de la línea española, y las tropas francesas derrotadas y en completo desórden, se desbandan en vergonzosa huida dejando en poder de los valientes defensores de la

independencia el rico botin que aquellos osados extrangeros nos arrebatában.

Terminada con aquella victoria la guerra, terminó también la vida militar de Agustina, que pidió licencia para pasar con su esposo, á la sazón comandante, á Valencia, donde tristes acontecimientos de familia hicieron desaparecer para siempre el carmin que animaba la espresiva fisonomía de la heroína zaragozana.

Pasó despues á Madrid donde fué recibida por Fernando VII, y á pesar de las reiteradas instancias de éste, nada quiso pedir á la dignidad real. Almas de su temple se encuentran suficientemente recompensadas con el cumplimiento del patrio deber ¹.

Algunos años mas tarde fijó su residencia, modesta en extremo, y completamente ignorada, en una sencilla alquería de la antigua Bética.

VI.

Trascurrieron los años y aquella muger de inflexible espíritu, de loco amor patrio, de temerario valor, émula en sus glorias de la doncella de Orleans, murió ignorada, acaso en la pobreza, en tierra africana, en la plaza española de Ceuta.

Ni una corona, ni un recuerdo, ni un monumento. Sobre su tumba

¹ Apesar de su negativa, el Rey le concedió el sobresueldo de cien reales.

El contenido de dicha gracia es como sigue.

«Hay un sello.—El Exmo. Sr. Ministro de la guerra con fecha 27 de Agosto último me dice lo que copio.—Exmo Sr. Al Sr. Secretario de Estado y del despacho de Hacienda digo con esta fecha lo siguiente.—Teniendo en consideracion el Rey el mérito contraído en los dos sitios de la plaza de Zaragoza en 1809 y en el de la de Tortosa en 1810 por Doña Agustina Zaragoza, á quien en 30 de Agosto de 1809 concedió la Junta central por el que adquirió en defensa de la primera el grado y sueldo de subteniente de infantería, se ha servido S. M. concederle en premio de sus servicios el aumento de cien rs. vn. al mes sobre el sueldo que le está señalado y que debe «satisfacérsele por la tesorería del ejército de Aragon en cuyo reino tiene su residencia.—De real orden lo traslado á V. E. para su inteligencia, noticia y satisfaccion de la interesada, y yo á V. con el mismo objeto.—Dios guarde á V. muchos años.—Madrid 5 de Setiembre de 1814.—José de Arteaga.—Sra. Doña Agustina Zaragoza.» No queremos hacer comentarios acerca de la esplendidez con que el Sr. Rey D. Fernando VII premió los inapreciables méritos de la heroína.

no se hicieron otros honores que los que le correspondían como oficial del ejército español ¹.

¹ En la orden general de la plaza de Ceuta del 29 de Mayo de 1858 se lee la siguiente adición :

«A fin de rendir el justo tributo de reconocimiento y respeto á los restos mortales de D^{ña} Agustina Zaragoza, subteniente agregado que fué á la plana mayor del Regimiento infantería de Ceuta, fallecida en esta plaza en la madrugada de hoy, por los altos recuerdos con que nuestra historia ensalza con orgullo sus virtudes y valor defendiendo la causa sagrada de la patria en la muy heroica de la inmortal Zaragoza, he dispuesto que todos los señores Gefes y Oficiales de los Cuerpos de la guarnición francos de servicio, los de Administración y Sanidad militar, Juzgados de guerra y demás dependientes de este fuero, asistan á su funeral que saldrá mañana, á las diez de ella, de la casa mortuoria sita en la calle Real, número 40, en la que me hallaré yo con el Estado mayor de la Plaza para acompañarla igualmente. Dicho Regimiento nombrará un piquete para hacerle los honores fúnebres que corresponden á la clase de la ilustre finada, con arreglo á lo prevenido en el artículo 58, tratado 3.º, título 5.º de la Ordenanza, con el cual irá la banda de música del propio Cuerpo, así como la charanga del batallón cazadores de Barcelona romperá el cortejo fúnebre.—El general gobernador, Rebagliato.





Lit. de J. Donon. Madrid.

MUJERES CÉLEBRES

DA MARIANA PINEDA.

DOÑA MARIANA PINEDA.

Solo cuando el polvo de los siglos envuelve los acontecimientos; solo cuando el transcurso de los años ha devorado las generaciones que se sucedieron; solo cuando la fria marcha del tiempo ha arrancado toda sospecha de parcialidad, borrando odios, haciendo desaparecer resentimientos, y anilando el amor propio y violento espíritu de partido, puede el historiador emplear su severo juicio, en escribir los hechos que pasaron, y juzgarlos con la rectitud que la critica exige y la razon aconseja.

Por eso muchas veces me he detenido al empezar la biografia de esta desgraciada señora, temeroso de que el corto espacio de tiempo transcurrido desde que exhaló en el cadalso su último suspiro, y el natural amor á una causa por la que estuvo tambien próximo á perder la vida mi inolvidable padre, fuesen motivos poderosos para oscurecer la inteligencia, alejando el imparcial criterio de la region serena de la justicia, ante la cual llegan de igual modo el inocente y el culpable, el enaltecido y el humillado, los reyes y los pueblos.

Pero los hechos son los hechos, de imposible de negar, con una evidencia tan patente y manifiesta, tan universalmente reconocida, que no puede haber sido desconocido. Voy pues á repetir los hechos tal como de Doña Mariana Pineda, con la tranquila seguridad de que no habrán podido desmentir los hechos consignados en irrefragables testimonios de aquel tristísimo y ominoso periodo de la dominacion de un monarca tan déspota como indigno de serlo.



THE END OF THE WORLD

DOÑA MARIANA PINEDA.

I.

Solo cuando el polvo de los siglos envuelve los acontecimientos; solo cuando el transcurso de los años ha devorado las generaciones que se sucedieron; solo cuando la fria marcha del tiempo ha arrancado toda sospecha de parcialidad, borrando ódios, haciendo desaparecer rencores, y entibiando el sistemático y violento espíritu de partido, puede el historiador emplear su severo juicio, en escribir los hechos que pasaron, y juzgarlos con la rectitud que la crítica exige y la razon aconseja.

Por eso muchas veces me he detenido al empezar la biografía de esta desgraciada señora, temeroso de que el corto espacio de tiempo transcurrido desde que exhaló en el cadalso su último suspiro, y el natural amor á una causa por la que estuvo tambien próximo á perder la vida mi inolvidable padre, fuesen motivos poderosos para oscurecer la inteligencia, alejando el imparcial criterio de la region serena de la justicia, ante la cual llegan de igual modo el inocente y el culpable, el enaltecido y el humillado, los reyes y los pueblos.

Pero los hechos son tan claros, la injusticia de aquel asesinato jurídico tan patente y manifiesta, tan universalmente reconocida, que mi temor ha desaparecido. Voy pues á escribir los apuntes biográficos de Doña Mariana Pineda, con la tranquila seguridad de que no habrá quien pueda desmentir los hechos consignados en irrefragables testimonios de aquel tristísimo y ominoso período, de la dominacion de un monarca tan déspota como indigno de serlo.

II.

El día 1.º de Setiembre de 1804 nació en Granada Doña Mariana Pineda.

Su padre, D. Mariano Pineda y Ramirez, natural de Guatemala, y descendiente de una rica y nobilísima familia ¹, siendo capitán de navío de la armada española, se enamoró perdidamente en Lucena, provincia de Córdoba, de una jóven llamada Doña María Muñoz, hija de padres honrados, aunque no hidalgos ².

Fruto de estos amores fué Doña Mariana Pineda, que nacida bajo los mas favorables auspicios, formaba todas las delicias de su padre: mas apenas contaria la niña quince meses de edad, cuando la muerte arrebató á aquel la existencia, dejándola sumida en la horfandad mas desamparada.

Aunque poseedor el D. Mariano de varios vínculos, por circunstancias especiales de familia, jamas llegó á disfrutarlos; y quedó en el mundo la pobre niña sin la tierna solicitud de un padre, sin bienes que pudieran hacerle menos penosa su existencia; privada desde edad tan tierna, del dulce amparo que solo puede sentirse en el regazo de una madre, bien pronto comenzaron para ella los tristes sufrimientos de su breve vida.

Su tío D. José de Pineda, (privado de la vista), quedó de tutor de la inocente niña, y cuando ésta contaba solo dos años, tal vez por causa de sus codiciados intereses, resolvió renunciar la tutela, haciendo que recayese aquella en su dependiente, D. José de Mesa, de oficio

¹ El abuelo de Doña Mariana Pineda, D. José Pineda y Tavares fué oidor de la Chancillería de Granada.

² Tomamos estos datos de la obrita titulada «Doña Mariana Pineda» escrita por D. José de la Peña y Aguayo, y publicada en Madrid. Estas noticias biográficas parecen tanto mas fidedignas, cuanto que este señor fué un íntimo y buen amigo de Doña Mariana Pineda, habiendo, despues de la infausta muerte de esta Señora, adoptado con paternal solicitud á sus desventurados hijos.

confitero, y honrado y virtuoso hasta lo sumo. Con gran desinterés, pues nunca solicitó el menor socorro, prodigó á Mariana los mas tiernos cuidados en compañía de su esposa Doña Ursula de la Presa, considerándola y tratándola como á una verdadera hija. Querida por ellos como sus verdaderos padres, Mariana les daba tan dulce nombre y durante toda su infancia vivió en la grata creencia de que verdaderamente lo eran.

La esmerada educacion que recibió, contribuyó á desarrollar su talento superior y su nobleza de sentimientos. Estas dotes morales unidas á su hermoso rostro y á su expresiva mirada la distinguieron bien pronto entre las demas jóvenes de su edad, cuando apenas dejaba la infancia para entrar en los primeros años de su adolescencia.

De tez blanca hasta la exageracion, de color rubio claro su cabellera, los ojos extremadamente azules, y artísticamente proporcionados los bellos contornos de su rostro, nada de extraño tiene que se enamorase de ella D. Manuel Peralta y Valte, jóven natural de Huescar, y poseedor de una corta vinculacion.

Poco mas de 15 años contaba Mariana cuando contrajo matrimonio, y ciertamente debieron ser los dias que á este subsiguieron, los únicos felices de su vida. Pero á medida que la dicha es mayor, quizá es providencialmente mas pasagera: cuando apenas habian trascurrido tres años, y cuando ya sintió el dulce placer de la maternidad, la muerte le arrebató á su esposo en lo mas florido de su juventud, dejándola sumida en desamparada viudez, del mismo modo que la horfandad mas triste la habia cobijado desde los primeros años de su existencia. ¡ Parecia que estaba llamada á encontrar siempre cerca de sí la tristeza de la soledad, el desaliento del vacío!

III.

Grande fué el pesar que produjo en su corazon la pérdida de su esposo, haciendo desaparecer los colores de sus mejillas y la salud de su cuerpo. Largo tiempo tardó en restablecerse y solo el cariño de sus hijos, pudo al fin sacarla de aquella postracion que abatia su atribulado espíritu.

Un sentimiento puro, grande, elevado, el sentimiento de la caridad, fué muy luego causa inocente, acaso, de la série de acontecimientos desdichados que forman los últimos años de la existencia de Doña Mariana Pineda.

Encontrábanse á la sazón presas en la cárcel de corte de la Chancillería muchas personas acusadas de conspirar contra el régimen político entonces establecido. Entre estos se encontraba el presbítero D. Pedro de la Serrana y D. Fernando Alvarez de Sotomayor, ambos parientes, tío el primero y primo el segundo, de la desdichada viuda. Nada mas natural que viéndose en tan triste estado y abandonados de todos, implorasen la proteccion de Mariana, la cual se la concedió con toda la efusion de su alma, como cumplia á su noble carácter y á su generoso corazon. Con este motivo les enviaba frecuentes socorros, y cuando fueron puestos en comunicacion, los visitaba diariamente.

La causa de su primo D. Fernando Alvarez de Sotomayor, capitán procedente de la isla de Leon y que dió el primer grito de libertad en 1820, se complicó de tal modo que recayó contra él sentencia de muerte. Su esposa partió inmediatamente de Granada para implorar la clemencia del monarca, dejando encargada á Doña Mariana Pineda de prestar á su desgraciado esposo los alivios y consuelos de que tanto necesitaba en aquellos momentos.

No debia abrigar la desgraciada viuda grande esperanza en la cle-

mencia del soberano, pues desde el momento concibió la idea de salvar á su primo proporcionándole medios de evasion. ¡Pensamiento grande que solo á una muger de su elevado espíritu era dado concebir y llevar á cabo!

Difícil, casi imposible parecia realizarlo. La cárcel era un edificio aislado de anchos muros de piedra y dobles y gruesas verjas de hierro: rodeado de numerosos centinelas, y guardadas sus puertas por tres consecutivos rastrillos. Pensar en un escalamiento era imposible; pretender comprar la vigilancia de los carceleros, en extremo aventurado: el único medio que podia adoptarse, fue el que escogió D.^a Mariana, con ese atrevimiento de que solo es capaz el corazon de una muger: este medio fue que saliese el prisionero por medio de los rastrillos, á la luz del dia y por la puerta llena de centinelas.

La circunstancia de haber frecuentemente reos en capilla, hacia que entrasen y saliesen los hermanos de la paz y caridad, los sacerdotes y frailes que iban á prestar á aquellos desgraciados los últimos consuelos, los postreros auxilios de la Religion. Alentada con esto y á través de grandes y repetidas contrariedades, mandó hacer con gran sigilo un hábito de fraile capuchino, se proporcionó barbas postizas y, de acuerdo con su primo Don Fernando, hizo que todo llegase á su poder sin escitar la menor sospecha en sus carceleros, y que á las pocas horas, no sin haber experimentado antes diversos sobresaltos por temor de ser descubierto, se encontrase fuera de la lúgubre prision, respirando el puro ambiente de la libertad ¹.

¹ No deja de ser curioso el relato que hace el mismo D. Fernando Álvarez de Sotomayor de este acontecimiento, relato que copiamos á continuacion.

«Acordamos hacer un hábito de capuchino, y nos valimos de una señora pobre y muy patriota que lloraba la reciente pérdida de un pariente, víctima sangrienta del despotismo, la cual nos sacó del apuro lo menos mal que pudo, haciéndole de paño pardo y «creo se lo cortó un sastre de buenas ideas, aunque ignorando el objeto.»

«Tambien me proporcionó Mariana un gorro negro, un rosario, el cordon y unas barbas, llevándome algunos efectos por sí misma, y remitiéndome los otros por su criado.»

«Las barbas las facilitó una cómica (cuyo nombre ignoro), y antes de una hora de haberme fugado, ya estaban en su sitio en el «vestuario del teatro, sin que nadie hubiese notado su falta. Cuando la generosa actriz supo el objeto para que habian servido, no «quiso aceptar ninguna recompensa y nos costó mucho que admitiese una fineza (un corte de vestido) en muestra de agradecimiento.»

«Las referidas barbas me estaban muy pequeñas, y las añadí con mil trabajos en las madrugadas de los dias 25 y 26 de «Octubre.»

Este notable rasgo de inteligencia y de caridad no pudo menos de saberse, por mas que nunca llegara á justificarse legalmente; pero fue lo bastante para que se vigilase á D.^a Mariana, se la rodease de espías, y se la acusara de favorecer á los presos políticos, facilitando la comunicacion entre ellos y los emigrados de Gibraltar. En aquella causa, sin embargo, solo se le probó, que los presos de la cárcel de Corte habian elevado por su mediacion varias representaciones al Monarca en queja de sus jueces.

«Me habia fingido algo enfermo, me acostaba temprano, y cuando los compañeros de prision que tenia en la sala principal de la torre de Santa Bárbara se acostaban, que era despues de la segunda requisa que nos la hacian á media noche, espíaba yo el momento en que se dormian para levantarme á mis preparatorios de fuga, que dejaba tan luego como advertia el ruido de las llaves que venian á la tercera requisa.»

«Dicho dia 25 pusieron en capilla á un desdichado para ajusticiarlo por robo de vasos sagrados. Entonces solo me faltaba el hábito para el completo de mi disfraz, y al fin lo concluyeron el 26: mi buen amigo D. Pedro Ambel, sentenciado á presidio por seis años por sospechoso de haber tenido en su casa á una persona perseguida por causa de conspiracion, estaba rebajado del correccional de Granada por sus dolencias. Vivía en casa particular, y como tenia en su poder alguna ropa mia, fué el encargado de recoger y remitirme el hábito envuelto en una tohalla con una mandadera que fue de parte mia pidiéndole mi capa á pretexto de que habia refrescado el tiempo, y de este modo se introdujo felizmente á las cuatro de la tarde.»

«Hasta entonces habia yo reservado el secreto aun de mis mayores amigos, cuando éstos no podian contribuir al éxito. Siempre que se ponía un reo en capilla, todos los presos estaban encerrados en sus calabozos ó habitaciones, sin poder salir á los corredores ni patios: á media tarde abrian las puertas para limpiar los vasos inmundos y llevarnos agua fresca y las cenas; entretanto salíamos á los corredores. Un realista preso por el asesinato de un liberal, se entró en mi sala tan luego como abrieron, y estuvo larguísimo rato hablando con una mujer por la ventana, en términos de apurarme la paciencia. Luego que salió, tropecé con otra dificultad; mis compañeros de sala estaban entretenidos en hacer alfilereros de paja de colores y no se movian. Eran personas decentes y de bastante honradez, y tuve que fiarles mi proyecto, aconsejándoles se fuesen á otra sala para no estorbarme ni quedar comprometidos. Empezaron á objetarme dificultades, y sin explicarles mis medios, les dije era cosa resuelta, y que me dejasen solo, como lo averificaron. Tuve en el mismo dia que descubrirme á otros dos presos por delitos políticos, para lo que diré despues.»

«Principié á vestirme precipitadamente, y á lo mejor entró un criado con los vasos limpios sin darme lugar mas que para envolverme en la cortina que tenia puesta en la ventana, que bajaba hasta el suelo, salvando de este modo el peligro. Luego que se fué, acabé de vestirme, y me puse mi gorro para sostener caido el cabello en forma de cerquillo, raspándome lo necesario. A poco rato vino un sirviente (del que tenia motivos para no fiarme) y me entregó un papelito, que no sé porque efecto de aturdimiento, me lo remitió sin verdadero objeto, mi amigo Ambel. Por fortuna la muger que lo llevaba, me llamó anticipadamente desde la calle, y me dijo de paso á que venia, lo que me dió lugar á esconder la capucha, abrir mi catre de tijera, descolgar la colcha de mi cama, y tendirme cubierto en ella. El criado me preguntó qué tenia, respondíle que mis ma les ordinariós; puso la esquelita sobre la mesa y se salió á la puerta de la sala.»

«Entró en aquel momento otro compañero de infortunio preguntándome por mi salud y si necesitaba alguna cosa: viéndole que insistía en sus preguntas, le manifesté la necesidad de que se retirase al momento, y que alejase bajo cualquiera pretexto á aquel testigo importuno. En efecto salió y mandó al criado que le subiese un cántaro de agua fresca. Los otros dos de quienes antes hablé, suscitaron una disputa y apostaron algun vino que de antemano habíamos introducido, convidaron á beber á todos los demás presos de las salas, y se fueron á la de la torre de Santiago: entretanto habia yo completado mi disfraz poniéndome además un pedacito de caña entre el labio superior y la encia, y una bolita de cera en cada ventanilla de las narices, lo mas gruesas que pude, para contribuir á desfigurar la cara y la voz.»

«La cárcel tiene dos departamentos que por el piso inferior se comunican solamente por la jaula. Asi se llama una pequeña division formada de fuertes rejas y rastrillos con tres puertas de golpe, una á la salida de entrepuertas, otra al departamento inferior contiguo á la Chancillería, en cuyos bajos está la Galera y otros aposentos destinados á la clase ínfima; y á la extremidad de los altos

Bien puede asegurarse que aquella primera acusacion contribuyó poderosamente á su desdichado fin!

Hasta ahora solo vemos en Mariana un decidido amparo para el que sufre; una justa proteccion para los desgraciados que estaban á ella unidos por los vínculos de la sangre, y de la idea, sagrados móviles que están á mayor altura que todas las vulgares consideraciones del estéril egoismo.

«la Capilla, y la otra puerta va al departamento superior, cuyo piso alto forman las salas donde á costa de buen dinero, colocan á los presos de distincion. Por el piso alto habia comunicacion á los corredores del departamento inferior, y daba la puerta cerca de la de la Capilla, pero habia otras cinco puertas intermedias cerradas. Intenté abrirlas con un pedazo de alambre muy grueso, cuyas puntas dobladas me servian maravillosamente al intento, segun tenia probado, y aprovechando los momentos en que la golosina del vino no tenia desiertos los corredores, me dirigí á la primera, quedándome sorprendido al encontrármela abierta, y viendo allí al Sota-alcaide que no estaba de guardia. Retrocedí, pues, y medité un momento sobre la dificultad de salir de un parage á donde no tenian que entrar los religiosos; y si bien mi salida por aquella puerta desusada junto á la Capilla, me ofrecia mucho riesgo, era mayor la dificultad presente. Se me ocurrió que algunas veces entraba uno ú otro reverendo con motivo de visitar á cualquier preso conocido suyo, y que podia sorprender bajo esta idea á mis celosos guardianes; salgo, pues, saludando á los muchos presos que paseaban por los corredores; doy mi mano á besar á un devoto muchacho que me la pidió en la escalera, luego á la jaula y mando abrir los rastrillos para pasar á la Capilla. Todo me salió perfectamente, pero me detuvo en el camino la idea de que los capuchinos que asistian al reo, me harian preguntas al desconocerme y descubririan el fraude. Esperé con el fin de hacerme encontradizo con el primero que bajase para salir, fuese eclesiástico, hermano de caridad, etc., y entretanto empezaron á cerrar las salas habitadas, que eran cuatro, y ya debian notar mi falta. Entonces me dirigí solo á la jaula, murmurando de lo mal alumbrada que estaba una escalera de malísimo paso, que era necesario subir para llegar á ella, y mandé al jaulero, que me abriese; obedeció mirándome con atencion, y llamé al rastrillo de la entrepuerta; franqueómela el sota-alcaide de guardia, y se quedó tan perplejo al verme, que se me puso delante observándome de pies á cabeza, como asombrado; yo me detuve muy sosegado, hablándole del abatimiento del reo, tan diferente de la entereza que el dia anterior mostraba, y haciéndole reflexiones sobre el caso, y al fin para evitar que acabase de conocerme, ó que bajase buscándome el otro sota que cerraba las salas, mandé que me abriese la puerta para retirarme á rezar el oficio divino, y descansar un rato, pues que debia volver con el objeto de auxiliar á aquel desgraciado el resto de la noche.»

«Salí sin mas dificultad, y pasé por delante de la guardia riéndome de los sarcasmos y dicharachos de los soldados; subí hácia San Gregorio, y en la plazuela descubrí un amigo que me esperaba desde las cinco de la tarde, bien embozado, cuyos pasos seguí á cierta distancia. Ibamos por el pilar del Toro, cuando tocaron oraciones; poco mas adelante me pareció que me seguian, lo advertí á mi conductor, y sin alterar nuestro paso, que era algo vivo, pero no precipitado, entramos por la izquierda en los callejones de San Agustín, y por último salimos á la plaza de Bib-Rambla por detrás de la Catedral, y de allí fuimos á la calle del Aguila, entrando en una casa que estaban preparando para que se mudase á ella nuestra heroína. Su fiel criado nos aguardaba, y al momento se llevó las barbas, quitándome yo todo el disfraz, y poniéndome alguna ropa que saqué debajo del hábito con el doble objeto de librarla para mi uso y esencialmente con el de desfigurar mi cuerpo. Dije á mi buen conductor lo mal que me parecia aquella casa y quedó en buscar otra donde pasar la noche.»

«El plan habia sido salir al momento de Granada, mas no pudo realizarse por motivos que no son de interés.»

«Entretanto en la cárcel habian bajado preguntando por mí, por no estar en las salas, á tiempo que el sota-alcaide que me abrió las puertas, hablaba con el jaulero de la mucha semejanza del fraile conmigo, creyendo fuese hermano mio; entra en sospechas al momento; pasa á la capilla preguntando por el capuchino que acababa de salir, le contestan y repiten que no habia salido ninguno en toda la tarde; reconoce el engaño, grita, jura, se lamenta de haberme él mismo abierto las puertas, y sale volando á darme alcance. Si tal hubieran hecho luego que bajaron preguntando por mí, hubiera podido ponerme en conflicto. En seguida fué á buscarme en casa de Mariana, y desde allí á las de otros amigos con quienes sabia estaba yo relacionado.

«A poco rato de estar en la calle del Aguila, vino el criado de Mariana y me avisó que le siguiese, guiándome á casa del señor S..., que vivia en la calle de S. Anton.....»

IV.

Con tales antecedentes fácilmente se concibe que los agentes del Gobierno mirasen á Mariana con cierta prevencion, y viesen en los mas inocentes actos de su vida los hilos de vastas conspiraciones. No dudamos que en el levantado espíritu de aquella señora infortunada, se abrigase radiante y magestuosa la idea de la libertad, y que le rindiese digno holocausto en aras de su ferviente amor á la patria; pero esto, aun en aquella ominosa época, no podia constituir un delito justiciable con la pena de muerte.

Eran precisos actos externos que demostrasen el supuesto delito, y como muchas veces el encono de las pasiones acrimina los actos mas sencillos ahuyentando desgraciadamente de nuestra inteligencia la razonada imparcialidad y los inmutables principios de eterna justicia, un inesperado incidente vino á agravar la ya penosa situacion de aquella desgraciada señora.

El alcalde del crimen, subdelegado á la vez de policía, D. Ramon Pedrosa, llegó á saber por secretas confidencias ¹ que se estaba bordando en una bandera de tafetan morado, un triángulo verde dentro de la cual se leerian las palabras, LEY, LIBERTAD, IGUALDAD, formadas con seda encarnada; habiéndola mandado hacer á dos mugeres Doña Mariana Pineda, y suspendidose mas tarde el bordado de su orden, tal vez por no creerse oportuno levantar en Granada el estandarte de la libertad despues de los acontecimientos de Cádiz.

Ya fuese que la infortunada Doña Mariana desistiese de su idea y recogiese de casa de los bordadores el pedazo de tafetan á medio

¹ Segun se afirmó por aquel entonces, tuvieron éstas por base la delacion hecha por un padre de su propio hijo que incidentalmente tuvo noticia de que se estaba bordando la bandera para proclamar con ella la libertad.

bordar; ó bien (como en aquel tiempo se dijo) que el alcalde del crimen queriendo evidenciar el *delito*, hiciese llevar á sabiendas á casa de la desdichada viuda aquellos funestísimos pedazos de tela, es lo cierto que un escribano, acompañado de varios dependientes de policía, invadió la casa, y mientras los unos examinaban el piso principal en que Doña Mariana se hallaba, otro encontró la buscada bandera á medio bordar en una hornilla de la cocina del segundo piso, que habitaba Doña Ursula de la Presa, viuda del tutor D. José de Mesa.

Enterada del hallazgo la desdichada víctima de aquella insidiosa persecucion, y comprendiendo la suerte que la esperaba, el horror natural del suplicio debilitó su ánimo, y rogó á los dependientes de la *justicia* se apiadasen de ella, y la librasen del cadalso, protestando que era inocente. Las lágrimas rodaban por sus hermosas mejillas; su cabellera rubia ondeaba en abandonados rizos sobre su blanquísimo cuello; su boca entreabierta demandaba piedad; era la imagen del dolor con toda su tristísima belleza. Pero ¿qué entendían de dolor ni de sentimientos aquellos esbirros? Con brutal cinismo contestaron á los ruegos de la infortunada; y bien pronto un nuevo personage vino á aumentar el horror de la escena. El alcalde del crimen, Pedrosa, aquel hombre de funesto recuerdo para los granadinos, se presentó inmediatamente á recibir declaracion inquisitiva á la desdichada víctima, que contestó negativamente á cuantas preguntas se la hicieron acerca del origen y pertenencia de la bandera. Infructuosos fueron todos los esfuerzos que el *imparcial* juez hizo, para que Mariana revelara los cómplices de la conspiracion: en vano le ofreció Pedrosa suavizar el rigor de la *Ley*, sintiendo en su sangre, mas que en su corazon de roca, impúdicos deseos ante la espiritual hermosura de su víctima. Esta con una heroicidad, que casi pudiéramos decir sin ejemplo, y dándolo á muchos hombres, que cobardes en tales momentos no vacilan en salvarse perdiendo á sus compañeros, recobrando su noble energía, negóse resueltamente á nombrar á uno solo de los buenos patricios que luchaban, como únicamente puede lucharse en esas épocas de despotismo, por conquistar la libertad para su patria,

y rechazó indignada las vergonzosas ofertas de aquel *togado* jefe de policía.

Tan digna, tan heroica conducta, avivó mas y mas el enojo de éste, y decretó inmediatamente el arresto de Doña Mariana en su propia casa, bajo la custodia de varios esbirros.

A los pocos dias logró fugarse, disfrazada con el vestido y mantilla de Doña Ursula; pero cerca de la casa fué alcanzada en su huida, volviéndola brutalmente á su prision, y redoblando lá vigilancia con que era custodiada.

El mal éxito de aquella tentativa de evasion, produjo en el ánimo de Mariana un abatimiento tan profundo, que enfermó gravemente, hasta el punto de caer postrada en el lecho del dolor; pero Pedrosa, sin respetar su estado, ni el dictámen de los médicos, la arrancó de la cama, conduciéndola enferma al Beaterio de Santa Maria Egipcíaca, donde podia estar mas escrupulosamente vigilada. Muchos fueron los padecimientos que en aquella tristísima mansion sufrió Mariana, sujeta á una severa disciplina monástica, privada de toda comunicacion con sus deudos y amigos, sufriendo privaciones de todo género, y sin otro amparo que el que Dios enviaba á su atribulado espíritu. Fortalecida con él, bien pronto la natural dulzura de su carácter cautivó el afecto de aquellas hermanas, á quienes edificaba con sus humildes y religiosas prácticas. ¡Cuántas horas pasaba de rodillas ante la imagen de la Virgen de los Dolores, á la que profesaba especial devocion, implorando gracia, no para ella, sino para sus pobres hijos que presentia iba á dejar sumidos en la mas abandonada horfandad!

La causa entretanto adelantaba rápidamente; y llegó un dia terrible, el dia en que se le notificó la acusacion fiscal, que inspirada por Pedrosa, pedia para la desgraciada víctima la PENA DE MUERTE, en nombre de la vindicta pública!!!...

Horrible documento, escrito sin nociones siquiera, ni la mas remota idea de la justicia y del derecho, sin la legítima apreciacion del resultado del sumario, sin mas criterio que el de una vergonzosa, criminal y baja adulacion al tiránico poder del Rey, y que vamos á

copiar en este sitio para lanzarlo á la execracion de la historia y de la humanidad. — Dice asi aquel repugnante escrito, cuyo language es digno de su contenido.

«El fiscal de S. M. en vista de este sumario en que se trata de un «delito el mas horroroso y detestable, como del encuentro y apren- «sion del signo mas decisivo y terminante de un alzamiento contra la «soberanía del Rey N. Sr. y su gobierno monárquico y paternal, dice: «Que indudablemente aparece comprobado el cuerpo del crimen de la «mayor y mas intensa gravedad con la aprension del tafetan morado, «cuyo trazo y signos que comprende y que por una afortunada casua- «lidad acaban de aclararlos las letras ó caractéres sueltos, y la plan- «tilla ó modelo de sus tres lemas que fueron aprendidos, presentan la «forma de una bandera que sirviese de señal ó alarma para un go- «bierno revolucionario: y acerca de los perpetradores, cómplices y «ocultadores de tan infernal como horrorosa trama, y aun de la eje- «cucion de aquel signo convincente de su existencia, presenta el su- «mario proporcional y respectivamente el conocimiento mas apreciable «contra los inculcados en él.»

«Se ofrece al exámen y juicio del tribunal, uno de aquellos delitos «que por sus circunstancias y modo tenebroso y de extraordinaria «reserva con que se maquina hasta el momento de estallar, es sus- «ceptible de prueba privilegiada, la cual en tales casos produce segun «derecho la misma virtud y valor que la mas solemne y acabada.»

«La indicada bandera, señal indubitada del alzamiento que se for- «jaba, se halló y fue aprendida con los demas caractéres que habian «de completar su forma, dentro de la casa que habitaba Doña Mariana «Pineda, cabeza ó principal de ella; y al modo que la ley recopilada «hace responder del homicidio al morador de la casa, si en esta se «hallase muerto un hombre, salvo su derecho para defenderse si «pudiese; esta misma responsabilidad obra contra la Doña Mariana, «teniéndosela legalmente por autora del horroroso delito, motivo de «este proceso: y tanto mas urgente se hace este cargo y responsabi- «lidad legal, cuanto que en la casa de aquella no era desconocido el

«carácter y objeto criminal de la mencionada insignia, pues que
«resulta que Doña Ursula de la Presa, habitante en la misma casa, y
«á quien en ella tenia recogida la Doña Mariana, aun dispensándole
«el título de madre, luego que entendió que dentro de la misma casa
«se hallaban los dependientes de policía, trató de ocultar el cuerpo del
«delito, que al fin entregó con sorpresa, suponiendo haber oído una
«voz que le previno lo quitase de en medio, y rogando al dependiente
«aprensor, hiciese lo posible por no perder á la familia de la casa.»

«La conducta criminal de la Doña Mariana por su exaltada adhe-
«sion hácia el sistema constitucional revolucionario, y por su relacion
«y contacto con los anarquistas expatriados en Gibraltar, y por lo que
«tambien tiene proceso pendiente, segun se informa por el señor sub-
«delegado de policía, y aun ella misma tiene contestado, es una indi-
«cacion indestructible y del mas apreciable enlace con la perpetracion
«del delito que se persigue, y para tenerla por uno de sus principales
«autores: y el hecho mismo de haber emprendido su fuga de la prision
«que le fue constituida en su casa, y cuyo descargo es por sí mismo
«despreciable, la presenta confesa segun la ley en el delito de que
«procedia su prision, y con doble motivo porque intentó seducir ó
«cohechar al dependiente que la custodiaba, y que la dió alcance en
«su fuga, diciendo á éste que la dejase ofreciéndole *que se fuese con*
«*ella y le haria feliz*: de forma que de todo ello se deduce que la
«Doña Mariana Pineda se halla legalmente convencida de la perpetra-
«cion del atroz delito de que se trata; como de maquinaciones por
«actos de rebeldía contra la autoridad soberana del Rey N. Sr., ó sus-
«citar conmocion popular que ha llegado á manifestarse por un acto
«preparatorio de su ejecucion, como se designa en el artículo 7.º del
«Real decreto de 1.º de Octubre del año próximo pasado, y que por
«consiguiente es merecedora de la pena capital que en el mismo artí-
«culo se fija.»

Al notificarse este escrito incalificable á Doña Mariana, ni una
queja, ni una palabra de enojo salió de sus labios. En su elevada inte-
ligencia no podia caber la idea de aquel asesinato jurídico, y debió

considerar como una amenaza mas para que descubriese á sus compañeros la acusacion, cuando exclamó al nombrar sus defensores ¹,

¹ Fueron estos, como abogado, D. José Escalera, y como Procurador, D. Francisco de Paula Mendez.

Despues de haber trascrito á la letra la acusacion fiscal, copiamos á continuacion la defensa de Doña Mariana Pineda hecha por el abogado D. José Escalera. «Ciertos es que el delito de que se trata, es de los mayores y mas graves, y que exige por las leyes el mas ejemplar castigo: cierto es tambien que la llamada bandera, letreros y demas encontrado, son cuerpo de delito: é igualmente lo es que la aprension de todo ello se ejecutó en la expresada casa como vá referido; pero no lo es que mis defendidos sean autores ni cómplices del atroz delito que se les imputa, porque sobre ello no hay una prueba cierta, y sí muchas dudas que impiden la claridad que exigen las leyes del reino, para que se imponga la pena del último suplicio, ni la inmediata, sin embargo que sea por las mismas privilegiada la tal prueba, porque es bien sabido que ha de ser efectiva y cierta aunque de menos solemnidad, y que no bastan para ello en el caso propuesto, los meros indicios, sospechas ni presunciones que resulten contra los procesados.»

«El hecho es que en la tarde del 18 de Marzo pasado de este año se presentaron en la casa de Doña Mariana Pineda, el celador de policía D. Pedro Fernandez, el dependiente Juan Díaz con otros, y el escribano D. Mariano Sanchez: que á su entrada encontraron sentado junto á la puerta de la antesala del piso principal, al sirviente de la Doña Mariana, Antonio José Burel, y así permaneció, y á la Doña Mariana en dicho piso y habitacion principal: que al momento el dependiente Díaz subió al segundo piso, otro se colocó al lado del Burel en su custodia y observacion, y el Fernandez, escribano y demas, entraron en la habitacion de la Doña Mariana, y á presencia de ésta hicieron el mas escrupuloso registro; y nada encontraron que indujese la menor sospecha; que, segun dice el Díaz, al subir él mismo al segundo piso, se le presentó Doña Ursula de la Presa que estaba en él, (esta es una señora mayor que crió desde niña á la Doña Mariana, á quien esta le llamaba madre) rogándole que por Dios le favoreciera, y le daria hasta la vida, y preguntándole sobre qué, le contestó que era una poca de tela que tenia, y sacó de una sobremesa un lio de papeles con un pedazo de tafetan, los que guardó el Díaz, y le dejó el tafetan á la Doña Ursula creyendo fuese algun trapo suyo: que la misma lo tiró inmediatamente á la sombrerera de donde habia sacado el lio: que concluido el registro de la habitacion principal, subieron al segundo piso el celador Fernandez y escribano, é instruidos por el Díaz de lo ocurrido, registró el Fernandez, y sacó el mencionado tafetan de debajo de una hornilla: que dicho tafetan resultó ser morado, de dos varas y tercia poco mas de largo, y vara y cuarto de ancho, con un triángulo de color verde fijado en el centro, y algunas letras á los lados de él; unas bordadas de sedá color carmesí, y otras trazadas y sin bordar, y un bando corrido á las orillas del tafetan con hilos pendientes, que demostraban estar recién quitado del bastidor de bordar: que los papeles recogidos por el dependiente Díaz eran tres con letreros con tinta encarnada, sus letras de igual tamaño que las bordadas y decian: *Libertad, Igualdad, Ley*: y ademas otras letras sueltas de las que forman dichos letreros, y del mismo tamaño, hechas de carton, como para modelo ó molde de bordado, siendo las ya bordadas algunas de las de los dichos letreros. Que examinada la Doña Ursula declaró que estando en su cuarto en dicha habitacion alta, leyendo en sus libros espirituales, cuando entró la policía en la casa, oyó una voz (no se sabe de quien) que dijo: quite V. ese lio de ahí: que salió de su cuarto, pasó á la cocina y vió un lio sobre la cantarera, lo tomó y teniéndolo en la mano, subió el dependiente Díaz á quien lo entregó. La Doña Mariana, el sirviente Burel y las dos criadas que habia tambien en la casa, niegan en sus respectivas declaraciones haber dado ni oído la voz que espresa la Doña Ursula, é igualmente niegan haber visto antes en la casa el tafetan y letreros mencionados, y el que supiesen que existian en ella, ni quien los habia llevado: resulta asimismo que la Doña Mariana no sabe bordar, y que en la casa no habia, ni se halló bastidor alguno, pues ademas del mencionado registro se hizo embargo de cuanto existia en ella. A lo expuesto se agrega que al principio de la mañana del 21 de Marzo se fué á la calle la Doña Mariana, y el dependiente Díaz, que estaba de guardia en la casa, en la cual se le constituyó despues en el mismo día en formal prision con dos alguaciles de guardia, retirándose los dependientes de policía que habian estado hasta entonces; y que contra la Doña Mariana y el Burel su criado, habia otro proceso pendiente por las relaciones que tenia aquella con los anarquistas de Gibraltar y reos de conspiracion, presos en las cárceles de esta ciudad, y contra el Burel porque era su confidente, y que le sacaba las cartas del correo que para la misma venian con sobres supuestos.»

«Con presencia de todo ello puede decirse con verdad que lo primero que en toda causa ó proceso debe resultar bien comprobado, que es el cuerpo del delito por que se procede, no lo está en la presente, puesto que no es indudable ó cierto positivamente que el tafetan aprendido constituya ó forme una bandera y bandera de alzamiento, conspiracion ó revolucion: lo uno porque aun no estaba hecha la bandera, y por consiguiente aun no lo era, y lo otro porque el emblema del triángulo verde fijado en su centro, demuestra que su destino era mas bien para adorno de alguna lógia francmasónica: y acerca de este delito, que es de otra especie, solo serán reos los que lo sean, y se reúnan, y los cojan, pero no los que formen cosas y borden sus atavíos, y menos las mugeres, que así como no pueden ser obispos ni confesoras, tampoco pueden ser francmasonas: por lo mismo el calificar de bandera revolucionaria el

con apenadora confianza. «¿No es verdad que tengo el cuello muy corto para ser ajusticiada?»

«tafetán aprehendido por solo los letreros, de los cuales solo dos están empezados á bordar, es tan aventurado, como lo sería estimar «envenenado á todo difunto que tuviese las uñas moradas, ó alguna otra señal de las que produce el veneno; siendo así que muchos «se mueren sin tomar otro que el que tenían en la masa de sus humores, propio ó adquirido, ó el de las medicinas que les recetan; «y porque hay muchas cosas que se equivocan con otras, así como el insultado con el muerto, el hipócrita con el hombre de bien, la «*«venganza con la rectitud, la ignorancia y la cobardía con la prudencia, y la tontería con la santidad.»*

«Todo esto es de presumir que lo tuvo presente el señor Gobernador de las salas del crimen, y que por ello usó la agudeza satírica «en su oficio dirigido á V. S. con fecha 19 de Marzo, de llamar al tafetán aprehendido bandera tricolor, en lugar de revolucionaria. «pues no podía ignorar S. S. que no toda bandera de tres colores es la llamada tricolor porque los de ésta son azul, blanco y encarnado, y los que se ven en el tafetán son encarnado, morado y verde, y así también por igual razón, no todo lo que forma tres es Trinidad, pues no lo son los tres números de un terno de lotería, ni los enemigos del alma, que eran tres antiguamente, aunque ya se «cuentan por gruesas como los del cuerpo, y los de la *«tranquilidad y felicidad del género humano. A ello se agrega que para un alzamiento ó revolución no hay necesidad de banderas, sino de armas y gente, y así es que en las muchas revoluciones que contamos, unas «por desgracia y otras por fortuna, no habrá quien diga con verdad que sirvió de señal ninguna bandera: y no habiendo en el caso «presente, ni armas, ni gente dispuesta ó alistada para alzarse ó revolucionar, la llamada bandera es un trapo insignificante. Por otro «concepto el legislador trata de contener con las graves penas que establece contra los conspiradores la ambición de los hombres que «las promueven para tomar destinos. ¿Y cuál podría esperar la Doña Mariana Pineda, ni la vieja Doña Ursula? ¿Sería acaso por la «iglesia, por la toga ó por la milicia? ¿Qué interés, pues, podía moverlas á tal atentado? A la verdad ninguno.»*

«Mas sin embargo la parte fiscal acrimina severamente á una y otra.» Habla el defensor del tanto de culpa de Doña Ursula y en «seguida continua.

«En cuanto á la Doña Mariana Pineda puede decirse que aun es menor, si cabe, la prueba que resulta de la criminalidad que se le «atribuye, porque ni la llamada bandera, ni los letreros se le aprehendieron en su persona ni en cofre ó cómoda suya, ni en su habitación, ni puede decirse con fundamento que sean obra de sus manos las letras bordadas del tafetán, porque no sabe bordar, y porque «en la casa no se halló bastidor alguno, ni otro indicio de que allí se había bordado, cuya ocultación tampoco es de presumir, porque «era inútil dejando el tafetán y letreros, y siendo mas fácil y urgente esconder estos, que no un mueble que por sí solo no producía «sospechas; ni además se convence que la Doña Mariana supiera existían en su casa el dicho tafetán y letreros, ni el que diese la voz «ó aviso que oyó la Doña Ursula para que ésta los ocultase; y si mas bien que no pudo ser aquella, porque los dependientes de policía «que hicieron la aprehensión, no la perdieron de vista desde que entraron en la casa, y precisamente la hubieran oído ó entendido, «puesto que la Doña Mariana estuvo en la habitación principal, y ellos también, y la Doña Ursula en la mas alta, que está sobre aquella; y como pudo ser que la voz ó aviso la diese otra persona de las que á la sazón había en la casa, no procede por ello legalmente «contra la Doña Mariana la sospecha de haberla dado. A ello se agrega que no hay prueba alguna de que el referido tafetán fuese «para formar con él la bandera llamada revolucionaria, ni aun cuando para ello fuese, que se niega, el haberse aprehendido en casa «de la Doña Mariana no constituye por su mera existencia el acto preparatorio de ejecución del grave delito de rebeldía contra nuestro «soberano, ni el de conmoción popular de que habla el artículo 7.º del Real decreto de 1.º de Octubre del año próximo pasado, para que «se pueda imponer la pena en él señalada á la D.ª Mariana Pineda, por dos razones: por la ignorancia de esta ley, (de cuya noticia ó «conocimiento no se le ha interrogado) pues siendo como es muger la referida, le basta solo alegarla para que sea atendida y la es- «cusa por derecho; y la segunda porque los tales actos preparatorios deben ser de los necesarios á la rebeldía ó conmoción popular, y «no bastan los contingentes ni equívocos, y porque además han de ser completos ó perfectos; pues ya está dicho que el tafetán apren- «dido podría haberse formado con otro fin ú objeto; esto es, para otro uso que el de bandera revolucionaria: que las tales banderas no «son precisas ni aun necesarias para las revoluciones; y que aun cuando con el repetido tafetán se hubiese pensado en formar seme- «jante bandera, se observa desde luego que no estaba formada, ni concluido el adorno ó distintivo de sus lemas, pues faltaban por «bordar mas de la mitad de ellos, y por consiguiente que sin estarlo se quitó del bastidor, del cual es bien sabido que no se separa lo «que se está bordando hasta que se concluye, porque se desperfecta, y no puede despues continuarse bien, faltando el primer ati- «ranteado que tenía la tela: y cuando se quitó á medio bordar, sería por algo seguramente. ¿Y no es posible que fuese porque el autor «de esta obra se arrepintiera y desistiese de su empresa, y que tratara de conservar el tafetán para aprovecharlo descosíéndole y qui- «tándole lo que tenía bordado? Y si así fuese, porque es posible que lo fuera, y porque no hay prueba alguna en contrario, ni la hay «tampoco de que por otra causa se quitase del bastidor el tafetán antes de concluir el bordado, ¿cuál sería el delito del que lo eje-

Reducido á un breve plazo el término de prueba; concedidas solo veinte y cuatro horas para que el abogado defensor se impusiera del

«¿cómo podrá bajo de estos supuestos tan racionales y prudentes constituir en buena filosofía acto preparatorio perfecto ó completo de rebeldía ni de conmoción popular la mera existencia del tafetan aprehendido en la expresada forma? No es posible, sin embargo, de que se extime que hay alguna responsabilidad en la persona de cuyas manos se aprehendió. Así como no se extimarán tampoco, sino es disparatando, acto preparativo completo ni perfecto de un homicidio, el resolverse á ejecutarlo, tomar armas, dirigirse con ellas á buscar ó á esperar en sitio fijo al que había de matarse, pero que arrepentido de ello el que lo hacía, se volvió sin haber llegado al sitio en que debía esperar ó acechar, y en el camino, ya de vuelta, fuese aprehendido por la justicia; al contrario, con razón podría extimarse que el acto preparatorio del supuesto homicidio era completo, si habiendo llegado el figurado homicida armado al sitio en que había de esperar á acechar para ejecutar la muerte se le aprehendiese en él, esperando ó acechando con las armas preparadas. Y por otro concepto, los delitos y delincuentes, así como las virtudes y los virtuosos, no se deben calificar por el exterior que presentan, porque no es lo mismo parecer criminal que serlo, así como tampoco es lo mismo ser *justiciero que justo*: pues entre uno y otro hay mucha diferencia. Mas sin embargo de todo ello, que es tan claro y sencillo, y tan fácil de comprender, la parte fiscal acrimina á la Doña Mariana por dos conceptos, ambos en él, de presunciones de ley: el primero lo funda en el hecho de la aprehensión ejecutada, porque se hizo en la casa morada de la Doña Mariana, y porque esta como cabeza de ella debe responder, y para demostrarlo, hace comparación de lo prevenido en la ley del fuero y recopilación acerca del hombre muerto ó herido que se hallare en alguna casa, y no se supiese quien le mató ó hirió; pero este argumento de comparación no podrá menos de observarse que no es tan exacto como se supone, por muchas y poderosas razones; entre otras porque no es tan fácil matar sin veneno á un hombre en una casa sin que lo entienda el dueño de ella, y que pueda designar quien lo mató, como el introducir y colocar en algún sitio de ella un trapo y unos papeles de poco bulto ú volumen, sin que lo vea ni entienda el dueño de la casa, bien sea por los domésticos de ella, ó por otra persona de las que concurran á la misma, ó por las dos cosas, porque la indicada prevención de la ley recopilada que produce la notada sospecha y el cargo á ella consiguiente, se ciñe y limita al homicidio de que trata; no se contiene en el Real Decreto citado de 1.º de Octubre del año próximo pasado, y en ampliación de aquella á éste; y con tan diverso objeto, es improcedente y odiosa en derecho; y sobre todo porque la antedicha ley recopilada solo ordena que el morador de la casa sea tenido de responder de la muerte, pero no que muera por ende ni por allendo. Y la misma respuesta que podía dar el morador de la casa donde se hallase el muerto, si aquel fuese manco de ambas manos, ó estuviere de otro modo impedido y en imposibilidad de dañar á nadie, es la que debe dar Doña Mariana Pineda á la reconvención que se le hace por el *medio muerto* que se halló en su casa, puesto que no puede ser obra suya porque no sabe bordar. A que se agrega que en ninguno de los artículos del citado real decreto se establecen reglas algunas para la calificación del delito de que se trata, ni para la de sus autores y cómplices: y por ello es visto que en esta parte debe estarse á las comunes establecidas por derecho. Según estas es bien sabido que no se conceptúan autor ni cómplice de delito alguno al que no lo comete ni tiene parte en su ejecución; y para extimarle delincuente es necesario que se pruebe en bastante forma lo uno y lo otro, y también que tenía el debido conocimiento de lo que hacía, y la libertad necesaria, porque sin esta ni aquel no hay verdadero delito ni delincuente, así como tampoco hay pecado con respecto á la conciencia: y de estas verdades que son bien sabidas, se podrían poner muchos ejemplos que fuesen á propósito en el caso presente; entre otros se ocurre uno que no sería muy difícil se presentase; tal es el caso, en que bien la antedicha bandera ú otro trapo semejante se hubiera aprendido á una bordadora de ejercicio, estándole bordando por encargo de persona para ella desconocida, puesto que la había pagado su trabajo y que ni la tal persona ni otra alguna le hubiese manifestado ó descubierto el emblema y significado de lo que hacía, ni tampoco la dicha bordadora pudiera por sí entenderlo por no saber leer, puesto que para bordar letras, no es preciso conocerlas, ni otra cosa mas que tener su modelo; siendo el bordarlas, para quien no las entienda, lo mismo que bordar un adorno á una flor: en cuyo caso es bien claro que no podría extimarse en verdad y justicia autor ni cómplice á la tal bordadora, de tan grave delito: porque en la operación material de lo que hacía, faltaba en ella lo esencial de obrar á sabiendas, que se exige tan debida y necesariamente en todas las leyes penales para la calificación de los delitos, sus autores y cómplices.»

«Ahora bien: ¿qué prueba resulta contra la Doña Mariana Pineda de ser autor ni cómplice del supuesto delito? ¿Cuál resulta tampoco de que supiera que el tafetan y letreros aprehendidos existían en su casa? A la verdad ninguna: y por consiguiente falta en ello lo mas esencial para poder extimarle legalmente autor ni cómplice del delito porque se procede. El segundo de los notados conceptos en que se funda también la acriminación fiscal contra la Doña Mariana Pineda, consiste según lo alega, en que el mero hecho de haber emprendido su fuga de la prisión que le fué constituida en su casa, la presentaba confesa según la ley, en el delito de que procedía su prisión, y mas porque intentó seducir ó cohechar al dependiente Mariano Rodríguez que la custodiaba, y que la dió alcance en

proceso é hiciere la defensa por escrito; y negada la vista en estrados públicos, fácil era prever el resultado. D. Ramon Pedrosa impuso á

«su fuga, como lo espresa él mismo en el parte que dirigió al señor subdelegado de policía en el propio día de la ocurrencia, 21 del «citado marzo, exponiendo, que estando encargado en compañía del otro dependiente del ramo Juan Diaz, en la custodia de la Doña «Mariana, y habiendo salido el Diaz en la mañana del citado 21 á comprar á la plaza con la criada, trató de fugarse la Doña Mariana «verificando su salida por la puerta principal, que abrió con mucho silencio, valiéndose de la ocasion en que el Rodriguez miraba el «empedrado que se estaba haciendo en el patio; que habiéndola echado menos, salió en su busca á la calleja inmediata, en la cual «habiéndola alcanzado, trató de convencerlo á que la dejase, ofreciéndole se fuese con ella y lo haria feliz, á que respondió se dejase de «ofertas, y la condujo otra vez á la casa; pero esto último no tiene mas apoyo que el dicho del citado dependiente, y como además de «ser singular, recae en favor suyo, porque pondera y recomienda su fidelidad y desinterés, y cede tambien en perjuicio de tercero, «por uno y otro no constituye prueba legal: y en cuanto á la fuga, mi parte ha contestado que nunca trató de ejecutarlo, y á la ver- «dad si hubiera querido huirse, tuvo, segun declara la misma, otras ocasiones de hacerlo con mas probabilidad: aunque se agrega que «para extimarla confesa segun ley, por el hecho propuesto de haber quebrantado la prision, lo que no es tan corriente como se supone, «era necesario que en ella se la hubiera constituido expresa y formalmente, y que esto se le hubiera notificado, y ni lo uno ni lo otro «resulta de los autos, pues lo que aparece es, que en el mismo día 21 de Marzo en que se ejecutó el registro de la casa y la aprehen- «sion del tafetan y demás, despues de recibida declaracion á la Doña Mariana, Doña Ursula, Burel y sirvientas, se dió providencia «mandando entre otras cosas que se arrestase en la cárcel de córte á Antonio José Burel, sirviente de la Doña Mariana, encargando al «alcaide lo tuviera incomunicado, y que por ahora atendiendo S. S. á que la Doña Mariana no tenia persona propia que se encargase «de su casa, subsistiese en ella, asi como Doña Ursula y las dos criadas, con dos dependientes que las custodiasen á costa de los pri- «meros, los que impidieron toda comunicacion con personas de afuera; pero ni esto es auto formal de prision, ni aun cuando lo fuera «resulta que se le notificase á la Doña Mariana. Ciertó es que despues de ello, y pasada la causa al Sr. D. Gregorio Cernelo, proveyó «otro auto S. S. en el 21 del propio marzo mandando entre otras cosas, se condujese á la cárcel de córte á la Doña Mariana Pineda, «Doña Ursula de la Presa y sus dos criadas; mas tampoco resulta que este auto se notificase á la Doña Mariana, y sí que habiendo pa- «sado enseguida el mismo señor con los dependientes de su juzgado y otras personas á la habitacion en que se hallaba la Doña Maria- «na, se encontró que estaba en cama al parecer enferma, segun manifestó, é imposibilitada de levantarse; por lo cual se mandó se reco- «nociera por facultativos, quienes expresaran si estaba en estado de ser trasladada á la dicha cárcel: enseguida de esta providencia, se «recibió declaracion á la Doña Mariana, en la cual se le preguntó si sabia ó presumia el motivo de hallarse arrestada, y si sabia ó «presumia el motivo porque se le iba á recibir dicha declaracion; y al final de ella se le preguntó tambien si alguna vez habia sido «presa ó procesada, y contestó que lo habia sido una sola, por una declaracion falsa en la causa que se seguia por la policía, titulada «de infidencia: á seguida se recibió otra declaracion á la Doña Ursula, acto continuo declararon los facultativos, y se proveyó auto por «dicho señor Juez en que dijo, que mediante á lo que manifestaban dichos facultativos en su anterior declaracion, se suspendiese por «ahora la traslacion á la cárcel de córte de las Doña Mariana y Doña Ursula, las que quedaron en clase de presas é incomunicadas en «la casa donde se hallaban: que se les hiciera saber guardasen el método que les habian impuesto los facultativos (con otros particu- «lares), y que para seguridad de las mismas, quedasen de guardia en sus casas dos alguaciles del juzgado, retirándose los dependen- «tes de policía que lo habian estado hasta entonces: á seguida y segun diligencia del receptor, se hizo saber á la Doña Mariana y Doña «Ursula el particular del auto que antecede, en cuanto á ellas correspondió, y á continuacion se condujeron á la cárcel de corte á las «sirvientas María Roman y Cármen Sanchez, y se recibió en ella declaracion al Antonio José Burel y á las mismas.»

«Todo lo referido se practicó, como queda espresado, en el 21 de Marzo, y á continuacion se une á los autos el antedicho parte que «habia dirigido al señor subdelegado de policía, el dependiente del ramo Mariano Rodriguez, con fecha del mismo día 21, segun que- «da ya referido; y con presencia de todo ello se descubre bien claramente que no hay la fuga de arresto ó prision que se supone, «puesto que la salida que la Doña Mariana hizo de su casa en la mañana del propio día 21, y á la hora de estar su criada y el depen- «diente Diaz comprando en la plaza la vianda, precedió al citado auto de prision, que se proveyó despues en el mismo día: lo cual se «convence con solo atender á las muchas actuaciones que se obraron en dicho día en la casa de Doña Mariana, estando ésta desde el «principio de ellas postrada en cama, de la cual no volvió á levantarse, y que á la conclusion de dichas diligencias, y despues de pro- «veerse el mencionado auto de prision, se encargó la custodia de la Doña Mariana y Doña Ursula á los alguaciles Pedro García, Fran- «cisco de Leon, Félix Merino y Fernando Cámara, para que cada día quedasen de guardia dos de ellos: se hizo saber tambien acto con- «tinuo su despedida á los dependientes de policía Juan Diaz y Mariano Rodriguez, y á seguida fueron conducidas á la cárcel de córte la «María Roman y Cármen Sanchez por los alguaciles Pedro García y Francisco Leon, quedando por consiguiente de guardia en las ca-

Mariana la pena de muerte; y consultada la sentencia con la sala de alcaldes de la Real casa y corte, vióse el proceso á puerta cerrada sin citacion ni audiencia de parte, y como era de esperar, quedó confirmado el inícuo fallo.

V.

Divulgada bien pronto por la ciudad la fatal nueva, un sentimiento de horror se apoderó de todos los corazones, que nunca pudieron esperar en aquel lúgubre drama tan sangriento desenlace.

Temerosos los delegados del gobierno de que estallase la justa indignacion en las masas populares, redoblaron su vigilancia por los alrededores del Beaterio de Santa María Egipciaca, y en breve el juez delegado pasó á extraer á la infortunada víctima para conducirla á la capilla de la cárcel baja.

La desdichada viuda presintiendo toda la intensidad de su infortunio en cuanto previno el juez que la siguiese, arrodillóse ante la sagrada imágen de la Virgen pidiéndola amparo para sus hijos; des-

«sas de la Doña Mariana, los otros dos alguaciles Félix Merino y Fernando Cámara: por consiguiente tambien antes que esto sucediera «ni que relevase á los dependientes de policía, fué cuando ocurrió que la Doña Mariana saliese de su casa, puesto que el Mariano Rodríguez, uno de estos dependientes, fué el que la aprendió y trajo otra vez á la casa, y por último se convence mas, que antes de dicha salida no estaba la Doña Mariana constituida por providencia en formal prision ni arresto, y que este ni aquella estaban decretados en el antedicho primer auto de 18 de Marzo, ó que al menos se extimó así, puesto que se proveyó despues la espuesta prision en «el otro citado de 21 del propio Marzo.»

«Se funda tambien la acusacion fiscal con respecto á la Doña Mariana, en el mérito de la otra causa formada y pendiente contra «la misma por su exaltada adhesion al sistema constitucional revolucionario, y por sus relaciones y contacto con los anarquistas espatriados en Gibraltar: mas acerca de esta asercion solo puedo ó debo decir, que es cierta la formacion de dicha causa, pero que no «se tiene á la vista y que si en ella está el mérito que se alega por la parte fiscal, en la misma se halla tambien por escrito la defensa «de Doña Mariana Pineda, y sin tener presente ni uno ni otro, seria aventurado cuanto aqui espusiese con referencia á aquella causa: «mas sin embargo, no debo omitir, en primer lugar, que no seria tan grave como se pondera el mérito de aquella causa, puesto que «estando aun pendiente, se hallaba la Doña Mariana en libertad al tiempo de formarse la presente, ó al menos disfrutaba de ella públicamente. Y en segundo, que ciertos acontecimientos y circunstancias fatales son los que han hecho que á la referida se le tenga «por algunos en un concepto que no merece. Por deber y por caridad, ha dado pasos y gestionado la misma en favor de algunos desgraciados; y por no haber accedido á pretensiones de otros sugetos, se ha adquirido y tiene algunos enemigos; y no seria extraño que «estos se hayan propuesto llevar su resentimiento y venganza hasta el extremo de arruinarla.» Concluye afirmando que no merece ser defendida la pena pedida por el fiscal, y pasa á hablar de los demás procesados.

pidióse tiernamente de aquellas hermanas, y momentos despues era conducida en un carruaje y acompañada del juez hasta la cárcel. Levada al piso principal, le fué notificada la fatal sentencia, y aun cuando por un momento brotaron de sus labios algunas palabras de enojo, bien pronto volvió la tranquilidad á inundar su espíritu de cristiana resignacion.

Pasó á la capilla, estancia lóbrega, sombría, miserablemente amueblada y llena de asquerosos insectos, donde habia de permanecer durante las últimas horas de su vida.

Esperábala el P. Fray Juan de la Hinojosa ¹, del órden de San Francisco (que por una estraña coincidencia fué el que la bautizó en la parroquia de Santa Ana), pero ella pidió que la acompañase en la capilla su confesor D. José Garzon, cura de la iglesia de la Virgen de las Angustias. Conferenció largo espacio de tiempo con este ilustrado y virtuoso sacerdote, que no la abandonó un momento. Habló tambien con el P. Hinojosa y varios hermanos de la caridad, y manifestando siempre una cristiana resignacion, se prosternó ante su director espiritual, haciendo la confesion ingenua de sus pecados.

Transcurrian en tanto rápidamente las horas, y en vano se esperaba el ansiado perdon...

Al segundo dia de capilla, recibió el pan eucarístico con gran fervor religioso, y momentos despues manifestó deseos de hacer testamento, lo cual le fué bárbaramente negado, á pretexto de que no tenia bienes de que disponer por hallarse todos confiscados. Entonces pidió al menos papel y tintero para hacer varias declaraciones acerca de su perdida fortuna, en que estaban interesadas otras personas, y despues de dictar algunas palabras al alcalde mayor, que pretendió servirla de amanuense, como le viese en extremo angustiado y congojoso, hasta el punto de no poder trazar los caractéres sobre el papel, cogió tranquilamente la pluma, y escribió con mano segura las declaraciones que deseaba acerca de asuntos pecuniarios, suplicando entregasen

¹ Aseguróse por entonces que este fraile aconsejó á Doña Mariana, revelase los nombres de los que debian alzar la bandera de la libertad como medio seguro de salvar la vida, pero que la ilustre víctima lo rechazó indignada.

á su hija Luisa una sortija de brillantes , que habia usado casi constantemente ; deseo que para vergüenza de la persona en quien consistiera , no llegó á realizarse , á pesar de tan solemne y respetable súplica.

Luego escribió una tiernísima carta á su hijo rogándole que jamás abandonara á su hermana Luisa , y otra por último á su tío D. Pedro la Serrana , (condenado á la sazón á presidio por sus opiniones liberales) encomendándole la tutela de los infelices huérfanos. La amargura , el infinito dolor de aquellas cartas , última caricia y última bendicion de una madre , no consiguieron detener los feroces instintos de sus perseguidores , que las inutilizaron de orden del juez , *por los términos en que estaban concebidas...*

Despues de pasar algunas horas la desgraciada viuda entregada á ejercicios piadosos, y de haber descansado breves momentos , si descanso puede llamarse al sueño febril de un condenado á muerte, amaneció el dia 26 de Mayo de 1831 , que fué el último de aquella combatida existencia. En tan terribles instantes demostró una serenidad verdaderamente heroica , y sus últimos y mas tiernos recuerdos fueron , como no podia menos de suceder , para sus hijos.

Los pesados cerrojos de las puertas de la capilla rechinaron fatídicamente : crugieron los rastrillos , para dejar paso á la víctima , y momentos despues se puso en marcha la lúgubre comitiva.

Las calles del tránsito estaban desiertas. Las casas abandonadas por sus moradores , que huian horrorizados de aquel verdadero crimen. El pavoroso silencio de la muerte , se percibia hasta en los mas apartados estremos de la ciudad.

Entre tanto la plaza del Triunfo , lugar entonces señalado para las *ejecuciones* , veíase ocupado por numerosas fuerzas de infantería y caballería. La humanidad cuando destruye se complace en desplegar un lujo de fuerza material, que irrita y apena al mismo tiempo.

Al lado izquierdo de un monumento cristiano , dedicado á la Virgen , que se levanta en medio de la gran plaza , alzaron aquellos verdugos , otro fúnebre monumento destinado á la muerte. Negras baye-

tas cubrian el tablado ¹, hácia el que caminaba la desgraciada víctima, con la cristiana resignacion de los mártires.

El hermoso cielo granadino estaba cubierto por cárdenas nubes, que los encontrados vientos aglomeraban sin cesar sobre aquel lugar de desolacion. Mariana subió al cadalso acompañada de su confesor, que en vano procuraba reprimir su llanto, y despues de reconciliarse la vez postrera, sentóse en el fatal banquilo.

Un momento despues las campanas de la cercana iglesia, anunciaban con su lúgubre clamor, que un alma entraba en el seno inmenso de la eternidad...

VI.

Han pasado los años.

La idea libertadora en cuyas aras exhaló aquella mujer sublime su último aliento, se elevó radiante de esplendor, sobre las sombras de la tiranía.

Granada recuerda todos los años con profunda pena el aciago dia 21 de Mayo, elevando al cielo sus preces por el eterno descanso del alma de la víctima, y cubriendo sus venerandas cenizas con el lauro de la gloria.

Una modesta cruz, colocada sobre sencilla columna de piedra, recuerda al viagero el lugar donde se terminó tan sangriento drama.

Dios habrá juzgado á los personajes que en él intervinieron: la historia ha juzgado tambien á los verdugos de Mariana con el inapelable fallo de su execracion...

«Respecto á la ilustre víctima, debe contarse entre las mugeres célebres, no solo de su siglo, sino de los mas heróicos de la antigüe-

¹ Conocidas serán de nuestros lectores las diferencias que habia en nuestra antigua legislacion cerca de estas ejecuciones. El tablado cubierto con bayetas negras indicaba que la víctima era noble.

dad : su patriotismo , su valor , su decision por la santa causa de la libertad , la heroicidad con que sufrió la muerte , no tiene igual en la historia de nuestro país . Su nombre se pronunciará por la posteridad con respetuosa veneracion , y su memoria , cubierta de una gloria inmarcesible , pasará de generacion en generacion , para no olvidarse jamás ¹.»

¹ Peña Aguayo.

RITA LUNA.

De preclara estirpe , vió esta célebre artista la luz por vez primera en Málaga , el 28 de Abril de 1770.

Sus padres D. Joaquin Alfonso de Luna y Doña Magdalena García, habian nacido en el antiguo reino de Aragon, y aquel era descendiente de una ilustre familia. Dedicados ambos al dificilísimo arte de la declamacion, donde no dejaron de recoger laureles, nada tiene de extraño que sus hijas Andrea , Josefa y Rita se aficionasen al teatro , extenso campo que su génio podia recorrer, haciendo aspirar al corazon el perfumado ambiente del entusiasmo.

La educacion de Rita, lo mismo que las de sus hermanas , fué no tanto artística , cuanto esmerada y religiosa, pues eran muy austeros los principios que profesaba su padre sobre este punto.

Bien pronto comenzó Rita á darse á conocer en el difícil arte escénico , eclipsando el mérito artístico de sus hermanas, pues cuando apenas contaba diez años salió por vez primera á las tablas en un teatro provisional, que, con motivo de hallarse cerrados los principales por el fallecimiento del Rey Carlos III, habia abierto por su cuenta un actor llamado Sebastian Briñoli.

La jóven actriz , á pesar de sus pocos años , reveló desde su primera salida las grandes cualidades que reunia, y comenzó á recibir entusiastas y merecidos aplausos , al representar con notable acierto varias comedias de nuestro tan bellissimo como difícil teatro antiguo, dando grandes muestras de sus brillantes disposiciones al interpretar

las siempre instructivas é intencionales escenas de *Una casa con dos puertas mala es de guardar*.

Mas los aplausos que en esta primera época de su vida artistica obtuvo, no fueron sino precursores de los que el tiempo reservaba á su génio. Poco despues se ajustó en la compañía de los Reales Sitios, donde comenzó á crearse una reputacion envidiable, y su ya justa fama hizo que en el año de 1790, y en virtud de órden del conde de Florida Blanca, pasase de segunda dama á Madrid, al teatro del Príncipe, en el que se hallaba de primera la aplaudida María del Rosario Fernandez, conocida vulgarmente con el sobrenombre de la *Tirana*.

En aquel teatro ejecutó en la comedia titulada *La esclava del Negro-Ponto*, el papel de sultana con tal acierto, con aplomo tan extraordinario, y escitando de tal manera el entusiasmo del público, que fué causa de que se repitieran las representaciones por espacio de diez y nueve dias consecutivos, cosa apenas conocida en aquel entonces.

Triunfo tan completo como lisongero, no pudo menos de escitar los celos de la primera dama María del Rosario Fernandez. Acostumbrada la *Tirana* á que aplausos tan repetidos solo á ella se le prodigasen, se desencadenaron en su pecho todos los sentimientos de una envidiosa soberbia, y desde aquel momento pensó únicamente en concluir con aquella naciente reputacion que amenazaba destruir en breve la suya. Para conseguirlo fingióse enferma, obligando de este modo á Rita á ejecutar sin estudio prévio, ciertos papeles en que ella era justamente aplaudida.

Previendo tan indigno proceder, Rita habia estudiado con antelacion concienzudamente la comedia *Celos no ofenden al sol*. Llegó el momento previsto, y cuando tuvo que suplir á la primera dama puso en escena aquella produccion con éxito tan lisongero, que indecible entusiasmo se apoderó de los espectadores, produciendo un efecto desconocido hasta entonces.

Viendo la *Tirana* el mal resultado que su ardid habia producido, solo pensó en salir triunfante de aquella competencia por su vanidosa

voluntad empeñada, y aunque comprendió que su rival era temible, quiso disputarle el terreno palmo á palmo, no creyendo digno ceder el campo sin sostener la lucha.

Herida en su amor propio por ver al público tributar á Rita unos aplausos, de que en su loca soberbia solo ella se conceptuaba digna, se presentó nuevamente en la escena, eligiendo, tal vez intencionalmente, la comedia titulada *La mujer vengativa*, en armonía entonces con los sentimientos de que se hallaba poseído su corazón. Era, sin embargo, demasiado tarde. Todos sus esfuerzos para levantar el ánimo del público fueron inútiles, y éste, preocupado con el génio artístico de Rita, encontró fría la ejecución, exageradas ciertas situaciones, y lánguida la expresión á veces. Los espectadores apenas la concedieron un aplauso pasajero, por no desmentir la proverbial galantería española, y María del Rosario Fernandez encontró un desengaño horrible, en justo castigo de sus envidiosas aspiraciones.

En la siguiente temporada teatral pasó Rita con el mismo carácter de segunda dama al coliseo de la Cruz, donde la esperaban nuevos laureles. En la representación de *El desden con el desden*, produjo entusiasmo indecible, y conociendo la primera dama que actuaba en aquel teatro, Juana García, que era una empresa loca disputar la victoria á aquella eminencia escénica, pidió su retiro, quedando Rita ocupando su lugar, con general aplauso. El público continuó de día en día prodigándole sus mas entusiastas elogios, hasta el año de 1806.

En esta época y cuando apenas contaba treinta y seis años, sin motivo alguno ostensible y cuando la fortuna y el favor del público parecían sonreírle, puso fin á su gloriosa carrera, retirándose del teatro sin que nada fuese bastante á hacerla variar de propósito. En vano fueron para su inquebrantable voluntad los mesurados consejos de respetables personas; en vano los ruegos de sus buenos y numerosos amigos; poco interesada, desoyó tambien las amplias y generosas ofertas de la Municipalidad de Madrid, que para satisfacer los justos deseos del público le hizo las mas ventajosas proposiciones. Su reso-

lucion era irrevocable, é inútiles fueron todos los esfuerzos para que continuase un camino que siempre encontró sembrado de flores.

La curiosidad del público, avivada por tan inesperada cuanto tenaz resolucion, se esforzó en vano durante largo tiempo por descubrir las causas verdaderas que hicieron á Rita abandonar la escena, y renunciar para siempre á sus legítimos triunfos. Unos lo atribuyeron á desavenencias con el Corregidor de Madrid: otros á un excesivo fondo de melancolía: otros por último, veian tras ellas la última página de la historia de unos malogrados amores. ¡Quién sabe si todas estas causas adunadas contribuyeron á hacerla tomar tan extrema resolucion.

El arte escénico tuvo un vacío difícil, cuando no imposible, de llenar; el público de Madrid un génio menos que aplaudir: génio tanto mas digno de admiracion, cuanto que Rita comenzó su carrera teniendo que crear, porque en vano hubiera querido buscar modelos en su tiempo. El mal gusto declamatorio de su época, la tradicion de la Riquelme y la reciente memoria de Ladvenant, debieran haber sido obstáculos que se opusieran á sus triunfos; pero su alma elevada, su sentimiento artístico, su fogosa imaginacion y su finísima sensibilidad, lograron apartar los abrojos de su glorioso camino, abriéndose paso su talento hasta el corazon de los espectadores, cuyas fibras heria con esa pasmosa habilidad que es solo patrimonio del génio.

Sus lágrimas hacian correr las de los que escuchaban su voz; su dolor se trasmitia mágicamente con su acento, y de su mirada brotaban ya el odio, ya el amor, ya la compasion, ya la venganza. Dotada de natural finura y distinguido porte, sus accidentes todos podian considerarse como verdaderos modelos, haciendo que pareciese en la escena, segun las palabras de un distinguido literato de su tiempo, *una princesa rodeada de comediantes*.

La naturaleza la habia dotado de tales dones para el teatro, que todos los géneros le eran fáciles y todos los caracterizaba admirablemente; sin embargo jamás se ensayó en la tragedia, lo cual es bien fácil de comprender, si se atiende á la prevencion que en su tiempo habia hácia esta clase de producciones literarias.

Pero si notable fué Rita Luna como actriz, no lo fué menos como señora. Su sociedad era en extremo afable: su alma dotada de una esquisita sensibilidad, jamás miró con indiferencia las ajenas desgracias; y todos encontraban en ella inequívocas muestras de sus sentimientos generosos, hasta el punto de despojarse de sus propios vestidos para darlos á los necesitados. Su vida, modelo de virtud, era constantemente retraida; y trabajando en su habitacion, solo se presentaba á su familia algunos ratos, sin permitir hablar delante de ella de cosa alguna referente al teatro, que tal era el tedio, la aversion que le habia cobrado. No por esto dejaba de participar de los caprichos y de las debilidades humanas, una de las cuales fué haber tomado tal resentimiento con Moratin, por haberla censurado al ejecutar una de sus comedias, que jamás volvió á representar ninguna de aquel célebre autor.

A poco de abandonar el teatro, Rita pasó á Málaga y Carratraca, para buscar alivio á sus dolencias, y mas tarde á Toledo, desde donde trasladó de una vez su residencia al Pardo: alli, entregada á prácticas religiosas, y reducida á un voluntario y total retraimiento, exhaló el último suspiro, víctima de una pulmonía, el dia 24 de Febrero de 1832, bajando al sepulcro á los 62 años de edad.

FIN DE LA OBRA.

ÍNDICE DEL TOMO II.

LIBRO SEGUNDO.

EDAD MEDIA.

Blanca de Castilla, madre de San Luis.	5
Isabel de Segura.	23
Beatriz Alfonso, hija de Alfonso el Sábio y Reina de Portugal.	65
Doña María Coronel.	71
Doña Leonor de Castilla, princesa de Gales.	73
Doña Isabel de Aragon, la reina santa, muger de D. Dionis de Portugal.	77
Doña María de Molina, la Grande.	91
Na Marcadera de Peralada, la Mercadera.	145
Doña María de Portugal, muger de D. Alfonso XI de Castilla.	155
Inés de Castro.	191
Doña María Coronel.. . . .	201
Doña Juana Manuel, muger de Enrique II.. . . .	205
Doña Leonor de Aragon.	209
Doña Blanca de Navarra.	213
Doña Isabel la Católica.	221
Aixa.	329
Moraima.	343
Doña Beatriz de Galindo.	347
Doña Juana Juarez de Toledo.	353

LIBRO TERCERO.

EDAD MODERNA.

Doña Juana la Loca.	355
Catalina de Aragon, reina de Aragon.	383
Doña María de Pacheco.	393
Luisa y Angela Sigea.	407
Santa Teresa de Jesús.	409
Doña Catalina Erauso, la monja alférez.	437
Maria de Estrada.	447
Doña Oliva Sabuco de Nantes.	449
Doña Ana de Mendoza, princesa de Eboly.	455
Doña Juana Coello.	467
María Pita.	475
Doña Isabel Sanchez Coello.	479
Catalina Badajoz.	480
Doña Isabel de Córdoba.	480
Cecilia Monillas.	481
Doña Juana Morella.. . . .	482
Juana Inés de la Cruz.	483
Catalina de Jesus.	485
Catalina de Braganza ó de Portugal.	486
La Duquesa de Béjar, Doña Teresa Sarmiento.	487
Doña Luisa Roldan.	488
María, heroína portuguesa.	491
Doña María de Zayas.	493
La Duquesa de Huescar y de Arcos, Doña Mariana Silva Bazan y Sarmiento.	495
Doña María Prieto.	496
Doña María Isidra Guzman y la Cerda.	497
Agustina Zaragoza.	505
Doña Mariana Pineda.	519
Rita Luna.	544

ERRATAS MAS NOTABLES DEL TOMO II.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
10.	14.	Champagne: Tibaldo.	Champagne, Tibaldo
19.	21.	seguido.	seguida
25.	26.	de las dos.	la de los
27.	última.	único.	nunca
28.	18.	le pude dar cuenta.	le pide cuenta
29.	11.	banderas.	banderías
50.	última.	callaron.	callaran
56.	6.	por vivo fuego.	por su vivo fuego
62.	3.	hija.	hijo
64.	32.	manchas.	mancha
77.	4.	Monfredo.	Manfredo
77.	10.	Alfajeria.	Aljaferia
79.	21.	dote. Salió.	Cote, salió
90.	29.	asiento.	asunto
91.	10.	celeberrísimo.	celebérrimo
94.	2.	monarca.	rey
98.	26.	Consejos.	Concejos
196.	14.	agonía natural.	agonía maternal
208.	18.	modestamente.	modernamente
214.	21.	ya despues.	ya que despues
221.	5.	segunda esposa.	su segunda esposa
224.	9.	de hacer.	ai hacer
241.	12.	habian.	habia
246.	26.	Lozaya.	Lozoya
256.	11.	á las huestes.	las huestes
279.	4.	cruz.	luz
289.	6.	llevan de sí.	llevan tras sí
303.	26.	vivieren.	vivieran
303.	29.	ordenanza.	ordenanzas
315.	18.	un corazon.	su corazon
327.	15.	el cadáver de.	depositaron el cadáver de
330.	6.	Ebu.	Ebn
336.	22.	su abuelo.	tu abuelo
340.	4.	resistencia.	dependencia
340.	32.	Andara.	Andarax
344.	14.	Hegiar.	Hegiaz
346.	17.	que en el cipres.	que el cipres
349.	16.	con ella.	con ello
363.	28.	reinos.	reinas
366.	21.	AUNQUE AQUA.	AUNQUE AQUI
366.	24.	y entre si fervorosa.	y si fervorosa
368.	25.	mandas.	manias
372.	17.	tomara.	tomar
374.	19.	que retrate.	que se trate
375.	20.	Vemos.	Veamos
382.	3.	concluye.	termina
384.	25.	en algunos.	de algunos
411.	28.	manera.	mano
441.	25.	aventura.	ventura
444.	penúltima.	traguidos.	traquidos
468.	10.	la Doña Juana.	Doña Juana
472.	31.	cuerpo.	consejo
481.	7.	CECILIA MONILLAS.	CECILIA MORILLAS
483.	10.	en algunos.	con algunos
483.	20.	improvisada.	improvisa
493.	19.	Cornelio.	Cornelia
501.	13.	autor.	mérito
511.	4.	Las legiscnes.	Las legicnes
511.	11.	se enseña.	se ensaña
511.	17.	Encerrada Casablanca.	Encerrada en Casablanca
512.	9.	salvarle.	salvarla

SEÑORES SUSCRITORES Á ESTA OBRA.

	Ejemp's.		Ejempls.
S. M. la Reina Doña Isabel II.	12	D. Antonio Streg.	1
S. M. el Rey.	12	» Antonio Cobano.	1
SS. AA. los Serms. Duques de Montpensier.	2	Ayuntamiento constitucional de Madrid.	1
S. A. el Infante D. Sebastian.	2	D. Agustin de Torres Valderrama.	1
El Senado.	1	» Antonio Aparici y Guijarro.	1
El Congreso.	1	Ilmo. Sr. Arzobispo de Burgos.	1
Ateneo Zaragozano.	1	D. Angel de Molina.	1
D. Andrés Martí.	1	» Acisclo Ballin Bustillos.	1
» Antonio Lopez.	1	Doña Antonia Cardona.	1
» Agustin Camañes.	1	» Antonia Besengola.	1
» Antonio Mur.	1	Ayuntamiento constitucional de Barcelona.	1
» Alejo Novia.	1	S. Administrador de Hacienda pública de Barcelona.	1
» Antonio Tejada.	1	Doña Ana Ros.	1
» Antonio Aguilar.	1	D. Adolfo Canillo.	1
» Antonio Vilanova.	1	» Agustin Martin.	1
» A. de A. y Tarradas.	1	» Andrés Gomez.	1
Señorita Anita Aleu.	1	» Agustin Licanda.	1
D. Andrés Guitart.	1	Sr. Arzobispo de Toledo.	1
» Agustin Iraya.	1	D. Antonio Auñon.	1
» Antonio Oriol.	1	» Antonio Cobano.	1
» Antonio Pasarius.	1	» Antonio Jaen Tejada.	1
» Andrés Bruyel.	1	» Agustin Blazquez.	1
» Augusto Montes.	1	» Aurelio Arana.	1
» Antonio Solat.	1	» Arturo Rivero.	1
» Antonio Renom.	1	» Antonio Vinuesa.	1
» Alfonso García.	1	» Antonio Canet.	1
» Antonio Galopa.	1	» Antonio Fernandez.	1
» Antonio Rodriguez.	1	» Angel Sanchez García.	1
» Antonio Campoy.	1	» Andrés Asebal.	1
» Antonio Norte.	1	» Alvaro Sancho.	1
» Antonio Bonmatí.	1	» Antonio Garia Mora.	1
» Alfonso Zamora.	1	» Antonio Sellas.	1
» Antonio García.	1	» Alejandro Rovira.	1
» Antonio Mendoza.	1	» Angel de Suñen.	1

	Ejempls.		Ejempls.
D. Amador Miró.	1	D. Antonio Soler.	1
» Andrés Cervantes.	1	» Antonio Fons.	1
» Antonio Lopez y Coupi.	1	» Agustin Caballerius.	1
» Arturo Dolfo.	1	Ayuntamiento de Sevilla.	1
Doña Ana de Ros.	1	D. Angel Pineda.	1
D. Armet hermanos.	1	» Antonio Latour.	1
» Antonio Pujadas.	1	» Agustin de la Cuadra.	1
» Antonio de Rubiés.	1	» Antonio Rovira.	1
Ayuntamiento de Cádiz.	1	» Antonio Balverde.	1
D. Adolfo Castro.	1	» Antonio Colom.	1
Sr. Arzobispo de Tarragona.	1	Ayuntamiento de San Fernando.	1
D. Antonio Satorres.	1	D. Adrian Cajomo.	1
» Adolfo Flotats.	1	» Agustin J. Bou.	1
» Antonio Pujalte.	1	» Antonio M. de Riba.	1
» Antonio Gutierrez.	1	Ayuntamiento de San Lúcar.	1
» Alejandro Lázaro.	1	» Antonio Aguilar.	1
» Augusto Lopez.	1	» Antonio Dutriz.	1
» Andrés Balaguer.	1	» Antonio Casanobas.	1
» Arcadio Senillosa.	1	» Angel Saragotia.	1
» Antonio Ferrant.	1	» Alfonso Moreno.	1
» Antonio Vila.	1	» Anselmo Clabertia.	1
» Antonio Peres.	1	» Antonio Aguirre.	1
Ayuntamiento de Zaragoza.	1	Excmo. Sr. Baron de Ortega.	1
D. Antonio Casanovas.	1	Biblioteca de la Universidad Central.	1
» Antonio Malero.	1	Sr. Baron de Abella.	1
» Angel Laguardia.	1	D. Bernardo Lozano.	1
» Alejandro Rod.	1	Sr. Baron de Vilagay.	1
» Alberto Orduña.	1	Sra. Baronesa de Almenar.	1
» A. de Bengoechea.	1	Sr. D. Romualdo Mendez de San Julian.	1
» Aureliano Fernandez.	1	Biblioteca del Casino Gaditano.	1
» Adolfo Montenegro.	1	Sr. de Vergara.	1
» Antonio Chisanova.	1	» B. L. Darhan.	1
» Antonio Buendia.	1	» Baudilio Carreras.	1
» Adolfo Janer.	1	» Baldomero García.	1
» Antonio Torres.	1	» Babil Gimenez.	1
» Antonio Queraltó.	1	» Bernabé Galindo.	1
» Antonio Alvarez.	1	» Bernardino Martorell.	1
Doña Antonia Moreno.	1	» Blas Metida.	1
D. Antonio Carran.	1	» Buenaventura Sanz.	1
» Academia de historia.	1	» Blas Sanz.	1
» A. M. Medina.	1	» Bonifacio Soriano.	1
» Andrés de los Reyes.	1	» Buenaventura Rivas.	1
» Antolin Ruiz.	1	» Bernardo Muñoz.	1
Ayuntamiento del Puerto de Santa María.	1	» Bienbenido Comin.	1
D. Antonio Moreno.	1	» Buenaventura Pascó.	1
» Antonio del Toro.	1	» Bernardo Nonó.	1
» Antonio Jaume.	1	» Bartolomé Spottorno.	1
» Antonio Amorena.	1	» Bartolomé Soler.	1
» Antonio Sureda.	1	» B. Franquelo.	1
» Antonio Cavachichi.	1	» Bernardo Melendez.	1
» Antonio Moragues.	1	» Bella Campléll.	1
» Antonio Reus.	1	» Bernardo Torropa.	1
» Antonio Mendibil.	1	» Bartolomé Morales.	1
» Antonio Leuque.	1	» Bernardo Alonso.	1

	Ejempls.		Ejempls.
D. Bernardo Gutierrez.	1	Colegio de id.	1
» Basani y Ribera.. . . .	1	Consul del Brasil en Cádiz.	1
» Bernabé Bosch.	1	Casino de Córdoba.	1
D. Caralampio Ayun.	1	Sr. Conde de Bosch.. . . .	1
» Carlos Coronado.	1	Sra. Condesa del Donadio.	1
Sr. Conde de la Cañada.	1	D. Cayetano Ardois.	1
» Conde de San Luís.	1	» Carlos Mazuelos.. . . .	1
» Conde de Cheste.	1	Casino de Pamplona.	1
» Condes de Sasago.	1	D. Cesáreo Sanz.	1
Sra. Condesa de Supenada.	1	» Claudio Marcel.	1
» Condesa de Guaquí.	1	» Carlos Roig.	1
Casino de artesanos de Cádiz.	1	» Celestino Fraile Hurtado.	1
Sr. Cristóbal F. Caidot.	1	Colegio de abogados de Sevilla.. . . .	1
» Celestino Lliaz.	1	Centro de recreo de Sevilla.	1
» Cipriano Abiles del Camp.	1	Sr. Conde de Casa Galindo.	1
» Cosme Reitg.	1	» Conde de Peñafior.	1
Sra. Carlota Kirpatrik.	1	» C. Miguelis y Colls.	1
Círculo Artístico.	1	» Cachill y Wilia.	1
Sr. Calisto Breton.	1	» Carlos Camoyano.	1
» Cayetano Carreras.	1	» Cristóbal Sanchez.	1
Círculo Ecuestre.	1	Círculo de Recreo de Santander.	1
Sr. Comandante del Presidio de Barcelona.. . . .	1	Sr. Camilo la Cabe.	1
» D. Celestino Octubia.	1	» Carlos Franco.	1
Círculo Zaragozano.. . . .	1	» Cayetano Gonzalez.	1
Casino Pral. de Zaragoza.. . . .	1	Sra. Duquesa de Medina Celi.	1
Sr. Cipriano Lopez.	1	Excmo. Sr. Duque de la Vicioria.	1
Círculo Agrícola de Ecija.. . . .	1	D. Diego de Moxo.	1
D. Cayetano Miaron.	1	» David Dias Martin.	1
Sr. Conde de la Camorra.. . . .	1	Sr. Duque de Baena.	1
Sr. Coronel de la Guardia Civil.. . . .	1	Diputacion Provincial de Cádiz.. . . .	1
D. Cayetano Zurate.. . . .	1	D. Diego Rodriguez.	1
» Cayetano del Toro.. . . .	1	» Diego de Greda.. . . .	1
Excmo. Sr. Conde de Cervera.	1	» Diego de la Cruz.	1
Excmo. Sr. Conde de Torre Marín.	1	Sr. Duque de la Torre.	1
Sr. D. Carlos Fonseca.	1	Doña Dolores Quet.	1
Sr. Conde de Peñafior.	1	Doña Dolores de Codal.	1
Sr. Conde de Casa Galindo.	1	D. Domingo Bendrell.	1
Sr. Capitan General Reina.	1	» Domingo Lopez.. . . .	1
Sr. Conde de Torrellas.	1	Diputacion Provincial de Navarra.	1
Sr. Conde de Corchado.	1	Doña Dolores Tumergo.	1
Sr. Conde de Luque.	1	D. Domingo Dentill.. . . .	1
Sr. Conde de Davig.	1	Doña Dolores Cado.. . . .	1
Sr. D. Carlos de Vargas.	1	Sr. Duque de Frías.	1
Sr. Cayuela y Cánovas.	1	D. Dionisio Miguel.	1
Sr. Carlos Vekel.	1	Director de la Sociedad de amigos del Pais.. . . .	1
Sr. Conde de Corchado.	1	D. Diego Palma.	1
Sr. Conde del Valle de Marles.	1	» Dionisio Umores.	1
Sr. Conde de Fonexas.	1	» Domingo Coll.	1
Sr. Conde de Fonollar.	1	» Daguerre Dospital.	1
D. Cristóbal Espinosa.. . . .	1	» Domingo Marin.. . . .	1
» Cecilio Gomes.	1	» Domingo Buxega.	1
» Carlos Castrovera.	1	Excmo. Sr. D. Eusebio Morales.	1
Casino de Lorca.	1		

	Ejempls.		Ejempls.
D. Enrique Martinez.	1	D. Emeterio Madina Veitias.	1
» Eusebio Redondo.	1	» Eudaldo Corrios.	1
» Ernesto Vilamen.	1	» Eudaldo Soler.	1
» Enrique Gallardo del Pino.	1	» Enrique Adamí.	1
» Eugenio de Gamindez.	1	» Esperidion Gonzalez.	1
» Enrique Prats.	1	» Eduardo Plá.	1
» Eufrasio Ferrer.	1	» Enrique Godinez.	1
» Eduardo Declet.	1	» Emilio Casas.	1
Doña Esperanza Tramuls.	1	» Eduardo Ferrer.	1
D. Eduardo Lecler.	1	» Esteban Agustin.	1
» Eugenio Seijas.	1	» Enrique Tur.	1
» Emilio Navarro.	1	» Eduardo Martí.	1
» Eduardo Gibert.	1		
» Ernesto Sellas.	1	D. Florencio Navas.	1
» Eusebio Arteta.	1	» Federico Ladron.	1
» Eduardo Beltran.	1	» Francisco de P. Galues.	1
» Enrique Alcaraz.	1	» Fermin Ormeneta.	1
» Enrique Casanovas.	1	» Francisco Puerto.	1
» Eusebio Real.	1	» Felipe Gusachs.	1
» Eduardo Diaz.	1	» Francisco Moncasi.	1
» Eduardo Fernandez.	1	» Francisco Bellostras.	1
» Eugenio Ariga.	1	» Fernando Yarga.	1
» Eugenio Marquillas.	1	» Fausto Urquizo.	1
» Estevan Diaz.	1	» Fernando Miró.	1
» Evaristo Arnús.	1	» Francisco Salvát.	1
» Elias Gonzalez.	1	» Francisco Estrada.	1
» Eduardo Pico.	1	» Francisco Miguel.	1
» Emilio Teruel.	1	» Francisco Tusquets.	1
» Eduardo Lafuente.	1	» Fernando Delás.	1
» Estevan Duarje.	1	» Fernando Monterrubio.	1
» Emilio Ruiz.	1	» Federico Jordá.	1
» Enrique Carreras.	1	» Francisco Carbonell.	1
» Eugenio Isla.	1	» Francisco Arbós.	1
» Eduardo Meral.	1	» Francisco Rojas.	1
» Enrique Escobar.	1	» Fernando Sarriat.	1
» Enrique de la Torre.	1	» Francisco Renard.	1
» Enrique de la Mata.	1	» Francisco Delgado.	1
Doña Esperanza Tremol.	1	Ilmo. Sr. D. Fermin de la Puente Apecechec.	1
D. Enrique Escobar.	1	Sr. D. Federico Botella.	1
» E. Antunez.	1	Sr. D. Francisco Belmoste.	1
» Eulalio García.	1	Sr. D. Federico de Madrazo.	1
» Enrique Parra.	1	Sr. D. Francisco P. Mendez.	1
» Eusebio Ester.	1	D. Francisco Martinez.	1
» Evaristo Vazquez.	1	» Francisco Rebull.	1
» Enrique Puig.	1	» Francisco Orista.	1
» Enrique Gomer.	1	» Francisco de Torres.	1
» Eduardo Marquez.	1	» Francisco Odena.	1
» Enrique Romero.	1	» Francisco Andalla.	1
» Enrique Peterson.	1	» Francisco Montoro.	1
» Eduardo Franquelo.	1	» Francisco Trillo.	1
» Enrique Palron.	1	» Fidel Córdoba.	1
» Eduardo Ruiz.	1	» Francisco Orozco.	1
» Enrique Mancho.	1	» Francisco Jober.	1
» Eduardo Sarriá.	1	» Fernando Martinez.	1

	Ejempls.		Ejempls.
D. Florencio Montojo.	1	D. Francisco Galou.	1
» Federico Freire.. . . .	1	» Francisco Arroniz.	1
» Francisco Perez de Grandallana.	1	» Felicísimo Marader.	1
» Francisco de P. Luarti.	1	» Fernando Lora.	1
» Feliciano Lopez Lopez.	1	» Francisco Masó.	1
» Francisco Morales.	1	» Félix Sanchez Blanco.. . . .	1
» Francisco Pey.	1	» Francisco Gomez.	1
» Felipe la Mata.	1	» Francisco Fernandez.	1
» Francisco Sala.	1	» Federico Pemedes.	1
» Francisco Gutierrez.	1	» Fulgencio Fernandez.. . . .	1
» Francisco Voces.	1	» Francisco Ulloa.. . . .	1
» Francisco Targarona...	1	Doña Francisca Perea.	1
» Francisco Aznar.	1	D. Francisco Melgarejo.	1
» Félix Pages.	1	» Francisco Reina.	1
» Francisco Borrás.	1	» Francisco Solá.	1
» Francisco P. Regifo.	1	» Francisco Soca.	1
« Francisco Beriozabal.	1	» Francisco Moyano.	1
» Francisco Alfonso Rente.	1	» Francisco La espada.	1
» Florencio Leudo.	1	» Francisco Salas.. . . .	1
» Fidel Pujol.	1	» Francisco Froamlo.	1
» Francisco Oristá.. . . .	1	» Francisco Esteve.	1
» Fidel Pujol.	1	» Francisco Benza.	1
» Fulgencio Martin.	1	» Faustino Polavieja.	1
» Francisco María Borrás.	1	» Francisco Espejo.	1
» Fernando Pedruna.	1	» Francisco Moresco.	1
» Fidel Marquet.	1	» Félix Vergara.	1
» Francisco Gutierrez.	1	» Francisco Rodriguez.	1
» Francisco Solá.	1	» Félix Diaz.. . . .	1
« Felipe de la Torre.	1	» Félix Juquerá.	1
» Francisco Barba.	1	» Fausto Morel.	1
» Francisco Salvany.. . . .	1	» Francisco Fornet.	1
» Faustino Alpuente.	1	» Francisco Javier Cero.. . . .	1
» Federico Maresch.	1	» Francisco García Arrotan.	1
» Francisco Pons.	1	» Francisco Paiseda.	1
» Francisco Vidal.. . . .	1	» Fabrian Roquer.	1
» Francisco Casanovas.	1	» Fernando Pons.	1
» Francisco Torres.	1	» Francisco Alonso.	1
» Fernando Molina.	1	» Francisco Madariaga.	1
» Francisco Corretjo.	1	» Federico Suarez.	1
» Francisco Benavent.	1	» Francisco Ponzoa.	1
» F. Gibert.	1	» Federico Salcedo.	1
» Francisco Aragon.	1	» Francisco Gutierrez.	1
» Francisco Rivera.	1	» Felipe Araiz.	1
» Francisco Margat.	1	» Francisco Mateos.	1
» Francisco Muñoz.	1	» Francisco de Fuentes.. . . .	1
» Franoiseo Dorda.	1	» Francisco Marqués.	1
» Francisco Gimeney.	1	» Francisco Castaños.	1
» Fulgencio Perid.	1	» Francisco Pinedo.	1
» Fernando Gimenez.	1	» Francisco Mendieta.	1
» Francisco Liuneres.	1		
» Fernando Martinez.	1	D. G. Rolland.	1
» Francisco Roig.	1	» Guillermo Ruiz.	1
» Francisco Regás.	1	» Gregorio Torres.	1
» Francisco Vilarós.	1	» Gregorio Alcalá Zamora.	1

	Ejemp's.		Ejempls
D. Gregorio Castrisioni.	1	D. José March.	1
» Gabriel Lopez Martinez.	1	» José Martí.	1
» Gerónimo Morales.	1	» Juan Papell.	1
» Gumersindo Fernando.	1	» Juan Alvaro.	1
» Gislero Pujol.	1	» José Lines.	1
» Gregorio Benet.	1	» Joaquin Perez.	1
Sr. Gral. Gaertner.	1	» Joaquin de Bejar.	1
» Gaspar Nuñez.	1	» Juan Monteis.	1
» Gregorio Arnelo.	1	» Joaquin Mercader.	1
Doña Gertrudis Edervas.	1	» Jaime Moné.	1
D. Guillermo Azisa.	1	» José Canela.	1
» Guillermo Gaugutia.	1	» Joaquin de Prat.. . . .	1
» Ginés Moncada.	1	» Juan Martorell.	1
» Gabriel Lopez.	1	» José Noriega.	1
» Gabriel Ruiz.	1	» Juan Miguel Lopez.	1
» Guillermo Masó.. . . .	1	» José Lopez.	1
» Guillermo Parques.	1	» José Jimenez.	1
» Guillermo Santa María.	1	» Juan Roca.	1
» Guillermo Roca.. . . .	1	» José Prefumo.	1
» Genaro Lara.	1	» Juan Campay.	1
» Gabriel Samten.	1	» Juan Minguez.	1
» Gonzalo Segobia.	1	» Joaquin Fullea.	1
» Gabriel Gonzalez.	1	» José Moreno.	1
Excmo. Sr. D. H. Ruiztagle.	1	» José Delgado.	1
S.ª Doña Hipólita Fernandez de Superunda.	1	» D. José Calbet.	1
D. Hermenegildo Aguilar.. . . .	1	» Juan Marella.	1
» Hermenegildo Berrueso.	1	» José Ecsalá.	1
» Hipólito del Campo.	1	» Julian Casas.	1
» Hijinio Holgado.. . . .	1	» José María Campos.	1
Sr. D. Isidro Lora.	1	» Jaime Noet.	1
Sr. D. Ignacio Vazquez.	1	» Jacinto Arau.	1
Sr. Inspector de Artillería de Barcelona.	1	» Joaquin Alvarez de Soto Mayor.	1
D. Ignacio Aloy.	1	» Juan Francisco Ruiz	1
» Ignacio Gallissá.	1	» Juan Lorenzo Esaro.	1
» Isidro Valls.	1	» José María Vidal.	1
» Ignacio de Alay.	1	Doña Josefa Aguilar.	1
» Ignacio de Basol.	1	D. José Santos Reyno.	1
» Ignacio Castell.	1	» Juan José Janer.. . . .	1
» Isidro Chunchillos.	1	» Juan B. Topete.	1
» Ignacio Carreras.	1	» Juan Caballero.	1
» Isidro Romeu.	1	» Juan Dami.	1
» Ignacio García.	1	» Joaquin Torrente.	1
» Isidro Aubran.	1	» Joaquin Francisco Paley.	1
» Ignacio Gama.	1	» José Casadell.	1
» Ignacio Fernandez.	1	» José Cabañé.	1
» Isidro Rodriguez.	1	» Juan Vila.	1
» Ildefonso Vidal.	1	» Juan Zaragoza.	1
» Ignacio Vazquez.	1	» José Pascual.	1
» Ildefonso Junquito.	1	» Juan B. Famos.. . . .	1
» Ignacio España.. . . .	1	» José Laguna Lopez.	1
» Ignacio Pelayo.	1	» José Luis Colom.	1
D. Juan Guarino.	1	» José María Arbarura.	1
		» José Ponce.	1
		» J. Ramon Coll.	1

	Ejempls.		Ejempls.
D. Juan Rovira.	1	D. Juan Fernandez..	1
» Juan Jaumandreu.	1	» Juan Bravo Murillo.	1
» Julian Roquel.	1	» José de Zaragoza.	1
» José María Carner.	1	» José Nacaimo Brabo.	1
Doña Josefa Togores.	1	» José de Campo.	1
D. J. Claramunt.	1	» José Tolga.	1
» Joaquin Bonay.	1	» Juan Montero.	1
» José Oriol Rife.	1	» José María Torres.	1
» José Marsal Gaya.	1	» José de Aramour.	1
» Julian Ortega.	1	» Juan José Valle..	1
» J. E. Gomez.	1	» José Luis Quino..	1
Excmo. Sr. D. Juan Berriz.	1	» José R. Pacheco.	1
Ilmo. Sr. D. José Pulido y Espinosa.	1	» José Nobo..	1
Excmo. Sr. D. José Rivero.	1	» Juan Sevillano.	1
Sr. D. Juan Güell y Renté.	1	» José Tordesilla.	1
Sr. D. Juan Nicolás de la Moneda.	1	» Juan Bastareche.	1
Sr. D. Joaquin de Vera.	1	» José Gimenez Rojo.	1
Sra. Doña Josefa Lech Aguado..	1	» Jacinto Romani..	1
Sr. D. José Heredia y Hernandez.	1	» José Martin.	1
D. José Perez Saforas.	1	» José Payola.	1
» José María Fernandez de la Hoz.	1	» José Heras.	1
» Julian Morales y Gutierrez.	1	» Julian Gonzalez..	1
» Joaquin Herreros.	1	» J. Montadas.	1
» José María Llinás.	1	» José Osbaldo.	1
» José Gonzalez García.	1	» José María de la Torrea.	1
» Juan Segura.	1	» Joaquin Dimas.	1
» Juan Macaya.	1	» Juan Achon.	1
» Juan Casagualda.	1	» Joaquin de Castellarnau.	1
» José María Molins.	1	» José Benet.	1
» Juan Ansoledet.	1	» Joaquin Caballero.	1
Doña Josefa Bober.	1	» Joaquin de Bojoms.	1
Sr. General D. Joaquin Basols.	1	» José Pujol..	1
D. José Lopez Bustamante.	1	» Juan Gasset.	1
» José Risueño.	1	» José Albiñana.	1
» José Muyol.	1	» Joaquin Miracle..	1
» Juan Bofil..	1	» José Guasch.	1
» Joaquin Abella.	1	» Joaquin Balsells.	1
» José Torruella.	1	» J. Bautista Grao.	1
» José Flaquez.	1	» Juan Carrancó.	1
» José Antonio Canals.	1	» José Ayarza.	1
» José Perez Cabrero.	1	» Jaime Balvey.	1
» José Antonio Rogel.	1	» Jaime Tiana.	1
» José Oriol Martí..	1	» José Mir.	1
» José Antonio Tomás.	1	» Juan Esquirol.	1
» Juan de Dios Romero..	1	» Juan Bautista Ros.	1
» José María Perez Garzon.	1	» Jaime Gisbert.	1
» José Aguirre.	1	» Jerónimo Puiggros.	1
» José de Gogenurri.	1	» Juan Catalá.	1
» José Martínez.	1	» Jaime Sadó.	1
» José Jober.	1	» José Mascaró.	1
» José Ambrosio.	1	» Juan Eugenio Artembuch.	1
» Joaquin Ramon..	1	Doña Josefina de Zumelgo.	1
» José Espadas.	1	D. Javier Marques.	1
» José María Gomez.	1	» Juan Gomez.	1

	Ejempls.		Ejempls.
D. Juan de Oña.	1	D. José Vilamala.	1
» José Vazquez.	1	» Jaime Híbraro.	1
» José Martínez.	1	» José Gomez.	1
» Juan Ramires.	1	» José Cobos.	1
» Juan Parayuelo.	1	» Jhon Rutlange.	1
» Joaquin Farriols.	1	» Juan Gimenez.	1
» Juan Santaló.	1	» Juan Martínez.	1
» José Marsal.	1	» J. Irmosis.	1
» Juan Moreno.	1	» José Esterico.	1
» José Pequerales.	1	» José Ansahlo.	1
» Juan Ruiz.	1	» José Muro Strez.	1
» Juan Rivas.	1	» José Mengelino.	1
» José Requesen.	1	» José Moreno Rocafull.	1
» José Ponsich.	1	» Juan de la Cruz.	1
» Jorge Diguessa.	1	» José Sáuri.	1
» José Burillo.	1	» José Mouliac.	1
» Joaquin Denio.	1	» José Arcas.	1
» Joaquin Delgado.	1	» Juan Ahurtadillo.	1
Doña Julia Bel.	1	» Juan Arcani.	1
D. Juan Bautista Campaner.	1	» Juan Anglada.	1
» Juan Tastas.	1	» José Lecen.	1
» José María Torre.	1	» José Baños.	1
Doña Juana Ibarra.	1	» Joaquin Gimenez.	1
D. José Sarachaga.	1	» José Montes.	1
» José de Mazarredo.	1	» Juan Dodero.	1
» Joaquin Quintana.	1	» Joaquin Taberner.	1
» José Camirruaga.	1	» José Oliver.	1
» Juan Elortegui.	1	» Juan Capua.	1
» Joaquin Aguirre.	1	Doña Julia Gomez.	1
» José María Marron.	1	D. Juan Sandabal.	1
» José Peña.	1	Junta de Estadística.	1
» José Llevaría.	1	D. Joaquin Robledo.	1
» José Pallola.	1	» José Cantos.	1
» José Heras.	1	» José Déude.	1
» José Martín.	1	» José Lopez.	1
» Juan Prat.	1	» Jerualdo Alcaráz.	1
» Juan Lligué.	1	» José Gapsol.	1
» José Marquet.	1	» Juan Santz.	1
» José Comas.	1	» José Lopez.	1
» José de Tora.	1	» Juan Lopez.	1
» Joaquin Baxeras.	1	» J. Trebiño.	1
» Juan José Clot.	1	» José Torres.	1
» Juan Bulbena.	1	» José de Torres.	1
» Juan Buxeda.	1	» José Paseti.	1
» José Marrugat.	1	» José L. Capilla.	1
» Jaime Anglada.	1	» Juan Demaniel.	1
» José María Nadal.	1	» José Barrabin.	1
» José Alvarez.	1	Doña Josefa García.	1
» Juan Fernandez.	1	D. José Laguardia.	1
» Juan Mosetero.	1	» José Cobos.	1
» José Torga.	1	» José Blanco.	1
» José María Torres.	1	» Juan García.	1
» Juan Romero.	1	» José de la Barcetría.	1
» José Nogués.	1	» J. Guerrero.	1

	Ejempls.		Ejempls.
D. J. Ferrer.	1	D. José Altadill.	1
» Juan Guerrero.	1	» Joaquin Haro.	1
» José Arizaga.	1	» Juan Lopez de Ochoa.	1
» José Balderrama.	1	» Juan Aucaira.	1
» José Barcena.	1	» Juan A. Luque.	1
» José G. ^a Parra.	1	» José de la Borbolla.	1
» José Casalles.	1	» José María Díaz.	1
» Jaime Coll.	1	» José Velazco.	1
» Juan Plana.	1	» Juan Bazquez.	1
» Joaquin Fontanella.	1	» José Manuel Barsal.	1
» José Sevra.	1	» José Díaz.	1
» José Mereles.	1	» José Gonzalez Teller.	1
» Jorge Monsalvoche.	1	» Joaquin María Montero.	1
» José Morales.	1	» Jaime Gach.	1
» Jacobo Portela.	1	» José Thomasa.	1
» José Delgado.	1	» Juan Aragon.	1
» José de Campos.	1	» José Doses.	1
» José de la Cuesta.	1	» José Sanchez.	1
» Javier Escarbin.	1	» José Oys.	1
Doña Josefa Mercedes.	1	» José Lopez Barbadillo.	1
D. Joaquin Pujol.	1	» Juan Colominas.	1
» Juan Landa.	1	» Juan Fontanet.	1
» José Pamies.	1	» Juan Roig y Sal.	1
» José Borrás.	1	» José Gomez.	1
» Jaime Salvá.	1	» José García.	1
» José Nogué.	1	» José Vazquez.	1
» José Bos.	1	» Juan Moncada.	1
» Juan Billon.	1	» Julian Gonzalez.	1
» José Canals.	1	» Joaquin María Ferrer.	1
» José Socias.	1	» José Girimenez.	1
» José Garriga.	1	» José María Huisi.	1
» José Demestre.	1	» Juan Gimenez.	1
» Juan Budelles.	1	» Joaquin Delgado.	1
» Juan Loaisa.	1	» José Zamora.	1
» Joaquin Auñon.	1	» Jacinto Cobos.	1
» Joaquin G. Parreño.	1	» Julian de Lara.	1
» José Vulves y Sobra.	1	» Jorge Rivas.	1
» Julian Rodriguez.	1	» Joaquin Tejada.	1
» José de L. Lotelo.	1		
» José M. García.	1	Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.	1
» José de Oyas.	1	D. Luis de Gollena.	1
» José Ascenso.	1	Ilmo. Sr. D. Luciano M. ^a Bremon.	1
» Juan Cammingham.	1	D. Leopoldo Rius Rosellas.	1
» José Miura y Fernando.	1	» Luis Gonzalez Bravo.	1
» Juan José Bueno.	1	» Lorenzo Arazola.	1
» José Gonzalez.	1	» Luis Marin.	1
» Juan M. Fortes.	1	» Luis Sebie.	1
» Juan Bassat.	1	» Luis Moreno.	1
» José Palliser.	1	» Luis García Carles.	1
» José Bernu.	1	Doña Luisa de Hansa.	1
» José Marques.	1	» Loreto Gallola.	1
» José Adalin.	1	D. Leon Leal.	1
» José Lanianque.	1	» Leon Bofarull.	1
» José María Ibonas.	1	» Luis Piqué.	1

	Ejempls.		Ejempls.
D. Leandro Hobrat.	1	D. Mariano Alvarez.	1
» Lucas Torrecillas.	1	» Mariano Hernando.	1
» Luis Mora.	1	Sr. Marqués de Roncali.	1
» Lorenzo Viladesau.	1	D. Manuel Orobio.	1
» Luis Bonoiere.	1	» Martin Velda.	1
» Lucas Bergeron.	1	Marqués de Cabriñana.	1
» Luciano Corróuche.	1	Marqués de Salaman.	1
» Luis Gil.	1	Marqués de Monistrol.	1
» Luis Madriñá.	1	Ministro Plenipotenciario de Portugal.	1
» Luis de Mena.	1	D. Manuel Cordina.	1
» Leandro Madrid.	1	Marqués de Villamaque.	1
» Luis Laguardia.	1	D. Manuel Alonso Martinez.	1
» Luis García Bris.	1	» Miguel Deleguey.	1
» Leon Torrella.	1	» Marcelino Martinez.	1
» Luis Díaz.	1	» Mariano Reteguí.	1
» Lorenzo Miglianeri.	1	» Matías del Cacho.	1
» Luis Medrano.	1	» Manuel Elízalde.	1
» Leonardo Restan.	1	Doña María Rodriguez.	1
» Luis Sastre.	1	D. Manuel Gonzalez.	1
» Luis Muñoz.	1	» Manuel de Córdoba.	1
» Lucas Santerbas.	1	» M. Antonio de los Rios.	1
» Luis de la Vega.	1	» Macsimino Jandoya.	1
» Luis Burgos.	1	Marqués de los Castillejos.	1
» Luis Adellama.	1	D. Manuel Leon Moncasi.	1
Doña Luisa G. Patilla.	1	» Marcelo Pujol.	1
D. Lorenzo Teandrades	1	» Manuel Viñas.	1
		» Marcelino Borrás.	1
Excmo. Sr. Marqués de Sangrerio.	1	» Manuel García Casas.	1
Excmo. Marqués de Toca.	1	» Mariano Rivas.	1
Sr. Marqués de Heredia.	1	» Mariano de Gispert.	1
Sra. Doña Manuela Sequera de Ulloa.	1	» Martin Arolas.	1
Sr. Marqués de la Torre.	1	» Manuel Bos.	1
Sr. Marqués de Casa Tamayo.	1	» Manuel Balsell.	1
Sr. Marqués de Angulo.	1	Doña María Parladá.	1
Sr. Marqués de Embid.	1	D. Miguel Camarero.	1
D. Manuel Martin.	1	» Mariano Rius.	1
» Manuel Alvarez Condamo.	1	» Miguel Aleu.	1
» Manuel Banagan.	1	» Manuel G. Areses.	1
» Mariano Pons.	1	» M. Rius.	1
» Manuel Vivancos.	1	» Mariano Lozano.	1
» Martin Merriel.	1	» Manuel de Orobio.	1
Sr. General Moltó.	1	» Mariano Batcayo.	1
Sr. Marqués del Palmer.	1	» Manuel Velazco.	1
Sr. Marqués de Alfarrás.	1	» Manuel del Valle.	1
D. Manuel Malesau.	1	» Mariano Plá.	1
» Martin Rodes.	1	» Manuel de Llano.	1
» Manuel Planas.	1	Marquesa de Torre Alta.	1
» Melchor Reventós.	1	D. Manuel Alcaraz.	1
» Mariano Doscel.	1	» Miguel Moncada.	1
» Miguel Misterro.	1	» Mariano García.	1
» Manuel Rodriguez.	1	» Mariano Lopez.	1
» Manuel María Vilches.	1	Doña Milagros M. de Villena.	1
» Miguel Veloy.	1	D. Manuel María Pecero.	1
» Miguel Espiraz.	1	» Mariano Cofeailles.	1

	Ejempls.		Ejempls.
D. Manuel Licuó.	1	D. Manuel de Oso.	1
» Manuel Lop.	1	» Manuel de la Rosa.	1
» Mariano Britulasa.	1	» Miguel Gomez.	1
» Mariano Perez.	1	» Manuel Camacho.	1
Doña María Bagües.. . . .	1	» Manuel Roberto.. . . .	1
D. Manuel Villarrolla.	1	» Marcos Gomez.	1
» Miguel Basagoitia.	1	» Manuel Fernandez.	1
» Manuel de Legama.	1	» Manuel Cepeda.	1
Doña Manuela Maturana.	1	» M. M. Medina.	1
D. Mariano Famarillo.	1	» M. Fernandez.	1
» Miguel Artes.	1	» Manuel Meriy.	1
Sr. Marqués del Arenal.	1	» Manuel Gonzalez.	1
D. Miguel Casas.	1	» Marcos Mendia.	1
» Mariano Cortillos.	1	Doña María Luignó.. . . .	1
Doña María Lluriá.	1	D. Manuel Izquierdo.	1
D. Mariano Vehils.	1	» Miguel Mangado.	1
» Mariano Juliá.	1	Sr. Marqués de Palmerola.	1
» Mauuel Aranda.	1	D. Manuel Moragues.	1
» Manuel Vidal.	1	» Miguel Fons.	1
» Manuel Rivas.	1	» Miguel Amet.	1
» Manuel Sanz.	1	» Mariano Sanjuan.	1
» Manuel Romero.. . . .	1	» Manuel Baduart.	1
» Mariano Casi.	1	» Manuel Balenzuela.	1
Doña Manuela Celada.	1	» Manuel del Amor.	1
» Mariana Vives.	1	» Manuel Cabral.	1
D. Marcelino UMBER.	1	» Manuel Lopez Asme.	1
» Manuel Pascual Vela.	1	» Manuel Maimó.	1
Doña Manuela Quesafa.	1	» Manuel Garrido.. . . .	1
Sr. Marqués de la Escaloma.	1	» Miguel Lazo.	1
D. Manuel Diaz.	1	» Manuel Perez.	1
» Modesto Espinosa.	1	» Miguel Viosca.	1
» Mariano Cabezas.	1	» Miguel Coronas.. . . .	1
Doña María Ibañez.	1	» Manuel de la O.	1
D. Manuel Cossos.	1	» Manuel Sanchez.	1
» Mariano Curiel.	1	» Manuel San Miguel.	1
» Miguel Lagacey.. . . .	1	» Mateos Valdivieso.	1
» Meliton Claramunt.	1	» Manuel Lopez.	1
» Manuel Lindoso.. . . .	1	» Mariano Robles.	1
» Melchor Dalmau.	1	» Marcelino Morales.	1
» Manuel García.	1	» Magin Torres.	1
Doña Minuesa Fernandez.	1	» Mariano Caballero.	1
» Miguel Abellan.. . . .	1	» Mariano Cañete.. . . .	1
» Miguel Perez.	1	» Manuel Campos.. . . .	1
» Matías Lopez.	1	» Manuel Ibañez.	1
» Miguel Vierlola.. . . .	1		
» Miguel del Castillo.	1	Nuncio de Su Santidad.	1
» Manuel Pineda.	1	D. Nicolás Salvidal.. . . .	1
Ministerio de Fomento.	1	» Nicolás Caudalejo.	1
Ministerio de Ultramar.	1	» Narciso Turon.	1
Ministerio de Estado.	1	» Nicacio Kulsnell.	1
Sr. Marqués del Campillo.. . . .	1	» Narciso Luarez...	1
D. Manuel Martinez.. . . .	1		
» Martin Bagull.	1	Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona.	1
» Manuel de la Paliza.	1	Ilmo. Sr. Obispo de Almería.	1

	Ejempls.		Ejempls.
Ilmo. Sr. Obispo de Cádiz.	1	D. Pedro Vila.	1
D. Odon Cartés.	1	» Pablo Bousierpes.	1
» Ocublin y Cardel.	1	» Pedro Rubio.	1
		» Pedro Segarra.	1
Sr. D. Pedro Fernandez.	1	» Pedro Bulvena.	1
D. Pedro Odená.	1	» Pedro Turull.	1
» Pedro Rodriguez.	1	» Pablo Tisilla.	1
» Pablo Valls.	1	» Pedro Juste.	1
Presidente del Tribunal Supremo de Gracia y Jus-		» Pablo Blanco.	1
ticia.	1		
D. Pedro Nolasco.	1	Excmo. Sr. Regente de la Audiencia de Madrid. .	1
» Pascual Lopez.	1	Excmo. Sr. D. Rafael Monerres.	1
» Pedro Domenech.	1	Sr. D. Ramon Navarro Escaney.	1
» Pio Medrano.	1	Sra. D. ^a Ramona Perez Roldan y Giron.	1
» Pedro Basonñana.	1	D. ^a Rosario Aparici.	1
» Pedro Berruezo.	1	D. Rafael Menduniti.	1
» Pablo Enrich.	1	Sr. Regente de la Audiencia de Barcelona. . .	1
» Pedro G. Agüero.	1	D. Rafael Vazquez.	1
» Pedro Salles.	1	» Ramon Comas.	1
» Pedro Rodriguez.	1	» Raimundo Vilaret.	1
» Pedro Navascues.	1	» Rafael Polo.	1
» Pedro Colomé.	1	» Rafael Castañedo.	1
» Pablo Fort.	1	» Ramon Diaz.	1
» Palomar y Pascual.	1	» R. J. Jarrell.	1
» Pedro Davoire.	1	» Rafael Mato Ruiz.	1
» Pedro Gras.	1	» Ramon Gonzalez Conder.	1
» Pedro Martí.	1	» Ramon Pinos.	1
» Pablo Nart.	1	» Ramon Tartabul.	1
» Plácido Florit.	1	» Ramon Malla.	1
» Pedro Adrian.	1	» Ramon Ferrer.	1
» Pedro Carreras.	1	» Ramon Casanova.	1
» Pedro Bujeda.	1	» Ramon Rivas.	1
» Pedro Almeda.	1	» M. Ramoneda y Ester.	1
» Pablo Pugué.	1	» Ramon Mayor.	1
» Pascual Montegrifo.	1	» Ramon Ofarrell.	1
» Pascual Rumbo.	1	» Ramon Puig.	1
» Pascual Fráva.	1	» Ramon Franch.	1
Doña Paz Porra.	1	» Ramon Lopez.	1
D. Pedro Arjona.	1	Doña Rita Campillo.	1
» Pascual Royo.	1	D. Ramon Marquet.	1
» Pedro Gomez.	1	» Ricardo Santigos.	1
» Pedro Boumon.	1	Doña Rosa Milans del Bosch.	1
» Pedro Ceulino.	1	D. Ramon Duran.	1
» Pedro Blanco.	1	» Rafael Gili.	1
» Pedro Baldibia.	1	» Rojelio Hernandez.	1
» Pedro Maica.	1	» Rafael Martinez.	1
» Pedro Estartú.	1	» Rafael Hernandez.	1
» Pedro Terán.	1	» Rojelio Moreno.	1
» Pedro Ardamuy.	1	» Rafael del Castillo.	1
» Pedro Arraiz.	1	» Rafael Cabrera.	1
» Pedro Montaña.	1	» Rafael Corbacho.	1
» Pedro A. Camplá.	1	» Rafael Pont.	1
» Pablo Soler.	1	» Ramon Castaños.	1
» Pedro Borbella.	1	» Rafael Palacios.	1

	Ejempls.		Ejempls.
D. Roberto Games.	1	Excmo. Sr. Teniente General D. Eduardo Fernan-	
» Ricardo Encina.	1	dez San Roman.	1
» Rafael Tomás.	1	D. Trinidad Lopez.	1
» Rafael Soler.	1	» Trisanto Espioja.	1
» Ramon Madaran.	1	» Tomás Rodríguez Rob.	1
» Ramon Alva.	1	» Tomás Baquer.	1
» Ramon Ovon.	1	» Tomás Boch.	1
» Ricardo Muñoz.	1	» Tomás Streez.	1
» Rafael Villayam.	1	» Tomás Gallisá.	1
» Rafael Laffille	1	» Tomás Vidal.	1
» Rodas y Vilarquez.	1	» Tomás Briones.	1
» Rafael Albarez.	1	» Tomás Caballero.	1
» Ricardo Gimenez.	1	» Tomás Conde.	1
» Ramon Pallerola.	1	» Tomás Fernandez.	1
» Rosario Dutris.	1	» Tomás Heredia.	1
» Ramon Duran.	1	» Tadeo Gaudiaga.	1
» Ramon Planes.	1	» Teodomiro Ibañez.	1
» Ramon Lopez.	1	» Tomás Abelló.	1
		» Tomás March.	1
D. Simon Gris.	1	» Tomás de la Calzada.	1
» Severo Catalina.	1	» T. de Zayas.	1
» Santiago de la Torre.	1	» Teodoro Prats.	1
Señora de D. Luciano Alaro.	1	» Tomás Sanchez.	1
D. Servando Acaso.	1	» Tomás Conde.	1
» Salvador Fuster.	1	» Tomás Rico.	1
» Salvador Campos.	1		
» Santiago Canals.	1	D. Vicente Corona.	1
» Salvador Banús.	1	» Vicente Sol de Vila.	1
» Simon Ferrés.	1	» Vicente Munné.	1
» Salvador Connea.	1	» Vicente Jaumandreu.	1
» Sebastian Rolandi.	1	Sr. Vicario de Lérida.	1
» Simon Aguirre.	1	» Victoriano Oroz.	1
» Sinforiano Lopez.	1	» Victoriano Causada.	1
» Serafin Soto.	1	» Vicente Cañadó.	1
» Severo Gorosabel.	1	» Víctor Ribó.	1
» Sebastian Vila.	1	» Vicente Martinez.	1
» Sebastian Cabot.	1	» Vicente Llandres.	1
Secretaría del Gobierno Civil de Sevilla.	1	» Vicente Castro.	1
Secretaría de bellas artes de S. Feliu de Guixols.	1	» Víctor Monpisbat.	1
» Serafin Bodelles.	1	» Vicente Vidal Valdori.	1
» Silvestre Bousons.	1	» Vicente García.	1
» Simon Oñatabia.	1	» Víctor Roquer.	1
» Saturio Luidres.	1	» Ventura Senadiaga.	1
» Sebastian Bonasa.	1	» Vicente Rodriguez.	1
Excmo. Sr. Teniente General D. Anselmo Blaser.	1	D. Zoilo Dei.	1
		» Zoilo Sagareta.	1



MUGERES CÉLEBRES.

ÍNDICE PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO SEGUNDO.



Epígrafes.	Páginas.
Doña Blanca de Castilla.	5
Doña Isabel de Segura.	23
Doña Leonor de Castilla.	73
Doña María de Molina.	91
La Mercadera.	145
Doña Inés de Castro.	191
Doña Juana Manuel.	208
Doña Blanca de Navarra.	213
Doña Isabel la Católica..	221
Aixa.	329
Moraima.	343
Doña Beatriz de Galindo.	347
Doña Juana la Loca.	355
Doña María de Pacheco.	393
Santa Teresa de Jesus.	409
María Pita.	475
La Doctora Guzman y la Cerda.	497
Agustina Zaragoza.	505
Doña Mariana Pineda.	519

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.



A 3496

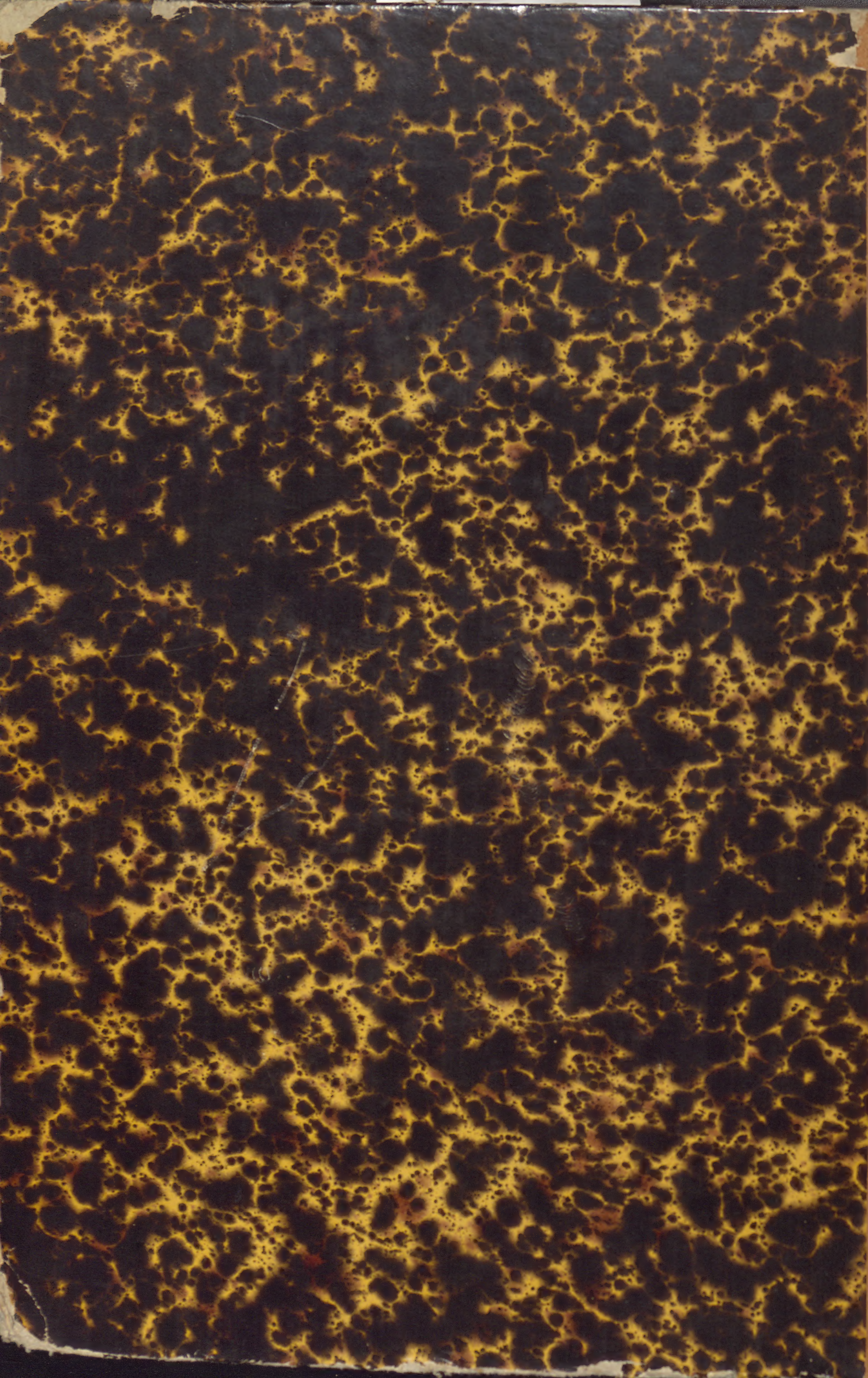


UNIVERSIDAD DE SEVILLA



600704164

126570634



MUGERES
CELEBRES
DE
ESPAÑA Y PORTUGAL



B
196